3 1761 04948105 4

VELUT ARBOR ÆVO

Presented to the

LIBRARY *of the*

UNIVERSITY OF TORONTO

by

PROFESSOR ALAN M. GORDON

LIBRERIA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

CARLOS LOVEIRA

LIBRERIA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

LOS CIEGOS

(NOVELA)

LIBRERIA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

1922

LIBRERIA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

Imprenta "El Siglo XX"
de la
Sociedad Editorial Cuba Contemporánea
Teniente Rey número 27
La Habana

12 MAY 1948

LIBRARY
AUG 1 - 1997
UNIVERSITY OF TORONTO

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

LOS INMORALES. (Novela.)

GENERALES Y DOCTORES. (Novela.)

EN PREPARACION:

UNO DE TANTOS. (Novelas.)

Léase al final: "Opiniones de escritores nacionales y extranjeros acerca de GENERALES Y DOCTORES, la segunda novela de Carlos Loveira."

A mi querido amigo el
Dr. José María Collantes.

CARLOS LOVEIRA.

19-6-22.

LIBRERIA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

LIBRERÍA ALBELA
Belascoain y S. Rafael
Tel. U-5783-Habana

I

DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN CURA

Contreras 268 era un viejo, sólido y señorial caserón criollo de un solo piso.

Fachada: baja, antiestética, con dos enormes ventanas de gruesos barrotes, que casi nunca se abrían, y una puerta chata, como la de una cochera, invariablemente entornada, durante las horas del día y las primeras de la noche.

Interior: cómodo, ventilado, y distribuído del modo clásico: un zaguán de oscuras baldosas, desgastadas por los pies de varias generaciones y por el frecuente lavado del añejo carruaje que, envuelto en su funda gris, y con las barras en lo alto, semejaba un extraño paquidermo que adormilado guardase la entrada de la casa. Saleta con dimensiones de sala. Sala como un palacial salón. Patio de las mismas baldosas oscuras del zaguán, con macetas, arriates y en éstos algunos frutales chaparros, como anones, granados y limoneros. A entrambos lados del patio filas de puertas y ventanas de los cuartos, que armonizaban en tamaño con las otras habitaciones. Al fondo la amplia cocina, el amplísimo comedor, cuartos para criados y doble juego de baños y de lo otro. En todas las piezas, muebles macizos, centenarios, patriarcales.

Vidrios de colores en puertas y ventanas. Pisos de reluciente enlosado. Flores, verduras, aromas y bulliciosos gorriones en el patio, que en las mañanas doraba el sol.

Era ésta la antigua casa de los Calderería, una de las más rancias y acomodadas familias matanceras, cuya fortuna había sufrido serios reveses en los años inmediatamente anteriores a la Guerra de Independencia, y a punto de hundirse por completo había estado durante los ruinosos tiempos de la misma.

Ricardo, único gajo nuevo del viejo tronco familiar, pasó dichos ruinosos tiempos en la emigración; en la cual ayudó pecuniariamente a la causa de la Independencia, no obstante que con ello debilitaba peligrosamente su endeble, vacilante patrimonio. Pero no hizo muy ostensible su separatismo, por las mismas razones que le contuvieron cada vez que había pensado en lanzarse a la manigua: el temor a las represalias de los españoles, en forma de confiscación de bienes y de vejaminosos ultrajes a "los viejos", ya por entonces muy gastados para los ajetreos de un viaje.

Terminada la Guerra, cuando la madre de Ricardo había muerto y el padre estaba a punto de seguirla, el joven regresó a Cuba, y un año después de firmada la paz heredó la antigua casona, junto con el ingenio *Dos Ríos*, situado en La Cidra, una colonia de caña cercana a Bolondrón y algunas casitas en las barriadas pobres de Pueblo Nuevo y Versalles; todo ello más enredado y tambaleante entonces, porque además de que se le venían encima los acreedores, brotaban por todas partes los presuntos condueños, empeñados en pleitar desaforadamente.

Como Ricardo no tenía familiares cercanos, de *Contreras 268* cuidaban algunos supervivientes de la antigua servidumbre de esclavos: una hacendosa y fidelísima negra, baja y regordeta, que hacía de criada de manos, y que andaba ya por los cincuenta y tantos; un cochero, alto y delgado, del mismo color y la propia edad de la vieja criada, y un chino,

más largo, flaco y viejo que su camarada de color oscuro, y que se pasaba las semanas enteras cocinando sólo para él y sus compañeros a causa de las largas ausencias del "niño" Ricardo, que se explican más adelante.

Ricardo Calderería era hombre más bien bajo y casi grueso, en quien a primera vista advertíase un temperamento sanguíneo: por lo encendido del rostro, ancho y pulcramente rasurado; por unas vetas rojas que manchábanle lo blanco de los ojos, pardos, redondos e inteligentes, y por el cuello corto, rollizo, sacerdotal, que era lo más notable y personalísimo en toda la figura.

Cursó Ricardo la primera enseñanza en uno de los mejores colegios matanceros, y luego, hasta que el 24 de Febrero le dejó trunca la anhelada carrera, vivió algunos años de estudiante en La Habana. De estos estudios, de su viaje al Norte y de cierta visible afición a la lectura, sacó lo bastante para tener las consabidas nociones generales y no representar un flojo papel en los círculos más distinguidos de la ciudad.

Ricacho cubano de pura cepa, era Calderería bien humorado y campechanote. Con ello, los libros, su natural inteligencia, la viveza de sus ojos y la espontaneidad de sus palabras y ademanes, era un maestro en la típica conversación cubana, gráfica, ingeniosa, hiperbólica, llena de persuasiva vehemencia en la defensa de un punto de vista cualquiera: en los asuntos de mayor alcance, como en los de más notoria simpleza: el precio del azúcar, los ojos de una mujer bonita, la excelencia de un caballo de silla, los cubileteos de algún flamante repúblico tropical.

Como base de popularidad, el dueño de *Dos Ríos*, tenía dos notables características. Era un cubano de cuerpo entero en lo de ir siempre de punta en blanco, con un sedoso jipijapa de cien duros y unos finos botines amarillos, muy ajustados, hechos a la medida (de fábrica no venían todo lo alto de empeine que exigíanlo unos pies de tan aristocrático linaje

criollo), y en lo de cultivar una fuerte afición a los buenos caballos de silla, que en tardes de famosos carnavales permitíale competir con el propio "banquero" Magriñat, en lo hermoso y bien recortadito de la cabalgadura, en el lujo de los arreos, sonantes de plata, y en la elegancia para el jineteo criollo de gran estilo.

Así Ricardo Calderería, hombre "feo pero simpático", antes de convertirse en heredero, tuvo donde escoger compañera para la vida entre las Madan, Castañer, Torriente, Cabarrocas y demás jóvenes de limpia y grande prosapia; mas, hombre práctico y asentado no quiso enredarse en amores hasta no tener libre y fuerte la entonces enmarañada herencia. Para lograrlo, en su hora oportuna le entró de frente a la vida. Dejó de jinetear presuntuoso por las calles de Matanzas. Hizo largas ausencias de los salones de *El Liceo.* Trocado el blanco vestir ciudadano por la campesina guayabera, altas polainas de cuero virado y burdo panamá de mejicanas dimensiones, se fué a trajinar por el ingenio y por la colonia de Bolondrón. En ésta, sobre todo, hizo rigurosa vida montuna; vida de catre de viento, comida jornalera, presidiaria castidad, selvático aislamiento intelectual y, lo más heroico, de odiosos madrugones, para irse por los cañaverales empapados de rocío a lidiar con la peonada, más exigente, más poseída de su valer desde que la Revolución despertó la conciencia del pueblo criollo y le acicateó la dignidad, entremezclándole, llevándole de un lado a otro, predicándole el evangelio de la Democracia. Como excepción, Calderería realizaba fugaces escapatorias a Matanzas o La Habana, obligado por la necesidad de revolver papeles en bufetes y notarías o asistir a juicios enconados y borrascosos. Si acaso, momentos antes de tomar el tren de regreso al campo, pasaba por una librería para un presuroso abastecimiento de libros, o se descarrilaba hacia alguna *non sancta,* discreta y bien recomendada casa, donde rápida y vulgarísimamente le ofrecía un desquite a su juventud harta

de campesino destierro. A los dos años de trabajo, y como profetizáralo él recordando que el ojo del amo engorda el caballo, su rudo batallar, su inteligencia, su victoriosa simpatía, y la portentosa prodigalidad del suelo cubano, constituyeron sólidas piedras angulares, donde asentóse el edificio de una hacienda saneada, libre de toda amenaza inquietante y peligrosa.

Llegada la hora de pensar en el matrimonio como complemento indispensable para una vida seria, equilibrada, conservadora de la salud y la pública estimación; cuando Ricardo deseaba tropezarse con una mujer que, además de gustarle fuese digna de figurar en la aristocracia matancera, en aquellos años tan rancia, depurada y exclusivista como la de La Habana, el determinismo de las cosas (seamos científicos) puso en su camino, es decir, por allí cerca del ingenio, a una joven matancera que aquel año vino de veraneo a La Cidra.

Tratábase de la única hermana de *Cuco* Pedroso, ex condiscípulo de Ricardo Caldererría en el renombrado colegio de San Carlos y su frecuente compañero de la época de las escapatorias a los baños del Ojo de Agua, las romerías del Estero y las rumbantelas de la famosa calle de Velarde; por más que había un abierto contraste entre la índole ordenada, rectilínea, de Ricardo, y el tipo inquieto, excepcional, realmente novelable de *Cuco*.

Le presentaremos antes que a su hermana, a fin de que resalte más el aludido contraste.

Adolfo Pedroso, *Cuco,* como estudiante fué de lo pésimo: indócil a la disciplina, rebelde al papagayeo de los textos y—por las tales indisciplinas y rebeldías, unidas a su afán de enjuiciarlo todo con excéntrico criterio propio—incapaz de sacar una buena nota en los exámenes de años tras años. Como joven tarambana fué, en sus días y su medio, el prototipo famosísimo. En el grupo de figurines que en el sardinel de *Las Delicias* tenían una parodia de la acera de *El Louvre* de La Habana, *Cuco* era de los más ingeniosos para idear bromas fuertes y de los más

osados para realizarlas. Era, además, muy dado a turbulentos amoríos y a lo que constituía su más renombrada característica: las burdas y temerarias "maldades" nocturnas, de pueblos y ciudades provincianas, para las cuales contaba con estimulante impunidad por su índole naturalmente simpática y su condición de hijo de "buena familia".

Cambiar durante la noche los anuncios de los establecimientos públicos, de modo que en la mañana aparezca la farmacia con la bota de una zapatería, y ésta con el mortero del boticario; el letrero "La Bien Apetecida" de una tienda de víveres finos en la puerta de una agencia funeraria; reunir en casa de una amiga fuera de apuros, a todas las parteras de la ciudad; llamar en la madrugada a la puerta de un médico viejo y refunfuñón para preguntarle si puede levantarse a dar puntos... al zapato que se le ha descosido a uno de los noctámbulos; todo el clásico repertorio era dominado y con innovaciones originalísimas prodigado por *Cuco.*

Tanto y tan osadamente que algunas veces fué a dar con su inquieta humanidad a las tarimas de la Celaduría, pesárale a su aludida condición de hijo de "buena familia".

Se contaban entre otras sonadas "maldades" de las que más popularidad y más méritos al título de gracioso oficial de la ciudad daban a *Cuco,* dos principalísimas.

Existía entonces en una de las más céntricas esquinas de Matanzas un taller de zapatería, que en cada una de las fachadas, y en llamativas letronas rojas, ostentaba el nombre de "La Insula Barataria". El dueño del establecimiento y autor de tan horrendo alarde erudito era un vejete castellano, muy adicto a ruidosas discusiones literarias y a campanudas lecturas en alta voz, que tenía cuatro hijas, largas y amarillas, bautizadas por la maledicencia de bromistas y desocupados con el nombre de *Las Safo,* gracias a ciertas incalificables aficiones que atribuíanles los tales maldicientes. Para éstos, desde

luego, el taller era famoso y sonsacador; por su título, su dueño y sus esmirriadas moradoras. Una noche, *Cuco,* cabecilla de una banda de nocharniegos armados de escalera, pinceles y botes de pintura, cambió el rótulo "La Insula Barataria" por el de "La Isla de Lesbos", y puso en la pared: "Se hace de hombre y de mujer (*y doblando por la esquina, a la otra calle*) toda clase de calzado".

Otra vez fué imposible celebrar una fiesta de las más consagradas por la costumbre, porque unos ediles acéfalos y botarates tenían anémicos los talegos municipales. *Cuco* hizo clandestinos, para repartirlos en nombre del Ayuntamiento unos programas para la gran fiesta, en los cuales había números como éstos:

A las 6 a. m.—Se reunirán algunas beatas pobres en las iglesias de la ciudad.

A las 10 a. m.—Salida del tren ordinario de viajeros para La Habana.

A las 11 a. m.—Solemne desinfección de alpargatas en los establecimientos de la calle del Medio.

A las 12 m.—Pasará el sol por el meridiano.

A las 3 p. m.—Reparto de doscientas botellas de agua del San Juan a los pobres de solemnidad.

A las 7 p. m.—Si el tiempo lo permite, sideral iluminación del Valle del Yumurí.

En esta ocasión no sólo domó las tarimas de marras, sino que, atropelladamente, fué preciso esconderle por una quinta de la Playa, para evitar que los de las alpargatas de la calle del Medio, *voluntarios* todos, ensayaran con él un segundo acto del 27 de Noviembre.

Al igual que otros jóvenes de su clase, de los más calaveras y pierdetiempos, *Cuco* no anduvo remiso para decir "¡Presente!" a la hora de formarse las filas del Ejército Libertador. Pero quien tan indómito, tan fuera de carriles, tan sobresaliente había sido desde sus primeros años, por necesidad tuvo que ser en la manigua un raro, un rebelde, un decepcionado prematuro, riesgosamente para él y para la cau-

sa de Cuba; tanto que en el primer combate en que debió batirse fuéronse por tierra sus ilusiones revolucionarias.

Una semana después de haberse presentado nuestro héroe en un campamento separatista; cuando por su viveza y buena apostura habíanle hecho sargento de una escuadra, los jefes tuvieron noticias de la proximidad de una numerosa columna enemiga. Al disponer sus fuerzas para el encuentro, Eduardo García, que era quien mandaba a los patriotas, ordenó que la escasa infantería se colocase en línea, en frente y a lo largo de un maniguazo, procurando ocupar la mayor extensión posible; para lo cual soldados y clases habrían de ponerse a dos varas uno del otro. Aquellos infantes avanzados tenían una misión importante y en extremo riesgosa: la de resistir, a campo abierto y rodilla en tierra, la primera embestida del enemigo, haciendo fuego rápido y graneado a fin de aparentar que dado el largo de la fila ésta era numerosa. Entre tanto la caballería ocultaríase, para en el momento oportuno caer sobre la vanguardia española empujándola hacia el resto de la infantería parapetada detrás de una cerca de piedra en un "martillo" estratégico. Después, a la hora de la retirada—inevitable por la superioridad numérica del enemigo—se procedería de acuerdo con las circunstancias del momento.

Sin ninguna intención de su parte; por puro designio del azar, *Cuco,* al ponerse a las dos varas ordenadas, de sus compañeros más cercanos, quedó en un hoyo, que, rodilla en tierra como se ha dicho que fué la orden, le hurtaba casi todo el cuerpo a las balas por venir.

Cuando ya el enemigo estaba a tiro de rifle, el *jefe de día*—enorme, fornido mulatón a caballo—pasó a lo largo de la línea, alentando a sus hombres y comprobando la buena situación de los mismos. Al ver a *Cuco* dentro del hoyo, pensó que lo había escogido, cobarde, para resguardarse del peligro.

—¡Oiga, so ajo!—le gritó—¿No le da vergüenza, siendo todo un señor sargento, esconderse ahí?

—Es que...

—¡Soo! ¡Cállese y sálgase de ese hoyo! Antes de que le mida el lomo con el plan del machete.

—Sería una barbaridad—farfulló *Cuco.*

—¿Qué refunfuñas ahí, atrevido?

—Nada.

Y salió del hoyo: se pegó violentamente contra el compañero que estaba más próximo, y terminando el gesto de malcriado, le preguntó al otro:

—¿Ya?

Enfurecido el *Jefe,* acercóse a *Cuco,* caracoleando el caballo para apareársele bien; en lo alto, amenazador y centelleante el machete. En ese preciso momento, rompió la descarga de fusilería del enemigo, que se encimaba furioso, y el jefe de día se desplomó sin vida al pie del escarceante caballo.

Minutos después, al replegarse las fuerzas cubanas, *Cuco* fué hecho prisionero al lado del mulato muerto. Estaba ileso; tenía los brazos en cruz sobre el pecho, la mirada de idiota y un solo cartucho descargado entre los seis que le hallaron en el Mauser. Por fuérase a ver que milagro, no le fusilaron los españoles. Conformáronse con deportarle a Ceuta; de donde regresó a Matanzas al terminarse la guerra. Y con tan rara deserción, a la hora de la paz no quedó como libertador, ni como héroe de la deportación, ni como nada más que el excéntrico de siempre, el tarumba de *Cuco* Pedroso.

En el primer año de su vuelta a Cuba, le dió la vena por leer, y leyó desaforadamente: divulgación histórica, entreverada de lejos en lejos con alguna filosofía, y mucha literatura, en novelas francesas y españolas, de un modo primordial. Y si bien no pudo—ni podría nunca, quizá—llegar al ideal del talento, que es la forma superior de la inteligencia cultivada, porque impedíaselo el ya apuntado desequilibrio de su viva mentalidad, refractaria al método, al aprendizaje canalizado de institutos y uni-

versidades; en cambio, como a pesar de todo tenía fósforo en las alturas, por chispazos de genio, por intuiciones y adivinaciones, cogiendo puntos aquí y allá, de libros, revistas y conversaciones con gente ilustrada, empezó pronto a tener conocimientos bastante hondos en distintas materias, y coordinación en ellas, que le daban un concepto claro, redondo, de conjunto, y un criterio suyo no muy lejano de la verdad en las cuestiones más importantes de la vida. Máxime: que si bien era indudable que un aréopago de sus viejos profesores, en un examen rutinario, hubiérale colgado un "suspenso" como un templo en cada asignatura; no lo era menos que ya hubieran querido para sí, muchos de aquellos viejos profesores la noción clara, personal, inteligente y muy libérrima, que de todas las cosas tenía él.

Como buen autodidacto en pleno desarrollo, *Cuco* sentía una incontenible fiebre de hablar de todo, que le llevaba a soltar grandes peroratas en donde quiera que podía reunir un auditorio, o encontrar contradictores; segurísimo de poseer verdades y principios desconocidos de todo el mundo e irreplicables para el más pintado de sus conciudadanos. Cuando algunos de los susodichos viejos profesores, enterado de las "conferencias" de quien tan cerrero había sido en las aulas, públicamente le negaba talento y él de ello se enteraba, solía contestar, iconoclasta y no muy equivocado, algo de este corte:

—Ese fósil no sabe lo que dice. ¿Quién conoce a un verdadero grande hombre que haya sido un buen estudiante? A ver: que me citen a uno, para citarles veinte en contra.

Como la rama de los Pedroso a que pertenecían los dos hermanos había venido a menos, y *Cuco* por sus ideas y aficiones era incapaz de ir viviendo y de ayudar a su hermana con el desempeño de cualquier trabajo que requiriese orden, puntualidad, esfuerzo metódico y continuado, fundó un periódico. El periódico fué bautizado con el nombre de *El Termocauterio,* y ya se puede presumir qué clase de perio-

dismo fué aquél. Periodismo anticlerical, antiespiritista, antimasónico y *anti* todo lo demás; periodismo del que especializa en certámenes, en campañas de estira y encoge según el barómetro de los anuncios y en suscripciones al por mayor entre la gente que padece la fobia de la letra de molde; periodismo con el cual era de jurarse que no podrían vivir *Cuco* y su hermana.

Fué preciso, pues, idear algún recurso complementario. Disponiendo de un periódico, a *Cuco* se le facilitaba mucho traer a Matanzas una novedad acabada de llegar a La Habana, que desde luego era un absurdo pretender implantar en una población del tamaño de aquélla; pero con la cual creyó él hacer dinero con rapidez, seguridad y cierto agradable dilettantismo: una agencia matrimonial.

—¡Bárbaro!—le dijo Ricardo, al encontrarse con su amigo, una tarde, en los sillones de *El Liceo,* en los días en que mayores eran las censuras y más fulminantes los anatemas lanzados sobre el último por las personas sensatas de la ciudad.—¡Barbarísimo! Pero, ¿a dónde vas a parar?

—¡Ooh! ¡Uuuh! ¿Qué pasa?

—No; nada. Que, según parece, para escándalo no te bastaba con el libelo, y con la mayor desaprensión ahora te metes a agente de matrimonios...

—Allá los que escandalizan. Yo me hago el cargo de que me he metido a cura, o a comerciante, o a político, o a dueño de ingenio.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Te quiero decir, Ricardo, que en esta vida, con mayor o menor jesuitismo, todos tenemos agencia matrimonial. Todos.

—Como de costumbre, no estamos de acuerdo.

—Claro. Probablemente tampoco están de acuerdo conmigo el cura de Versalles y el bodeguero de la esquina.

—¡Es verdad! Por lo visto estoy a la altura de esos señores.—Irónico asintió Ricardo; como si se

encogiera de hombros, buscándole pronto término a la conversación, arrepentido de haberla iniciado.

Pero ya *Cuco* no pudo contenerse. Se imponía uno de sus discursos: un discurso de justificación ante Ricardo y de reafirmación de principios amorales, iconoclastas, revolucionarios. Su nuevo negocio era como todos los otros negocios que pasaban por santos sólo por la costumbre y por los convencionalismos sociales. Por ejemplo: todo el mundo encontraba lícito que un médico recomendase cuanta agua sucia se le presentara por ahí—siempre que en alguna forma se le pagase por ello—elevándola en todo caso a la altura de infalible panacea. ¿Y era eso menos inmoral que lo suyo, que tanto escandalizaba a los moralistas de "la aldea"? ¡Vaya! Ahí tenían un primer punto para que se lo fueran refutando. ¿Que todos los médicos no hacían eso? Bastaba con que lo hicieran algunos, y que a esos ninguna persona honrada, de las muchas que lo sabían, le negasen el saludo y le soslayasen el trato. Fuera de que los que no lo hacían directamente, indirectamente lo aceptaban y practicaban, en una u otra forma: se confabulaban en el convencionalismo que ocultaba errores de colegas, defendía intereses de gremio, permitía honorarios abusivos, etcétera; cuando no se entendían con el boticario para explotar la candidez del pueblo y el fetichismo que a éste inspiraban los títulos y la ropa negra.

—Pero ¿por qué sacas a los médicos?

—He dicho que, como un ejemplo. Pero, a ver: los abogados. ¿De qué vive un abogado? O el patriota de oficio; que mientras más se sacrifica por la patria, más le crecen los brillantes que lleva encima. O el periodista, o quien tú quieras, vaya. Tómate tú mismo de ejemplo. En serio. No te pongas bravo. ¡Cuántas veces no te habrás sentido tiburón y te habrás tragado con espinas y todo a los colonos de *Dos Ríos,* tus peces chiquitos? Desengáñate. Intereses creados, masonería de clase, hipocresía social. ¡Agencias matrimoniales por todas partes! El que

más y el que menos, la tiene para la ofensiva o la defensiva en esta lucha por la vida de que habló papá Darwin. Y yo, con la mía—y vuelvo a los señores doctores—no hago peor que el boticario de marras, cuando le quita a una infeliz lavandera, pongamos por caso, un duro en cambio de un poco de hierro inorgánico disuelto en un mal vino, que aquélla no ha de asimilar, y que el honorable y diplomado señor le mete a fuerza de anuncios y de gimnasia profesional, haciéndole creer que con el famoso reconstituyente va a aumentar de peso a razón de dos libras por semana:

Y como Ricardo se le quedó mirando sin replicar, *Cuco,* arreció:

—¡Vamos! ¿Qué dices?

—Que así están las cosas establecidas...—y los puntos suspensivos indicaban un nuevo y significativo encogimiento de hombros.

—¡Ah! Bueno—saltó vehemente *Cuco.*—Admites entonces que no soy un monstruo; que soy como todos; que todos hacemos lo mismo, con la diferencia (y volvemos a Darwin) de que unos nos adaptamos al medio y otros no. Luego, los moralistas, sobre todo los fuertes, que se escandalizan con mi *modus vivendi* lo hacen como aquellos malhechores, que al ser perseguidos por la calle, gritan "¡Ataja!" para que les confundan con los perseguidores, o como esos que tienen sangre de negro y se hacen los más racistas, a fin de que no haya la menor duda sobre la pureza de su caucásica sangre.

—No he querido interrumpirte; pero que conste, yo no he admitido nada. Seguimos tan antípodas como siempre.

—Es lógico. Por ahí empezamos: por declararlo yo así.

—Pero mira, en último extremo, para terminar y por si quieres tenerlo en cuenta: no vale sólo tener talento; hay que tener un sentido muy importante, no numerado aún: el sentido de la realidad. Matanzas sólo tiene cuarenta mil habitantes, y lo que en La

Habana es a veces tolerable y productivo, aquí puede ser todo lo contrario.

Aquí cabe aquello de que se abrió una ventana en la mente de *Cuco*. Llególe el momento de comprender que su amigo el del sentido práctico tenía razón, y aunque de la discusión brotó un precario enojo, en vez de luz, y por más que seguían de antípodas, *Cuco* remató el debate dándole a Ricardo la victoria en cuanto a lo nulo del provecho que podría traerle la mentadísima agencia de matrimonios.

Terminemos con *Cuco*. En lo físico era un gran hombre. Alto, fornido, saludable; buen óvalo de cara; negro, fino, bien hecho el bigote; ojos como los de Ricardo, pardos, pero grandes y de forma de almendra. Vestía con cierto desaliño, a lo yanqui: ropa holgada, zapatos recios, invariable corbata de lazo y sombrero de paja gruesa. No usaba la más modesta joya; llevaba desaliñado el bigote y el pelo descuidadamente alisado hacia atrás. Pero ni eso, ni su manía discutidora, ni sus rebeldías morales, impedíanle ser personaje saliente en más de un escogido círculo matancero. Que para ello tenía la atenuante de su gracejo, el don de su inteligencia y la virtud de su triunfadora simpatía.

Benigna Pedroso era tres años más joven que su hermano, y frisaba en los veinticuatro la tarde en que Ricardo Caldererría la vió llegar a La Cidra, en el viejo quitrín de *San Cayetano,* acompañada de una flaca señora vestida de negro, con rasgos fisonómicos muy parecidos a los de la joven. Esta señora era una tía ricachona, dueña de la casa de La Cidra, que Benigna compartía por temporadas con la de unas primas, situadas en Pueblo Nuevo, la barriada matancera de allende el San Juan.

Como si en los años transcurridos entre el nacimiento de *Cuco* y el de Benigna, la vitalidad paterna hubiese mermado considerablemente, los dos hermanos tenían entre sí notables diferencias físicas y morales, con evidentes ventajas de parte del varón.

En lo físico, ya va dicho que *Cuco* era un hombre

muy bien plantado, a la vez que su hermana era una de tantas mujeres sin especiales atractivos corporales; una vulgaridad de rostro y de figura, de esas que hemos dado en llamar, generosa y socorridamente, "ni feas ni bonitas". Corta de estatura, gruesa, muy trigueña, con ciertos rasgos fisonómicos que, aunque leves, hacían sospechar a cualquier buen hijo de la tierra, que no era de una gran pureza étnica aquella rama de los Pedroso matanceros. Por más que en estos rasgos estaban los escasos atractivos de la joven: espesa mata de pelo, negra, lustrosa y ondeante; ojos también negros, de vivísimo mirar; blancas y apretadas hileras de fuertes y parejitos dientes; cintura que lucía breve y quebrada por la amplitud del busto y las caderas.

En lo moral, nada había de la absorbente inteligencia, la espiritual emancipación y la expansiva simpatía del uno, en la índole de la otra: crédula, adocenada, con áspera santidad de madre superiora: índole monjil que se había hecho más firme por una larga y severa educación de convento, afianzada después por las moralísimas costumbres de aquellos tiempos. Los hábitos adquiridos con las monjas se hicieron indesarragaibles y contribuyeron a disminuir la escasa espontaneidad, la pobre simpatía de la joven: tieso, desairado caminar a pasos cortos, sobrecargado hacia las puntas de los pies; exagerada, aisladora compostura en las pláticas familiares y en las contadas visitas; sonrisa insincera, contraída, no susceptible de convertirse en risa franca y jubilosa; prejuicios religiosos y aristocráticos inflexibles, puerilísimos, acusadores de una mediocre ignorancia, y que constituían una verdadera idea fija. Porque Benigna encauzaba siempre la conversación, fuera de lo que fuese, hacia el terreno religioso; esforzándose por dejar sentado finalmente el criterio simplicísimo de sus sabios, las lumbreras de púlpito; todo lo bueno era obra de la gente santa, católicamente santa, y todo lo malo, producto de la falta de religión, de la impiedad de los tiempos.

Con lo acabado de decir se comprende que la soltería de Benigna—a su edad y por estas latitudes—andaba en peligro de hacerse definitiva, cuando Ricardo la encontró en su camino, y también por lo mismo se infiere que si Ricardo en ideas era antípoda de *Cuco,* éste para su hermana vivía en Marte; por lo que a pesar de quererse los dos hermanos profundamente, en cuanto estaban reunidos algún tiempo habían de formar tremendas discusiones. Con doble motivo, por el delirio de controversia y el carácter agresivo de él y los humos de casta superior, intransigentes y a toda hora ostensibles, de ella.

Algunas veces terminaba él sus discusiones con la hermana, acerca de ranciedades y abolengos con catapultazos de esta fuerza:

—Me río de los que se creen aristócratas, seres superiores, porque tienen dinero, o sus familiares lo han tenido; se han aislado en sus casonas, como en un convento, para no estar en contacto con "las gentes...", y con toda su aristocracia comen con el cuchillo, forman un ciclón con la cuchara de la sopa, queman guano bendito para auyentar los rayos, en libros no han pasado de Pérez Escrich y, si se les apura un poco, no saben ni dónde están parados. ¡Qué lindo! Yo soy de una familia muy fina y muy distinguida; soy muy aristócrata, pero no sé hacer una carta y digo cien disparates en media hora.

Otras veces la discusión era por cuestiones religiosas:

—¡Conque él que está allá arriba, que todo lo ve! ¿Y si yo te pruebo que en ese espacio al que estás alzando los ojos, no hay arriba ni abajo, derecha ni izquierda?

—Eso sería si yo le hiciera caso a tus chifladuras.

—Gracias—asentía él, con cómica gravedad.—Gracias por repetirme eso de la chifladura. Ya sabes que el título de chiflado proveniente de ti y de los... tuyos, me enorgullece; mueve mi gratitud, y hasta me asombra (palabra de honor) al ver que se te pueda ocurrir cosa de tanto acierto.

—¿De qué te asombras? ¿Qué cosa más natural que creer que no está en su juicio una persona que afirma que no hay arriba ni abajo? Y nada, lo dice mi hermano el sabio, y no hay discusión posible.

—No. Si tú eres quien rehuyes la discusión. Si no, a ver: Tú sabes que la tierra es redonda, ¿verdad?

—Yo no. Ni nadie.

—¡Pero, mi hermana! ¡Es posible!—interrogaba él con ofensiva lástima—¡Por *tu* Dios! ¿Eso es lo que te enseñaron las monjas?

—Ya salieron las monjas.

—Pues si es claro. Eres muy ignorante.

—Bueno. Déjame ignorante. Al freir será el reir. A la hora de la muerte, veremos.

—Ja, ja. Allá me las den todas. Mientras tanto, tú te quedarás para vestir santos; porque con esos truenos, mi alma... ni quien se te acerque.

—Si te duele por lo poco que me das, puedes guardártelo—y salía disparada para las habitaciones interiores.

—Adiós, sor Benigna. Te perdono la ofensa, porque, después de todo, quién no sabe que la tierra es redonda...

—Mejor. Masón, hereje...

—Y judío—le terminaba él la frase, sarcástico, a tiempo que a su vez tomaba soleta.

Por poco que tardaran en estar reunidos otra vez, al hacerlo hallábanse ya serenos, dolidos de lo hecho, empeñados en colmarse, mutuamente, de atenciones y halagos; hasta que otro día, por el más nimio pretexto encendían otra vez la polémica, para aplacarse de nuevo, y de ese modo, inacabablemente. Como esos amantes que se pasan la vida alternando las disputas borrascosas y las reconciliaciones carantoñeras, precisamente en prueba de lo mucho que se quieren.

¿Cómo Ricardo Calderería, rico, presumido, bastante joven, dado a los libros, pudo enamorarse, hasta llegar al matrimonio, de una mujer que iba camino de la soltería vitalicia, de corte físico vulgarísimo

y de repelentes hábitos conventuales, como Benigna Pedroso?

Muy explicable. Va contado que Calderería, una vez consolidada su fortuna, creyó llegado el previsto momento del matrimonio. Estaba pues en el estado de ánimo, estúpido, del que, por motivos económicos, familiares y otros ajenos al amor, se empeña en casarse en un tiempo determinado, y "busca una novia". En este caso, se hacen adorables imaginaciones; se revisan en la memoria nombres y figuras escogibles; se cree que tan pronto como se tropiece uno con una mujer que se acerque al ideal soñado, de esposa, el amor ha de venir a completar la felicidad. Como es natural, el que así busca, "se expone" a encontrar novia más pronto de lo conveniente. Y más, si a ese resbaladizo estado de ánimo, se junta alguna otra condición propicia como le sucedía a Ricardo. Llevaba éste, en aquella ocasión—pleno tiempo muerto—cuatro meses sin salir del batey y los campos de caña, lo que equivalía a cuatro meses de no haberse echado a la cara una mujer que justificase lo del "bello sexo"; una mujer que no fuese una de aquellas hijas, hermanas o esposas de colonos y sitieros: hembras de trabajo, vírgenes de polvos, cintas y flores, de hombruno hablar y accionar; mujeres en fin que no daban la impresión de algo femenino, descontando las faldas, no siempre limpias, y la mata de pelo, no siempre alisada, que era casi lo único que, a la mirada ajena, hacíalas diferentes de sus hombres.

Así, Benigna Pedroso le pareció bonita a Ricardo, la tarde que la vió llegar a La Cidra en el viejo quitrín de *San Cayetano,* acompañada de su anciana tía. Fué el natural chispazo simpático que, en aquel prolongado aislamiento de mujeres que lo pareciesen, tenía que producirle la vista de una "muchacha", blanca de aseo y polvos de arroz; con vestido blanquísimo, si sencillo, muy ajustado, coquetón, de corte ciudadano; una cinta celeste, que llevaba la vista del prójimo a la quebrada cintura, y como era la costumbre provinciana de la época en los paseos cam-

pestres, y sólo entonces, tocada con un amplio y ligero sombrero de paja, adornado con otra cinta color de cielo.

En el momento en que una y otro se vieron, al joven le pareció adivinar en algo que Benigna dijo a Doña Josefa, una indicación por este estilo:

—Mira. Ahí enfrente está Ricardo Calderería.

Muy poca cosa ello, con toda seguridad; porque ¿para quién era un desconocido en La Cidra el dueño de *Dos Ríos?* Sin embargo, el minuto aquel era un "minuto psicológico", y el hecho sencillo, muy explicable, de que la "muchacha" fijase en él su atención, fugazmente, fué bastante a intensificar la impresión simpática sentida por Ricardo con el inesperado y gratísimo encuentro.

No diremos que la impresión dicha fué motivo para que nuestro hombre regresara al ingenio con la imagen de Benigna en la mente, ni con el corazón henchido de emociones hasta entonces desconocidas, ni con ningún otro síntoma de enamoramiento fulminante; pero sí con la idea de que le convenía y le agradaba la hermana de *Cuco*—de la cual le constaba que era polo opuesto del hermano; tan hecha a carriles como tarumba era él—y de que habría de empezar a enamorarla en seguida.

Noviazgo de gente así, tenía que ser un noviazgo "tipo" de la época y el medio ambiente aquellos. El día próximo, por la tarde, Calderería volvió a La Cidra, montado en uno de sus caballos favoritos: un bruto retinto, escultórico, soberbiamente enjaezado a la criolla, sobre el cual sacudíase muy erguida, resaltante por lo blanco del traje, la figura del jinete. Por la ventana de la casa, abierta de par en par, vió a Benigna sentada en el estrado de la sala. Arriesgó el saludo de rigor, y obtuvo una muy significativa réplica: leve inclinación de cabeza, ligero entreabrir de labios y fuerte golpe de sangre al rostro. Volvió el enamorado la tarde próxima, y así por quince días, en algunos de los cuales vió a la joven y en otros el viaje fué perdido. Cuando sucedió lo pri-

mero, las cosas nunca pasaron de aquella rueda de caballería y del saludo de rigor. Como no encontraba un pretexto para ir a casa de Doña Josefa, ni había que esperar en aquel poblacho un baile "decente", una visita, o cualquiera otra ocasión en que pudiérase hacer una corte formal, Ricardo puso su suerte en una carta.

Dos días después le fué devuelta al pretendiente, con el sobre intacto, dentro de otro dirigido a su nombre. No le causó gran sorpresa, ni menos disgusto. Era valor entendido. ¿Qué muchacha que de veras se estimase, no devolvía entonces la primera carta de un pretendiente, sin abrirla? A lo más que aventurábanse las audaces, y hasta las tímidas cuando el galán gustaba, era a valerse del consabido, romántico sistema: el vapor de una cazuela hirviente, o el rodar de un lápiz por las junturas del sobre; para saborear la miel de los galantes halagos, antes de la angelical devolución.

No se desanimó Ricardo, pues. Tenía previsto el caso; pensada la segunda carta, que en turno le fué devuelta por el propio mensajero, con la noticia de que la destinataria habíase trasladado a Matanzas. Desde Matanzas la joven le devolvió dos cartas más; pero como a él se le había metido aquello en el obstinado caletre, decidió un viaje a la ciudad. Cuando, entre los coches que partían de la estación después de la llegada del tren, Ricardo en su vieja victoria familiar y dentro del estrépito y la nube de polvo consiguientes, pasó por la casa de las primas de Benigna en la calzada de Tirry, se vieron él y ella, y al ceremonioso saludo del uno contestó la otra sosteniendo en el encendido rostro el brillo de una mirada fija, temeraria, inconcebible en una Benigna, y que duró los segundos empleados por el carruaje en enfrentarse y pasar despacioso por la ventana. Después, varias tardes, Ricardo, jinete de punta en blanco, hizo escarceos por la Calzada de Tirry, frente a la ventana en que lánguidamente esperábale, para contestar su saludo, la ingenua muchacha. Aún fué

una última misiva, en la cual, atenuadas con protestas de rendido enamoramiento, se advertía que no tratándose de un pisaverde, de un rondador de ventanas, misa mayor y "retretas", para período de prueba ya había bastante, y que el pretendiente desistiría de su anhelo, si tanto se le imposibilitaba la cristalización del mismo. Vino entonces la réplica, que fué una mezcla de redondas negativas y esperanzas decorosamente deslizadas en los renglones finales. Vinieron las vueltas de noria en la plaza las noches de concierto; ello con no poco asombro y envidia de las damas en estado de merecer al ver al hacendado Calderería en persistente asedio al lado de la "tonta", la "jamona", la "calambuca" Benigna Pedroso. Y al fin, una noche, le dió ella a su cortejo el "deseado sí".

Desde luego que, al dárselo, le explicó al ya novio, concienzuda y friamente, cómo era posible que una mujer de su carácter y costumbres, cuando ya no pensaba en casarse, admitiese un enamorado, con vistas a un matrimonio a corto plazo, como deseábalo él. Ella aceptaba, por tratarse de un hombre como Ricardo; que si no, por enamorada que hubiese estado... Les tenía verdadero horror a los hombres del día, dados a trasnochar y a meterse en las logias. *Pero*... ¡Como él era tan distinto!... No dijo lo que Ricardo presumía y nosotros casi aseguramos: que también había accedido a las instancias amorosas de él, primero, por el deseo de resolver el problema de la vida sin depender siempre de las fuerzas ajenas, y máximamente, porque en su alma enferma de preocupaciones místicas, del miedo de vivir; en su alma seca, huraña, inhumanamente casta, había entrado el Amor, en la que bien podía ser triunfal resurrección.

Esto creyó Ricardo, al ver el inocultable despertar de la joven; que de no creerlo, quizá si hubiera cejado en sus propósitos, una vez que pudo bucear en el alma de la ex educanda de las monjas. Porque si bien él no era un comecuras como su futuro cuñado,

ni tenía de las cosas del mundo el concepto radical, revolucionario, que tenía *Cuco,* tampoco deseaba una mujer que sólo pensara en novenas, sermones y misas, que no supiese darle al estado del matrimonio el sentido que él esperaba, entonces, que era la hora del inteligente vivir, del disfrute de su victoria en contra de las adversidades que al principio de la vida nubláronle el porvenir. El leía, él había viajado algo, él estaba entre lo mejor de Matanzas, y tenía, desde luego, concebido un ideal de esposa a la altura de las circunstancias. Tal era la transformación que necesitaba y creía ver en el enamoramiento de Benigna.

Pedida "la entrada" a las primas, de la Calzada de Tirry, creyeron ella y él necesario el consentimiento de *Cuco.*

Ya éste no tenía el periódico, ni la agencia matrimonial. Temporalmente amansado por la realidad, trabajaba en una oficina de comercio "ocho mortales horas diarias", como decía él en rebelde protesta contra el destino, que así convertíale el lápiz del escritor en la pluma del escribiente, las sonsacadoras cuartillas del periodista soliviantapueblos, en libros y papelotes oficinescos, rutinarios y odiosísimos.

Se encontraron cara a cara en *El Liceo.*

—Oye, Cuco: tenemos que hablar.

—Empieza.

—No, tiene que ser a solas. Aquí no hay nadie ahora, pero puede presentarse algún importuno.

—¡Rediablo, chico! ¿Tan grave es el asunto?

—Grave no lo es. Pero sí una cosa seria, de la cual nadie más que tú debe enterarse.

—Oye: presumo que no vendrás a hablarme en moralista; porque en estos días trabajo como un bruto, en todas las acepciones del vocablo, y en cuanto a conducta, formalidad, honradez y otras etcéteras, ni Bea, Bellido y Compañía.

—¡No, hombre! ¡Qué moralista, ni moralista! ¿Vamos?

—A ver; espérate.

Y girando la vista por los salones, en busca de

un sitio solitario, apartado, como queríalo su amigo, agregó:

—¿Un lugar en donde no haya nadie, ni se lo ocurra a nadie ir, aquí en *El Liceo?* Pues... ¡La biblioteca!

—De primera.

—Creo que lugar menos frecuentado...

—Ninguno. ¿Vamos?

—Vamos.

Sentada ceremoniosa de Ricardo. De pie, en actitud de galán joven, en el momento culminante de un gran desenlace dramático, *Cuco.*

—Pues, chico: se trata de que soy novio de tu hermana; que pienso casarme con ella, a toda máquina, y quiero saber qué te parece la noticia.

—Que nones.

—¿Cómo, que nones?

—Que no cuaja el chiste.

—¿Chiste? Pero tú me crees capaz de preparar y realizar un chiste, en esta forma, y mezclando en él a tu hermana?

—El demonio son las cosas. ¿Y si quieres valerte de tu fama de hombre serio para tocarle diana al tambor mayor? ¡Los fósforos! ¿Mi hermana con novio? ¿Ricardo Calderería novio de mi hermana? ¡Vamos, hombre!

—Pues nada más cierto, y por ello, cumpliendo con el requisito consiguiente, ya que se trata de su familiar más allegado, vengo a solicitar tu conformidad. Conque: ¿qué dices?

—Espérate, hombre. En primer lugar, déjame mirarte bien a la cara, antes de creerte; luego, cuando te crea, tendrás que permitirme que me reponga de la sorpresa. Con esto era con lo que menos contaba yo en la vida: con que alguien me viniera a decir que era novio de mi hermana, y que solicitaba mi consentimiento. ¡Vaya! Que no te creo.

Tuvo Ricardo que ponerse muy serio, demostrar que hallábase medio mortificado porque no se le creía, y entrar en toda clase de pormenores, para que *Cuco*

admitiese que aquello no era una broma, y que a él le había ocurrido lo que a todo el mundo en estos casos: que siendo el más interesado en la cuestión, era el último en enterarse.

—Bien—exclamó al fin.—Si ella es tu novia y se dispone a casarse contigo en seguida, es porque está enamorada de veras.

—¡Hombre! ¡Claro!

—No. No. Yo sé lo que me digo. Es una mujer algo rara mi hermana.

—Sí; ya sé por qué lo dices. Pero, por lo visto se inicia, o se puede iniciar un cambio que debe alegrarte. Digo: me parece.

¡Que si se alegra! Si Benigna es novia de su amigo, que sepa éste que se halla enamorada, pero muy enamorada. Que le perdone Ricardo si machaca en esto; pero precisamente lo hace para confirmarse a sí mismo la probabilidad de que ahora se opere en su hermana el cambio aludido por Ricardo y que él ha deseado siempre ardientemente, con todo el hondo cariño que profesa a la hermana, y que ya en los últimos años desesperaba él de ver realizado algún día. Y arreciando en sus francas muestras de satisfacción; sin importársele mucho ni poco si tal franqueza era un tanto impropia en momentos en que se trataba de casar a la hermana; sin dejar meter baza a su interlocutor, prosigue confesando lo que es harto evidente: que está contentísimo. Sí. Que su hermana tenga marido, a fin de que comparta sus esfuerzos en la vida, e hijos y una casa que atender; que llene su papel en el mundo. Y Ricardo, que es hombre que sabe, y es además un carácter, bien puede aprovechar el amor de Benigna, para convertirla en mujer; para llevar a cabo el consabido y muy anhelado cambio.

Ricardo opina lo mismo, y dice que procederá de acuerdo con tal opinión; pero, eso sí, que no olvide *Cuco,* a fin de ahorrarse una posible desilusión, que no piensa él, Ricardo, proceder con el radicalismo que el primero emplearía en un caso semejante.

Lo que hace saltar a *Cuco* entusiasmado:

—No. No. Si para mí en estos casos no es necesario el radicalismo violento. Mira. Para mí no hay nada más incomprensible, más absurdo, que esos matrimonios en que el marido es un escéptico, o bien un masón, un protestante o un librepensador, y la mujer una beata de esas que no salen de la iglesia, tienen la casa llena de santos y se confiesan cada tres días. A eso le llaman libertad de conciencia, respeto a las creencias del prójimo y qué sé yo qué más. ¡Que vayan a la porra! Los maridos de esa clase no han sabido nunca lo que es amor, hondura de sentimientos, total compenetración de las almas. Eso podrá ser cuando más, lazos de intereses materiales, o morales, o familiares, o convencionalismos de cualquiera índole; pero ¿amor? ¿El hombre leyendo y gozando a Voltaire, o a Renán, en una habitación, y en la otra su mujer, rezándole a la Caridad del Cobre? ¿Intimidad sincera, honda, entre esos dos? ¿Algunos de ellos cree que el otro es digno de ser su compañero, su igual? ¡Vamos, hombre!

—Completamente de acuerdo. Muy exacto eso. Pero no me negarás que no es preciso hacer el tirano, encararse con la mujer y dictarle *úkases:* "Usted no me va a la iglesia", "Usted me quita de ahí ese santo", "No quiero más curas en mi casa..."

—A lo mismo iba yo a parar—interrumpió ardientemente *Cuco,* complacidísimo al ver que sus ideas, acerca de tan importante cuestión, eran compartidas, por el que pretendía ser su hermano político.—Indiscutible. No concibo un librepensador, que lo sea a base de cultura, ¡que lo sienta! y, queriendo a su mujer, a sus hijas, las vea, muy tranquilo, ir a servir de comparsa en las mascaradas religiosas, a contribuir con su dinero y su influencia al sostenimiento de... esas agencias de matrimonios.

—¡Bien!

—¿Eh? La mujer arrodillándose delante del confesor con lo que éste sabe todo lo que ocurre en el

hogar y lo maneja en no escasa parte y el librepensador muy esponjado por ahí, diciéndole a todo el mundo que él es muy dueño de su casa. Y lo que tú decías y yo apruebo y certifico: nada de imponer las creencias a decretos dictatoriales. Basta sólo con que haya amor; que lo demás es pan comido. El amor trae inherente el deseo de levantar el nivel moral e intelectual de la mujer a la altura del propio y del de los amigos y compañeros predilectos en lecturas, cenáculos, etcétera. Hoy una observación oportuna; mañana una obra teatral de tesis; la lectura en alta voz, comentada; darle preferencia a la compañía de ella, sobre la de amigos y camaradas; en fin, no dejándole tiempo de aburrirse, ni necesidad de ir a la iglesia en busca de expansión y entretenimiento. ¡Que me vengan a negar la eficacia de mi sistema los maridos incrédulos de mujeres santurronas! ¡Consideraciones! ¡Cariño, chico! Y comprender que en el hogar también hay santidades que reconocer, heroísmos que aplaudir, puros y muy humanos éxtasis que gozar.

—¡Bien! ¡Bravo! Afortunadamente estamos de acuerdo por primera vez, y cuando se trata de algo de verdadera importancia.

—Bueno. A ver si en esto triunfan tu talento y tu tenacidad. Ya sabes lo que tienes de tu parte: un amor que ha logrado hacer una novia de mi hermana. Pongo en eso mi esperanza.

—Como yo.

Y *Cuco,* que aún no había leído a Zaratustra, y Ricardo, que probablemente no habría de leerlo nunca, se separaron muy convencidos de la eficacia de los sistemas para modificar al prójimo.

Tan contento salió *Cuco* de la entrevista con Ricardo, que en seguida se fué en busca de impresiones a casa de sus primas de la calzada de Tirry, donde ya se ha dicho que estaba su hermana, y donde es de presumirse que era recibido con cierta frialdad de parte de las dueñas de la casa. Frialdad justificada; porque *Cuco* no hacía, allí, una excepción en su ma-

nía de burlarse de todo y de todos. Si en la plática no se presentaba ocasión, él de todos modos prendía el fuego de la discordia:

—Oye—le decía a la mayor de las primas, soltera ajamonada, muy visitadora de templos, "aunque" muy despierta de inteligencia.—¿Por qué cuando vas a la iglesia, llevas siempre el devocionario bien a la vista? ¿Por exhibirte como buena católica? ¿O por rutina de gente adocenada, digo (perdona) religiosa? Porque tú tienes demasiado talento para necesitar que un señor cualquiera, quizá si menos inteligente que tú, te tenga que dar las oraciones impresas, para que las repitas como un papagayo: Al entrar en la iglesia, tal oración; al alzar el cáliz, tal otra; para entenderte con la virgen, la de la página tantos. ¿No sería más digno de una creyente de talento como tú, dirigir plegarias propias, sentidas, a Dios y a los santos? Porque ellos deben entender a todo el mundo; váyanles las oraciones en estilo adormidera, o en cualquiera otro. ¿No?

O bien:

—¿Me quieren ustedes decir cómo esos muchachotes, tan gruesos, tan bien criaditos, pueden volar con unas alas tan chicas?—preguntaba de improviso, a tiempo que señalaba con el índice los angelitos de una estrafalaria "Purísima", de estridentes colorines, que reinaba desde las paredes de la saleta.

Provocaciones como esa, levantaban a veces, el enfurecido cotorreo de las mujeres. Otras veces, por el contrario, no le hacían caso, contentándose alguna de ellas con responder, poco más o menos:

—¿Para qué quieres saberlo, si tú no crees en esas cosas?

Pero aquella tarde le recibieron bien. La casa estaba alborotada, jubilosa, con la comidilla extraordinaria que era el descubrimiento del noviazgo de Benigna y la petición de "entrada" hecha por Ricardo días antes. ¡A ver! ¡A ver qué decía el señor *Cuco!*

A poco de entrar éste, cuando más cálida y afec-

tuosa era la tertulia en la saleta, alguien dió dos golpecitos en la puerta de la calle. Una de las mujeres fué a ver quién era, y al abrir, en la claridad de la puerta se recortó la figura de un sacerdote cincuentón, bajito, regordete, cariancho, que avanzó saludando a la que se ladeaba franqueándole el paso:

—¡Muy buenas tardes, por aquí!

—Buenas nos la dé Dios. ¡Magdalena! ¡Rosario! ¡Aquí está el Padre Zorrínez!

Van Rosario y Magdalena, en respuesta a la llamada de Belén, la más joven de las tres solteronas de la casa. Benigna se queda en la saleta con *Cuco,* que le ha hurtado el cuerpo a la vista del sacerdote, cambiando de silla, a la vez que ha preguntado a su hermana:

—¿Y este cura?

—Es ahora el de Pueblo Nuevo; fué mi confesor en las hermanitas.

—¿Fué?

—Sí. Fué.

—¡Aaah! ¡Unjú! ¡Ya comprendo!—exclama él con cómico gesto filosófico; significando haber adivinado la trastienda de aquella visita.

El diálogo en la sala:

—¿Y qué milagro es éste, padre?

No, no es milagro, hijitas. Ya saben ustedes que yo las aprecio mucho. Lo que pasa es que no tengo tiempo para nada: la iglesia, los pobres, los... ¡Uh! Tengo muchas ocupaciones. Ustedes sí están hechas unas falsas. Ya no van por la iglesia del barrio, como antes. Ahora, San Carlos, Los Paules, y al Padre Zorrínez, nada, y a la iglesia de San Juan ni una vez al año.

—¡Oh, padre! No diga eso.

—¡Cómo no! ¿No soy yo quien siempre tiene que llegar a verlas?... como ahora; que he creído necesario venir. Vamos a ver: por dónde anda la aprovechadita de Benigna?

—¡Ah! ¿Ya lo sabe usted?

—Claro.

—(¡Claro!—entre dientes le hace dúo, *Cuco,* desde el comedor.)

—Sí, hijitas; sí. Me he enterado, y no me parece mal, no. Es un regular muchacho...

—Nosotras creemos que es un gran partido.

—Como que lo es. Familia muy honrada, muy religiosa. Quiero decir: las mujeres. Los hombres de hoy día, ya sabemos cómo están. Pero, al fin: buena gente. Hombre acomodado, laborioso; no lo vemos nunca por las iglesias; no sigue las costumbres piadosas de sus padres, que eran muy desprendidos con la religión; siempre dispuestos a dar su óbolo para toda obra caritativa. Pero, hay que ser tolerantes: el muchacho no es de los malos.

—Por lo pronto no se junta con todos esos que la han cogido con la religión desde que cambiamos de gobierno ¿verdad?—habla Magdalena.

—Estamos muy contentas—declara Rosario.

—Bueno; pero esa picarona ¿viene o no viene?

—Anda, avísale Belén.

Mientras ésta va en busca de la prima, el cura unta vaselina:

—Pues, sí, hijitas. En cuanto me enteré de lo del noviazgo, me dije: voy a ver a esa muchacha, para darle la enhorabuena, y mis consejitos, que tratándose de un cura viejo, que ha visto mucho, no estarán de más. Una buena esposa, una esposa cristiana, mucho puede hacer por su marido y por todos. Mucho más cuando el marido no es uno de esos tarambanas a la moderna, que por estar a la moda, por hacerse los sabios, tienen el mal gusto de burlarse de las cosas de Dios. Por ejemplo: el primito *Cuco.* ¡Qué diablo de hombre, hijas!

En los rostros de las dos mujeres hay vaivén de colores, desde el amarillo cera, hasta el livor más subido; van y vienen y se entrecruzan miradas rapidísimas, de espanto.

Estas demostraciones aumentan, al oirse por detrás de la mampara que ocupa uno de los vanos entre la

saleta y la sala, el áspero, en este caso calofríante, rodar de una silla.

Es que Benigna la ha corrido, al arrojarse vehemente sobre *Cuco,* para taparle la boca con la mano, suplicándole que ahogue la fuerte réplica, que ya se le dibuja en los labios.

El cura, que ha notado el efecto de sus palabras, y que ignorante de la presencia de *Cuco* en la saleta, lo atribuye al temor de que Benigna le haya oído, inconvenientemente, dice inmutable; en tono adulón:

—¡Por Dios! ¿Qué ocurre? ¿Viene o no viene esa muchacha?

—Cómo no. Ahora. ¡Si se va a poner más contenta con la visita!—se apresura a decir Magdalena, para desviar la conversación del terreno de las alusiones a *Cuco.*

Y Rosario con las mismas pacíficas intenciones:

—Se la va a agradecer mucho.

—Lo contentica que debe estar—ya menos intrigado, continúa el cura—Dios la ha favorecido con una fortuna, que le permitirá hacer mucho bien a la iglesia, a los pobres. Luego, para él, la posibilidad de emparentar con una familia como la de ustedes...

—No tanto, padre—replica Rosario, con orgullosa modestia.

—Sí, hijita; sí. El viene de buena familia; indudable; pero ustedes son Pedroso. Lo mejor de Matanzas. Eso hace esperar lo que espero: que esa muchacha se acordará de nosotros, de la educación religiosa que ha recibido, haciendo que el mocete de Calderería no nos tenga tan olvidados. Tenemos ahora unas hermandades de caballeros, que no se avergüenzan de ser católicos militantes; que dan su prestigio y su auxilio a la causa de la religión. Cierto que en su mayoría son españoles. Pocos criollos; pero gente buena y rica toda; que corresponde a la bondad del Señor, dando algo para los pobres...

Mientras el cura ha dicho lo último, sus interlocutoras, que están al tanto de cualquier ruido en la saleta, han percibido en la misma un agitado secre-

teo. Es que, al dirigirse Benigna a la sala, después de alisarse el cabello y pasarse una mota, *Cuco* la ha detenido, diciéndole:

—Pregúntale a ése, de mi parte, cómo es que en tantos años no se ha venido a acordar de ti hasta ahora.

—¡Por Dios! Estate quieto. Cállate.

Es difícil. *Cuco* desde que ha vislumbrado una sotana está como con banderillas. Por lo que, con secreto de payaso, dispuesto a meter lío, insiste:

—Bueno; pero que siquiera diga cómo lo supo tan pronto.

Opta ella por el remedio de no hacerle caso, ponerse rostro plácido, de bienvenida, y salir a reunirse con los que hállanse en la sala.

Pero, minutos después, cuando más entusiasmado está el cura, repitiéndole a Benigna, casi fonográficamente, lo que hale dicho a Magdalena y Rosario, vese algo que es lo más inesperado, lo más desconcertante en estos momentos; algo que, en un principio, deja espantadas, sin habla, a las tres mujeres, y al cura, frío, mudo, sin resuello, como un muerto. *Cuco* se presenta en la mampara atrás aludida, y después de una mirada de exploración al grupo, se encamina hacia el cura, directamente, sin decir una palabra, los puños apretados, los ojos muy abiertos y fijos en los del sacerdote; con todo el aspecto de un loco tranquilo, que repentinamente se ha puesto agresivo. El cura reacciona y va ponerse de pie, a fin de mejor defenderse del imprevisto, inexplicable ataque, y Benigna se lleva las manos a las sienes para gritar "¡Cuúco!", cuando ya delante de su hombre, el maldito alza con rapidez la diestra, y... se la lleva, abierta, a la frente, a tiempo que se cuadra en un exagerado saludo de soldado, seguido de una media vuelta, asimismo muy marcial, comiquísima; continuando luego rectilíneo, sonando recias las pisadas, hacia la puerta de la calle, por la cual desaparece, después de mal reprimir una ofen-

siva, sarcástica sonrisa, y dejando tras de sí una fuerte atmósfera de irrompible disgusto.

Una mañana llegaron a *Contreras 268,* pintores, albañiles, carpinteros, encargados de rejuvenecer algunas partes de la casa y transformar otras. Los cuartos del ala izquierda fueron convertidos en despacho, biblioteca y fumadero de Ricardo. De los del ala derecha, el primero fué ampliado y el último convertido en el más cómodo, rumboso, cuarto de baño y compañía, de toda la ciudad. La cocina fué modernizada con un torno, serpentinas para agua caliente y enlosado blanco en todo el fogón y en un friso de dos metros de altura. Se levantaron al fondo nuevas habitaciones de criados, sobre las primitivas, que habrían de ser insuficientes en el futuro. En los vanos de las puertas principales, se instalaron mamparas de cedro barnizado y cristales de muselina. Las paredes quedaron blanquísimas de cal, descontando las del primer cuarto y las oficinas de Ricardo, las cuales fueron empapeladas "a la extranjera". Puertas y ventanas tuvieron su brillante azul celeste. La fachada obtuvo un repello en todos los desconchamientos, y varias capas de oleoso y seriote gris oscuro. El coche quedó con los cueros charolados, bronces y níqueles muy bruñidos y la caja esmaltada de negro, espejeante.

Otra mañana vinieron ebanistas e instaladores, que barnizaron los muebles viejos e impusieron algunos nuevos; entre éstos un modernísimo juego de cuarto y un mobiliario a la moda, muy severo, en el despacho del dueño. En el patio, manos expertas podaron los arbolillos, sembraron más flores, colgaron doradas y argentinas cárceles de canarios, negritos y tomeguines.

Una tercer mañana vinieron las primas de Benigna, y en colaboración con la vieja servidumbre y una camarera gallega, de veinte años y de uniformante traje azul Prusia, realzado por gorro, puños y delantal, blanquísimos, a estilo de *nurse,* pusieron manos en

el arreglo de la ropa de cama, juguetes, adornos de tocador y en otras empresas femeniles. Detrás de las primas llegaron los mozos de *El Louvre* inevitable, que llevaban sobre sí la responsabilidad de servir, "elegantemente", docenas de bandejas de dulces y centenares de botellas de vinos y cordiales, entre los primeros el consabido y aristocrático espumoso. Mientras esta gente bullía, sudaba y aspaventera iba de un brete a otro, un ventrudo señor, de melena y chalina, allá por la solitaria sala, maquinaba con llaves, cuerdas y clavijas, en las abiertas y quejumbrosas entrañas de un piano flamante, llegado de la Capital el día anterior.

Aquella noche fué la boda. Una boda de magnitud habanera en todos sus aspectos. El templo de San Carlos a gran aparato: macetas, guirnaldas, cortinajes, alfombrado de flores; naves y altares chispeantes de luces multicolores; orquesta y coro de teatral potencia; multitud lujosa, fragante, operesca; filas de carruajes en la plazuela del templo; carruajes que luego fueron enorme y serpenteante cauda de la victoria nupcial, y más tarde, frente a *Contreras 268,* formaron inusitada maraña de ruedas, lanzas, arreos lustrosos y sonajeros, caballos enfrenados y piafantes, cocheros malgeniosos y braceadores, al modo de una salida de *Tacón* en noche de sonada interpretación lírica.

El matrimonio, en vez de ser un paso discreto, sencillísimo, realizable sólo en la más absoluta intimidad familiar, como prescribiríalo una moral racionalista, es opuestamente algo así como una función teatral dividida en tres actos: la iglesia, la casa donde se festeja el acontecimiento y la alcoba nupcial. Bien avisado, por todos los medios de que pueden disponer los principales actores, el público presume de antemano, según la experiencia o la imaginación de cada cual, lo que dichos principales actores tan exhibidos y vueltos a exhibir en los dos primeros actos, van a realizar en el último, a escondidas de todo

el mundo. Una de tantas contradicciones de las moralísimas costumbres cristianas que... Bueno. Tres actos. Al final del segundo, es decir, cuando ya sólo quedan en *Contreras 268* algunos familiares e íntimos que rodean conversadores a Benigna; cuando todavía la casa tiene su iluminación fiestera, suenan los últimos disparos de champán con que se regalan los criados, en la cocina aún voltea una sorbetera, en el piano triunfan las notas de un jocundo pasodoble y charlan algunos grupos rezagados en las hileras de sillas del patio y la saleta, Ricardo eslabona un brazo con uno de *Cuco*, y juntos se van los dos a dar un recorrido por toda la casa.

En el recibo de la señora, contrastando fuertemente con el lujo del mobiliario y dominadora en un lienzo de pared, está la "Purísima" de los angelotes; aquella "Purísima" que hacía blanco de sus bromas, allá en la casa de la calzada de Tirry, el hermano de Benigna. Este quiso decir algo a Calderería; pero tuvo que conformarse con un guiño burlesco, disparado contra la tosca imagen; porque andaban por allí buccándolo todo, unas señoras vestidas de negro, que hablaban bajito, como si sus labios acompañasen el desgranar de un rosario en la soledad y el silencio de una capilla.

En el primer cuarto se detuvieron los dos cuñados ante la anchurosa cama, cuyo alto, exótico colchón se alabeaba con el peso del enorme y valioso cargamento de los regalos de boda: centelleante profusión de alhajas; cajitas de pañuelos con filigranas de aguja; primorosos estuches, de dulces, de esencias, de bordados; juegos de té, de mesa, de tocador en artísticas y deslumbrantes combinaciones de oro y plata. Y en medio de ese lujo, de toda esa ostentosa riqueza mundana, una nota santa, humilde, llamativa por su misma humildad de contraste y por lo intencionado, bien escogido del céntrico lugar en que fué puesta: un diminuto crucifijo de alabastro y ébano, con su concha para el agua bendita, y colgante de uno

de los brazos, una modestísima tarjeta manuscrita: *Pbro. Juan Zorrínez.*

También las señoras de los trajes negros y el hablar quedito, se hallan ahora en el cuarto, frente a la exposición de regalos. Calderería, que está, naturalmente, de un bonísimo humor, con temeraria imprudencia coge el crucifijo; se lo pone a la altura del rostro como para admirarlo a conciencia, a tiempo que pincha a su hermano político con esta exclamación:

—¡Esto sí es una cosa de gusto! ¿Eh?

—¡Ay!—dice una de las enlutadas, poniendo a la vez los ojos en el techo—¡Es una preciosidad!

—Lo mejor que hay entre los regalos—dice la otra señora inapelablemente.—Una cosa de buen gusto. Como que el Padre Zorrínez debe haberlo encargado a La Habana. Porque, aquí, en Matanzas, no he visto ninguno como ese.

—¡Ah, sí!—asiente *Cuco,* poniendo burlona gravedad en sus palabras, que son para Ricardo de nerviosa ironía.—A mí, si me dieran a escoger entre todo lo que hay en la cama, me quedaría con ese crucifijo. Es indudablemente lo que más vale; desde luego, para las personas capaces de comprender las intenciones...

—¿Verdad que sí?—interroga orondísima la señora—¿Verdad que es muy atento y muy fino el Padre Zorrínez?

—¡Ah! ¡Oh! Sí; sobre todo con mi hermana.

Y dirigiéndose directamente a Ricardo:

—En lo sucesivo... Ya verás tú. ¡Atentísimo! ¡Vete preparando!

Las "ocho mortales horas diarias" de oficina: leer, escribir, hurgar maquinalmente, a empujones, en libros y papeles, colmados de asfixiante rutina, mientras en el cerebro bullen las ideas y el afán de imprimirlas en cuartillas publicables; estar adherido a una mesa repleta de trabajo anónimo, anquilosante, en tanto que por rejas y puertas de "la cárcel",

irrumpen la luz, el oro del sol, la vida jocunda y rumorosa de una clara y alegre mañana primaveral o de un limpia y hermosa tarde de verano; vegetar en la vulgaridad de una capital provinciana, en tanto que la imaginación viaja por lejanos países, enciende esperanzas y finge triunfos gloriosos; toda esa neurastenia producida por el choque de la reprimida vocación y las férreas exigencias de la realidad, se le hizo llevadera a *Cuco,* mientras tuvo sobre sí el deber de ayudar económicamente a su hermana y de hallarse al lado de ella, para darle amparo y personalidad siempre que los necesitase.

Pero casada Benigna, y casada tan ventajosamente, ¿qué podría retener a *Cuco* en Matanzas? Ni siquiera la carencia de dinero con que lanzarse a viajar; porque bien convencido estaba de la fortaleza de sus armas para la lucha por la vida: talento, cultura, simpatía, recursos de ingenio para completar su soberana desaprensión de civilizado, que haríale irresistible cuando agregase a ella el conocimiento de idiomas, las enseñanzas prácticas y la todopoderosa mundología, que proporcionan los viajes. ¿Que esas cualidades de su mentalidad llevaban implícitas condiciones negativas, como incapacidad para un esfuerzo perseverante, carencia de sentido práctico, propensión a chocar con todo? ¿Eso le decían los que le aconsejaban en contra de sus proyectos? ¿Y qué? El no pretendía un triunfo completo, definitivo, traducible en honores o en dinero, o en las dos cosas a la vez. Su ansia dominante, imperativa, que no razonaba casi, que era como una necesidad orgánica, consistía en volar de Matanzas, irse por el mundo, a verlo, andarlo, conocerlo bien, en una impenitente bohemia, que abundase en sorpresas, en emociones, en vida fuerte y batalladora.

Así una mañana; cuando ya Ricardo y Benigna tenían una hermosa niña, que hizo brotar lozana flor de ternura en el alma paradójica de *Cuco;* cuando, además, acercábase el primer 20 de Mayo, que era gloriosa esperanza en el alma cubana, el descarado

"oficial" de la ciudad, fué a despedirse de su hermana y su cuñado; porque era llegada la hora, según irrevocable decisión de la soberana voluntad de él, de iniciar aquel viaje de aventuras, del cual en vano quisieron disuadirle los otros.

Precisamente "para no soportar enervantes parrafadas de sesudos consejos", llevaba él algunas de aquellas, sus últimas semanas de Matanzas, sin visitar a su gente.

Aquella mañana, sabiendo que Ricardo no había salido de casa y que hallábase en su despacho, a éste se dirigió primero, dejando para lo último la entrevista de despedida con la hermana.

Encontró a Ricardo rodeado de libros, la mayoría recién traídos y ordenados en los estantes.

—¡Echale! ¡Qué bueno está esto!—exclamó el que llegaba, sinceramente regocijado con el aumento de la biblioteca y el buen golpe de vista que daban los volúmenes acabados de encuadernar y simétricamente distribuídos en los estantes del despacho.

—Pero tú, empeñado en irte. ¿Cómo no tienes en cuenta todo lo bueno que hay aquí dentro, y al fin no piensas en más aventuras?—repuso Ricardo, a tiempo que poníase de pie y avanzaba risueño, al encuentro de su hermano político.

—¡Qué va! Si precisamente ahora vengo a despedirme. Salgo para La Habana en el tren de las once.

—¿De veras? ¿Tan pronto?

Y como *Cuco* ratificara con un gesto, prosiguió Ricardo.

—Pues, ya lo sabes. Hoy le das el gran disgusto a Benigna.

—¿Qué le voy a hacer? Es cosa que no tiene remedio. Cuestión de naturaleza. Me asfixio en Matanzas.

—Sigues en tus sacrilegios con la Atenas de Cuba.

—Sigo. Eso no pasa de ser una frase.

—Pero una frase justificada.

—Bueno. Sí. Evangelizaron los Guiteras; se ins-

piraron dos Heredias; cantaron Plácido y Milanés. Conozco eso. Pero ¿y lo de todas las ciudades antiguas y modernas, Atenas o no? ¿y el montón? A mí el montón de esta aldea grande me tiene asqueado, con delirio persecutorio, presuicida. ¡Me voy, o estallo!

Gesticulaba y se paseaba nervioso, "tropicalmente", mientras decía lo anterior; pero en el momento de rematar con tan impetuosa exclamación, se detuvo de pronto, con los ojos fijos en algo que veíase, al través de un entreabierto postigo del despacho, en unos de los cuartos del otro lado del patio, y que seguramente sorprendíale mucho. Antes de que Ricardo tuviera tiempo de preguntarle qué le había llamado tan poderosamente la atención, dijo él sorprendido:

—Ven. Mira.

—¿Qué?

—Ahí tienes a tu Atenas, con nuestra señora la aparecida del Cobre.

—¡Ah! Ya la he visto. Figúrate. De sobra.

—Pues, ahí lo tienes. Ni en tu misma casa, y con toda esta biblioteca que has metido en ella, bastan las Purísimas de los angelotes alimentados con Emulsión de Scott y los crucifijos del Padre Zorrínez.

A lo que Ricardo contestó, trocando el dejo de fastidio con que había pronunciado sus últimas palabras en súbito esfuerzo optimista, que alegróle el pletórico rostro:

—Bien; deja la Virgen del Cobre, y ven siquiera sea a recrearte repasando los nombres de mis autores.

Continuando sin pausa y sin abandonar el tono bromista, después de dejarle caer la diestra fraternalmente en la cerviz al cuñado, y de llevárselo, como a remolque, al frente de un estante:

—Vamos; desquítate. Envídiame. Viendo esto, puede ser ¡hasta que razones, qué caramba! Y desistas del viaje, o si no, que vuelvas pronto a suscribirte a la biblioteca; que no me negarás que es de lo más "decente" que has visto en tu vida.

Prosiguiendo:

—Mira. En este estante, novelas españolas, con el *Quijote* a gran encuadernación en el centro del primer entrepaño. En éste, novelas extranjeras. Estos dos, de ciencia, filosofía, crítica. Aquí, publicaciones cubanas. El interesante, insuperado Villaverde, teatro de Augusto Madan. Y, mira: de pura procedencia ateniense: *Leonela.*

Cuco viene detrás. La para él todopoderosa seducción de los libros, rápidamente le ha sacado de su mal humor y contagiádole con el entusiasmo de Ricardo:

—Varela. El hombre de *El sombrero de tres picos, La Pródiga, El Escándalo,* etcétera, etcétera. Don Jacinto Octavio Picón, con todo lo suyo, que he podido encontrar: *La Honrada, Sacramento, Dulce y Sabrosa...* ¿Y aquí? Maupassant, Balzac. ¡Flaubert! ¡¡Daudet!!

—¡Rediablo! Tienes razón; es para embullar a cualquiera. Con esto bien se le puede olvidar a uno que está en Matanzas.

—Sigue; sigue. Corre la vista por *acá,* para que se te acabe de quitar la impresión de *allá*—y al decir lo subrayado, Ricardo con movimientos de cabeza señala, primero, los estantes y luego el lugar aquel, al través del patio, en que está el altar de la Virgen del Cobre.

—¡Huy, chico! ¡Holbach, Renán, Spencer! ¡Echale! *¡La Moral Religiosa! ¡El Diccionario Filosófico!* Y como que tienes todo lo de este bárbaro. ¡Uh! ¡Uh! *¡El Origen de las especies! ¡El Origen del Hombre!*

Y—como si a la vista de estos dos últimos libros se desbordase su entusiasmo—salta al medio de la pieza, y muy erguido, prosopopéyico, con afectado, declamatorio arranque de personaje echegarayesco en telón final; llevando el estirado índice de los estantes al postigo por donde se ve el altarcito de marras, exclama comiquísimo:

—Cuñado Ricardo: Al fin "¡Esto matará aquello!"

A lo que, sonriente, pero deseoso de no batallar más en la enojosa cuestión, responde segurísimo Ricardo:

—Tanto como matarlo, no (ni es preciso) pero ponerlo en su justo medio, sí.

Después de este diálogo, los dos cuñados pasan a la saleta, a reunirse con Benigna, para la noticia del viaje, y la despedida final. Esta se prolonga, se hace embarazosa, pesadísima; por el natural dolor de la separación en los dos hermanos, y por los lamentosos comentarios de funeral, mezclados con agresivas recriminaciones con que la mujer desahoga su pena:

—¡Los libros! ¡Los malditos libros, son los culpables de estas locuras! Porque ¿cómo es que, en toda Matanzas, sólo a ti te pasa esto?

...Y una hora después, acompañado de Ricardo hasta la vieja estación de "Bahía", *Cuco* tomó el tren de La Habana; para desde La Habana continuar viaje, hacia el país para donde saliese el primer vapor...

II

ESCORZO DE QUINCE AÑOS DE VIDA

Claro.

La vida de casado, de Ricardo Calderería fué un desastre.

Después de la partida de *Cuco* en excursión cosmopolita de ignorado itinerario; después de aquel primer año de matrimonio, en que bajo el imperio de un amor soberano, nació Adolfina, la primogénita, se vinieron al suelo con ruidoso desplome todos aquellos proyectos, todas aquellas ilusiones de vida feliz, al amparo de la vieja casona solariega, rejuvenecida por la cálida inyección de vida nueva y pujante; en el cariño dulcemente dominador de la esposa y de los hijos; en el disfrute de la salud, la ajena estimación y la fortuna, propiciadas por la vieja virtud familiar y el trabajo talentoso y perseverante.

No poco enamorado de su mujer; confiado en la virtud del amor para mantenerla siempre en aquel despertar del viejo sueño de agobiante santidad; creyéndola emancipada de suicidas prejuicios capaces de impedir una vida de nobles expansiones, propias de la envidiable posición social de que ambos podían valerse; Ricardo, así, ingenuamente optimista, en aquellos primeros tiempos de matrimonio, se dedicó por entero a su casa y a sus negocios, en acérrimo cultivo de su dicha del presente y del porvenir. No

iba a ninguna parte sin su mujer: ni al ingenio, donde saborearon repetidas y prolongadas lunas de miel; ni a La Habana, en ocasiones en que podíase gozar de una fiesta historiable o de una rumbosa temporada de ópera; ni al quinterío de Bellamar en meses de veraneo y de aristocráticos baños. El, siempre solícito y cariñoso; ella, con el lujo, comodidades y atenciones que correspondían a su prosapia y su dinero; dando esperanzadoras muestras de aquel su enamoramiento que—en el sentir de Ricardo y *Cuco*, entonces—podría ser base firmísima de un cambio salvador en su alma enferma de cobardía religiosa...

¡Pero!

Pero, pasado ese primer año; cuando ya venía la segunda hija, Carlota, entraron en juego, de un modo subrepticio primero, descocadamente después, poderosas y perniciosas fuerzas extrañas, interesados agentes disociadores, que provocaron una reacción en el poso de las preocupaciones dejadas en el alma de Benigna por la enseñanza religiosa, absurdamente fanática de las monjas.

Fué una tácita, afanosa confabulación de militantes católicos: curas, amigas íntimas, ex compañeras de colegio, la tía de La Cidra, las primas de Pueblo Nuevo; encabezados todos por el Padre Zorrínez, ya entonces ascendido a San Carlos, para impedir que dama de tan alta alcurnia y bien nutrida bolsa se convirtiese en tibia componente, o desertase por completo, de las filas en activo del catolicismo matancero. ¡Nada menos que una educanda de convento, convertida en rica señora! ¡Con aquellas primas tan santas, cada una de las cuales fué una segunda madre de la joven en su desamparada soltería! ¡Con el Padre Zorrínez de director espiritual! ¡Y después de aquel matrimonio a todo bombo religioso! ¡Imposible!

Y fué un asalto en toda regla, que hubo de triunfar no obstante lo desfavorable del medio y la terca y desesperada defensa que hizo Ricardo de su derecho a la felicidad. La felicidad fué rápidamente cediendo ante un progresivo, incontrastable divorcio

moral. Este, como es la regla en semejantes casos, tuvo sus primeras manifestaciones en lo más fundamental de un matrimonio joven: los íntimos, naturales goces de alcoba. Primero Benigna accedía de un modo maquinal, con repelente desgana. Después, ya en crescendo la separación de las almas, ella regateaba, retardaba y eludía tales goces hasta donde le era dable en una mansa resistencia, considerándolos ya en aquella época, por reacción de prejuicios y por ajenas insinuaciones, como "groseras exigencias de la carne pecadora". Más tarde, cuando se acentuó la discordia, mucho por las furiosas recriminaciones de él en determinados cuartos de hora; lo mismo que en los períodos de precarias reconciliaciones, más ostensible fuese mostrando el desvío, la repugnancia de ella, a todo lo que fuese vida marital íntima con su esposo, ya por otros tildado, y por ella tenido como un mal cristiano.

Porque aún era optimista, y porque siempre había sido refractario a ilícitos, peligrosos líos pasionales, Ricardo procuró evitar las desastrosas consecuencias que casi son inevitables en estos casos en que un hombre, joven, afectivo, físicamente normal y con sobrantes medios económicos, se ve sometido a un sistemático aislamiento conyugal. En la necesidad de vencer la neurastenia que tan violenta situación causábale; dispuesto a procurarse la tranquilidad espiritual precisa para atender a sus negocios; decidido a amoldarse a las circunstancias, en vez de contrariarlas suicidamente, empezó a buscar fuera de su casa lo que, en su más gráfica acepción, habíasele esfumado en ella: mujer. Pero bien entendido que no ésta ni la otra mujer buscada como ideal de favorita, o de querida en toda regla, con quien poner nueva casa; sino mujeres fáciles, pasajeras, no propicias a riesgosos caprichos, aunque sí todo lo jóvenes, sanas y bonitas, que lo permitía la rellena cartera del solicitante.

Con todo y que, invariablemente, Ricardo practicaba en Matanzas una completa abstinencia de ma-

rino en alta mar, dejando para sus menudeados viajes a La Habana sus desquites de marino en tierra, dada la proximidad de las dos ciudades y el incesante ir y venir de la gente de dinero entre una y otra, pronto llegaron oficiosas, exageradísimas noticias de los descarrilamientos morales de Ricardo en la Capital, y no sólo a determinados oídos indiscretos, sino a los mismos de la equivocada e inflexible doña Benigna.

Entonces sí que, siguiendo festinadamente su habitual proceso, declaróse y trascendió con enorme ruido—de los criados a íntimos y familiares, de éstos a todo el mundo—el divorcio moral de los señores del *268:* al principio, disputas, lágrimas, recriminaciones; luego, separación de cuartos, de horas de comidas, de manejo del dinero para las atenciones domésticas; por último, meses enteros sin el más breve intercambio de palabras, ella cada vez más adentrada en su nueva vida de misas, sermones, tertulias de sacristía, aparatosos exámenes de colegios santos y cacareadas fiestas caritativas; él haciendo largas ausencias por el ingenio y La Habana, y las contadas veces que estaba en Matanzas, dado de nuevo a sus tertulias de *El Liceo* y sus presuntuosas vueltas a caballo por calles y paseos.

Si llegadas las cosas a tal extremo no se deshizo *Contreras 268,* donde en no lejanos días imperara soberano el amor, fué por las fuertes conveniencias sociales y las fortísimas consideraciones al nombre y al porvenir de las hijas. Empero, puestas las cosas en semejante plano inclinado; falto él de ternuras, de consideraciones, del tranquilo ambiente hogareño que, a cierta altura de la vida, reclama la lucha por la misma, insensiblemente permitió Ricardo que su tremendo problema de mal casado se complicara con el factor que, dada la resbaladiza situación de él, estaba en riguroso turno: el factor querida. Esta seis meses, aquélla un año, y luego otra y otra: hasta que un día tropezó con una muchacha buena, bonita, de un talento, más que aceptable, encantador,

y que de veras se enamoró de él; tanto como él de ella.

Y rodó entonces Ricardo Calderería hasta la última etapa del plano inclinado.

He aquí el idilio; que va en escorzo, como todo lo que se traza en este breve capítulo:

Un día la "señora" que le celestineaba en La Habana, recibió a Calderería con extraordinarias demostraciones de júbilo:

—¡Gracias a Dios, Don Ricardo! ¡Cuidado que estaba yo desesperada por verle!

—Como siempre, Teresita; como siempre. ¿Cuándo me ha recibido usted sin enormes deseos de verme?

—No, hombre! No sea usted así; además de que yo le aprecio, hace más de dos meses que le espero con un lance bueno; pero bueno de verdad, y que no sé cómo no se nos ha escapado de las manos.

—Como siempre Teresita. ¿Qué día he llegado a su casa sin la suerte loca, maravillosa, de tropezar con un lance regio, número uno, monumental?... Sólo que al poco tiempo siempre se me ha vuelto una vulgarísima cacería del caballo blanco.

—¡Don Ricardo!—exclamó adolorida, como haciéndose cruces Teresita; porque era muy alarmante aquella irónica displicencia del mejor de sus clientes.

—Sí; sí—la interrumpió él vivísimo.—¿Para qué vamos a engañarnos? He vuelto hoy por aquí porque llevo dos meses y medio sin venir a La Habana, y antes de regresar a Matanzas, necesito algo sano, limpio de buena estampa y, principal condición, que sea fácil; de precio fijo; no más "vénuses", vírgenes o casadas. Si hay por ahí algo que no sea de tapujos y misterios, y que reúna las otras condiciones, venga. Si no, no. Estoy dispuesto a pagar bien. Muy bien. Pero pagar una sola vez. Sin cola.

¡Ah, no! De ningún modo podía Teresita permitir aquello. Era una ofensa. Además, por el propio Don Ricardo ¡qué caramba!, que era un caballero, como pocos; muy digno de ser el preferido para las aventuras de primera línea que se presentasen. Otro

"además": muchísimo menos aceptar, entonces, tan ofensiva decisión. ¡Sí, señor! En aquella oportunidad; cuando le esperaba, desde hacía dos meses con un bocado excepcional, ultrafino; ¡con el caso más importante y valioso de su renombrada vida de buscona!

Porque Don Ricardo habíala oído hasta allí sin abandonar su incrédula sonrisa, de "A mí no me conquistas hoy", arremetió ella con una razón que parecióle decisiva por el momento:

—Oigame usted un instante, hombre. Si le gusta el asunto, lo estudia bien, con frialdad, antes de meterse en él. Ni ella ni yo queremos nada anticipado... tratándose de usted, desde luego... ¡Ah! ¡Y que de usted sólo se trata; aunque usted no lo crea, Don Ricardo!

—Al grano.

Pues tratábase de una de tres hermanas, huérfanas de madre, sin hermanos, y con un padre venido a menos repentinamente desde una regular posición, y que muy desastrado y tarambana, no sabía ni a medias cómo se las componían para vivir las tres hijas, recogidas por unas tías de historia. La celestina era íntima de la familia y proporcionaba a las muchachas vestidos de uso de los que vendía de casa en casa conocida, en su doble papel de vendedora ambulante y pescadora de virtudes en peligro. La que lo estaba en este caso era la mayor de las tres hermanas, vistosa trigueña de diez y ocho años, que obsesa por el lujo sufría las de Tántalo con no poder ataviar dignamente su natural belleza, para exhibirla en medio del derroche habanero de joyas, trajes, sombreros y carruajes, deslumbradores y provocativos. El caso no era original, ni siquiera infrecuente; pero sí de una tentación irresistible, porque:

—Porque está "trabajada" para usted, se lo repito: para usted...

Tan especial era el lance, que demostrábalo lo siguiente: la muchacha, por vergüenza, por horror al abismo, quería dar aquel paso en falso, sólo con un

caballero tan garantizado por "la Teresita", como él, y únicamente por una vez y para expansiones de cierta relatividad... vaya, él entendía bien: que no comprometiesen el porvenir. Y por eso, única y exclusivamente eso, quería una cantidad capaz de ataviarla, con cierto lujo, por unos cuantos meses.

—Desde luego—agregó Teresita con profunda convicción de una persona experimentada en el negocio. —Ya sabe usted, hasta dónde puede un muchacha mantenerse en tales propósitos. Bien atendida; con un hombre fino, sano, simpático y generoso como usted, y con lo que yo pueda poner de mi parte. Si en la primera, no se entrega del todo, ella vuelve por la "picada".. Ahora que... ¡para que ceda la primera vez!

—¿Cuánto?

—¡Psch! Unos cien centenes...

—¡Vamos, Teresita!—Por más que agotó su almacén de gitanescas melosidades y ponderaciones, por el momento resistió él inconmovible. Eso de dar quinientos pesos así como así, y después de las explotaciones anteriores, era cosa de idiotas. Lo que él no era, o por lo menos no volvería a ser en lo sucesivo. Mucho más, porque el lance tenía mucho de negocio friamente calculado por la muchacha, y porque la historia, por lo triste, era de lo menos estimulante, de lo más descorazonador. Además, aquello de las expansiones a medias no cuajaban con guajiros como él. Discutieron. Entre los argumentos de mayor fuerza de Teresita estuvo el de insistir en que la muchacha con un hombre tan agradable y espléndido como Don Ricardo, no podría fijar límite, indefinidamente, a las consabidas expansiones. Al fin, sintiéndolo, o no sintiéndolo, Don Ricardo se fué asegurando que lo pensaría.

La intermediaria no le dejó pensarlo mucho. Aquella misma tarde salió a buscarle al hotel. En éste fué informada de que Don Ricardo acababa de marcharse rumbo a Marianao, a casa de una familia que conocía la Teresita porque en ella hospedábase su

"marchante" en algunas de sus estadas en La Habana. Resuelta a verle de todos modos el mismo día, la buscavida se trasladó a Marianao y de Marianao, al ser enterada de que Don Ricardo acababa de salir hacia la Estación Terminal, para tomar el tren de Matanzas, se fué a la Estación.

Alcanzó a Calderería en los momentos de pasar a los andenes, tres minutos antes de aquel en que debía salir el tren:

—¿Don Ricardo?—le llamó.

Se detuvo él, de mal talante, y al acercarse ella le dijo regañonamente:

—¡Por Dios, Teresita! Mire que usted y yo somos muy conocidos...

—Un momento. Quiero que usted vea esto (*y a la vez le entregaba un sobre*) antes de irse para Matanzas. Es un último esfuerzo Don Ricardo. Puede que dentro de dos o tres días sea tarde para arrepentirse.

Y girando en media vuelta, dijo:

—Abur.

Y se fué a lo largo del andén.

El sobre contenía una postal fotográfica. Sí que estaba seductora, convidadora la trigueña. Había posado frente a la cámara, sentada y con las piernas en cruz por los tobillos; por lo corto del traje veíasele hasta la mitad de las lindas pantorrillas; por lo estrecho de la falda, la tela modelaba unos muslos que hacían delicioso consonante con las líneas de las pantorrillas. Eso, al primer golpe de vista. Después: un alón sombrero de paja, aniñadamente echado hacia atrás, daba marco a una cara de buen óvalo, fresca, risueña, esclarecida por el mirar inteligente, "acriollado", de unos ojazos casi negros.

Don Ricardo quedó indeciso. Desde que estuvo en casa de la alcahueta horas antes, había tenido la idea de la muchacha dándole vueltas en la cabeza. Hubo un momento en que llegó a formular un plan: como él estaba un tanto maduro, entonces, para inspirar momentánea simpatía a una muchacha de diez

y ocho años, y como no le agradaba el aspecto de venta que aquello tenía, ni la limitación de marras, ni mucho menos la perspectiva de una cita festinada, brutal—la muchacha fuera de sí, nerviosa, abochornada, y él con todos los temores consabidos, dada su condición de casado y la minoría de edad de la joven—; como todo eso era lo menos a propósito para entusiasmarle, él podía hablar con la muchacha y hasta darle algún dinero sin exigir nada desagradable, a fin de, antes que otra cosa, ir tomando con ella cartel de caballeroso y desinteresado. De ese modo propiciaríase la repetición de las entrevistas, para irse conociendo mutuamente y así hacer las cosas con un algo más de intimidad, de poética dulzura. Luego, insistiendo en su decencia, en sus galanterías y muy especialmente en sus dádivas—que éstas ablandan peñas—obtendríase el máximum de placer, con la susceptibilidad de las deseables repeticiones. Tal el plan que había llegado a formular en torno de su interés por la aventura. Pero, por los aludidos, muy comprensibles temores y por el de que pudieran engañarle nuevamente, si de bobo adelantaba dinero, había terminado por decidir escaparse de La Habana aquella tarde, cortando por lo sano, quemando las naves, para así no cejar en sus primitivos propósitos. Mas, ahora, con la postal en la mano; con aquella sabrosa chiquilla a la vista...

Se quedó.

Al otro día fué la cita.

La muchacha se presentó muy arreglada. (Luego supo Don Ricardo que había habido anticipo de parte de Teresita.) El colorete era un hórrido enchapado sobre la intapable palidez del rostro. La innata desenvoltura de la criolla, convertíase allí en torpes ademanes y palabras, que al mortificarla por no poderse dominar, aumentaban su chocante turbación. El no estaba menos turbado, irresoluto, necesitado de un gran esfuerzo, con el cual, a la larga consiguió algunas salidas ingeniosas, inspirar confianza a la joven, tranquilizarla con la seguridad de que la en-

trevista no pasaría de la sala; no obstante el oportuno *mutis* de la habilidosa Teresita, que trasteaba por un cuarto próximo.

—Me avergüenza mucho lo que usted pueda pensar de mí—dijo ella, a medio diálogo, cuando de veras velábale la voz, y humedecíale los ojos, y abochornábale el rostro un no fingido sonrojo.

—Admita usted que, aunque hombre, mi situación es la misma. Figúrese. Es la primera vez que nos vemos...—y los puntos suspensivos, con un fruncir de labios, como que dieron término al pensamiento, que era: "y por mi parte no sé si estoy en carácter, sintiéndome penoso, o si por el contrario debo ponerme desaprensivo".

Y por aquel día, con gran satisfacción de Don Ricardo y bien notable contrariedad de Teresita, respiró triunfadora la muchacha.

Después, como la espuma. Aquel proceder, insólito, inesperado por la joven y que constituyó siempre la norma de Calderería, fué ganando el corazón de ella prontamente. Se enredaron los acontecimientos. El padre, que no dejó de advertir el repentino bienestar, sobre todo el bien vestir de la hija, al principio hizo su comedia de la honra, de una honra que él no había cuidado en lo absoluto, dejándola en estrecheces y abandonos peligrosos. Después, con cara de Divino Rostro, aceptó dolorosamente "los hechos consumados". Don Ricardo se enamoró como un colegial, o según la frase con que se lo confesó a la propia Teresita: como un potro. Ella, encantada de la vida, de su inesperada buena suerte al haber tropezado con un hombre con dinero, fino, ilustrado, y principalísimamente, que le gustaba.

Visto que ella "no podía vivir sin él"; que tantos viajes a La Habana le perjudicaban, y que del mucho quererse los dos con ganas había llegado el período mimoso, consentidor, carantoñero de... los antojos, él, ya por su amor olímpico en su rebeldía moral; olímpico además en su independencia económica, piedra angular de todas las independencias,

instaló a su muchachona en Matanzas, allá por una virgílica quinta propia en la Playa de Bellamar.

Dejó de ser, desde entonces, en *Contreras 268* otra cosa que un hombre que apenas dormía en su cuarto y que algunas veces pasaba por su despacho; una especie de mayordomo encargado de suplir las necesidades materiales de los que allí vivían, para convertirse en hombre de otra casa más suya, más atrayente, donde tenía muchas de sus cosas íntimas, queridas, necesarias: su mesa, sus golosinas, sus joyas, trajes y sombreros en activo, sus libros favoritos, su verdadera mujer adorable y que le adoraba, y después un hijo del amor, tan hijo del alma como los hijos legales. Era el soñado, el imprescindible rincón de cariño noble, fuerte, humano, que reclamaba, en Ricardo, su corazón de hombre sano, sincero, bienquisto con la vida; hasta resolverse, por lo mismo, a vivir—pesárale a la moralidad oficial, o más bien empujado por ella—moralísimamente... con dos casas.

Entre tanto, *Cuco* cruzaba mares y trotaba tierras.

Al principio, cuando deteníase en algún lugar el tiempo preciso para tener dirección duradera y esperar contestación, escribía algunas cartas dirigidas indistintamente a sus "Queridos Ricardo y Benigna". Después, de tarde en tarde, cuando con más facilidad cambiaba de país, mandaba alguna postal, que terminaba con un casi invariable estribillo: "No me escriban hasta que no les mande nueva dirección." Por último, contentábase con ir marcando su itinerario por medio de postales enviadas desde los sitios más notables por donde pasaba.

Estas postales solían traer algunas líneas alusivas a la parte ilustrada de las mismas. Eran rasgos nerviosos, genialidades muy características, que traían a la mente la simpática figura del corremundo, sus recordables ocurrencias, y que servían para establecer un contraste muy significativo, para un alma inteligente que florecía ya en la vieja casa matancera

y que ha de revelarse dominadora en el curso de estas páginas.

Por aquellos años también viajaba, para completar su educación, el joven doctor Francisco Castro, *Castrico*—como bautizárale la gente del "cubaneo", tan acertada siempre que impone unos de esos retratadores, anulantes disminutivos—, hijo de una de las poquísimas familias íntimas de Doña Benigna, y por quien, no obstante la diferencia de edad, habíasele dado una vez a Carlota, la menor de las Calderería, la broma de que teníanle escogido el novio, para más adelante, asimismo mandaba al *268*, comúnmente dirigidas a Carlota y Adolfina, postales de las poblaciones que marcaban etapa en su recorrido por Europa.

Las postales de *Castrico* para un buen ojo fino (¡que no lo tenían, por cierto, y sí muy al contrario, sus familiares!) diagnosticaban un hórrido e incurable rastacuerismo: "Te escribo apoyándome en una piedra del cráter del famoso volcán que va en la postal; bajo el cielo azul, divino, purísimo, sólo comparable al de Cuba, de Nápoles...", "Te hago esta postal desde una plataforma de la Torre Eiffel, con *Ville Lumière* a mis pies", "En una tarde gris de la nebulosa Albión, te recuerda tu *dear friend*".

Las postales de *Cuco:* "Esto que parece un bohío de Ceiba Mocha es el mejor hotel de Oruba, una isla cercana a Venezuela, donde vivo provisionalmente (¡y tanto!) y en donde me tengo por el hombre más ilustre llegado al país desde su descubrimiento". En otra ocasión, en una postal con el fotograbado de la Catedral de Lima: "Dicen que una momia que hay ahí dentro es la de Pizarro. Como el *idem* del sacristán quiere cobrarme un duro por enseñármela, le he dicho que a otro perro con esos huesos... y pellejos ultramaravillosos." Desde Montevideo mandó una vez un ferrotipo que le sacaron en la pesebrera del vaporcito en que atravesó el Plata desde la capital argentina a la uruguaya. Decía: "Recuerdo del viaje número 2,000". Desde Alemania, en

una postal con el retrato de Nietzsche: "¡Eureka! He descubierto a mi Dios. Es ese "bulldog" loco. A Ricardo que lea sus libros para que vea justificadas—¡coincidencias del genio!—todas mis inmoralidades, de antaño, sin excluir la agencia matrimonial. Puede dejarlo con confianza al alcance de los Zorrínez. Para ellos está en griego." Otra vez: "Estoy de general en Bolivia." Y otra desde Manila: "Te mando en paquete aparte, el primer número de mi diario *El Archipiélago,* para que veas por donde anda un cubano defendiendo la doctrina El Asia para los asiáticos..."

Por un contrasentido muy característico; por una verdadera paradoja de las que sólo eran posibles en un descarriado como *Cuco,* poco tiempo después de haberse recibido la postal de Nietzsche, llegó a *Contreras 268* un libro socialista publicado en inglés por una casa de Glasgow:

THE END OF CAPITALISM

BY

A. PEDROSO

III

GENTE NUEVA

A los quince años Carlota era una mujer hecha y derecha: tan alta y de cuerpo tan lleno y rotundo como el de Doña Benigna. No obstante este precoz desarrollo, con seguridad que sus "quince" eran mejores que los que había tenido su madre, a juzgar por ciertos detalles físicos de esos que sirven para que el observador fino sepa a qué atenerse a la hora de ponderar bellezas que fueron. En Carlota, la cara, si no tenía el óvalo consabido, a éste se aproximaba tanto como la de la madre a la redondez yucateca. Luego, los labios eran menos gruesos, la nariz algo más perfilada, los ojos mejor sombreados por largas y espesas pestañas, las cejas más finas, de mejor arco y de más limpia separación entre sí, y bastaba una breve ojeada para resolver que nunca pudo parecerse la piel porosa y muy trigueña de la madre, a la seda levemente sonrosada que lucía la hija en la impecable plasticidad de las mejillas.

Por su corta edad, y porque su índole era más sensible, más femenina, la religiosidad de Carlota era menos ortodoxa y absorbente que la de su madre. Sin embargo, la moral de la muchacha seguía la misma canalización recorrida por la santa señora desde su infancia: creer a ojos cerrados todo lo que enseñáranle en el hogar y en el colegio de las madres,

y no inquirir jamás el cómo y mucho menos el porqué de cuanto iba descubriendo, por la vida, en evidente conflicto con tales enseñanzas. Para ella debían pasar en balde cuantas cosas generalmente dan al traste con la angelical inocencia de la muchacha más "envitrinada": ciertas rarísimas inquisiciones de confesonario; algunas frases callejeras oídas en el trayecto de la casa al colegio: esta o la otra alusión de sentido ignorado, sorprendida en los periódicos, en las charlas de la familia y de los criados; los propios cambios fisiológicos, acerca de los cuales la hermana sólo pudo hablarle, turbadamente, de su personal e inconsciente experiencia, y la madre de lo más extricto para la higiene, sin ulteriores explicaciones, a largos y rápidos pasos, como quien a la hora meridiana tiene que ir por un arenal bañado de sol. Las pocas veces que quiso asomarse indagadora al abismo de sus incomprensiones, se turbó, se asustó de tal manera, que vióse forzada a retroceder del "abismo" prontamente, arrepentida y moralmente maltrecha. Allí, sin duda alguna, se trataba de problemas que no tenía que plantearse una niña educada según el ideal de su madre: "Nada de hijas sabihondas, sin religión y sin ilusiones; sino mujeres con mucho temor de Dios y muy ligeros conocimientos: mujeres honradas." Y era éste un calificativo que tenía una acepción amplísima para Doña Benigna.

Así, a Carlota nunca tuvo su madre que vedarle la entrada en la biblioteca del padre, ni que descargarle un regaño por haberla sorprendido con una novela en las manos, ni que soslayar con aleccionador retintín ninguna pregunta o alusión complicada y resbaladiza. Su vida era el Colegio del Sagrado Corazón; los comentarios de sermones, fiestas religiosas y saraos caritativos; asuntos domésticos muy a flor de piel, y sus entusiasmos por los adelantos que hacía en todas las monjiles maravillas de tejidos, bordados, botánica de papel y trapo, orfebrería de conchas y caracoles y alta escuela de cremas, pasteles y confituras.

Una anécdota que muestra bien la índole de Car-

lota y los frutos que en ella daba el adiestramiento practicado por Doña Benigna, es la que sigue. Cierta mañana iban para el colegio las dos hermanas, seguidas a distancia por la galleguita en turno. Todavía usaban el vestido a media pantorilla, y ya desde entonces (unos trece años) Carlota tenía las piernas más gruesas y trepidantes al andar que Adolfina, con todo y el año que ésta aventajábale en edad. Al doblar una esquina, de manos a boca enfrentóse con ellas cierto sujeto cuarentón, vestido de persona decente, que entusiasmado por las precoces masas de la muchacha, dejó escapar un brusco y criollísimo:

—¡Chiquita; qué buena estás!

A la mayor de las hermanas se le empurpuró el rostro; en el de la otra no fué perceptible el menor cambio, y cuando ya habían doblado por la bocacalle. Carlota se sintió con ánimo para observar:

—¡Qué colorada te has puesto!

—¡Claro! ¡Cómo no! Eso que ha hecho ese viejo no es más que un abuso, una cobardía. Todavía podríasele soportar que le hablara a una sin conocerla, si no se tratase, en vez de un piropo decente, de una desvergüenza.

—¿Qué desvergüenza? Ha dicho que soy buena

—Que estás buena; lo cual es muy distinto.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¡Uh, muchacha! Si no lo sabes, ni te lo supones. adivínalo.

—Pero, tú que no lo ignoras, dímelo.

Por fortuna la españolita había entrevisto el lance, y presumiendo el diálogo, vino a sacar de apuros a Adolfina, apretando el paso y dando fe de su proximidad con este comentario:

—¡Jesús, con estos que hacen de señoritos; que son los más atrevidos y marranos!

¿De aquel visible divorcio moral de sus padres; de aquel trascendente y trascendental adulterio del cabeza de familia, qué concepto tenía ella? Sus ideas en esta materia eran mucho más confusas que en lo demás; las más confusas, horribles y trastornadoras;

máxime siendo su padre tan bueno, tan cariñoso con sus hijas, y su madre la más buena y la más santa de todas las mujeres. En esto con mayor razón érale difícil y punzante ahondar en busca de causas y responsabilidades. Y cuantas veces, a solas con su conciencia, o buceando cuidadosamente en el alma de Doña Benigna o de Adolfina, quiso hacer algo más que sufrir tantas cosas negras y sangrantes; cuantas veces pretendió conocer, deducir, contrastar la conducta de cada uno de sus progenitores, tuvo que contenerse, remordida y escarmentada. Prefería sufrir la fatalidad que abrumaba la vida de los suyos, ignorante e inconsciente, antes de pensar que sus padres pudiesen ser seres malos, obsesos, que por pasiones bajas, innobles, propias nada más de cierta gente de muy ínfima estofa, vivían fuera de lo normal y cristiano, dando tan funesto ejemplo a sus hijas. Ella, por religioso deber y más por imposiciones de su alma sensible, afectuosa, limpísima, quería por igual a su padre y a su madre. Sin embargo, bien notábase en su conducta, en su actitud de ciertos instantes de dolor y prueba, que en el caso de su madre, el profundo cariño filial se complicaba con la conmiseración por la víctima de algo que, aunque incomprendido, le parecía enormemente cruel e injusto. Nunca, en los últimos años, rezó la madre su dolor ante la imagen de la Caridad; nunca bebió la amargura de una humillación; nunca la extranguló el dolor de una lástima ofensiva, sin que estuviera a su lado, angustiada, brillantes de lágrimas los ojos, torcida por la pena propia y refleja, prodigándole frases y caricias de consuelo, Carlota, la más carne de su carne, más hija de su alma; la que formada había sido a su imagen y semejanza.

A los diez y seis años Adolfina era una mujer en todo y por todo. De mayor estatura y menor peso que su madre y su hermana, lógicamente las aventajaba en buenas proporciones físicas. Era entonces lo que en lenguaje familiar suele llamarse un tipo

fino, y prometía ser, cuando los trajes fueran más de mujer, el desarrollo más definitivo y la transformación fisiológica del matrimonio se realizase, lo que los criollos de hablar crudo y gráfico llaman una gran, o una real hembra.

Eso en conjunto. En detalles, Adolfina los tenía muy parecidos a los de su hermana, con las leves diferencias que correspondían a la finura de líneas antes aludida. Principalmente, la cara era más ovalada, el cuello de mejor torno, el pecho menos abultado, la cintura menos gruesa, más breves los tobillos y más finos y "quebrados" los pies. Como nota saliente en la figura de Adolfina; como rasgo muy propio y notable, al cual referíanse todos, amigos y familiares, al hablar de ella, hallábanse los ojos, que eran del color pardo de los del hermano de su madre, y que eran grandes, almendrados, de inteligentísima expresión.

Para mejor ponerse ante los ojos de la imaginación a las dos hermanas, piense el lector que, en un mediodía de franco sol estival, las ve acercarse por la acera de la sombra, camino del colegio, retaguardadas por la basta y trotante humanidd de la marusiña imprescindible. Las dos, blancas, de pelo negro, trajeadas con el azuleante, sencillo y casto uniforme escolar. Una, baja, gruesa, de andar encogido y mirada vaga, indiferentísima; la otra, alta, delgada, derechita, despidiendo ramalazos de luz de aquellos grandes ojos hacia los cuales convergían todas las miradas, siempre que sola o acompañada presentábase en cualquier parte. Si en la puerta de un café, de una tienda, de un colegio hay entonces un grupo de jóvenes, se advierte, infaliblemente, que el primero que las vislumbra—no obstante las redondeces de la más chica—corre la noticia a sus contertulios con esta significativa personificación:

—Ahí viene la Calderería.

Aquella inteligencia que brillaba en los ojos de Adolfina, que era en lo moral lo que en la parte física estos dos luceros: es decir, la nota distintiva, a todos subyugaba en el colegio y en la casa. En las horas

de recreo, era ella el centro de los corrillos, el árbitro de las desavenencias, la directora de bailes y juegos, el sol en cuyo torno describían sus órbitas todas las compañeras. La propia Carlota, a pesar de su raro carácter, tenía desarrolladísimo el instinto imitativo para apoderarse de todo lo de su hermana: sus chistes, su refranes, sus modales, sus estribillos. Las criadas mostrábanse siempre más francas, afectuosas y complacientes con Adolfina que con Carlota. Para Don Ricardo, su hija mayor era el más hondo afecto y la más inquietante preocupación en aquella horrible anormalidad en que todos vivían. La propia Doña Benigna, notaba un reblandecimiento en su diamantina dureza moral ante aquella inteligencia, perforante como los ojos de la muchacha, para todo oculto sentido de las cosas y para toda clase de ajenas reservas mentales. Tal inteligencia había sido, en lo que a su dueña tocaba, un perenne obstáculo para la realización de aquel ideal de Doña Benigna, de hacer de sus hijas sólo mujeres honradas, con mucha fe y muy poco razonar por cuenta propia. Adolfina podría ser todo lo honrada que Doña Benigna anhelase que fuera; pero lo honrado no quitaríale nunca el saber tanto como cualquiera otra joven de su medio, y aún de otro más libre, y en muchas cosas muchísimo más que su madre y su hermana. Por más que en todo esto entraba, con su singular inteligencia, su gran parecido de carácter con tío *Cuco,* del cual solamente se diferenciaba por ligerísimos rasgos psicológicos propios de su condición de mujer, y por la forma del talento, en el sentido de que el de ella era más sano, asentado, de una absoluta y connatural moralidad, en rima con su casera educación y en contraste, por lo tanto, con la callejera y libérrima que tuvo el hermano de su madre.

De modo que a Adolfina sí tuvo su madre que vedarle desde temprano la entrada en el despacho aquel de su padre donde estaban los estantes de libros; aunque como luego vió Doña Benigna que era inútil la prohibición porque la muchacha era una lectora om-

nívora, impenitente, que sacaba los libros de donde y como podía, para devorarlos a escondidas, tuvo que transigir a fin de, por lo menos, ejercer una censura sobre la letra de molde que echárase al coleto la hija. Por más que la censura fué burlada no pocas veces con las mañas y cubileteos que tienen las mujeres para estas cosas. Con ella, sí que las madres, las del colegio y la de la casa, tuvieron que hacer prodigios de habilidad para soslayar preguntas, comentarios y alusiones a mil cosas del mundo que la joven hallaba en irreconciliable oposición con las enseñanzas del colegio y del hogar. A ella sí la había sorprendido algunas veces la madre, revolviendo ciertos papeles comprometedores de Don Ricardo o de ella, revisando las postales y cartas del tío aventurero, constrastándolas con las de *Castrico,* e inmiscuyéndose en la correspondencia amorosa de las criadas.

Insistamos, con todo, en lo de su connatural moralidad: a pesar de la plena conciencia que tenía de sus personales atractivos, nunca sintió la tentación de sonsacar a los pocos hombres con quienes se tropezaba, con vestidos tentadores, ni con diabólicas "ingenuidades" de semi-virgen.

Así, la vida de Adolfina era leer, estudiar sus lecciones, hacer alguna carta a cualquiera criada con novio, coser alguna cosita propia o de Carlota, cumplir con la iglesia, maquinal, adocenadamente, sin tomar la religión tan a pecho como su madre y su hermana y, a veces, muchas veces, cavilar horas enteras, acostada con los ojos abiertos, o sentada con un libro inmóvil en una misma página, acerca de aquel asesino drama de familia que a ella y a los suyos teníales el corazón en carne viva, en una llaga que sólo a fuerza de costumbre, y de largos años de dolor, hacíase sobrellevable entre golpe y golpe del destino, entre una y otra lastimadura de la odiosa realidad. Mas este punto, que ofrece detalles interesantes del carácter y de la vida de Adolfina, intencionadamente ha sido dejado para lo último en la pintura de la joven, a fin de dibujarlos, con la

mayor claridad posible, en párrafos separados desde luego.

Antes de ingresar en el colegio, allá por los siete u ocho años de edad, las dos hermanas casi no habían parado mientes en lo rara que era la conducta del padre, en cuanto a que pocos días veíanle en la mesa; algunas mañanas amanecía arreglada su cama, y las muy contadas veces que cruzaba palabra con Doña Benigna, era invariablemente en discusiones arrinconadas, violentas y para ellas ininteligibles. Ello está explicado por el aislamiento en que crecían las niñas y que impedíales el contraste y la comparación con lo que era costumbre en otras familias. Además, siempre que preguntaban por el padre, después de muchos días de no verle, decíanles que estaba en el ingenio; siempre que querían retenerle para la comida o para que las acompañase a una fiesta religiosa, oponíaseles la necesidad del padre, de irse para el ingenio en seguida, y si no se las persuadía, dejábaselas sin argumento valedero. Tan sólo como tímido recurso, a Adolfina, algunas veces se le ocurría decir, formalita, graciosamente seria, poco más o menos:

—¡Caramba con el ingenio! ¿Por qué no lo vendes, papaíto?

Pero con el colegio; con los cuatro viajecitos diarios, de y para la casa, en compañía de la criada y de algunas condiscípulas, sin la salvaguardia de Doña Benigna, no tardó en perder su virtud el socorrido pretexto del ingenio. Enterar a Carlota y Adolfina de lo de la Playa, sobre todo de lo del hermanito, fué oficioso encargo que supieron cumplir los limpios y uniformados angelitos del colegio de las madres, con la misma eficacia y prontitud que hubiéranlo hecho los mocosos y trapientos querubines de una escuelita de barrio. Desde entonces Adolfina empezó a sentir sobre su vida que apenas empezaba, cada día más consciente, más intensa, más amarga, su parte en la pena y la ignominia del drama familiar. Va dicho que cuando ya era grandecita cavilaba mucho acerca de ello, unas veces movida por algo leído en un libro

que quedaba inmóvil sobre sus piernas largo rato; otras veces acostada, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, después de cualquier suceso o noticia, que guardase relación con el odioso asunto, y ya en esto mostrábase también muy distinta a Carlota, quien, como se sabe, siempre retrocedía horrorizada al querer orientarse en aquella hondura moral, para las dos hermanas, tenebrosa y laberíntica. Pero Adolfina no sólo cavilaba. Su índole bondadosa, su inteligencia, su afán de no ser una ignorante en nada y menos en lo que tan de cerca y tan duramente le atañía, llevábanla a observar, a indagar, a deducir, a plantear la cuestión a sus padres, por separado, o las poquísimas veces que los veía juntos, con preguntas, alusiones e indirectas, de inocentísima apariencia, y que tenían la virtud de poner en gran azoro a sus maltraídos progenitores.

Para lo anterior cazaba o propiciaba todas las oportunidades.

No se habrá olvidado que una de las pocas familias, visitas y visitadas de la de *Contreras 268*, eran las de Castro. Había entre éstas una deliciosa, espigada rubita de diez y siete años, hermana de *Castrico*, llamada Pura y que era una inquieta, perturbadora diablesa, de quien aseguraba la propia Doña Benigna que sabía hasta donde el jején puso el huevo; condición por la cual no gustábanle mucho a la buena señora los "apartes" de sus hijas y la muchacha durante las infrecuentes tertulias que, en una u otra casa, se formaban al reunirse ambas familias. Siempre que la muchacha se hallaba a solas con Adolfina, ponía de comidilla la casa de la Playa, sin dejar de insistir, ni una sola vez, en lo simpática "que le caía" la "elegantísima" amante de Don Ricardo, y en lo "monísimo" que estaba el chiquillo, o como decíalo otras veces, picantemente:

—Tu hermanito, chica.

Bien: una clara tarde de verano, de regreso de una junta de las Siervas del Señor, las Caldereria llegaron de visita a casa de las de Castro. En la puerta, aguar-

dando, quedó el viejo carruaje propio, y a Pura, que hallábase en la sala con su toaleta vespertina, se le ocurrió una escapatoria en el coche; cosa de treinta minutos, a la Playa, con las dos hermanas, a fin de que Adolfina conociera la casa y, si tanta era su suerte, también a los moradores; por lo menos al chiquillo que solía jugar en el jardín frontero de la quinta.

Adolfina sintió irresistible la tentación del lance, pero dudaba de la eficacia del plan ideado por la sonsacadora, y que consistía en pedirle a Doña Benigna el coche para ir a tomar unos sorbetes a la puerta de *Las Delicias*. Pura redarguyó que ¡qué va! Ella abordaría a Doña Benigna de sopetón, dándole al asunto el comprometedor aspecto de un favor personal. Y diciéndolo y haciéndolo. Se desentendió de las irresoluciones de Adolfina, irrumpió en la tertulia de las personas mayores, y le dijo a la señora Calderería, en el tono más aniñado y pedidor:

—Oiga, Doña Benigna: présteme el coche para ir con Adolfina y Carlota a tomar mantecado ¿quiere?

Cogida de improviso, Doña Benigna apenas pudo defenderse:

—Pero ¿solas?

—Sí. ¿Qué tiene? Un momentico. Vamos hasta *Las Delicias*, y no nos bajamos del coche. Volvemos ahorita. ¿Eh? ¿Sí?

Y preguntando afirmativamente, sin esperar la réplica, salió a remolque con las dos hermanas; las empujó contra los cojines del vehículo; subió ella, y, de pie, arqueada contra el pescante secreteó con el negro y viejo cochero:

—Dice Doña Benigna que nos lleve a dar una vuelta por la Playa.

Fueron. A medias, a través del ramajoso jardín, avizoraron al muchachito, que frenético se impulsaba en un columpio de madera levantado en el portal. Ni Carlota ni Adolfina pudieron apreciar bien la figura del medio hermano; pero así y todo, la aventura fué causa de un vivísimo cotorreo en el interior del ca-

rruaje; no sin que antes Purita advirtiera al viejo cochero del engaño, rogándole su complicidad.

De regreso en el *268*, Adolfina completó sus osadías de aquella tarde, disparándole a su madre esta salida, a boca de jarro:

—Esta tarde vi a mi hermano.

—¡Muchacha!—exclamó la madre, abriendo asombrosamente la boca en la *a* del medio.

—De veras. Estaba en *Las Delicias*, tomando helados con una criadita. ¿Qué tiene eso?

—Mucho tiene. En primer lugar, usted no tiene más hermanos que Carlota; en segundo lugar, las niñas no se inmiscuyen en las cosas de las personas mayores.

Y, terminada esa respuesta, seca, áspera, en cabal acuerdo con el tratamiento de usted de la hora de los regaños, remató definitiva:

—Y no vengas a hacerme la boba. Bien conozco a la Purita, para saber que ustedes a donde se largaron fué a otra parte, muy lejos de *Las Delicias*. ¡Vuélvanme a decir que van, solas, con la chiquilla esa!

Cerró con esto cuanto tenía que decir, haciéndose más sulfurada de lo que estábalo realmente, sin más explicaciones, en uso y abuso de la despótica autoridad con que a veces los padres desoyen y acallan las interrogaciones y protestas fastidiosas, acusatorias o comprometedoras de los hijos que visten de corto.

Por parte de Doña Benigna, el "las niñas no deben inmiscuirse en las cosas de las personas mayores", vino a sustituir el estribillo del ingenio, como dique para contener las peligrosas inquisiciones de su hija mayor Pero ello fué sólo hasta un día.

Un día, en coche y acompañada de sus hijas, Doña Benigna salió de compras por la calle del Medio.

En la primera tienda del itinerario proyectado, cuando aún Doña Benigna descendía del carruaje, las muchachas avanzaron por entre las mesas colmadas de telas y encajes. Cerca del mostrador, sentada de espaldas a la calle, acompañada de un niño rubio

vestido de marinero y atendida por dos dependientes, hallábase una joven de bellas formas y elegante porte. ¡La amante de Don Ricardo! Como los dependientes conocían a todas las familias adineradas de la ciudad, prodújose en ellos un movimiento de sorpresa y expectación. Intuitiva, maliciosa, Adolfina se fué casi en línea recta en busca del anverso de la compradora. Volvióse ésta, alarmada por la actitud de los dependientes; súbito encendiósele el rostro, y sus ojos saltones de sorpresa chocaron en una brusca mirada con los inquisitivos de Adolfina. Carlota, totalmente ajena al malhadado suceso, todavía a medio salón, revistaba las telas que, desenvueltas pendían de las mesas expositoras, y Doña Benigna, muy pálida, los ojos vidriosos por un asomo de llanto, temiendo desplomarse en un colapso nervioso, buscó asidero en el hombro de la hija menor, a tiempo que con la voz rota por la emoción, llamó:

—Vamos niñas. ¡Adolfina!

Seguida de sus hijas entró en el coche. Aquellas lágrimas que vidriaban sus ojos bajáronle copiosas por las mejillas; sacudíase convulso todo su cuerpo, y fué una angustia el ahogo de su pecho, que levantábase a oleadas, como el pecho de un asmático que acaba de vencer cuarenta escalones.

Apenas si pudo sollozar una orden:

—Que nos lleven a casa.

En tanto el coche desandaba rebotante el camino inútilmente acabado de andar, las muchachas agarrotando la propia pena; reprimiendo el llanto que pudiera desahogarla; en inconfesado acuerdo para tener aquello como un valor entendido, evitando toda pregunta o alusión que viniera a punzar el sufrimiento común, prodigaban a la madre frases de consuelo y proponíanle auxilios, en un acongojado debatir:

—¿Vamos a casa, o casa del Dr. Ortiz?

—Mejor a casa. ¿Te echo fresco, mamaíta?

—No; al contrario.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué será esto? ¿Qué va a pasar? ¿Vamos a ver si podemos avisarle a Papá en seguida?

—No; no;—por señas dijo, primero, y luego de palabra, Doña Benigna; agregando en seguida, con breves y entrecortadas frases, que lo único que quería era que la llevaran a su casa.

En ésta, sin aspavientos trascendentales; con una infusión de tilo que preparó Adolfina y con las sedantes demostraciones de cariño de Carlota, Doña Benigna quedó notablemente aliviada. Luego encerróse en su cuarto, y en él pasó el resto del día, sin probar alimento alguno, echada en una mecedora, cuando no estuvo tendida en la cama; herméticamente cerrada a toda clase de quejas, protestas y explicaciones; con un pañuelo atado a la cabeza como remedio para la cefalalgia consiguiente.

Al otro día Adolfina no fué al colegio, y en cuanto halló una oportunidad propicia, de nuevo sacó a relucir, a solas con su madre, la quemante cuestión. No lo hizo a raja tabla, osadamente, como en otras ocasiones; sino con habilidad, resbalándose poco a poco, mostrándose tierna y consoladora con la madre y haciendo sentir y comprender dulcemente su derecho a ciertas explicaciones. Era una hora favorable. Después del disgusto del día anterior, encerrado, hiriente aún en el pecho de la pobre señora, las ternuras de la hija conmovieron aquel acerado corazón (¡acerado, pero de madre!) y prontamente se entregó al desahogo y la comprensión que brindábale la hija, bella, inteligente, todopoderosa.

Y desde aquel día quedó en desuso la cantilena de las "niñas no deben inmiscuirse, etc.", para ser sustituído por ciertas explicaciones provocadoras de algunos comentarios que, cuando avanzaban demasiado, eran cortadas por un concluyente: "Cuando seas mayor, lo podrás entender todo."

Así había sido con su madre, hasta los diez y seis años.

¿Y con Don Ricardo? Cuando llegó la hora de sustituir el "disco" del ingenio, para explicar sus prolongadas ausencias del hogar "oficial", Don Ricardo lo hizo empleando escalonadamente los de "las

niñas no deben de mezclarse en estos asuntos'', ''Más adelante hablaremos de eso'', ''Cuando puedas comprenderlo, verás como sólo soy culpable en parte'' y otros. Pero más afable, más sereno, muy filósofo, lo hizo siempre de modo distinto al empleado por Doña Benigna. Con una bondadosa sonrisa, con un invariable y habilísimo veras y bromas; serpentino e inasible como una anguila, escurríase siempre, el muy hábil señor, de las encerronas de Adolfina. Y, sobre dejarla desarmada, sin necesidad de paradas bruscas, sin resquemores de amor propio, ponía gran cuidado en dos modalidades de su conducta con la inteligentísima hija: mostrábase excesivamente encariñado, solícito, dadivoso con ella, a fin de que no sufriera eclipses el brillo de su amor filial, intenso, acrisolado en la común desgracia, y propiciaba el alma de la joven a la comprensión, la consecuencia y la disculpa, con una indirecta corriente de ilustración que él enderezaba hacia ella de un modo sabio, subrepticio y sistemático. De toda intención, dejaba ciertos libros al alcance de Adolfina, insinuándole la lectura de los mismos con determinados rodeos y listezas, en uno como valor entendido entre ambos. Alguna que otra vez, siempre en coincidencia con una buena temporada teatral, llevaba a la hijas a La Habana, so pretexto de dar un paseo, y juntos los tres en un palco de *El Nacional* o de *Payret*, asistían a la representación de dramas y comedias, con comentarios oportunos, martilleantes, intercalados por Don Ricardo, y epílogos de interesadas moralejas por el propio autor.

Con estas funciones teatrales, con otras de cinematógrafo, de que escondidamente, y como luego se explicará disfrutaba Adolfina, y además, con sus lecturas, amiguitas como Pura Castro y otros medios ''instructivos'', llegó ella a tener un concepto bastante claro, acertado e inteligente, de lo que ocurría en su casa, y un juicio muy aproximado a la realidad en cuanto a las responsabilidades de cada uno de sus progenitores.

Ultimando puede decirse que, desde el primer día en que ella supo del divorcio de hecho existente entre

sus padres, tuvo siempre la nobilísima y puerilísima idea de querer arreglarlo todo. En un principio, cuando era muy pequeñita, creía aquello tan fácil como una reconciliación de muñecas; después, como uno de tantos líos de condiscípulas, de que ella era siempre acertado juez o árbitro; más tarde, a medida que fué descubriendo lo cerrado y profundo del problema, parecióle más difícil el empeño; pero nunca se desagarró totalmente de tan hermosa esperanza. Su padre, al contrastar, hablando con ella, el modo de ser de *Cuco* y el de Benigna, había deslizado la idea de que él quizá fuera el único capaz de proporcionar soluciones adecuadas y viables al gran problema, y Adolfina esperaba a veces, el regreso de su tío, ávidamente, como si tratárase de un salvador y omnipotente anticristo, taumaturgo del destino. Pero comprendía ella que siempre Doña Benigna con su rigidez de principios y su sequedad de sentimientos habría de ser un obstáculo a toda fórmula conciliatoria. Por esto, y porque, además hallaba que en el "debe" de uno y otro de sus progenitores había cargos muy subidos que anotar, y no obstante, del lado del padre a toda hora encontró más tolerancia, más dulzura, más franco y contagioso modo de querer, en el mismo cariño arraigadísimo que ella sentía por los dos, padre y madre, nunca dejó de alentar una espontánea, invencible, inocultable predilección por el primero.

El día en que Adolfina cumplió los diez y seis años su padre le hizo un doble obsequio. Un reloj-pulsera (prenda que estaba de gran moda entonces) de oro y platino, y el manejo económico de la casa, que puso él en manos de ella, previa consulta indirecta con Doña Benigna, en medio de la mayor solemnidad, con reunión de criados y formal entrega de llaves, libretas, talonarios de cheques, recibos y contratos.

El obsequio del reloj-pulsera fué pagado con un beso en la frente; un sonoro beso dado en presencia de Carlota y de las dos criadas de la casa.

La impresión hondísima causada por el otro regalo en el alma inteligente de la joven, exteriorizada fué

de un modo más tierno, íntimo y significativo. Después de aquella solemne entrega, Don Ricardo revolvía unos descoloridos mamotretos en su cerrado y penumbroso gabinete casero, cuando inesperadamente se le presentó Adolfina, pálida, húmedos y brillantes los ojos, temblones los labios en un sonreir doloroso, y se echó con los brazos abiertos, en los de su padre; en una explosión de callados besos; en un lento rodar de silenciosas lágrimas; en un mudo, profundo, elocuente desahogo de infinito dolor.

—¿Qué es esto?—interrogó el padre, echando hacia atrás el busto al hacer la pregunta; alarmado y enternecido a la vez.

—Que vengo a decirte que te agradezco el encargo que me das de entenderme con los gastos de la casa, y que lo acepto; pero que me pesa *(aquí ya se entrecortan las palabras, por la creciente aflicción)* que me duele mucho lo horrible que es todo esto, para mi pobre madre, para ti mismo, para Carlota *(aquí ya son incontenibles los sollozos de la sufriente)*. Esto es vergonzoso. Los criados; todo el mundo...

Y estalla finalmente el llanto, ahogando las quejas dolorosas, y dando cauce y alivio a la angustia crudelísima; en tanto que el padre, con un asomo de lágrimas, que le humedecen los ojos, consternado, abatido, presa de indominable miedo, se pregunta:

¿Primer reproche? ¿Amago de formal protesta? ¿Ensayo inquietante, amenazador, de improrrogable rebeldía? ¿Y contra qué, o contra quién?

No lo supo Don Ricardo en aquella hora. Porque, cuando amenguaba el llanto, y ya desahogada su pena Adolfina fué a explicarse, a calmar la ansiedad de él, Doña Benigna, seguramente intranquila con aquel largo y encerrado "aparte" del padre y la hija, la llamó imperativa, y súbitamente tuvo aquélla que romper la escena del despacho, saliendo presurosa; a la vez que se enjugaba los ojos, se alisaba el cabello, se echaba una máscara de tranquilidad sobre el lloroso rostro, y respondía con voz firme, clara, serenísima:

—¡Allá voy, mamá!

IV

EL DEDO DEL DESTINO

Justamente cuando las Calderería iban por la edad, de los quince a los diez y seis años, en que han sido presentadas al lector, entró en *Contreras 268,* o sea en la escena de "nuestro" drama, un nuevo personaje, que vino a intensificarlo, a complicarlo fuertemente: una de esas criadas, ya conocidas del teatro y la novela, que tan hondo recuerdo suelen dejar en la historia de algunas familias.

Era una coruñesa de veinte años, fresca, maciza, encorsetada; que vestía sobre lo corto, porque andaba muy bien de pantorrillas; que, como en castísima compensación a la llamativa cortedad del vestido, llevaba unos seriotes espejuelos de gruesos cristales y el cabello, que era corto, ralo y pajizo, campesinamente alisado hacia la nuca, donde reuníalo en haz una chambona peineta, y que tenía un novio que además de pontevedrés, era uniformado ordenanza de uno de los bancos de la calle del Medio. Si Doña Benigna acomodó criada tan joven, transiguió con la falda corta y disimuló el nocturno plantón en la puerta de la calle, se debió ello al aspecto de cerril inocencia que daban a la joven los espejuelos y el peinado de marras, a la recomendación—que había sido de primera—y, muy principalmente, a la gran escasez de sirvientas españolas, muy sensible entonces.

Por más que las aludidas, y dicho sea en términos generales, han cogido con raíces y todo esta civilización del *flirt*, la liviandad de ropas y otros desahogos, la moral señora tenía decidida predilección por la servidumbre importada.

Con morosa delectación, que hubiese dicho el Padre Zorrínez, Adolfina hacía los borradores para las cartas de la coruñesita al novio ordenanza, y por el secreteo y los arrinconamientos que ello implicaba; por la poca diferencia de edad entre señorita y criada; por lo bien que se prestaba para ciertas travesuras curioseadoras de aquélla, la María de los veinte años, sintió como ninguna de sus antecesoras la poderosa simpatía personal dimanante de la bella y talentosa joven, y por ello fué siempre como de melcocha para todos los caprichos de ella.

El cuarto de servicio, que fué agregado al *268* cuando los arreglos que enriquecieron la casa con motivo del matrimonio de Doña Benigna y Don Ricardo, era uno alto, al fondo, con azotea que dominaba el pizarroso y accidentado desierto de los tejados circundantes, y que permitía ver todo el interior de una enorme casona, de patio y traspatio, que daba a la calle de Manzano. Era éste el cuarto de la españolita en turno. El de abajo pertenecía a los dos oscuros sirvientes masculinos: el criado de manos, y el viejo cochero, encargado, últimamente, de dormitar detrás de la entornada puerta en su taburete de portero. Aquél no quedábase de noche en la colocación, y el segundo, por el calor y por no abandonar su puerta ni en las noches, dormía en el zaguán, en un catre que diariamente hacía el viaje de ida y vuelta por el patio, en hombros de su dueño. Al igual que el criado de manos, la vieja cocinera no permanecía de noche en el acomodo, y el chófer, como dependiente de mayor importancia, desde luego, tenía casa propia cerca del *garage* en que se guardaba la gran máquina de la casa.

En la hilera de los cuartos dormitorios, el orden era el siguiente: Primero, el matrimonial, que ocu-

paba Doña Benigna; después el de Don Ricardo, con llavín en la puerta del patio y su casi inmutable ropa blanca en el amplio lecho; el tercero, que era el que, desde grandecitas ocupaban las muchachas, y en el cual para acompañarlas y acompañarse, dormía la criada que tenía derecho al cuarto alto. Como común alivio del consabido miedo nocturno entre la gente de faldas, y para más fácil vigilancia de las muchachas por parte de la madre, las puertas que comunicaban unas piezas con otras no se cerraban en las horas de dormir. De esta manera, y descontando alguna fiesta religiosa a que concurriese la familia, después de las últimas oraciones rezadas por todas las mujeres en el primer cuarto, y de irse cada cual a su cama, la salida de los últimos cuartos hacia los de servicio y la azotea del alto quedaba franca y expedita a cualquiera de las tres mujeres jóvenes de la casa, que por diabólica tentación hallárase en la necesidad y con el valor, precisos para andar de fantasmas por el desolado y tenebroso fondo del *268* nocturno.

En aquel caserón que daba a la calle de Manzano y cuyo interior dominábase desde la azotea trasera de "las Calderería", hallábase instalado el *Centro de Artesanos de Matanzas*, en el cual cuando no había mitin, baile o asamblea, funcionaba un cinematógrafo, que era centro de nocturno esparcimiento de la gente pobre del barrio.

En ese cinematógrado del *Centro de Artesanos de Matanzas*, y en compañía de la malhadada coruñesa del vestido a media pantorrilla, fué que Adolfina conoció y gozó subrepticiamente, sus únicas funciones del perturbador arte. Combinada desde horas antes con la María de referencias, sonsacadora y ducha en estos ambulares nocturnos, cada noche de película, allá como a las diez o diez y cuarto, cuando Carlota roncaba y no oíase ruido alguno en el distante primer cuarto, la María se deslizaba silenciosa de su cama y en camisa, descalza, iba al encuentro de Adolfina que, con los ojos y los oídos atentos, esperaba a su cómplice de osadas travesuras. En la oscuridad

se buscaban y estrechaban las manos y las dos audaces mujeres se iban, sorteando muebles, al vecino cuarto de baño, donde las esperaban sendas batas de antemano abiertas en una silla, sobre dos pares de pantuflas a prueba de ruido. Y de allí, a ser testigos de raptos emocionantes, de sugestivas citas de "reservados", de embrujadores idilios a la luz plata de la luna, de truculentos adulterios enloquecedores; todo ello de un verismo y una seducción imponderables. A veces, en la sombra de los arbustos del traspatio, producíanse escenas de más natural y completa plasticidad, y entonces surgían entre la María y Adolfina vehementes discusiones y retozones forcejeos: la primera empeñada en mantener cerca del muro de la azotea a la segunda, en pecaminoso avizorar de aquellas escenas naturales, y la segunda terca en contener siempre sus deslices en los límites convenientes. Bastábale a Adolfina, como fruto de aquel exponerse con la María, ver las películas cinematográficas, y no las otras; que ni aquéllas ni éstas, con todo su obsesionante influjo eran capaces de mellar, doblar o partir, la moralidad ingenua, de buena ley, de la bien equilibrada muchacha.

El baile, que como el cinematógrafo, era diversión descontada entre las Calderería, en tanto no pasaran a huérfanas o a casadas (ni con bailes, ni con cines transigía Don Ricardo tampoco) fué otra cosa que conoció Adolfina gracias a sus escapatorias a lo duende con la María de la historia. Cuando la gente del *Centro de Artesanos,* estaba de bailoteo, Adolfina y su acompañante permanecían en su mirador hasta bien entrada la hora, con los consiguientes peligros por el poco dormir y por la ligereza de ropas en la frialdad de la noche. Tales peligros cristalizaron no pocas veces en anginas y bronquitis, que Doña Benigna cargaba en cuenta a los calumniados microbios, y que cuando la fiebre abrasaba y el médico venía mañana y tarde, dábanles remordimientos y propósitos de enmienda, a las entonces atribuladas pecadoras. Por fortuna nunca llegaron remordimientos y

tribulaciones hasta el confesonario de Zorrínez y mucho menos a oídos de Carlota; que en ese caso, la coruñesita hubiera salido de estampía por la puerta del *268*, la casa habríasele caído encima a Adolfina, y Don Ricardo se habría cargado todo un último acto de melodrama, la primera vez que se hubiese presentado ante su mujer "oficial". Y por fortuna: porque para Adolfina, aquel aprendizaje era muy conveniente. El danzón, como el tango, como el *rag* y como todos los bailes de su linaje, es voluptuoso, de apretones, excitante remedo del abrazo carnal; máxime cuando un exigente convencionalismo moralista no desluce y contrahace su legítima naturaleza, como sucede con esa caricatura de la danza afro-criolla que usurpa el nombre de la genuina en los bailes llamados decentes. El verdadero danzón era aquel que bailaban los socios del *Centro de Artesanos*, con no aprendida, antonomástica maestría; el danzón que inútilmente ensayaba la María en la azotea, sin acertar en un paso, y que en cambio la ancestral emotividad de Adolfina, sentía e interpretaba prodigiosamente. Así ella tuvo tela por donde agregar capítulos a su filosofía de la vida: avizorando los bailes desde su oscuro escondite de la azotea, hízose ella todos los comentarios clásicos: bailar no era otra cosa que abrazarse y permanecer abrazados un gran rato una mujer y un hombre, y no comprendía ella qué virtud, qué poder moralizador tenían los acordes de la música para convertir en lícitos unos actos que ningún hombre sería osado de hacer en presencia de otras personas: tomar entre las suyas las manos de una joven; rodearle la cintura con un brazo; beberse mutuamente el aliento; zarandearla en volteretas y deslizamientos propicios a turbadores roces y encontronazos. Resumen: un formulismo hipócrita más que agregar a sus cursos de mundología, escondidos o visibles.

Pero, por causa de aquel travesear de las nocharniegas diablesas, ocurrió algo más trascendental para el porvenir de Adolfina, que las enseñanzas de gran alcance del cine y el danzoneo.

En la gacetilla del diario local en que Adolfina buscaba siempre los anuncios de las fiestas que celebrábanse en el *Centro de Artesanos,* vió ella una tarde que noches después habría de conmemorarse una "efeméride" obrera de gran magnitud, con una velada socialista, alardeante, de echar la casa por la ventana, a base de recitaciones, discursos y el broche de oro de una interpretación de *Juan José* por cómicos del *Sauto* y "compañeros" aficionados.

Ese programa, con un trozo de drama que vendría a caer allá para la media noche, y en el que, por lo mismo, podríanse solazar libremente la galleguita y ella, fué para Adolfina motivo de gran embullo íntimo, que la llevó a preparar bien las cosas para la oportuna escapatoria.

Cuando con su indumentaria de almas en penas—bata, sábana por la cabeza y silenciosas pantuflas—llegaron las escapadas a la azotea-mirador, el reloj del Ayuntamiento espaciaba clarísimas las tres campanadas del cuarto para las once, y la velada iba ya a medio vencer.

La parte del salón dominada con la vista desde la azotea, hallábase poblada de espectadores, entre los cuales no faltaban algunas mujeres abrumadas por racimos de muchachos intranquilizables. En el escenario, que por lo narrado hasta aquí, presúmese que era totalmente visible para las muchachas, en el momento de subir éstas empezaba a perorar un recio y barbudo apóstol, de amplia chalina negra y acatalanada pronunciación. Como que negro también era el traje del orador, veíasele bien la figura, que se destacaba enérgica en el cuadro de tonos llamativos, aparatosos, del escenario enrojecido por las banderas color de sangre, cortadas a trechos por los verdes brochazos de los laureles, cimeros en los retratos de algunos apóstoles de barbas tan retintas como las del frenético disertante.

Frenético; porque el hombre producía oratoria a cántaros, en un solo tono altísimo, bronco, de sostenida epopeya, acompañada de braceos y trepidaciones

de aspaventero director de orquesta en noche de febril interpretación wagneriana. Era la primera vez que Adolfina oía hablar en público a un hombre sin sotana, y fué horrible el efecto que le causó la apocalíptica descarga de frases gruesas, injuriosas, amenazadoras, empapadas de odio, que a la muy sensible crispáronle los nervios y, en consorcio con la frialdad de la noche, hiciéronle castañetear los dientes, en un miedo a la soledad y el silencio de la azotea, que nunca había ella sentido en las noches anteriores. Tan así, que no le costó poco esfuerzo persuasivo a la galleguita el retener a su medrosa acompañante hasta que un estrepitoso chaparrón de palmadas y taconazos, anunciara la terminación de aquel número del programa.

Vino en seguida un espectáculo que también resultó chocante para el espíritu fino, cursífobo, de la Calderería. Una marisabidilla de ocho a nueve años, que recitó con voz de pito, sonsonete romántico y ademanes de autómata de vidriera, una truculenta oda revolucionaria, cuya estridente sensiblería bajaba a lo ridículo al pasar por aquella intérprete incapacitada para comprender y sentir el alcance de los inflados versos.

Formidable racha de aplausos, condecoró la viveza de la prometedora niña, y vino a sustituirla en el dominio de la atención general, un personaje mucho más importante, si no para los concurrentes a la fiesta que reseñamos, sí para el lector en quien despierte algún interés Adolfina y por lo mismo anhele saber, con noble simpatía, la suerte que siguió su atrayente personalidad.

Membrudo y más bien alto, trigueño y de pelo negro, joven y del todo imberbe, de oscura y sencilla corbata de lazo, de gris y modesto traje sin chaleco, tal veíase desde el observatorio de las muchachas el nuevo partícipe de la mentada fiesta socialista, que acababa de abordar la roja tribuna. Aunque desde tan lejano punto de vista, eran imperceptibles los detalles fisonómicos, el conjunto impresionaba favo-

rablemente, y más por la insinuada ausencia de todo golpe efectista en la ropa y por los ademanes, exentos de toda *pose,* naturalísimos, con que el novel orador cruzó el escenario e hizo su presentación en la tribuna.

Este primer efecto agradable, duplicóse al empezar el joven su discurso, clara y lentamente, con sencillo frasear y bien timbrada voz de tenor, y se fué convirtiendo en seducción progresiva, a medida que las ideas de paz y concordia iban adentrándose en los corazones, y tácito, espontáneo y unánime surgía entre los oyentes el natural contraste entre aquella noble doctrina de amor y la crispante arenga, impregnada de odio, que antes desatara el barbudo y enchalinado personaje de truculento drama policial.

Paseábase éste con otros dos tipos de encapuchados montespinescos por el patio de la casona en fiesta, y demostraba no estar de acuerdo con las ideas del orador en turno, porque unas veces llevábase las manos a las sienes como si convertidas en proyectiles viniéransele encima las condenaciones de la violencia, vibrantes en algún conceptuoso párrafo, y otras elevaba al cielo el puño cerrado, amenazante, como si descubriese la traición y la apostasía en lo íntimo del más inspirado canto a la fraternidad humana.

Razonable es que totalmente contrario fuese el efecto de aquella evangélica oratoria en la azotea de las jóvenes, y máxime en la sensible e inteligente Adolfina, que sentía poderoso el mágico influjo de aquel verbo flúido, elocuente, conmovedor, que presentábale el arte de la tribuna, como el más intenso y exquisito placer intelectual.

Así se lo confesó, espontánea, plena de emoción y sinceridad a su compañera, en una intermitencia de aplausos, y mientras braceaba, protestando furiosamente, el petrolero de las grandes barbas:

—Hasta mañana me estaría aquí, oyendo hablar en esa forma. Aunque perdiéramos el drama. Ni teatro, ni sermones, ni nada de lo que tengo visto y oído en la vida, me ha hecho gozar como esto. ¡Qué inteligente es, y cómo sabe ese hombre!

—Bien; bien habla el condenado.

—Hasta parece mentira que sea obrero.

—Los hay, señorita: los hay, que tal que si fueran abogados.

Al terminar la ovación ofrendada al disertante, éste prolongó la pausa, fijando la vista en los bordes de la tribuna, tal que si sus distraídos ojos de sonámbulo buscasen allí las ideas para el siguiente párrafo, y en el silencio del salón, y como si rodasen por las calles y los tejados desiertos de la dormida ciudad, sonaron isócronas, distendidas, las doce campanadas de la media noche.

Entonces vieron las muchachas que el barbudo secreteó más exaltadamente con sus compañeros; que uno de ellos se dirigió al escenario, lo cruzó y acercándose al joven de la tribuna, que ya se orientaba con firmeza en el nuevo período de su triunfador discurso, le susurró algunas frases rapidísimas.

Adivinaron las muchachas; adivinaron todos que había en aquello una indicación al "compañero", para que se diese cuenta de lo avanzado de la hora, y cercenara su discurso. Adolfina, además de adivinarlo, vió en ello una indignidad, hija del despecho y la envidia de aquel, para ella, siniestro personaje, que tanto tronara antes en contra del egoísmo, de la injusticia y de todas las negras maldades humanas. Y Adolfina, lógicamente, abominó una vez más del "odioso patilludo", sintiendo, en contraste, una mayor simpatía por el noble y talentoso joven.

Pronto pasó éste a un breve epílogo, que al ser rematado hizo brotar cerrada descarga de aplausos en el auditorio. Contagiada con éste, entusiasmadísima, Adolfina estuvo a punto de batir palmas, comprometedoramente, desde su alto e insospechado escondite. La contuvo a tiempo la galleguita, y mientras se debilitaba la ovación, preguntáronse las jóvenes, casi al mismo tiempo, si no se hacía ya demasiado tarde para continuar allí, prolongando la mala noche, exponiéndose a ser vistas, en la soledad y el silencio de la terraza, a la luz de una luna, redondita

y muy brillante, que asomábase por el rumbo de la bahía, sobre el silente desierto de tejados y azoteas.

No fué posible discutir el punto; porque súbito la criada fijó los ojos en algo que era visible sobre un tejado vecino, y apenas si pudo exclamar, con voz extrangulada por el miedo:

—¡Señorita!

Y después de apuntar con el índice estirado hacia el sitio por donde había aparecido aquello que tanto la aterrorizaba, se agazapó detrás del muro de la azotea, tirándole a la vez de un brazo a Adolfina para que también se recatase prontamente.

Lo hizo Adolfina, no sin, desde luego, buscar con la vista la causa del espanto de su compañera.

A tres o cuatro casas de distancia dos hombres gateaban en dirección al *268*. En el momento de mirar hacia ellos, la piel calofriada y el corazón como repentinamente paralizado por el terror, Adolfina vió refulgir, a la luz de la plena luna, una chapa policial en el pecho de uno de los aparecidos.

—Son guardias—dijo en apagado, asmático secretear.

—¿Sí?—no menos afónica, inquirió la otra.

—Sí. Les he visto las chapas.

—Pero. ¡Vámonos! ¡Vámonos de todos modos! Que vienen para acá.

Y mientras lo decía la joven, deslizábanse las dos casi a rastras, muy pegadas al muro, hasta ganar la escalerilla, cuya puerta cerraron con un poco más de violencia de la que era conveniente. Tan cierto, que cuando trameaban la escalera, casi sin poner los pies en ella, les pareció oir un "¡Alto!", dicho con voz baja, pero enérgica, y en seguida un sordo tropel de pasos sobre los tejados vecinos.

Durmieron mal las muy arrestadas mujeres. Los ojos abiertos en la oscuridad, fingían sombras y bultos que se ocultaban por los rincones; los oídos percibían imaginarios ruidos: pasos en la escalera, empujones en las puertas, suaves pisadas en el cuarto. Les golpeaba recio el corazón, haciendo tremar las

camas, acompasadamente; pero no atreviéronse, en el prolongado y febril insomnio, a comunicarse sus temores y el arrepentimiento, firme, arraigadamente florecido en el alma de cada una de ellas desde el primer momento, de no volver a las andadas; ni por películas, ni por bailes, ni por dramas, ni por discursos, ni por nada en el mundo.

En la mañana, Doña Benigna tuvo que remover reciamente las dos camas para sacudir el pétreo sueño de las jóvenes, hija y criada. Los bostezos de entrambas cortaron más de una vez los insuprimibles padrenuestros matutinos, que rezaban las cuatro mujeres en el primer cuarto. Adolfina se quejó de dolor de cabeza, para volver à echarse en la cama. La galleguita, no pudo pasar de los bostezos, porque no era cosa de andarse enfermando una criada, así así, tan imprevistamente. Ni bostezos ni cefalalgias despertaron para nada la curiosidad de Doña Benigna, educada en una santidad y para una santidad, que no son de, ni para este mundo, tan mal fabricado, que es indispensable mucha malicia, muchísimos malos pensamientos e intenciones, como medio de andar por él con acierto y provecho.

En cuanto tuvieron una oportunidad, la María y su señorita, se comunicaron sus impresiones y propósitos: comentaron lo sucedido con los guardias, se dijeron sus temores de que todavía aquello pudiera traducirse en averiguaciones, se juraron y rejuraron no reincidir y, naturalmente, se propusieron hacerse las asombradas, asustadas e intrigadas, tan pronto como pudiérase presentar en la casa la noticia de haberse visto un nocturno correcorre de blancos espíritus y feroches guardias añilosos por los tejados y azoteas vecinos.

El periódico local de marras, fué esperado con ansiedad por Adolfina, y tan pronto como el viejo portero lo puso en manos de la joven, desdoblólo ella y rápida pasó la vista por las planas interiores, en busca de la obligada reseña de la fiesta obrera, inevitable en la gacetilla de rigor. Y sí: encontró que

la reseña era amplia y prolija. No decía una palabra de aquel malhadado correcorre, cuyas posibles y muy riesgosas consecuencias la inquietaban sobremanera; pero en cambio, tomó una nota mental, interesantísima. Aquel joven, generoso e inteligente, que de un modo tan intenso habíala conmovido en su discurso, y a quien el cronista dedicaba profusos y legítimos elogios, llamábase Alfonso Valdés, y había tomado parte en la velada socialista, como "delegado de los obreros de *Dos Ríos.*"

En el acto le fué trasmitida la noticia a la María:

—Mira, chica: el joven aquel de anoche, tan simpático y que hablaba tan bien, es del ingenio de papá. Lo he visto en el periódico.

V

EL ETERNO MOTIVO

En su papel de encargada de la economía doméstica, cierta mañana Adolfina tuvo una interesante visita: un sujeto membrudo y más bien alto; trigueño y de pelo negro; joven e imberbe a filo de navaja, y que a tal hora llevaba un medio usado traje carmelita, sin chaleco, limpios borceguíes negros y, como nota de corrección, una breve corbata de lazo, a cuadritos negros y morados. Las facciones del joven eran gruesas, insinuativas—lo propio que en Doña Benigna—de no muy lejanos cruzamientos raciales; pero como eran gruesas armónicamente, las plasmaban tejidos lozanos, vivificados por sangre vigorosa, la piel, por lo anterior, era fresca y suave, y los ojos destellaban bondad e inteligencia, el conjunto del rostro daba una impresión favorable desde el primer intercambio de miradas.

La recepción del visitante por la joven fué en la saleta. El primero traía un maletín en la mano izquierda, que puso a sus pies, en tanto que con la diestra sacó del bolsillo interior del saco y entregó a la segunda, un sobre con la dirección en máquina y que—¡dato muy dignificativo!—estaba tan blanco y tan terso como cuando sacáronlo de su caja.

Al tomar el sobre, la muchacha indicó al joven la silla en que éste, al entrar, había dejado su sombrero, y le dijo:

—Siéntese.

Y rasgando el sobre, en tanto que se dirigía a la puerta del patio a leer el contenido de aquél a favor de la luz que por allí entraba (pretexto para no permanecer al lado "del hombre", estando los dos solos en la saleta) agregó:

—Con permiso.

Bien advirtió ella el efecto que su fresca y lozana belleza causara en el joven. Este había quedado con el ánimo en suspenso, materialmente deslumbrado con el imprevisto encuentro; tanto que no acertó a decir un "Usted lo tiene", "Usted es muy dueña" o cualquiera de los estribillos que ajustan con el "Con permiso", y torpe e indeciso estuvo para ocupar la ofrecida silla, en la cual se quedó como entre medroso y embelesado. Medroso, porque le esperaba, para antes de tener tiempo de serenarse, un cambio de palabras, quizá una larga conversación, con aquella señorita presumiblemente acostumbrada á un trato social distinguido, y embelesado en la admiración de la joven; admiración más atenta y confiada entonces, cuando ella de pie y de perfil a su admirador, ponía toda la inteligente expresión de su rostro, máxime de sus hermosos ojos, en la lectura de la carta.

Con ésta, unida por una presilla, venía una tarjeta de visita de Don Ricardo:

"Adolfina: Te traslado esta carta del Administrador del ingenio. El portador es el mismo a quien se refiere Don Luis. Tú le dirás cuándo y por dónde, puede empezar el trabajo. Consulta con tu madre, a ver si se le puede dar uno de los cuartos del servicio mientras esté en Matanzas. Tuyo". Y sobre el nombre impreso, una retinta rubricona que no cabía en otra parte de la bien aprovechada cartulina.

La carta a máquina, decía:

"*Dos Ríos,* &.—Sr. Ricardo Calderería, &—Don Ricardo: En contestación a su carta de ayer, le mando

al portador, Sr. Alfonso Valdés, segundo jefe del taller de maquinaria, único que en opinión de Estrechotorena, está capacitado para hacer la instalación de las cañerías de gas y la estufa y las innovaciones en el servicio sanitario que usted desea en la casa de Contreras, bien hecho como usted dice. El, junto con su ropa, lleva una hamaca para alojarse por allí, por donde se pueda, sin mayores gastos; ya que no tiene familiares en esa ciudad. Su otra carta de ayer, será contestada hoy, cuando reúna los datos que solicita.—Soy de usted, &. &.''

Al llegar Adolfina al nombre ''Alfonso Valdés'', recordó en seguida: ¡Alfonso Valdés, y de *Dos Ríos!* Nada; ni la menor duda: el orador dulce, talentoso y persuasivo de aquella noche. Alzó los ojos, para comprobar el parecido físico, y topáronse chispeantes las miradas, al sorprender la muchacha al joven con los ojos fijos en ella. Se sintió a su vez cohibida, empequeñecida ante aquel hombre superior; pensaba que ella, la hija del dueño del ingenio, rica y todo, habría de ser sólo un curioso tipo de estudio para el obrero sapiente, una tontaina que quizá qué papel flojo tocaríale representar a los ojos de él, cuando ella en su condición de ama de casa, tuviérale que explicar y discutir los detalles del trabajo.

Leyó los últimos renglones de la carta, sin entenderlos muy bien, y al llegar a la firma, instintivamente levantó la vista, que fué otra vez a encontrarse con la del joven, absorto, como va dicho, en extática contemplación. Ella, porque sin quererlo había posado sus ojos en ''el hombre'' dos veces, y él porque las dos veces había sido sorprendido en flagrante delito de impertinencia, turbáronse indisimulablemente; desviaron rápidos la vista; vínoles a las mejillas el golpe de sangre, natural, inevitable en tales casos; sintieron, en resumen, idéntico, simultáneo, involuntario movimiento simpático, que estableció una fugaz, levísima corriente mental entre uno y otro.

Deshizo la escena Adolfina. Desapareció por aque-

lla puerta del patio, la más próxima, sin siquiera decir urbanamente al joven que esperase un momento; el momento que emplearía ella en consultar a su madre acerca del alojamiento de él, del trabajo a realizar, del sitio y la hora conveniente para dar comienzo al mismo.

El haber dado motivo "al hombre" para posibles sospechas de algo que ni siquiera habíase asomado a la mente de ella, y la falta de lesa educación cometida al irse de la presencia del recién venido, sin decirle una palabra; todo por su carencia de dominio nervioso cuando vió el nombre de él en la carta, de momento mortificaron a la joven extremadamente. Sin embargo, por la misma fuerte impresión que conmovíala en aquellos instantes, cometió en seguida una nueva y significativa imprudencia. En vez de dirigirse hacia el cuarto de su madre, como había sido su primer impulso, se fué en busca de la galleguita, deseosa de soltarle la noticia y de ver el efecto que la misma producía en la muchacha.

—Chica:—dijo a la criada-amiga, Adolfina, mostrándosele desacostumbradamente nerviosa—¿Sabes quién está ahí; que viene a instalar la cocina de gas?

—Si no me lo dice...

—Alfonso Valdés.

—¡Vaya! ¿Y quién es Alfonso Valdés?

—¿De verdad? ¿No te acuerdas? Aquel orador que hablaba muy bien; el de la noche de los guardias...

—¿El mismo? Voyle a ver—y al decirlo hizo la galleguita ademán de dispararse rumbo a la saleta.

—No; espérate. No llames la atención; que ya me he fijado mucho en él, y se ha dado cuenta.

—¿Y cómo demonio se acordaba del nombre? Yo, maldito si siquiera lo sabía.

—¡Ah, mira qué! Porque lo vi en el periódico la tarde después del susto.

—Pues ya digo: yo... Adolfo; Adolfo ¿qué?

—Nada de Adolfo. Alfonso; Alfonso Valdés.

Y dejó a la criada para ir en busca de Doña Benigna.

Mientras venían las dos mujeres, el joven se planteó un dilema de urgente y al propio tiempo difícil solución: ¿A qué podríase atribuir aquella incomprensible actitud de la joven? ¿Por qué le había mirado, tan inquisitivamente, dos veces? ¿A qué se debió aquel bochorno repentino, la segunda vez que los dos se miraron? No se le ocurrían más soluciones posibles que las siguientes: O por haber visto en la tarjeta, que él venía de casa de la querida del padre, la muchacha sentíase con razón avergonzada, o tenía ella referencias de las prédicas socialistas de él, y por católica y por rica, repugnábale el verle en su casa y tener que hablarle, o por demasiado recatada u orgullosa, chocábale el tener que habérselas con un obrero joven, tan bien plantado, de quien era de esperarse que tuviera pretensiones igualitarias. Lo que, ni aun sutilísima y momentáneamente, le pasó por el cerebro fué la idea de haber causado con su sola presencia, una favorable impresión, de cierto alcance simpático, a la hija de Don Ricardo.

Se verá que lo anterior no es inverosímil en un joven, ni aun tratándose de un cubano (Alfonso Valdés lo era) cuando se conozca el retrato moral y la ejecutoria singularísima de este obrero realmente notable. Por ahora, sépase que el efecto que le causó la joven y que se tradujo en aquella muda, rendida admiración desde el primer instante en que ella le deslumbró con su belleza, fué como la del sujeto pobre, inteligente, de refinado gusto, que al través de una vidriera se encanta en la contemplación de una obra de arte—joya, cuadro, bordado, escultura—sin que por un momento sueñe con la remotísima posibilidad de poseerla algún día.

Doña Benigna, Adolfina y Alfonso, recorrieron la casa, pieza por pieza, desde el zaguán hasta las altas y traseras habitaciones del servicio. Porque, a pesar de que desde un principio sólo pensóse en instalar el gas para la estufa que, desarmada en la cocina, esperaba al obrero instalador, y hacer algunas innovaciones en el cuarto de baño, en cuanto las mujeres

se vieron con el mecánico en la casa, claro que ocurrióseles aprovechar la ocasión a fin de instalar lámparas de gas en los cuartos para los casos de interrupción del alumbrado eléctrico; hacer unas reparaciones en la cocina; poner aquí un gancho, allí unos vidrios; luego el armario del primer cuarto tenía una cerradura descompuesta, el tanque de la nevera goteaba y la llave del lavabo estaba siempre tupida. Por lo menos, cuatro semanas de trabajo.

Mientras el joven hacía cálculos, tomaba medidas y guardaba apuntes en una libreta de bolsillo, se hizo cargo de dos cosas: la joven, no obstante notársele que trataba de evitarlo, seguía echándole rápidas miradas, y él, involuntaria, imprudentemente, también la miraba demasiado. Además, la criada al verle se había quedado con la vista fija en él, con cierta expresión sonriente, picaresca, de gente conocida y que está estallando del deseo de decir que lo es. En la cocina encontraron a Carlota, que con un delantal enharinado, las mangas por los redondos molleros, frente a un mármol cargado de moldes, rodillos y cacerolas, y con la asistencia de la prieta y voluminosa cocinera, preparaba una de sus magistrales obras de repostería. Advertida de la presencia del instalador, apenas si se echó a un lado, para no estorbar, después de un vistazo relámpago, maquinal, indiferentísimo, a la cara del obrero. Como esto dió un contraste muy notable con el afecto que le había causado a Adolfina la llegada al *268* del joven artesano, éste sintió más intensa la preocupación que le embargaba.

Media hora después, cuando Valdés había terminado sus cálculos, Adolfina se hizo acompañar por él y por la coruñesa al medio abandonado despacho de su padre, para allí hacer las órdenes precisas a fin de que el joven fuera a los distintos establecimientos en que tenía que adquirir los materiales, a cuenta de la casa.

Mientras la joven escribía, el joven de pie, frente a los estantes de libros, repasaba goloso los lomos im-

presos, y la criada le miraba atentísima, siempre con su sonrisa decidora y casi contagiosa

Terminadas las órdenes, y al entregárselas a Valdés, éste inquirió:

—¿Y el ayudante?

—¡Ah! ¿Necesita ayudante?

—Claro.

Este "claro" hizo enrojecer la cara de Adolfina. ¡La gran ama de casa estaba ella! Eso le pasaba por no haberle explicado bien las cosas al Administrador del ingenio cuando le escribiera pidiéndole un mecánico. Pero su padre...

No. ¡Qué caramba! Ya tenía salida para todo esto que había pensado en un segundo:

—Mi padre y yo, cuando le explicamos al Administrador lo que necesitábamos, creíamos que él sabría lo que era necesario para hacer la instalación. Y ahora... si usted quiere que el criado le ayude...

Con una sonrisa tan de pena por la ignorancia de la "dueña de la casa", que hizo subir el rojo en las mejillas de ella, el joven respondió que para ayudarle en trabajo semejante, necesitábase un obrero. Un criado, ni pensarlo. Imposible. Absurdísimo... Mas, de pronto; advirtiendo a tiempo, afortunadamente, la consternación lastimosa de la joven, por la indelicadeza de él, rectificó; acudió generoso y remordido en su auxilio:

—Si usted quiere buscaré, por ahí un obrero que me ayude, y que no cobre muy caro por su trabajo.

—Bueno; bueno—complacidísima; como si efusivamente diérale las gracias, asintió ella.

—¿Y cuarto?

—Sí; sí. Ya mamá va a decir al viejo *(el portero)* que le enseñe el cuarto. Y tú *(dirigiéndose a la coruñesa)* ocúpate de ponerle allí lo que necesite; saca ropa para la cama, toallas, jabón. Lo que sea. Mira *(deteniendo a su interlocutora, que ya marchaba a cumplir las órdenes)*. Si te parece llévate otra vez para allí la mesita que tiene Carlota, con los dos pañitos que están en tu tocador, ya que no los usas.

Se puso de pie, y salió presurosa del despacho, seguida del joven y de la criada, que apenas se vió a solas con su señorita, le dijo:

—¡Vaya! ¡Que se apura usted demasiado por un trabajador, señorita!

—Si; pero fíjate, María: que en todo hay sus diferencias. Este no es un obrero cualquiera... Es un jefe mecánico de *Dos Ríos*...

Pero, por dentro, sinceramente lamentaba haber estado tan efusiva en su conversación final con "el empleado del ingenio."

A los pocos minutos Alfonso Valdés subía por Contreras, rumbo al centro comercial de la provinciana ciudad, en busca de sus materiales y de un ayudante para el trabajo Iba con su inquietante problema en la cabeza: ¿Qué le pasaba, con él, a la muchacha aquélla tan rica, tan bien educada, tan linda ("¡lindísima de veras!") que era nada menos que la hija de Don Ricardo?

Mientras él procura soluciones, ahondemos algo más en el estudio de su personalidad, que es de las de primera línea en esta puntual narración.

En aquellos días Alfonso Valdés rondaba por los veinticinco años. Su padre tuvo la flaca suerte de que los suyos fuesen unos de tantos padres pobres, llenos de nobles pero equivocadas pretensiones, que no ven para sus hijos otro camino de triunfo que la Universidad; sin tener en cuenta inclinaciones y facultades, y sin pensar en la resistencia, a veces insuperable, que supone el comienzo de una vida de doctor cuando no se tiene una buena provisión de billetes de banco. Aquellos buenos señores hicieron del padre de Alfonso un abogado, sin vocación y sin dinero para el primer impulso, y el Dr. Jacinto Valdés—que este era el nombre del padre de aquél—después de muchos vaivenes y apuros, en vez de un bufete de legal taumaturgia, lo único que pudo establecer en su villa de Sagua la Grande, fué una imprenta para, entre otros trabajos más remunerativos,

editar *El Undoso,* diario fundado, escrito y dirigido por él.

Periodista de provincia el padre de Alfonso, tuvo que hacer política activa. En su diario la hizo autonomista; fuera de su diario llegó a un obstinado y temerario laborantismo separatista, que le hacía adentrarse por los campos vecinos con planes, proclamas e instrucciones, de importación floridana, y que le procuraba la más rencorosa y peligrosa enemistad de los tenaces partidarios de Cuba española.

Una mañana, próximo ya el último levantamiento de los patriotas cubanos, el Dr. Valdés tomó el rumbo del levantisco barrio rural de Malpáez, y una tarde, media semana después, su caballo, noble e inseparable compañero de excursiones revolucionarias, se presentó en la casa de Sagua, como nuncio de tragedia, sin dueño, sin jinete alguno, sudoroso, jadeante por una larga y fuerte carrera.

Desde el primer momento la joven madre de Alfonso tuvo la noción de una gran desgracia, suya y de su hijito, y no anduvo desacertada; porque el doctor Valdés desapareció, sin dejar rastro alguno, definitiva y misteriosamente. No muy misteriosamente, se sobrentiende, para las autoridades españolas de Sagua, según el sentir de los compatriotas del desaparecido, en aquella época mal pensados y suspicaces hasta más no poder.

Aquel caballo, la imprenta, algunos libros y un modesto mobiliario, fueron la única herencia de la viuda y el huérfano. Aquélla, discreta, inteligente, chapada a lo viejo y venida de una familia de la clase media, estiró el importe del pobre legado hasta lo inverosímil, y con ello y su trabajo personal vivió y educó en escuelitas de barrio, primero, en colegios públicos después, al único hijo.

Ese trabajo personal de la buena mujer consistió, al comienzo de su viudez, en costuras y otras labores caseras, y más tarde, realizada la independencia del país, en empleos oficinescos que le proporcionaron algunos ex-jefes revolucionarios, conocedores de los ser-

vicios prestados a la causa de Cuba por el Dr. Valdés. Cuando Alfonso, a los doce, no tuvo más qué aprender en los públicos colegios de primera enseñanza, aquellos mismos ex-jefes revolucionarios, hablaron a la madre de conseguir becas y pensiones, a fin de que él muchacho pudiera seguir carrera; pero la madre—por algo se ha dicho que era discreta e inteligente—con la experiencia sufrida por su marido, y no obstante la insinuada, precoz inteligencia del hijo, aferróse al propósito de hacerle, en vez de médico o abogado, hombre de oficio.

Mecánico tenía que ser Alfonso, cuyos juegos, significativamente, consintieron siempre en armar y desarmar, con gran despliegue de fuerzas y herramientas, los muñecos, patines, ferrocarriles y velocípedos propios y ajenos, y cuyo libro predilecto, durante mucho tiempo, fué el *Ayúdate* de Smiles, releído cien veces en las páginas biográficas de los Watt, Fulton, Stepheson y otros ases del gremio favorito del muchacho. De más está decir que la edificante literatura infantil de Smiles, vino a manos de Alfonso por las previsoras de aquella madre, paradigma de madres.

A los talleres de la *Cuban Central,* la anónima e inglesa (dos agravantes) empresa ferrocarrilera que tiene sentados sus reales en Sagua, fué a realizar su aprendizaje de mecánico el jovenzuelo Alfonso.

En los primeros tiempos la madre estaba muy complacida; como quien ve que su ideal va por el camino y con los pasos previstos; y cada mediodía, cuando el aprendiz llegaba a la casa, exageradamente apurado, aspaventero, con las ropas más tiznadas y grasientas de lo que era necesario, y reclamando su almuerzo, "pronto; en seguida", con la prosopopeya de hombre de la casa que llega del trabajo, la noble y discreta señora estimulaba al buen obrero en cierne, concediéndole toda la importancia que tenía aquel provechoso entusiasmo

Pero... Compañía inglesa significa, en países no ingleses, compañía de superhombres despreocupados de cuanto signifique dignidad, aspiraciones, legítimos

intereses de los ciudadanos nativos, y Sociedad Anónima quiere decir en todos los países, sociedad sin más conciencia ni otro norte que el *dividendo.* Alfonso no adelantaba en su aprendizaje. Meses y años estuvo, no obstante su inteligencia y su apego al oficio, de cargador, de mandadero, de ayudante, obteniendo un jornal risible, malgastando sus fuerzas y sus virtuosos arranques, sin ver en camino de cristalización los anhelos comunes a su madre y a él.

Si Alfonso hubiese sido ya hombre en los años en que el ilustre Hamon escribió a millares de socialistas y ácratas, preguntándoles "¿Cómo os hicisteis socialista-anarquista?", para hacer luego con las respuestas recopiladas, su famoso libro *Psicología del Socialista-Anarquista;* si Alfonso hubiera sido ya, entonces, un militante del obrerismo, y Hamon hubiérale escrito con tal interrogación, la réplica de nuestro joven, habría sido semejante a la de los centenares de revolucionarios de viso que contestaron al mencionado psicólogo; una réplica por este estilo: "Desde muy niño demostré tener materia prima de socialista. Mi primer acto de rebeldía tuvo por marco la oficina de cierto jefe de un ferrocarril anglo-cubano en que aprendía el oficio de mecánico, y a quien cierta mañana dejé patidifuso, con una andanada de verdades amargas y justicieras, que hicieron crónica en los anales de aquel feudo bilingüe. Después de tan ruidosa y engreidora iniciación seguí con la impenitente manía de las rebeliones que, de personales, no pocas veces pasaron a colectivas. Menudearon y se intensificaron éstas, unos días después, al caer en mis manos un libro cuya lectura me hizo lanzar, entusiasmado, apasionado ya, el *¡Eureka!* de mis anhelos. Allí, en aquel libro, estaban traducidos mis sentimientos; sintetizados en un ideal, en una palabra, mil ideas y pensamientos brotados en mi cerebro a impulsos de un intorcible determinismo."

Fué la renombrada *Conquista del Pan;* la sugestiva, la empujadora, la enloquecedora producción, veinte veces traducida, cien veces editada, mil veces

enjuiciada, citada y en fragmentos reimpresa, del sentimental y generoso apóstol ruso Pedro Kropotkine. Como a los millares de obreros que ese libro ha afiliado al socialismo revolucionario, *La Conquista del Pan* conquistó a Alfonso Valdés desde las primeras páginas (páginas con todo el poder sugestivo de la crítica que jamás ha hecho un ensayo, y de un estilo maravillosamente fácil y elocuente) y como lógica consecuencia de tal preparación, de las inclinaciones del joven, de su falta de sólida cultura de entonces, la parte segunda del trascendente libro, la parte diríase que profética, para él fué de una certeza indiscutible, no obstante la sociología demasiado filantrópica y simplista vertida en ella por el honrado Kropotkine.

Del Ferrocarril, Alfonso fué a parar a un ingenio; luego a otro y a otro. Obtenía un empleo el lunes para perderlo el sábado siguiente, a la hora de cobrar la semana de trabajo, y ello, con todo y su adelanto constante en el oficio y no obstante su simpática presencia.

Era el período que los veteranos del obrerismo llaman de "la fiebre": ardoroso proselitismo, fomento de huelgas, frecuentes choques personales, la "Causa", en fin totalmente dueña del cerebro, como idea fija a la que van a parar todas las acciones, palabras y sentimientos de tan inquietante vida. Entre tanto, la madre, la buena madre, sufría lo inexpresable con "aquellas locuras", suicidas, desastrosas para el hijo, que tan buena madera de hombre de provecho había demostrado tener desde muy niño.

Mas, "la fiebre" duró poco; tal como tenía que suceder en un joven bien equilibrado, de clara inteligencia y feliz apego a los libros como Alfonso. Esa misma índole inteligente y estudiosa, los golpes de la experiencia, el influjo de los disgustos con su madre por la azarosa vida de él, constituyeron fuerza suficiente para ordenar un alto en el ortigoso camino apostólico del joven revolucionario. Leyó libros que no eran de anarquistas y que, "sin embargo", conte-

nían alguna ciencia y alguna verdad; trató gentes que sin ser ácratas eran buenas personas; se ocupó un poco de sí mismo, y en fin, dejó de ser un sectario Y no por ello desertó del campo a que lleváronle inclinaciones y anhelos intorcibles ya apuntados. Siguió en su papel de *leader* obrero, tan convencido como siempre de la justicia de su causa y como siempre dispuesto a bregar por su triunfo; pero firme ya en el vencedor término medio. Fué socialista. Siguió siéndolo, como se lleva dicho páginas atrás, en la descripción de aquella trascendental velada del *Centro de Artesanos de Matanzas.* Y, como consecuencia de tal cambio, empezaron a durarle los empleos, con grandes ventajas para sus intereses personales, inmensos adelantos en su oficio y enorme satisfacción de la madre amada y amantísima.

Luego, cuando se afianzaba ese bienestar y era más limpio el rosa de una feliz esperanza, para el hijo pródigo y para la noble moradora de la casita de Sagua, la Providencia, siempre sabia y buena, de una sapiencia y una bondad tan oceánicas que no caben en la razón humana (¡lástima que no tengamos otra!) incluyó a la tal casita en uno de los anuales recorridos de la Influenza, sin que Alfonso, rápidamente avisado, casi tuviera tiempo de acudir presuroso, tremante de miedo, agarrado por la angustia de negros presentimientos, a ver cerrarse por última vez los ojos de su madre. ¡Entonces que la vida iba a tener besos y sonrisas!

Veintitrés años tenía Alfonso Valdés cuando la muerte de su madre. Sin ningún otro lazo familiar; dueño de algunos pesos, producto de sus economías y de la rápida venta de los muebles caseros recién heredados; enterado de los salarios altos, sin paralelo en la historia de la industria, que alcanzaban los obreros de los Estados Unidos, con motivo de la guerra, y deseoso de practicar su inglés, teórico e inseguro, decidió emprender el indispensable viaje a la Meca de los cubanos: los Estados Unidos de Norte-América.

Allí sólo estuvo Alfonso seis u ocho meses. Mal año era aquel de la guerra para los socialistas en el Norte. Pues, volvió nuestro hombre a Cuba y apesar de lo breve de su ausencia, volvió con su inglés muy robustecido, con ostensibles progresos en la mecánica, máxime en la organización del trabajo, y con hábitos de orden y disciplina social muy de persona civilizada, sea ello dicho en respeto y honor de la verdad.

Desde su regreso fué a trabajar al ingenio de Don Ricardo Calderería. Entró al comienzo de una zafra, como oficial tornero del taller de maquinaria y locomotoras—todo en una pieza en *Dos Ríos*,—y al final de ella, después de pasar por el taladro, la armazón de locomotoras, maquinista interino, jefe de instaladores, encargado de la planta eléctrica, había llegado al puesto en que le hemos conocido: segundo jefe del taller de maquinaria. No llegó, en seguida a primer jefe; porque la especie de los Pacheco, magistralmente estudiada y clasificada por un tal Queiroz, se reproduce y medra "hasta" en los talleres de maquinaria. El puesto de primer jefe se lo discutieron, en su oportunidad, Alfonso Valdés y un grave señor, Justo, Don Justo Estrechotorena, hombre de sapiente barba, espejuelos de llamativa montadura de carey, lápiz detrás de la oreja, metro bien visible en el bolsillo trasero del pantalón, andar acompasado, voz de bajo enfermo, y que era renombradamente "desdeñoso de las especialidades", enemigo de discutir puntos de trabajo con sus subalternos y poco aficionado a poner sus magistrales manos en el churre de las herramientas y los materiales. Y, no hay que decirlo ni jurarlo, venció Don Justo.

Dos días tardó Alfonso en conseguir ayudante y acopiar útiles y materiales para su trabajo. En estos días anduvo y desanduvo no menos de diez veces el camino de la puerta de la calle del *268*—por el zaguán, la saleta y el patio—al primer cuarto de servicio donde limpia y decentemente le habían alojado, sin tropezar una sola de aquellas veces con Adolfina.

La joven dijo hallarse indispuesta, y como tales dos días fueron grises, lluviosos, ventoleros, mantúvose recluída en los cerrados cuartos, entendiéndose con Alfonso y el servicio por medio de la refistolera galleguita.

La indisposición de Adolfina—unos estornudos, algo de dolor de cabeza y otros amagos de catarro—fueron exagerados por ella para demorar, hasta lo inevitable, su próximo encuentro con "el joven", como nombrábale ahora en sus pensamientos y al mentarle, en vez de "el hombre" como decíale al principio. No hubiera ello podido definir, ni a medias, el porqué de la preocupación que le causaba "el joven" y del temor que le inspiraba el encontrarse con él; pero lo cierto es que estuvo pendiente de sus pisadas cuando éstas sonaban en el patio, que oía con gusto cuanto significativamente contábale de él la doncella, y que estaba segurísima de que al encontrarse con él no podría reprimir una bien ostensible e inconveniente turbación.

Alfonso no se había enamorado nunca. Impidiéronselo, primero el misticismo de "las ideas" cuando la fiebre acrática; luego su dedicación al inglés, a las teorías mecánicas, a sus libros de divulgación histórica y científica; agravados siempre esos inconvenientes por la natural dificultad de tratar con mujeres que pudiesen gustarle, que era propio del género de vida, movediza y laboriosa, llevada por él hasta entonces. Pero no obstaba esa falta de experiencia en la materia para que se diese Alfonso perfecta cuenta de la índole de sentimientos que perturbábanle, progresivamente, desde que vió a la hija de Don Ricardo. Cuando entró dos veces en el *268*, y salió otras tantas, siguiendo a lo largo del patio, sin ver a la muchacha, una rara inquietud se adueñó de su espíritu. Luego, cuando la doncella le dió el primer recado de la señorita, diciéndole que, de ser posible empezara el trabajo por el zaguán, a fin de que no se desarreglase la sala, o la saleta, hasta que la primera pudiese presenciar y disponer la forma de

colocar los muebles, no pudo Alfonso contener una pregunta, plena de indiscreta ansiedad:

—¿Está enferma?

—Sí, señor.

—¿En cama?

—No Está levantada en el cuarto.

—¡La pobre!

Tome el lector esos signos de admiración, por un acento suspiroso y sepa que Alfonso, no bien remató el diálogo con ese sincero, espontáneo lamento, arrancado de allá muy adentro de su pecho, comprendió que había obrado mal; sobre todo como un cursi y que, arrepentido, se dijo a sí mismo que era preciso ser más cauto y sereno en lo sucesivo.

Tal suele decirse, a la María le faltó tiempo para ir a contar a Adolfina la escena habida entre ella y "el instalador".

—¿El joven?

—Sí, señorita; "el instalador". ¿Cuál va a ser?

—Como iba a traer un ayudante...

—No. El primero... el simpático...

Y esto lo dijo la gallega, comiéndose con los ojos a su señorita, en ávido estudio del efecto de sus palabras. Y, como dijo lo anterior, vino a contarle cuanto fué viendo hacer al joven, en su ropa, en el cuarto, al entrar y salir, minuciosamente. Si se cambió de traje. si vino al mediodía, si no le había visto fumar, si parecía muy aseado, si miraba mucho para los cuartos, si había entrado a tomar medidas en las paredes y en el suelo del despacho de Don Ricardo, habiéndose quedado más de una hora, como un bobo, leyendo los títulos de los libros enringlerados en los estantes. Y todo ello partido con exclamaciones alentadoras.

—¡Ay, señorita! ¡Pero qué simpático es!—¡Tiene unos ojos tan bonitos, el condenado!—¡Y cómo habla! Igualito que cuando decía el sermón.

Al otro día, en cuanto Alfonso pudo cruzar unas palabras con la criada, le preguntó por la salud de la señorita, a quien en vano había buscado con la

vista, por todas partes, desde muy temprano en la mañana. La pregunta sólo sirvió para que la gallega tuviera algo más que irle a contar a Adolfina, de Alfonso, sin pérdida de un segundo; ya que el joven ni siquiera oyó la respuesta, turbado, mortificado por su ligereza, por haber vuelto a ser un estúpido sin el menor gobierno de sí mismo. A las setenta y dos horas de haber conocido a Adolfina, y aunque tal convencimiento amargárale el alma, continuaba con aquella idea, del primer momento, acerca de la heredera de *Dos Ríos:* la idea de la joya valiosa, inaccesible para un obrero.

El cuarto día; aquel en que Alfonso, ya con su ayudante apalabrado para las siete de la mañana y todo lo demás listo, tenía que empezar su trabajo modernizador del *268,* amaneció despejado, con la bóveda celeste azul, clara y altísima. Ya sin motivo ni pretextos para el encierro, a las seis y media los cuartos dormitorios recibían luz y aire por las puertas y ventanas entornadas. Gentes de antiguas, muy sanas costumbres, desde un cuarto de hora antes, la señora, sus hijas y los sirvientes trajinaban afanosos, encariñados con la vida, en aquel fresco y alegre despertar de la vieja casona. Era la mañana de un lunes. En el primer cuarto, Doña Benigna ordenaba las ropas y demás objetos metidos en las gavetas y los entrepaños de su amplio y lustroso armario de lunas biseladas. Algo análogo hacía Carlota, en el aposento de ella y su hermana, con la ropa traída por la lavandera el sábado. El prieto y anciano portero, armado con una verde regadera, y en medio de una jocunda y prolongada diana de canarios y tomeguines, regaba las macetas del patio. El criado de mano daba golpes de plumero dentro de las penumbrosas ex-oficinas de Don Ricardo En la cocina, envuelta por el aroma del fragante café criollo, la vieja, oscura y voluminosa cocinera hacía espejear a fuerza de paño y muñeca las blanquísimas losetas del alto friso. En el último cuarto oíanse las voces de

Adolfina y la coruñesa, atareadas en el conteo de un montón de ropa sucia.

Era la primera vez que en la casa amanecía "un joven", y pensada o impensadamente, Adolfina aquella mañana cargó un tanto la habitual mano de polvos, trabajó otro tanto, cuidadosa, artísticamente su peinado y escogió como traje una blusita de punto, que gustábale mucho, y una saya de warandol, bien encajada de caderas, que era su favorita, entre las de andar por casa.

Por su parte, Alfonso—que ya habíase desayunado, y leyendo en *su* cuarto esperaba la llegada de su ayudante—como obrero limpio, decente, civilizado, vestía un *overall* azul Prusia (quién sabe si por una casualidad, muy nuevo), una camisa del mismo color y calzaba borceguíes de faena, si muy duros y bastos, también muy limpios y bien acordonados. La camisa, abierta en solapas desde el segundo botón, dejaba al aire la recia musculatura, y las mangas recogidas hasta el codo, ponían a la vista los macizos, atléticos antebrazos de membrudo hombre de trabajo.

Momentos antes, a poco de haberse vestido y así alistado para trabajar, Alfonso fué a contemplarse, a cuerpo entero, en el gran espejo de la saleta. Como en este empeño de lucir bien, por más que Alfonso obstinárase en lo contrario, andaba el perenne pensar en Adolfina, el joven al reconocerse en el espejo como la viva escultura del trabajador civilizado, empezó a razonar en socialista, haciéndose consideraciones muy propias de su estado de ánimo en tales momentos: como aparecía él aquella mañana—en los veinticinco años, fuerte, saludable, inteligente, modelo de hombres hermoseados por el trabajo—de enamorarse Adolfina de él, tanto como estábalo él de ella, no hubiérase podido hallar una pareja más apta para el amor. Para el amor como ha de ser éste en el futuro: entre seres jóvenes, física o intelectualmente seleccionados, y no como es hoy ese supremo sentimiento, con los mil prejuicios morales, de clases y de todos los ór-

denes, absurdísimos, que conspiran contra la felicidad y el progreso de la familia humana.

Pero bien; eso sería en el futuro. Allí, y en aquellos instantes, la realidad era muy distinta y para él resueltamente inmodificable. Los padres de Adolfina, con toda certeza, pertenecían al número considerable de gentes que, a despecho de los elocuentísimos indicios y pruebas en contrario, se obstinan en considerar inmutables las formas sociales del presente. *Luego,* vuelta a la conclusión de los primeros instantes del encuentro del joven con la joven: una joya valiosa, atrayente, deseable, pero por siempre fuera del alcance de él, era la señorita Adolfina Calderería y Pedroso.

Con todo...

Dos golpes de aldaba en la puerta de la calle, anunciaron la llegada del ayudante de Alfonso. Bajó éste de su cuarto y enfiló el patio para salir al encuentro del que llamaba. Cuando iba a medio camino, presentóse por la puerta de la saleta y prosiguió en dirección contraria a la que llevaba él, la linda y acicalada muchachona. El obrero tenía que preguntarle algo a la señorita, antes de empezar la instalación. La señorita tenía que decirle algo al obrero antes de que éste diera comienzo al trabajo. Pero al encontrarse ambos inesperadamente, ella con la sangre transparentándosele debajo de la seda de las mejillas, en una incontenible, pesadísima turbación, y él, no menos inevitable y mortificantemente abochornado, apenas si encontraron aliento para un "Buenos días", trémulo, forzadísimo.

El otro obrero era blanco; tanto como lo era Doña Benigna, por ejemplo. Color trigueño pálido, facciones abultadas, ojos muy grises, nariz con ventanas al frente, y un conjunto de criollo genuino susceptible de dar un tipo simpático, atrayente, de haber tenido todo lo que sigue: el cuerpo menos desnutrido por adivinadas miserias físicas y morales; más educada la ingénita viveza criolla; en los ojos una chispa de noble inteligencia, en vez de la zafia picardía que

en ellos advertíase a primera vista, y la decencia de no presentarse en ninguna parte como hacíalo aquella mañana en el *268:* barbudo, sin peinar, la falda de la camisa anudada sobre la bragueta de unos calzones que pugnaban por caerse; aquélla y éstos muy rotos, manchados y malolientes.

Empezaron su trabajo los dos obreros. Alfonso, con un metro y una tiza en las manos, trazaba marcas en la tubería amontonada en el zaguán; en frente de Alfonso, y siguiendo los trazos de éste, el ayudante cortaba los tubos. El último trabajó ganoso, sin quitar la vista de la llave, los tubos y la terraja, hasta que sintió en la saleta unos pasos menuditos y columbró en los relucientes mosaicos del piso claras ropas de mujer. Era Carlota, que aquella mañana trajinaba vestida de blanco, muy ceñida de cintura, sin delantal, con tres dedos de las redondas pantorrillas en medias negras, resaltantes, debajo de la blancura del vestido, y el pelo en una trenza, aniñadamente doblada sobre la nuca, por un lazo negro. Se detuvo de espaldas a los dos hombres y delante de la nevera, adornada con un espejo biselado, que estaba de frente al zaguán. Buscaba la muchacha algo que parecía estar muy escondido en el alto depósito del hielo, y muy erguida como estaba veíasele bien el rostro en el espejo.

El ayudante, relamiéndose, con los ojos agrandados, completamente fuera de quicio desde que husmeó faldas; completamente olvidado de su barba crecida, su nudo en la camisa, su churre y su mal olor, tocó a Valdés en un hombro y le dijo entusiasmadísimo:

—Oye: fíjate en eso.

Sin levantar la vista de sus tubos, Alfonso dialogó:

—Ya me he fijado. Hace tres días que estoy en la casa.

—Qué bonita ¿verdad?

—La hermana es más bonita.

—¿Más? Pues para serlo más que ésta...

—Lo es veinte veces más.

En esto Carlota se dobló para buscar en la parte de

abajo de la nevera lo que no encontraba en la de arriba. En tal posición quedábanle al descubierto, hasta el blanco arranque de los muslos, las piernas que así, vistas por detrás, ofrecíanse más gruesas y lindas a los encandilados ojos del ayudante. No pudo éste dejar a su compañero de aquel modo, imperturbable, con sus tubos, sin hacerle participar del recreo de la vista que ofrecían las piernas de la muchacha, y tocándole otra vez, rápidamente, en el hombro, le dijo:

—Oye, oye: mira. ¿La otra las tiene tan gordas?

Alzó Alfonso la vista; comprobó el descuido de Carlota, y como ya al tratarse de comparar intimidades corporales, hubiérale sido chocante, doloroso, continuar la discusión, cortó en seco, visiblemente disgustado:

—No lo sé

—¡Concho! ¡Si está más sabrosa!

Este desahogo a boca llena, a toda sinceridad, produjo en Alfonso redoblado malestar. Quedó mudo.

Se fué Carlota, con una mantequillera en las manos, y el ayudante medio sorprendido por el proceder de su joven compañero ante el delicioso cuadro que les ofreció la muchacha, y que era de los que es preciso aprovechar porque sólo se presentan de tarde en tarde, siguió saboreándolo en recuerdo, a fin de darle toda su importancia y grabárselo en la mente, como una gran fortuna digna de ser contada cuando se hablase en su presencia de cosas envidiables, relacionadas con las buenas hembras.

—¡Qué piernas! ¡Cómo se le veían con las medias negras, entre la saya blanca y las puntas del camisoncito! ¡Y luego, un poquito más arriba! Bueno: si a uno le dan eso para comer, es lo mismo que si le dieran langosta: hay que tomar leche después.

Y queriendo congraciarse con Alfonso, que continuaba serio, a pesar del chiste, inquirió:

—¡Eh, mi hermano?

El hermano, que no podía soportar tanta "irreverencia", se sintió jefe, y dió la callada por respuesta.

El ayudante volvió a sus hierros, pero no sin echar antes una mirada de enorme sorpresa al "rarísimo" Alfonso. Éste, bajo la influencia de aquella expresiva mirada, se dijo mentalmente que no sólo estaba enamorado, de un modo incontrarrestable, sino que no podía ocultarlo.

Y, como consecuencia de la anterior conclusión, empezó a sentir cierta hostilidad en contra de aquel sujeto que, por su ya declarada, criolla monomanía erótica, amenazábale con una doble mortificación mientras durase aquel trabajo recién empezado: mortificaríale con estar haciéndose cargo, cada vez más de aquel enamoramiento que no admitía disimulo, y mortificaríale con perennes alusiones, fuertes e hirientes, a las bellezas visibles y recónditas de Adolfina.

Esta última deducción pudo Alfonso comprobarla muy pronto. Volviéronse a reflejar claras ropas femeniles en los mosaicos de la saleta, y a sonar en los mismos, menudos pasos de mujer. El ayudante, aunque sin dejar sus tubos y herramientas, alzó la cabeza y puso los ojos, los oídos y diríase que hasta el olfato en aquellas faldas reflejadas por los mosaicos. Alfonso por su parte, adivinó a Adolfina; pero ni con el más leve gesto lo dió a comprender; permaneció entregado a su trabajo, hasta que ella, trastornando al ayudante con la belleza de su cuerpo y de su voz, apareció en frente del zaguán, y dijo:

—Mire, Valdés: venga a ver lo que tiene descompuesto el lavabo.

Se fueron a lo largo del patio, en dirección al último cuarto, él a cinco o seis pasos detrás de ella. Sabía ella que los ojos de él la avaloraban ansiosos: sentía el magnetismo de la insistente mirada sobre el cerebro, sobre el ramaje de sus nervios; extendiendo sus vibraciones por las fibras más recónditas de su ser, en una a modo de corriente simpática, perturbadora, que hacíale andar con el paso inseguro del ebrio incipiente, risiblemente empeñado en mantener un equilibrio naturalísimo.

A tanto llegó la turbación de ambos, cuando estuvieron solos, frente al lavabo descompuesto, que no pudieron cambiar más de dos breves frases; por lo que cinco minutos después, Alfonso volvía al zaguán. El ayudante, que aún estaba azogado por la impresión que habíale producido la hermosa y bonita muchachona, suspendió su labor para decirle al que llegaba, apretándose los puños, mordiéndose el labio inferior, agrandando los ojos enfáticamente:

—¡Muchacho! ¡Qué hembra! ¡Ya lo creo que "está mejor" que la otra! Aquélla es más gorda; pero ésta tiene una cara divina, y un cuerpo... *(Aquí el clásico beso en la punta de los dedos apiñados.)* ¿Te fijaste en la cintura, tan estrechita, para el par de caderotas que se gasta?

De pronto, Alfonso no contestó una palabra. Se redujo a maquinales gestos de afirmacion. Estaba aturdido por el choque de aquellas "profanaciones" que tan libremente soltaba su interlocutor, a la vez que recónditamente complacido al ver confirmado su entusiástico juicio acerca de las perfecciones corporales de Adolfina.

Al fin, sólo dijo, bruscamente, que era preciso trabajar... y nada más. Pero el ayudante no podía permitir que le desarmase tan fácilmente aquel Alfonso, que se traía demasiadas pretensiones de jefe, de sesudo, o que estaba enamorado de las dos hermanas. Ensayó una ofensiva, diciendo que se había fijado en que Alfonso hacíase el desentendido cada vez que él, el que hablaba, decíale algo de las dos jóvenes; "las dos hembras", como había sido su frase. Llegó a permitirse la insinuación, en forma de preguntas reticentes, de que si era que Alfonso quería las dos, para él, o si, por el contrario, al último no le gustaban las mujeres.

Es de inferirse como saltó Alfonso. Lo que le pasaba era que no pertenecía a la clase de los bobos. El tenía algo más que hacer en la vida que andarse enamorando de todas las mujeres con quienes se tro-

pezaba; más tratándose de las que como aquellas muchachas, estaban muy altas para él.

—¡Uh! Eso de que están muy altas no quiere decir nada. Eso va pasando a la historia. Ya estamos entrando en el tiempo en que cualquier hombre puede aspirar a cualquier mujer—replicó el ayudante convencidísimo; olvidado de su nudo en la camisa y de todo su nada seductor taleje—todo es caer bien, ser simpático, tener labia...

En el tono farfullante que es de suponer, prosiguió la discusión. Alfonso, con una sorna que levantaba ampollas dijo que ¡Claro! ¡Siendo simpático! Teniendo labia! ¡Desde luego! Porque, eso sí; en cuanto a que los tiempos iban transformándose y ya era hora de irse dejando lo de las mujeres inaccesibles para muchos hombres, no había que hacerse ilusiones: los que no tuvieran... labia... y simpatía, iban a andar muy mal; pues que siempre, absolutamente siempre, con este o con el otro régimen social, para sentirse con derecho al amor de una mujer limpia, decente, ilustrada, de gustos y sentimientos delicados, sería preciso que el aspirante se encontrase a la recíproca, completamente a la altura de las circunstancias: aseo físico, limpieza de hábitos e higiene intelectual... (*Los puntos suspensivos, bien marcados por Alfonso en una prolongación nasal de la última sílaba, y en una abarcadora mirada a la desagradable humanidad de su interlocutor, resultaban una irónica, más bien sarcástica alusión a la figura y los modales hamponescos del último.*) Y, para seguir, con una estocada de remate, antes de que el otro cortárale el discurso, como quería cortárselo, agregó que a él le gustaban las mujeres, exactamente igual que gustábanle a todo hijo de vecino que estuviera en sus cabales. Pero no todas las mujeres, y le pasaba con las que eran de su agrado, que no creía que una a una podía ponerlas a sus órdenes con piropos, miradas fulminantes o apretones de aglomeración; sino por otros medios más correctos de hacerse agradable y demostrar sus predilecciones amorosas, salvo, por

supuesto, con ciertas mujeres, de las cuales no era necesario hablar.

—Así es que dele duro. ¡Vamos! Que se nos va la mañana en charlar—terminó Alfonso.

Y dió el ejemplo, cogiendo sus apuntes, su metro y su tiza, y reanudando su labor. Le imitó el ayudante, pero no sin continuar rezongando mientras manipulaba en un tubo con la llave y la terraja:

—¡Vamos, hombre! No hay mujer que no le guste que la encuentren "buena", y que se lo digan; como son pocas las que no gozan con sentir el calorcito de un hombre al lado, sea quien sea. Yo, por lo menos, no dejo pasar una sin decirle algo y sin pegarme, cuando se puede. ¡Pues, no faltaba más! ¡Como que "eso" es lo único grande, lo único "verdá" que hay en la vida!

Entre tanto Alfonso llegaba a una nueva conclusión razonabilísima. Su ayudante y él iban a ligar como el aceite y el vinagre, y a pesar de todas las consideraciones que le merecía la casa del Adolfina, era muy probable que, en momento dado, aquel trabajo del *268* acabase para los dos como truculenta película de cine barato.

Reciamente trabajaron los dos obreros después de la anterior porfía.

Con todo, a las mujeres, que iban y venían en los mañaneros trajines de la casa, el ayudante no las perdía de vista, obstinado en no inadvertir un solo movimiento susceptible de mostrar algo apetitoso: dos dedos más de pantorrillas, unos encajes con rosadas transparencias, la blancura de un escote entreabierto, en una descuidada inclinación del cuerpo.

Así, una vez le sorprendió Carlota, acechándola con ojos encandilados, al través de la ventana del primer cuarto y por el espejo del gran armario matrimonial, mientras ella en sus preparativos para irse al colegio, se lustraba las botas, con una pierna en lo alto apoyada en una silla, y la otra a la vista, de rodillas abajo. En el mismo instante de la sorpresa, cuando la muchacha con el rostro empurpurado y la mirada

durísima, bajó rápida la pierna, Alfonso descendía de la escalera y sorprendía la escena, dándose cabal cuenta de su alcance. Segundos después, nuestro joven vió a las dos hermanas, de pie, allá en la entrada de la cocina, dialogando muy serias, con gestos como de regaño y protesta y rápidas miradas a la saleta. Sin embargo, aún no se atrevió a decir una palabra, temeroso de agravar las cosas con una situación violenta.

Pero la prudencia de Alfonso fué inútil. Media hora después de lo anterior, Adolfina escribía en un *buró* de mimbre, en el gabinete que comunicaba con la saleta por el lado de los cuartos dormitorios y encabezaba la fila de éstos. De espaldas a la mampara divisoria, que se encontraba cerrada, Adolfina no podía ser vista por el ayudante—que seguía sujetando la escalera—y sí por Alfonso, que hallábase otra vez en lo alto de aquélla y, por lo mismo, dominaba con la vista, por encima de la mampara, todo el gabinete consabido. ¿Adolfina de veras estaba allí porque necesitaba escribir? ¿Podía hacerlo en tal caso? No es preciso saber más que lo muy presumible: que sabíase ella devotamente contemplada, y que, como cuando fueron Alfonso y ella por el patio; como cada vez que estaba de espaldas y a la vista de él, sentía a través de la ropa, el contacto de la mirada de él, entrándole hasta el corazón. En esto los dos obreros vieron llegar a la criada de regreso del colegio, y Adolfina sintió en la saleta los pasos de la que llegaba. El ayudante, con ese tono exclamatorio, entre dientes, de zumbido, muy propio de los tenorios de puerta de "bodega", soltó la suya:

—¡Avemária! Si aquí hasta la criada es panetela fina.

Pero, en seguida y muy seria apareció Adolfina en la puerta del gabinete, regañando indirecta:

—¡Vamos, María! ¿Por qué no acabas de llegar?

—¿Qué ha sido?—interrogó algo alarmada doña Benigna, desde el primer cuarto.

—Nada—replicó decidida la joven, y a tiempo que

soltó la lacónica respuesta, puso una mirada durísima en los ojos del ayudante.

En lo que duró la escena, Alfonso descendió de la escalera, y cuando la señorita y la criada desaparecieron por detrás de la mampara, el primero le dijo al ayudante secamente:

—Vámonos a almorzar.

Al tomar la delantera, para dirigirse a la calle, resueltamente, Alfonso fué detenido por la voz de Adolfina, que desde la puerta del gabinete, con notable ansiedad le preguntó si no almorzaba aquel día en la casa. Dijo él que no, y acompañado del ayudante salió a la calle.

Una vez en ésta, y en tanto andaban hacia la esquina más próxima, Alfonso extrajo del bolsillo un puñado de dinero en billetes y plata; separó dos pesos cincuenta centavos, y se los entregó al otro, diciéndole que allí estaba el jornal del día, completo, y que no le necesitaba más. Protestó el otro del proceder de Alfonso, diciendo que él, "aunque" trabajador era hombre, y tenía derecho a "celebrar y hasta enamorar una mujer, así fuera ésta más millonaria que *Pote*". Alfonso, firme en su propósito de evitar un escándalo, admitía el derecho discutido: pero con cierta filosófica impasibilidad de "¡qué le vamos a hacer!". "¡Así están las cosas!" Al fin, el ayudante se largó rezongando su despecho:

—Por eso no se va uno a morir de hambre. ¡Mira qué! Si no trabajo en esa casa se trabaja para otra. Pero yo no soy menos que nadie, y donde quiera que se encuentre una mujer, sea quien sea y esté donde esté...

En las sillas de la saleta que enfrentaban el zaguán, con una ansiedad más intensa que la de momentos antes, Adolfina aguardaba a Alfonso.

Este, convencido de que la joven le esperaba allí, en muda interrogación de lo ocurrido en la calle; tácitamente obligado a dar una explicación, dijo mientras avanzaba por el zaguán:

—Estoy apenadísimo. Pero tal cosa no pasará

otro vez, porque ya le he dado la cuenta, sin dar ni oir razones.

Parte de la explicación fué escuchada por doña Benigna; que al oir la joven, vino a reunirse con Adolfina, para enterarse de lo sucedido.

Como para ellos las cosas quedaban tal las deseaba su inconfesado anhelo, en Adolfina y Alfonso simultáneamente prodújose una satisfacción, visible y muy significativa. Pero bien entendido que ni visible, ni significativa para doña Benigna, que por su arcangélica ignorancia hallábase incapacitada para concebir el avasallador poder de lo natural y verdadero, y a causa de ello no podía ni remotamente presumir lo que ya se levantaba formidable, incontrastable, arrollador de los fríos convencionalismos sociales, entre aquellas dos vidas jóvenes y vigorosas. ¿Entre su hijita y un trabajador? Absurdo que a la buena señora se le pudiera ocurrir tal cosa. ¡Imposible!

Pero el lector ve; ve con claridad que la aventura del ayudante sirvió para intensificar aquella mutua, inconfundible simpatía, nacida entre los dos jóvenes desde el instante en que por primera vez se cruzaron sus miradas; simpatía ya entonces muy favorecida en su desarrollo por la circunstancia de haberse tenido que entender personalmente la señorita y el obrero, para el trabajo encargado al último, y por el "ingenuo", indiscreto atizar de la refistolera galleguita. El proceder de Alfonso en la aventura del ayudante; el contraste que con la misma habíase evidenciado entre la índole de uno y otro hombre, acercó mucho más los dos corazones, por la igualdad de sentimientos; puso en muy alto aprecio, para Adolfina, la corrección y delicadeza del joven, y dejó a entrambos en una inestimable ausencia de testigos impertinentes.

Este eslabonamiento de las cosas favorable a "lo que tiene que suceder", que es muy propio de la novela, porque lo es de la vida, no se detuvo en el caso de Alfonso y Adolfina, al ocurrir lo últimamente narrado. Un suceso, si imprevisto, muy natural y

lógico, vino a facilitar de un modo decisivo el idéntico anhelo, ni medido ni pesado, ni bueno ni malo, sino profundamente sentido, de aquellas dos almas, que tenían la pureza inestimable y única de la juventud.

Doña Benigna, a partir de su encuentro con la amante de Don Ricardo en la tienda de la calle del Medio, había sentido recrudecerse la afección cardíaca, hija de su vida de asesinos dolores morales, que desde muchos años atrás intentaba ocultarle, disfrazándola con diagnósticos tranquilizadores, el doctor Ortiz, viejo médico de la familia. El más leve disgusto, el sobresalto menos justificado, o a veces una hora de soledad y cavilación, era motivo de días y noches de palpitaciones y suspirosos períodos de inconsolable abatimiento.

El enojo que causó a doña Benigna el atrevimiento del zafio trabajador, y después el susto por la creencia de que aquél y Alfonso iban a reñir cuando el último suspendió el trabajo e invitó al primero a seguirle a la calle, fueron bastantes a encerrar muchas horas, por varios días, a doña Benigna y a Carlota en el cuarto de aquélla; la madre con la consiguiente crisis nerviosa, aflictiva, y la hija, en aquellos días exenta de colegio, desertora de la mesa y de su cuarto, perennemente entregada al mimo, al extremoso cuidado de la retentada cardíaca.

Entonces Alfonso y Adolfina, entraron franca y naturalmente en los pródromos del noviazgo. Pero no con declaraciones y asedios formales, sobre la marcha, al prosaico estilo de nuestra gente supercivilizada; sino al dulce modo de los criollos tradicionales: las clásicas miradas, sostenidas, habladoras, con elocuentísimas "caídas de ojos" al final; los tímidos rodeos y avances en cada pretexto ideado para fugaces diálogos enternecedores; el intercambio, a rostro empurpurado, manos temblorosas y corazón inmenso, de mil obsequios "inocentes", sencillísimos, pero de un fuerte y delicioso valor entedido: una flor, la co-

pia de unos versos, una postal de simbólico dibujo, un libro con insinuantes trazos marginales.

Y veinte días después, cuando Alfonso terminó cuantos trabajos habían presupuesto las mujeres, y cuantos pudo añadir Adolfina para prolongar la estada de Alfonso en la casa de la calle de Contreras, el absurdo, el imposible, se había realizado: el obrero y la rica, mimada y linajuda muchacha eran novios. En aquellas dos almas en flor, lo sentimental, lo instintivo había eclipsado todas las consideraciones convencionales o egoístas que eran propias del caso. Borracha del primer amor, amor que enloquece, la razón no paró mientes en las probables, quizá si insuperables dificultades, odiosas y dolorosas, que el porvenir guardaba para aquel imperioso sentimiento que rápidamente se adueñaba de las dos jóvenes vidas. Los que fueron novios como habían sido "pretendiente" y "pretendida", sin formalidades, sin estipulaciones, sin decírselo a sí mismos, dejándose guiar por el corazón, sólo supieron quererse; quererse sin pensar en aquel período de dulce iniciación, que los novios lo son para casarse, y que cuando esta finalidad se torna exigente y es contrariada—como seríalo en su caso—son insuperables los sufrimientos de los seres así violentados en la inclinación más fuerte e indesviable de su naturaleza. Verse, estar juntos, adorarse mutuamente, con extáticos ojos, en cada ocasión propicia; intercambiar papelitos febrilmente escritos para "darse" celos pueriles o para propiciar furtivas, momentáneas entrevistas con brevísimos diálogos, y siempre de día y de noche, pensar el uno en el otro, en un culto fervoroso, inmarcesible, de su amor, eso fué todo, y fué bastante, para Alfonso y para Adolfina, en aquellos días en que ambos se amaban porque sentían la necesidad de amarse, así, como va dicho; sin medir ni pesar las conveniencias, románticamente; porque sí.

Mas, aquel amor por el amor, tenía que detenerse a razonar alguna vez, y le llegó su hora de percatarse de la realidad, harto desconcertante y amena-

zadora, cuando próximo el fin del trabajo encomendado al joven, veníaseles encima, a él y a Adolfina, el durísimo trance de la separación.

Dos días antes de aquel en que Alfonso, concluída su misión en el *268*, tendría que reintegrarse al ingenio, trabajaba él en el comedor, cuando vino a reunírsele Adolfina, que cargada con media docena de bombillas para lámparas de gas, de diversas formas y colores, pasó del patio a la pieza dicha, diciendo en alta voz, con la enorme facultad de disimulo de las enamoradas:

—Mire, Valdés: dice mamá que le gusta la rosadita, pero que usted diga si es de buen cristal. A mí me parece *(y como al llegar al "me parece" ya estaba ella dentro del comedor, y lo de la escogida de bombillas era sólo un pretexto para uno de los consabidos diálogos robados, súbito cambió el sentido de sus palabras, dichas entonces en voz baja, temblorosa, de confesonario casi)*. Lo que me parece; lo que me han hecho pensar estas bombillas, *chico*, es que después de colocarlas, tú, para el ingenio y yo... me quedo.

Y remató verdad tan evidente, tan de idilio, con una triste sonrisa y un aliento suspiroso; clavados los encantadores ojazos en los fascinados de él, que de pie, los brazos caídos, paralelos al cuerpo, de frente y próximo a ella, paladeaba la dulzura de tal proximidad. Paladeaba también el amargor de lo que acababa de advertirle Adolfina; lo que no obstante ser muy natural, muy de esperarse, sorprendíales, en el descuido de su dicha sin medida, en pleno paraíso, con la crueldad y el horror del sacudimiento sísmico que repentinamente destruye el encanto de una noche de verano, clara y fragante.

Con la divina puerilidad del hablar noviero, dijo él, queriendo ser mimoso, en disimulo de su dolor:

—Pero no *te* pongas triste por eso. No me voy solo.

—¿Por qué?

—Porque tú vas conmigo.

—¿Yo?

—Sí. Aquí dentro.

E indicó el corazón, llevándose al lado izquierdo del pecho la mano diestra extendida.

—¡Ah! En tal caso tampoco yo me quedo sola.

Y sin alegrar, sin iluminar el adolorido rostro con la más leve sonrisa en pago de lo dicho por Alfonso, prosiguió:

—Pero no es eso, chico. Es que... quizá si hemos hecho mal.

—Mal con qué?

—Con crear afectos, así ¿cómo diré? Sin pensarlo bien.

—Ya estás arrepentida, Adolfina—sentenció él, ensombrecido el rostro por una ola de dolor.

—Es que vamos a sufrir mucho—replicó ella con la voz tremante de angustia y húmedos, brillantes los lindos ojos por el amago de las lágrimas.

Cruel y egoísta, con la crueldad y el egoísmo del hombre enamorado que en defensa de su amor se agarra a todos los recursos, Alfonso insistió haciéndose el ofendido:

—Estás arrepentida con razón. No puedo quejarme. Esto nuestro ha sido una locura, de la cual sólo yo he tenido la culpa; toda la culpa.

—No. Tú solo, no. Los dos.

—No, chica. Yo. Que para eso tengo veinticinco años; para pensar las cosas. Debí ver que no merezco tanto; que eres muy rica, para mí.

—¡Por Dios, Alfonso!—exclamó ella en queja sentidísima. ¿Qué culpa tengo yo, más que tú?

—Ninguna. Si eso es precisamente lo que digo.

—Sí; pero lo dices como quejándote; como dando a entender lo contrario. Y no esperaba yo de ti una injusticia como ésta, que me duele mucho. Aquí no hay culpable. Ni tú, ni yo. Al menos, por mi parte, te he querido sin ponerme a sacar cuentas de ninguna clase, sin acordarme de mi posición, ni de mis padres, ni del mismo Dios, vaya. He sobrentendido que si siento este impulso de quererte, cada día

más, impulso muy santo y muy bueno debe de ser. ¿No?

—¡Psch! ¡Quizá!

—No. No te quedes así, como encogiéndote de hombros. Contesta. (*Ni un monosílabo, ni un gesto de él.*) Además. No veo por qué te quieres hacer tan pobre, tan obrero, cuando tienes un buen puesto en el ingenio, y eso, con tu talento y tu afición a los libros, constituye una gran esperanza para el porvenir... Más, siendo el ingenio de mi padre...

—Bueno—contesta Alfonso, siempre terco, sordo de los que no quieren oir—admito que hasta hoy lo has creído así; pero como ahora lo has pensado bien, y te has dado cuenta de las dificultades, con que lo dejes...

El diálogo, que ya se prolongaba más de lo conveniente, se avivó en este punto hasta la imprudencia.

—¡Cómo! ¡Alfonso! ¡Será posible!—dijo ella en nuevas exclamaciones sentidísimas. Y Alfonso, ya triunfador, de lleno en los apasionamientos adorablemente pueriles del coloquio amoroso, saltó vehementísimo:

—No. Pues por mi parte no. Porque si antes te dije que te llevaba conmigo al ingenio, aquí dentro (*y la diestra volvió a señalar el corazón*) ahora te digo que, hagas lo que hagas, te llevaré toda la vida...

Fué interrumpido por ella, también enternecida hasta la más recóndita de sus células:

—Como yo te llevaré toda la mía aquí.

Y a su vez llevóse el lirio de su mano a la púber escultura del pecho, que anhelaba rítmico y que, desde la baja línea marcada por el traje interior, hacía un delicioso fondo rosa pálido al blanco y tenue olancito de la blusa.

Encantado él, arrobada ella, quedaron mudos unos instantes, frente a frente, a un paso de distancia; descuidados de sí mismos y de los otros, en aquella soledad y aquel silencio peligrosos, escudados con la diáfana pureza de su amor.

—¿De veras me querrás siempre?—inquirió él.

—Siempre, siempre—repuso ella.

—¿Y si cuando lo sepan tus padres se oponen?

—Que no lo sepan.

Esto fué dicho por ella en cariñoso tono de broma, en el dulce resplandor de una sonrisa; pero como implicaba una evasiva, un mortificante aplazamiento del problema, Alfonso, con la facilidad del cambio que es propia de la conversación entre novios—los cuales, en estos momentos de loca exaltación, llegan a tomar uno las razones del otro, según el vaivén de sus almas—pasó al papel de desconfiado y exigente, e hizo una protesta acaloradísima. Esas cosas no podían verse así, con indiferencia, con irresolución, a no ser que quisieran los dos sufrir lo indecible. Los viejos tendrían que enterarse de aquello alguna vez; por cuenta propia, o porque ella y él hiciéranles el sensacional descubrimiento. No era cosa de estarse de novios toda la vida, y mientras lo estuvieran, pues era preciso conseguir el modo de verse, de escribirse, de, como en aquel feliz momento, secretear deliciosamente. Por lo pronto, esto de la correspondencia tenían que resolverlo, y en ello ponerse de acuerdo ambos, antes de separarse.

Dijo ella que, en cuanto a lo primero, él se precipitaba mucho, y en cuanto a lo de escribirse, por entonces no había ni que pensarlo siquiera. Era un imposible.

Discutieron entonces. Según él, cuando se amaba no había imposibles, porque para todo se hallaba astucia, arrestos, inventiva; el remedio que fuese, por heroico que necesitase serlo. No sabía ella cómo prolongar la resistencia, y después de algunos disparos en retirada ("¡Ay, chico!", "¡No seas así!", "Eso hay que pensarlo bien") quiso terminar con un:

—Veremos.

—No. Veremos no. Di que sí—mandó él, hundiendo la mirada, imperiosa, sojuzgadora, en los inmóviles ojos de ella.

—Bueno—fué la débil réplica de la vencida.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¡Adolfina!—dijo él conmovidísimo, loco de pasión, a la vez que se le escapó el ademán de apoderarse de una mano de ella, para apretársela, en señal de hondo agradecimiento.

—No.

E hizo ella la seca negativa, retirando prontamente las manos, cruzándoselas a la espalda; sin alterar no obstante la expresión dulce y confiada que fué divina luz de su rostro en toda la escena inolvidable.

—Perdóname—rogó él—pero eres tan buena conmigo...

Y avaro de los segundos:

—No te arrepentirás?

—No.

—¿Ni se lo dirás a nadie?

—A nadie.

Y siguió toda una serie de "¿Me quieres?", "Sí". "¿Mucho?", "¡Muchísimo!" hasta que:

—¡Amor mío!—exclamó él en casi apagoso suspiro, que fué inmenso desahogo de la gratitud y el amor, inmensísimos, que le colmaban el alma en aquel instante...

Y entonces vieron los jóvenes una sombra que se movía, como recatándose, tras la mampara que ocupaba el vano de la puerta que daba al despacho de Don Ricardo. Súbitamente comprendieron que alguien sospechaba de ellos y les tenía en observación; tuvieron plena, nítida, simultánea conciencia de estar descubiertos. ¿Por doña Benigna? ¿Por Carlota? ¿Por la galleguita? Por quien fuese. Rápida, instintivamente se separaron. Alfonso cogió en cada mano una bombilla para simular que la examinaba al trasluz, en aprecio de la calidad de la misma, y Adolfina, dando a su voz la mayor naturalidad, dijo:

—A mamá le gusta más aquélla.

—Bueno. Las compraremos de esa clase; pero le repito que ésta es de mejor cristal.

Mientras hablaba Adolfina, el joven le preguntó en seña de sordomudo algo traducible por:

—¿Quién puede ser?

Y ella, al terminar su respuesta disimuladora en alta voz, contestó a lo preguntado por él con un fruncir de labios y un encogimiento de hombros: que no podía presumir de quién era aquella sombra que ambulaba silenciosa e inquietadora por la próxima habitación.

Vieron entonces los novios, que la sombra se alejaba rápida en dirección de la saleta, a tiempo que también se alejaban unos pasos precipitados y sordos, de una aplastante significación.

Salió Adolfina para la puerta del patio, e impreso en el rostro el gran susto que la dominaba, pero forzando siempre su simulación de tranquilidad, siguió a paso firme para la saleta, en explorador recorrido.

En la saleta encontró a la María, afanadísima en la limpieza de la nevera, allí cerca de la puerta que daba al despacho de Don Ricardo. Siguió para el gabinete. En éste hallábase Doña Benigna, arrellanada en uno de los sillones de mimbre, las gafas montadas, repasando las páginas de un diario, en la más visible placidez, despreocupadísima. Después, Carlota en la pieza de doña Benigna, medía a cuartas una tela blanca desenrollada sobre la gran cama. Por la cocina, rumor de platos, y por el último cuarto, el frotar de un cepillo en la loza del baño. Conclusión de Adolfina: la persona que se había estado enterando de todo, precisamente cuando Alfonso expresaba la necesidad de ser discretos, de no enterar de sus relaciones a nadie, en lo absoluto, no pudo ser otra que la galleguita. Con las mayores; con el noventa y nueve por ciento de las probabilidades.

Al joven Alfonso le duró más tiempo y se le hizo más intenso el estado de miedo, incertidumbre y desconcierto, que a los dos sorprendidos causóles la sorpresa. No pudo ver, como Adolfina, desde el primer momento, la aparente tranquilidad de todos los moradores de la casa. Primero, mientras el corazón

impulsado por unos nervios miedosos le golpeaba el pecho, oyó él cómo se alejaban por el patio los pasos de la adorada, camino de la peligrosa investigación. Después, mientras ensayaba respuestas ingeniosas, evasivas para el caso de que estallase la tormenta, fué advirtiendo cómo nada parecía alterar, por lo pronto, los rumores de la casona en paz: aquel ruido de platos en la cocina, aquel frotar de cepillos en la loza del baño y el consabido, sosegado ir y venir de menudos pasos femeniles.

Procuró entonces, un tanto más sereno, hacer su composición de lugar, que no dejó de ser horrible, desconcertante, al igual que lo había sido la parte aguda de aquel perturbador suceso. Lo en verdad grave del caso, era que sus relaciones con Adolfina eran sospechadas, si no habían sido plenamente descubiertas por alguien. Allí estaba el hecho. Mientras ellos, dialogaban, una persona se había aproximado silenciosa, recatadamente a la mampara aquella, y luego, cuando ellos demostraron haberse hecho cargo, la tal persona, cuya sombra elocuentemente transparentaban los cristales esmerilados de la mampara, habíase alejado sin ruido alguno, con el mismo viperino escurrirse con que había venido a espiar la escondida escena del comedor. De eso no le quedaba la menor duda. Y si quien quiera que fuese el espía, habíase quedado sin decir una palabra, aparentando la mayor ignorancia de todo—como demostrábalo la tranquilidad ambiente—ello era más de temerse, porque acusaba el propósito de esperar mejor ocasión, mayores pruebas para dar el golpe.

El desasosiego y el temor, anteriores, agravábanse con la persistencia de la trastornadora duda del principio. ¿Aquella sombra, de beata en atisbo de ajenos deslices, que había errado misteriosa por detrás de la mampara, de quién podía ser? ¿De la inflamable Doña Benigna? ¿De Carlota la poquita cosa de la familia? ¿De la taimada, resbalosa, aprovechadísima, pero en todo caso menos temible coruñesa?

Importante cuestión a dilucidar era esa; pero de

todas maneras; desde cualquier punto de vista la perspectiva era brusca, agresiva, un malhadado alerta que desvanecía improvisamente, dolorosamente, el ensueño de opio del joven, para inferirle el daño de hacerle pensar; el daño imponderable de encender en su interior el eterno borrascoso diálogo, de las horas pasionales, entre el sentimiento que exige imperioso y la razón que niega implacable.

Todo cuanto había pensado en los primeros días, cuando parecíale un absurdo el fijarse en Adolfina con ojos enamorados; todo aquello de estar él muy distante de ella porque era rica y él pobre, ella de las mejores familias matanceras y él uno del montón de los ignorados, ella católica y él socialista, ella con padre fuerte, influyente, con toda probabilidad muy orgulloso y él sin apoyo social de ningún género; todo aquello, se repite, que en un principio había él visto claro y que luego borrose con los himnos y el perfume embelesadores del primer amor, estremeció de nuevo su alma e hizo caer sobre de ella, con la conciencia de una realidad odiosa e ineluctable, la angustia sin par de los grandes amores contrariados.

Mordido por tal angustia tuvo una hora de febril trastorno; una de esas tempestades en un vaso de agua, por las que pasan cuantos en la primera juventud saben amar fuertemente, y que, si más tarde acusan su absurda trivialidad, cuando se sufren tienen toda la violencia de los más desgarradores dolores del alma. El primer arranque fué de rebeldía en contra de cuanto, sin que él fuera responsable de ello, intentaba negarle su derecho a la felicidad: desigualdad económica, prejuicios de castas, injusticias sociales; cuanto, personalizándose en los padres de Adolfina, hacíaselos odiosos e indignos de toda consideración. Si Adolfina, enamorada hondamente, no cejaba ante amenazas y castigos, a la hora en que éstos se presentasen, menos lo haría él. Al contrario, mientras ella le quisiera, que se cayese el mundo entero. Con él menos valdrían persecusiones y amenazas, y si llegaba el caso bien sabría él encararse

con Don Ricardo, que de hombre a hombre no iba nada. ¡Vamos! ¡Y con un socialista convencido como él! Que vinieran cualquier día a torcerle el corazón con exigencias de respeto a excesivos derechos paternales, a jerarquías y divisiones estúpidas; que quien a tal cosa atreviérase habría de encontrar en la férrea resistencia de él un síntoma bien característico de lo que ya germinaba poderoso y triunfador en todo el mundo. La exaltación de su socialismo llegaba a producirle la idea de un encuentro personal, cara a cara, con Don Ricardo, el "burgués" intransigente y ensoberbecido, y tenía la visión neta, plástica, del padre de Adolfina, delante de él, herido, en medio de sus apóstrofes conminatorios de gran señor ultrajado, por un reto de este corte:—"Para que usted se vaya enterando, Don Ricardo. Así se están poniendo las cosas en este mundo. Mientras Adolfina me quiera, y sepa resistir, no hay nada ni nadie que me obligue a renunciar a su amor."

Ya quedaba satisfecho con ese epopéyico remate de su prematura rebeldía, cuando oyó en el patio el andar leve y la conversación tranquila de Adolfina y su madre. Comprendió que no había sido alterado el cariñoso acuerdo que invariablemente notábase en las relaciones de madre e hija. Advertirlo así en medio de su borrasca mental, fué por un lado tranquilizador; mas por otro se preguntó si, con aquel hondo cariño, cuando con los regaños y amenazas de Don Ricardo combináranse las súplicas y los consejos de doña Benigna, era lícito esperar que resistiese la joven, inconmovible en la defensa de su amor.

—¡Claro que no!—se replicó a sí mismo, en seco. Y ya dándolo por sentado se revolvió furioso contra Adolfina, en un estallido de despecho, como el anterior, injustificadísimo hasta entonces, que agitó de nuevo todo el sedimento de su pasión socialista. Sí. Como la mayoría de las mujeres de su clase, criadas en una estupidez endiosada, en un orgullo bárbaro, Adolfina sería una pava adinerada, en plena incapacidad para vivir la vida como ésta es, y por lo mismo

indigna de un ser bueno, inteligente, rico en salud y buena presencia, millonario de ideales nobles, como él. Y si así era, que se quedase la mentecata con su orgullo, su dinero y su aristocracia, y buscase para compañero un bobo de salones, propio para el caso; un señoritín de los que tienen fofas las carnes y azul la sangre a fuerza de vicio y holganza, y la cabeza convertida en un diccionario de barbarismos deportivos, o en un manual del automivilista, o en una revista de etiqueterías, o en una ventolera de pergaminos. Decidido; que buscase o esperase, para ir por el mundo, a uno de los tales parásitos, y no a él, que era un hombre en la real y humana acepción de la palabra; un verdadero hombre del porvenir. Y listo.

Parecía que en el anterior "Están verdes" iba a resolverse aquella mala hora de enfermizo cavilar, y ya formulaba el alocado hombre las ideas y hasta las frases con que se proponía abatir la soberbia de la joven rica, y romper con ella, a tiempo y de un modo definitivo, cuando sintiéronse los pasos y las voces de las dos mujeres, que regresaban por el patio, en dirección de la saleta. Temeroso de ser sorprendido, mano sobre mano y en su bien notable agitación interior, se puso a trabajar, rápidamente metido entre los quemadores y bombillas, que debió instalar desde un buen rato antes. Y este movimiento físico, en consorcio con la voz de la novia, voz dulce, tranquila, que reflejaba ingenuidad y pureza dominadoras, tuvo la virtud de convertir en tierna y melancólica, aquella furiosa demencia de pirotecnia. Momentos atrás él había sido injusto al razonar como la había hecho. A fin de cuentas ¿qué culpa tenía la pobre muchacha de que la humanidad se empeñase en ser torpe, en vivir dentro de un cúmulo de odiosos absurdos? ¿No estaba ella amenazada de la misma infelicidad que él? Además: que no podía negarse que le quería. La pobre le quería ¡qué caramba! E iba a llorar casi, en derivativo de su amarga crisis—¡ingenuo enamorado!—en el instante en que oyó inconfundibles para él, los pasos de Adolfina que se acer-

caban levísimos por el despacho del dueño de la casa.

Reaccionó. ¡A ver! ¡Pronto! A echarse una careta de serenidad por el entristecido rostro, y a poner a prueba, de nuevo, tormentosa y desesperadamente, la raigambre del amor de la joven, proponiéndole, de súbito, la terminación inmediata de sus relaciones.

Resuelta entró Adolfina en el comedor. Venía risueña, floreciente de dicha, porque traía buenas nuevas para el amado:

—Ni mamá, ni Carlota.

—¿Qué?—interrogó él muy seriote, sin dejar la operación de recoger útiles y herramientas en que habíale encontrado la que llegaba.

—Que ni mamá ni Carlota nos estaban vigilando.

—¿La criada, entonces?

—Sí.

Y Adolfina, ansiosa de ver alegrarse el rostro de Alfonso con las palabras tranquilizadoras que le traía, explicó el resultado de sus exploraciones por toda la casa; cómo había encontrado a la galleguita a la salida del despacho de Don Ricardo, sospechosamente, y como "la vieja" y Carlota demostraban la más completa ignorancia del "asunto", y de las maniobras de la María; lo cual, en medio de todo, era una gran suerte, y ella presurosa venía a contárselo a su Alfonso para que no estuviese intranquilo, y para ver cómo entre los dos se ponían de acuerdo a fin de convertir al enemigo único, en único y valiosísimo amigo.

—¡Eh! ¿Qué te parece?

El no quería que le pareciese bien, e invariable en su falso enfado con ella; haciéndose el que se declarabla vencido por la fatalidad, repuso:

—Sépalo la criada, sépalo quién sea, lo cierto es que estamos descubiertos, y que lo nuestro va a durar muy poco, de todos modos.

—¿Por qué?—inquirió ella sorprendida, hecha ya triste la expresión de su rostro.

—Porque sí. Porque tú y yo no podemos ser novios.

—¡Jesús, chico! ¡Qué cambio más rápido has dado!

—Creo que no es para menos.

—¿Por...?

—Casi nada. Estamos descubiertos.

—Pero por María, y entre todos los inconvenientes con que teníamos que contar, creo que no es ese el más malo. ¿No esperabas cosas peores, y por ello me hiciste jurar, y también juraste una firmeza a prueba de todos los obstáculos?

—¡Psch! Sí. Pero ya ves.

—¿Qué veo?

Y como él, entonces con la cabeza baja, se encogió de hombros y dijo:

—Qué va a ser. Lo que ves que pasa.

—Bien. Pero explícate. No te quedes así—pidió ella muy alarmada—yo lo que veo es que no me amas tanto, cuando al primer contratiempo te vuelves atrás.

Lo que cortó, agarrotada por creciente angustia, para agregar en cuanto pudo:

—Eso; eso es lo que veo.

Y por las mejillas le descendieron dos lágrimas, que desde el comienzo del diálogo le abrillantaban los ojos hermosísimos.

Ablandado por aquel llanto de amor, silencioso, el primero que veía él en el rostro de la amada, pero forzando su actitud estoica, de hombre vencido por la fatalidad, Alfonso se explicó tal se lo demandaba Adolfina. Descubiertos por la criada, descubiertos por otra persona cualquiera, el hecho existía y era más alarmante de lo que aparentaba serlo a primera vista. Por ello, si era cierto que él, momentos atrás, impulsado por su cariño hacia ella había pensado de otro modo, debióse a que, antes de advertir que alguien tenía sospechas y los acechaba, no había visto en toda su evidencia la crudelísima realidad, el enorme imposible que se levantaba entre ella y él.

—Por ahora—continuó él—únicamente la criada lo sabe, y ya es de atemorizarse uno con sólo recordar

lo lista e intrigante que es la individua. Cálcula; piensa por un momento nada más en la situación que se nos habría de crear con lo mucho que, para novio tuyo, habrían de quererme tus padres.

—Con que te quiera yo.

Ansioso de ser convencido, de beber en los temblones labios de la adolorida la nueva y entonces más necesaria protesta de amor intorcible, todopoderoso, preguntó él, clavando en los ojos de ella los suyos, taladrantes y dominadores:

—¿Pero hasta dónde me querrás? ¿Ya has fijado el límite hasta el cual irías por nuestro amor?

Aunque Adolfina era toda ternura en aquellos instantes—por el dominio del sentimiento, tirano de la mujer—su amor era muy nuevo, y ni febriles dudas, ni dolorosos conflictos, ni crueles desesperaciones, habíanlo ahondado hasta darle raigambre de pasión. Feliz y confiada hasta aquel momento, no se había preguntado aún todo aquello; tan grave, decisivo y a la vez inevadible, que entonces presentábale de sopetón, con imperioso apremio, el desesperado Alfonso. Pues, quedó muda, anonadada, los lloroso ojos puestos en súplica en los ojos del exigente. Hasta que él demandó de nuevo, fuerte, ahondando en el pensamiento de ella, sediento de la verdad:

—¡Vamos! ¿O es cuestión de pensar bien lo que vas a contestarme?

—Te quiero—nada más repuso ella.

Y saltó él:

—Es una evasiva.

—No, es lo que siento, lo único que sé: te quiero.

—Bien. Pero volvemos a la misma. ¿Me querrás siempre, aunque se oponga...

Sintióse en este momento la voz de Don Ricardo, que allá por el zaguán saludaba al anciano portero con un campechano:

—¿Qué hay, viejo?—seguido por los recios pasos del que llegaba y avanzaba rápido hacia el despacho, al otro lado del cual y ocultos sólo por la consabida mampara hablaban los jóvenes.

—¡Mi padre!—exclamó Adolfina, con voz ahogada por el bárbaro susto.

Y con delator sobresalto, loca de miedo, salió por la puerta que daba al patio, a tiempo que se humedecía los resecos labios, se pasaba el dorso de la diestra por los llorosos ojos e innecesariamente se alisaba el cabello.

Sobresaltado a su vez, pero procurando aparentar naturalidad, por si Don Ricardo seguía hasta el comedor, Alfonso habíase puesto a recoger sus hierros para irse de allí.

Los pasos de Don Ricardo detuviéronse al llegar cerca del gran escritorio rojo, próximo a la susodicha mampara.

Entonces, sin la inmediata amenaza de un brusco y desconcertante encuentro con "el viejo", el susto de la primera impresión en Alfonso volvióse airado despertar de su indignación socialista, que casi convirtióse por un momento en el furioso odio anarquista de pretéritos días, y en el cual, como instantes atrás, incluyó a la propia Adolfina. Conque "¡Mi padre!" ¡Conque su amor no llegaba a tanto! ¡De modo que no estaba dispuesta a arrostrarlo todo por el obrero! Bien. Magnífico. Ya les humillaría él ¡a todos! Para tal empeño sobrábale más talento que el que tenía, junta, toda la familia. Todo se reducía a tener calma, algo de mala intención y mucho de reprimirse el carácter, para tragar humillaciones en tanto que llevara en el rostro una máscara de inconsciencia. Si Adolfina aún no le quería lo bastante para tomar aquellas resoluciones heroicas que él momentos antes había demandado de ella, era indudable que hallábase en camino de ello, y que a ello habría de llegar, a fuerza de lo dicho y de mucha retórica sentimental en cartas y robados diálogos, si éstos eran posibles; a fuerza de no hablar de las diferencias sociales de marras, y de no contrastar las creencias católicas de ella con el nihilismo religioso de él; abandonando toda exigencia de prematuros arrestos y sacrificios. Así, ya veríase quién venecía a quién.

Y de ese modo; derivando, sangrando su dolor en el terrible desafío que, desde aquel momento, él, personificación del obrero rebelde, lanzábale a la especie de ricos egoístas y desalmados que se anidaban en la señorial casona, dispúsose, cargado con sus materiales y herramientas, a dejar el comedor para trasladarse a la cocina, y apresurar de allí en lo adelante la terminación de su quehacer en *Contreras 268.*

En el momento en que alcanzaba la puerta del patio, monologó, por segunda vez, rencoroso y obstinado:

—¡Veremos quién vence a quién, señores míos!

Y ya casi desaparecía, cuando empujó la mampara y presentóse en el comedor Don Ricardo, deteniendo al joven obrero con este pretexto para un jovial saludo:

—No se esconda usted, hombre. ¿Cómo van esos trabajos?

—Bien—con seco acento correspondió el joven a la risueña sencillez de Don Ricardo, a tiempo que se volvió hacia él, torva la mirada y endurecido el rostro.

—Pero ¿bien, bien?—aún insistió en su tono francote el dueño de la casa, ajeno por completo a la procesión que al otro le andaba por dentro.

—Pregúnteselo a su señora.

¿Imbécil o impertinente? Se preguntó Don Ricardo, a tiempo que miraba al joven de hito en hito.

Hizo nuevamente, el último, ademán de salir; pero Don Ricardo, con mayor motivo ahora quiso insistir en sus averiguaciones:

—Pero ¿se acaba, o no se acaba todavía?

—Sí. Pronto.

—Pero ¿cuándo?

—¡Psch! Pues... cuando se acabe.

—¿De veras?—inquirió Don Ricardo, ya hosco, ya en su carácter de señor, al darse cuenta de que, inconcusamente, había una inexplicable agresividad en el obrero—o usted ha tomado el rábano por las hojas, pensando que yo he venido a pedirle, indirecta-

mente, explicaciones que están de más, o ha amanecido malcriado hoy...

—¡Don Ricardo!

—Sí. Malcriado. He venido de tonto, con decencia, igualándome demasiado, a bromear con usted para enterarme del estado de su trabajo...

—Perdone que le interrumpa, Don Ricardo, para explicarle antes de que usted, equivocado, me ofenda sin necesidad—quiso no dejarle concluir Alfonso; en un quite; porque hacíase cargo de que desbarataba sus planes de lucha si se iba por la tremenda.

Pero ya no hubo arreglo.

—Nada, nada—concluyó Don Ricardo—deje todo en el estado en que está y prepárase para regresar al ingenio hoy mismo, en el tren de las cinco.

—*All right!*—repuso Alfonso, con afectada displicencia. Dió media vuelta y, por el patio, tomó el rumbo de su cuarto.

De pronto tembló al oir a Don Ricardo llamar enérgico:

—¡Adolfina!

Y a ésta que desde un lugar próximo al comedor replicaba con voz que se esforzaba por no ser trémula y desfallecida:

—Voy.

Tuvo entonces Alfonso bien clara la conciencia de haber perdido su primera batalla, sencillamente por su inferioridad ante los otros; por defecto de su educación popular, carente de la gimnasia de las insinceridades, tan decisiva en las luchas de la vida. Pero, bien. Si esa batalla no resultaba ser la última; si no le costaba la salida del ingenio, el total aislamiento de Adolfina y la enemistad de ella, no volvería a pasarle nunca más. Ya él aprendería el manejo de las armas de aquellos a quienes tenía que combatir, y si le daban tiempo...

—Veremos quién vence a quién—se repitió en bien audible soliloquio, con doble odio y más roqueña firmeza.

VI

UN POLVILLO ROJO ENRARECE LA ATMOSFERA

"La cuartería" es en el ingenio *Dos Ríos* una basta y enorme casa de madera, de dos plantas, dividida en cuartos de mediano tamaño, en los cuales residen, cuando son hombres solos, aquellos obreros que, por su importancia, exigen ciertas consideraciones jerárquicas: segundos de talleres, maquinistas de locomotoras, instaladores, torneros y paileros de primera línea.

El cuarto de Alfonso Valdés es el número 1; el que desde una esquina de "la cuartería", encabeza las filas del frente, en la planta baja.

Aún es bien oscuro, cuando Alfonso se incorpora en su angosta cama de soltero, sacudida por el sereno:

—¡Ya es hora, Valdés! ¡Arriba!

—Bueno, hombre; bueno. Casi no tenía usted necesidad de molestarse hoy. Apenas he pegado los ojos en este cuarto de la madrugada.

Prosiguiendo, después de desperezarse y haraganamente coger del suelo un zapato:

—Y creo que a todo el mundo le habrá pasado lo mismo en este maldito barracón.

A fin de corroborar lo anterior, dejando advertido

al sereno que, linterna en ristre, ya sale rumbo a los otros cuartos, Caín Romero, el maquinista de locomotoras que vive en el 2, grita al través del tabique divisor:

—Por lo pronto, que aquí no venga. Y si van a seguir plantándonos enfrente esa máquina con las purgas abiertas toda la noche, bien podemos prescindir los animales que aquí vivimos de otro animal que nos llame.

Y haciendo rechinar a ese tiempo, los alambres de la cama, con el movimiento de levantarse, agrega dándose al diablo:

—¡Mal rayo los parta!

Simultáneamente casi brota la luz eléctrica en el 1, en el 2 y en la mayor parte de los cuartos del caserón puesto en movimiento por el sereno. Es un despertar ruidoso. Uno de los madrugadores a la fuerza, golpea con los zapatos contra el suelo para desprender de ellos una gruesa suela de barro endurecido; otro da cuatro escobazos al cuartucho antes de abandonarlo por medio día; un tercero sacude su ropa de cama al tenderla en el barandal para un baño de aire, y como el que golpea con los zapatos rezonga rebeldías obreras, el que barre silba un punto criollo, el de más allá pide un cigarro al vecino del lado, y otros, como Caín Romero, dialogan de cuarto a cuarto, resulta que por entre todos aquellos ruidos fuertes percíbese un vivo zumbido de alborotado enjambre humano.

Afuera sólo falta el sordo tronar de los trapiches devorando torrentes de caña, para que exista un bullicioso trajín de zafra. Repican martillos y mandarrias en el taller de mecánica; bufa una locomotora emperrada por la nocturna humedad de los rieles; matraquea una grúa que descarga gigantescas piezas de maquinaria al fondo de "la cuartería"; en la techumbre de zinc de la casa de calderas redoblan como ametralladoras las máquinas de remachar; frente al caserón de los obreros otra locomotora que es cabeza de una kilométrica ensarta de carros de

leña en descarga dispara con frecuencia las silbantes llaves de purga a que antes aludiera el enfurruñado Caín.

Es que faltan tres meses para romper la molienda, y hay que trabajar día y noche, por cuartos de seis horas, como en plena zafra: para instalar la maquinaria recién traída del Norte, armar media docena de locomotoras y tres centenares de jaulas de acero, que han de sustituir casi todo el viejo material rodante, e innovar, reconstruir y extender diversos departamentos, a fin de duplicar de un golpe, y aun arriesgándolo todo, la anual producción del gran ingenio. Es la fiebre del oro, encendida por los fabulosos precios post-guerra mundial. Es la danza de los millones; el millonanochesco brotar de joyas, palacios, automóviles, bancos desbordantes... y contagio bolchevique.

Del cual es síntoma el diálogo entablado, de cuarto a cuarto, entre Alfonso, que con tiernas ideas en la mente, está monosilábico, y Caín que, por la bilis de la temprana levantada después de la noche de perros, se siente sovietista rabioso:

—¡Y son tan bandidos que todavía tienen el valor de quejarse de la falta de brazos en los ingenios! ¡Claro! ¡Cómo que quieren brazos sin cabeza, y éstos cada día abundan menos! ¿Eh?

—Sí.

—Sí, hombre. Mucho traer carros y máquinas; mucho convertir la vieja casa de vivienda en un chalet a todo meter; mucho instalar aparatos, que cuestan un capital, para sacarle hasta la última gota de dulce a la caña; en todo eso se puede gastar dinero y más dinero; pero a nosotros que nos coja un trueno; que sigamos siempre la misma vida, casi como los negros esclavos. ¿No es eso?

—Anjá.

—Porque en esto no hay innovaciones. Esta cuartería es un barracón. Seguimos durmiendo en catre, o colgados en la hamaca. Nos tenemos que bañar a cubos de agua. Si a media noche nos da un

dolor de barriga, si hace frío, como si llueve, pues nada: ¡al cañaveral! Y luego, la casa en pleno batey, donde no es capaz de dormir ni un sordo de cañonazo: pitos, campanas, martillos, chorros de vapor. ¿Tú has dormido algo?

—Nada.

—¡Qué barbaridad, hombre! ¡Como si no fuera bastante con los mosquitos, y con este dormir a retazos! Un par de horas en el cuarto de la tarde, y tres o tres y media en el del amanecer. Total: cinco o seis horas en veinticuatro, y eso ni siquiera seguidas, que es como aprovecha el sueño. Y luego, lo que ya no existe en las poblaciones en ninguna clase de trabajo: doce horas de pega. ¡Faltan brazos! ¡Descarados!

Y tras de una pausa brevísima:

—En cambio: ahora, a las cinco de la mañana, mientras nosotros salimos por ahí, estropeados, muertos de sueño, a chapotear fango, para calentarnos el estómago con un poco de agua sucia en el Gran Hotel de las Moscas *(las mayúsculas se adivinan en el tono sarcástico con que son pronunciadas las palabras)* y trabajar luego como un buey, toda la mañana, el señor feudal...

—¡Bien!—exclama Alfonso, interrumpiendo a su camarada, ya contagiado por éste, en vena de refunfuñar en obrero a la moderna.—Uno de estos ingenios cubanos no es otra cosa que un feudo rural. Ni más ni menos. Un anacronismo inverosímil en un país americano, que no hace más de cuatro lustros que obtuvo su independencia por medio de una revolución del más abierto espíritu liberal y democrático. ¡La vida que hacemos los trabajadores en los ingenios! Esto es algo, chico, que pone en ridículo, con la elocuencia de una realidad innegable, a esos sociólogos nuestros, que sin haber salido nunca de sus *chalets*, sus casinos, sus automóviles y sus círculos aristocráticos, se atreven a afirmar que en este paradisíaco sitio de la tierra no existe el problema social...

—No. Y es verdad. Para ellos no existe. ¡Como que es lo que iba yo a decir! Don Ricardo a esta hora estará roncando por allá por la quintona de la Playa, con su buena hembra al lado y la señora y las hijas, lo mismo: muy abrigaditas, a pierna suelta en los colchones, y aquí nosotros, los burros, los desgraciados, a madrugar, sin haber dormido, y a pegar calladito. Que si no... si protestamos... pues ¡para algo hay un destacamente en *Dos Ríos!*

¡Las hijas de Don Ricardo! Es decir, ¡Adolfina! Desde que abrió los ojos, Alfonso la tiene en la mente, en imagen nítida, de un verismo perturbador; como la acaba de concebir y gráficamente presentar de un trazo Caín Romero; o más exacto: como clásicamente concibe y magnifica todo enamorado joven a la virgen amada y deseada, cuando la virgen duerme: el soberbio cuerpo en sazón modelándose debajo de una sábana finísima; al aire los brazos, blancos y redondos, y la cara de ángel, entre el oro o el azabache de la cabellera esparcida sobre la albura de los almohadones... Y si Caín habíale perturbado su idea fija de enamorado con sus desahogos antiburgueses colmados de razón, al mezclar a Adolfina en tan rencorosas alusiones, se entroniza ella en el pensamiento de él, de nuevo, totalmente, y Caín se queda con su acalorada plática, convertida en acalorado monólogo que nadie oye. Ya tiene bastante Alfonso para estar ido del mundo, como familiarmente se dice, en tanto que con largas pausas entre pieza y pieza, saca del baúl limpia ropa de trabajo, y se hace, siempre perezoso, el matinal aseo de cara, manos y boca, seguido de una breve alisada de pelo.

Al empezar a ponerse la camisa y el *overall,* cuando está en lo más culminante de sus cavilaciones sobre el motivo inevitable; es decir, recordando y analizando todo lo ocurrido desde que Don Ricardo por muy poco no le sorprendió en inspirado idilio con Adolfina en el comedor del *268,* preséntase en la puerta del cuarto, iluminándose con la luz de éste, la figura chaparra y membruda de Caín Romero.

Viene embutido en su tiznado indumento de maquinista, con la gorra de larguísima visera caída sobre el rostro de mulato feo, imberbe, cuarentón y picado de viruelas.

—¿Vienes?—inquiere antes de darse cuenta de la semidesnudez de Alfonso.

—¿Así?—pregunta éste, bromista, refiriéndose a la facha en que se halla.

—Claro que no, hombre. ¡Es que pasa cada cosa!... Bueno. ¿Nos vemos en el gran fonducho?

—Unjú.

Al retirarse Caín Romero, oye Alfonso que una voz conocida detiene al primero, a dos pasos de la puerta, y entre veras y bromas, comienza a sermonearle:

—Bien, Caín, bien. Hete oído todo lo que has dicho. Lástima que no sepas decirlo lo mismo cuando están presentes los que mandan, o ante los compañeros del sindicato. Porque ¡ya que tanto te asquea la acción!... ¡y que tanto te tiran las palabras, como buen criollo!... siquiera, que no las echaras al viento... *(Aquí la voz empieza a distanciarse, en dirección del fonducho que dijera Caín.)* Por Satanás, hombre. ¡Hay que hacer lo que hacemos en Barcelona, y no andar por ahí, quejándose como cobardes, o como mujeres, llorando por los rincones... En Barcelona...

Es un sujeto que el lector conoce. Es aquel anarquista peludo que, en la velada obrera de *El Centro de Artesanos* de Matanzas, por no poder sufrir el fraternal discurso de Alfonso, hizo que le interrumpieran. De sesenta años y bajo de estatura, pero ágil, fornido, sanguíneo y con sus luengas barbas y melenas rojizas, desde que el ácrata llegó al ingenio fué bautizado por Caín Romero con el mote de *El León;* mote que todos confirmaron y usaron rápidamente.

Vestido, Alfonso sale de su cuarto, para atravesar el batey por el rumbo que siguieron los otros.

Ha llovido durante la noche, y aclara lentamente, con una espesa neblina que todo lo moja, y que po-

dría decirse que todo lo oculta, si no fuese por la claridad que se transparenta, allá enfrente, en la ruidosa casa de calderas; los ramalazos de luz con que corta la nube el reflector de una hacendosa locomotora; el esqueleto de los condensadores en reparación, que se diseña, por allá por encima de la húmeda cortina y del resplandor de la casa de máquinas, con indeciso dibujo; los amarillos manchones de los focos más próximos; las moles, obscuras, sin contornos, de los carros esparcidos a lo largo del camino de la fonda; el ir y venir, a uno y otro lado, de borrosas siluetas de obreros, que se deslizan y entrecruzan con un silencioso automatismo de sombras chinescas.

En el fondo sosegado de cada uno de estos obreros, que van, o vienen de desayunarse con unos trozos de pan mojado en un café ingerto de garbanzos y aclarado con una ilusión de leche condensada, Alfonso sabe que hay un bolchevique. Unos, muy pocos, son como *El León*, enconados, fervorosos, intransigentes, capaces de los más temerarios heroísmos. Otros, un tanto mayores en número, como Caín Romero y él, son hombres hondamente convencidos de la inminencia de un cambio justificado y necesario de la sociedad; pero que (muy naturalmente) por condolerse de sí propios tanto a lo menos como del prójimo combatido, contienen sus rebeldes inclinaciones y las encauzan por lo evolutivo, propiciando y acechando oportunidades, hurtando el cuerpo a las resoluciones desesperadas. Y los más, soliviantados por una cruel realidad, evidenciada y combatida por una propaganda lógicamente sugestiva, a la vez que hostigados por las imperiosas exigencias del estómago, del espíritu de conservación, de la familia, de la vida, en fin, siguen resignadamente uncidos a la noria; pero rumiando su dolor; acumulando la dinamita de su humanísimo despecho, su odio y su amarga sed de venganza.

Todos, todos bolcheviques, más o menos abierta y conscientemente. Nada más que treinta años antes, estos trabajadores llamados así de madrugada;

expuestos a una pulmonía por la escasez de ropa en el frío húmedo del neblinoso amanecer, o a romperse el alma cruzando el oscuro batey, lleno de lodo, hecho un laberinto de rieles, cambiavías, montones de materiales y trenes en movimiento; biliosos y haraganes por el sueño y la exacerbada desesperanza de cambiar de vida; treinta años atrás, se repite Alfonso, casi todos estos obreros se habrían conformado con maldecir su mala suerte, si a tanto llegaban, y emplazar para el "otro mundo" (una idea lejana y confusa, para ellos) la reparación de las injusticias sufridas en éste. Hoy, puede afirmarse que ninguno, absolutamente ninguno, dice o piensa: "Maldita suerte!" Todos piensan, y muchísimos se atreven a gritar lo gritado por Caín: "¡Uno aquí, teniendo que levantarse muerto de sueño, para salir por ahí (exponiéndose a partirse una pata) a romperse el cuero en el trabajo, y los señores que van a aprovecharse de ese trabajo, muy sabrosos en la cama! ¡Ca-na-llas!"

Sí, hombre—sigue pensando Alfonso.—Muy sabrosos en la cama y muy convencidos de que la realidad es otra. Claro. Como creen que toda la fermentación socialista del mundo es obra de los agitadores y nada más. Fuera de esos agitadores, los obreros en general están hasta agradecidos a los que les dan trabajo. Y para los que no están conformes, sobran argumentos que permiten, una vez que se enuncian, dormir a pierna suelta. En primer lugar, aunque sea el uno por mil, hay obreros que han dejado de serlo, por el ahorro, la inteligencia y un poco de suerte. Los novecientos noventa y nueve restantes deben admitir que es ley de la naturaleza que así estén las cosas; porque si no ¿cómo podría ser posible la existencia de la sociedad? ¿qué sería del progreso, la civilización, las riquezas comunes...? Y no sólo admitirlo los obreros, sino conformarse con su papel. Lo malo que cualquiera se lo dice a uno de ellos, en horas como ésta, por ejemplo. "A usted le tiene que pasar esto, por la

sociedad, por el progreso, por la civilización.'' ''¿Y a mí qué me cuenta usted de *su* civilización, *su* progreso y *su* sociedad? Por mí, para lo que me sirven, que desaparezcan.'' ¡Y pensar que si quisieran ver, ver un solo momento ''las señales de los tiempos''! Este mismo Don Ricardo, que se obstina en creer que es un padre bondadosísimo de cuantos aquí trabajamos: muy satisfechos colaboradores de él. ¡Conque sólo quisiera socializar un poco; humanizarse un poquito nada más! Y la propia Adolfina...

El fuerte topetazo de dos secciones de un tren que maniobra por aquí cerca, hace saltar a Alfonso, advirtiéndole bien el peligro que corre con andar así, con su socialismo y su Adolfina en la mente, en vez de llevar ésta ocupada en ver por dónde camina. Y Alfonso acepta la advertencia para el camino que le queda, poniendo toda su atención en el sorteo de fangales y de obstáculos peligrosos.

La fonda es un gran caserón de una sola planta, dividida en cocina, cuartos para cocineros y dependientes y un enorme salón, a su vez dividido en unas de sus esquinas por un ''reservado'' con dos puertas al batey. El salón, en su parte grande es comedor de los trabajadores de escaso salario—peones, retranqueros, fogoneros—y el ''reservado'', como lugar de comer, es lo que ''la cuartería'' como habitación: para obreros de la clase de Alfonso, Caín y el propio *El León*, que es un excelente tornero; pero esta separación es sólo mantenida en las horas de almorzar y comer. El desayuno, como el café del cuarto de la media noche, tómanlo todos los parroquianos diseminándose por las seis meses, larguísimas, desmanteladas, escoltadas por sendas hileras de bancos de palo, que corren a lo largo del gran salón.

En éste, en el momento de entrar Alfonso hay de ocho a diez obreros a cada una de las mesas extensísimas, en grupos de tres o cuatro; en un extremo de la primera según se entra, están Caín y *El León* en

secreto, pero vivo conciliábulo, y allá por una de las últimas; solo en una esquina, está el jefe de los guardas-jurados; canario grandote, metido en un grueso chaquetón negro, con el jipi alón encasquetado hasta las orejas, la vacía taza del café delante, un puro entre los dientes y los ojos con gatuno espiar en el aislado y farfullante grupo del maquinista y el tornero.

Esto lo ha visto Alfonso, desde la primera mirada que ha echado por el salón; por lo que muy solo y muy callado se ha detenido en la primera mesa, en el extremo opuesto al ocupado por los otros.

Todavía, por un momento, mientras le traen la taza de "agua caliente", Alfonso observa filosóficamente. ¡Aquel cazurro de guarda-jurado que está allí, en felino acecho! ¡Ese intrigante conciliábulo de Caín y *El León!* ¡Esta fonda!

Sobre todo esta fonda, con sus largas mesas de pino, sin cepillar y sin otra pintura que los discos, mapas y circunferencias dejados por el café, el vino y la grasa de los bodrios derramados desde el primer día de uso; con su dependiente desgreñado, en chancletas, mugriento de pellejo y de ropas, el pringoso trapo de *limpiar* la loza debajo de las resudadas axilas y en la fruncida geta de trasnochado la misma expresión cansada y rebelde de todos los parroquianos; esta fonda, con su suelo gargajoso, colilloso y polvoriento, sus tristes bombillas eléctricas punteadas de moscas, su café apócrifo, su pan de harina rancia; sus olores de barco sucio y su mortificante nube de humo azuloso, de leña verde, que es martirio de los ojos, y que esparce, oprimiéndolo, la pesadez atmosférica del nebuloso amanecer...

Se ha ido el jefe de los guarda-jurados.

Con su pan y su taza, Alfonso va a reunirse con los compañeros que vivamente cuchichean en el otro extremo de la mesa.

—¿Conspirando?—pregunta sonriente el que llega.

—¡Hola!—le responde *El León* con cierta displicencia.

Caín, por su parte, no interrumpe una calurosa réplica, a ciertas acusaciones, fáciles de adivinar, de su radicalísimo interlocutor:

—Eres muy fuerte para hablar, compadre—va diciendo Caín—le quieres meter a uno tus ideas, todas y en todo, en cuanto a finalidad como en cuanto a procedimientos, y el que disiente en el detalle más insignificante es un cobarde, un egoísta y un ex hombre. Y así no se va a ninguna parte. Yo soy obrero; me siento obrero, y desde muy hondo. No he desertado de las filas de mi clase. Lo que pasa es que entre los de mi clase hay unos cuantos seres a quienes me debo más que a los otros, a quienes quiero muchísimo, infinitamente más que a los otros.

—Lo de siempre: la familia—corta con petulante ironía *El León*.

—Sí, esa. Mientras yo me conduje como tú pretendes que lo hagamos todos, con un egoísmo de ideales al que no hay ningún derecho cuando se tiene mujer e hijos, les hice pasar muchas miserias y muchísimas lágrimas; hasta que a fuerza de tantas, comprendí que mi lucha por que la humanidad tenga hogar ventilado, alimentos y vestidos suficientes, salud, recreo, ilustración y lo demás, debe ser preferente, muy preferentemente, en lo que toca a la parte de esa humanidad que vive en mi casa...

—¡*Tu* casa! ¡Já, já!—interrumpe, ya sarcástico, más renuente, el ácrata.

—Bueno. La casa en que vivo. Si vamos a desviarnos discutiendo cuanto a ti se te ocurra, nos van a dar las seis aquí. Faltan sólo quince minutos. La cuestión es que si puedo ir a la reunión voy; pero no hablo, como quieres. Tengo un muchacho preparándose para su primer examen en el colegio; acabo de mudar la familia a una casita regular; estoy saliendo de algunos empeñitos y no me encuentro dispuesto a jugarme el destino, por ahora. Y menos cuando no veo seguro ese movimiento. Y muchísimo menos, porque aunque se lleve a cabo... ¿Qué?

—¿Qué ocurre?—interroga Alfonso, como reclamando que se le tenga en cuenta.

—Bueno estás tú también, *sí*—dice el barcelonés, dirigiéndose a Alfonso, y en seguida a Caín:—Otro que bien baila. Otro que, con mucha inteligencia y mucho libro en la cabeza, en resumidas cuentas no sirve para nada, *sí*. ¡Como que también parece que anda enamorado, aunque lo niega! *¡Síii!*

—Porque no es cierto.

—¿Y qué es lo que escribes todo el día, papeles y más papeles? ¡Vamos, hombre! ¡Cuando te digo!

—En fin, ¿de qué se trata?—insiste Alfonso, dirigiéndose al enfurruñado Caín.

—Que éste quiere que vaya yo a la reunión de mañana y que repita en un discurso lo que me oyó decirte hace un rato (que a él le parece una gran cosa, una maravilla) o que lo escriba para un manifiesto.

—¿Cómo? ¿Hay junta mañana?

—Sí—dice Caín.—Pero vamos andando, que van a dar las seis, creo. Que te explique el noy.

Los tres obreros se ponen de pie, y muy despaciosos se dirigen a una de las puertas que dan al batey, mientras *El León*, misterioso, le explica a Alfonso lo de la junta en preparación.

—Debes venir tú también, hombre. No todo se te ha de volver conferencias doctrinarias y articulitos para el periódico. Hay que organizar, *sí*. Mañana. al salir del cuarto de prima, nos vamos a reunir en el almacén de azúcar. Tendremos que hacer como que nos vamos a la cama, y luego ir saliendo uno a uno, para no llamar la atención. *¡Sí!* El sereno, es un paisano mío, de las ideas. *¡Síii!* Y no hay peligro. Creo que vamos a reunir mucha gente, *sí*. Hay embullo, *síii*. ¿Vendrás? Hay que prepararse para la zafra, hombre. Y ahora que viene la familia del señor, si se puede...

—¿De qué señor?

—¿De cuál va a ser? Del Don Ricardo ese.

—Pero, ¿a dónde viene?

—Al ingenio. ¿Pues adónde, entonces? A lo menos, eso se corre por ahí, *sí*.

—¿De veras?—interroga Alfonso a Caín.

Este se encoge de hombros. Nada ha oído, ni nada sabe.

Mas a Alfonso le ha entrado de repente un gran apuro por llegar a la hora al taller.

—Tengo que dar el ejemplo—dice, disfrazando el verdadero motivo que tiene para apurarse, que es el de buscar confirmación o no confirmación a la noticia que le ha dado el otro, y lo dice a tiempo que consulta su reloj.—¡Huy! Faltan sólo siete minutos.

Y arrecia el paso, dejando atrás a *El León* y Caín.

El León, considerándose desatendido, y siempre inquinoso con "el socialista media tinta", que además es segundo jefe de taller, le da una broma de mala ley, agresiva:

—Sí, hombre. Corre, corre. Para que se entere el amo y te lo tenga en cuenta.

Y después del "*sí*" de estribillo, sin remotamente presumir que va a dar de rechazo en un punto sensible, suelta este remate, para Alfonso punzante y quemante como una banderilla de fuego:

—Pero, a ver si mañana a la noche vienes a donde te digo. *(Aquí, sonriéndose y con un guiño picaresco dedicado a Caín.)* Sí. A ver si ahora que dicen que vienen esas lindas y frescas muchachonas del burgués, al fin te dejas de cataplasmas socialistas y te decides por el reparto a la rusa.

Ya casi aclara por completo. La neblina, en aislados girones, se enreda en el esqueleto del enfriadero, se adhiere a los penachos de las palmas que rodean el *chalet* de los dueños, se arrastra sobre los cañaverales que desde el batey se extienden, en todas direcciones, hasta confundirse con el brumoso horizonte. Y el ingenio da todo su dibujo de conjunto: en el centro de éste levanta su enorme mole forrada de plomizo zinc la casa de calderas, aún con algunas luces, empañadas por la creciente luz diurna; sus

cuatro chimeneas negras, rectas, altísimas, recortándose sobre los grises algodones del cielo, y sus grupos de obreros salientes del trabajo, fluyendo por los chatos portalones. En torno de la casa de calderas, la de locomotoras, los talleres, las casetas de romanas, y por la parte de los hornos la extensa mancha gris de una cordillera de leña. Diseminados por los alrededores, vagones y jaulas de ferrocarril, pilas de maquinaria sin armar, ringleras de barriles de cemento, una muralla de tablas, y maderos cepillados, y allá, debajo de una toma de agua recién pintada de rojo, una máquina que humea trajinosa. En los primeros límites del batey, a un lado, el barrio de "los casados" con sus casitas de nacimiento. Al otro lado, el blanco y airoso *chalet* de los dueños, resaltante en el frondoso verdor del jardín. Al frente, "la cuartería", "el barracón" y las casas de corte americano, pintadas de verde, con portales y jardines, donde viven los jefes principales. Debajo, espejean los charcos de los fangales y brillan húmedos los rieles, que se bifurcan y entrecruzan laberínticos, por todo el batey, y que luego, allí enfrente, se extienden en dos interminables paralelas a lo largo de una anchurosa guardarraya. En el precario silencio que ha traído al ingenio la hora del relevo, óyese la algarabía que levantan en aquel jardín, esa guardarraya y sobre estos rieles brillantes, las parejas de judíos y las bandadas de totíes alborotadores.

Pero este dibujo de conjunto que da el ingenio después del cambio—por lo rápido sólo concebible en los trópicos—habido en la media hora que lleva de levantado Alfonso, es visto únicamente así, a grandes trazos por él, no obstante su afición a gozar siempre el espectáculo de las mañanas campesinas. Es que va presuroso, alarmado con la noticia que acaba de darle *El León*, y cuya certeza o falsedad ansía comprobar lo más pronto posible.

En la puerta del taller se encuentra a Estrechoterena, su jefe:

—Buenos días—le dice.

Y sin oir el saludo del otro; no advirtiendo, además, que demuestra un inconveniente interés por el caso, agrega como si preguntara:

—Me han dicho que mañana llega la familia de Don Ricardo.

—Sí; desde ayer lo sé, y precisamente te esperaba para decirte que he recibido una carta de la hija, diciéndome que si es posible te encargue, a ti, de ver si el alumbrado del *chalet* y las instalaciones del baño andan bien.

—Bueno.

—No, señor; bueno, no. Porque Don Ricardo no me ha dicho nada, y como ustedes salieron peleados la última vez...

—¡Tan peleados, que por poco me cuesta el destino!

—Sí; pero, por otra parte... es el caso que yo no te había dicho nada, esperando a ver qué me decía del asunto; no ha escrito y ya de hoy no se puede pasar sin ver eso.

—¿Y?

—Pues, nada. Ve tú. ¿No es ella la mayordoma, o la dueña número dos? Toma—y ya resuelto, le entrega a su segundo un manojo de llaves.

Vuelve Alfonso sobre sus pasos, camino del *chalet*.

Al cruzarse con el rezagado catalán, como va de frente a la brisa a largos pasos, y la fría humedad de la mañana se hace sentir, estornuda el joven estruendosamente.

—Jesús te ampare—burlón le dice el ácrata.

—Gracias—responde Alfonso, evadiendo la atea intención del chiste, y aprieta el paso, de largo, para soslayar la lata.

Más adelante, al lado de su *Baldwin*, engrasándola, está Caín.

—Oye, Alfonso. ¿Qué te parece? ¿Me vas a ayudar a escribir el manifiesto que quiere ése?

—Sí; pero siempre que sea dirigido al Congreso Nacional, para ver si hace algo por nosotros antes de

la zafra y nos evitamos la debacle, de otro modo segurísima. ¡Porque, cómo está la gente...!

—El Congreso no hace nada, hombre.

—Ya lo sé; pero siempre será un buen pretexto para decir unas cuantas verdades, para hacer propaganda.

Y haciendo ademán de seguir:

—Aunque nos digan una vez más que somos rémoras, cataplasmas y lo otro—*(ya reanudando la marcha)*. Pero bien: hablaremos de eso. Estoy apurado. Descuida: el manifiesto va. Tú firmas, y yo aguanto la pata. *All right!*

Con lo anterior, y con el saludo de cuantos compañeros conocidos va encontrando a su paso tiene para ir hasta el *chalet* sin pensar en la inquietante noticia, que conmuévele en una avasalladora sensación, mezclada de enorme contento y enormísimo susto:

—¡Mañana viene Adolfina!

Entra en el *chalet* y cierra la puerta por donde ha entrado.

Por dentro, el *chalet*, con su piso de mármol, su artístico decorado y su lujoso mueblaje, guarda total armonía con el exterior elegante, blanquísimo, pintorescamente envuelto en el verde exuberante del ahora descuidado jardín. La sala tiene exótico juego de asientos acojinados, pero muy ligeros, a la moda, y a la moda muy escasos y caprichosamente colocados; en el centro una mesita alta y estrecha, con una airosa maceta de cobre repujado; en las paredes un valioso tapiz de bíblico dibujo, dos medallones de terracota con Romeo y Julieta en bajorelieves, tres desnudos fotográficos en sencillos, pequeños cuadros, y en una esquina, resaltante sobre estrecha columna de pulido mármol jaspeado, una breve reproducción de Las Tres Gracias, de alabastro mate. Por este estilo modernista se halla arreglado el resto de las piezas: un gabinetito de señora con mobiliario de marquetería; un dormitorio con ligeritos muebles de caoba, mármol rosa, largas y estre-

chas lunas biseladas; por ese tenor, el segundo cuarto, el saloncito de comer, la cocina. Frente a la cocina lo más propio para prender la envidia y encender el despecho (*repetimos que muy justo y humano*) de un socialista refinado: el cuarto de baño; un cuarto de baño a base de mármol, "vitrolite", piso de losetas blancas; dispuesto en todo y por todo para una perenne limpieza, y además amplio, convidador... un tanto más convidador al personal aseo que los cubos de agua con que tienen que "baldearse" los obreros en la "cuartería", según la expresión de Caín Romero... Renuncia a estirar la observación Alfonso. Tiene en la mente, preocupándole, el deber que le ha traído aquí, y en la subconciencia, casi imponiéndosele el "¡Mañana viene Adolfina!". Por la angosta escalera de caracol, con peldaños y pasamanos de mármol y primoroso barandal de hierro, va el joven a la minúscula planta alta. En ésta: al frente, un fumadero a muebles de mimbre, con una mesita de billar y otra cuadriculada de blanco y negro, como para Damas y Ajedrez, brillantes escupideras de cobre pulido, y en la columna que es arranque de la escalerilla de la esbelta torre-mirador cimera del chalet, una broncínea, diminuta estatua de Don Quijote; en seguida un despacho con recios muebles de caoba, acojinados de rojo, macizo escritorio del mismo color y tres estantes para libros, sobre los cuales hay sendos bustos de yeso del Dante, Voltaire y Shakespeare; en una miniatura de *hall* que corre a lo largo de estas piezas, la escalerilla que da a la torrecita del fondo; en éste, cuartos para criados y servicio de baño e inodoro para los mismos.

Observación de Alfonso:

Este *chalet* no parece estar amueblado y exornado para gente como la de la casa de Contreras. Tiene mucho más semejanza con lo que vió y entrevió en la quinta de la Playa, en "la casa número dos" de Don Ricardo, cuando fué él a verle con la carta del Administrador, que con todo lo seriote, anticuado, catolicísimo, que se ve, oye y respira en el caserón

de la calle de Contreras. Este chalet debe haber sido ideado por y para la hembrota de la Playa. En primer lugar, porque estos muebles y adornos han llegado aquí en el mayor misterio, y después han sido puestos en el lugar que cada uno ocupa, de acuerdo con minuciosas indicaciones procedentes de alguien que sabe de modas y de buen gusto. En segundo lugar, porque está muy pagano, "demasiado modernista" *(es la frase con que lo piensa)* esto de las mujeres en cueros, en los cuadros y en el escultórico grupo de alabastro.

Empieza a descender a la planta baja. En ésta ha de calcular qué gente hace falta para quitar el polvo que cubre el piso, mancha las paredes, deslustra los muebles y opaca los cristales; para armar las lámparas, instalar el alumbrado, asear el baño y embellecer el olvidado jardín. Mientras baja, continúa monologando: Imposible que esto haya sido pensado para Doña Benigna y las niñas. Estas, si vienen, vendrán por algo imprevisto y urgente. La prueba, además, hállase en que Don Ricardo no interviene en el asunto casi, y en que no llegan, antes que la familia, ni loza, ni ropas de cama, ni utensilios de cocina, ni criados que todo lo arreglen convenientemente.

De cualquier modo, a él le vendría muy bien esta casa. Sobre todo, por el baño. *(Ya está en él.)* Lo que más ha envidiado siempre ha sido un buen baño. En sus esperanzas para el porvenir, cada vez que ha concebido un ideal de casa propia, lo que más ha estado siempre en el ensueño ha sido un cuarto así, con su bañadera, ducha e inodoro de este corte lujoso; que ello no parecíale reñido con su socialismo. Por esto, por un baño moderno, de éstos que únicamente se han ideado y se construyen para los agradecidos de Dios, y descontando la ventaja de poder viajar mucho, es por lo que tiene echado de menos el dinero hasta ahora. Sí; nada de buena mesa, ni de automóvil grande y lujoso, ni de fatuos

engreimientos, ni de ópera, ni de queridas. Viajar y comodidades como las de este baño.

—En fin; según parece, eso es pedir gollerías. Los que trabajamos, con ello y con no morirnos de hambre, tenemos bastante para estar satisfechos y transpirantes de gratitud. Pero... ¡Ay! (*Suspira.*) ¡Este baño y... "aquello"! Lo que es su sueño constante, en vigilia, como cuando duerme; lo que pugna por dominarle desde hace rato y que—¡al fin "idea fija"!—se le presenta avasalladora y tiránicamente se le impone: ¡Una casita así, y Adolfina!

De este modo ya, momentáneamente anulado su socialismo y en olvido la misión que le ha traído al *chalet*, Alfonso se echa las manos a la espalda y empieza a pasearse a lo largo de todas las habitaciones, desde la sala al cuarto de baño; que, a reunir ideas y aquietarse el corazón le impulsa aquella noticia, a rajatabla, del imprevisto y precipitado viaje de Adolfina al ingenio.

Para concertar sus pensamientos, comienza por un mental repaso, a breves rasgos, de cuanto en su gran novela le ha ocurrido desde aquel día en que después de las inolvidables escenas del comedor de *Contreras 268*, lanzó él a Don Ricardo y a todo su linaje, sin excluir a la propia Adolfina, aquel amenazador desafío hijo de la más pueril borrasca noviera:

—¡Veremos quién vence a quién!

Esta amenaza y el gratuito rencor que la formuló, duraron en lo que a Adolfina tocaba, lo que el arrepentimiento en labios de novia que da el primer beso prohibido. Cuando al "¡Adolfina!" de Don Ricardo, la muchacha había acudido al despacho de aquél, presumiblemente alarmada, cayéndose de miedo, él la consideró, compartiendo su angustia, arrepentido desde lo más hondo de su ser, persuadísimo de que no disponía de su corazón para poder decir tan fácilmente: "Pues ahora debo hacer con ella esto; con el padre lo otro; conmigo lo demás allá." Tenía él a la joven muy bien, muy fuerte, profundamente adentrada en el alma, y cuando esto sucede,

lo que "se debe" resulta débil, bobo, al lado de lo que "se siente".

Fué larga, interminable para él, la entrevista de padre e hija; una hora de angustiosa incertidumbre, que violentamente complicóse con alternativas de odios, rebeldía, enternecimiento, desesperanza; entonces sí, en la primera real locura, en el primer dolor profundo, crudelísimo, que se prolongó por toda la tarde, consagrándole en el amor con marca al rojo vivo, con el indeleble marchamo de una hora mala, la más mala de toda su vida: ¿Por qué al disgustarse con él, Don Ricardo había llamado a Adolfina? ¿Para darle instrucciones respecto al trabajo bruscamente interrumpido en su final? ¿O porque enterado del secreto de ellos, tremaba de ira, de sed de castigo, de santa indignación paternal? Podía ser lo segundo más que lo primero, por lo mucho que duraba la conversación. Pero ¿duraba ésta todo aquel tiempo. o ella hacía rato que abandonara el despacho pasando de éste a los cuartos, por la saleta, invisiblemente para él? ¿La sombra aquella que habíase acercado por detrás de la mampara... Don Ricardo quizá? Y luego: tener que irse aquella tarde, probablemente con tan martirizantes dudas; sin idear y convenir con ella un medio seguro y reservado de comunicarse; sin aun atreverse a una confesión con la galleguita, a fin de procurar su intermediarismo; sin siquiera poder llevarse la seguridad de volverla a ver algún día, aunque fuera en presencia de otros, de pasada, en la ventana, en la calle, en el ingenio, si no podía ser a solas, muy juntos los dos, en una nueva entrega de toda el alma. Así, hasta que llegó el momento de dejar la casa y volver al ingenio, en obediencia a lo ordenado por don Ricardo.

Llegó ese momento sin que él pudiera ver una sola vez a Adolfina. Don Ricardo, en cambio, sí había atravesado el patio varias veces, despacioso, con las manos en los bolsillos del pantalón y aire de hombre preocupado, del despacho a su ex dormitorio, de éste

a la saleta, de la saleta nuevamente al despacho, donde hallábase al descender él de *su* cuarto.

Cuando él enfiló el patio, con el alma en pedazos, porque se iba con todas sus terribles dudas y desesperanzas y sin poder despedirse de Adolfina, siquiera fuese con una mirada honda y triste, apareció por la saleta y siguió a cruzarse con él en el patio, la galleguita, que venía sonriente, congraciadora, con una maliciosa mirada fija en los ojos de él.

Atrevido, pensando que quizá si, al fin, tendría que agarrarse de un clavo ardiente, al enfrentarse con la muchacha soltó su maleta, extendió la mano en actitud de despedida y, cuando ya estrechaba la diestra que un tanto cohibida entregábale la otra, dijo:

—Adiós...—quedándole cortada la frase, porque en aquel instante también apareció por la saleta Carlota, que asimismo encaminábase por el patio hacia el fondo de la casa.

Cortada la frase, sólo una fracción de segundo. Era un momento decisivo; por lo que él, sin inmutarse, dándole a su despedida de la criada la mayor naturalidad, continuó rápido, audaz, clavando en los ojos de aquélla una penetrante mirada de inteligencia:

—Y ya sabe: Alfonso Valdés, para lo que guste mandar.

Con esto esperaba él que la otra, cogiendo al vuelo la intención, contestara: "María de Tal", diciéndole así su apellido, para el caso de que él quisiera valerse de ella, para una carta, más adelante. Pero, como la muchacha se limitara a darle las gracias, aún quiso él insistir, preguntando ingenioso y más temerario todavía:

—¿Cómo dice que es su apellido?

—María Pérez y Rodríguez—listísima dijo entonces la criada.

—Servidor.

Soltó la mano, cogió su maleta y se fué.

Del resto de aquel día de violentas emociones, de aquellas últimas horas de locura, sólo le queda un

recuerdo turbio e ingrato. En los ojos un obstinado paño de lágrimas, en la boca un terco brote de saliva, amarga y pastosa, en las sienes y en las manos ardores y latidos de fiebre; así salió de la casa de Contreras, y así, maquinalmente, recorrió a pie el trayecto de aquélla a la estación; sacó su billete de ferrocarril; hízose paso por entre los que poblaban el andén y el coche de tercera, en un rincón del cual soltó la maleta y dejóse caer sobre un asiento, flojo, desmadejado, como un autómata que se desploma. Entretanto ¡qué hervidero de ideas torturadoras y qué martirio de sensaciones crueles, en ciertos bien recordables instantes de dolorosa lucidez! Pensó quedarse en Matanzas, y allí buscar trabajo, o meterse en un hospedaje a consumir ahorros, con tal de no irse lejos de Adolfina; para poder rondar por los alrededores de su casa, respirando el mismo aire que ella, consolándose con pasar y repasar ante las ventanas cerradas y la puerta a medio abrir, diciéndose a sí mismo: "Ahí dentro está ella", para acechar la oportunidad de verla en una de sus raras salidas, o arriesgarse a deslizar una carta por conducto de la galleguita. Pensó que, mejor que lo anterior, podría simular la pérdida del tren, a fin de pasar algunas horas más en la casa y, de ese modo, no salir del lado de Adolfina con tan enfermizo, caótico estado de ánimo. Pensó—en un rapto de desesperación, que hízole gesticular en plena calle, denunciando su insania a los asombrados transeuntes—volver otra vez sobre sus pasos, colarse en el despacho de don Ricardo, soltarle de sopetón toda la verdad y romper así la mortal angustia de la duda, a cualquier precio. Pensó también, lo pensó mucho, haciendo fuerte el corazón, decisivamente al fin, que era mejor imponerse calma, sobrellevar su mala hora y seguir camino del ingenio, a esperar los acontecimientos. Por eso pudo arrancarse de Matanzas; después de que los puñales del dolor se adentraron más y más en su pecho, cuando al pasar por los jardines de Castañer aspiró los mismos aromas

que perfumaban las mañanas del *268*; cuando el silbato de la locomotora conmovió el aire con la señal de partida; cuando desde la ventanilla del tren que subía lenta y trabajosamente la cuesta de Bellamar, buscaba con la vista, al través de las quietas aguas de la bahía, por encima de la vieja ciudad bañada en el oro pálido de la tarde, la azotea de la casa, donde también, plena de tristeza, desesperada por terrible inquietud, quedaba ella.

Al día siguiente de estar en el ingenio, no pudo reprimir el impulso de mandarle a Adolfina, en un sobre, a su nombre, dentro de otro dirigido a la gallega (¡el clavo ardiente!) una carta de quince hojas de *block* grande, escritas en toda una noche de calenturiento desvelo, y en las cuales, con incoherencias y atropellamientos vertiginosos, decíale a ella todas sus amarguras, sus insanos arranques, sus desesperaciones incurables, y veinte veces le pedía perdón por el paso peligrosísimo que daba, al escribirle de aquel modo; rogándola, otras veinte veces, que le contestara y que al hacerlo le dijera la forma de comunicarse con ella, en el supuesto de que la criada fuese un medio totalmente inadmisible.

No por eso cesó el choque de emociones encontradas. Puesta en el buzón la carta, sintió miedo; miedo de haber cometido una imprudencia enorme, de alcance imponderable, fuera de todo remedio humano, que vino a sustituir los arrestos de antes. Minutos más tarde el miedo trocóse en indignación. Estrechotorena le llamó para decirle que el Administrador acababa de enseñarle una carta de don Ricardo, en la cual decía el último al anterior que ordenara la separación de Alfonso del servicio del ingenio, por maleriado e insolente...

—¿Eh?—había interrogado él muy violento.

—Eso dice la carta; la he visto—hubo de responder Estrechotorena.—Tú sabrás qué has hecho.

—Nada. El maleriado y el insolente ha sido él. Cierto que vino a hablarme en un momento en que estaba yo de mal humor y que le contesté con cierta

sequedad; pero me apresuré a explicarme decentemente. Ahora que él, con su engreimiento de burgués, se fué del seguro en seguida: me despachó para acá, y ya ve usted. Todavía quiere sacarme del ingenio.

—El socialismo, Alfonso, el socialismo. Esa es tu perdición. Hace tiempo que te lo vengo diciendo. Déjate de eso, Alfonso; ya tú realmente no eres un obrero, sino un jefe. Vive tú; mejora tú, y los otros que se las arreglen como puedan. Ya sabes tú quién sale siempre crucificado.

—Sí; usted, mejor que nadie, sabe que no soy un revoltoso, un atrabiliario ni mucho menos. Soy socialista, pero sin dejar de ser persona decente, que es, para mí, lo primero en la vida. Ahora, eso sí, cada vez más socialista; cada vez más convencido, precisamente por estas mismas cosas. Es decir, que entre don Ricardo, dueño del ingenio, y yo, segundo jefe de un departamento del ingenio (que todavía me rebajo a irle a trabajar a su casa como un obrero corriente, porque a tanto llega mi amplitud de criterio), entre él y yo surgen unas palabras insignificantes; los dos nos agriamos un poco; yo, que comprendo que soy quien procede mal, lo admito, doy el brazo a torcer, y él ¡no!, ¡qué va! No sólo se toma el desahogo de echarme de su casa, sino que todavía cree preciso plantarme en el camino real. Pues bien *(alteradísimo ya)*, en el fondo de esto lo que hay es lo que usted ha dicho: mi socialismo. Y él será muy señor, y yo tendré que trabajar para comer; pero los dos somos hombres con nuestra dignidad y nuestro amor propio. Le soporté una zoquetería en Matanzas, y ya estaba dispuesto a quedarme con la ofensa dentro, porque me cogió en un instante especialísimo de preocupación muy personal; pero, ahora *(resollando por la herida; en el paroxismo de su explicable odio de aquel minuto)*, ahora se lo digo a usted para que usted se lo diga al Administrador y a él: si se atreven a quitarme el empleo, les voy a levantar el ingenio en huelga. Y si no ¡a la prueba!

—Espérate, hombre, espérate; que no es para tanto—hubo de contestar, conciliador, Estrechotorena, a quien la palabra huelga ponía la carne de gallina.—Tú sabes que, como Administrador, don Luis no puede ser mejor. Ya le ha escrito a don Ricardo, haciéndole algunas consideraciones y creo que aquí no habrá pasado nada.

—Sí; don Luis bien sabe lo que se hace.

Y para gozarse con estremecer a Estrechotorena, había continuado:

—Don Luis está convencidísimo de que vive sobre un volcán; de que cualquier día va a haber aquí una degollina, que cuando lleguen de Matanzas los de la ropa amarilla no van a encontrar más que ceniza y media docena de caballeros penduleándose de los postes del telégrafo.

—No es para tanto, Alfonso. No hables así. ¿Qué necesidad tienes de que te oigan, hombre? El día de mañana pasa algo, y eres el primero en pagar los vidrios rotos. Pero mira: don Ricardo es un buen hombre...

—Sí; un buen burgués—interrumpe Alfonso, por seguir con su tema; pero en el fondo comprendiendo que tenía razón Estrechotorena y que sólo las barbaridades sociales eran responsables de su infeliz estado de ánimo.

—¡Qué burgués, ni burgués! Me duele oirte la palabrota, y aplicada a don Ricardo, más. Te repito que es un hombre bueno; más progresista y más campechano que ninguno; ojalá que todos los ricos fueran como él, ¡Vamos! Verás como al fin esto para en nada; cualquier día te lo he de presentar y después de tratarlo te convencerás de que muy bien puedes llevarte con él. Te asombrarás al ver que sabe tanto como tú de muchas cosas. Es de los que también lee y de los que no se asustan con las ideas, por atrevidas que parezcan. No hay más que ver cómo vive. Me parece que en eso, ni tú eres más socialista.

Hubo un nuevo cambio en la agitación que embar-

gaba el ánimo de Alfonso, con lo que dijo Estrechotorena. Aquel cambio se reflejó en su rostro y su interlocutor, después de un respiro, le mandó a descansar y a serenarse por aquel día.

Intencionalmente le dejaron ver más tarde la carta en que don Ricardo, entre otras cosas, como de pasada, decíale a don Luis que "gracias a que usted y Estrechotorena apadrinan a Valdés, accedo a que continúe en su puesto." Bien comprendió él que en la carta quería insinuarse una displicencia muy lejana del móvil de aquella determinación: el horror a la huelga, que el Administrador y Estrechotorena contagiáronle a don Ricardo al escribirle acerca del "asunto Alfonso Valdés"; pero conveníale dejarse querer, y se dejó.

Detrás de la indirecta carta de don Ricardo, vino una de Adolfina. La leyó tan ávidamente, con el corazón tan en la boca, que costóle un gran esfuerzo, después de releerla media docena de veces, el sacar de los pliegos de letra menuda y nerviosa, esta clara síntesis: ella había pasado un susto tremendo con la temeraria corazonada de él, al escribirle una carta por mediación de la criada. Sin embargo, aquello le sirvió para saber con seguridad que fué la muchacha quien habíales estado acechando aquel día memorable por detrás de la mampara. Se lo confesó la propia María espontáneamente al considerarse, desde que le entregaba la carta, como una aliada de ellos. Puesto que de hecho lo era, seguirían escribiéndose por aquel conducto, mientras ella procurárase el intermediarismo, mucho menos expuesto a una sorpresa, de su amiga Pura Castro. No estando de más ninguna precaución, bien podían emplear para escribirse un recurso aprendido por ella en una novela: usar, en vez de tinta, extracto de Saturno, con lo que obteníase una escritura invisible, en tanto no se revelase al calor de una lámpara o de una plancha caliente. Entreverado con lo anterior, dando a la carta confusiones e incoherencias propias de la precipitación, el apasionamiento y el temor de

la sorpresa, la rápida y fuerte pintura de los sufrimientos de ella, desde que don Ricardo y él se disgustaron hasta que por lo mismo tuvieron ella y él que separarse, presos de la más atroz incertidumbre y sin el amargo consuelo de la despedida. En los últimos renglones, sentidas, insistentes promesas de fidelidad y jurada decisión de luchar contra "todos los obstáculos" y con "todos los sacrificios necesarios."

Tras estas cartas vinieron otras. Fué aquel escribir constante que habían advertido sus amigos de "la cuartería"; que llevó a Caín Romero a preguntarle más de una vez si con aquel dale que le das a la pluma, de día como de noche, trabajaba en la preparación de algún libro, y que al desconfiado *El León* habíale movido a decir:

—O tienes miedo de que te quiten la hembra, o te comunicas con los espíritus, o andas torcido. *Síii.* Porque siempre estás escribe que te escribe, y mal rayo me parta si se te ve lo escrito. Ris ras, ris ras, y nada más que papel en blanco huele uno... *Síii.*

Más adelante la criada-confidente quiso hacer un viaje a la Habana, a fin de ver a una hermana recién llegada a la ciudad capital. Adolfina intercedió con su madre para que fuese concedido el permiso necesario y sobre de ello, y como a cada rato hacíalo con cantidades menos importantes, regaló a la muchacha veinticinco pesos, escamoteados de los dineros que tenía a su cargo como ama de casa. La ocasión era de esas que es preciso aprovechar resueltamente, mucho más porque su "Espada de Damocles" acababa de recibir aquélla, que era la más fuerte y conservadora mano de "grasa" untada hasta entonces. Pura Castro entró en funciones de intermediaria. Para que ésta no se alarmase al saber que el novio de su rica y bella amiguita era un obrero, Adolfina le dijo que tratábase del químico azucarero del ingenio; "un joven muy fino, de una de las mejores familias habaneras: Alberto de Cárdenas y Armenteros". No vió él muy clara la necesidad de

este engaño, que parecía insignificante, y que en verdad era una señal avanzada que indicaba uno de los grandes escollos interpuestos en el camino de su felicidad. Se lo advirtió así a ella. Ella dió mil cariñosas explicaciones, que por lo menos probaban hasta la saciedad del más exigente enamorado, la inocencia con que habíase dicho aquello. Y desde tal momento, ocupados en quererse, en decirse el uno esclavo del otro, en contarse todos sus actos, sueños, ensueños, ilusiones y esperanzas, diluyendo y repitiendo las ideas en pliegos y más pliegos, que eran luego devotamente guardados en indescubribles escondites junto con miniaturas fotográficas, flores marchitas, postales y otras sencillas ofrendas intercambiadas con las cartas; ocupados en quererse de ese modo, con toda la vida puesta en su amor, pronto olvidó él de nuevo el escollo de marras, y ninguno de los dos acordóse para nada de las graves realidades del presente, ni de las sombrías amenazas del porvenir.

Pero ahora van a cesar las cartas. Viene ella, y de golpe tiene él que encararse con una situación emocionante e inesperada. Es todo su problema, que surge de improviso, con un tan tremendo choque de dudas, temores, alegrías y esperanzas, que es difícil, casi imposible obtener rápidamente el necesario concierto de ánimo. Por lo pronto, la instalación del alumbrado se prolongará hasta después de la llegada de la familia, lo que promete la oportunidad de algunas entrevistas robadas, de las cuales puede salir todo un plan de operaciones. Luego, la fecunda iniciativa y el temerario arrojo de los enamorados, propiciará citas arrinconadas, "casuales" encuentros en visitas y paseos por los alrededores del batey, y hasta *(se le desboca la tropical imaginación)* nocturnos y románticos escalamientos de jardín. Por lo menos se verán, con este o con el otro pretexto, por esta o por la otra combinación, veinte veces al día. Saldrán ahora a dar batalla a su felicidad, a la fortaleza de su amor, las poderosas des-

igualdades sociales, de creencias, de educación. Si la estada de Adolfina en Dos Ríos es muy breve, de todas maneras no habrán de separarse ellos, en esta ocasión, sin tener antes una finalidad bien delineada y un derrotero a seguir para su cristalización; haciendo, de tal modo, más llevadero, con el bálsamo de un ideal, el dolor de la nueva ausencia. Si se tarda el regreso de ella a Matanzas, puede ser llegada la hora de las grandes pruebas; porque ellos, cada día más locos, cada día más ciegos de amor, lo más probable es que precipiten el descubrimiento de sus relaciones y con ello la temible lucha con los padres de ella. O quizá si viene el momento de despejar la incógnita, consciente, bruscamente, al precio de todas las consecuencias por pavorosas que puedan ser; el momento crítico, indemorable, de las resoluciones desesperadas y definitivas. Todo eso es posible y es probable con el repentino viaje de Adolfina al ingenio.

Es más, ahora que se acuerda: todo eso, sin contar los peligros y complicaciones del momento obrero en que vienen ella, su hermana y su madre a *Dos Ríos:* amenaza de huelga; infección bolcheviquista aguda, y él *¡leader* socialista y novio de la hija mayor del burgués en turno!

Pero, por otra parte, ¡qué felicidad, mañana, cuando la vuelva a ver!

Y el infinito júbilo de este último pensamiento, le pone ante los ojos la figura de ella, en maravillosa plasticidad, como si palpitase, risueña, fragante, adorable, con los bellos ojazos también iluminados de dicha, dulcemente fijos en los ojos de él. ¡Ah, la inmensurable felicidad! ¡Cuando se vean OTRA VEZ solos y se aprieten fuertemente las manos y—permítalo ella—se den el primer beso!

No quiere desagarrarse de esta última impresión optimista, bienhechora, que ha puesto en su alma dianas y repiques de gloria, himnos triunfales de juventud y amor. Y corta repentinamente su agitado monólogo interno, que es cortar este pasearse con

las manos en la espalda, de la sala al cuarto de baño, del cuarto de baño a la sala; como si no fuera ésta una hora de preciosos minutos; como si no corriera el peligro de ser sorprendido en esta gimnasia de manicomio por el, con toda probabilidad, impaciente Estrechotorena.

Se dice en alta voz, sin quererlo, tan chiflado como hasta aquí:

—A ver. ¿Qué hace falta? Quitar este polvo que lo cubre todo; armar las camas y las lámparas; limpiar esos cristales terrosos, sucísimos; las telarañas del techo y los rincones; ese jardín invadido de yerbajos, con alfombra de hojas secas y los senderos fangosos, obstruídos con pedruscos y ramajes. Bueno. Por lo pronto, un capataz con seis hombres, y para mí dos operarios instaladores. ¿Materiales? A ver. Poco más o menos, cinco por cuatro; seis por cinco y medio. Es decir que *(saca del bolsillo del "overall" una libreta, y toma notas)*. Sesenta metros de alambre, los materiales para quince luces. Una bombilla de doscientos cincuenta, dos de doscientas y las otras de cien. Lo demás: *(vuelve a escribir)* cubos, palas, estopa, un poco de barniz, mucho jabón. *(Se guarda la libreta, en tanto que va hacia la salida del "chalet".)* Después queda tiempo de conectar el agua; ver cómo andan las llaves y los desagües.

Abre la puerta; la tira tras de sí; atraviesa la parte frontera del jardín, y sale al batey.

El batey es de nuevo un ruidoso y humeante centro de trabajo; pero ahora triunfa el sol. Triunfa, impregnando a los seres de una tibieza gratísima después del frío y húmedo amanecer; infiltrándose al través de las cosas que se interponen al avance de sus rayos, casi horizontales aún. Triunfa, bañándolo todo, seres y cosas, en el diluvio alegre y dorado de su luz esplendorosa.

VII

LA SOMBRA DE LOYOLA

Es en la casa de la calle de Contreras, una semana antes de saberse en *Dos Ríos,* que viene la familia legal de Don Ricardo.

Es la hora después del almuerzo; la hora enervante del mediodía; cuando todo destila sofocación; cuando todo se adormece en el impetuoso ardor de la siesta tropical; cuando en las calles de las ciudades provincianas el tráfico casi se apaga, bajo la tiranía del sol, que cae perpendicular, dejando apenas sobre los sardineles una estrecha franja de sombra; cuando sólo queda en las espaciosas casonas un rumor de colmena por los cuartos, donde cosen o leen las mujeres, y por la cocina, donde los criados lavan, enjugan y recogen cuanto queda sucio del almuerzo. La hora cuando en los canteros y los arbustos del patio, los gorriones alocados por el fuego de la hora, ebrios de luz cenital, se persiguen chillones entre hojeríos y ramajes.

Hace cerca de un cuarto de hora que se ha ido el Dr. Ortiz; el viejito y circunspecto Doctor Ortiz, que lleva cuatro días de visitar a esta misma hora a la retentada Doña Benigna, y que, como en las veces anteriores, esta vez ha salido sin despertar al negro viejo que, en su lustroso taburete, recostado contra la entornada puerta, se amodorra pesada y "sonoramente."

Doña Benigna está en la saleta, sentada en una amplia mecedora de su viejo y cómodo juego de sala, con los pies en una arcaica banqueta, y la espalda a la luz y a la ilusión de aire, que entran por la gran puerta del patio. Doña Benigna, en estos últimos tiempos se ha puesto algo más gruesa, con las carnes del rostro y el cuello un tanto más flácidas y amarillas y las bolsas que últimamente formaránsele debajo de los párpados inferiores, mucho más violáceas y levantadas.

Al lado de Doña Benigna, en un silloncito de mimbre hurtado al mobiliario del gabinete; también de espaldas a la claridad y al amago de fresco, que entran por la puerta del patio, Carlota lee, en alta voz, para ella y para la enferma, un folleto, editado en Bilbao por los jesuítas de Deusto, que lleva por título *Educad a las jóvenes,* y que rima a plomo,, aburridamente, con el sopor de la hora. Por el bochorno de ésta y la pesadez de la digestión, Carlota tiene las mejillas arreboladas, los ojos achicados y la voz nasal, cansada, soñolienta.

Lee:

"La carrera esencial de todas las mujeres es la carrera de *mujer de su casa.* No han faltado quienes se han burlado sangrienta y amargamente de este ideal de la mujer, pero en vano se levantará nadie contra lo que la naturaleza, es decir, Dios ha dictado, y las circunstancias esenciales en que se encuentra la mujer en todos los siglos están clamando. ¿Os parece poco? ¿Os parece que la mujer vale para más? Pues os equivocáis. La mujer apenas vale más que para mujer de su casa. Pero ya es bastante valer."

Y bosteza:

—¡A... a... a! ¡Qué calor! ¡Y qué sueño!

—Pero—dice Doña Benigna, después de bostezar a su vez, contagiada por la hija—sigue; sigue. Está muy bien eso. Lo mismo que yo he dicho siempre.

Carlota, después de saltar tres o cuatro páginas, continúa:

"Ridículo es ver una mujer sabidilla y que pre-

tende conocer alguna ciencia a fondo. Lastimoso es contemplar a las niñas cargadas de estudios y de lenguas y de músicas y de artes. Pero también da pena ver a la mujer ignorante de lo ordinario de la vida.''

—¡A... a... a a a! ¡Jesús, qué sueño; Dios mío!

''Ha de saber leer y escribir perfectamente. Y algo lo que es un termómetro; mejor dicho, para qué sirve un termómetro y un barómetro; pero ¿lo que es el rayo, la humedad, lo que son las estrellas y los planetas y la vía láctea y oxígeno y pulmones y corazón?''

—Ahora que leo esto ¿qué te dijo Ortiz que tenías, hoy, cuando te au-aus-aus-cul-tó el corazón?

—Pericarditis. Pero no dijo que lo tenía, seguro; sino que parecía tener un principio. Por cierto que, aunque quiso ocultarlo, bien se le vió que se alarmaba con el descubrimiento. Tanto que ha quedado en volver esta tardecita o mañana temprano. Algo grave ha de ser.

—Aprensiones tuyas, mamá. Quizá si no tienes eso que él cree, o que si lo tienes, no sea cosa de importancia.

—Pero ¿qué será pericarditis?...

—¡Figúrate! ¡Yo qué voy a saber esos nombres tan enrevesados!

Y para no hablar, ni pensar más, acerca de asunto tan desagradable, vuelve a abrir *Educad a las jóvenes* y prosigue su lectura.

¿Y Adolfina?

Adolfina mientras tanto, en el despacho de su padre, sentada frente a uno de los estantes, con un tomo enorme de un enormísimo diccionario abierto sobre las piernas, busca:

''M. N. O. Ozena. Panadizo, Paperas... Parálisis, Para... Pela... Peri...''

''¡Pericarditis!''

Lee la extensa definición.

Después se queda con el libro abierto sobre las piernas, moviendo la cabeza dubitativamente, y ya

murmura: "¿Pericarditis? ¡Puede ser! ¡Lo dice un médico!", cuando una voz conocida, que saluda en la saleta, la hace colocar los libros en los estantes y pasar del despacho a los cuartos del otro lado del patio, precipitadamente. Es el Padre Zorrínez, que cada vez que al llegar, la encuentra rodeada de los libros de Don Ricardo, entre veras y bromas la sermonea, llamándola marisabidilla, ratoncito de biblioteca y otros sobrenombres por este presbiteral estilo, que ya, para la refinada lectora, iba resultando un estilo algo pesadito.

El Padre Zorrínez, con todo y sus sesenta y tantos largos, que le han puesto un mapa de arrugas en la cara, casi totalmente blanco el pelo recortadito y más abultado el vientre; con todo y ese su afectado estilo santurrón que ya le choca a la mayor de las Calderería, sigue tan ágil y enérgico, tan activo en el pastoreo del redil católico matancero, como siempre.

Ahora, después del saludo, de preguntar por Adolfina y de celebrar aquella lectura de las dos mujeres; aquella "plausible labor de propaganda de los jesuitas" *(¡Lagarto, lagarto!, diríase para sus adentros)*, le recuerda a Carlota que a esta hora del día cae muy bien una de esas tacitas de café criollo en que la muchacha es maestra insuperable. Doble propósito hay en el recordatorio: el del grato regalo, y el de que lo dejen a solas con Doña Benigna; que de asuntos graves y reservados han de tratar ambos.

—Y, por fin ¿qué dice el médico?

—Hace cinco días que viene, sin faltar uno; lo cual indica que me va encontrando cada vez peor. Parece que Dios quiere sacarme pronto de este mundo, para que no sufra más. Aunque *(el temblor de la voz y el brote de dos lágrimas, anuncian una de las crisis aflictivas de la infeliz mujer, prematuramente)* no sé cómo podría morir tranquila, resignada (el Señor me perdone) dejando solas en el mundo, con esta situación terrible en que casi no tienen padre, a mis pobres hijitas *(se le desprenden dos lágrimas, que van rodando despaciosas hasta la comi-*

sura de los labios convulsos) que, no sé, padre, qué va a ser de ellas...

Antes de que el llanto la deje muda, acude consolador el cura:

—No te aflijas, ni te desesperes, mujer; que estás muy fuerte, y todavía eres relativamente joven, para que andes pensando en morirte. ¡Vaya, vaya!

—Así fuera más joven, y de hierro que fuera. No hay corazón (usted lo sabe tanto como yo, tanto como Dios mismo, padre Zorrínez). No hay corazón que resista más de lo que lleva resistido este mío. *(Y se lleva a él la siniestra en garra, como si un dolor físico se lo mordiese.)* Han dado muy duro sobre de él, día tras día, por muchos años; me lo han envenenado y retorcido *(llora ya silenciosa, pero copiosamente)* y... me... lo... han... roto. Teniendo la resignación, la conformidad con lo que Dios dispone, que tengo; que he tenido siempre... ¡siendo usted, como ha sido, tan bueno conmigo, mi consuelo más firme; un verdadero padre!... Y queriendo vivir para mis hijas, mis angelitos del alma... que se van a quedar solas; solas y desamparadas en la vida...

Y como ya los sollozos la ahogan, el cura vuelve a su auxilio con esas frases de consuelo, subconscientes, maquinales, propias de médicos y confesores, habituados al Dolor:

—Vamos, hija; por Dios. Cálmate. No sabes que haces mal, pero muy mal con esa desesperación. Primero, porque eso es un pecado; después, porque no hay necesidad de que vengan las muchachas y te encuentren en ese estado. Saben que estás mala, y se alarmarían de verte así, tan agitada. Fuera del dolor moral que les proporciones.

Doña Benigna se enjuga las lágrimas, se alisa el cabello, se compone el rostro, tratando de aparecer serena, y Zorrínez, complacido al ver el efecto sedante de sus palabras, machaca:

—Vamos. Eso es. Se acabó. Tienes que hacerlo siquiera sea por ellas. Además: verdaderamente no veo qué motivo tienes para alarmante tanto con

tus males. Porque supongo que eso de que tienes el corazón roto... *(Aquí el viejo se sonríe bromista, con la intención de quitar el llanto, de una vez, de los ojos de su interlocutora)*... ¡eso debe ser en sentido figurado. ¿No?

—No, padre. El Dr. Ortiz me examinó el corazón hoy cuidadosamente, más cuidadosamente que nunca, y me dijo que sospechaba, que le parecía como que tengo un principio de... de... creo que perocarditis...

—Pericarditis, hija.

—¡Ajá! Y debe ser algo muy peligroso eso; porque le vi un poco preocupado; al extremo de que, vea usted, ha quedado en venir esta tarde otra vez.

—No. No debe ser pericarditis, y si es; pues no hay que alarmarse. Primero, porque eso no es nada. ¡Uh! ¡Nada! Y segundo; porque... ¡Mejor dicho!—salta muy apurado—primero; porque la gracia de Dios es muy grande, y tú le haces falta a tus hijas, y segundo, porque ya lo sabes; eso no tiene mayor; no tiene casi ninguna importancia.

Y, en seguida, avanzando el cuerpo con avidez:

—¿Y de lo del ingenio?

—Dice que debo ir de todos modos, y cuanto antes mejor.

—Pues bien, hija. Para hablarte de eso he venido, a pesar de este sol que raja las piedras. Tengo algo bueno que decirte. *(Y avanza más el busto, frotándose las manos en señal de júbilo, a la vez.)* Creo que tengo bien combinado nuestro asunto, y que debes irte al ingenio en seguida para que todo nos salga a pedir de boca. Ya he conseguido a la persona que necesitábamos... Pero cambiemos de conversación que *(Y alzando la voz; sonriéndole a Carlota, que llega con una tacita de café y una azucarera, en una bandejita de plata.)* ¡Aquí viene esta gran señorita con su exquisito e inimitable néctar!

Depositada la bandejita y su contenido en una silla, al lado de Zorrínez, se retira Carlota. Y el cura, entonces, paladeando voluptuosamente su café

puro, prosigue explicándole a la ya sosegada Doña Benigna, lo que, principalmente, hale traído a la casa de Contreras, en hora tan ingrata para andar fuera de la sacristía.

En el largo tiempo transcurrido desde que Don Ricardo, en franca rebeldía social, se instaló con su amante en la quinta de la Playa, hasta hace algunas semanas, Zorrínez ha tenido un inflexible criterio—que, desde luego, ha constituído norma de conducta en Doña Benigna—en cuanto a cómo Caldereria ha de volver de nuevo a su casa y a su familia, legales, si no totalmente reconciliado con su esposa, por lo menos dispuesto a convivir con ella, en la decencia debida, como Dios manda, y relegando para ello "a la querida y al bastardo" al plano bajo, indigno, de que no debieron salir nunca, según el piadoso y cristiano sentir del viejo cura. Alma seca, desnaturalizada por los absurdos del sacerdocio católico; alma incapacitada para juzgar en materia de hondos y puros sentimientos humanos, Zorrínez no puede, no ha podido admitir nunca que la amante de Don Ricardo sea una mujer naturalmente honrada, llena de amor por el único hombre con quien ha compartido una cama en toda su vida, que es, además, padre de su hijo y que, a su vez, tiene para ella toda la estimación y las consideraciones todas de un verdadero marido, como tal bienquisto y enamorado. No le ha reconocido nunca, tampoco, al hijo ilegítimo el derecho al cariño, al calor, al amparo, a la constante guía del padre, ni a éste el deber y el derecho a dar todo eso y a recibir en cambio la felicidad de ver al hijo ir, venir, jugar, llorar y crecer en torno de su progenitor. Para Zorrínez esa mujer no puede haber ido a lo que ha ido, ni por insobrellevables estrecheces económicas, ni por defectos de educación, ni por contagio de ambiente, ni por ninguna otra causa que la de sus perversas inclinaciones. Que aun tratándose de inclinaciones, ella no era responsable de las que tenía, por lo que no era merecedera de las indignidades y desgracias que se le deseaban, era cosa que

no podía ocurrírsele a un cura, y de ocurrírsele era una razón rechazable desde el punto de vista de una moral basada en el libre albedrío... Con esas inclinaciones, en todo ese largo tiempo Zorrínez ha contado con fe, con absoluta ceguera, en que la "maldita" no podía hacer huesos duros al lado de Don Ricardo. Todo era cuestión de que otro hombre la deslumbrase, en un momento dado, con su juventud, su apostura o sus promesas de una vida de fastuoso derroche, para que le diera a Don Ricardo el merecido pago, dejándole con el nido vacío, cuando más con el engorro del muchacho, y obligándole entonces a volver sumiso y arrepentido a la buena senda; si es que un día no daban un escandalazo, con su nota trágica, al tropezarse él súbitamente con la prueba viviente de que le tenían de viejo comebolas, de ridículo tapasucio. Y si no era por ella, tendría que ser por él. Zorrínez, juzgando por si mismo, juzgando por su erróneo concepto de la vida, estaba seguro de que pasado el capricho de los primeros tiempos; cuando aviejárase ella; cuando salieran a relucir las diferencias que necesariamente tendrían que existir entre el carácter y los hábitos de "una cualquiera" y los de él; cuando se convenciera de que, en aquella mujer, no podía haber amor; porque lo mismo que se entregó a él ilícita, indecentemente, sin escrúpulos de conciencia, hubiérase entregado a otro cualquiera; cuando, en fin, él mismo espantárase con la creciente ignominia en que vivía—la esposa herida de muerte, las hijas hechas unas mujeres, y él a medio camino de la vida—y la propia estimación, si no el torcedor de la conciencia, le diera el inevitable "¡Hasta aquí!", aquella gran inmoralidad desaparecería completa, e irremediablemente. Lo dicho: para Zorrínez—y lógicamente para su hija espiritual, Doña Benigna—todo era cuestión de darle tiempo al tiempo.

Pero el tiempo había ido pasando lento, pleno de crueles dolores y de pavorosas amenazas, y los simplicísimos cálculos de Zorrínez no cristalizaban en salvadora realidad; la casa de la Playa, con todo y

estar dejada de la mano de Dios, no acababa de desbaratarse de una vez. Al contrario: ni indicios de tal cosa advertíase por ninguna parte. La mujer aquella mostrábase cada vez más elegante, hermosa y satisfecha; como si tuviera colmadas sus aspiraciones con lo que habíale dado la vida. Ultimamente se le había puesto al niño un maestro que daba clases a domicilio; por cierto que uno de los mejores y más exigentes maestros de Matanzas, y el viejo automóvil había quedado relegado al uso exclusivo de la gente del *268;* porque para la de la Playa, habíase adquirido un *Cadillac* potente y suntuoso.

Hace algunas semanas; cuando ya Doña Benigna sintiendo avanzar dentro de sí, perennemente, inconteniblemente su última enfermedad, desesperada de ver cambiado el destino de sus hijas antes de dejarlas abandonadas en el mundo, y por ello día a día, con creciente ansiedad, aconsejábase con sus primas, con la señora de Castro, con Zorrínez, poseída de ideas atrevidas, radicales, de escandalosas consecuencias si eran llevadas a la práctica, inclusive la de que Adolfina, como hija mayor, se encarase con su padre y le llamara a capítulo; cuando el Padre Zorrínez ya no lograba consolar a la buena señora con su sistema de dar tiempo al tiempo, recibió Doña Benigna una carta de *Cuco* en la que, después de muchos años de no saber de su hermano, anunciábale éste su regreso a Matanzas para una fecha que, si no fijaba el trotatierras con fijeza porque hallábase en Europa, enredado en la dificultad de transporte consecuencia de la guerra, tendría que ser fecha algo próxima de todas maneras. Esta gran noticia produjo en el ánimo de Doña Benigna enorme agitación. Por un lado el Señor concedíale un gran bien, permitiéndole ver otra vez a su hermano, cuya ausencia, que ella temiera siempre que fuese definitiva, había sido una de las penas mayores entre las infinitas de su existencia; por otro lado, qué cruel sorpresa, qué bárbara sacudida, qué dolor y qué cúmulo de imprevisibles males cuando *Cuco* se hallase con aquel divorcio de

hecho, con que Don Ricardo vivía públicamente con otra mujer y un hijo de ambos, con todo aquel espantoso desastre moral, de que no podía tener la más lejana idea. Presurosamente llamó a Zorrínez al *268*, a fin de comunicarle la desconcertante nueva, oir sus comentarios y pedirle orientaciones. El cura se alarmó. Con aquellas ideas que tenía *Cuco* era probable, casi seguro que habría de ponerse en contra de su hermana y de él, achacando toda aquella desgracia familiar a la religiosidad de ella y al intermediarismo de él, y con aquel carácter impresionable, violento, que tuvo siempre nadie era capaz de presumir a qué barbaridades podría llegar el temible hombre en tales circunstancias. Como primer paso, y enterado de que Doña Benigna nada había dicho a sus hijas de la próxima llegada del tío, recomendó que guardase el secreto, hasta dar tiempo de hacer un esfuerzo a fin de conseguir la vuelta de Don Ricardo a su legítimo hogar. Si las muchachas se enteraban de la noticia, pronto sabríala Don Ricardo, y conocedor del modo de ser del cuñado, pondríase él, pondríase la propia querida, en guardia, echando así por tierra toda maña que pudiera él, Zorrínez, emplear para desunirlos, aunque fuera parcialmente.

Puesto a resolver el problema, con un interés que nunca hasta entonces había demostrado por el mismo, Zorrínez pronto tuvo un plan, en el desarrollo del cual proponíase poner en juego todas aquellas facultades de sagacidad, maestría en la intriga y en los manejos subterráneos, a causa de los cuales decíase que nuestro hombre había errado el camino al no haberse alistado, desde un principio, en la buena Compañía de Jesús. Este plan era de procurar que la amante de Don Ricardo y él, Zorrínez, se entrevistasen dos o tres veces en la sacristía de San Carlos, en casa de alguna piadosa devota de Zorrínez, que por hacer la buena obra impusiérase el sacrificio de rozarse con "la perdida", o en cualquiera otro sitio que no fuese, desde luego, la quinta de la Playa. Conseguir esto era difícil y expuesto a mil riesgos

incalculables. Por lo pronto, gracias a las aludidas mañas jesuíticas, por medio del confesonario, de la beata murmuración de sus feligreses y de otros recursos por el estilo, Zorrínez sabía: que la amante de Don Ricardo no era religiosa; que en aquella casa de la Playa (como en el *chalet* del ingenio) no había la más diminuta imagen santa, ni siquiera un crucifijo; que si ella era muy generosa con los que iban a pedirle por necesidad material, nunca daba un centavo para promesas, ni para fiestas de iglesia, ni aun para los mismos pobres, cuando quienes demandaban la limosna eran las hermanitas de la Caridad. Pero no por eso habríase de amilanar Zorrínez. Para un sacerdote como él, y tratándose de una obra meritoria como aquélla, mientras mayores son los obstáculos, más incitan a la lucha; ello sin descontar con que no había que perder tiempo ante la amenaza del regreso de *Cuco* a Matanzas. ¡Un enigma temible y desconcertante! ¡Más, mientras más piensa en ello! Pues bien: tratábase de hallar una beata menesterosa, que visitara a "la mujer", con la excusa de pedirle limosna (poca cosa, para no alarmar desde un principio); que después volviera a lo mismo varias veces, tratando de hacerse simpática, amistosa; de que "la mujer", condolida, fuera poco a poco interesándose por la suerte de la pobre; que ésta, algunas veces, le llevara cualquier chuchería comprada por el propio Zorrínez, haciéndole ver a la otra que era obra de un familiar enfermo o de la propia pedigüeña. Una vez obtenida cierta intimidad; una vez que se conociera el modo de ser de "la mujer", su genio, sus aficiones, sus debilidades, hasta las horas en que estaba ausente Don Ricardo y algo que pudiérase averiguar o intuir de cómo se llevaban los amantes, prepararíase la mejor combinación para un encuentro "casual" del cura y "la mujer": "casualmente" pasaría Zorrínez por la casa de la Playa cuando estuviera dentro la beata y afuera Don Ricardo; o aquélla llevaríase a su protectora a su casa un día, so pretexto de una visita al familiar enfermo

de marras, enfermo verdadero o simulado, hombre o mujer, y Zorrínez caería por allí, "sin querer", "de pasada"; o en una de estas salidas con la beata, pasarían las dos mujeres por la sacristía de San Carlos, "aprovechando la ocasión", la beata iríale a decir alguna cosa importante al Padre; o si no en el hospital, o yendo las dos mujeres de compras, o de cualquiera otra de las mil maneras que ya se urdirían cuando el emisario hubiérase introducido bien, a fondo, inteligentemente en la casa y en el corazón de "la mujer". Lo importante estaba en eso; que una vez logrado, era casi seguro que procuraríase la conjunción de una y otro. Conseguido esto, pasaríase a la parte más fácil de la empresa; porque entonces entraba en funciones Zorrínez; dejaba de temer por la inhabilidad de su cómplice; soltaba los hilos de la trama, para apoderarse totalmente de ésta, y ahí de su labia, de su astucia, de la poderosa seducción de su santidad, de su arte de confesonario y de púlpito, del prestigio de sus canas, su hábito, su jerarquía y sus cuarenta años de ministro de Dios en Matanzas. El corazón de la mujer es blando; más blando cuando hallándose enamorada o siendo madre, se le entra por estas partes vulnerables, y por ellas proponíase adentrarse Zorrínez en el alma de aquella mujer, para la cristalización de sus santos designios. Después de inspirarle confianza, apareciendo lo más tolerante posible, refiriéndose sólo de pasada, indiferentemente, al grave asunto, propiciando así la repetición de las entrevistas, para ir catequizándola con la mayor suavidad posible, plantaríale un día, de improviso, la enormidad de su pecado, cada hora que pasa más negro e imperdonable. Un hogar destrozado; dos niñas buenas, inocentes, herederas de apellidos ilustres y de una espléndida fortuna, despojadas de su padre, manchadas por la inmoralidad de éste, eternas compañeras en el llorar inconsolable de su infeliz madre; ésta con el corazón hecho pedazos por el abandono del esposo, por el dolor de las hijas, a las cuales, ya ella enferma de muerte, sabe que va a dejar solas

en el mundo, con su gran ignominia y un porvenir colmado de horribles amenazas; el propio Don Ricardo; el hombre a quien Ella quiere, el padre de su hijo; un hombre que por su origen y su fortuna tenía derecho a la felicidad, viviendo en medio de la mayor excomunión social, sintiéndose bajo e indigno ante los ojos de sus propias hijas, quizá si remordido, arrepentido interiormente de los gravísimos errores de su vida; todo por culpa de Ella. Y excusable que eso hubiéralo hecho impulsada por las pasiones y en la inexperiencia propias de la juventud; pero ¿ahora? ¿Ya una mujer madura, persistir en ese crimen y encenagarse en el mismo más y más, cada día que transcurre, manchando con el mismo al hombre que quiere y a su propio hijo? ¡Vamos, mujer! Era preciso detenerse un momento a pensar, y a examinarse la conciencia, y si ésta nada le decía, si la piedad por la familia de Don Ricardo, y el amor a éste y a su hijo, poco eran capaces de hacer, que pensara en Dios un solo instante. Ella podría no ser católica, no ser religiosa, propiamente dicho, en forma alguna; pero ¿no creía en Dios, en un Ser Supremo, supremo y poderoso juez de los humanos? Bien; pues ya iba ella por la mitad de la vida, y hora era de que detuviérase a arreglar sus asuntos con Él. En fin: colocadas las cosas en ese camino, imposible resultaba predecir desde cuántos puntos de vista y con que infinitos recursos podría Zorrínez presentar su batalla a la amante de Don Ricardo, para lograr su objetivo, que consistía en que, conquistando a Don Ricardo, facilitándole la salida del gran atolladero de su vida, o bien por cuenta propia, arrepentida, resistida a seguir conviviendo con aquél, como dos casados, en la separación de hecho en que él vivía con su esposa, se marchara "la mujer" para La Habana, con sus familiares, o como querida del propio Don Ricardo, mantenida por éste para cuando antojárasele ir a la Capital, o en busca de otro hombre; o para y cómo mejor le pareciera y pudiera. Lo que anhelaba, lo que necesitaba Zorrínez era sacarla de Matanzas, de

un modo o de otro, y para alcanzarlo estaba dispuesto a emplear todas sus armas, tomando el caso como cuestión de amor propio, más que como de propia conveniencia, sin detenerse a pensar absolutamente para nada en los derechos e intereses, de todo los órdenes, de "la mujer" y "el chiquillo". Abordaría tan profundo, complejo y doloroso problema moral, con toda su sequedad de hombre que no sabe de amor de hijos, de amor de hombre y mujer, de ningún amor humano; con toda la sangre fría profesional con que, arrolladas las mangas, firme el pulso, serena la mente, aborda un cirujano el cuerpo de un semejante, tendido sobre la mesa de operaciones, en la precaria muerte del cloroformo.

Después que Zorrínez dejó redondeado su plan, no ha perdido un instante en su búsqueda de la intermediaria que necesita. Hoy la ha encontrado y complacidísimo viene a dar la interesante nueva a Doña Benigna; a pesar que con ello demora la diaria siestecita exigida por sus sesenta y tantos, y de que (lo repite para que se aprecie bien el sacrificio) hace este calor sofocante, de horno, tolerable sólo en los meses de la canícula.

Después de relatar, minuciosa y encarecidamente (también para que se le tenga en cuenta) todos los esfuerzos que ha tenido que llevar a cabo para conseguir la tal intermediaria, dice el Padre Zorrínez:

—Tú la conoces, hija. ¿No te acuerdas de la viuda de *Perecito,* el notario?

Moviendo la cabeza de un lado a otro, responde Doña Benigna, que no recuerda a la viuda de *Perecito.*

—Sí. ¿Cómo no te vas a acordar? Por indicación mía la has socorrido más de una vez. Es una de *mis* pobres; la que tiene la hermana paralítica, allá por la calle de la Merced. Una casita de azotea; que es lo único que tienen las infelices.

—Puede ser...

—¡Uh! Te tienes que acordar; una señora de edad gruesa ella, que siempre anda de negro y va mucho

a casa de Castro. Muy fina; muy discreta; buena creyente; que nos conocemos desde que yo estaba en Pueblo Nuevo... Bien. Le mandé un recado esta mañana. Vino en seguida. Al principio de ninguna manera quería. Se empeñaba en que era peligroso, además de que tenía sus escrúpulos. Pero logré convencerla, primero recordándole el ejemplo de los santos que se rozaron con el vicio, para mejor hacer el bien, y luego, pues... con el mazo dando, y a Dios rogando: le he ofrecido una ayuda regularcita...

—Pero, padre ¡por Dios! Yo sigo teniendo un miedo atroz de que *El* se entere, y no saquemos otra cosa que un nuevo escándalo.

—¡Ríete de escándalo! Además: es difícil que *El* se entere antes de que a nosotros nos convenga. Con el favor de Dios, y lo fino que pienso hilar en este asunto...

—Usted no le conoce, padre... ¡Por Dios!

—¿A quién? ¿A *El?* ¡Vamos, hija! ¿A qué persona que valga, o represente, o suene algo no conozco en Matanzas? Mejor que tú que eres casi... ¡eh! casi su mujer... ja, ja—al decir lo cual, guasón, congraciador, cerrando toda salida a su interlocutora, se frota las manos alegremente, para proseguir en el acto, ordenando, más que recomendando—. Conque, si Ortiz insiste en lo del viaje al campo, debes de irte en seguida. Así me dejas el terreno expedito; se aleja la probabilidad de ese escándalo que temes, y puede muy bien suceder que, cuando regreses, curada del cuerpo, te halles si no completamente sana, bien aliviada del alma.

Clava la vista, sugestionadoramente, en su oveja y:

—¿Eh?—pregunta.

—Si usted lo cree así.

—Cuanto antes mejor. De modo que *(mientras habla se pone de pie; toma de la silla donde lo dejó al entrar el sombrero y asume actitud de despedida)* entonces de acuerdo. Me voy a dormir mi siestecita. Despídeme de las muchachonas...

—Voy a llamarlas para que se despidan ellas.

—No. Déjalas. Estarán ocupadas; sobre todo la lectora. Bien. Mañana volveré a decirte cómo anda lo mío, y a saber cuándo se van ustedes. No olvides tenerme por ahí lo que vayas a dar para la fiesta de San Carlos, y el trimestre de las hermanitas, y un buen regalito para *mi* pobre, la viuda de *Perecito;* que bien se lo merece; porque, ya, ya es desagradable y expuesta la embajada que le hemos dado. ¿Eh?

—Sí, padre.

—Bien. Acuérdate de rezarle a Nuestra Señora de la Caridad para que nos saque con bien de esta.

—En seguida. A ver si al fin Dios permite que salgamos de esa maldita mujer.

—Hasta mañana, pues—y da media vuelta.

—Si Dios quiere, padre.

Cumpliendo con lo ofrecido en el mediodía, aquella tarde volvió el Doctor Ortiz a *Contreras 268.* Encontró a Doña Benigna en la propia mecedora y en el mismo lugar de la saleta que ocupaba ella en la anterior visita de él, y allí, sin perder un segundo, comenzó a interrogarla, auscultarla y a observarla con cierta notable ansiedad. Más notable que para la enferma, para las muchachas; quienes desde que advirtieron la llegada del médico se presentaron en la saleta y, colocándose una a cada lado de aquél, no le quitaron los ojos de encima un solo momento, empeñadas en descubrir en el inalterable semblante del veterano doctor el más leve gesto que delatara el efecto del sabio examen.

—¡Bien!—al cabo exclamó el Doctor, dulcificando a la vez la expresión de su rostro.—Nada de pericarditis. Esta mañana me sorprendió un poco (porque verdaderamente no había causas para que se presentase tal complicación) me sorprendió un poco al notar un principio de disnea, y como usted se quejaba de un dolorcito, y en el examen advertí cierto ruido sospechoso... Pero, nada; nada de pericarditis. Está usted ahora mucho mejor que esta mañana.

Y hablando consigo mismo:

—Sí, sí. Ni la palidez, ni la inflamación, ni aquel run run de derrame... ¡Claro! No podía ser. Bien. Muy bien.

En vista de las palabras y el gesto, tranquilizadores, del Dr. Ortiz, Adolfina (se presume que interesadísima) quiso saber si ya no era de tanta urgencia el viaje de su mamá a *Dos Ríos*. Dijo Ortiz, allí en presencia de Doña Benigna, que aquella indicación de él, siempre había sido y era de urgencia; que de no serlo, nunca la habría formulado, puesto que no ignoraba los trastornos e inconvenientes que eran naturales en tal caso; que a la enfermedad de Doña Benigna había que oponer, más que otra cosa, la tranquilidad moral que implicaba su alejamiento de Matanzas, sin contar con las ventajas de la distracción, el aire del campo y "otras etcéteras" que ofrecía la temporada en el ingenio. El viejo médico, un tanto desafecto a las drogas, callábase que recomendaba aquello, también en parte, para permitir a la naturaleza que hiciera su esfuerzo, sin alarmar a las buenas mujeres con la declaración de que nada tenía que indicarles. Después, en el despacho, cuando escribía el método a seguir por Doña Benigna en *Dos Ríos,* el Doctor, que hallábase allí con la sola compañía de Adolfina, a instancias de ésta, reafirmó su principio de equivocación en la mañana, cuando casi absurdamente pensó en una pericarditis, y declaró que, de haberse comprobado la sospecha, sí habría sido cosa de posponer el viaje; pero que no lo dijo él así desde un principio, por su táctica de, a los ojos de la enferma, restarle importancia a la enfermedad.

Decidido entonces.

Aquella misma tarde comenzaron los preparativos, con una carta de Adolfina para su padre; carta que llevó a la Playa el chófer de la casa de Contreras, y en la cual la muchacha dábale cuenta a Don Ricardo de la decisión del viaje para fin de semana, diciéndole a la vez que viniera, cuanto antes, a ponerse de acuerdo con ella en las disposiciones consiguientes.

Al otro día, desde temprano, se dió principio a la

separación de loza, cubiertos, cristales y utensilios de cocina, que habrían de envasarse en los baúles, resguardados con envoltorios de toallas, medias, paños de servicio y otras piezas que no importase arrugar. Esto hacíalo Carlota, con la ayuda de la criada que, con todo y que dejábase al novio por detrás, ya gozaba con lo que el viaje tenía de intriga, de sorpresas, de concesiones a la curiosidad, de comidilla picante y sabrosa para el gusto de la ingenua sonsacadora. Adolfina, contaba y separaba sábanas, fundas, ropa interior. Los criados trajinaban diligentes, en una especial limpieza de parte de lo que llevaríase a *Dos Ríos* y de todo lo que habría de quedar en Matanzas. Ellos, como todos los moradores de casa tan tranquila, tan dada a la monotonía de la vieja vida familiar provinciana, hacían interminable comidilla de aquel viaje, que sólo requería un equipaje de cuatro baúles y una carrera de automóvil, de media hora escasa. Tal si fueran a trasladarse a dos mil leguas del Yumurí, a tierras de usos, costumbres y naturaleza muy diferentes, hablaban de llevar ropas de abrigo, preparar un botiquín, no olvidar el frasco de colonia, una cajita de papel y sobres, un reverbero, el molinillo del chocolate; como hablaban de lo que cada cual habría de hacer: la cocinera ocuparíase de esto, el chófer de lo de más allá. Después, muy temprano, la mañana de la partida, el automóvil convenientemente preparado, daría un viaje al ingenio, con bultos, baúles y maletas, y luego, ya más calentito el día, toda la gente: Doña Benigna, las muchachas, la criada y la vieja cocinera. En la casa quedarían el viejo portero y Goyo, el cincuentón y negro criado de manos (la confianza de la familia) que tendría a su cargo el gobierno de la casa. El chófer, en el ingenio, al cuidado de la máquina; uno y otra listos siempre para cualquiera necesidad de venir a Matanzas con prontitud. Una mulatica, hija de Goyo, vendría de vez en cuando a barrer los cuartos, sacudir los muebles de los mismos y pasarle un paño a lo que fuera necesario. Era preciso ver qué

cantidad de dinero se le había de dejar a Goyo; qué era preciso reparar o innovar o preparar en el automóvil; cómo era posible urgir a la lavandera; qué obsequio sería a propósito para llevárselo a la familia del Administrador, residente en La Cidra. Era necesario despedirse de las Castro y de las primas de Pueblo Nuevo, visitar a las maestras de Carlota, pagar cuentas, oir misa y... seguía la comidilla.

Don Ricardo estaba enfermo, algo de catarro, y no pudo venir hasta dos días después. Por ello fué precipitado el final de los preparativos, y por ello ni tuvo tiempo Don Ricardo de irse al ingenio a quitarle un tanto su delator aspecto modernista al *chalet,* ni lo tuvo para otra cosa más que para aquella carta urgente, pero tardía, lacónica y confusa, al Administrador de Dos Ríos, ordenándole la limpieza y el mejor avío posible de la elegante residencia.

La mañana convenida partieron las cinco mujeres. Partieron después de que, las señoritas por propio sentimiento, las criadas por contagio, dieron una triste despedida a la vieja casona; como si de veras salieran de ella para irse a dos mil leguas del Yumurí, o como si tratárase de un ser querido que marchárase para siempre: frases de consuelo, mutuas recomendaciones, cariñosas advertencias, que intercambiábanse las que se iban y las que se quedaban, fingiendo todos una alentadora serenidad, al través de los labios temblones y los ojos empañados por las lágrimas.

La máquina, no obstante su corte anticuado y su lustro de uso, daba un buen golpe de vista: brillante la caja, recién esmaltada de gris; lucientes los metales, acabados de pulir; flamantemente uniformado el decorativo chófer; airoso el grupo de mujeres que tenían el honor y la comodidad del amplio asiento posterior, y que llevaban, las jóvenes, boas, gasas, y plumas, flotantes en la ventolera levantada por el auto. Este corría descubierto; porque aún era muy tibio el baño de sol, que grato y jocundo caía sobre la vetusta ciudad, descolorida y polvorienta, mísera y destartalada, por el arrabal del Palmar de Junco,

que seguía la máquina, humeante y fragorosa, en demanda de la salida de La Jaiba.

¡Lástima que para alimento de sus filosofías, no hubiese Alfonso pillado algunos de los diálogos surgidos en las casuchas orilleras, al paso ruidoso, diríase que desafiador, de la suntuosa y pujante máquina!

—Ahí va Doña Benigna; la que me dió un peso cuando la suscripción—dijo una mulata, escuálida y trapienta.

—¡Figúrate! ¡Un peso!—respondió el marido, mestizo asimismo, y tipo de albañil, por las estrellas de cal que le manchaban el sombrero, los zapatos y los pantalones—¡Un peso! Que es como quitarle un pelo a un buey. Con lo que van a gastar ellas en gasolina hoy, tendríamos nosotros para toda la semana.

En la puerta de un solar. Dos mujeres blancas, miserables de carnes y de ropa, con sendos chiquillos en cueros cabalgándoles en un costado:

—¡Ah, mira! Esa señora ¡es más buena! Me ha dicho mi sobrina que es la que más da para la Beneficencia.

—Sí; si yo la conozco. Es la que iba al Hospital los sábados. Pero, muchacha, ¡con lo que llevaban encima las hijas cada vez que iban al hospital!

En una casa en construcción, entre las últimas por aquella parte de la ciudad. Tres obreros españoles labran unos cantos echados en la orilla de la calle. Uno, el más alto y fornido de los tres, que gasta luengas barbas tolstoicas dice:

—¿Eh? ¿Qué tal? Después de un paseíto así, bien se puede creer en Dios, y dar una limosnita a los pobres. ¿No?

Luego, desde la carretera labrada en las alturas que por aquella parte dominan la ciudad, y como todo sitio elevado dentro o fuera de la misma, es un delicioso mirador, las mujeres gozan el triunfo del sol sobre el poético paisaje de casales y arboledas; sobre el lago de estaño, que es allá abajo la anchurosa bahía; en los trazos planteados del San Juan, que a

trechos rompen el verdioro de los campos lejanos; en los sembrados, sitieríos y palmares, que corta la gris franja del camino, y que, en consorcio con el sol, alegran el bullicio de las aves, el cencerreo de las vacas y el ladrido de los perros azuzados por el raudo automóvil.

El chófer va tieso, orondo, gozando la admiración que levanta su destreza, en las que van a ésta encomendadas, y la parte de envidia que le toca, de la que ponen en el lujoso auto guajiras y guajiros. Va la negra vieja, sintiendo violenta la nostalgia del caballo de silla, de la antigua duquesa familiar, de las propias largas jornadas a pie, ante aquel temerario volar de la poderosa máquina. Va la criada gallega con el embullo de lo que espera en el ingenio, sólo por dentro; porque va viéndolo todo, con inexpresivos ojos bovinos; sin emociones, ni recuerdos, ni grandes muestras de asombro; lo mismo si pasa hacia atrás un puente, que un palmar, que una quinta muy blanca resaltante en el verdor de los frutales. Va Carlota con el rostro de Dolorosa; atenta al abrigo de la madre, al efecto que le causa una ráfaga, un prolongado golpe de sol, un salto del vehículo. Va Doña Benigna, esforzándose por contener una crisis de tristeza; con su mundo de ideas deprimentes agitándola, enloqueciéndola diríase: si del enredo de Zorrínez saldrá un escándalo inútil o un milagro salvador; si aquel prolongado abandono del *268* no será causa de alguna calamidad inesperada; si el ingenio le dará la salud perdida, o si ha de volver en aquel mismo automóvil, por la propia carretera, camino del cementerio, dejando detrás a las hijas deshechas en lágrimas, rotas de dolor, olvidadas en el mundo, con el doble luto de su orfandad y de la ignominia paterna, ennegreciéndoles la joven vida. Va Adolfina, con el choque de las mismas ideas tristes, que afligen a la madre, y las emociones de aquella carrera del automóvil, al través del portentoso y cambiante paisaje de los alrededores matanceros, en el fresco y la fragancia de la soberbia mañana tropical,

rumbo al sitio donde radiante de felicidad, la espera el amado; va acompañada de los suyos; ahora por entre largos cañaverales y extensos palmeríos, a medio kilómetro por minuto; hacia la Dicha, o hacia el Dolor, que el destino le reserva, allá adelante, al fin de la carrera.

VIII

EL PRIMERO EN LOS OJOS

La máquina, con frescas manchas de barro colorado en las ruedas, trepidante aún, se detuvo en la entrada del *chalet*. De un grupo que, armado de palas, tijeras y rastrillos limpiaba el jardín, corrió un hombre chaparro, con aspecto de capataz, a comunicar a Alfonso la llegada de la familia, y cuando ya las muchachas bajaban del vehículo, hundiendo los finos tacones en la arena húmeda del camino, salió a recibirlas el joven mecánico. Como en sus recordables mañanas del *268*, llevaba el último camisa azul, a mangas recogidas por los codos, nuevo *overall* khaki y borceguíes color avellana, lustrosos y ajustados. Se fué rectamente hacia las que llegaban; la gorra de hule negro en la diestra y el rostro arrebolado por la emoción. Al través de una sonrisa que destellaba felicidad, ofreció un trémulo:

—Buenos días.

Todas las mujeres correspondieron al saludo, y Adolfina, que hallábase tan emocionada como él, tuvo el arrojo de alargarle la mano, fría y temblorosa, y de unir al "Buenos Días" un "¿Qué tal?", que si a los oídos de las otras mujeres sonó a banal formulismo, evadiósele a ella de lo más adentro del alma.

Ya Carlota, desde que vió al joven, había apuntado:

—Es Valdés. ¡Qué bueno!

La criada—¡cómo no!—le había hecho alegre eco:
—¡Qué bueno!

Y Doña Benigna, desde que le reconoció y supo que era el encargado de arreglar el *chalet,* declaró su complacencia por la designación. Además de persona conocida, era un joven formal, respetuoso e inteligente. Sólo "ese hombre" (entiéndase Don Ricardo) había podido ir a chocar con Alfonso.

Entraron todos en el chalet. Por allí no quedaban más obreros que Alfonso y los que, en el jardín, limpiábanlo y arreglábanlo. Sin un segundo de demora, las mujeres empezaron a curiosearlo todo minuciosamente, descubriendo sus impresiones con breves frases exclamatorias: "¡Qué cuartos más chicos!", "¡Qué cuadros más indecentes!", "¡Qué baño más precioso!". En este recorrido por la planta baja quedó justificado el criterio de Doña Benigna con respecto al joven mecánico. El baño estaba como un espejo limpio: reluciente y sin una partícula de polvo. En la cocina, sólo faltaba la batería que habrían de desplegar en ella la cocinera y Carlota, para que ésta no pudiera ponerle un pero en cuanto a orden y limpieza. No era posible mejorar la distribución que el joven diera a los muebles mayores: camas, armarios, mecedoras. Y difícilmente una mujer hubiera tenido un más delicado toque de espiritualidad como el que, puesto por Alfonso, fué grata sorpresa de las mujeres al entrar en la sala: en la céntrica maceta de cobre repujado, un nutrido y artístico ramillete de rosas, ponía su fresca y alegre nota de color y de perfume.

Doña Benigna, después del ajetreo del viajecito, no sentíase con valor para subir escaleras. Incontenablemente fuéronse al alto las jóvenes, a ver de una vez hasta el último mueble y el más apartado rincón de la nueva casa. Alfonso aprovechó la coyuntura para decirle a la señora que él había quitado de la columna aquella unas mujeres desnudas, en un grupo de alabastro, y que las tenía en la despensa, bajo llave entre un montón de papeles, hasta que ella dispusiera

qué habría de hacerse con tal adorno. Advirtió además que, por temor de entrometerse más de la cuenta, no había descolgado aquellos desnudos de la sala, que tan idecentes pareciéronles a las muchachas; pero que si la señora lo ordenaba...

La señora, con los ojos bajos, abochornada como una colegiala que oye un crudo requiebro callejero, balbuceó unas palabras de aprobación a lo hecho por Alfonso; le pidió que descolgase los cuadros, y sin pensar para nada en el valor material, o artístico, que aquéllos y la escultura de marras pudieran tener, le dijo que los tirase por ahí, o bien que viese si encontraba quién le diera algo por ellos. Lo que le dieran, que se lo quedase él, como un regalo. Porque es de comprender que los bonos de Alfonso Valdés, en el concepto de Doña Benigna, subieron aún más, muchísimo más, con aquella nueva muestra de moralidad y decencia.

Cuando bajaron las jóvenes, encontraron a Doña Benigna anchamente sentada en una mecedora, frente a una ventana abierta, con la mirada perdida en el jardín, y a Alfonso, encarcelando en la despensa, junto con las Tres Gracias, las impúdicas modelos de los cuadros que habían adornado la sala hasta un momento antes.

Comenzó entonces el trabajo de vaciar baúles; en el cual afanáronse habladoras y diligentes las jóvenes y las criadas, con la discreta ayuda de Alfonso, que sólo acercábase cuando se trataba de mover un baúl, cargar algo pesado, o cualquiera otra cosa que requiriese fuerza y maña.

Mientras realizaban la anterior faena, como cada vez que habían estado el uno a la vista del otro desde que llegó ella al *chalet* momentos antes, Adolfina y y Alfonso se miraban insistente, habladora, amorosamente. Era el carácter criollo, franco e impetuoso, que mostrábase indomable en el amor nuevo, fuerte, instintivamente persuadido de su fuerza y naturalidad. Exceptuemos a María—toda ojos y oídos, maliciosos—y podremos creer que las otras mujeres que

trajinaban por allí hacíanlo muy distraídamente, demostrando hallarse—¡almas del Limbo!—por completo inmunes de toda inquietante sospecha.

Las ideas de Adolfina en cuanto a relaciones entre novios, eran un tanto confusas, por la forma excepcional en que habíalas adquirido. Sin puntos de comparación en la familia propia o entre gente amiga; sin más observaciones en la materia que las breves y anormales, obtenidas en el acecho de aprovechadas parejas ventaneras y en pasadas confidencias de alguna desaprensiva condiscípula; sin otras fuentes de ilustración que el cine exótico y el teatro y la novela, en "nuestra" obligada mezcla de lo francés y lo español, con su desconcertante contraste de costumbres y modalidades morales; sin—por esas mismas lecturas y observaciones—fiarse ya mucho de su madre, quien además poco habíale hablado de estas cosas, la joven hallábase desorientada en esta cuestión que érale interesantísima a partir de aquel día, de aquella propia hora. Ignoraba a punto fijo cual habría de ser su *deber* si, después de tantas cartas apasionadas, con aquella oleada de felicidad que colmábale el alma, con tan infinitos deseos de hacer concebir al novio lo inmenso de su amor, al hallarse solos la primera vez, Alfonso, efusivo, loco de entusiasmo, se apoderaba de una mano de ella, para estrujársela con la de él, o si tierno, para posar trémulo y dulcemente sus labios en los de ella, de improviso pedíale un beso. Con esta duda, que desde Matanzas venía perturbándole la dicha de aquella mañana, llegó la ocasión en que pudo ella facilitar un rápido encuentro con él, a solas, para un breve intercambio de palabras. Vacíos los baúles, era el momento de ir distribuyendo lo extraído de ellos. Carlota y la criada podían ir llenando los armarios y arreglando los cuartos, mientras la cocinera entenderíase con lo de su cocina, y ellos, los novios, tomaban a su cargo el arreglo del piso alto, sobre todo los estantes de libros; subiéndolos él; colocándolos ella. Pero ¿digno y prudente que lo hiciera? ¿Qué podría pensar de ello el propio

Alfonso, más tarde, cuando lo juzgase fríamente? Así se preguntaba la que, al propio tiempo, ponía en la mirada con que parecía preguntárselo a él, y en las inflexiones de la voz con que daba sus indicaciones a las otras, y en el ansioso palpitar de su pecho, y en el blando aire de su ser, armónico en belleza de la carne y del espíritu, besos y caricias tan francos, sensibles y perturbadores, que más no habría de serlo el apretón de manos o el beso, que pudiérales aguardar en el alto, dentro de la solitaria y minúscula biblioteca, ante los amplios y cómodos butacones acojinados de rojo.

Como si en tan propicias condiciones hubiérase operado en ellos el fenómeno telepático, en el momento en que ambos quedáronse solos, por haberse ido las otras mujeres a cumplir su parte del programa; cuando casi transparentábanse los pensamientos de ella al través de sus dulces ojos, que el amor agrandaba, preguntó él insinuantemente:

—¿Y los libros? ¿Quién va a subirlos y a colocarlos en los estantes?

—¿No estará mal que lo hagamos tú y yo, solos?

Se acercaban los pasos de la criada, y Alfonso no pudo continuar más que con un "¡Vamos!", si casi afónico, muy imperativo, por el estado de ánimo de Adolfina y por la expresión de mando, irreplicable, con que lo dijo él.

Subieron, él delante, ella detrás, con sendos montones de libros en los brazos.

Rojos y anhelantes, tanto como por el esfuerzo físico, por la emoción de aquel grave momento, pusiéronse a colocar los volúmenes en la tabla superior de uno de los estantes, sin cuidarse de ningún orden de autores, materias, tamaños o encuadernaciones; mudos, hasta que terminada la operación, él, insistiendo en su idea, propuso:

—Quédate. Yo los subo, y tú los colocas. ¿Quieres?

Como ella quiso, él se atrevió a decir que, teniendo la mar de cosas de que hablar con ella, lo harían en seguida, entre viaje y viaje. Hallándose Adolfina en

el mismo caso, con otro mar de cosas que contarle a Alfonso, aceptó, con la condición de que hablasen muy quedo y sin prolongar mucho las estadas de él en el alto, a fin de no infundir posibles sospechas.

Hablaron. Muy entusiasmados, olvidaron a veces, imprudentemente, las precauciones acordadas, y queriendo decírselo todo, no se dijeron más que frases cortas, incongruentes, mezcla de lo más banal con lo más interesante:

—¿Me quieres?

—¿No lo sabes?

—Si no me lo dices ahora, no.

—¿Y tú no me quieres?

—¿Yo? Con toda mi alma.

—¡Ah! Pues yo lo mismo.

—¿Y si tus padres, al fin, se oponen a nuestras relaciones? ¿Ya lo tienes pensado?

—No. Ni quiero pensar ahora. Me siento muy dichosa para pensar.

Luego:

¿No se había perdido ninguna de las cartas? ¿Se prolongaría mucho la estada de ella en el ingenio? ¿Y María que tal? Era muy inteligente y muy buena con ellos; pero se insinuaba demasiado; con tan asidua oficiosidad resultaba hasta peligrosa, la muy tonta. ¡Oh la muy quizás qué! Pura Castro pensaba pasarse una semana en el ingenio; cosa que podría convenir. La enfermedad de Doña Benigna no sería cosa grave, ¿verdad?

Y así prosiguió el diálogo, hasta que, terminados el acarreo y la colocación de los libros, que eran los escasos seleccionados por Adolfina para las noches del ingenio, aquél tuvo un romántico epílogo, que acabó de marcar con piedra blanca el, para ella y Alfonso, inolvidable día de la confirmación de su amor.

Estaban los dos de pie, frente a frente. Ella queriendo sonreir entre las lágrimas que la alusión a la enfermedad de la madre arrancara de sus bellos ojos; él mudo, enternecido, con el corazón del tamaño del pecho, incapaz de prodigar otro consuelo que el

de su mirar triste y compasivo; los dos en un minuto propicio al primer resbalón.

Quiso él realizar un esfuerzo para que acabara de asomarse y brillar en los húmedos ojos de ella la bienhechora sonrisa, como sale y brilla el sol entre agoreras brumas, e inquirió, levemente trocando en alegre la melancólica expresión de su rostro:

—¿Leíste la última novelita?

—Sí. ¡Qué linda! ¿Verdad?

—Y al leer lo de la entrevista ¿no pensaste en la nuestra?

—Sí. Cómo no?

—¿Y por qué no me dejas besarte como él la besó a ella?

—No—pero era un "no" débil, casi afirmativo, más bien incitante.

—Sí. Como ellos. En los ojos.

—¿Y si hacemos mal?

—¿Por qué? ¿Tú no me quieres? ¿Yo no te quiero?

Y se acercó tímido, implorante; los ojos en adoración poderosa clavados en los extáticos de ellas, que inquirió ya rendida:

—¿En los ojos?

—Sí.

—¿Una sola vez?

—Sí.

—Ven.

Cerró los ojos, y Alfonso doblando el cuerpo sin poner un dedo en el de ella, la besó en los párpados, de sedosas y largas pestañas, con el temblor propio de la ocasión y el instante: temblor de "primer novio" que da el beso inicial a la "primera novia."

Cincuenta y cinco años. Alto y macizo. Busto erguido y arrogante. Tez sanguínea, curtida por seis lustros de soleamiento en bateyes y cañaverales. Pelo rubio, que aún las canas no clarean. Rostro depilado a punta de navaja. Medianos ojos grises, enérgicos e inteligentes. Dentadura limpia, fuerte, completa. Facciones de centroeuropeo sin mezcla con

linajes exóticos. Invariable terno de dril crudo, tan limpio y planchado que sin duda alguna el cambio realizábase cada mañana y, de ser preciso, repetíase a cualquiera hora del día. Botines amarillos, sólidos pero de hechura excelente. Gruesa cadena de oro, tendida, como una hamaca, de uno a otro de los bolsillos inferiores del chaleco. Voz robusta y bien timbrada. Hablar reposado y muy discreto; lo último con mayor razón cuando tratábase de todo lo que hay en el Universo fuera del mundo constituído por la casa de calderas, el batey y los campos de caña de un ingenio. Conjunto: uno de esos hombres que no obstante llevar de vencido medio siglo de vida, por lo sano, limpio y bienhecho de su figura y la simpatía e inteligencia dimanantes de aquélla, pueden más con hombres y mujeres que muchos prójimos en comienzo de carrera. Así era, en superficial impresión, Don Luis, el Administrador de *Dos Ríos.*

De doce a doce y media; cuando la familia había terminado el almuerzo, y Alfonso despachaba el suyo en la fonda que ya conoce el lector, llegó Don Luis al *chalet,* en visita de presentación y cumplimiento.

Recibiéronle en la sala, Doña Benigna y Adolfina; Carlota y las dos criadas no dejaban de la mano el arreglo de la casa, que todas, naturalmente, querían ver terminado antes de la noche.

Como apuntáralo Alfonso en su recordable diálogo con Estrechotorena días atrás, al decir que Don Luis no ignoraba que vivía sobre un volcán, el buen hombre últimamente hallábase preocupadísimo con la forma aguda que iba tomando la cuestión obrera en *Dos Ríos.* Esta preocupación, por razones que luego se dicen, habíase intensificado fuertemente aquella mañana, y Don Luis, no siéndole posible conversar de otra cosa que del ingenio y máxime porque sentía la necesidad de hablar de lo que preocupábale, después de interesarse por la salud de la señora y ofrecerse, como Administrador y como amigo, para cualquier servicio que necesitase la familia, llevó la plática a su batallona cuestión, con no poco desconcierto

de sus interlocutoras, perfectamente ignorantes de todos aquellos asuntos de que de un modo inesperado y con viveza y entusiasmo extraordinarios, hablábales Don Luis.

Cuando (explicaba Don Luis) al terminarse la zafra anterior determinó Don Ricardo introducir enormes reformas en la maquinaria y el material rodante del ingenio, a fin de duplicar la producción y así aprovechar la subida del azúcar, hiciéronlo él y sus colaboradores con el temor de que no fueran bastantes los meses del tiempo muerto para realizar los trabajos, y de que, por lo mismo, sorprendiérales el improrrogable período de la zafra sin tenerlos terminados. El, Don Luis, había sido y todavía era el más desconfiado del buen éxito en aquella riesgosa empresa que teníale por uno de sus jefes responsables. Los riesgos principales eran las lluvias propias de la estación; la escasez de transportes producida por el súbito desborde comercial e industrial del país y la probable falta de brazos, agravada por la "moda" de las huelgas. El tiempo presentábase favorable; Don Ricardo, a empujones y untando grasa a derecha e izquierda, iba venciendo las dificultades de los transportes; pero (¡ah!) el problema obrero, que era precisamente el que él tenía que sobrellevar e ir solucionando discreta e inteligentemente, había sido, y amenazaba serlo cada día más, el gran problema. A fuerza de concesiones, de soportar la intransigencia de los cabecillas obreros, de permitir las más absurdas fiscalizaciones y protestas de los delegados de talleres y departamentos; a fuerza, en fin, de tragarse día tras día el deseo de hacer un sonado escarmiento con tales cabecillas, habíase logrado *nada más* que no perder una hora de trabajo hasta entonces; pero nunca la certeza, ni aun la probabilidad de llegar a la terminación de las obras antes de que un grave conflicto obrero echase por tierra, con un ruinoso atraso, los cálculos de Don Ricardo y de él. Era que los señores obreros, conocedores de esos cálculos, y de las esperanzas puestas en ellos, apre-

taban el tornillo incesantemente, habiendo llegado ya, en aquellos últimos días, a una tirantez por demás peligrosa e irremediable.

—¡Estamos en una situación terrible—exclamó Don Luis en el calor de su discurso acerca de lo que tan fuera de quicio traíale; olvidado de que Doña Benigna, precisamente había venido al ingenio en busca de saludable tranquilidad.—Sí, señora: estamos en una situación terrible. Sin ir más lejos, esta mañana he sabido que se prepara una reunión de la cual puede salir el temible estallido, y aquí me tiene usted sin saber qué medidas tomar para ponernos en guardia. La noticia me la ha traído un individuo de confianza, que he logrado meter en el estado mayor de esa gente; pero los condenados proceden con tantas precauciones, lo traman todo con tanto encono, con intenciones tan negras, que mi hombre no ha podido saber, hasta ahora, cuándo, ni dónde, ni en definitiva para qué, se va a reunir el cónclave de alborotadores. ¡Conque, ya puede usted calcular!

Ya hacía un buen rato que calculaba Doña Benigna. Era un nuevo crimen de aquel hombre sin conciencia (Don Ricardo, desde luego) el haberlas dejado venir a ella y a las muchachas, al ingenio, sin decir una palabra acerca de lo que acababa de explicar Don Luis. Y ahora, después de hallarse allí, ¿qué? ¿La temeridad de quedarse? ¿O derrumbar la esperanzadora intriga del Padre Zorrínez, regresando a Matanzas aquella misma tarde? En el pueril deseo de dar una salvadora idea en el conflicto, la consternada señora, se atrevió a preguntar:

—Pero ¿no será que los obreros ganan muy poco?

—¿Poco?—replicó vehementísimo Don Luis—. Si hoy vale más ser obrero que empleado, o profesional, o pequeño capitalista. No es preciso estudiar, no se tienen responsabilidades, no es preciso el cuello, ni la corbata, ni el traje decente, ¡y se ganan ocho y diez pesos diarios...!

—¿Todos ganan eso?

—Todos no, por supuesto. Los que realmente sa-

ben algo; pero no hay uno, ni el más inútil, que reciba menos de cinco pesos diarios. Lo que no conseguía en otro tiempo un buen operario.

—Será que ahora todo está carísimo—se atrevió a objetar Adolfina, con la aprobación de su madre, que hizo un gesto afirmativo.

—No, hija—volvió a saltar el impetuoso Don Luis. Es que se les ha metido en la cabeza que son dueños del mundo y que han de arreglarlo a su gusto. El que tiene dinero, y dándoles trabajo, les da de comer es un enemigo de la peor especie al que es preciso aniquilar por cualquier medio. Puesto que tiene dinero, aunque lo haya trabajado muy duro, es un ladrón, y es de justicia quitárselo para repartirlo entre todos los ineptos y todos los haraganes del mundo. Ya no hay respeto a los jefes, ni el menor interés en la industria o el negocio que da el pan. La disciplina del trabajo es una esclavitud, y el que destruye; o mejor, se apropia de algo que pertenece al rico, es un magnífico y encomiable reivindicador, que merece la más acérrima defensa de sus compañeros en caso de ser descubierto. Y así ve usted cómo los capataces apañan a los que se hacen los bobos y rinden en seis horas el trabajo de dos o tres; cómo esos capataces tiemblan ante los señores delegados; cómo todo un hombrón no puede llevar más de cien libras en una carretilla, y cómo vuelan los bronces, las herramientas, las latas de pintura...

—¿De veras?—interrogó alarmada la joven.

—¿Así?—le hizo dúo Doña Benigna.

—Así mismo; como ustedes lo oyen. Y lo que les repito: impunemente. Ahora mismo: hace varias noches que la han cogido con robar en las casas de los empleados principales. Ropas, zapatos, relojes, dinero; algunas veces rompiendo puertas y ventanas, descerrejando muebles. Y nada: cada sospechoso que se detiene, es un angelito, un compañero muy honrado y trabajador, para los otros compañeros del sindicato.

—Pues si es así como usted dice—contestó visiblemente alarmada Doña Benigna—ahora mismo empezamos a recogerlo todo, y esta misma tarde nos vamos para Matanzas.

Adolfina clavó los ojos, ansiosamente, en el rostro de Don Luis. Deseaba, con todo el corazón, una respuesta sosegadora.

Don Luis, notando de súbito que, por su preocupación y su acaloramiento, venía incurriendo en un gran disparate, se apresuró a rectificar, en cuanto le fuera dable, sin que tuviérasele por exagerado y conversador:

—No. No es para tanto, ni para mucho menos. El conflicto si llega a presentarse, no será otra cosa que una paralización del trabajo. Nada más. Porque para cualquiera repentina alteración del orden contamos con un destacamento de media docena de hombres y un cuerpo de veinte guarda-jurados, que en estos días redoblan la vigilancia, e inmediatamente tendríamos aquí veinte o treinta hombres del Orden Público, de las fuerzas que hay por estos alrededores, con los cuales tenemos buen cuidado de entendernos bien.

—Sí; pero de todos modos sería muy desagradable que nos viéramos metidas en una situación de fuerza así.

—No. No creo que llegara a tanto la cosa. Además con ustedes nadie habría de meterse, y en último extremo, tiempo hay siempre de regresar a Matanzas en caso de apuro.

Y por dejar definitivamente confiadas a las mujeres; por más que él estaba lejos de tenerlas todas consigo, reafirmó segurísimo:

—Por más que insisto en decirles que no ha de ocurrir nada grave. Pueden ustedes quedarse completamente tranquilas.

Y, poniéndose de pie, muy nervioso, disgustado con sí mismo, deseoso de terminar, agregó:

—Muy tranquilas. Ya vendré por aquí yo a ver

si les hace falta algo. No les dé pena de llamarme para cualquier cosa que puedan necesitar; que, por mi parte, en caso de alguna novedad vendré a darles la noticia en seguida. Ya mandaré a la familia a hacerles una visita. Mis hijas pueden hacer porque les sea menos aburrido el ingenio a las muchachas.

Un apretón de manos campesino; es decir, franco y recio, a las dos mujeres, y se marchó Don Luis, dejándolas ya un tanto más tranquilas con las últimas palabras que les dijera.

No bien había desaparecido el Administrador, Adolfina le dijo a su madre:

—Oye, mamá: están muy bien las seguridades que Don Luis nos ha dado en cuanto a una posible huelga en el ingenio; pero ¿y lo que dijo de los ladrones de noche; que violentan las puertas y se meten en las casas?

—¡De veras! Es preciso mandarle un recado, a ver qué dice; si le es posible ponernos, de noche, unos guarda-jurados por aquí cerca.

—Eso es; en cuanto venga Valdés, le mandaremos con el recado.

Y se quedó con la mirada fija en los ojos de la madre. Se le había ocurrido una idea; una idea imprudentísima, pero en la cual la muy ingenua no llevaba más intención que la de tener al novio en casa, lo más cerca y el mayor tiempo, posibles. Y la expuso con el más natural desenfado.

—Mira: se me ocurre que el mismo Valdés puede acompañarnos en las noches. Se le arregla uno de los cuartos del servicio en los altos, y como todas nosotras, hasta las criadas, vamos a dormir aquí abajo, pues, al pelo. ¿Qué te parece?

Con la opinión que Doña Benigna tenía de Alfonso, la idea le pareció genial, propia de la clara inteligencia de su hija. Tan pronto como regresó Alfonso, Adolfina le comunicó el proyecto y le pidió su conformidad, con el mismo alborozo con que se presume que lo recibió y aceptó él.

Y así, Alfonso desde aquel día tuvo una habitación

bajo el mismo techo que la enamorada; es decir, que la enajenada, que tan locamente enamorábale a su vez. Desde entonces empezó a vivir, constantemente, de día y de noche, junto a la que aquella propia mañana habíase iniciado en el deseo, con un beso de inmensurable gloria.

IX

SE TORNA ASFIXIANTE EL POLVILLO ROJO QUE ENRARECE LA ATMOSFERA

Al fin Don Luis no pudo enterarse de la fecha, la hora y el lugar de la inquietadora reunión obrera. Su hombre de confianza todavía era de la desconfianza de los experimentados directores del jornalerismo en *Dos Ríos,* naturalmente dispuestos a poner en cuarentena a cuantos repentinamente colábanse en la piña de aquéllos, sin que se les notaran las frases y actitudes propias de los fogueados en la lucha.

"El Almacén", donde como anunciáraselo *El León* a Caín y Alfonso reuniéronse los mencionados directores, era un rectangular caserón de madera y zinc, situado en el entronque del ramal del ingenio a La Cidra, con la línea de los Ferrocarriles Unidos de La Habana, a unos dos kilómetros del batey. Cuando dichos ferrocarriles andaban escasos de vagones (mal endémico) "El Almacén" entraba en servicio, sirviendo de depósito a los sacos de azúcar que incesantemente salían de las centrífugas de *Dos Ríos.* Durante el tiempo muerto almacenábanse allí doscientos o trescientos sacos para probables ventas en Matanzas o Cárdenas. Así, salvo el inconveniente de tener

que ir tantos hombres, a media legua del batey, en altas horas de la noche—lo cual no era propicio a la ocultación y sí a la sorpresa y el "componte"—el lugar escogido para la junta de los conspiradores era ideal: amplitud, aislamiento y dificultad de toda sorpresa.

Para salvar el inconveniente aludido, los ases obreros (por algo lo eran), fácilmente hallaron un plan. De día y de noche maniobraba una locomotora entre el entronque y el batey: recogía en el primero carros llenos de maquinaria, materiales, carbón, etc., y los retornaba cuando había un buen número de los mismos vacíos. Entrada la noche, situóse uno de estos últimos en un lugar aislado y oscuro. Los asistentes a la reunión, al terminar el cuarto de la media noche, simulando que se dirigían a la fonda en busca de un trago de café, fueron escurriéndose cautelosamente, uno a uno, hasta el consabido carro, dentro del cual ocultáronse calladitos, juiciosamente divorciados de puros y cigarrillos delatores. Al igual que el sereno de "El Almacén", el fogonero y el retranquero de la locomotora mencionada, eran "camaradas de las ideas". Maquinista para aquella noche lo fué Caín Romero, quien con ese objeto cambió de turno media semana antes; sagazmente; porque, "por si acaso", no le convenía alejarse mucho de la Causa. Del modo dicho, la sirvió sin el riesgo de asistir a la reunión, en la cual, además, presentóse el proyecto de manifiesto, que llevaba su firma, pero que había redactado Alfonso Valdés. A la hora prefijada, una menos cuarto, la locomotora, entre otras maniobras, fué a buscar el carro-soviet, y en medio de una ensarta de "vacíos" llevóselo al sitio convenido.

Una mesita de pino blanco, virgen de pinturas; dos recios y rústicos taburetes; un porrón y una lata con agua; algunos sacos de azúcar en circular gradería, y la habitual, debilísima bombillita eléctrica de "El Almacén", constituían todo el avío del punto de reunión. Asistentes: doce delegados de los distintos departamentos del ingenio, entre los cuales sobresalían,

en ascendencia sobre sus compañeros, *El León,* que como "Secretario General de la Sucursal del Sindicato de Obreros de la Industria azucarera en *Dos Ríos*", llegó cargado con libros, papeles y recado de escribir, y Pablo Milanés, un negro joven, alto, bien plantado y de expresión enérgica e inteligente. Para mayor internacionalismo, había, entre los delegados, tres españoles; un mexicano, de inconfundible contextura maya; dos avispados mestizos criollos, y un japonés, cuadrillero en el departamento de centrífugas. El sereno, también español, quedó encargado de mantener la vigilancia, por sobre los cañales vecinos, desde un obscuro ventanal de "El Almacén", a la altura de una tonga de sacos.

Significativamente, y de acuerdo con las prácticas sindicalistas, una vez reunidos los delegados eligieron para "director de debates" al compañero Milanés.

Al abrir la junta, Milanés expuso el objeto de la misma. Después dijo que era la hora de la acción solidaria, inteligente e imposponible contra el enemigo común, y no la de controvertir acerca de las ventajas del anarquismo sobre el socialismo, o viceversa. Los discursos salían sobrando. Los que estaban allí reunidos, por el simple hecho de estarlo demostraban ser hombres que no necesitaban ser convencidos con discursos. Era preciso ahorrar tiempo, disensiones y el peligro de la propia delación, hablando en el tono bajo con que él mismo hablaba en aquel momento, refrenando su famosa voz de orador mitinesco. La situación en el país continuaba siendo la misma que existía y que fué acremente comentada en la reunión anterior. La libra de azúcar a veintitrés centavos era una bendición del cielo... para los ricos. Los obreros en medio de "la brillante situación del país", constituían una inmensa excepción; porque lo de los ocho y diez pesos diarios era irrisorio: un choteo, por el bárbaro encarecimiento de la vida. Y mientras los obreros tenían que hacer huelga tras huelga para no pasar hambre, los poderosos hacían una aladinesca multiplicación de bancos, *chalets,* ca-

sinos, automóviles, y daban el ruidoso golpe rastacueril de importar cantantes averiados, a diez mil pesos por función. Resultado que debían esperar los obreros de la "brillante situación del país", ir viviendo malamente, como antes de la misma, como siempre, y después del rápido descenso del río de oro, recoger el cinturón dos o tres puntos y aguantar el palo de la vela ajena.

La situación en *Dos Ríos* era fiel reflejo de la existente en toda la Isla. Al terminarse la zafra anterior, Don Ricardo se encontró con media millonada de más. Entretanto, sus obreros (factor consciente e imprescindible) quedaron con los bolsillos planchados, y por dentro la cruel, eterna compañera del pobre: la desesperante incertidumbre del porvenir más inmediato. No se pretendía, por el momento, una socialización absurda, ni el reparto de utilidades mediante una complicada contabilidad de tantos por cientos; pero sí que, de la misma manera que Don Ricardo preparábase para triplicar o cuadruplicar aquel medio millón de reciente ganancia, se distribuyese parte de tan enormes rendimientos en unos sueldos y jornales que permitieran un justo y proporcional disfrute de todos en la "brillante situación del país". Pero ¡ilusiones! Para Don Ricardo, como para todos los de su clase, el trabajador no es un prójimo con dignidad, conciencia y aspiraciones, sino una de tantas cifras del capítulo de egresos: tanto de fletes, tanto de carbón, tanto de reparaciones y tanto de mano de obra.

—Pues bien, compañeros:—remató Milanés, recalcando las palabras que van con bastardilla—*por ahora;* esto es, para obtener de Don Ricardo lo que, por el momento es nuestra más exigente necesidad, no hay otro recurso que la huelga. En cuanto al problema general, *a lo por venir,* ya estamos todos conformes en que esta misma huelga y las que necesariamente vendrán después, nos han de traer lo inevitable y definitivo: la Revolución. (¡Eso!—exclama *El León),* de procedencia nacional, o *importada* de don-

de nos han venido la Enmienda Platt, el boxeo y los bailes al trote; puesto que no hay nada, para acercarnos al fin, como la gimnasia de la huelga, fortificante y disciplinadora para los músculos obreros, depauperadora, a la vez, de las energías burguesas. Ya, ya entonces les impondremos a Don Ricardo y sus congéneres, no sólo lo *razonable*, sino lo *irrazonable;* sin que, a fin de cuentas, les quede ni el ínfimo derecho de quejarse. Porque si hoy ellos se valen de *sus* jueces, de *sus* soldados, de todo el poder que les proporcionan los viejos valores sociales para imponernos lo que les parece *razonable* y *lo que no lo es* ¿qué tendrán que aducir cuando siendo *nuestros* los jueces, *nuestros* los soldados, *nuestros* los valores de todos los órdenes, les impongamos por la fuerza nuestra voluntad, justa o injusta, puesta en la razón o alejada de la misma? Pero, volvamos a *lo de ahora.* Es preciso resolver, antes de separarnos esta noche si planteamos el paro en seguida, para lo cual es preciso que tomemos en el acto cuantas medidas sean necesarias, o si de acuerdo con la Central del Sindicato, esperamos al principio de la zafra, para el encontronazo. Con ello no hay tanto peligro de comprometer el buen éxito de la zafra, que después de todo nos interesa a cuantos vivimos en el país.

—A los obreros, nada—rezonga *El León.*

—¿De qué vives tú?—interroga fastidiado Milanés.

—De lo que trabajo; que si no es en azúcar puede ser en patatas.

—Sí; pero como aquí hace doscientos años que vivimos del azúcar, y todo está preparado, construído y organizado para el azúcar, no podemos andar pensando en cambiar (sin comer mientras tanto) en las patatas, o en el trigo, o en convertir la maquinaria de los ingenios en fábricas de barretinas y alpargatas.

—Ya salió la cubanada, *síii*...

—Bueno. ¡No me interrumpas más! Decía que hasta ahora ha sido posible esa conducta nuestra, por-

que no se han cometido en *Dos Ríos* los atropellos que son la nota del día en otras partes; atropellos que últimamente han hecho su presentación aquí, tomando carta de naturaleza, de un modo progresivo, amenazador, con gran peligro para el movimiento obrero y la seguridad personal de los que lo dirigimos y representamos. A principio de semana nos apalearon al delegado de la colonia *El Naranjito*, hasta dejarlo casi muerto a orillas del cañaveral. En el hospital le tenemos, deformado a culatazos y plan de machete, en un continuo estertor, incapaz de señalar a sus agresores. Las autoridades, sagaces hasta la adivinación para descubrir conspiraciones obreras, no pueden suponer quiénes han sido los autores del delito; pero nosotros lo sabemos de sobra: gente uniformada, de Don Ricardo, o del Gobierno. Hace algunos días un guarda-jurado, andaba por el batey con un vidrio de aumento, que mostraba a todo el mundo, entreteniéndose en encender con el mismo, cigarros, papeles, cáscaras de cañas secas, etcétera, y antier, al compañero Pennino, una pareja, en la cual iba el guarda aludido, *le encontró* encima un vidrio de aumento. Pennino ha ido a la cárcel como incendiario peligrosísimo. En la cárcel (como el otro en el hospital) esperará sentado a su ministro o a su cónsul; que para ello trátase de un compatriota pobre y pernicioso. Anoche fué sorprendido un trabajador que robaba, con las agravantes de nocturnidad, escalamiento y mano armada, en las casas de los jefes, y ha dado *la casualidad* de que ese trabajador es un propagandista nuestro de los más activos y entusiastas: el camarada Germinal. Por otra parte, no pasa un día sin que nos metan dos o tres jamaiquinos; esa escoria humana, prensada en el servilismo y la degradación más inverosímiles por los cristianísimos ingleses, que después de rendir un trabajo de burros se alimenta con un trozo de caña y un pan de munición, y que, por lo mismo, tiene traidora carne de rompehuelga. Y, como para garantizar ese cambio de frente y estar preparados para cualquier

protesta *nos* han aumentado el destacamento, metiéndonos en él al sargento ese, mala cara, que tantas provocaciones y bravatas antiobreras suelta a todas horas por el batey. En esta situación yo creo, compañeros, que se debe hacer lo siguiente...

—¡La huelga!—interrumpe el catalán.

—¡Eso!—aprueba uno de los mulatos.—Y para proponerlo yo traía aquí este manifiesto.

Va a sacar del bolsillo interior del saco el manifiesto, y lo que sale es un paquete de naipes que se le escurren por entre los dedos, derramándose por el suelo.

—¿Ese es el manifiesto? ¡Bah! ¡Bah!—exclama Milanés.—¡Valiente regenerador social estás tú!

Y continúa su discurso, desoyendo las disculpas sofísticas y atropelladas del atolondrado compañero.

—Vamos a nombrar una comisión que se entreviste con Don Luis y le denuncie y se queje de estos hechos, y si nos atiende, nos contenemos en paz hasta Enero; si no nos atiende, o si nos ofrece un cambio de proceder y éste no se efectúa: ¡A la huelga inmediatamente! Eso propongo, y deseo que se discuta después de que el compañero secretario lea un proyecto de manifiesto que presenta el compañero Caín Romero, y que será remitido a la Central, a fin de que si ésta lo hace suyo lo firmen ellos, los *leaders* de La Habana. He terminado.

Todos los del grupo tuvieron que contener el impulso de aplaudir a Milanés. Todos, quitando a *El León,* que estaba impedido de hacerlo, por el principio de la intrasigencia ortodoxa anarquista de que el aplauso contribuye a endiosar a los hombres con perjuicio de las ideas, y que, además, habíase puesto de pésimo humor con la última parte del discurso de Milanés, a quien no podía rebatir en seguida con la catarata de rebeldes argumentos, que pugnaba por brotar de sus labios. Antes era su deber como secretario, el soltarse un trago más desagradable que el otro: la lectura del proyecto de "manifiesto-cataplasma" presentando por Caín Romero.

¡Recachis! Si ya lo tenía él dicho y redicho:

—A mí no me vengan ustedes con secretarías. Eso, allá para los que creen que no se puede enderezar lo torcido sin escribir papeles y más papeles. A mí, que me dejen leer, hablar y escribir lo que me parezca y cuando me parezca. *Sí.* Que aunque no soy orador, como hablo claro y estoy siempre de parte de la razón...

Rezongando protestas, intercalando sarcásticas exclamaciones de burla y comentario, leyó el ácrata el proyecto de manifiesto. Empero, como éste estaba trabajado por la pluma fácil, honrada y convincente de Alfonso Valdés, sobre unos hechos tan notorios y de tan obvia injusticia como eran las condiciones del trabajador en los ingenios, el sarcasmo y los refunfuños del lector no pudieron impedir la general aprobación de lo leído y el acuerdo de que, el mismísimo sulfurado secretario, lo remitiese a la Central del Sindicato, por si éste quería publicarlo, a su cuenta y en número suficiente para ser repartido desde Chaparra hasta el último "cachimbo" vueltabajero.

Bueno. Bien; pero que se supiera que el secretario no estaba conforme, ni con el manifiesto, ni con las conclusiones presentadas por Milanés. Parecía mentira que a tales alturas, en el pleno comienzo de la Gran Revolución Social, aún hubiera obreros, y obreros de alguna preparación y responsabilidad, como los allí reunidos, que celebrasen juntas para hablar de manifiestos, y comisiones, y legislación del trabajo, y de burgueses buenos y burgueses malos. Eso era vivir en Babia, ganas de perder el tiempo, o algo peor. *Síi.* ¿No estaban todos convencidos de que no era posible suprimir la miseria, la ignorancia y la injusticia, sin echar abajo el régimen capitalista? Pues nada de hacer las cosas a medias. ¡La Revolución! Y, como el obrero no tenía más que *querer* para *poder*... *Síi.* Sin el obrero, ni industrias, ni comercio, ni agricultura, ni nada. Que se recordase, si no, la última huelga de los basureros de La Habana. El más despreciado de los trabajadores, el ba-

surero; mas no pasaron tres días sin que todo el mundo se diese cuenta de su importancia. ¡Conque cuando todos los obreros quisieran paralizar, indefinidamente, su labor, en todo—el pan, la luz, los puertos, los mataderos, las comunicaciones! ¡Vamos, compañeros! Nada de boberías evolucionistas, ni nada de preparaciones. Que sin preparaciones de ninguna clase; estando listos, el primer chispazo lo mismo podía brotar de dos tiros cruzados entre huelguistas y policías en cualquier paro de menor importancia, que del ataque el día menos pensado a un establecimiento de víveres por un grupo de hambrientos, que de una gran candelada de cañaverales en un buen día de viento bolchevique. ¿No había un estado de indignación por lo de los jamaiquinos y por lo del sargento comeobreros? Pues ¡a la huelga! Que ahí les dolía a los burgueses. La palabrita solamente poníales la carne de hereje. *Sii.* Y si lo cogía a uno un balazo, o si le echaban el guante y le condenaban a muerte. ¿Qué? Para la vida que hacían algunos, lo mismo daba diez años menos que diez años más. De modo, que no quedaba otro camino. *Sii.*

—¡A la huelga compañeros!

—¡Pido la palabra!—reclamaron a la vez dos o tres voces, en tono un tanto más alto que el convenido. Que al ácrata iban a contradecir unos y secundar otros, advertíase en la expresión del rostro de cada uno de los que habían pedido la palabra, y en el embrollo que formaron, subiendo otro tanto, hasta lo intolerable dada la situación, el tono de sus voces.

—Shii, shii, compañeros. Bajen la voz. Ya hablaremos todos. Nos vamos a vender nosotros mismos—rogaban los más prudentes.

El que más lo era—un mulato carón, ventrudo y corpulento—iba del fondo a la entrada de "El Almacén", y de la entrada al fondo, asustadísimo, amenazando con irse si aquella disputa peligrosa no terminaba en seguida, y asomándose a las puertas para escudriñar con ojos voraces los alrededores del case-

rón, envueltos en la tenue y neblinosa claridad de una luna nueva y saliente.

Pero, por lo pronto, no valieron las protestas de los que reclamaban sentido común, y la algarabía aumentaba por segundos, inconcebible, estúpidamente. De allí, con toda probabilidad, saldría una batalla campal entre guarda-jurados y conspiradores, para prueba de valientes, o los primeros sacaban una buena redada de peces gordos del obrerismo, pescados en flagrante delito de conspiración.

—Bueno. Vamos a bajar la voz, o vamos a terminar esto; que estamos cometiendo una barbaridad—decía uno de los casi gritones; pero sin dejar de serlo, porque a renglón seguido agregaba, tratando de dominar con su voz a los otros—aquí lo que pasa es que no hay que ver las cosas con egoísmo y menos con cobardía. Por eso pedí la palabra primero, antes que nadie: para decirlo.

Y así otros:

—Yo soy, el que tengo derecho a la palabra.

—Yo; que la pido para una cuestión de orden.

—¡Qué cuestión de orden, ni qué cuestión de orden! Siempre seguís con el orden, y las paparruchas ¡Remoño! ¿No veis que eso que pretende aquí, Milanés, es ni más ni menos que lo que ha dicho el compañero secretario: perder el tiempo?

Y continuaba ése con una perorata, que no se oía por la del que estaba a su lado, por el acalorado diálogo de otros, por las admoniciones del director de debates, por los regaños del que paseábase febril, alarmadísimo, del fondo a la entrada, y de la entrada al fondo.

De pronto:

—¡Silencio!—dijo el compañero que vigilaba en la alta ventanilla, sobre un murallón de sacos de azúcar.

—¿Qué pasa?—inquirió una voz que pudo secretear por el repentino mutismo de las otras.

—Ahí viene...

—¿Quién?

—Uno.

—¿Un hombre?

—No. Ninguno. Es una lechuza, que venía aleteando cerca del suelo, y parecía un jinete al galope por la guardarraya.

En el acto rompió el silencio una voz que dijo, fuerte:

—Lástima que no haya sido un esbirro, o media docena de ellos, para haberles metido mano y formar la de San Bartolomé, sin andar con tanta collonería.

—¿Y con qué habríamosle metido mano?—preguntó Milanés agresivo, un tanto perdidos ya los estribos de director de debates—porque si no rompíamos unos sacos de estos para disparar puñados de azúcar...

—No; porque yo traigo esto—y el aludido se extrajo de sobre los riñones un revólver, negro y enorme.

—Y yo esto, y esto—dijo otro, a tiempo que "producía" un segundo pistolón y que se palpaba un bolsillo del saco, repleto de balas.

—Pues yo tampoco vengo con las manos vacías.

—Ni yo.

—Ni yo.

Y a la pobre luz de la bombillita eléctrica brillaron otros puñados de balas, la hoja de una navaja, el niquelado de un tercer revólver y dos terroríficos cuchillos de carnicero.

Si quieres la paz, prepárate para la guerra. En cuanto cada quisque vió que cada prójimo encontrábase, de hecho, con derecho a la palabra, la transigencia se hizo dueña de los espíritus, y Milanés pudo disponer de aquélla para cedérsela libremente a cualquiera de los que la habían demandado. Además, el propio Milanés quedó persuadido de que por allí veíanse bien claras y precisas las señales de los tiempos; persuadísimo de que su gente, en un caso dado, no tendría que disparar puñados de azúcar, y de que, en cuanto a ganas de jugarse la piel por la Causa, no todos eran como aquel compañero centinela que, encaramado en su torre de sacos de azúcar, confundía una lechuza con un jinete a galope, o como aquel

otro cobardón que, momentos antes, como si sacudiérale una terciana, recorría la casona a largos pasos, amenazando con desaparecerse, si en el acto no cesaba la imprudentísima pelotera.

El primero que habló fué un opositor del anarquista secretario. En Cuba es tonto creer en la posibilidad de una revolución social, antes de que la produzcan los compañeros norteamericanos; puesto que, para los efectos de nuestra vida política el Morro se halla en las costas de la Florida. Una verdadera desgracia para el pueblo cubano, al cual convendríale que su isla se encontrase en la inmensidad y desolación del Pacífico, allá por donde está la de Juan Fernández, si lejos de las rutas de la civilización, lejos también, dichosamente, del extremoso, del cristianísimo celo moralista y humanitario de los compatriotas de Roosevelt.

Fué interrumpido el que hablaba, por uno que dijo que no pocos palacios fuertes, grandes, ostentosos, han desaparecido en las llamas de un incendio comenzado en una choza cercana, y que en este caso el palacio estaba tan lleno de explosivos y combustibles como la chocita.

A éste interrumpió otro. Sí; estaba bien el símil. Pero también la gente del palacio estaba muy prevenida, y listos todos sus contracandelas; quienes no consideraban a los moradores de la choza como sus semejantes, por prejuicios raciales, por la superhombría en que le han hecho creer los que bien saben aprovechar la puericia colectiva de sus multitudes...

—Es que los contracandelas; es decir los soldados de allí, como los de todas partes, son obreros—cortó otro.

Y a éste, otro, y como cada uno de los que hablaba, interponía largos incidentales doctrinarios y se embrollaba en inoportunísimos personalismos, formóse de nuevo el cisma.

En lo más graves y peligroso de éste, oyóse otra vez la pavorida voz del sereno:

—¡Silencio!

—¿Qué ocurre ahora? ¿Otra lechuza?

—Nada. Un buey.

Empezaban a filtrarse los primeros claros del día, por sobre el brumoso mar sin horizonte de los cañaverales, y nada práctico llevaban realizado los de la junta obrera. Haciéndolo notar así, Milanés hizo entrar en razón a sus compañeros. Entonces quedó acordado lo que pudo haberlo sido horas atrás, lo único que era cuerdo y realizable: el plan de Milanés. Una comisión encabezada por éste acercaríase a Don Luis para pedirle el cese de la invasión de chinos y jamaiquinos y de los atropellos con los jefes obreros de *Dos Ríos*. Si obteníase esto, la huelga sería al comienzo de la zafra, cuando estallase la huelga general de ingenios; si no, en cuanto entrase el primer lote de jamaiquinos o asiáticos por el batey, o tan pronto como el sargento negrero cometiese otra de sus salvajadas; ¡plomo y cuchillo con él y los suyos; candela con la caña, dinamita con la maquinaria y una amenaza de tea encendida, por la parte trasera del *chalet*, para que como el macao lo abandonase su gente, dejándolo para cuartel general del movimiento!

En la fonda pegajosa de mugre, plagada de moscas e impregnada de fuerte olor a barco sucio. Hace media hora que terminó la junta obrera de "El Almacén", y diseminados por las mesas larguísimas, churrosas y desmanteladas, los primados del jornalerismo, en grupos de dos o tres, se calientan el estómago con sendas tazas de lo que en tales sitios calumniosamente se llama café con leche, comentando entre sorbo y sorbo cuanto sobrevino entre ellos durante la madrugada. En una esquina del salón, sentados en el extremo de la última mesa, dominando todo el conjunto con la vista, está el enorme canario, jefe de los guarda-jurados en secreto diálogo con el sargento de Orden Público, que comanda el destacamento de Dos Ríos. El sargento es otro gigante, ancho y macizo, de cara grande, prieta y carnosa; barba negra, rala e hirsuta; quijadas lombrosianas, que a pri-

mera vista ponen en guardia el instinto de conservación del prójimo; verdadera facha de diablo metido a fraile, de bribón trocado en policía; con el revólver que, corrido hacia adelante y dentro de una larguísima funda, le cae sobre el muslo derecho, y junto al izquierdo, sujeto por un desmesurado tahalí, cuélgale hasta los talones el típico machete de cruz. Del belfo del sargento pende una apagosa colilla; entre los dientes del canario, el eterno puro trepida, recorriendo la boca de un lado a otro, a impulsos de la cólera que sacude aquella bárbara mole. Uno y otro están enfangados hasta las rodillas, calados hasta los tuétanos por el rocío de maniguas y cañaverales, después de media noche de acecho, espionaje y emboscadas inútiles, para sorprender a estos conspiradores, que ahora, muy satisfechos, reúnense allí, a desayunarse antes de que el relevo de las seis traiga una invasión de obreros a la fonda; como exhibiéndose en provocativa burla a los sabuesos que no supieron evitar la junta, ni pudieron localizarla una vez comenzada.

Las miradas fulminadoras del guarda-jurado y del sargento, enfurecidos, se van con mayor encono y persistencia sobre *El León* y Caín Romero, que dialogan aquí cerca, a la mitad de la mesa más cercana a los primeros:

—Intransigencias tuyas—dice Caín.—Intransigencias de hombre impetuoso, fanatizado hasta el misticismo por un ideal, que es el único ideal, y el solo amor, y la exclusiva responsabilidad que, hombre sin familia, tienes en la vida. Como todos los propagandistas obreros carentes de hogar, ignorantes del cambio real, muy humano, que se opera hasta en los hombres más impresionables y vehementes cuando llegan, y crecen, y se nos adentran en el alma los hijos, eres egoísta y eres injusto. Tú tienes el derecho de hacerte un héroe de la Causa (en lo cual no deja de haber, a la larga, su recompensa ¡qué caramba! porque con ese heroísmo sales del anónimo, te das a conocer, siquiera sea en el pequeño mundo de los com-

pañeros que te rodean; quienes te aplauden y te dan cierta categoría de hombre grande). No me interrumpas. Espera. Tú, hombre solo, alejadísimo de tu patria, que ha sido una perfecta madrastra para ti, con el bocado y el techo seguros, cuando trabajas, como cuando estás al amparo de un compañero o de la solidaridad; en el hospital como en la cárcel, porque en todas partes cabes y puedes vivir; tú, repito, tienes derecho a ser héroe y a terminar en mártir. Pero yo no tengo ese derecho. Yo junto al ideal obrero, que por antecedentes personales y por sentimientos indesviables, es ideal bien sembrado en mi ser, tengo otro que, como te he dicho muchas veces y te he repetido anteriormente, es en mí una fuerza conservadora que contrasta grandemente con mi obrerismo: el ideal de que mi compañera, la mujer con quien adquirí la responsabilidad de sacarla de su casa, para formar otra a base de mis energías y de mi cuidado, pase por las menores pobrezas materiales y los menores dolores morales, posibles, y de que mis hijos se críen en casa amplia y limpia, con alimentos, diversiones e instrucción, todo lo mejor que me sea dable, a fin de que vivan sanos, alegres, instruídos, en condiciones de valerse luego, poderosamente, en esta turbia atmósfra de egoísmo en que todos vivimos. Y eso no es posible, si no perduro en los empleos, si me paso la mitad de la vida en batalla con los burgueses, acorralado por los esbirros del gobierno, unas veces en la cárcel, y otras viviendo de los pobres recursos gremiales, con la soga de la miseria perennemente al cuello. No. ¡Qué va! ¡Hay que conciliar una cosa con la otra, chico!

—Sí; tu caballo de batalla de siempre. La familia... ¡Pero, pamplinas! Lo que hay que tener es... el ideal.

—¡Pero, compadre! ¿Qué hombre pobre, que alguna vez haya sentido, o siquiera conocido más o menos conscientemente el ideal, ha podido sacárselo nunca más del alma, de raíz?

—El que ha dejado de sentirse obrero.

—¡Ah! Pues entonces no va conmigo lo que dices. Y creo que ni conmigo, ni con nadie que, habiendo militado, o no, en el obrerismo de combate, viva en la lucha desesperada de la pobreza, llevando siempre dentro, como carcoma de toda felicidad, la idea fija del horror a la miseria. Nadie ¡qué caray! Ni obrero manual, ni esclavo de mostrador, de uniforme o de máquina de escribir. Ninguno que sepa de las ansias insatisfechas de asegurar el porvenir; ninguno que por experiencia personal sepa lo que es pasarse la vida temiendo que un cambio político, una crisis económica, un accidente inesperado o una dispepsia del jefe le deje sin empleo; ninguno que haya pasado y sepa que aún tiene que pasar mientras viva por la vergüenza de mendigarle crédito a un tendero judaico, por el bochorno de suplicarle a un casero desalmado, por el sonrojo de ver a su mujer con los zapatos desfondados, por el dolor de llevar a los hijos a la cama, después de todo un día de hambre. Esos, aunque jamás hayan filosofado en socialista, tienen que haber sentido, y tienen que seguir sintiendo, más o menos concreto y definido el ideal de la emancipación; porque es segurísimo que todos, ante el cúmulo de sufrimientos que es el vivir del pobre, ante el lujo, la soberbia y la insolencia provocadora, de los ricos, han experimentado y experimentarán mientras pasen por este infierno de vida, los más encendidos y justificados arranques de rebeldía. ¡Conque, mira tú! ¡Yo! ¡Yo; que vivo convencido de que el obrero no tiene que contar con ningún cambio salvador, que no provenga de su propio esfuerzo! ¡Yo, que no creo en más vida que en ésta tan mala y tan corta que pasamos por la tierra, y que en ella no espero nada de los economistas, ni de los demócratas, ni de ninguna otra cosa que no sea un obrerismo intransigente y despiadado!

El León le escuchaba lelo, desorientado, incomprendiendo cómo era posible que un hombre que tan bien y con tanto apasionamiento expresábase cuando hablaba de la cuestión obrera, no militase activamente

entre sus compañeros en rebeldías de clase. ¡Lo conmovedores, lo útiles que habrían de ser los discursos de este sinvergüenza en una multitud de mitin!

Caín, que lo advirtió, dijo, bajando de la epopeya a la broma:

—Para ti, yo debo de ser una especie de cínico o de cobarde ¿no? Pues, nada de eso. Puedes tener la seguridad de que estoy desahogando ahora toda la carga de elocuencia que acumulé esta madrugada oyéndoles a ustedes. Por San Lenine que sí. Cómo que estas cosas no se pueden decir así, con ese fuego y esa seguridad con que te lo digo, si no se sienten de verdad. Fíjate, si no, cómo tengo de electrizados a los dos esbirros que me escuchan.

Con efecto: los aludidos, el sargento y el jefe de los guarda-jurados, oían atentísimos y hasta hubiérase dicho que muy impresionados el desborde oratorio de Caín. Este, para mayor desconcierto del anarquista, le dijo, bajando un tanto la voz:

—Y ahora los voy a acabar de conmover. Atiende.

Y, a renglón seguido, alzando el diapasón:

—La policía, los mismos soldados, chico. La necesidad los obliga a ir en contra nuestra; pero, ni pueden olvidar que ellos y nosotros somos hermanos de clase, ni es posible que dejen de tener sus horas de tremenda rebeldía: Porque, antes de ponerse el uniforme ¿entre quiénes viven? Cuando se lo quiten ¿a quiénes tienen que volver? Y aun cuando lo traen encima ¿acaso pueden sentirse más cerca de sus jefes, que la mayor parte de las veces los tratan despóticamente, y de los señores que a todas les patentizan su desprecio y su orgullo, que de nosotros, que nos sentimos sus iguales y con ellos nos reunimos para compartir una fiesta, para sentarnos a la mesa, para llevar vida de familia? Es más: mientras están al servicio de los privilegiados de la vida, dispuestos si es preciso, a disparar sus fusiles contra grandes masas de gente pobre ¿en cuál de los bandos en lucha están sus padres, sus hermanos, sus propios hijos? ¡Vamos!

Momentáneamente reconciliado con Caín; momentáneamente olvidado del policía que lleva dentro, el sargento se queda mirando a su compañero de feroces persecuciones obreras; los ojos muy abiertos, el labio inferior estirado, moviendo la cabeza de arriba abajo, en gesto de filosófico asentimiento, como si exclamase:—"¡Sí que dice verdades este condenado!"

Entretanto, *El León* ha dicho a Caín:

—¡Ya ves, hombre! Ya ves como si tú quisieras...

Y Caín responde, en voz baja:

—Ya ves, cómo no eres más que lo que he dicho desde que nos conocemos: un sentimental; un enfermo de la idea fija. Yo me he soltado un discurso rimbombante, que no venía al caso, para tomarles el pelo a los polizontes esos, y tú, que siempre estás en lo grave, en lo trascendental, con cuarenta grados de temperatura, te lo has tomado en serio.

El catalán se enseria más aún; se indigna:

—¡Inútil! ¡Imposible! Con vosotros los cubanos, es inútil e imposible querer hacer nada. Ahora quieres tirarlo todo al "choteu" y al "relaju". *¡Síii!*

Como en el rostro de los dos guardias adviértese un angustioso esfuerzo por oir lo que cuchichean los dos cabecillas obreros, y por otra parte no quiere Caín tirarse los platos a la cabeza con un compañero, en presencia de los dos primeros, vuelve al tono alto, para terminar:

—Bueno. En resumen. Te repito lo dicho: no hay un solo hombre pobre, ninguna persona que viva en las amarguras de la pobreza, con el horror de la miseria siempre encima; sea obrero, militar o empleado, que no tenga sus rebeldías y sus desesperaciones, más o menos conscientes, más o menos prolongadas. La constante propaganda obrerista, un día u otro, pone en manos de cada desheredado de la fortuna un libro, un folleto, un artículo de periódico, lleno de verdades, de ideas sugestivas, de incontrastables excitaciones revolucionarias. Unos se sienten socialistas pasajeramente, mientras les dura la tensión intelectual y sentimental de la lectura, ten-

sión que resurge de tiempo en tiempo, cuando aprieta la falta de dinero o la dignidad se rebela al sentirse herida por la injusticia de un poderoso; otros, dóciles a un determinismo muy distinto, no esperan que la casualidad les traiga un segundo libro o les encamine a una tribuna roja, sino que fascinados por una doctrina colmada de soliviantadoras realidades, afílianse con rapidez y decisión en el ejército proletario. Pero, unos en activo, otros en pasivo, todos estamos en filas, mi querido catalán. Sin escapatoria.

Y, bajando la voz, para martirio de los esbirros, continúa:

—Yo, como el primero. Sólo que procedo como sabes; como lo exige la realidad de la vida; como nos lo impone el egoísmo humano, muy humano, que nos mueve a todos los que no estamos enfermos...; nadando y guardando la ropa; como lo hice anoche (*ya los guardias no oyen más que un zumbido, y por ello, el sargento empieza a rabiar, a sentirse otra vez policía*). Llevé a la gente; metí mi manifiesto, y me quedé fuera de la reunión, por... lo que tú sabes: por ahora no puedo andar jugándome el destino.

—Bien. Eso eres tú; pero ¿y Alfonso? Ese no tiene familia.

El sargento y el guarda-jurado han cogido, en medio del cuchicheo de los dos obreros, la palabra "Alfonso", y ahora sí que el sargento se siente policía, todo policía; por lo que pone oídos de tuberculoso en lo que secretean los otros, para pescar en ello todo lo que sea humanamente posible.

—Compadre—responde Caín—Alfonso, como yo, hace todo lo que puede, sin exponerse mucho. Y por poco que sea lo que (como otros que ya han dejado de ser obreros en realidad) haga, es de agradecérsele, de tenérsele más en cuenta, que lo que hacemos los que seguimos siendo trabajadores, y por lo mismo llevamos una vida más dura y colmada de indignidades. Nosotros, después de todo, defendemos nuestra causa, queremos cambiar de situación, porque sen-

timos directamente los rigores de la pobreza y de la subordinación a los burgueses; mientras que los socialistas que no son, o que han dejado de ser trabajadores; que no están obligados a responder a un toque de pito o de campana; que no tienen que estar pegados a la herramienta; que comen y visten bien; que en fin, no sufren tan fuertemente, tan personalmente, los rigores de la vida, lo que hacen lo hacen por un impulso de justicia y de humanidad, mucho más meritorio que nuestra rebeldía ante lo que nos lastima, y ofende, y maltrata, a nosotros y a los nuestros, directamente. Mira, para que lo sepas: el manifiesto ese, el que yo mandé anoche a la junta, lo escribió él.

Los dos policías lo han pescado casi todo; lo último sin "casi". Y ante la gran, la colosal, la estupenda noticia que acaban de oir, se miran el uno al otro, como diciéndose, sin hablar, algo que puede traducirse por "—¡Anjá, eh! ¡Conque Alfonso!"; como tomando y certificando, con testigo, mentalmente, el interesantísimo apunte.

¡Conque don Alfonso!

Doce horas después de la escena precedentemente descrita, en el camino de Matanzas a *Dos Ríos* se cruzaron dos cartas, por demás interesantes en el enredo de nuestra puntualísima historia.

Era de Don Luis a Don Ricardo, la que fué del ingenio a la ciudad, y gran parte de su contenido relacionábase con aquel asendereado y alarmante cónclave obrero, cuyo sitio de reunión, cuyos componentes y cuyas finalidades inmediatas, seguían siendo para el atribulado administrador una *X* misteriosa y desconcertadora. Todo un pliego abarcaba lo que Don Luis decíale a Don Ricardo en referencia al manifiesto aprobado, y que constituía el mayor motivo de inquietud dentro de la expectación enorme en que estaban los dos buenos señores con aquella actividad socialista, apasionada y retadora, que desde algunos días antes hacía correr por sobre los asoleados e in-

terminables campos de caña y por encima de las techumbres de zinc, de los montones de maquinaria, de las grúas y las chimeneas, del batey, un aire saturado de negros presagios de destrucción y muerte. Ya sabía Don Luis quién era el autor del manifiesto inquietador; pero reservábaselo para más adelante, para cuando ya no pudiera callarlo sin incurrir en gran responsabilidad. Primero, porque él, por haberle servido de fiador para que permaneciese en la finca cuando Don Ricardo quiso sacarlo de ella de una vez, era el culpable de que Alfonso entonces pudiera hacer lo que estaba haciendo. Segundo, porque Don Ricardo, con el mal carácter que tenía en aquellos tiempos, si sabía que Alfonso, siendo un jefe precisamente, y precisamente cuando estaba encargado de acompañar a Doña Benigna y las muchachas, andaba enredado en aquella conspiración, de un modo tan directo, era capaz de presentarse en el ingenio y provocar la temida e inminente explosión de la cólera obrera. Al proceder de este modo, Don Luis se había dicho: "Todo lo que sea alargar estas cosas, darle tiempo al tiempo, es de una conveniencia práctica indiscutible. Vayamos con diplomacia hasta el último extremo, y vayamos, rogándole a Dios que al fin nada grave nos ocurra."

La segunda carta era de la ciudad al ingenio, del Padre Zorrínez a Doña Benigna. En dos pliegos de letra apretada y menudita, con su amelcochado estilo de púlpito, pleno de superlativos machacones y de refranes adormideras, el avisado sotana comunicaba a "su muy amada hija espiritual", con santísimo regocijo, el buen éxito obtenido en los primeros pasos dados por él hacia la reconquista de Don Ricardo, para su hogar legítimo, su honra de caballero bien nacido, el honor de su virtuoso linaje y la moral de la gran familia católica de Matanzas. Con calma y abnegación monjiles, al fin aquella buena señora que él, Zorrínez, había buscado como instrumento de su hermosa y cristiana obra, tenía lograda su introducción en la casa de la Playa, a espaldas de Don Ricar-

do, y ya la descarriada mujerzuela empezaba a sentir la influencia de la iglesia, debido al tacto, a la astucia, a la gran inventiva con que la Providencia iba favoreciéndole en la loyolesca empresa. Zorrínez confiaba en que el favor del cielo no habría de faltarles en ningún momento, y en que, por último, Doña Benigna y Don Ricardo, la mujer de la Playa y su hijo, acabarían por ir a donde a cada cual le correspondía. Los unos a vivir como cristianos, dando buen ejemplo de gente bien casada, aunque la procesión del desamor, la indignidad y la hipocresía les fuese por dentro, y los otros ¡a La Habana!; la gran ciudad polirreligiosa; es decir, inmoral, "civilizada", cosmopolita, a vivir sin decencia, sin nombre, al margen de la sociedad, por propio y merecido título de gente sucia, plebeya, malnacida, condenada hasta la quinta generación.

Y, aunque no lo recordara el Padre Zorrínez, lo más interesante, ¡santo Dios!: que era preciso adelantarse a la llegada de *Cuco*.

X

LA VIDA VERSUS LA MORAL, LA IGLESIA, LA EDUCACION Y DEMAS "ETCETERAS"

Como aquella vez la cerrazón obrera que extendíase sobre las fábricas y los campos del ingenio, de veras amenazaba con desatarse, prontamente, en una mortal y arrasadora tormenta, don Luis recibió con suma diplomacia a los comisionados obreros que le entrevistaron para comunicarle el mandato conminatorio de la famosa reunión de "El Almacén". Y no sólo estuvo diplomático en la recepción, sino que después ajustóse prudentemente a lo protocolado en la misma: suprimir el ingreso de *indesirable* gente exótica en el ingenio, amarrar corto a la pareja de polizontes de presa e interponer las "influencias" de don Ricardo en favor de los dos camaradas aprehendidos unos días antes.

Así, mientras el inquietador manifiesto salido de la certera pluma de Alfonso Valdés andaba de ingenio en ingenio, sumando firmas de adhesión, para terminar en La Habana, en manos de los directivos del Sindicato, encargados de imprimirlo y lanzarlo luego, por millares de copias, a los cuatro vientos, el gran desastre que cerníase sobre *Dos Ríos* entró en un compás de espera, en extremo favorable para los más vivos anhelos de nuestros principales persona-

jes, lo que equivalía a una creciente y más inextricable complicación en la novela de aquellas vidas.

Adelantaban los trabajos del ingenio, con orden y rapidez no vistos hasta entonces, levantando una corriente de feliz optimismo en don Luis y don Ricardo. En la casa de la Playa maniobraba la beata exploradora de Zorrínez, sin temor a los escollos propios de una situación de sobresalto y disgusto; porque, muy opuestamente, imperaba allí un estado de desahogo económico y una justificada esperanza de mejores días, de suyo propicios a la esplendidez y la despreocupación. Doña Benigna gozaba, en santa y ciega beatitud, del mundo de calma, de aislamiento, de vivificadora naturaleza, que envolvíala en el blanco y limpio *chalet*, escondido entre las palmas, arbustos y enredaderas del jardín circundante. Carlota, viendo como éste progresaba al amparo de sus cuidados; satisfecha con lo bien que sentábale el campo a la madre; inconmovible en su limbo de blanca inocencia, a que condenábala la miopía de su entendimiento, incapaz de sorprender un detalle revelador de todo lo anormal, misterioso y alarmante, que había en torno de ella; Carlota, por virtud de tan bendita placidez y por virtud del sol y del aire de frondas, que bañaban el interior del *chalet* de crepúsculo a crepúsculo, echaba colores por los carrillos, y éstos, los pechos, las caderas y las pantorrillas se le ponían cada vez más gruesos y macizos. La coruñesa María sentíase feliz, amiga íntima de la vida. Gozaba de esa morbosa complacencia, especie de modalidad del placer reflejo, que irresistiblemente sienten algunas mujeres y que consiste en fomentar amores ajenos, apadrinar citas, encuentros "casuales", excesos afectivos, ocultaciones resbaladizas...; contenta y feliz además la coruñesa María, porque sentíase dueña y árbitro de la quietud espiritual y la felicidad de los novios; dueña de la paz de aquel hogar, siendo una criada del mismo; sentíase fuerte, segura, con personalidad independiente. *Cuco* navegaba hacia América, deseoso de verse entre los

suyos, después de tantos años de nostálgica ausencia; ansioso de vida metódica, de hogar fijo y tranquilo, después de toda una juventud de azarosa bohemia; a ratos con el alma plena de los más gratos ensueños y esperanzas; a veces con la mente en un hervidero de trastornadoras interrogaciones. ¿Vivirían todos? ¿Vivirían juntos, encariñados y felices? ¿O qué drama, qué desastre moral esperaríale en la querida y añorada Matanzas? ¿Su regreso al viejo *268* sería el complemento de una felicidad, fuente de besos y abrazos iluminados por la mas purísima alegría? ¿O la complicación de una gran desgracia, amargo brote de quejas y lágrimas en la revelación de un dolor irremediable? Por su parte, Adolfina y Alfonso, después de las dudas y tristezas, los dolores y sobresaltos de la primera separación; con la incertidumbre acerca de lo que pudiera aguardarles en el porvenir; tras de aquel beso que encendió un deseo, inconsciente, pero vivo ya en lo más íntimo de sus seres; en pleno goce de las repetidas entrevistas, fugaces y alocadas, por todos los rincones de la casa y el jardín; Adolfina y Alfonso, con todos esos naturales excitantes de los amores ocultos—máxime entre jóvenes que viven en proximidad, sin oportunos derivativos de la fiebre voluptuosa, inevitable en tales casos—vieron y sintieron que su amor se intensificaba, día a día, hora a hora, transformado en pasión absorbente e irrefrenable.

Y más todavía, porque a tan favorables circunstancias asociáronse otras que no lo eran menos, casuales unas, hijas de la intención más explicable otras. Compelido a robustecer las líneas de defensa de su felicidad, Alfonso desde que estuvo en correspondencia segura con Adolfina, venía haciéndola leer una serie de libros, cuidadosamente seleccionados y "combinados", con vistas a la catequización socialista y, por consecuencia, a la rebeldía contra los cánones tradicionales y religiosos, los prejuicios aristocráticos y hasta la propia autoridad de los padres, si todo ello, abusiva y despóticamente, y en el mo-

mento de la inevitable crisis, se obstinaba en oprimir y retorcer lo que en ambos había de más natural, instintivo y verdadero.

Mientras ella estuvo en Matanzas, él le había mandado listas de libros para que ella los comprase o los buscase en la selecta biblioteca de don Ricardo. Cuando estuvieron juntos en el ingenio, encargaba él las obras a Matanzas, o se las pedía prestadas a sus compañeros de ideas; las llevaba directamente a la biblioteca del piso alto, sitio predilecto de Adolfina, porque allí leía horas y horas, como siempre; a prueba de consideraciones, indirectas y rectilíneas, de doña Benigna, y allí eran casi siempre "las entrevistas fugaces y alocadas", con sus lógicos y adorables deslices "efusivos".

Admitido que, en contra de los deseos de Alfonso, estaba el que ella era una joven, casi una niña, de muy especial educación casera, que desarrollábase en un aislamiento sistemático, con el hábito, convertido en segunda naturaleza, de creer que ella y los de su clase eran superiores al resto de los mortales, en casta, fortuna, sentimientos y refinada limpieza de costumbres. Pero era inconcuso que existían en ella elementos favorables a tales deseos del novio: lo extraído de sus copiosas lecturas novelescas y de cuanto percibiera hasta entonces en teatros y cinematógrafos; lo experimentado en un propio y doloroso drama familiar y lo entrevisto y adivinado por su clarísima inteligencia en lo que llevaba de vida.

Quedaba el método y la "combinación" en la lectura, como se ha dicho, para secundar esos elementos favorables. Al principio escasas dosis de kropotkinismo simple, con doble proporción de novelas y cuentos, tendenciosos, más tolerables y penetrantes siempre para los temperamentos sencillos, naturalmente emotivos. Luego, aumento de las dosis de sociología sentimental, con Sebastián Faure, por ejemplo, seguida con esa misma sociología llevada por Daudet a un arte primoroso e impecable en *Jack*, el más bello y conmovedor de los libros surgidos al ca-

lor de la efesvescencia socialista. Después, Madame Severine, sangrante y soliviantadora, con Eça de Queiroz, fino y sonriente, pero demoledor incontrastable, superior en resultados al más recalcitrante propagandista revolucionario; el manso Tolstoy, con el rebelde Gorki, y por último, ya encariñado el cuerpo con la droga, una mezcla de todas las producciones de ese color y sabor, tal como venían a mano: lo serio, macizo y doctrinario, entreverado con la impresionable literatura de tesis: Reclús con Zola y France, Lorenzo con Dicenta y Blasco Ibáñez, Engels con Mirbeau y Los Goncourt.

Y quedaba como cabal complemento para los planes de Alfonso una doble ventaja, muy poderosa a la hora de comentar y discutir con Adolfina las teorías de los autores favoritos: el dominio que naturalmente ejercían sobre su alma de mujer enamorada los razonamientos del hombre querido, y lo fácil, pronta y efectiva que tenía siempre una réplica para defender e imponer unas ideas en preconización de las cuales tanto había escrito, discurseado y en todas las formas controvertido desde hacía varios años.

De más eficaces resultados fueron esas ventajas cuando Alfonso pudo ponerlas en juego amplia y libremente, donde no veíase constreñido a expresarse en voz baja, entrecortado el discurso, imposibilitado de desplegar sus facultades de orador flúido, sincero y convincente, como sucedíale en el interior del *chalet*.

Ello fué posible antes de que pasara mucho tiempo desde la llegada de la familia al ingenio.

El *chalet* había sido construído en el mismo sitio en que antaño levantárase la tradicional "casa de vivienda", de grandes y macizas paredes, negros y extensos tejados, y jardín-arboleda inmenso, de dos *caballerías*, tapiado por un alto y recio paredón. De la parte delantera de ese jardín-arboleda, habíase hecho el jardín a la inglesa con simétricos parterres, senderitos enarenados, caprichosos adornos a base de plantas y flores de subido color, y circundante

reja de hierro de primoroso dibujo, en medio del cual levantábase la moderna y elegante residencia. La parte de atrás conservaba su antigua tapia, con amplios arriates en la parte próxima a la casa; sus espaciosos *canteros* de rosas, claveles, embeleso, azucenas y extensas alfombras de violetas; sus arbustos de café, granados, limoneros, jazmín de la montaña; sus grandes frutales entremezclados sin el menor orden o simetría: mangos, nísperos, canisteles, tamarindos, palmas de coco; dividido el conjunto en dos partes iguales por una avenida de palmas que iba desde la casa hasta una portada hecha en la tapia del fondo, de donde partía la guardarraya de un cañaveral colindante con lo tapiado, y extendido hasta el horizonte como parte del tranquilo mar de verdura que dilatábase a todos los vientos, en torno del ruidoso batey. Desde que vino la familia, dos jardineros luchaban con la pujanza del suelo y el clima para contener el crecimiento de las plantas en los límites del arte y el buen gusto, más o menos discutibles, en el jardín inglés. En el antiguo jardín criollo, totalmente entregado a un negro anciano, jardinero inmemorial de la "casa de vivienda", apenas si se defendían los manchones de violeta, jazmines y embeleso, de la invasión de maravillas, escoba amarga, yerba bruja y otras absorbentes familias de menor categoría en el mundo de las plantas. Todo lo demás brotaba, crecía, se entrelazaba, desbordábase por las tapias, engalanábase con los colores de la flor y del fruto, que caían luego a formarle a la tierra, con las hojas secas, los guijarros, los gérmenes malogrados, un grueso colchón que, a su vez continuaba aquel ciclo de vegetación cálida, portentosa, exuberante, en que "nada se perdía y todo se transformaba", eterna y maravillosamente.

No era posible que hubiera por allí dos enamorados; una oficiosa apañadora de amores ajenos, tan sagaz y activa como la María de nuestra historia; unos familiares tan cortos de vista como doña Benigna y la arcangélica Carlota; unos criados tan

chochos ya como aquellos dos negros viejos, el jardinero y la cocinera, y que se estuviera perdiendo, con unas tardes otoñales, frescas, alegres y luminosas, aquel jardín muy grande, pleno de luz, de colores, perfumado y rumoroso, que brindaba protector aislamiento entre sus frondas complacientes, saturadas de poesía y romanticismo.

Pronto se ingeniaron los novios, en consorcio con la atizadora españolita—que jugó entonces su papel más importante en todo aquel brete amoroso de que era ella la mayor culpable—para verse y estar juntos algunas tardes en el gran jardín semiabandonado.

Empezaron una tarde en que doña Benigna sentíase bien, tranquila, propicia a la condescendencia. Desde las cuatro Alfonso salió del *chalet*, dió un gran rodeo por el batey e internándose por los cañaverales vino a entrar en la arboleda por la tapia del fondo. No le vió el viejo jardinero, o si le vió nada de raro pudo hallar en que el joven anduviese por allí. Vivía en la casa y a menudo metíase por la arboleda en busca de frutas. Esta vez Alfonso siguió a lo largo de la avenida de palmas y fué a echarse en una mancha de yerba recién crecida entre un hojoso platanillo y la tapia divisoria de los dos jardines.

Como buen cálculo puede afirmarse que cuando llegaba él a este sitio, en la sala del *chalet*, frente a la madre, que hallábase apoltronada delante de una ventana de par en par, Adolfina exclamó, con los ojos como encantados con lo que veíase a través de la ventana:

—¡Qué tarde tan divina! ¡Qué buena está para pasear!

A lo que la gallega, que naturalmente andaba por allí, respondió:

—Hombre. Pues, a lo que es por el jardín bien podría darse un paseíto la señorita.. Y que si quiere que la acompañe y que nos vayamos por el caminiño de las palmas...

—¡Ah, no!—desmayadamente repuso la joven, poniendo los ojos en consulta con los de la madre.

Accedió ésta a la disfrazada solicitud, y dijo que se invitase a la otra hija.

—¡Oh! ¡No! Si te vas a quedar sola, no.

—Mire usted, señora: eso mismo creo yo—confirmó expedita la criada.—Que la señorita Carlota se quede esta tarde, y mañana u otro día la acompaño; con el permiso de la señora, mismamente.

Carlota, que todo lo había oído, intervino en la conversación diciendo que sí, que se quedaba, que no tenía ganas de pasear, de boba, por aquel jardín tan feo. Entró entonces doña Benigna en una letanía de recomendaciones: que Adolfina se pusiera un sombrero, para lo que restaba de sol; que no fuera a darles la tentación de treparse a los árboles; que no se alejasen mucho del chalet; que volvieran pronto, y que si encontraban alguna persona dentro o cerca del jardín, sobre todo algún hombre, que regresaran a todo andar. Muy recalcada la recomendación de doña Benigna en esto último.

Alfonso se desesperó esperando, a pesar de que no estuvo echado en su escondido lecho de yerba más de un cuarto de hora, antes de entrever en medio de los ramajes, allá por el portalón de entrada al jardín, la movible nota blanca de los vestidos femeninos. Eran los mismos vestidos que las dos mujeres tenían en la casa cuando él salió de ella, pero con los aditamentos, por parte de Adolfina, de un ancho sombrero de paja crema, con sencillo adorno de lacitos negros (la recomendación de doña Benigna) y una ancha cinta color de rosa en la cintura, con enorme moña posada sobre la curva de la cadera (recomendación de la innata coquetería femenil). La compañera venía destocada y sin adornos.

Se acercaban despaciosamente las dos mujeres, entreteniéndose en cortar ramitas, en mirar y remirar los frutales, para así disimular la intención en caso de que alguien las estuviera viendo, y disimuladamente comprobar que, desde el *chalet*, no era po-

sible percibir nada de lo que ocurriese entre los árboles del viejo jardín.

Fué la María quien primero dió con Alfonso:

—¡Aquí está!

—¡Chico, por Dios! ¡Qué susto! Esto es bárbaro. Esta vez y ¡se acabó! Por nada del mundo, vuelvo a hacerlo—fué diciendo Adolfina, que tremaba de sobresalto, embellecido el rostro por un fuerte bochorno, en tanto que con los ojazos, húmedos e inquietos, escudriñaba las umbrías del follaje circundante.

—¿Qué ha pasado?—inquirió Alfonso, ya de pie frente a la joven.

—Nada, nada—saltó la criada, antes de que su señorita pudiera responder.

Adolfina, sin dejar de registrar los alrededores con la vista, asintió:

—Nada, pero... Vámonos alejando. Por aquí; que está más tupida la arboleda. No vaya a ser que alguien nos vea, por Dios—y volviendo los ojos a la compañera, agregó:—¡María! ¿Qué hemos hecho?

Pero María se encogió de hombros, sonriente, encantada del lance y de lo bien que iba saliendo, y con la mayor naturalidad, con la mayor inocencia... supo adelantarse a la pareja, tronchando ramas, lapidando frutas, persiguiendo mariposas y lagartijas, saltando infantil, alegremente, como si sintiérase transportada a sus campos coruñeses y a los diez años de edad.

Los jóvenes marchaban separados. A lo más que atrevióse Alfonso (al principio) fué a darle la mano a su dama, como punto de apoyo, cuando era preciso saltar un obstáculo o rehuir una desigualdad del terreno, y, para lo mismo (luego) agarrarla por la masa dura y redonda del brazo, que vibraba dentro de la tela finísima de la manga.

Hablaba ella sola. Creía más seguro no dejarle la palabra a él, no siendo para afirmar o negar brevemente. Explicaba ella el efecto que le había causado un libro de Queiroz, que acababa de leer, también por entender que era más segura, menos riesgosa la

conversación con el tema de los libros. *El Crimen del Padre Amaro,* era chocante, exagerado, vulgar, en absoluto desacuerdo con las maravillosas características del gran ironista. Hablaba en ella la fuerza, el arrastre de la educación religiosa, que se sublevaba. Por fin Alfonso llegó a discutir. La novela era buena, muy verosímil, muy humana. Al Padre Amaro lo hicieron malo las costumbres y las instituciones que contrarían las leyes y la moral de la Naturaleza.

Cuando más entusiasmados criticaban a Queiroz, en contra uno, en pro el otro, pasaron entre ellos y la criada dos gorriones, con gran chillería, en persecución amorosa, tan aturdidos que por poco no fueron a dar contra la cara de aquélla.

La malicia puso una chispa de ingenio en la vacía cabeza, y refiriéndose a los gorriones, en relación con lo que hablaban los novios, exclamó la gallega:

—¡Vaya! Dos que no pierden el tiempo discutiendo de pulítica, o de historias.

—¡María!—saltó Adolfina, deteniendo la marcha y enseriándose regañona.—Ya te propasas. ¡Vámonos!

Era, además del oportuno regaño, el propósito de aprovechar la oportunidad para volverse atrás de lo hecho, arrepentida por todo, pero más por lo mucho que se entregaba a la criada.

Pero resultaba tarde. La criada se sonrió displicente, en una resistencia pasiva, pero advertidora; con una seguridad y aplomo asombrosos para la que pecaba.

—¿Tan pronto? ¡Vamos, hombre! No hay que ser tontos—repuso decidida la maldita.—Mire: yo me voy allí a recoger dos brazadas de rosas, para que cada una llevemos la suya a casa, y vosotros, ahí. ¡Hala! ¡A hablar de lo que queráis!

Dió media vuelta y emprendió la carrera hacia un matorral de rosales florecidos que adornaban uno de los rincones posteriores de la tapia, ya cercano a los jóvenes.

Adolfina no se atrevió a otra cosa que a, temblo-

rosa casi, más anhelante que cuando llegó al jardín, volver la mirada hacia los ojos de Alfonso. Y Alfonso, que durante lo anterior había intercalado calmantes "¡No le hagas caso!" "Es muy fresca y abusa; pero ¿qué puedes hacer?" "¿Cómo te vas a ir tan pronto"—agregó, prestigiando con ojos pedidores a la amada:

—¡Déjala! Vamos a sentarnos aquí.

"Aquí" era un promontorio de salientes raíces—como los que nunca faltan en las arboledas en estos casos—que brotaban junto al tronco de un corpulento mamoncillo, inclinado contra el borde de la tapia, con casi todo el ramaje extendido sobre las cañas del otro lado.

—No. No.

—Sí. Sí. ¡Vamos! ¡Ven!

—No. Me voy.

—No digas boberías. ¿Cómo te vas a ir? ¡Ven!—y el fascinador, con los ojos llenos de pasión, de ruego, irresistibles, osó tomar a la dominada por una muñeca y la llevó hacia donde quiso.—¡Así, mi vida! ¡Siéntate!

Y se dejaron caer en el promontorio de raíces.

Él, tranquilizador, tuvo cuidado de sentarse a un metro de distancia. Ella insistió en que era imposible, loco, pensar que aquello se repitiese. ¡Oh! ¡Qué cosa tan grande y tan fuerte era eso del querer! ¡Cómo le había mentido a la madre! ¡Con qué aplomo, Virgen santa! ¡Quién habría de decirlo! Y luego, cómo se exponía con aquella criada cascabelera, que ya estaba sacando los pies del plato, y... si alguien los veía y, por encima de todo, que aquello estaba muy mal hecho.

Fué él venciendo objeciones. Hablaba y acortaba la distancia, insensible, impensada, purísimamente. Su argumento más fuerte, el último, el que exprimió con más tenacidad fué el de que la muy boba de su Adolfina, después de todo el miedo y el compromiso que le costaba la escapatoria, la desaprovechaba con

su inoportunísima turbación y su tardío arrepentimiento.

En la insistencia para imponer tan decisivo razonamiento, con el arma del mirar enternecido, la débil voz suplicante, y la influencia de la proximidad de sus rostros, quedaron éstos casi juntos, y sin casi los cuerpos; porque hallábanse en contacto las caderas, el brazo derecho de ella sobre el izquierdo de él, por tener él, entre la mano de aquel lado, que estaba tibia y húmeda, la fría y reseca de ella.

Se la llevó él a los labios, audaz, aprovechador del tiempo y las circunstancias, y en seguida la oprimió contra su pecho, acercando a su vez los labios a los de ella:

—Un beso.

—No, ahora no. ¡Es una barbaridad esto, Alfonso! ¡Vámonos!

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Pero tengo miedo, chico. No sigas. Vámonos. Te lo suplico.

—¿En dónde, entonces?

—En casa, como siempre.

—Pero ¿por qué? Vamos a ver. ¿Por qué aquí no? Porque, mira...—y señaló para María.

Después de tantos, no era fácil negar uno más, y como María hallábase lejos, de espaldas, ocupadísima en llegar en su tarea a todo lo más posible, aunque fuese la total desfloración de los rosales, Alfonso quiso entender que la razón que, por último, daba Adolfina a fin de negarle el beso, era una tácita aquiescencia. Se deshizo de la mano de ella, para rodearle el cuello con el brazo, atraerla hacia sí y, con la fuerza, incontrastable por la emoción y la sinceridad, de ese pedir a la piedad de la mujer que ama—"¡Anda!", "Sí, mi vida!", "¿Quieres?"—juntar y oprimir sus labios con los de él, en el beso más ancho, tibio y duradero que habíanse dado hasta entonces.

Ya se sabe como era la tarde: fresca, serena, luminosa. De allá del otro lado del jardín, por donde

ascendían en la diafanidad de la atmósfera prietos manchones de humo y blancos penachos de vapor, llegaban rumores de trabajo intenso y afanoso. Por el fondo de lo tapiado, de la quietud de los vecinos cañales, venía el porracear de una carreta en los duros cangilones de una guardarraya. En el jardín había vuelos y trinos entre las frondas; soplos impregnados de dulces perfumes, que suavizaban el fuerte aroma de una vegetación pujante y vigorosa; policromía de frutas, de flores, del alfombrado de hojas murientes, de toda la gama del verde en el vivo hojerío, de pinceladas crepusculares en el gran lienzo del cielo, azul, remoto y esplendoroso.

—¡Oh, Alfonso! ¡Qué bello, qué grande es esto!—murmuró Adolfina, cuando ya llevaban un rato juntos, y los ojos del uno sólo miraban en los del otro, y los alientos se confundían, y las dos almas se arrobaban en la suprema dicha.—¡Es lo que dicen los libros! ¡Lo soñado!

—¡Es el amor!

—Sí. El amor; un éxtasis; una cosa supraterrena; como una bendición; que no puede ser mala.

Y terminó la frase en un suspiro que levantóle el pecho, y le bajó los párpados, y la rindió sobre el hombro del amado:

—¡Es cosa de Dios!

—No sé si es de Dios; pero sí que todo se ve, se siente y se goza como nunca. ¡Oh! ¡Que sólo se vive cuando se ama!

Hizo una pausa para desahogo de la emoción y continuó arrobado:

—Se encuentra uno sin tierra debajo de los pies, elevado, puro. Como lo has dicho: ¡En un éxtasis!

Y adelantando sus labios cerrados, en busca de los entreabiertos de la novia, pidió:

—Dame tus besos, Adolfina.

Pero fué uno solo, que duró mientras la galleguita arrancaba las últimas rosas y venía luego hacia ellos partiendo malezas y haciendo sonar recias las pisadas en las hojas secas del suelo; con su precioso car-

gamento abrazado, casi cubriéndola el rostro y los ojos, gozosos y picarescos, brillando por encima de las flores.

Fué un solo beso, más tibio, ancho, húmedo y prolongado que el primero...

Las dos mujeres llegaron tarde al *chalet;* cuando ya iba casi de vencida la última claridad del sol. Doña Benigna, que había pasado de la inquietud a la alarma, con la inesperada tardanza, se quejó, refunfuñó, sentenció que el paseo no tendría repetición. Adolfina y María—la última, serenísima y vehemente—adujeron muy razonables explicaciones: lo interesante que estaba aquello, lo que se distrajeron cortando tantas rosas, lo lejos que se habían ido, hasta el otro extremo del gran jardín, inadvertidamente. Y en cuanto a la sentencia maternal de que aquello no se repetiría... pues, para la joven estaba muy bien, en perfecto acuerdo con los propósitos de ella en aquel momento.

En aquel momento nada más, por descontado. El néctar sorbido en el jardín, era perturbador y atrayente. En contra de su diabólica seducción y de las cálidas e insistentes demandas del novio, poco pudieron los escrúpulos de conciencia y los temores de la mujer; como ante las reiteradas aseveraciones de la hija de que la demora del primer día había sido involuntaria y no repetiríase si volvía ella al jardín, de nada valieron las razones de la madre, basadas únicamente en lo sucedido aquella tarde. Al traste se fueron, como cosa tonta y risible, la rotunda decisión de doña Benigna: "¡No más paseos por el jardín!" y aquel sincero juramento de Adolfina: "Primera y última vez; porque, por Dios, que no volveré a hacerlo".

No fué en seguida, ni con frecuencia, ni con favorable resultado para los novios en cada ocasión; pero hubo paseo con idilio una o dos veces a la semana, siempre que coincidían una bella tarde de sol y un día de alivio y buen humor de doña Benigna, y así fueron enviciándose cada vez más los enamorados

con aquellas deliciosas escapatorias que cada vez parecíales más que era lo más lícito y natural del mundo.

Al principio Adolfina, intencionalmente, hizo que Carlota fuera de paseo por el jardín, quedándose aquélla con la enferma. Siempre que ésta sentíase lo bastante mejorada para ello, aprovechaba la tarde en unión de las dos hijas, en tanto que la criada quedábase al cuidado de la casa. Cuando esto se sabía desde temprano—y se procuraba saberlo—Alfonso "brillaba por su ausencia", y para repentinos cambios de programa, quedaba el recurso de desplegar una señal que fuese visible al galán, oculto en alguno de los virgílicos parajes, escenarios de las virgílicas y arrinconadas citas: una toalla, una alfombra o una pieza de vestir, descolgada de uno de los balcones del piso alto, por la parte que daba a las tupidas frondas del añejo y descuidado jardín.

Después se presentaron nuevas facilidades para que la realidad de la vida continuase venciendo a la moral, la educación, la creencia religiosa y demás fuerzas congéneres.

Vinieron los Castro—Pura, el joven doctor recién llegado de Europa y la madre—a pasar una temporada en *Dos Ríos*.

Pura, que nunca había podido echar carnes, por más que llevaba probado con el gofio, la avena, el cacodilato y los baños de mar, estaba más flacucha en aquellos días, y ahí del pretexto para aprovechar la hospitalidad de los ricos Calderería. No obstante su delgadez, Pura exageraba la moda del vestido corto, para, como siempre, presumir del poquito de carne que tenía en la parte gruesa (?) de la pantorrilla, y entonces con mayor razón, puesto que, según su hermano, las piernas delgadas eran las que se "estilaban" en París. A pesar de que ya no iba al colegio, últimamente había aprendido grandes cosas: con Felipe Trigo, Pina Menichelli y tres o cuatro amigos de *tennis*, *fox trot* y *five o'clocks*. Esta vez, como de costumbre, Pura no haría grandes mi-

gas con doña Benigna y Carlota, pero veníale muy bien a la perturbada Adolfina.

Castrico era el verdadero motivo del viaje al ingenio. Las cosas de la familia iban de mal en peor. El joven doctor, con todo y el flamante instrumental personalmente adquirido en Berlín, sus estudios de París, su empaque *boulevardier*, su científica fraseología francesa y su sentida superioridad sobre los médicos que no habían viajado, apenas si podía ir tirando, sin el menor indicio de que al fin podría abrir su cuenta de banco, ni aun en aquellos tiempos en que el dinero del azúcar regábase por la ciudad de los dos ríos abundantemente. Era el marchamo del diminutivo, la pesadez del rastacuerismo y la repulsión de una piel herpética, unos ojos engomados y un pelo casposo, partido en dos chapas duras, lustrosas, sin una sola hebra rebelde. El cabeza de familia, arquitecto, se había marchado a La Habana, a ver si lograba abrir camino por allá, y por ello la señora pudo salir de Matanzas, para traer a los hijos a pasar unas semanas con las amigas del ingenio; que por algo se había bromeado tiempos atrás, diciendo que Carlota estaba reservada para el joven doctor, y por algo él habíala hecho preferida receptora de sus postales gráfico-literarias, durante el viaje deslumbrador por tierras del Continente Abuelo. Sus cuentos acerca de las cosas que más le admiraron en Europa—la *Torre Eiffel*, las alturas de *Saint Cloud*, los tesoros de *Notre Dame*, el "Niño que orina" (título de *Castrico)* de Bruselas, las raciones de ganso en los restoranes berlineses, ¡oh! ¡Y el pan de Viena, los quesos de Holanda, el chocolate de Suiza, los macarrones de Italia!—entretenían sobremanera a doña Benigna y a Carlota. Las dos admiraban, además, todo lo que el joven doctor había aprendido de costumbres aristocráticas, de bien vestir, de ceremonias sociales, allá en el "extranjero" (una idea algo confusa para las dos), y admitían, acordemente, que era un joven tan fino, delicado e instruído, que ya habrían querido muchos, muchísimos jóvenes ma-

tanceros ser así. Sobre todo, con lo que encantaba oir a *Castrico* hablar de la separación de clases y la alta religiosidad (cosa que estaba muy lejos de ser un contrasentido para madre e hija) de la gente de Europa. ¡Qué respeto! ¡Qué bien marcados los límites! ¡Cuánta conformidad cristiana! ¡Y qué sermones de dominico en *Notre Dame,* Dios Santo! ¡Y qué maravilla, el día en que él, con sus propios ojos, había visto al Papa en San Pedro! Pero... ¿Y qué decimos de Adolfina? Entonces Adolfina leía a Daudet, France, Queiroz, Maupassant, y abrevaba en la desbordante y arrasadora fuente oratoria de Alfonso Valdés...

La señora—*Encarnita*—era una mujer pobre de carne y espíritu; una humanidad de ciento diez libras y cuarenta y cinco años, corta y doblada; que miraba con timidez, hablaba para asentir a todo, vestía de olancitos a florecitas negras y moradas, creía en la Caridad del Cobre, adoraba a su marido con musulmana sumisión y mimaba, consentía y doblegábase a la hija con incurable ceguera de madraza cubana. Doña Benigna siempre se había llevado muy bien con *Encarnita*—su íntima condiscípula en el colegio de las madres—y a pesar de Pura, seguíanse llevando admirablemente.

Pura satisfizo la curiosidad de conocer al novio de su amiga Adolfina. Le encontró bueno, talentoso, simpático y bienpareciente. Sustituyó a la María en lo de acompañar a la enamorada en sus vespertinos, imprescindibles paseos por el gran jardín, cuando no se fueron juntas las tres mujeres, con grande ventaja para los del idilio, porque mientras las traviesas "cuidadoras" se alejaban intencionada y complacientemente, las entrevistas llegaban al colmo de lo solo, íntimo y desaprensivo. Desde entonces pocas veces fueron al paseo doña Benigna y Carlota. La primera quedábase a oir las lamentosas confidencias de *Encarnita,* en intercambio de las que *Encarnita* oía cuando doña Benigna usaba de la palabra, y Carlota pasábase la tarde en el portal del chalet, soportando

agradablemente las conferencias francófilas y el insistente mirar empañado, de los ojos doblemente pegajosos del gran *Castrico.*

El hecho de hallarse éste en el *chalet,* hizo pensar a doña Benigna—precisamente por haberle llamado la atención el joven y distinguido doctor—en la conveniencia de relevar a Alfonso del servicio de compañía que venía prestando allí. Adolfina no pudo defender su causa con grandes y atendibles razones. Los obreros ya estaban tranquilos; en la casa había más gente, y en cuanto a la necesidad de un hombre, pues... allí estaba el hijo de *Encarnita.*

Volvió Alfonso a "La Cuartería". Como ello hacía imposible la frecuente y deliciosa entrega de cartas, libros, flores, dulces, besos; como ello mataba la inmensa dicha de verse y sentirse juntos dentro de las mismas paredes, los encuentros tardecinos en el gran jardín se convirtieron en una necesidad ardientemente sentida; algo que era preciso repetir y prolongar a costa de todos los riesgos, esfuerzos y sacrificios imaginables; algo que con nuevos y más poderosos incentivos, tornaba la pendiente más delizadiza y extraviadora que antes; algo que siempre tenían en la mente, para recordarlo por lo pasado y propiciarlo en lo porvenir, los dos enloquecidos de amor y las dos malhadadas encubridoras de los deslices y extravíos del propio amor.

Cuando al jardín iban Pura y Adolfina, sin la criada, aquella aficionada al placer reflejo atrás aludido, dada a curiosear y experimentar así, por carambola, ciertos aspectos del amor, haciéndose la delicada y prudente, no se apartaba de los novios; pero sí los instaba, azuzándoles la fiebre pasional, y como si tratárase de lo más natural y hacedero, a ensayar románticas escenas de cine o emprender retozos y carreras, propicios a los revuelos de faldas, atisbos de escotes y caídas "descubridoras", conocidos de ella por sus flirteos del *tennis.*

Así unas veces echábanse los tres sobre la yerba recién brotada a la sombra de algún añoso frutal;

Adolfina recostada en el ancho tronco, las piernas estiradas, los dedos hundidos en el cabello de Alfonso, sentado al lado de la novia, y reclinada delante de ellos, haciendo canapé de alguna saliente raíz y el verde alfombrado, en un descuido de actitudes y de ropas, la purísima Pura; filosofando los tres, verbal y objetivamente, sobre algún tema de amor. De allí salía Alfonso con la impresión, sobre su carne deseosa, de algo firme, tibio y perturbador, que le encalabritaba los nervios durante las noches de erótico insomnio: la impresión de los jóvenes y hermosos muslos de Adolfina en la diestra de él, dejada al descuido, con el inconfesado acuerdo de ella, sobre la ligerísima falda casera. De allí salía Adolfina con la impresión quemante, que le encendía la sangre, y ponía culebrillas en sus nervios, y fiebre en sus manos, y fuego en sus labios, en muchas noches de desvelo: con la impresión de la mano del novio sobre los muslos, redondos y tremantes.

Otras veces, Pura ideaba juegos de pelota (lo del *tennis*) a base de frutas verdes y ramas de los árboles, o inventaba juego de escondite, o iniciaba la pedrea y escalamientos de los frutales; de todo lo cual salían los consabidos descubrimientos de carnes, cintajos y encajes, recónditos y tentadores.

Y así una vez, con uno de estos correcorres, ocurrió algo que se quedó en la retina de Alfonso fuertemente clavado, y que en las horas en que más febrilmente deseaba a la novia, era punto de partida de todas sus ensoñaciones voluptuosas. Corría Adolfina en dirección a él, perseguida por Pura; fatalmente puso un pie en un canistel maduro escondido entre el hojerío seco del suelo; resbaló hacia adelante, y al arrastrarse de frente, con el impulso de la carrera, se le arrollaron las faldas y el ancho pantalón, dejando al descubierto el rotundo mármol de las piernas, medio palmo más arriba de las ligas.

Eso en el jardín.

En la correspondencia también entraba, a veces, el influjo de Pura, quien a su vez fué la que ideó la forma en que podían escribirse los novios.

La reja que circundaba el jardinillo inglés, tenía un pilar en cada una de sus esquinas. Sobre de estos pilares había sendas macetas de concreto. Escogieron los tres jóvenes, de común acuerdo, la esquina que quedaba en la dirección de "La Cuartería", y debajo de la maceta, Pura o Adolfina, colocaba la carta de la última cada noche, en una fugaz escapatoria o con el disimulo de un breve paseo improvisado, recogiendo a la vez las misivas del joven. Las cartas entraban y salían del *chalet* en el seno de la portadora; los libros debajo de un chal echado sobre los hombros, so pretexto del fresco relente otoñal. La tinta simpática había sido desechada desde hacía tiempo. ¿Para qué?

Por cierto que este último sistema sirvió para que pudiese ser atado un hilo más—que andaba en riesgo de quedarse suelto—a la urdidumbre de todos estos fatales acontecimientos: Adolfina pudo entregar al novio aquel *The End of Capitalism,* de *Cuco* Pedroso; un libro cuyo título, inconcusamente, tuvo que interesar a Alfonso, desde que ella se lo mencionara un día en que hablaban de lecturas, y que no pudo conseguir la joven, que le fuese traído de *Contreras 268* cuando vivía él en el *chalet*...

Cuando la familia Castro regresó a Matanzas, ya Adolfina había llegado a esa situación en que se hace completamente absurda, insoportable la sola idea de que se pueda perder al ser amado, y así se declara franca y sinceramente; de todo corazón.

Como se lo había afirmado y reafirmado ella a él, en sus cartas y conmovedoramente, en las inolvidables despedidas de las tardes de citas en el jardín:

—*Ya* eres lo más grande que hay para mí en la vida. Lo prefiero todo, hasta morir, antes que perderte.

Y así era.

XI

LA FELICIDAD DE UN HOMBRE RICO

La quinta de Bellamar.

Las nueve de una mañana fresca y esplendorosa.

Por los intersticios de las puertas y ventanas de los cuartos que aún permanecen cerrados, entran con tal fuerza la luz del sol y el bullicio de los gorriones, que es absurdo pensar en la prolongación del sueño dentro de aquéllos.

La mujer de don Ricardo (si no la legal, la verdadera) está sentada al borde de la cama, el busto inclinado sobre un periódico, cruzadas las piernas, el cuerpo entero, en camisa y sayuela, retratado en la amplia luna biselada de un gran armario moderno, paralelo a la cama. La tendencia a engrosar de la mujer cubana, no ha fallado en el caso de ella. Tiene quizá veinte libras más de las que convendrían a su estatura y a sus líneas básicamente buenas; más de las que tendría, de haber llevado una vida de deportes y otras actividades al aire libre. Pero sus carnes trigueño-rosadas, en plena madurez, con una piel siempre guardada en ropas excesivas, dan toda la figura, si no de la estatua palpitante, que deslumbra y encanta, sí de la criolla "buena hembra", apetitosa, inquietadora, provocativa. Así la devuelve ahora el gran espejo: amplio, bien lleno y bien curvado el busto, que surge de los encajes de la camisa, su-

jeto de los hombros por dos cintas rosadas, y abierta por la inclinación del cuerpo en la parte en que se inician dos alturas, menos morenas que lo demás, firmes y bien curvadas; en acuerdo de color, redondos y de juvenil dureza, los brazos, y resaltantes en la blancura de las enaguas y las sábanas del lecho, las piernas, rotundas, de rodillas y tobillos delgados, apretadas por unas medias de filo hilo negro y unas anchas ligas color de rosa.

Mas nada dicen esos encantos, en estos momentos, a don Ricardo, precisamente porque acaban de decírselo todo. Se encuentra él en ese estado de lasitud y tristeza, que los teólogos—cuando la gente tomaba en serio a los teólogos—atribuían al arrepentimiento por el negro pecado de amar, al triunfo del alma siempre divina sobre la diabólica materia; no siendo en verdad más que efecto de una gran pérdida de esencia vital, la postración después de la tremenda sacudida nerviosa, y a la edad de nuestro personaje, por sus efectos más sensibles y prolongados, algo así como una callada advertencia celular. Está don Ricardo en la cama, en pijama, vuelto del lado en que se halla su compañera, con los ojos entreabiertos, mirando sin ver, silencioso, pensativo.

Hace mucho tiempo que, a cada rato, tiene mañanas como ésta, algunas veces repetidas durante un largo período; mañanas en las que, sin sueño, con mucho quehacer, le cuesta algunas vueltas, no pocas tentativas y un supremo último esfuerzo el levantarse. Ocúrrele esto con mayor intensidad en ocasiones, como la de ahora, en que a la postración muscular y nerviosa antedicha, únese la pereza de unos neurasténicos insomnios de madrugada, que desde algunos meses atrás le viene mortificando y preocupando insoportablemente.

Es una neurastenia, un fastidio, a veces un verdadero hastío, que no obstante ser él dueño de ingenio en época de veintitrés centavos la libra, con todo lo que ello significa para el presente y ofrece para el porvenir, y a pesar del cariño que profesa a sus

hijos, muy necesitados de él todavía, por temporadas le hace odiosa y despreciable la vida. Es la consecuencia de una constante e infructuosa lucha en contra de las barreras con que la mala suerte obsta a la tranquilidad de espíritu que le es imprescindible, a él como a todos los hombres, para poder trabajar, aprender, velar por la salud propia y de los suyos, dedicarse a los afectos familiares en común y abierto disfrute de la fortuna; para poder vivir. Que así no podía vivir él: con la idea fija, martilleante, minadora como la gota de agua en la piedra, de que su ascensión en el orden de la riqueza, es divergente de su desenvolvimiento en el orden moral, aun dentro de su propio y libérrimo concepto de la verdad y la justicia; porque lleva dentro, hermética y taladrante, como carcoma desequilibradora del cerebro, la preocupación de haber hecho mal en torno suyo, volviendo tristes e infelices a los seres, sangre de su sangre, que por él alientan y vienen por el mundo luchando y desarrollándose. Y más, porque con el concepto obtenido por él de lo leído, bregado, esperado y desesperado en nueve lustros de experiencia de la vida—más de la mitad del brevísimo tiempo que le corresponde en la eternidad del Universo—no se considera responsable de las desgracias que, como por juego del poder ciego y fatal que mueve los muñecos humanos en un tablado de ignorado origen y desconocida finalidad, contrastan con la dicha inmensa, que en un principio parecía totalmente asequible, al alcance de la mano, como un especial favor de la suerte; pero que siempre le han dejado el dulce en los labios y la amargura en el pecho, más amarga después de cada prueba. Y todavía más; es decir, menos puede y quiere vivir él, cuando en horas de hondas y malhumoradas cavilaciones, como ésta, se da entera cuenta de que a su gran problema no es posible buscarle soluciones, porque lo único que puede hallársela es el tiempo, que está sobre todo y que al fin todo lo arregla, siquiera sea con el grande y doloroso remedio de la

muerte. Por el contrario, cada día es más grave, más complejo, más insoluble para un esfuerzo humano, más amenazador de un ruidoso estallido que ponga a toda la familia en los horrores de un agudo escándalo, de una resolución desesperada, de un desastroso enredo judicial.

En este propio momento ¿no parece que todo el *morbus* acumulado en contra de la felicidad de él y de los suyos por el adverso juego de los prejuicios sociales y religiosos, está en el punto preciso para entrar en una crisis violenta y estrepitosa? Aun descontando la complicación Adolfina-Alfonso, tan cercana como la que más a presentarse, alarmante y temerosa, y cuya latente existencia don Ricardo ni siquiera sospecha, y exceptuando la complicación obrera, que nuestro neurasténico considera alejada por el momento, ¿no es una intranquilizadora incógnita la próxima llegada de *Cuco?* ¿No constituye un serio peligro el avance de la mortal enfermedad de doña Benigna? ¿No parece síntoma alarmante la resolución de Adolfina, varias veces esbozada últimamente, de abocarse con él para escabrosas explicaciones y demandas? ¿No debe considerarse como una grave e inmediata amenaza la forma odiosa, agresiva, de incalculables consecuencias, con que el Padre Zorrínez entra ahora en acción en contra de esta casa de la Playa?

El día anterior se ha enterado él del amenazador entrometimiento de Zorrínez, por la propia mujer.

Al llegar a la casa, para la comida, advirtió en el rostro de su compañera una marcada impresión de inquietud y disgusto, que revelaba algo anormal ocurrido momentos antes. La interrogó solícito, alarmado. Quiso ella negar, al principio. El caso era tan grave, la había sacudido tan fuertemente; tan nerviosa, abatida, consternada la tenía aún, que no había podido ponerse de acuerdo consigo misma, acerca del alcance que ello pudiera tener, de cómo habría de presentárselo a Ricardo, de la forma en que habría ella de encararlo y procurarle una salida

definitiva, por heroica y desesperada que fuese, en caso de necesidad. Pero había sido inútil su propósito. Negaba con tal debilidad, con tal parquedad de explicaciones, tan monosilábicamente en lo último, con un temblor tan incontenible en los labios y una humedad de llanto en los ojos desviados de los del que rogábale ansioso, que él sintió más exigente la necesidad de saber, logrando al fin que ella, en una crisis de lágrimas y sollozos primero, tremante de indignación después, se lo contara todo.

Aquella gata de sacristía, la vieja gorda, cariancha y enlutada, la viuda de *Perecito* y hermana de la paralítica de la calle de la Merced, había logrado cuanto Zorrínez la había encomendado, desde irse introduciendo en la quinta, con jesuítico sigilo, con beato estira y encoge, hasta hacerla ir dos veces, de regreso de compras por el centro de la ciudad, a la casa de la enferma, cercana a la arteria principal de Pueblo Nuevo, la Calzada de Tirry, camino directo de la Playa.

La primera vez, cuando ya ella, llevando de la mano a su hermoso muchacho de nueve años, disponíase a abandonar la casa de "sus" pobres mujeres, sonó en la puerta un cavernoso "¡Buenas tardes por esta casa de Dios!" y apareció en la humilde y desarbolada salita el bulto negro del Padre Zorrínez. Traía muy cepillados los escasos pelillos negros que circundábanle la tonsura y el fofo rostro muy rapadito, sonriente, dulce. La viuda de *Perecito*, después de exclamar: "¡Qué milagro más oportuno! ¡Qué gran casualidad, padre!", hizo la presentación:

—El Padre Zorrínez. Una señora muy buena, que siempre nos socorre y que hoy ha venido a ver a mi enferma.

Parece que Zorrínez, advirtiendo que había llegado tarde, porque en la actitud de ella, de pie, con el hijo de la mano, de frente a la puerta, veíasele el propósito de seguir para la calle a pesar de la llegada de él, optó por dar por perdida la ocasión, en vez

de poner en peligro lo conseguido hasta entonces, si precipitadamente abordaba la difícil empresa en desfavorable oportunidad. En vez de asombrarse por no conocer a una señora de Matanzas, que por lo elegante del traje tenía que ser rica, y por lo de la visita a los pobres, demostraba ser caritativa en alto grado, recibió como cosa sin importancia el nombre de ella, en el instante de la presentación:

—Clara Herrera, servidora.

Y con la misma displicencia, por decir algo, impulsó un dialoguito:

—¿Y este muchachón?

—Mi hijo; servidor.

—¿Se llama?

—Ricardito.

—¡Vaya! El padre es un Ricardo, con seguridad.

—Sí, señor.

—¿No quieres la bendición, chico?

—¿De qué?—con sincera sorpresa preguntó Ricardito.

—¡Jesús! ¿De qué va a ser, muchacho?—exclamó la viuda dando pie para la acometida a Zorrínez, porque no penetraba las intenciones contrarias de él.

—¡Vamos! Dejémosle. Está abochornado. El es muy bueno—se apresura a decir el cura, golpeando congraciador la mejilla del niño.

Y entonces ella, más apresurada que el cura, a fin de no dar tiempo a otra cosa, abochornada, nerviosa, ordenó al hijo que se despidiera; se inclinó con un adiós seco, terminante, sin ninguno de los ofrecimientos de rúbrica, y salió de estampía.

Como Clara era inteligente; como era aficionada a la letra de molde; como la cercanía del talento siempre favorece, y como don Ricardo practicaba con ella aquel sistema preconizado por *Cuco,* de hacer de la mujer la preferida copartícipe de goces intelectuales, de aficiones y creencias, estaba ella preparada para sospechar que aquello había sido una celada; como lo estaba para tener los mismos temores, las mismas dudas morales y, a veces, el propio

aburrimiento de la vida que periódicamente aplanaban al marido. Pero, como por un lado la vieja beata había dicho aquel día y luego lo repitió en una visita a la quinta, que el encuentro había sido obra de la casualidad, y como por otro lado nada realmente significativo hubo en la conducta del sacerdote en casa de la paralítica, ella lentamente había ido perdiendo sus dudas, aceptando que la situación desagradable fué consecuencia natural de la anormalidad de su estado y del papel que desempeñaba Zorrínez en la vida matancera.

El día anterior tuvo ella que salir de compras otra vez, y aunque no había olvidado aquel desagradable suceso, de la misma manera que nunca podría olvidar aquel encuentro en la tienda con la primera familia de don Ricardo y otros malos ratos semejantes, hijos de lo ilícito de su situación social; aunque el sólo pensar en ello y en nuevos disgustos, poníale la carne de gallina, aceptó volver a la casa de la calle de la Merced, y a otra de una viuda pobre de la calle del Espíritu Santo, a la cual acompañaríale aquella bruja, candelita de basurero, que tan admirablemente hacíase la santa.

Fué. Al pasar por la iglesia de San Juan, rumbo a la calle del Espíritu Santo, la mujer quiso entrar en la sacristía para llenar con agua bendita una botella que llevaba debajo del prieto mantón y que según dijo era para la viuda de marras. Allí, "casualmente" estaba Zorrínez, con su cara sonriente, azucarada, de la otra ocasión. Ella se puso turbadísima, ¡muerta! Todo el temido peligro se le presentó de frente, de golpe, pavorosamente. Le fué imposible hacerse una composición de lugar, ni aun brevísima; ni trazarse un camino, ni vislumbrar una salida, para el caso de comprobarse, como era probabilísimo, que aquello era una trampa, que había sido una gran tonta con haberse dejado engañar así; por confiada, por estúpida. Y menos pudo, porque Zorrínez, haciéndose cargo, la atacó brioso, convencido de la inmunidad en que colocábanle, ante una

mujer que podría ser su hija, situada fuera de la ley, de la moral y de la sociedad, sus canas, su hábito, su condición de grande de la iglesia, su gran preparación de manejador de conciencias.

—Siéntese—dijo—mientras vuelve la señora.

De ningún modo quería ella sentarse. ¿Para qué, si sólo se trataba de esperar mientras la viuda llenaba *su* botella de agua? Después, apenas si le quedaba tiempo para visitar una enferma y regresar a su casa. Pero el cura, usando sus primeras armas—la cortesía, la sonrisa almibarada, la exigencia paternal, sedeña pero firme—le aproximó una silla y la obligó a sentarse. Antes de hacerlo, había estado a punto de marcharse, bruscamente, sin el menor reparo de decencia con quienes no la usaban con ella; mas entre la silla y la puerta de la calle estaban Zorrínez y el chaparro y fornido cura de Pueblo Nuevo y además de que no sentíase capaz de avanzar en contra de quien así la dominaba con tan hipócrita actitud de bondad, en la exacerbación nerviosa que la agitaba llegó a temer el absurdo de que la agarrasen por las muñecas, obligándola a sentarse por la violencia. Entonces, lo temible y temido bárbaramente, sobre todo por Don Ricardo: el escándalo, con la condenación general. ¡Claro! ¿Qué podría esperarse de una mujer como ella?

—El otro día me dijo esta buena señora—empezó el cura, a tiempo que sentábase frente a ella—quien eras tú, hija. Lamenté mucho no haberlo sabido antes, porque en verdad hace tiempo que deseo conocerte y hablarte. Y ya que nos encontramos... ¡Cosa de Dios! Porque yo no vengo nunca por mi vieja iglesita, y tú creo que no vas a ninguna...

Y ¿por qué no frecuentaba ella las iglesias? El comprendía que eran cosas que se iban dejando a un lado, imprudentemente, sin advertir que quizá si luego fuera tarde para arrepentirse; comprendía que eran errores debidos a lo que había visto hacer de niña; defectos de educación y ambiente. ¡Oh! ¡Sobre todo el ambiente! Este era culpable de mu-

chos otros males que se hacían en la vida. Ella misma ¿cómo había caído, insensiblemente quizá, sin verdadera mala intención?... Tentaciones... la fragilidad humana y... resbalándose, resbalándose fué a dar al punto buscado, a la llaga donde quería poner el dedo.

Cuando acababa de lograrlo y ya ella encontrábase en un estado inconvenientísimo: triste, sin quererlo, al hablarle el cura del gran fracaso, y la gran ignominia, y el gran crimen en que vivía don Ricardo, en parte por ella, y deseosa de romper la situación, partiendo como un toro, en palabras y en hechos, si lo último era preciso, se presentó la vieja con su botella de agua excusándose por haberse demorado rezando unas oraciones que le debía a San Juan Bautista desde meses pasados, e invitando a su buena señora Clara para irse en seguida a la calle del Espíritu Santo.

—¡A la calle del Espíritu Santo!—había esclamado ella al contárselo a él.—¡Al demonio! He venido directamente para acá, y... ya ves; ya ves cómo estoy. Esto es seguro que va a traer cola. Ese condenado viejo, vendrá aquí. Lo verás. Me lo ha dicho, y aunque yo no asentí, ni mucho menos, vendrá: como vendrá otra vez esa maldita vieja. Después de todo, esto me pasa por buena; es decir, por boba; porque hacer bien a la gente, no es más que ser uno bobo, muy bobo.

—Pues, ya lo has dicho—había replicado él.—Ya lo has dicho. Primero por boba y después por más boba; porque lo que debiste hacer después del encuentro con el Zorrínez, era haber sacado a la vieja con cajas destempladas de aquí la primera vez que volvió y desistir de más limosnas fuera de casa. Con esa gente no se puede uno descuidar. De sobras lo sé yo y de sobras debes saberlo tú.

—Pero, figúrate: ¿quién iba a suponer?

—¿Quién? Cualquiera que los conozca. ¡Mira tú! Además, ¿por qué no le mandaste a freir buñuelos en cuanto empezó a meterse en lo que no le impor-

taba; en cuestiones de familia, en las cuales ninguna persona seria y decente debe inmiscuirse?

—El miedo al escándalo. Además de que después de todo, me ha dicho las cosas en tal forma que, a la verdad, por un lado no me han ofendido, y por otro, pues... me han puesto triste, me están doliendo, me *(casi solloza)* han hecho pensar mucho, mucho...

—Bueno, pues para que lo sepas: el escándalo es más inminente ahora. Porque donde venga aquí, y quizás antes de que venga, ¡le voy a dar un susto! ¡Con toda su sotana, y su coronilla, y sus sesenta años! ¡Ya lo verás!

—Será peor.

—No. No será peor. A estos tipos no hay que achicárseles. Al contrario: es preciso pararles la carreta a tiempo. Y si no se detienen... un látigo. ¡Un látigo! Me lo meto entre los pantalones, me voy a la sacristía, le pido una entrevista a solas, me encierro con él y... ya lo verás.

—Sí. Sí. Con eso no vas a solucionar nada. Además, créete que es tan fácil. ¡Como que te va a recibir en la sacristía!

—Bueno. Pues en plena misa, ¡hasta con el copón delante! ¡Que para eso no soy un desgraciado cualquiera! ¡Para eso tengo dos millones de pesos! Y a última hora, que se vaya la gente conocida, y los amigos, y los enemigos, y toda Matanzas... *¡al garage!*

Pero luego se le había ido pasando la cólera; más tarde derivó en amarga y larguísima comidilla con la atribulada compañera, y al cabo todo hubo de caer en el neurasténico cavilar de siempre, en la idea fija, en la carcoma que barrenábale el cerebro, que habíale costado, como en otras ocasiones, media noche de insomnio. Y así estaba ahora, perezoso, adolorido, malhumorado; con todos estos negros pensamientos: de penas, de peligros, de amenazas inmediatas.

Un tren de viajeros que desciende, estrepitosa-

mente, la cuesta de la Guanábana, hace retemblar la casa. Don Ricardo cambia de posición y se acomoda en las almohadas, como si tuviera el propósito de continuar en el lecho. Clara dobla el periódico; se pone de pie y pregunta:

—¿Ya sabes qué hora es?

—Las nueve.

—Y media.

Pausa.

—¿No dijiste que hoy tenías que levantarte temprano?—insiste ella.

—Sí. ¡Pero tengo un sueño!

Se incorpora, y después de un bostezo:

—En fin, ¿qué le vamos a hacer? Estas son la independencia y la felicidad, envidiabilísimas, de los ricos.

Otra pausa, mientras Don Ricardo vuelve al derecho, lenta y torpemente, las mangas de la bata de baño y Clara busca una pieza de ropa en el armario, e interroga él:

—¿Y el niño? ¿Se fué ya para el colegio?

Contesta ella afirmativamente, y el diálogo continúa insulso, desganado, en tanto ambos se asean y se visten.

Todavía está él en bata y pantuflas y ella con el cabello de un lado suelto sobre la semidesnuda espalda, cuando una criada llama con los nudillos en la puerta del cuarto, diciendo en seguida:

—Ahí está esa señora que viene siempre.

—¿Qué señora?—salta don Ricardo.

—Pues, no puede ser otra que la viuda de *Perecito*—se apresura a replicar Clara.—Pero, ¡tan temprano...!

—Ya le he dicho que usted no se ha levantado todavía—advierte la criada desde fuera, y evidentemente dirigiéndose a Clara—; pero dice que ella la espera, y se ha sentado en la saleta.

—Es que no sabe que el gato está en casa y que la va a cazar ahora mismo. Espérate—dice Ricardo.

Y, abotonándose bien la bata y anudando el cor-

dón de la cintura, hace ademán de salir del cuarto.

—Oye, Ricardo—pretende detenerle la mujer.—Déjame ir a mí.

—No. No. Ya verás como queda puesta y convidada.

—Pero no vayas a cogerla con la infeliz bruja esa. Mira que no es más que una estúpida, una vieja ignorante, que se presta a servir de instrumento a los otros, creyendo que, de ésta, sale derechita para el cielo. ¿Me oyes?

—No. No temas. Nada de eso. Espérate.

Y sale en dirección de la saleta.

La viuda se queda como el convidado de piedra.

Don Ricardo, con un gesto de despiadado sarcasmo, sonríe y adelanta hacia el objeto de su ataque la diestra extendida.

—Buenos días, señora. Perdone usted que la reciba en esta facha, pero como ha venido usted tan temprano...

Con la mirada muy ansiosa y un ligero temblor en las fofas carnes del cetrino rostro, la señora se pone de pie y balbucea un "Buenos días", sin atreverse a tocar la mano que don Ricardo le ofrece y sin poder agregar una palabra más, tan fuerte es su turbación.

—¿Qué le pasa a usted, señora? ¿Es que la impropiedad de hallarme aquí la avergüenza? ¿Ignoraba usted que yo vivía en esta casa? ¿O es que no esperaba encontrarme a esta hora? Me convendría saber eso, para obrar en consecuencia.

Farfullantemente, la señora quiere desarmar a don Ricardo, quitándole toda sospecha de que pueda haber algo de sorpresa en su actitud, ni de secreto o mal intencionado en aquella intempestiva visita. De sobra sabe ella, como sabe toda Matanzas, que él está disgustado con su señora... con su esposa... y que vive... esto es, que vive con Clarita. Por cierto que... ¡tan buena como es Clarita! Como que ella ha venido precisamente a traerle este regalito *(saca de la guarida del mantón color de cocuyo un*

envoltorio de azul papel de china, y del envoltorio una indefinible obra de crochet) y a ver si tiene alguna cosita que llevarle a "su" paralítica.

—Para que se la lleve ella misma. ¿No?

—Sí, señor. Esta tarde, si ella piensa salir.

—¿Y se encuentre con el Padre Zorrínez en casa de usted, no es eso?

La viuda de *Perecito* vuelve a quedar petrificada. Ya no le queda ni un granito de duda. Y menos, porque al darle don Ricardo este golpe decisivo, con los ojos, la sonrisa, todo el gesto en mayor sarcasmo, una sombra que se mueve por detrás de la mampara divisoria de la saleta y el cuarto, intensifica lo que de inequívoco tiene la situación. Falta de todo dominio, sin que pueda ocurrírsele una salida, porque no la hay, a la señora se le escapa lo que siente:

—¡Jesús! ¿Pero qué pretende este hombre?

—Este hombre pretende, señora, lo que va usted a oir ahora—contesta, siempre calmoso, gozando ya, francamente, el éxito de aquel certero golpe al encubierto enemigo de toda la vida.—Usted debe comprender que en esta casa ya somos algo crecíditos y muy poco mentecatos, para que un cura viejo y bobo y una pobre señora como usted nos vengan a dormir con ese cuento de la limosna que se traen ustedes entre mano.

—¡Dios! ¡Qué hombre!—exclama sinceramente alarmada, en pánico ya la pobre señora, y al decirlo hace un movimiento como para marcharse en dirección a la puerta de la calle, los ojos puestos en los de don Ricardo, el mantón alzado hasta la punta de la nariz, tal que si le hiciera la cruz al diablo, al huir de su presencia.

Pero don Ricardo se le interpone:

—Un momento, señora. No tema usted nada. No va usted a pasar al martirologio con lo que voy a decirle o hacerle. A usted no le tengo la menor inquina; al contrario, le tengo lástima. Usted no es más que una pobre señora sofisticada, que creyéndose en una misión celestial, santísima, viene a poner

un poco más de perturbación y disgusto sobre los que cada cual ya de por sí tiene en esta vida, para hacerle el juego a un bicho malo, a un canalla con sotana...

—¡Santo nombre!—de nuevo exclama la vieja, azoradísima.—¡Qué casa es ésta! ¡Entre qué clase de gente estoy metida! ¿De quién habla usted, hombre?

—¿De quién va a ser? De Zorrínez, señora. Y oiga usted, un momento. No se muera del miedo de contaminarse, o de perder la salvación eterna, o de que yo sea capaz de ninguna barbaridad, porque esté dejado de la mano de Dios. Se trata, se ha tratado en todo esto solamente de una cosa: de que usted le haga de mi parte una advertencia al Padre Zorrínez. Que no se vaya a dejar, metida en la cabeza, la idea de entrometerse de una manera más directa de lo que lo ha venido haciendo, en casi veinte años, en mi vida privada; porque puede ser que se me acabe de llenar la medida de la prudencia, de la consideración a muchas cosas, y entonces vamos a andar mal ¡muy mal! Que yo soy inofensivo y hasta bondadoso con la última hormiguita; pero con las alimañas que van a hacerme daño no respeto categorías. ¡Lo mismo me da Zorrínez que Su Santidad el Papa Benedicto XV!

—¡Qué blasfemia, Caridad del Cobre!

Y se lanza la señora a la puerta de la calle, con las manos en los oídos, en tanto que don Ricardo se echa a un lado, para expeditarle el paso, recalcando:

—Ande, señora. Corra. Dígaselo. Que, sobre todo, no vaya a tener la ocurrencia de presentarse en esta casa; porque puede salir de un puntapié que le deje la sotana prendida, con veinte pliegues, en el sitio donde él puede suponer...

Clara empuja las hojas de la mampara, y muy excitada sale al encuentro de don Ricardo:

—¡Caramba, Ricardo! Me has puesto mal; muy nerviosa. ¡Qué atrocidad! Te desconozco.

—¿Por?

—Porque nunca te he visto así, como te has puesto al final. ¡Vaya con el geniecito que te tienes guardado por dentro, chico! Ahora esa mujer saldrá por ahí diciendo que eres un malcriado, y puede ser que tenga razón. Lo último ha estado muy fuerte, muy impropio; como quiera que lo mires.

—Es que, con lo que me sucede, no hay nadie en el mundo que no tenga mal genio y no sea brusco y no llegue a malcriado, indecente y cuanto quieras. Además, lo último, lo del puntapié, no lo ha oído: porque ya iba por la calle. Ha sido más bien un impulso irrefrenable de desaristocratizarme; de decir algo vivo, caliente, a boca llena. ¡El primer desahogo de la bilis, del explosivo, con que me vienen cargando hace tantos, tantísimos años!

—Pues a la verdad que es un desahogo...

—Sí, de tonto; de mentecato; de animal. Pero hay veces en que el animal que todos llevamos dentro se impone, ¡qué caray!

—Y, luego, que es inexplicable la importancia que das a las maquinaciones de ese estúpido. Porque sólo a un estúpido se le ocurre que con media docena de razones sentimentales y cuatro consejos de confesonario, en dos sermones cara a cara, va a conseguir que una mujer y un hombre, que tienen un hijo y se quieren, y viven juntos hace once años, van a separarse en seguida.

—Es una estupidez, y puede no serlo. Porque no tiene él, seguramente, el propósito de echarte sólo dos sermones. Con eso empieza, pero despídete de poder presumir, ni remotamente, todo lo que es capaz de tramar para salirse con la suya. Sin contar con que de sobras sabe él que la mortificación constante, el desasosiego, bien atizado desde fuera, en una situación como la nuestra, llega a desesperar de un modo terrible, insoportable. Y esa, en el fondo, es la finalidad de quien parece haber venido a Matanzas hace veinte o treinta años, sólo a hacerme desgraciada la vida.

—Bueno; pero ¿qué sacas tú con estas cosas?

Calcula cómo se pondrá ahora el señor cura. El remedio puede ser peor que la enfermedad.

—O no. Por lo pronto te garantizo que desiste devenir aquí. Y si no.. allá él. Por mi parte, puedes tener la seguridad que si insiste en meterse donde no le llaman, jugando así con los afectos y los intereses y el porvenir de gente que, como nosotros, ninguna autoridad le concedemos para ello, voy a hacer un escarmiento muy sonado con él. Al tiempo, si no.

Media hora más tarde, ya algo tranquilos, como quien con mayor o menor violencia y sufrimiento ha desahogado parte de lo que le duele y oprime inllevablemente, Clara y Don Ricardo toman su desayuno, muy criollo, o sea muy frugal: una taza de café con leche, con un panecillo ligeramente pintado de mantequilla.

Mas, es llegada la hora en que fatalmente han de precipitarse los acontecimientos. Pasa el cartero; como cada día de la semana, deja hoy un buen brazado de cartas, revistas y periódicos. Don Ricardo escoge entre toda esa correspondencia un sobre voluminoso, con membrete de *Dos Ríos;* extrae una hoja impresa; lee los titulares; pasa la vista a los nombres que firman; exclama, con cierto gesto de inquietud: "¡Bah! Apareció aquello", y ávidamente enfoca los límpidos cristales de las gafas en el texto del impreso.

Con efecto. Es el manifiesto de los obreros, que tiene entre las primeras firmas los nombres de algunos de los cabecillas socialistas más arrestados e infatigables del ingenio y que hállase dirigido "Al Congreso Nacional y a la Opinión Pública".

Lee don Ricardo, y encuentra la pintura, con colores socialistas, de la situación de los ingenios de la República, en lo que se refiere a la cuestión obrera. Por más que los colores sean socialistas, hay verdades como puños. Entre frases de "feudalismo rural anacrónico", "Faltan brazos, porque los quie-

ren sin cabeza, y éstos cada día escasean más'' y ''No estamos dispuestos a hacer la próxima zafra si no se atiende a este último toque de atención'', denúnciase lo injusto de la jornada de doce horas, en dos cuartos de a seis, lo que nunca da más de tres horas de sueño continuado; lo de las fondas sucias y matagentes; lo de las tiendas monopolizadoras y surtidas de desechos de las ciudades; lo del barracón-pesebrera, cochino, insuficiente y antihigiénico; lo de la falta absoluta de escuelas, de un cine, de todo lugar de expansión y recreo, y lo del ''compon-te'' y la plantada en la carretera al osado que se atreva a protestar de tantas maravillas. Por último, la amenaza inquietadora e imponente: ''Si no se hace nada, no será por falta de aviso y buena voluntad de nuestra parte, y entonces la opinión pública, la desinteresada, la que tiene la herencia espiritual y progresista de los revolucionarios honrados del 68 y el 95, sabrá juzgar con más certeza y justicia los acontecimientos que puedan sobrevenir; que es probable que sobrevengan, aun en contra de todo lo que podamos empeñarnos en evitarlo.'' (1)

—¡Bueno!—exclama Don Ricardo al terminar su lectura, como si hablase con Clara; siendo así que lo decía en soliloquio.—¡Bueno! Esto está mejor que otros papeluchos anarquizantes, en cuanto que no trae la palabrería guaposa, vargavilesca, a tambor batiente y con todos los metales de la banda, con que estos señores lo insultan y calumnian a uno, arriba y abajo, cada vez que les viene en ganas. Pero, está peor, pésimo, en cuanto que refleja cierta organización, y nuevos derroteros inteligentes, y unas intenciones... ¡unas intenciones, que la zafra nos coja confesados!

—¿Qué es?

---

(1) *Párrafo de un manifiesto obrero circulado por los ingenios, en el mes de agosto de 1920. Refleja la verdad de lo que se dice en la presente novela, y demuestra que los Alfonso Valdés, no son simples ficciones literarias.*

—¿Qué? Que hoy es el día. Salimos de un susto y entramos en otro.

Un suspiro y:

—¡Ay ay ay! ¡Con estos obreritos, que se creen que el dinero da la felicidad absoluta! ¡Qué poco saben ellos lo que el dinero amarra, y desvela, y esclaviza! ¡Qué fáciles muchos de mis problemas si yo, en vez del dueño de *Dos Ríos* y el descendiente de los Calderería, fuera el Don Nadie Caín Romero, o el negro Milanés!

Y exacerbándose:

—¡Y cómo atacan! ¡Y cómo amenazan! Pero me cogen con el gran humor. Todo se me viene encima de una vez, y yo estoy ya en el disparadero para irme contra todo. En lo de Zorrínez, ya va una buena metida. A estos anarquistas desastrados... pues ¡de frente! Estamos de acuerdo por primera vez: no tenemos comunidad de intereses ellos y yo; nada de armonía entre el capitalista y el obrero; lucha de clases, y que cada cual emplee las armas de que disponga. ¿No lo quieren así? ¡Pues que venga por ese lado! Esta misma noche me voy al ingenio.

—¿Esta noche?—interroga sobresaltada Clara, que tiene los ojos húmedos y las manos temblonas, caídas en la mesa, en torno de la taza de café, aún mediada.

—Sí. Esta noche. ¿Y cuándo entonces? Mira; lee ese manifiesto.

Se lo entrega; pero ella, antes de leerlo, insiste:

—¿Pero no es lo mismo mañana, cuando estés más calmado? ¿Cuando puedas juzgar y proceder con mayor serenidad y buen juicio? Acuérdate de que luego te quejas de estados congestivos, de revolturas de bilis, y dices que son los disgustos.

—No. No. Decidido: las situaciones de duda y tirantez enferman y trastornan más que las soluciones malas, por malas que sean. No puedo demorar más un viaje allá. Tengo que hablar largamente con don Luis, y proceder en el terreno y sobre la marcha.

Mientras habla se pone de pie, suelta la servilleta

en la mesa, recoge de ésta la correspondencia, y al dirigirse con ella en la mano hacia la sala, termina resueltamente:

—No tiene escapatoria. Al ingenio, después de la comida. Así llegaré allá con la digestión terminada. Mientras reviso esto *(la correspondencia)* hazme el favor de decírselo al chófer, por si necesita prepararse. ¡De siete a siete y media!

XII

PERO, "HOY ES EL DIA"

Don Ricardo llega al ingenio a las nueve de la noche.

No hay luna, sino un cielo bajo, prieto, sin estrellas, que a instantes entreabre en colgaduras, allá por el rumbo de Matanzas, el obstinado parpadear de lejanos relámpagos. Contrastan en la oscuridad las bombillas incandescentes de los edificios que el batey circunscribe, los grandes focos voltaicos por el mismo esparcidos y el movible resplandor de lumbrarada del automóvil de Don Ricardo, que raudo se aleja por la carretera, demostrando que atiende la elocuente amenaza de la cerrazón, los relámpagos y el aire de lluvia, que pone intermitencias en la pesadez atmosférica.

Va Don Ricardo, a pie, solo, despacioso, desde donde le ha dejado el automóvil—en la parte en que muere el ramal de la carretera que conduce al batey—al chalet situado al otro lado de aquél. Sigue un camino mal alumbrado: el que forman dos largas ensartas de férreas jaulas de caña, de las recién adquiridas, que ya reciben los últimos toques de remachadores y pintores. Solamente los primeros trabajan día y noche, y ahora se les adivina, de trecho en trecho, debajo de los carros, por donde salen manchones de luz y repican afanosos los martillos. El

dueño del ingenio hace algún tiempo que no lo visita, y de pasada, a través de las jaulas, va mirando todo lo que puede ser visto en los sitios alumbrados.

Ha llamado su atención un cartel, del tamaño de una hoja de diario habanero, que resalta en la oscuridad ambiente, sobre la cabecera de una de las jaulas. El cartel tiene grandes titulares, y Don Ricardo va a detenerse a ver si puede leerlos, cuando unos pasos que siente detrás de él y un bulto que, al volver la cara, percibe moviéndose en la propia dirección, le hace continuar la marcha, después de llevarse la diestra, instintivamente, a la cintura, para cerciorarse de que el revólver está en su sitio. Después el bulto desaparece como vino: por entre las filas de jaulas; pero ya Don Ricardo va muy lejos del cartel, para pensar en retroceder a leerlo. No cree que es el manifiesto de marras; pero sí que, con toda seguridad, es una señal barométrica de que la cargazón obrera sigue hacia la tormenta. Al pasar cerca de una luz que brota debajo de un carro, confirma lo anterior: entre remache y remache dialogan dos trabajadores, y el tema es que "la caña está a tres trozos", por lo que "no hay que andar con paños calientes"; sino "meter mano de una vez" y "acabar con la quinta y con los mangos". Como el léxico es criollo puro, y Don Ricardo no ha creído nunca en el anarquismo de los anarquistas de la tierra, siente la tentación de cruzar la línea de carros; meterse allí debajo con el par de laborantes, y exigirles que le hablen claro, que definan llana y comprensiblemente sus quejas, sus deseos, y la finalidad, bien concreta, bien concebida a que se empeñan en ir por la violencia. Sí. ¡Eso es! ¡A ver! Para demostrarles que son unos mentecatos, utópicos, ridículos, con la cabeza llena de viento por cuatro catalanes, que no saben ni escribir sus nombres a derecha, y quieren arreglar el mundo con diez frases hechas, aprendidas a lo loro, en medio de una indigestión de letra de molde. Pero ¡No! Esta gente se halla muy ensoberbecida, y si para ellos la caña está a tres trozos,

el dueño de la caña está en punto de caramelo. Mejor es seguir; enterarse bien de la situación al día siguiente, y hacerlo todo con serenidad y talento. Y, habituado a medir y pesar bien todo lo que la propia anormalidad de su vida le presenta a cada rato, imprevista y amenazadoramente, para proceder siempre con calma y prudencia, le es fácil en este momento desistir del primer impulso y reanudar su marcha.

Sale de entre los carros y enfrenta el *chalet*, que se halla todavía a cincuenta metros, del otro lado de un laberinto de tubos, cajas de maquinaria y otros materiales de instalación. Las linternas de algunos cambiavías y la luz tenue y fugaz de los lejanos relámpagos le permiten llegar sin tropiezo a una esquina del jardín. En el pilar esquinero hay otro cartel. Se detiene Don Ricardo. Cuando se convence de que es el manifiesto que ha recibido en la mañana, y dispónese a reanudar la marcha, ve algo tan raro, tan imprevisto, tan inverosímil, que se queda súbitamente paralizado de sorpresa. Una mujer vestida de claro ha salido del *chalet*, y por entre las plantas del jardín, con paso fuerte y seguro, en línea recta, deteniéndose indecisa sólo cuando brilla y se prolonga un relámpago, viene hacia donde él se encuentra. Se repone momentáneamente Don Ricardo; retrocede con el cuerpo encorvado y los pasos breves y sordos; se agazapa detrás de unas cajas próximas, y espiando ansiosa, fijamente, distingue con exactitud cada uno de los movimientos, misteriosos y desconcertantes, de la que llega, en una escena que no dura medio minuto. La que llega se detiene frente al pilar esquinero; con ambas manos levanta la maceta de concreto y la pone en el suelo; saca del seno un papel, que delatoramente resalta en las negruras de la noche; lo pone en lugar de otro, no menos perceptible por su color, que estaba debajo de la maceta y que recoge poniéndoselo en donde traía el suyo; vuelve a colocar la maceta en su sitio, y ya gira en media vuelta seguramente para volver al

chalet, cuando un relámpago más fuerte que los anteriores ilumina el, para Don Ricardo, fantástico cuadro, y comprueba él lo que desde el principio afirmábanle sus propios ojos y el corazón le negaba tercamente. ¡Es Adolfina! Muy extraño, muy absurdo, muy desconcertante; pero sin duda alguna es su hija Adolfina la que va ahora por ahí, zigzagueando por los senderitos del jardín, presurosa, con sobresalto de delincuente que huye del sitio donde acaba de serlo.

Siente que se le va a escapar, en grito que ha de correr fuerte y alarmante por todos los alrededores, un:

—¡Adolfina!

Pero lo ahoga en la garganta. Aunque esto es lo más raro, grave, inesperado y perturbador, que le ha ocurrido en toda su vida, tan llena de sorpresas, inquietudes, mortificantes irresoluciones, difíciles instantes de prueba, tiene el suficiente dominio de sí mismo para practicar en este caso su ya conocido sistema, hijo de una larga y costosa experiencia, de no dejarse llevar nunca del primer impulso por insólito y chocante que sea el caso en que pueda hallarse. Se queda inmóvil, recatándose, encogido detrás del montón de cajas, hasta que la figura de Adolfina se destaca en el cuadro de luz de la puerta frontera del *chalet* y, por la misma, desaparece con lento y ansioso andar, favorable al presumible disimulo.

Se incorpora Don Ricardo y ¡pronto! ¡Al pilar, en busca de aquel papelito escondido debajo de la maceta! Que, por increíble y rechazable que también ello sea, aquí, en el ingenio, es necesariamente una carta de amor. Por más que ¿cómo? ¿De veras es posible?... ¡En el ingenio!... Pero ¿con quién?

Levanta la maceta; coge el papel, que es un sobrecito de novios, grueso y satinado; doblado en dos, lo empuña en la diestra, y más nervioso, más presa del miedo que la hija cuando escapaba hacia el *chalet*, se dirige a un espacio iluminado, debajo de un foco eléctrico, metido entre líneas llenas de jaulas y va-

gones. Una vez debajo del foco, cerciorado de que nadie ve su maniobra, desdobla el sobre, que está en blanco; cuidadosamente lo rasga por una orilla, y extrae una breve carta escrita con los caracteres finos, redondos y parejitos, de su hija mayor.

Ansioso; con aturdimiento de fiebre en el cerebro, grandes y alocados los ojos, trémulas y resecas las manos, Don Ricardo lee a saltos, sin entender más que en conjunto, en angustiosa búsqueda de un nombre, de un detalle orientador, una frase que señale el verdadero alcance y la total gravedad de la situación:

Amor mío:

Ahora sí estás muy bien en la fotografía; mucho mejor que en las pruebas, y creo que estarás pensando: "ya lo ve usted, señorita porfiada; cómo tenía yo razón." Pues no señor, sigo diciendo yo; el retoque no puede dar lo bueno sino atenuar lo malo, y a ti no hay quien te quite los ojos mentirosos y los labios.... atrevidos. Tan atrevidos que, los muy malditos, a esta hora me han robado un montón de... lo que no puedo darte "de verdad", hace muchos días.

Mi cielo: ¡Qué consuelo, en esta odiosa e insufrible separación, si pudiera poner ese retrato en la mesita de mi cuarto, al lado de un florero lleno de rosas y claveles, rojos bien rojos, como los que tantas veces hemos cogido juntos, y que tú decías que eran los únicos capaces de simbolizar nuestro amor puro, inmenso, creo que único en el mundo! Allí, mientras estuviera leyendo, o cosiendo, o escribiéndote, me bastaría levantar la vista para verte y estar bajo la luz de tu mirada acariciadora. Allí, mejor dicho; aquí te tendría siempre para vivir y soñar a tu lado, constantemente. Pero, no se puede (¡Oh, crueldad infinita, que no puedo soportar más, de estos amores ocultos!) y tengo que conformarme con tenerte entre las hojas de un libro de los que están en el estante; uno cualquiera, para no levantar sospechas, y abrirlo lo más a menudo ,con los rodeos y temores que puedes

suponer. ¡Hasta cuándo, Dios mío, será este martirio?

¿Qué te parece? Hace un momento tuve que suspender la escritura, porque me llamaron para decirme que mi padre llega al ingenio esta noche. Me he puesto muy nerviosa. Ya ves qué mala me está saliendo la letra. Figúrate cuántas cosas me vienen a la mente con la noticia. ¿Qué pasará? Tiemblo por lo nuestro más que por nada. ¡Ten cuidado, chico, por mí, por ti, por nuestro amor! No seas imprudente. No te desesperes. Todo se andará; pero es preciso antes estudiar las cosas, y hacernos un plan. ¡Por Dios, cielo mío! Compláceme. No te desesperes. Tú sabes que, pase lo que pase, es imposible ¿oyes?; imposible que yo deje de quererte y de ser tuya siempre; toda la vida. Te lo juro, una vez más con todo el fervor de mi alma. No puedo seguir, sin exponerme a que me sorprendan tan agitada. Te ruego, otra vez, que tengas cuidado; que me oigas, que me hagas caso, para que me pruebes que me quieres como dices, con todo el corazón. ¿Sí, vida de mi vida?

Te beso muchas veces; en "mis" ojos, en "mis" labios y aquí. X.

¿Será posible?

Don Ricardo se queda inmóvil, silencioso; la cabeza caída hacia adelante; los ojos clavados en un punto del suelo; los brazos, flojos, colgantes a lo largo del cuerpo; en la diestra, mal prendida entre los dedos, la trastornadora misiva; en insuperable *pose* para un ensayo escultórico de la Perplejidad, toda su abatida figura de este momento.

—¿Es posible?—se pregunta en soliloquio—. ¿Es posible? ¿Adolfina? ¿Adentrada, así, de un modo tan vehemente, tan loco, tan grave, en una pasión amorosa, como lo revela esta carta? Se ha ido a recoger flores con un hombre; con un novio que la besa; se ve que han estado juntos quizá cuantas horas, cuantos días, y yo completamente ciego, ignorante de lo más mínimo ¡como si no existiera! Nadie me ha dicho una palabra, ni la hermana, ni Benigna, ni

un criado, ni... el propio Don Luis; ni el propio Don Luis ¡caray! ¿Qué es esto? ¿Qué conjura, qué hermetismo, que mala intención hay aquí? ¡Adolfina! ¡Mi hija Adolfina! Y luego: en el ingenio. Y en la carta, por precaución o por lo que sea, no hay un nombre, ni el de ella. ¿Quién será? ¿Quién puede ser?

Continúa un momento en su actitud, revistando en la mente a los hombres jóvenes, colonos o altos empleados, del ingenio, y no acierta a detenerse en un nombre. Unos son brutos, otros muy mal educados, éste muy tonto, aquél muy plebeyo y arrancado, ¿Quién? ¿Quién?

—Ahora lo sabremos.

Dice; vuelve la carta al bolsillo, y parte decidido en dirección del chalet. La distancia es larga; tiene que andar unos cien metros; no le dejan seguir con el primitivo arranque las interrogaciones sin réplica, y las absurdas suposiciones, y las ideas tristes, violentas, dolorosas, contradictorias, inconciliables: el gran amor suyo, que es su hija; aquella mujer culpable, que es la madre de esa hija; Zorrínez, que surge, instintivamente, desde el primer momento en el cerebro del irresoluto; la duda de su culpabilidad en todos estos males, que resurge de nuevo, improvisamente, furiosamente, en esta hora de prueba, más terrible, más decisiva que ninguna. Sí, Eso es: más decisiva que ninguna. Porque ya no es posible por más tiempo seguir en el "dejar pasar, dejar hacer", dado el estado a que van llegando los acontecimientos en su vida. ¡Imposible!

Va ya tan despacio, con tan escaso impulso, tan irresoluto, que apenas si adelanta en su camino. ¿Y cómo no? ¿Cómo no va a estar tan irresoluto como al principio, cuando leyó la carta, si por encima de este caos de ideas turbulentas y enloquecedoras, se alza dominante y topodorerosa, la más dura, la más grave, la que siempre le deja anonadado, inútil, tonto? ¿Cómo no va a estar ahora doblemente perplejo, si le falta la certeza, la conciencia de tener la autoridad moral que sería indispensable para gritar, exi-

gir y trazar líneas rectas, atropellando sentimientos, derechos, realidades imperiosas, vicios de origen de los cuales no se tiene la persuación de la propia irresponsabilidad?

De súbito advierte que se encuentra al alcance de la luz que corona la portada del jardín, y que puede ser sorprendido en su actitud de chiflado o de sonámbulo. Ahora sería esto menos conveniente que nunca. De modo que ¡adelante! calma; listeza; cuatro ojos; pies de plomo; tanteos de Sherlock Holmes, y a obrar de acuerdo con las circunstancias, para descifrar la incógnita y proceder en consecuencia.

En seguida.

El chalet está iluminado desde la sala a la última pieza. Al sonar en el portalito los pasos de Don Ricardo, se oye la voz de Carlota, que dice en la sala:

—¡Papá!

Y sale a su encuentro; le despoja del sombrero y de la capa que trae al brazo; le abraza y le da un beso en la frente; llama:

—¿Adolfina? Ya llegó papá.

Del bracete, padre e hija, siguen para la saleta. Al pasar por la sala, el primero se detiene un instante, y dirigiéndose a Doña Benigna, que se halla en un sillón, arrellanada, aparentemente impasible, le pregunta:

—¿Qué tal?

—Mejor—tan lacónicamente replica ella.

En la saleta, Carlota, que muy solícita ya le ha preguntado al padre si se siente bien, si ha comido, si desea alguna cosa, se desprende de él a fin de cederle el derecho de saludo a la hermana mayor, que ha descendido la escalera, ligerísima, sonriente, y viene ya al encuentro del que llega.

—¿Qué hay? ¿Cómo estás?—inquiere Adolfina, más dulce y bella aun la sonrisa de bienvenida, al acercarse al padre, tomarle entre las dos manos la cabeza y atraérsela para darle el beso, de rúbrica, en la frente.

Apenas la inclina él, que en contra de su cos-

tumbre en estos casos, y en contra de sus anteriores planes detectivescos no ha puesto las manos sobre los hombros de la hija, o la ha rodeado por el talle con sus brazos, ni le ha devuelto el beso, multiplicado, con preguntas cariñosas o galantes elogios a la belleza de la hija predilecta; sino que se ha quedado con el cuerpo recto, flojo, en actitud de invencible displicencia. La mirada es dura y los labios sólo han dicho, en réplica al saludo de Adolfina, un frío y seco:

—Hola.

Echa ella la cabeza hacia atrás, y retrocede un paso para mirar bien la cara al padre, recorriéndole luego, instantáneamente, con los ojos, de arriba abajo.

—¿Te sientes mal?

Y, apresurada, refiriéndose al ligero traje de *Palm Beach* crema que viste él.

—¿Te ha hecho mal venir así?

—¿Y a ti, con esta noche tan fresca y húmeda, no te hace nada andar con ese vestidito de verano, tan sencillo?

—Como estoy aquí dentro...

—¿Y si tienes que salir al jardín?

—¿Yo?—pregunta ella, sorprendida, sin poder evitar que el monosílabo le salga en un tono apagado y delator.

Y mientras Adolfina, demudada, se ha quedado sosteniendo la mirada visiblemente sarcástica, agresiva del padre, Carlota exclama con ingénuo asombro:

—¿Al jardín a esta hora?

Se vuelve Don Ricardo hacia la hija menor, que con él y Adolfina siguen allí, en medio de la saleta, de pie, raramente. Se vuelve en estudio del rostro de Carlota, como queriendo sorprender la medida de sinceridad que hay en ella en este momento.

Un relámpago fortísimo, ilumina las ventanas y hace parpadear las luces del *chalet* Truena en seguida, muy cerca, el rayo, que hace trepidar el suelo, y Doña Benigna, desde su sillón de la sala, llama:

—¿Carlota? Ven acá.

La muchacha parte hacia donde la llaman.

Adolfina, queriendo aprovechar la coyuntura para romper la inquietante, inesperada escena, hace ademán de seguir a su hermana, exclamando:

—¡Ay! ¡Mamá! La pobre se habrá asustado.

Pero, la detiene Don Ricardo, sujetándola de un brazo, y diciendo:

—No. No es nada. Querrá que tapen los espejos, o que quemen guano, o que recen a los santos. Ven tú conmigo, a mi cuarto, que tenemos que hablar.

Y descortesmente toma escaleras arriba, llevando, a distancia, a la hija, que es de presumirse con qué temblor, y con qué torpeza, y con qué angustiosa expectación, va venciendo los escalones.

Entran en el cuarto preparado para Don Ricardo, también él delante. El uno se queda de pie, vuelto hacia la entrada y de frente a una céntrica mesita escoltada por dos sillones, y la otra ocupa uno de estos sillones, al imperativo mandato del primero:

—Siéntate.

Por la inseguridad moral en que se halla, no se atreve él a ir por gradaciones, sino que sin más ni más, saca del bolsillo la carta, cuerpo del delito, la tira en la mesita, y tan a boca de jarro como ha hecho lo anterior, le dispara a la hija esta pregunta:

—¿Tú sabrás que es eso, no?

Bajo la acción del gesto, de la pregunta, de la dura mirada del padre; bajo el efecto de la súbita comprobación de lo que ha sospechado inevitablemente desde el primer instante; esto es, que es llegada la temida hora del descubrimiento de su avanzadísimo noviazgo con Alfonso, la joven apenas si tiene alientos para, con labios más temblones que la última vez que hablara, decir el monosílabo afirmativo:

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—Alfonso Valdés.

—¿El anarquista?

—No es anarquista.

—¿Cómo que no es anarquista!—y alza un tanto la voz sulfurándose, Don Ricardo—. ¿No es el obrero que estuvo trabajando en Contreras; ese que ha estado aquí en el *chalet*, hasta hace poco, ha-cién-do-te compañía?

—A mí sola, no.

—Sí, señora. A ti. A ti. Porque no hay duda que tú lo trajiste aquí. Con seguridad esa... esa ¡porquería! empezó en Matanzas, y que tú fuiste la inventora del miedo en el *chalet* y, luego, tomándoles el pelo al imbécil de Don Luis, y a la ignorante de tu madre, y a la comebolas de tu hermana...

—¡Papá! ¡Por Dios!—se apresura a interrumpirle, ella, en tono de súplica y de llamada al orden, a la vez; poniéndose de pie. en actitud como de escapar o rehuir una agresión; casi llorosa, mortalmente pálida.—Que nunca me has tratado así. ¡Que nunca te he visto de este modo!

—Porque nunca te he conocido; porque nunca te he considerado capaz de hacer lo que has hecho; lo que acabo de descubrir. Por eso.

Y mientras dice lo anterior, aumentando su cólera, se interpone entre la hija y la puerta del cuarto y la cierra, respondiendo al movimiento de evasión hecho por ella; evitando además que las voces lleguen al piso bajo.

—Bueno. Pero ¿qué cosa tan grave he hecho yo? ¿De qué crimen me acusas? ¡Vamos a ver!

—¿De qué? ¿Te parece poco? ¿O es que no te das cuenta de lo que tienes delante de los ojos?—y señala la carta tirada sobre la mesa—. ¿No te supones que la he leído? ¿No calculas cómo debo estar? ¿No esperabas que esto habría de suceder alguna vez, y que tendríamos que entrar en explicaciones, muy serias y muy terminantes? Te has caído de algún nido, para ignorar que estabas haciendo mal, increiblemente suciamente mal, y que ni es esa la forma de tener novios, ni semejante desastrado puede ser novio tuyo? ¿A qué tantos aspavientos?

—No son aspavientos. No son aspavientos. ¿Cómo

quieres que así, con esta forma injusta *(solloza)* insultante, abusiva...

—¿Eh? Pero ¿todavía te atreves?—ruge Don Ricardo, ya perdido el gobierno de su genio, con aquella resistencia, aunque temerosa, muy firme y decidida.

—Por Dios, no grites. Si no por mí, que de este modo no puedo hablar ni explicarme para que veas que no tienes tanta razón para ofenderme, por Mamá. Se va a enterar de todo. Y hoy está muy nerviosa, muy mal. Peor que nunca desde que supo que venías y *(tartamudea con un aumento de sollozos; mientras se le desprenden y le ruedan por el angustiado rostro dos copiosos regueros de lágrimas)* y... se va a morir. Mi madre se va a morir esta noche.

Y dejando caer el cuerpo en el sillón que antes ocupara, y la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa, llora fuerte, a toda alma, abatida por una incontenible explosión de dolor; desesperada:

—¡Dios mío, Dios mío! Se va a morir esta noche, si lo sabe. Y yo no he hecho nada malo. Yo soy buena. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Oh, Dios mío!

Don Ricardo cruza los brazos, y silencioso, inmóvil, siempre de pie, contempla a Adolfina. Es que súbitamente vuelve a sentirse indeciso; múltiplemente cohibido ahora: el cuadro de la hija, que si bien le ha dado la herida del engaño, más dolorosa mientras más se quiere a quien la da, siendo el amor de sus amores, está ahora ahí, bajo el golpe de un dolor provocado por él; medio echada sobre la mesa; entre las manos la cara regada de lágrimas; el cuerpo convulso por el llanto; balbuciendo sus interpelaciones al Destino, augurando la muerte de la madre con el escándalo inminente; clamando a Dios, para que la acorra en aquella nueva y suprema desgracia de su joven vida. Junto con este cuadro, la conciencia que tiene de que en esa afirmación de Adolfina de que su madre se morirá por la revelación del caso y los disgustos entre él y Doña Benigna, no hay sólo el propósito de contener su cólera, sino también una advertencia fundada, de algo muy posible. Luego, por encima de

todo, la repentina floración de su idea fija, de su torturadora falta de seguridad en el derecho moral que puede asistirle en el papel que se cree obligado a desempeñar en este momento, y que a la vez, algo como instintivo le impone, más allá de toda reflexión, imperiosamente.

Pues, afloja un tanto en el tono y la forma de sus palabras:

—¿De modo que tu madre no sabe nada?

—No.

—¿Quién entonces? ¿Carlota?

—Tampoco.

—¿Cómo que tampoco? ¿Con quién ibas cuando recogías flores con ese hombre?

—Con la criada.

—¿Con la criada?

Y al imaginarlo, Don Ricardo: su hija, tan pura, tan hermosa, tan inteligente, tan aristocrática, tan idolatrada por él, entrevistándose, paseando por el jardín con un plebeyo atrevido, igualado, como el Alfonso Valdés, llevando por sola compañía a una criada bruta y naturalmente despreocupada en este caso; al imaginar cuánto ha podido haber y cuánto habrá en ello, de rechazable, de insoportable aun en el pensamiento, para él, Don Ricardo siente hervir de nuevo la indignación del engaño y del ultraje, que en toda esta escena, como en cuantas se han debido a la irregularidad de su vida, alterna con la duda de conciencia, el miedo a la injusticia y el horror al escándalo, que le imponen este proceder irresuelto, de su carácter, por la mismo curvilíneo y desdibujado, tanto como rectilíneo y preciso fuéralo en la juventud.

Torna a rugir y atropellar quejas, denuestos y recriminaciones. "Esa mujer" es la culpable, y como "esa mujer" quiere decir Doña Benigna, y Adolfina, aunque sin sacar el rostro de donde lo ampara contra los ojos fulminantes de él, protesta: "No", "No es ella sola la culpable, si es que puede haber culpables", el enfurecido lo es más todavía. Sí. Ella

misma. Con sus "monjerías" y sus estupideces de todo género, no sólo es culpable de esto que no es más que un detalle, una consecuencia esperada entre otras muchas tan terribles como ésta; sino de la desgracia infinita que envuelve a media docena de personas acreedoras a la felicidad. Ella; su incomprensión de la vida, la mínima cantidad de cosas humanas que hay en su ser, han sido el punto de partida de tanto dolor acumulado sobre la familia, y junto con el rastrero Zorrínez ha sido el cebo constante de ese gran dolor. Ella y sólo ella es la gran culpable.

—No y no—insiste obstinada la hija, en su pasiva pero firme resistencia.

—Sí y sí—intransige el padre, más terco y más violento—. Si en vez de entregarse a todos los calambucos de la familia hubiera estado atenta a lo que le interesaba: a su casa, a su marido, a sus hijas, a vivir la vida como la vida quiere ser, no habríamos llegado a este extremo. Y una vez llegados; ahora mismo; si en lugar de estar sólo pendiente de lo que dice y hace ese cura viejo, entrometido, subterráneo, hubiérase ocupado de ver y oir lo que pasa en torno suyo, ese chusma socialista (que con todo su socialismo bien se ve que le tiran las burguesas, y mientras más ricas mejor) pronto se habría dado cuenta de que todavía hay diferencias, y que de un malnacido como él a una hija de Don Ricardo Calderería hay muchas leguas de distancia.

Continúa cogiéndola con el socialista y el socialismo un momento más. ¡Aquel ingrato, canalla, ambicioso! Llegó al ingenio, como llegan todos, pidiendo que le alquilasen para poder comer; ha ido subiendo, de simple operario a jefe, y tras de pagar con esa agresiva insultante propaganda obrera, de odios y de violencias, tiene ahora la inconcebible audacia, el insólito descaro de enamorar a la hija del dueño del ingenio. Y ante las protestas—si entrecortadas por un llanto que es dolor de hija respetuosa y amorosa, dura e injustamente ofendida—muy firmes y decididas de Adolfina; como si al propio tiempo advirtiese que

razona y discute demasiado, cuando lo que tiene que hacer es imponerse, con toda su autoridad de padre, a la altura de la ofensa y del peligro, la emprende furiosamente con ella, echándole en cara lo que más le duele: la ocultación y el engaño de la que tan alto estaba en su estimación y sus afectos más hondos. En seguida le enrostra los bochornosos deslices de los paseos, a solas casi, con ese hombre; de los besos y quizá de qué otros horrores presumibles. (¡Oh, cómo trema de ira en este pasaje!); horrores que queman de sólo pensarlo, y que en una joven de su origen, talento, educación y clase social, que tanto debe a sus padres, a su hermana y se debe a sí misma, constituyen una verdadera infamia, y, para él, resultan un hiriente y soliviantador desengaño. Muchísimo más, porque ¿qué ha buscado ella en ese enredo increíble, que no sea claramente ilícito, revelador de las más perversas inclinaciones, encubiertas con una hipocresía y un valor para el mal por demás alarmante, exigente de un remedio fuerte, radical, inmediato, sin contemplaciones de ningún género? ¿Qué? ¿Qué, de convivir con un enamorado absurdo, posible sólo en la ocultación, transitoria, peligrosamente? Andar besándose, estrujándose, encanalládose por los rincones? Porque, no es posible; no quiere creerla tan torpe y tan necia de haber siquiera soñado en la probabilidad de casarse con él. ¿No?

—Sí.

—Sí. Eso sí. Dicen bien: lo has soñado; porque de sueño no podría, no puede pasar. Por lo menos mientras no me lleven para el cementerio o para un manicomio. Muerto o loco yo, únicamente. ¡Claro! Y de ahí, la maldad, la traición, el propósito inmoral; lo que he dicho: ¡la infamia!

¡Oh! Pero ya es mucho para la que ama tan verdadera, tan inmaculada, tan profundamente. Ya es demasiado para la que se siente libre de todo hecho y de todo pensamiento malo, impuro, vergonzoso. Ya es más de lo humanamente sufrible para la que tanto ha padecido, llorado, sangrado, sin un grito, sin un

lamento, sin la más leve protesta, en un martirio propiciatorio del amor propio, de los egoísmos, de las culpas de los otros. Ya es mucho, demasiado, más de lo humanamente resistible para la que, sobre todos esos derechos a ser comprendida y considerada, tiene sus filosofías un tanto disolventes de errores morales y religiosos y sus prejuicios, en sistemáticas lecturas despertadoras (la siembra de Alfonso Valdés, que da el brote oportuno) en combinación con la experiencia propia y por virtud de un claro talento, se siente ahora apuñaleada por el ultraje violento, injusto, a todas luces abusivo y tiránico, de quien es tan respetado, tan querido, tan ser del ser de ella: su padre. Y así; al oir sus últimas frases, de gratuitas inculpaciones afrentosas, de abusadoras intransigencias y sarcástico desahogo, levanta ella el rostro sobre el cual caen unos rizos despeinados, brilla el agua del llanto más amargo y los ojos de Dolorosa son entre los rizos, por ese brillo y esa amargura, más bellos y subyugadores, y juntando las manos trémulas en una como ardiente imploración que es a la vez ruego deseperado y protesta angustiosa de la impotencia sublevada:

—¡Oh! ¡Eres cruel; eres injusto; estás loco; no eres mi padre! ¡No! ¡No eres el sentimental, el cariñoso, el que todo lo comprende, el que yo admiro, respeto y quiero; mi padre el bueno! Porque si no, Dios mío, ¡cómo puedes suponer que soy, como dices, mala, una hipócrita, una perversa, una infame! Solamente loco. ¡Loco! Mi padre... *(y la congoja la ahoga y la hace sollozar balbuceante, tornándola incontrastable, en el poder de su dolor, contra el dolor y la cólera del déspota ocasional).* ¡Mi padre! ¡Creerme capaz de tener un amor para profanarlo con impurezas, para mantenerlo siempre en la sombra, a espalda de los míos, para estrujarme puercamente con un hombre! Porque sí, yo lo he besado; pero Dios y mi conciencia saben cómo, y tú deberías suponerlo, afirmarlo, jurarlo. ¡Tú, que me conoces! ¡Le he besado con un amor puro, grande y...

—¡Atrevida!

Y como lo grita, ella le pide vehemente, y más adolorida por la terca incomprensión, y más rebelde por la tiránica ceguera del ensoberbecido:

—No vuelvas a gritar, por piedad. Me duele, me parte el alma decírtelo; perdóname que lo diga, que bien sabe Dios que no es una recriminación; pero mira: te afirmo otra vez que mamá se muere hoy si se entera de esto repentinamente, y más si hay un disgusto entre tú y ella; y si tienes alguna duda que te intranquilice la conciencia; si tú no estás seguro de tu completa irresponsabilidad en todo el negro drama de nuestras vidas, te ruego por lo que más quieras, que no agraves tu situación, la de todos; nuestra ya insoportable desgracia, con un martirio más intenso e irremediable para la mayor víctima de *(¿De?—la interrumpe él alarmadísimo)* de la fatalidad que nos está matando a todos...

—¡Ah!—respira Don Ricardo.

Respira en cuanto a que no lanza la hija, al menos directamente, el pavoroso "Yo acuso". Por más que, indirecta o rectilínea, allí está la lógica, la ineluctable, la refrenadora acusación.

Se queda él mudo, inmóvil, taladrando la frente de la hija con una mirada terrible, y ella continúa, apresurándose a no perder el impulso adquirido, aprovechando que llueve ruidosamente, y que por ello puede hablar más alto y seguido, con una elocuencia en ella ignorada, acrecida por el efecto que sus palabras, en un rapto de lucidez y serenidad, causan a su interlocutor; abroquelada como se halla en los fueros de su razón y su derecho:

—Te lo suplico. Por Dios, por mi madre, por ti mismo. No grites, y escúchame.

Y viéndole en la indecisión de escucharle, o de seguir apelando a la autoridad sin réplica, despótica, de padre, para acusar y fallar, inexorablemente, sin atender a más nada que a lo que juzga oportuno y necesario, ella más decidida entra de lleno en su alegato, para el padre gravísimo y comprometedor.

Para más libertad y desenvoltura, tiene ella la suerte de que la criadita gallega, al pasar revisando puertas y ventanas a causa del aguacero, mueve a Don Ricardo a cerrar la única ventana interior del cuarto, precavidamente. Adolfina dice que comprende la sorpresa, la indignación y los temores de su padre, en parte. Es el deber, el cariño, la autoridad que lo llevan a exagerar lo ocurrido, imaginando cosas monstruosas en el pasado y cosas horribles para lo porvenir; pero la otra parte es el egoísmo, la vanidad y una moral del embudo hija de mil prejuicios que él no quiere analizar, o no puede analizar en su cólera; que le hacen ser, en aquel momento, un hombre injusto, un padre dictador de imposiciones arbitrarias, totalmente equivocadas desde un punto de vista humano, inteligente, razonable...

—¿Eh?

Sí, injusto e injusto. Se olvida su padre de que ella, heredándolo de él, es inteligente; que él mismo ha querido que ella leyera, constantemente, que la ha llevado al teatro, que por todos los medios ha procurado que entendiese lo humano del gran problema moral de él, que le comprendiera y le disculpase o perdonase. Y ella, con esa inteligencia, con sus lecturas, con su esfuerzo por ahondar analizadora en ese horrible problema de él, ha visto en el fondo que él, por su necesidad de amor, por mantener, obstinada, egoístamente, su derecho a la felicidad, llegó un momento en que saltó por encima de todas las barreras: las morales, las sociales, las de sus deberes y su cariño para con Carlota y ella. Cuando lo hizo, no le detuvo, ni lo dicho, ni la condición de pobre y *malnacida (subraya con el gesto y el tono de voz)* de la mujer con quien levantó y sostiene, ilícita, afrentosamente—desde el punto de vista social—para todos, un segundo hogar. No va ella a persistir en sus consideraciones y a extenderlas en todos los rumbos a que podría llevarla la cuestión, tales como la ilegitimidad del hijo...

—¡Basta!—salta él, que no ve otra escapatoria mientras piensa bien las cosas, que la de agarrarse a su derecho del más fuerte.

Pero, con las lágrimas otra vez agolpadas en los ojos y la voz de nuevo llorosa, reclama ella:

—Pues, yo, lo mismo que tú, tengo mi derecho al amor, a una libertad imprescriptible en las exigencias de mi ser, dentro de lo natural y humano, y tú no lo tienes para atropellar el mío, así, porque eres mi padre, y estás violento, y eres injusto; así, sin razonar y ver dónde termina tu derecho y empieza el mío.

—¿Te rebelas, entonces?

—Sí. Moralmente me rebelo. Sólo me someteré por la fuerza; pero pensando y diciendo lo que te he dicho: que, en este caso eres cruel, egoísta, injusto e injusto. ¡Oh!

Y vuelve a desplomar la cabeza entre los brazos, enarcados sobre la mesa; sollozando, balbuceando protestas, el hermoso cuerpo sacudido por un llanto angustioso.

¿Qué puede él hacer ahora, con la duda moral, con el temor que le inspira el caso de Doña Benigna, con el poderoso derecho de la debilidad en justa rebeldía, con la querida carne de la hija, carne de su carne, allí derribada y sacudida por un gran dolor? Se acerca a ella, le pone una mano encima y le dice:

—Bien. Acabemos por ahora. Te prometo el perdón y el olvido de lo que has hecho, o mejor de cómo lo has hecho; te guardaré, además el secreto con tu madre y me tragaré lo que debiera decirle, en gracia al peligro que tú dices; pero has de prometerme, contrita y resueltamente, que nunca más te atreverás a realizar estas cosas sin mi consentimiento y consejo, y que, desde luego, cortarás de un modo terminante, irrevocable, toda relación con ese hombre.

—No. Eso no.

—¿Qué no?

—No.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Ya verás que sí!

—Es que...—va a decir ella, alzando nuevamente el rostro.

—Es que nada—corta él.—Ahora no me digas ni una palabra más. Pásate una toalla por la cara; alísate el pelo; serénate, y baja a dar la excusa que te parezca de esta larga entrevista, y de cualquiera cosa que hayan oído. Después, te vas a tu cuarto, te acuestas, consultas largamente con la almohada lo que te ofrezco; pesa y mide bien tu situación; la mía; la de toda la familia; lo que tú eres, lo que ese hombre es; decide, y mañana por la mañana me comunicas la decisión.

—Pero. ¡No! ¡No puede ser así! ¿Cómo voy a decidir sin que tú me oigas? ¿Cómo vas tú a aferrarte a tus ideas y determinaciones sin oirme? No, no y no. Es una cuestión en que va muchísimo para mí, y para todos: cariño y respeto, filiales, la relativa tranquilidad de mi vida, mis sentimientos más hondos, y es más; más que todo una injusticia, un abuso...

—¡Adolfina!—exclama Don Ricardo, pasando del tono que solamente era acerbo en sus últimas palabras, otra vez al violento.

—Iba a decir que un abuso de tu autoridad, porque te sientes herido, estás furioso, y no ves, ni atiendes, ni razonas. Alfonso no es lo que dices. Es un jefe; un joven muy formal, como todo el mundo puede decírtelo; inteligente e instruído...

—No continúes. Es inútil. Eso no tiene defensa. Así sea más sabio que Wilson y más bueno que Cristo. Ha cometido un abuso tan canallesco; un atrevimiento tan inconcebible, que ni siquiera te permito que le nombres más en mi presencia. Conque... ¡Se acabó! Ahí tienes eso (*le señala el lavabo, donde hay peine, jabón y toalla*). Arréglate y baja. Mañana hablaremos. Y, para que luego no te llames a engaño: sea lo que sea lo que resuelvas, mañana mismo sale del ingenio ese señor. A reserva de algo peor, si es que te empeñas en seguir entendiéndote con él por cartas, o en otra forma, en vez de ponerte a pensar con la cabeza.

—¿Y por qué? ¿Por qué quitarle el empleo?

—Porque sí. Y he dicho que se acabó. ¡Anda!

Y asido al salvavida de su autoritarismo, si injusto, indiscutible, vuelve a señalar el lavabo.

Mientras él va quitándose el cuello, la corbata, el saco, ella se pasa la toalla por el rostro, se compone el peinado, se alisa el traje, murmurando a la vez, y luego al salir del cuarto:

—No. Imposible. Su empleo no. ¿Por qué?

Cuando se oyen los pasos de Adolfina, en los escalones del pie de la escalera, Carlota y Doña Benigna salen al encuentro de aquélla.

—¿Qué pasaba?

—Nada. ¿Por qué?

—Porque han estado ustedes encerrados más de media hora, la criada ha bajado diciendo que tú y tu padre estaban disputando, tan acalorados que ella tenía miedo de que fuese a pasar algo.

—Sí—agrega Carlota—y luego la oí decirle a la cocinera, que tenía deseos de esconderse, de asustada que estaba.

—Pues, tratamos de cosas de la casa.

—¿Y entonces, por qué se le oía hablar, furioso, de atrevidos, desastrado, y no sé que más? ¿Con quién era eso?

—Con Alfonso Valdés.

—¿Cómo?—inquiere Doña Benigna, sorprendida.

—¿...?—frunce el entrecejo, Carlota, también con extrañeza e inquisitivamente.

Lo explica Adolfina, mientras que con la madre y la hermana va hacia la sala. Es que Don Ricardo está enojadísimo por haber ellas traído al enemigo a la casa; exponiéndose a cualquiera barbaridad; siendo él como es un obrero de esos, de... las huelgas. Además de esa imprudencia, la desconsideración de traerle a la casa, después del disgusto que tuvieron ellos en Matanzas, y "qué sé yo". Las majaderías de siempre; de cada vez que llega después de muchos

días sin venir. Porque ¿no es verdad que Valdés es una buena persona? Más comedido, y respetuoso, y ordenado, ninguno.

Asiente Doña Benigna. Comentan, pesimistas, lamentosamente, las tres, lo que Adolfina va relatando con frases inseguras, entrecortadas, fingiendo esforzadamente, una absurda displicencia. Extiéndense los comentarios a la horrible situación de todos en la casa, cuando se hace aquélla más visible con la presencia de Don Ricardo, y al poco rato las tres mujeres, tratando de engañarse mutuamente, cuando todas, de un modo inocultable, están preocupadas, seriotas, tristes, acuerdan irse, según idea de Carlota, a aprovechar el "chinchín" que ha quedado después del aguacero, y que tan grato y propicio es para esperar el sueño.

¡El sueño!

Este bálsamo de los más terribles dolores del cuerpo y del alma (aceptemos los términos consagrados), aun de aquellos que sólo la muerte remedia, casi siempre anda lejos a la hora de las grandes crisis, y Doña Benigna, Carlota y Adolfina precisamente lo que trataban de paliár al exponer que íbanse a dormir al arrullo del calabobos dejado por el aguacero, era una de las tantas crisis morales, dolorosas, que el destino tenía para ellas. En Adolfina, como en Don Ricardo, era más: era el esperado, el inevitable, el pavoroso instante decisivo de sus vidas.

De modo que ¿dormir?

Solamente Carlota, que con su cama en el cuarto de la madre y habituada a las quejas, suspiros y desazones de insomnio de la enferma, pudo hacerlo a medias, después de dos horas de cambiar de posiciones, taparse y destaparse, torcer, mullir y voltear las almohadas.

Doña Benigna creída de que el desvelo de la hija menor debíase en mucho a que la inquietud y los lamentos suspirosos suyos, aquella noche eran mayores, realizaba grandes esfuerzos de voluntad para repri-

mirlos, tratando de permanecer en una posición largo rato, callada, derivando su angustia en silenciosas lágrimas, los ojos abiertos en la oscuridad, con una mano en garra sobre el corazón oprimido, desbocado en un abatanar angustioso; mientras afuera, en el batey sin trabajo y adormecido por la lluvia, ésta descendía lenta, cansada y tristemente.

Adolfina dormía en un cuarto frontero al de su madre y al que, contiguo a este último ocupaba la coruñesa (un atribulado insomne más de aquella noche), y en cuanto se vió a solas, rompió a llorar, entregándose a la desesperación, a la necesidad de sufrir, caída en la primera silla que encontró después de hacer luz y poner llave a la puerta: una silla que estaba a los pies de la cama, sobre la cual dobló medio cuerpo, desplomando la cabeza sacudida y mojada por el llanto entre las manos ardientes y convulsas. Cuando sufrió bastante; cuando desahogó el pecho de la inmensa pena que llenábalo asfixiante y mortal; cuando la violencia del dolor supremo de su alma joven cedió al maravilloso calmante de las lágrimas, permitiéndole pensar, Adolfina empezó a hacerlo en rebelde contra todos los despotismos del cielo y de la tierra, en bolchevique de cuantos principios morales desataban la grande e injusta racha de infortunios que abatía aquella su alma en flor. Abierta y palpitante la primera herida hecha en mortal amenaza de su amor; sublevada la conciencia por las ciegas e inicuas resoluciones del padre en contra de Alfonso y de ella, era llegada la gran hora crítica en que habría de reaccionar, en que habría de levantarse con más fuerza que momentos antes en presencia de Don Ricardo, el poso de sus bien analizadas amarguras de toda la vida, la efervescencia de las lecturas y las prédicas intencionadas que proporcionárale el amado apóstol. Y así, en toda la borrasca de ideas y sentimientos que sucedió a la primera explosión de dolor; en las horas que tardó en llegar la postración nerviosa que dejóla rendida, a través del lecho, sin desvestir, en un sopor de calentura, hasta muy entra-

da la mañana, no hubo ni un minuto de debilidad, ni un instante de indecisión, ni un asomo de nuevas lágrimas. Alfonso sería su novio; el único, y en tanto que no se doblegara él a los obstáculos, a los peligros y sufrimientos, todas las intolerancias, las extorsiones, las injusticias como aquella de echarle del ingenio, tan arbitraria y abusivamente, no servirían más que para afirmarla cada vez más en la inquebrantable, en la única resolución que érale dado admitir a su alma: *El*, a costa de todo y por encima de todos.

De los insomnios que Don Ricardo debía a las profundas astenias causadas en su ser por terribles y continuadas luchas morales, ninguno tan duradero como el febril, alocado y desesperante de aquella que luego llamara él, cada vez que disgustado recordábala, su "noche triste". Tan pronto como Adolfina salió del cuarto, empezó él a desatarse los zapatos, convencido de que, por más que lo acabado de descubrir era grave en cuanto revelaba cosas duras y temibles, no podría serlo en cuanto a grandes consecuencias, por lo que seguramente podría acostarse y, tan pronto como calmárasele la excitación del disgusto, quedarse hondamente dormido; al menos hasta la hora del neurótico desvelo de la madrugada, que en la de aquella noche estaba, desde luego, inevitablemente indicado. Este convencimiento veníale de su conclusión de que "aquello" no podía ir por otro camino, ni tener más fin que lo dicho: a primera hora, Don Alfonso de patitas en el camino real; si se empeñaba en seguir de parejero, y pretendía pedir explicaciones, rebelarse, plantear cuestiones personales, a lo zafio y guapetón, ya el sargento entenderíase con él; si por consecuencia de ello surgía una huelga, qué se le habría de hacer: después de todo resolveríase definitivamente la cuestión planteada entre él y los revoltosos que en el ingenio se ganaban el pan; cuestión que ya hacíasele insufrible, porque con todo su dinero le traía siempre nervioso, asustado, tragando acíbar. Y por la parte de su hija, por más que fueran justas y atendibles sus protestas y por más que pudiera en

él la idea de que iba a martirizar terriblemente, por mucho tiempo, a la hija querida y admirada, no le era dable hacer otra cosa, ante el mal mayor de permitir los amores de aquel socialistero atrevido y plebeyo, con ella, que el mal menor de valerse de su arbitrario poder de padre para resolver de plano el gravísimo asunto, pasando por encima de todas las consideraciones y extorsionando todos los derechos, habidos y por haber. ¡Cosa resuelta! Pero aún tenía en los dedos los cordones de los zapatos, cuando brotó del fondo de su mente la primera burbuja de la duda moral, de aquella que era como la carcoma de la locura en su cerebro, y tras de aquéllas surgieron otras, y a poco ebullían en él todos los negros pensamientos de sus horas negras. Entonces comenzó a pasearse por la habitación, en la diagonal que iba desde el lavabo a la esquina del armario, la cabeza caída y las manos en la espalda. A ratos se dejaba caer en la cama o en una silla, para luego volver a su vaivén de oso enjaulado. Una campanada de reloj de la saleta, que no pudo saber si era la de las doce y media, la de la una o la media de la una, le hizo reaccionar momentáneamente. Era preciso dormir. ¿No estaba resuelto el problema? Estaba: mas en la cama siguió volteando la almohada cada vez que calentábase demasiado debajo del cerebro ardiente, estallante, mientras el reloj daba la una, la media de la una, las dos (no supo Don Ricardo si sonaron las dos y media), las tres, y al fin, aplanado como Adolfina por una gran fatiga nerviosa, quedóse dormido, con saltos, sudores, respiración fatigosa, entrecortada por hondos suspiros. Quedóse así dormido, precisamente a la hora de la neurastenia; a la hora en que los gallos de *Dos Ríos* con sus clarinadas de alerta anunciaban el cambio de tiempo, el advenimiento de un amanecer claro, fresco, alegre, rumoroso...

Y hubo, como ya lo supone el lector, otro insomne más en aquella gran noche del gran día crítico de nuestra historia, en que el no habitual silencio del batey, concertado con el caer lento, a plomo, monó-

tono, narcotizante, de la lluvia, convidaba a un sueño arrullado, inalterable, "sabrosísimo".

Cuando ya las nubes espesas, hollinosas, encortinaban totalmente el batey y los cañales del ingenio, y el viento soplaba recio, silbando en el zinc de las casas, deshojando árboles, dando portazos y saturando el ambiente con fuerte olor a tierra mojada, y los fucilazos de los relámpagos aumentaban en número e intensidad, y sonaban en los techos los primeros goterones del inminente aguacero, y por ello rodaba la orden de los jefes de suspender los trabajos, Alfonso, con el saco bien abotonado, el sombrero hundido hasta las orejas, una mano encima de aquél, la otra abierta sobre el pecho para mantener en alto las solapas y el cuerpo encarcado, embistiendo la ventolera, se fué por el laberinto de obstáculos esparcidos por el batey—carros, máquinas, pirámides de carbón, montones de leña,—a recoger la carta que, indispensable, necesariamente tenía que estar allí... pero que no estaba.

Aunque ignoraba él que Don Ricardo hallábase en el ingenio—lo cual si bien hubiera sido una explicación, no habría dejado de ser un dato en extremo alarmante—reanduvo su camino, en dirección entonces de su cuarto de "la cuartería", con todo el sufrimiento y toda la desesperación, que bien pueden imaginar los que alguna vez han vivido; es decir, los que alguna vez se han enamorado a fondo, como estábanlo Adolfina y Alfonso, y por ello saben lo que es la ausencia sin explicación, la cita que no se realiza, la carta que no llega.

Llegó Alfonso a su cuarto, y como Don Ricardo, al igual que Adolfina, estuvo horas enteras desvelado, nervioso, febril, con las fauces secas, encendido el cerebro, martilleantes las sienes, intoxicado por un fermento de ideas locas, terribles, persistentes, que a veces hacíanle cerrar los puños rabioso y amenazador, y a veces dejábanle ciego de lágrimas, incontenibles y muy amargas. Como los otros, se echó muchas veces, consternado, en una silla; se tiró otras muchas

en el lecho, a revolverse en las sábanas, baldíamente empeñado en conciliar el sueño; mientras un reloj vecino daba las once, las doce, la una, y afuera caía la lluvia pesada, despaciosa, tristemente; hasta que, como los otros, se quedó rendido; se quedó aletargado, en un sueño de calentura, inquieto, con gritos, quejidos y convulsiones de pesadilla.

XIII

EL RUBICON

Resbala estruendosamente una enorme locomotora que maniobra en las líneas más próximas al *chalet*.

Se despierta Don Ricardo.

En el cuarto hay claridad de media mañana, y afuera, golpes de mandarria, repiques de martillos, silbos de vapor, acezar de máquinas.

El reloj, esfera arriba en la mesita de noche, tiene las manecillas en las VII ¡Huy! ¡Tardísimo, para dejar la cama en un ingenio! Y más con el apuro e incertidumbre que, por necesidad, tiene Don Ricardo esta mañana. Es decir; para ser exactos, incertidumbre sólo hay por lo que pueda resolver Adolfina, y no por lo que a él toca. En eso hay resolución irrevocable. Dentro de una hora a más tardar, cumpliráse la primera parte del programa: la cesantía de Alfonso. Tan decidido está, que lo ha pensado y se ha reafirmado en todas sus conclusiones de horas antes, en el brevísimo tiempo que ha puesto en levantarse y arreglarse con apuro de pobre.

Sale del cuarto. El *chalet* está cerrado y durmiente, desde la sala hasta el baño; desde Doña Benigna hasta la cocinera; por lo que tiene que dejar para más tarde el desayuno y la entrevista con Adolfina. Después de todo, mejor; porque siéntese malhumorado, cefalálgico, boquiamargo, y conveniente es pasar,

antes que por el café mañanero y el encuentro con la hija, por la cita con Don Luis en la Casa-Administración.

Allá se va, ahora. Por entre los charcos y en el aire fresco y húmedo, dejados por la lluvia; tomando nota mental del adelanto en los trabajos y de las torvas miradas de los trabajadores que encuentra en su camino. También mentalmente repite: "¡La caña estará a tres trozos, pero el dueño de la caña está en punto de caramelo, señores míos!" Es la evidencia, número mil, allí en el pequeño mundo de *Dos Ríos* de un estado de ánimo colectivo; del odio de clases exacerbado hoy más que nunca por la universal guerra a muerte entre ricos y pobres, aristócratas y plebeyos, que hace dura y difícil la eterna necesidad de luchar por el saber, la riqueza, la felicidad de los hombres; que ya hace imposible el seguir viviendo...

Hosco atraviesa Don Ricardo, el primer departamento, vastísimo, de la Administración, entre las respetuosas sonrisas de saludo, de media docena de trigueños oficinistas y dos mecanógrafas, rubias al agua oxigenada, que ya, a tan temprana hora, le dan briosamente a lápices y maquinitas. En la pieza contigua, despacho de Don Luis, se halla éste; doblado sobre el amplio y lustroso escritorio de caoba, con chapa de grueso cristal; rodeado de los cómodos butacones, acojinados de rojo en acuerdo con el color del escritorio; entre azules planos de colonias, campos de caña y redes ferroviarias.

—Don Luis, buenos días.

—¡Buenos días, Don Ricardo!

El administrador le da la mano al dueño; dueño y administrador se sientan, en dos butacones, frente a frente.

—¿Qué hay de nuevo?—en tono seco y áspero pregunta Don Ricardo.

—De nuevo, y de veras interesante, sólo la cuestión de los alborotosos. El asunto de los carros está arreglado; Rodríguez firmó el contrato; la colonia nueva marcha al pelo.

—Pero es indudable que en la cuestión de los alborotadores, usted, Don Luis, se ha dormido; se ha dormido más de la cuenta.

El tono progresivamente acerbo, del dueño del ingenio, y la seca forma para exponer su inconformidad y su disgusto por una actuación del administrador, a quien siempre en estos casos, abordara con decentes tanteos y circunloquios, hacen protestar al último, a voz fuerte, mirada dura y cuerpo erguido:

—¡Cómo así! Usted dice eso, porque no sabe cómo está toda esa gente, alborotosos y no alborotosos. Quédese nada más que una semana, y cuando se haga cargo exactamente, veremos qué me dice.

—Porque les ha dejado usted crecer las alas, Don Luis. Por eso. Por eso nada más.

—Pero, ¡hombre! ¿Qué cree usted que pueda yo hacer? Por una lado, la necesidad de acabar antes de la zafra, quedándonos sólo unas cuantas semanas y con una escasez de brazos nunca vista, y por el otro, un personal insubordinado, que se cree con derecho a todas las intromisiones; exigente, irrespetuoso, que a nadie reconoce autoridad, y que cada cinco minutos amenaza con la huelga y... ¡hasta con la revolución!

—Bueno; pero que acaben de una vez. Que venga la huelga, y la revolución.

—Pues, si a usted le parece así, por mi parte que venga. Pero permítame que le recuerde que no ha sido ese su criterio hasta ahora, ni esas las instrucciones que de usted he recibido, ni lo que veo que hacen, con esta cuestión, en *Triunvirato*, en el *Cidra*, en todos los ingenios de que tengo noticias. Es más, ni lo que se ve hacer en La Habana y en otras partes. Yo leo los periódicos, y en ellos encuentro que todos los días hay docenas de huelgas monstruosas y que los mismos gobiernos van capeando la situación lo mejor que pueden, sin forzar mucho la marcha, para evitar la explosión. Y eso es lo que vengo haciendo: cuando puedo apretar, aprieto; pero cuando me veo obligado, o me conviene aflojar, aflojo. No me ha pa-

recido prudente hacer otra cosa. Hay que tener en cuenta que no son sólo unos cuantos cabecillas, fáciles de meter en cintura, o de mandar a freir buñuelos; sino que no hay uno solamente de los que ganan el dinero, exceptuando los jefes, los empleados de las oficinas (y esos, los de cierta categoría) y los guardajurados, que no esté envenenado con esas malditas teorías y poseído de la certeza de que no se puede prescindir de ellos.

—Sin embargo, no es tan difícil, ¡qué demonios!

—Bueno, Don Ricardo en ese caso, cambiemos de procedimiento, o... si usted lo cree conveniente, por mí, no le dé pena; reléveme...

—¡Vaya!—interrumpe Calderería, más agrio y vidrioso aún.—¿Se ha contagiado usted también?

—No, yo no. Pero, como usted lo cree tan fácil, y a mí me parece todo lo contrario: yo creo que esta cuestión obrera, lo mismo en nuestro caso particular, que en el problema visto en conjunto, es de lo más grave y peliagudo que existe, por más que todo el mundo se cree que tiene soluciones facilísimas para el mismo.

—Bien. Bien, Don Luis; aquí no se trata de que le releven a usted. Se trata de que ya las cosas han llegado a un punto intolerable, y de que hay que ver como procuramos un cambio. Por eso, al recibir su carta de ayer, y el manifiesto ese, he venido a verle; para que nos pongamos de acuerdo en una fórmula concreta y terminante. Ahora... si usted cree que yo no tengo derecho de hablarle de los asuntos del ingenio...

—¡Hombre, Don Ricardo! ¿Cómo puede usted decirme semejante cosa? Lo que pasa es que usted me está hablando, desde el principio en una forma a que no me tiene acostumbrado. Yo he seguido siempre la pauta que usted me ha indicado, o que juntos hemos convenido. De todo le he tenido al corriente, día tras día. Cuando ha surgido algo difícil o peligroso, no he dado un paso sin consultárselo...

—¿Y lo de Alfonso Valdés?

—¿Qué?

—¿Qué forma de estar enterado de las cosas ha tenido usted, que no sabe que ha sido él el autor de ese manifiesto?

—No. Usted no lo sabe; se lo supone. Pero yo sí lo sé; hace tiempo que lo sé.

—¿Y entonces? ¿Por qué lo ha seguido usted sosteniendo de segundo jefe de los talleres, y por qué ha tolerado que se haya metido en el *chalet,* junto con la familia; el veneno, tan peligrosamente, dentro de la casa?

—Porque, en primer lugar, Doña Benigna y las niñas, tienen de ese muchacho, el buen concepto que él se merece...

—¡Muchacho eh!—interrumpe, con sonrisa sarcástica, Calderería—¡conque el buen concepto que él se merece!

—Sí, señor: Alfonso, a pesar de los pesares, es una buena persona; y en segundo lugar, porque, como yo mismo le he defendido con usted y le he apadrinado para que no saliese del ingenio, pues, me chocaba acusarle con usted mismo, cuando en verdad le aprecio, y como le digo, no le creo tan malo.

—No compensa, una cosa, la otra.

—Es que, además de que es un excelente mecánico, y muy trabajador, y que mira mucho por los intereses del ingenio, es una especie de contrapeso para los revoltosos; porque como todos lo respetan; tiene mucho partido entre la gente, y siempre va por la calma, y la sensatez, y...

—Bueno. Por eso es peor que todos, el más peligroso, y es preciso despedirle ahora mismo.

—Vamos a despedir a un hombre útil y bueno.

—No puede ser bueno un anarquista.

—Alfonso Valdés no es anarquista.

—O socialista, o contrario del capital, o del trabajo, o de lo que sea. En último extremo, es enemigo mío, y no quiero yo enemigos dentro de mis propiedades, ganándome el dinero.

—¡Son tantos!

—Lo sé.

—¡Y como que con esos bueyes hay que arar!

—Menos con éste.

Y poniéndose de pie, concluyentemente:

—Bien. Mande a llamarlo, y dele la cuenta, ahora mismo.

—Don Ricardo—dice filósofo Don Luis, al ponerse a su vez de pie.—Voy a cumplir su orden. Bueno o malo, Alfonso saldrá de *Dos Ríos* esta mañana. Pero sepa usted que el ingenio se va a levantar en peso, y que la batalla va a ser decisiva, de vida o muerte, diríamos. O dominamos de una vez a esta gente, o de una vez se nos encaraman encima, y hacen de nosotros lo que les venga en ganas. ¡Generales en jefe! ¡Sin rey, ni roque, para lo sucesivo!

—Perfectamente. Sea lo que sea. Ni por bueno, ni por árbitro de la situación en el ingenio, se puede quedar el señor Valdés en él.

—Usted lo ha dicho—asintió, cortando, el administrador.—Pero le ruego que no se vuelva a Matanzas hoy.

—¿Tiene usted miedo?—con sonrisa ya suave, casi bromista inquiere Don Ricardo.

—No. Miedo sabe usted que no lo tengo. Es que yo he dado mi palabra, a la comisión que me visitó hace tiempo, pidiéndome que no separase a ningún obrero, significado como propagandista, como una de tantas condiciones que usted conoce y entonces aceptó conmigo, para no declararnos una huelga; a no ser por una causa justificada.

—*All right!* La causa es que se trata de un jefe que ya no tiene mi confianza. Y listo.

Y al recoger el sombrero, dejado sobre el escritorio en el momento de la llegada, para marcharse, dice:

—Eso es: ¡Listo! Voy a desayunarme. Mientras tanto, ya sabe: la cuenta a ése, y que se me vaya en el primer tren. Después, cíteme para aquí mismo, allá como a las nueve, al sargento del puesto con el jefe de los guardias del ingenio, y que ande por aquí

la muchachita esa, taquígrafa y mecanógrafa; la rubia.

Ya había dicho: "¡Hasta luego!", y disponíase a salir del despacho de Don Luis cuando se volvió para decirle:

—Telefonee a La Cidra, para que venga a verme el Alcalde; a Contreras y a la Playa, para que manden los dos automóviles; antes de que venga el sargento, tráigase para acá una caja de "Coronas" y un rollo de billetes de a diez; trescientos o cuatrocientos pesos.

Y aun se detuvo, para decir, ya más bien como si concluyese en un diálogo interior:

—Se acabó, Don Luis: me quedo. *Jalea pasta es,* como decía mi cuñado *Cuco.* La suerte está echada.

XIV

¿Y AHORA?

A las ocho de la noche; doce horas después de la pesada y agorera entrevista de Don Luis y Don Ricardo, en *Dos Ríos* habían ocurrido grandes acontecimientos y la situación, desde lo familiar y más íntimo de la vida del *chalet*, hasta lo de mayor trascendencia para los intereses del ingenio, ofrecía un cariz alarmante, amenazador de mil desgracias horribles, incalculables.

Después de una taza de café puro, por todo desayuno, Don Ricardo nuevamente se había encerrado en su cuarto con Adolfina. Ni porque el pletórico hombre, excitado por el disgusto y sobreexcitado por el café tuviese que acudir a la aspirina dos veces durante la borrascosa conferencia, ni porque desentendiéndose de si era justo o injusto, lícito o arbitrario, la amenazara con enviarla al extranjero por todo el tiempo que le restaba de patria potestad sobre de ella; ni por la consideración de que la entrada de Doña Benigna en este nuevo e imprevisto accidente del angustioso drama familiar, pudiera ser causa de una peligrosa gravedad de sus males; ni por ningún otro motivo, la joven hubo de prometer lo que Don Ricardo demandara de ella en uso y abuso de su autoridad de padre. Como en la noche anterior, no tuvo un gesto o una palabra impropios de una muchacha de su ori-

gen, cultura y sentimientos; pero no por ello dejó de mantenerse firme en la defensa de sus naturales derechos. Y balbuciendo sus razones, mientras el padre la dejó razonar; con una resistencia muda y terca, cuando ya no le fué permitido más que sollozar con la cara escondida entre las manos y éstas acuñadas en las rodillas, al fin no quedó Adolfina con su padre en ninguna otra conclusión que no fuese la extricta e irrevocablemente negativa del primer momento.

Esta vez no fué posible evitar que Doña Benigna se enterase del grave asunto, y menos porque no hizo Don Ricardo ningún esfuerzo por dominar el tono fuerte y enardecido de sus palabras. Tal como esperábase, surgió un breve pero vivísimo disparo de frases bruscas, hirientes, acriminadoras, entre la enferma, súbita y transitoriamente llena de energía, y el señor de la casa, presa de una soberbia que casi robábale todo gobierno de sí mismo. Salieron a la superficie, en hirviente desahogo, todos los pensamientos rencorosos surgidos, estudiados y acumulados, íntima, herméticamente, día tras día, durante muchos años decalladas recriminaciones mutuas. Ante las hijas consternadas de miedo y vergüenza y las criadas asustadas y apenadísimas, Don Ricardo culpó a su mujer de todas las calamidades que perturbaban y entenebrecían la vida de la familia, por su estúpida incomprensión de las cosas; sacando a las monjas, Zorrínez y todos los Pedrosos calambucos, y renegando una y reiteradas veces de la hora, que calificó de maldita, en que uno y otra se encontraron en el mundo; Doña Benigna, así herida en cuanto de más sensible había en ella; considerándose a su vez, dueña de toda la razón; estimulada al propio tiempo por la grande e inesperada desgracia, como todas y según ella, atribuible a la vida de bestial egoísmo y criminoso escándalo social que vivía él, devolvió frase por frase el alegato y atacó viva y abiertamente en todo momento, entremezclando con los del furioso sus apóstrofes encendidos de acusaciones e invectivas formidables. En toda esta escena en que se fueron de paseo, revocados por el ani-

mal que todos llevamos dentro, la decencia y la aristocracia, Adolfina y Carlota estuvieron siempre más cerca de la madre y sólo de ella imploraron calma y prudencia en todo instante propicio. Y de toda esta malhadada peripecia de la cruel novela de sus vidas, salió Don Ricardo, naturalmente, más enardecido y ofuscado de lo que conveníale en un día tan peligroso como aquel para sus intereses y hasta para la propia seguridad de él y de los suyos, y Doña Benigna, perdida la dinamia psíquica del disgusto, se desplomó en una mecedora, floja, hundida, amoratada, inquietos los ojos y agitado el cuerpo por un amago de alarmante disnea. Carlota, que no cesaba de decirle a su hermana, acusatoriamente, que aquello parecíale mentira, y ésta, que defendíase afirmando que ella no había hecho nada malo, nerviosas, asustadas, aturdidamente acorrían a la madre: con una cucharada calmante, con frotaciones de cepillo en las piernas, echándole fresco a dos manos, corriendo con las criadas de la mesa de noche repleta de drogas, a la cocina, al armario de la ropa blanca, y a medida que la desdichada señora fué agravándose durante la mañana, al teléfono, a comunicarle al padre, con acento angustioso y voz alterada por el llanto, el empeoramiento de la enferma y la necesidad de llevarla a Matanzas, traer al Dr. Ortiz o llamar al médico del ingenio, residente en La Cidra.

Tan pronto anduvo Don Luis en el cumplimiento de la orden de Don Ricardo, que si éste, al ir del *chalet* a la *Administración*, hubiérase hallado con la cabeza despejada, habría podido advertir, como señal de que la noticia de la separación de Alfonso rodaba ya por todo el ingenio, las miradas torvas y retadoras que le dirigieron los trabajadores de algunos grupos, diseminados por el batey que hablaban y gesticulaban excitadísimos, hasta el momento en que, viéndole cerca, enmudecían y se disgregaban con afectada indiferencia.

Al entrar Don Ricardo en el despacho del administrador, éste le informó que Alfonso Valdés había

sido despedido y que proponíase abandonar el ingenio aquella misma tarde.

—¿Qué dijo?—había inquirido con notable interés Calderería.

—Que lo esperaba. Quise recordarle cómo muchas veces habíale yo aconsejado que se dejase de socialismo y otras locuras, teniendo en cuenta que él era ya más un jefe que un obrero, y me respondió: "En esto es cierto que hay algo relacionado con mi socialismo, pero no tanto como usted cree, Don Luis." Pretendí que se explicara, creyendo que se trataba de algún incidente relacionado con el disgusto que usted y él tuvieron en Matanzas, y me dijo que si alguna vez se sabía, como probablemente tendría que saberse, la causa de su salida del ingenio, nunca sería por boca de él. Insistí en que yo lo atribuía todo, aún, a su socialismo, y me contestó: "Sí. Ya se lo he dicho: algo de socialismo... Pero mucho más del aristocratismo de Don Ricardo." Y cogió su dinero y se marchó aparentemente tranquilo; como si esperase el caso.

—No quiere decir la causa, para engañar a los otros y hacernos la huelga.

—Puede ser; pero no lo creo. Provocarnos un conflicto de esa naturaleza por cuestiones personales, ¡qué va! ¡No lo hace Alfonso Valdés!

—¿No?

—Se lo garantizo.

—¡Qué poco le conoce usted, Don Luis! ¡Cómo le ha dado el opio!—Y con la misma convicción con que afirmara lo contrario su interlocutor, agrega:—¡Es un canalla! ¡Un sinvergüenza! ¡Un solemne hipócrita!

—Quizá. Pero yo en tanto aprecio le tengo (¡claro que ignoro lo ocurrido entre usted y él!) que le ofrecí una carta de recomendación para *Triunvirato.*

—¿La aceptó?

—No. Me dijo que iba a pasarse unas semanas en Matanzas, sin trabajar. Por cierto que, entonces, me recalcó: "Y esto puede usted decírselo a Don Ricardo, para que sepa que vamos a estar cerca; que no me rajo, ni me doblo."

—*All right!* Ya veremos. Que me llamen a la taquígrafa.

Mientras llamaban a la taquígrafa, Don Luis dijo a Don Ricardo que, pensando en la situación en tanto que éste andaba por el *chalet*, se le había ocurrido la idea de declarar día sin trabajo el siguiente, que era domingo. Pretexto: que hallándose muy adelantados los trabajos se daba un respiro a los obreros, como recompensa por la actividad con que venían laborando desde semanas atrás; para que más lo pareciese así, podríaseles obsequiar con el jornal de medio día, quinientos pesos, centavos de más o de menos. Objetivo: ablandar corazones susceptibles de ablandarse con semejante buen golpe; pero, primordialísimamente, tener un pretexto para no correr los peligros de cualquiera maldad fraguada contra la maquinaria o los campos de caña, si se trabajaba al día siguiente, excitados como iban a estar los ánimos; dificultar el laborantismo con la desbandada de mucha gente, y no verse precisados a desalojar "la cuartería", los barracones y el batey, en caso de que se declarase la huelga; cosa que sería precisa, pero que pondría al ingenio en el peligro terrible, de incalculables consecuencias, de quedarse sin trabajadores en momentos de sin igual escasez de brazos. De parecerle atinada la idea a Don Ricardo, lo primero que podría hacer la taquígrafa sería un aviso, cinco o seis copias a máquina, declarando el cese del trabajo, para fijarlo en los lugares más visibles del batey. Era más; se le ocurría a Don Luis en aquel momento: que se suspendiese el trabajo desde las doce de aquel día, sábado.

Aprobó la idea Don Ricardo.

A poco entró la taquígrafa; una rubita "natural", de blusa de seda crema y falda azul marino escasísima. Le tomó a Don Luis la redacción del consabido aviso, que fijado fué en seguida en sitios visibles del batey, y después a Don Ricardo una carta para Clara, en la que ésta era preparada por él, para que no se asustase cuando llegara a Matanzas la noticia de la inminente huelga; otra para su amigo el Gobernador

de la provincia; una buena información para su también amigo el director de un diario matancero, y dos letras para el teniente Mastín, jefe del puesto de Orden Público de La Cidra.

Entraron después en el despacho, con ruído de espuelas, olor a tabaco y las cananas a medio caer por el peso de los cartuchos, el sargento de presa y el jefe de los guardas del ingenio. Don Ricardo dijo que les suponía enterados de la situación; les puso al tanto de la medida que se acababa de tomar, de suspender el trabajo hasta el lunes en la mañana, y les expuso que, por más que ellos no necesitaban excitaciones de ninguna clase en estos casos, quería recmendarles preferentemente, la buena colocación de unos guardas en el interior de la casa de calderas, en los tanques de petróleo, un centinela constante en el alto mirador de dicha casa, y la designación de varias parejas que patrullasen las guardarrayas y, con gran especialidad, la línea telefónica y la carretera. Dos hombres de entera confianza deberían apostarse en el viejo jardín, para guardar el *chalet*, procurando no ser vistos por las personas que estaban en él, a fin de evitar la alarma de las mismas, y dispuestos para, en cualquier momento, escoltar una máquina que condujese la familia a Matanzas. Para tomar estas y otras medidas, los dos jefes debían ponerse de acuerdo, movilizando en seguida a toda la gente. Como éste era el momento oportuno para dar el dinero con delicadeza, Don Ricardo extrajo de un bolsillo el rollo de billetes, ya divididos en dos partes de a doscientos pesos cada uno, y entregó sendas partes a sus hombres:

—Aquí tienen ustedes, para cualquier gasto extraordinario que se presente. No me tienen que dar cuenta de nada. Si sobra algo, repártanlo entre todos. ¡Ah! Y unos tabacos.

Tomó del escritorio la caja de "Coronas"; le dió un puñado al jefe de los jurados; puso la caja con el resto en manos del sargento, y preguntó:

—Y ustedes ¿qué saben?

Pues, sabían que la gente andaba "alborotada", ha-

blando de huelgas, de tiros, de candela; exactamente lo mismo que cuando la anterior amenaza de paro. Muy pocos habían salido camino de La Cidra y Matanzas para aprovechar el día y medio de "asueto", y éstos eran casi todos jamaiquinos ¡con una cara de susto! Los demás, en "la cuartería" y los barracones, formando grupitos misteriosos. Algunos pájaros de cuenta andaban arriba y abajo, como si estuvieran circulando órdenes. Uno de ellos había salido a caballo con rumbo a *Triunvirato,* y otro había sido sorprendido mientras, con una tiza, ponía grandes erres por todo el batey: en los horcones de las casas, los alijos de las locomotoras, las paredes de los vagones y "hasta" en el mismo portal del cuartel.

—¿Y esa erre?—quiso saber Don Ricardo.

Dió explicaciones Don Luis. Según su espionaje, la *R* quería decir Reunión de cabecillas en el lugar secreta y previamente convenido para todo caso urgente e imprevisto; como *A* significaba Armarse la gente, *S* Sabotaje y las tres letras juntas *R A S*, no habían podido al fin aclararle si quería decir Revolución Al Soviet, o si simplemente indicaba que era la hora del "*Ras de mar*"; o fuese, del desborde de la turba y el arrasamiento a sangre y fuego de cuanto encontrase por delante.

En este momento Don Ricardo había estirado el labio inferior y movido la cabeza de arriba a bajo, en señal de que se empezaba a dar cuenta de que la cosa era más seria de lo que a primera vista creyérase.

—Pero, de sabotaje, hasta ahora nosotros no hemos tenido nada.

—No—informó Don Luis.—Por fortuna, según sus espías, que desde luego eran ex-*leaders* reconciliados con el capital y sus dólares, el sabotaje empleábase poco, debido a que no tenía otra finalidad que desahogar un odio impotente y como toda arma terrorista, lograba únicamente exacerbar la inquina del capitalista y provocar reacciones violentísimas.

Entonces el sargento mostró deseos de saber qué era aquello de nombre tan raro, y, para él, inaudito, y

Don Ricardo satisfizo su curiosidad, gozándose a la vez en estimular en sí mismo, por sus propias palabras, el encono que dominábale completamente:

—Es una destrucción sorda, alevosa, traidora. Es aprovechar la confianza que se deposita en un bandido de esos, el descuido o la imposibilidad de los jefes, de hallarse en todos los rincones de un taller, una fábrica, o un patio de ferrocarril, un muelle o un almacén, para quitar una pieza importante, destruir otras, dejar caer bultos de mercancía frágil, echar a pique un lanchón cargado y otras salvajadas por el estilo.

—Y calcule usted—interviene Don Luis, rematando—lo temible, lo desastroso que puede ser eso tratándose de un ingenio. Piénselo un momento nada más. Solamente los trapiches en la zafra, que con un obstáculo grande que provoque una parada brusca, pueden causar destrozos incalculables. Y las calderas, los hornos, las locomotoras, los campos de caña... *(Don Ricardo vuelve a estirar el labio inferior y mover la cabeza de arriba a bajo.)* Lo declaro: le tengo horror, y prefiero cien veces antes ver cualquier día el *RAS*, que la *S* de todos los demonios. ¡Cómo que uno es el desafío a pecho descubierto, cara a cara, y el otro el golpe canallesco, a mansalva!

—Bueno—dice el sargento poniéndose de pie para retirarse con su compañero de jauría obrerófoba.—Por nuestra parte, a la orden. Cuando quieran darle una limpieza al barracón y "la cuartería", o que discursee por ahí el plan de machete, no tienen más que avisar. A ese de las erres lo tenemos preso para mandarlo a Matanzas codo con codo; pero si ustedes quieren que mejor lo "compóngamos", bien compuesto para que no se le olvide en toda su vida, díganoslo; que ahí tengo un látigo que da la hora...

—No. No. Mucha vigilancia, y dispuestos para cualquier emergencia; pero con calma; tomándole el pulso a la situación; evitando hasta donde sea posible—hubo de decir el administrador, con el visto bueno del dueño; en tanto que los esbirros se despedían para lanzarse por allí, con toda la ceguera de su odio a los

que, también odiosamente ciegos, preparábanse para un posible choque fratricida, inútil, estúpido.

A la una de la tarde, infundía temor la situación en el ingenio. Alfonso Valdés habíase marchado sin decir a ninguno de los compañeros que acercáronsele, extrañados y afectuosos, a enterarse de lo sucedido, el motivo de su expulsión del ingenio; pero sí negándoles que debiérase, absolutamente, a la publicación del manifiesto redactado por él. Esto hacía más misterioso y desorientador el caso, y más porque, no obstante lo que habíase esforzado él por aparentar serenidad e indiferencia, de sus ojos naturalmente melancólicos no desapareció en toda la mañana una mirada inmensamente triste, fiel reflejo de un dolor fuerte y profundo: un dolor sólo comparable en intensidad a la dicha de aquella tarde en que, por primera vez, Adolfina y él, en el viejo jardín olvidado, cayeron en amoroso éxtasis. Que así como en aquella hora tuvo al mundo por un paraíso de luz, color, perfume y armonía deliciosos, en este día sintió que se le venía encima; negro, pleno de injusticias y crueldades asoladoras. Considerarle en este estado de ánimo había sido uno de los grandes sufrimientos de Adolfina aquel día; mientras angustiábala la gravedad de la madre, el abuso de Don Ricardo, la agitación obrera presumida desde el primer momento. El médico de La Cidra había indicado la conveniencia de no mover a Doña Benigna del *chalet*, y de traerle su médico de confianza, el Dr. Ortiz. Para traer a éste había partido un automóvil escoltado por una pareja. El otro automóvil con el *chauffeur* acompañado de un número de Orden Público, daba carreras del ingenio a La Cidra, de La Cidra al ingenio, con el médico, el Alcalde, Don Luis, el teniente Mastín. Don Ricardo, con el administrador a un flanco y el jefe de los "jurados" al otro, dió un recorrido por los talleres, la casa de calderas, los depósitos de combustibles, levantando a su paso comentarios y correcorres que fueron una contribución al ambiente de expectación y alarma. En el jardín del *chalet*, quedóse el esbirro, y con Don

Luis, que ya no se le volvió a separar más en toda la tarde, entró Calderería a enterarse del estado de Doña Benigna; a dar instrucciones; a ratificar la inconveniencia de llevarla, en semejante estado de gravedad, para Matanzas; a pretender tragar unos alimentos, mientras tragaba bilis, cada vez que veía a su hija mayor; la maldita chiquilla, dueña para él en esa hora de toda la culpa en tantos peligros, sobresaltos, angustiosas amenazas, inminentes calamidades, en todos los órdenes y de una trascendencia pavorosa e incalculable. Su gran disgusto familiar, era necesariamente reconcentrado y hermético por la presencia de Don Luis, a quien, desde luego, había prevenido para que no fuese a soltar la menor alusión al gravísimo estado de cosas existentes afuera del *chalet*. Cuando, sobre el escaso e inquieto almuerzo, echaban una taza de café equilibrador para Don Ricardo, de una tercera pastilla de aspirina, detonó lejanamente un revólver que vaciaba toda su carga: seis disparos rápidos, desgranaditos, inconfundibles. Prontas cruzáronse las miradas de inteligencia entre uno y otro; pusiéronse de pie; requirieron los sombreros, y con unas banales recomendaciones atañederas a la enfermedad de Doña Benigna, disimulando su prisa, salieron al batey. Sólo hallaron dos guardias de orden público que paseaban con los rifles al hombro y sendas "Coronas" humeantes en los labios; despaciosos, tranquilos, demostrando no haber visto ni oído ninguna cosa anormal. Un silencio de muerte, preñado de negros augurios dominaba el horas antes agitado y estrepitoso conjunto de trenes, máquinas, aparatos y gente trabajadora. Se dirigieron a la Administración, en busca de noticias telefónicas procedentes de las colonias. Las máquinas de escribir habían enmudecido. En el vasto departamento de entrada, todo era quietud, soledad y abandono. Unicamente, en un rincón cercano al despacho de Don Luis estaban tres empleados: el telefonista, joven flaco, trigueño, de rostro alechuzado por unas gafas de cristales grises y redondos; la consabida taquígrafa, de sayita azul marino, y Don Teodoro, especie de se-

gundo administrador, viejo, canoso y tinajudo, que en aquella hora bufaba de santa ira burguesa. Desde la ventana próxima a la pizarra telefónica, que dominaba gran parte del batey, no veíase otro ser viviente que el centinela encaramado en el mirador de la casa de calderas. El centinela desde aquella gran altura, cercana a las bocas de las enormes chimeneas, extendía sus miradas, avizoras, persistentes, en extensos círculos, por los campos, fábricas y caseríos propincuos, quietos y silentes bajo la luz esplendorosa de un sol que ponía fuego en la sangre y rojas fulguraciones en la mirada.

De algunas colonias dijeron que nada anormal ocurría en ellas; con otras no fué posible establecer comunicación telefónica. ¿Habría sido cortada ésta por los obreros? ¿Y aquellos seis tiros, que inconfundiblemente fueron de revólver, de un solo revólver? Estas interrogaciones, destinadas a quedar sin réplica por el momento, surgidas entre los que rodeaban la pizarra telefónica, dieron motivo a otra todavía más inquietadora de Don Ricardo:

—Bueno, pero ¿estamos, o no estamos en huelga?

Que ¡cualquiera lo sabía! fué la pronta contestación de Don Luis. Lo que sí podía asegurarse era que los obreros estaban tomando posiciones, organizándose para lo que parecía inminente, como explicaríalo un marino: en zafarrancho de combate. A partir de la expulsión de Alfonso, que, como noticia, fué una bomba caída inesperadamente y retadoramente entre los obreros, y del mismo modo que preparábase Don Ricardo y sus fieles dependientes, los cabecillas obreros, doblemente sorprendidos y alarmados con la rara e inverosímil suspensión de los trabajos, echaban a rodar sus órdenes y ponían en movimiento el engranaje de sus fuerzas, organizadas y probadas en la testaruda conspiración de su silente y tenebrosa francmasonería. Precisamente era lo que él, Don Luis, afirmaba cada vez que, como entonces, le daban cuerda en la cuestión obrera: es tal la prevención, tal la certeza de que el trato es de enemigo a enemigo, exis-

tente hoy en el mundo del Trabajo, que apenas surge la más leve desavenencia, el roce más superficial, el obrero corre a la asamblea, con impulsos de huelga y motín, y el patrono irrumpe en el despacho de la más alta autoridad asequible, con sed de reacción, de pulverizador escarmiento. Y no podía haber mejor prueba que aquélla: sin que se hubiera cruzado una palabra entre los jefes del ingenio y los buscabullas aquellos; sin saber si había o no había huelga, en huelga estaban todos, en cuanto a los efectos por lo menos: disparos, el alambre del teléfono por el suelo, señales de conjurados por las paredes, correcorre de gente armada, correcorre de los otros, rostros color de cera, miradas torvas y agresivas, laborantismo sordo y agorero; concordando todo en una general expectación de que, en cualquier momento, comenzara un tiroteo, estallase traicionera bomba de dinamita o surgiese como nuncio de negro y criminal desastre, la columna de humo de un incendio en los lejanos cañales.

Don Ricardo no quería quedarse en la duda; no podía soportarlo; prefería la verdad por desagradable que fuese:

—Que me llamen a los cabeza de motín; al Caín Romero, al negro, Milanés o como se llame, y al catalán Ravachol, ese que creo que le dicen *El León*, y a quien, según el sargento, le huele el pescuezo a guásima. Para que acaben de decir si lo que quieren es guerra, y así la tengan en seguida. Empezaremos por echarles mano aquí mismo.

—Justamente por eso no vendrán, si es que los encuentran; que lo probable, mejor dicho, lo seguro es que no los encuentren en ninguna parte—dijo segurísimo Don Luis.

Este conocía el paño: siempre en estos casos los obreros, gatos escaldados, tienen buena prisa en ponerse a buen recaudo. Así los guardias que el batey y sus alrededores recorrieron en busca de los jefes sindicalistas, volvieron con la noticia de que no les fué posible hallar uno solo de los aludidos. El barracón hallábase casi despoblado; en "la cuartería" ce-

rrados estaban muchos de los cuartos, y en los abiertos, vacíos encontrábanse catres, hamacas y colombinas; nadie en el inmenso fonducho, ni un alma por todo el batey; desiertas las polvosas y enyerbadas callejas del caserío de la gente casada.

En un automóvil de vía, Don Luis se fué a dar un alentador vistazo a su familia, muerta de miedo según todos los cálculos de probabilidades. Al quedarse solo en el despacho del administrador, Don Ricardo telefoneó al *chalet* para todo esto: inquirir noticias acerca del estado de Doña Benigna; pedir que con uno de los jardineros le enviasen una taza de café con leche; dar oportunidad para que le dijeran si allí habíanse enterado de la peligrosa situación existente en el ingenio, y ver si tenían algo que decirle del Dr. Ortiz, de probabilidades para el regreso a Matanzas, de Adolfina, que bajo el efecto de su tremenda crisis moral, con sus dudas, sus temores, su gran dolor y la conciencia de su responsabilidad en aquella mala hora, seguramentte hallaríase en un estado de locura, propicio a las mayores barbaridades. Fué Carlota quien acudió al teléfono. Agobiada por la pena, el cansancio, el torturador misterio que la envolvía, firme y constante estaba ella en su papel de ama de casa, por sustitución de la inutilizada Adolfina y por mandato de su carácter casero, laborioso, moldeado supremamente en sus grandes cariños de hija y de hermana. Todo lo atendía ella: las horas de las medicinas, el agua caliente para tisanas y bolsas, el acomodo de la enferma entre las almohadas del lecho o los cojines de un sillón, el cuidado del Dr. Ortiz, el manejo de las criadas. Doña Benigna mejoraba lentamente, Ortiz insistía en no autorizar el regreso a Matanzas en muchos días, Adolfina estaba en su cuarto, abatida, llorosa, con un fuerte dolor de cabeza, renuente en su primitivo propósito de no tomar ni calmantes ni alimentación alguna.

—¿Y tú que tal, papá? ¿Por qué no vienes?

No. Estaba muy ocupado. Sólo quería la taza de café con leche. Y mientras se la trajeron, quedóse caí-

do, hundido en uno de los butacones rojos del despacho: las piernas encogidas, las manos con los dedos entrelazados sobre el abdomen, la cabeza rendida por la tormenta interior, los ojos con hipnótica fijeza en una de las escupideras, de cobre bruñido por la pulcra, cotidiana limpieza.

¡Qué bien había sintetizado la situación Don Luis! No se estaba en huelga, propiamente dicho; pero Don Ricardo experimentaba todos los riesgos, temores, inquietudes y desesperaciones de un paro obrero en toda regla. Después de aquella situación, al tener necesidad de hacer referencia a ella, bien podría decirse: "Cuando la huelga de tal fecha, &, &." Por lo pronto, el temor a la organización sindicalista había dictado aquella interrupción, perjudicialísima, de los trabajos del ingenio. Los sindicalistas, en pie de guerra, enconados por la expulsión del compinche, enardecidos por la debilidad advertida en el enemigo, en un calenturiento brote de hondos rencores, callada y arrinconadamente conspiraban, tramando quién sabía qué salvajadas, alevosas e inauditas. En las moradas de los empleados de importancia, había silencio y hermetismos, recelosos, plenos de mortales presagios. En las habitaciones del peonaje, maestrazgo y oficialidad obrera, prevalecía idéntico silencio, quietud y desolación de ruína y sangre, en un hálito de amenaza y de tristeza, que corría sobre los campos y las casas, por los cuales sólo vislumbrábase de vez en cuando algún trabajador, en traje dominguero, con un bulto o una maleta colgante de la diestra, camino de la Cidra, o una pareja de soldados, en lento y avizor recorrido, los fusiles al hombro, tintineantes las espuelas en la quietud de la tarde, insólitamente triste, desposeída de sus habituales rumores de vida y de trabajo en aquella gran colmena humana. Y por sobre todo, la gran expectación que hiciera notar alarmantemente Don Luis: en cualquier momento podrían detonar las armas de fuego en una sangrienta refriega de incalculables alcances; estábase esperando, a cada minuto, una voz de alarma, un grito demandando auxilio, un

disparo, un silbido, una campanada que fuese la señal convenida para el desborde de la plebeya multitud en furiosa bulimia de destrucción y muerte; esperando en creciente incertidumbre, en insoportable angustia, el somatén de pitos, campanadas y detonaciones, que anunciase la aparición de la tromba de humo, blanquecino, ligero; humo de caña; aparición terrible y desoladora, en el valioso e inestimable mar de verdura, que desde el alto mirador, junto a las bocas de las enormes chimeneas del ingenio, vigilantemente oteaba el oculto y solitario centinela.

En esta cavilación de negruras y sobresaltos, le vino a la mente Adolfina. Era ella, la sola provocadora de tal situación de violencia y desastre. ¿Y él? No. El no. De ninguna manera podía admitir que tuvo otro camino que seguir. Alfonso no se podía quedar en el ingenio. Fué preciso despedirle. Estuvo bien despedido. Y si venía la huelga definitivamente, si corría la sangre, si el luto materno entraba en la casa, si se desplomaba la casa de calderas, y ardían los campos de caña en veinte leguas a la redonda, o en la provincia entera, cosa de la suerte, del destino, de la Providencia, habría de ser. Siempre quedaba el recurso expedito, todopoderoso, insuprimible, superior a la Providencia, el destino y la suerte: el suicidio. Rechazable, pues, toda idea de que él hubiera hecho mal con despedir al Valdés. Si aquello era huelga, que continuara la huelga; si era revolución, que siguiera la revolución. Pero aquel bandido en la casa, no. ¡Nunca!

Tomó el café con leche; una enorme taza de café con leche muy caliente, diaforético, que después de muchas horas de debilidad por la falta de alimentos y la depresión de la aspirina; tras de tantas sensaciones y emociones fatigadoras; al cabo de semejante ajetreo físico, desacostumbrado en él, rindióle en el muelle acojinado del sillón, en un sopor de febricitante, la cabeza tirada contra el respaldo, con hemorrágica palidez en el siempre encendido rostro, perlada de sudor la frente.

Eso, por el lado "burgués".

Por el lado obrero, la expulsión de Alfonso Valdés del feudo de Don Ricardo tenía a los *leaders* como gente perdida en un manglar: desorientados, sin decidirse por ningún rumbo, esperando una mala sorpresa a cada momento, temiendo hundirse al primer paso falso dado en la tembladera. Para ellos, como para Don Ricardo, "sin haber huelga, la había". Interrumpidos los trabajos; en movimiento, bien pertrechados, con fachas de comegente, los esbirros de Don Ricardo, que para estos casos tanto lo eran los propios como los del Gobierno; el alevoso victimario emboscado en cualquiera encrucijada propicia, listo a caer a planazo limpio sobre las espaldas de las víctimas predestinadas, o a mansalva agujerearlas con la certera descarga cerrada, o a suspenderlas de una cuerda ensebada, como siniestros frutos de la más cercana guásima. ¿Y en el fondo por qué? ¿Por qué, opuestamente a lo pactado con el administrador, éste había dejado cesante a Alfonso Valdés? ¿Y éste por cuál motivo habíase marchado tan seriote, sin explicaciones para nadie, rehuyendo toda compañía, aparentemente con la conformidad del que espera y asiente en lo que le ocurre? ¿Qué misterio había en aquello? ¿Qué medidas estarían los otros tomando en aquel momento? ¿Y el lunes en la mañana, cuando expirase el plazo de la suspensión del trabajo, qué? *El León,* Milanés, Caín Romero, todos los jefes obreros, que andaban ocultos, desperdigados, evitando una redada o una cacería en montón, en espera de la hora convenida para reunirse en el sitio acordado, sin noticias unos de otros, tenían esas mismas dudas, procedían con iguales indecisiones, formulábanse parecidas preguntas. Una prueba, arrancada de la realidad, como otras tantas, del recelo y la mala inteligencia prevalecientes entre capitalistas y obreros, que tan ciega, odiosa, perjudicial e insobrellevable, hacen la lucha de clases, unas veces sorda, otras veces violenta, viva en Cuba como en Filipinas, en Jauja como en el Desierto, cada día más intensa y cada día más visible; menos—

esto último—para la miopía de entendimiento y la terquedad suicida, que a cada parcial y superficial eclipse de la "enfermedad", desahucian, si no ponen de cuerpo presente, al socialismo y los socialistas.

Y así se reunieron los obreros.

Se reunieron a las ocho de la noche, en la casucha de un compañero de las ideas, allá por unas tupidas arboledas de las cercanías de La Cidra. Gente que tenía por enemigos al comerciante, al propietario, al empleadillo público y privado, a las autoridades de uniforme y de levita, a cuantos no fuesen obreros y jornaleros, veíase obligada a tomar todas las precauciones y rodearse de todas las garantías, que antaño justificaban los conjuros y escondrijos de las llamadas sociedades secretas. Un compañero se paseaba vigilante por los alrededores; otro en la puerta tenía a su cargo ver que únicamente entrasen los que podían y debían; el habitante de la casucha, permanecía junto a una ventana del fondo, dispuesto a servir de guía, en caso de necesidad, para la pronta y segura retirada por un sendero que zigzagueaba por entre el tronquerío y la ramazón de la arboleda, y que daba a unas espesas y dilatadas maniguas, limitadas a su vez por los propios cañaverales de *Dos Ríos*. No había bóveda de espadas, pero sobre la mesita que hacía centro a la reunión esperaban dos tercerolas Maüser, traídas por Milanés y *El León*, y Caín Romero y el resto de la docena de conspiradores, llevaban a la cintura sendos revólveres y en los bolsillos copiosas raciones de cartuchos.

Con el hablar en secreto propio de todos estos casos; con la desorientación de la consabida tembladera, empezó la reunión, que esta vez estuvo en el completo jacobinismo de la falta de "director de debates", secretario, papeles y fórmulas de todo linaje.

El primero en hablar fué "Síi". Por algo más que su aspecto físico merecía él llamarse *El León*, y otra vez demostrábalo sin pasar por inútiles tanteos y circunloquios. Así, sin más ni más, y como buen anarquista, él empezaba por afirmar que se daba per-

fecta cuenta de lo ocurrido y que lo ocurrido debíase única y sencillamente a que Alfonso Valdés era un traidor. *Síí:* eso era: un traidor. Puesto que todos los demás sabían mucho menos, ya que como se ha dicho, nada seguro sabían, la expectación producida por las afirmaciones del catalán fué unánime y bien ostensible. En la palabra o en el gesto de todos los circunstantes, instantáneamente estuvo la pregunta: "¿Cómo así?". Muy fácil; tonto quien no lo hubiera supuesto, y tan mal intencionado como el propio Alfonso quien lo negase. Los burgueses del ingenio, enterados de que el autor del manifiesto había sido el señor segundo jefe de taller de maquinaria, y viendo en las condiciones de talento del tal un peligro creciente para la paz varsoviana que imperaba en *Dos Ríos,* se lo habían comprado con unos cuantos dineros...

—¡Oh, no!—interrumpieron varias voces.

—¡Oh, sí!—sarcástico y agresivo repuso *El León,* en coro con otros compañeros—Como que estaba más claro que el agua. El muy ladino hacía mucho tiempo que paulatinamente se venía haciendo el mosquita muerta, rehuyendo la lucha, haciendo ausencia de todas las reuniones, aislándose de los compañeros, metido por los rincones, siempre escribiendo cosas secretas o paseándose por debajo de los árboles con cara de agua para chocolate, de todos los demonios. Ultimamente, desde que se había metido en el chalet, parecía "u" que se había contagiado con el lujo, "u" que acabaran de engatusarle, porque con casi nadie hablaba o si lo hacía era para ponerse de parte de los burgueses. *(Aquí Caín Romero soltó un "Nunca" rotundo, y "El León" se acercó envolviendo al maquinista casi directamente en sus detracciones.)* Y "ahora" no sólo se había conformado con andar con ese estira y encoge con que andaban otros por el estilo, sino que le despedían del empleo, sin más explicaciones, porque sí, y se largaba tan campante, sin chistar, casi casi que escondido, "¡escurriéndose como un reptil!" Y a él que no le vi-

nieran con cuentos; con la historia esa del disgusto personal con el burgués. Que aunque ello fuese verdad—¡Voto a Cristina!—las ideas debían estar por encima de las cuestiones personales; hasta por encima de los puntillos de vanidad, qué diantre! Y no como lo estaban haciendo muchos que él sabía: que primero, la panza, y la "cunsecuencia" con la causa, para lo último. Tuviera, o no tuviera Alfonso un disgusto con el burgués, su deber era haber mantenido el pacto de que no se podía separar a un obrero significado como sindicalista activo, y de todos modos haber reunido a los compañeros, para dar cuenta. *Sii.* Y no como lo había hecho: tal que si no se debiera a una causa; más bien escondido; del mismo modo que si dijera: "Ahí queda eso, y a mí, ¡plim!" Claro. *Sii.* Como el muy marrano seguramente se llevaba bien metidos en los bolsillos los cientos, "u" los miles de pesos.

—¡Eh!, ¡eh! Detente. Poco a poco, compadre. —Le interrumpe Caín Romero.—Que a ese paso, con el poder imaginativo que te gastas, de una simple suposición, agregándole otra y otra, vas a llegar a ver cómo Alfonso llega a Matanzas, saca del bolsillo del pantalón un rollo de billetes, deposita la mitad en un banco, y con la otra mitad compra una casa, dos automóviles, tres brillantes...

—*Sii.* Y uno de ellos, se lo venderás tú.

—¡Por supuesto!—exclama sarcástico Romero—Con el otro rollo de billetes, que me han dado, bien puedo tener brillantes a la venta. ¡Hombre, hombre! ¡Con la facilidad con que ustedes, los anarquistas, ven compras y ventas por todas partes! ¡Como si los burgueses tuvieran siempre tan listos los miles y miles de pesos, para comprar obreros! ¡Mil pesos para el huelguista fulano; diez mil pesos para la huelga tal! ¡Uf! ¡Vengan miles!

—¡Pues, si se ha vendido!

—¡Pues, no se ha vendido! Tú no tienes pruebas, ni siquiera puedes decir que has visto el menor indicio de la venta.

Al decirlo, los dos se pusieron de pie, con los puños apretados. Un tercero gritó:

—Es un esquirol.

—Vamos a calmarnos un tantito—dijo entonces, con calma de guapo que se contiene, un cuarto sujeto —que eso es mera cobardía, no estando aquí el compadre a quien se la echamos con tanto calor.

Surgió la calma pedida, y con ella el imprescindible silencio; pero no obstante la gravedad de las circunstancias y las dificultades y peligros de la reunión, ésta quedaba desde aquel primer momento en lamentable estado de inutilidad. Gente de los apasionamientos y la incultura social, de *El León* y sus similares, no entiende de gradaciones y matices. Los hombres y las ideas, son totalmente buenos o totalmente malos; las cosas, o se hacen completa y definitivamente bien, o no se hacen. Ellos veían allí muchos "mediastintas" y muchos "traidores", y ni Dios les hacía tratar y discutir con ellos, con calma, mesura y buena educación. En las miradas torvas, en los labios estirados con asco, en el sarcasmo pronto y en la hiriente, agresiva, sistemática expresión de desconfianza, veíase fermentar la malacrianza, emperrada e intransigente. Y, como en otras ocasiones, entre personalismos y ortodoxias filosóficas, pasaron muchas horas, sin hacer nada práctico, los doce o catorce conspiradores, divididos en tres grupos: uno que, encabezados por Caín Romero, opinaban que no se debería ir a la huelga, sin que antes se entrevistase una comisión con Don Luis o con Don Ricardo, en averiguación de lo ocurrido, a fin de proceder con conocimiento de las razones y la finalidad del enemigo; otros, capitaneados por *El León,* que no transigían con nada que no fuese la huelga inmediata, para propagarla en seguida a los ingenios cercanos, a toda la provincia y, si era posible a toda la Isla; para ver, en cuanto se formase de veras, en dónde se habría de meter el traidorcillo de Alfonso, a quien era necesario circular, inmediatamente, entre todos los compañeros, como Judas de la Causa; unos ter-

ceros, estaban por, ni enviar más comisiones, ni declarar la huelga festinada y peligrosamente. Nada de eso: circular al bandido, sí. Para que le costase trabajo conseguir ocupación en donde hubiese obreros agremiados, y para que si se presentaba la ocasión, le dieran su merecida mano de palos, y al ingenio, pues... a marcar eses con yeso por todas partes, y un día una botella de ácido en una caldera, otro día una luminaria de chumaceras encendidas en un tren, una noche, la luminaria, en vez de correr con un tren volando por los cañaverales, hasta escarmentar al ricacho, y hacerle comprender *(Final de discurso)* que "jugar con el pueblo, es jugar con dinamita!" Lo que era unánime y fuerte entre todos, era el rencor al capitalista y el deseo ardiente, fervoroso, de hacerle la guerra, para perjudicarle lo más que fuese posible; para aniquilarle si al fin la hecatombe surgía en forma. Y allí, justamente del peligro. Hacer daño, destruir, matar, con tal de acabar con cosas que bien lo merecen; pero sin otras probabilidades—por las pasiones no desbastadas en la cultura, por el choque de ideas mal digeridas, por fanatismos intolerantes, por incomprensión de la vida —que el caos en la orientación, en los procedimientos y en las consecuencias.

Una sola excepción allí, entre todos los partidarios de ir, cada cual según su criterio o sus conveniencias, por la tremenda: Caín Romero.

Cuando la reunión llegó a un estado de peligro insostenible, por la irrefrenable tendencia a gritar de los cismáticos, el dueño de la casucha, de pie junto al quinqué que desde una alta repisa esquinera tristonamente alumbraba a los sombríos carbonarios y las destartaladas paredes de la "logia", amenazó con dejarla a oscuras si no se cambiaba de procedimiento. Esperar esto era tonto, empezó el desfile de los conspiradores por el sendero que serpenteaba a través de la arboleda, rumbo a los cañaverales de Don Ricardo. Iban precavidamente de dos en dos, guiados por el compañero de la casa, quien en tanto no dejaba una

pareja en la linde de las cañas no venía por otra. Iban con distintos propósitos en la mente, los de los tres grupos aludidos. Iban, unos a procurar la entrevista con el burgués, otros a preconizar la huelga inmediata, los más engañándose a sí mismos, dándole a su odio el cariz de un escarmiento, a circular la orden de sabotaje.

Antes de que empezara el desfile, el catalán solicitó recado de escribir del compañero de la casa. De entre los mendrugos de una gaveta de la mesa, sacó éste una pluma mohosa y unas hojas de libreta vieja, e iluminadas por el quinqué, descendido de su alto sitial, se las presentó al ácrata sobre un extremo de la mesa. Mientras los otros desalojaban el local, *El León* escribió; y después, por choque y desahogo, dió a leer a Caín Romero—que iba a ser uno de los últimos en salir—lo escrito a fuerza de sudores, de fruncimientos de entrecejo, de torcer la pluma entre los dedos agarrotados.

Eran renglones gruesos y torcidos, que serpenteaban por un archipiélago de borrones y tachaduras, en un estilo en que el acratismo lo era, tanto como para las ideas, para la sintaxis y la ortografía. Escribíale *El León* a los "conpañeros de el Syndicato de la hindustria asucarera" de La Habana, para decirles que estaba a punto de estallar el paro en *Dos Ríos*, a causa de un "ex-hombre", el bien conocido Alfonso Valdés, quien habíase vendido al burgués por unos miles de pesos; por lo que era preciso circularlo entre los "conpañeros" y sacarle a la vergüenza pública, en el periódico del Sindicato, como traidor y rompehuelga.

—¿No ves? Luego dices, y dicen los que son como tú, que los obreros en cuanto nos vamos ilustrando un poco, no nos sentimos obreros. Claro. ¿Cómo, después de ver un poco más allá de nuestras narices, vamos a transigir con animaladas como ésta, y como todas las que se han cometido aquí esta noche?

—Animaladas, porque no nos vendemos.

—Esa es una salida, como todas las de ustedes.

Pero, a ver: razónala. Nos reunimos aquí una docena de hombres, con veinte peligros y dificultades, para resolver una situación difícil, y lo primero que hacemos es lanzar una excomunión terrible en contra de un compañero, a base de una serie de suposiciones, que después de todo, no tienen más origen —¡hay que decirlo claro!—que divergencias de criterio, viejas rencillas y envidia...

—¿Eh?—inquiere levantándose en actitud de combate el catalán.

—Oyeme. Sé consecuente con la libertad que tanto predicas; que si con tanto que hablas de los tiranos, quieres serlo conmigo, como lo eres con todos los que no piensan como tú, yo no admito tiranías. Ni de burgueses, ni de compañeros. Y en eso te demuestro que soy más hombre libre que tú. Oyeme. Mira: aquí vinimos con el propósito de tratar de una situación grave, y trazarnos una línea de conducta para encararla. ¿Y qué hemos hecho? Lanzar una enorme acusación en contra de uno de los hombres más talentosos y buenos que tiene el grupo, arbitraria, desaprensivamente, sin advertir la gran responsabilidad moral que se echa encima quien tal cosa hace. Después, sin oir más razones, con el radicalismo y la bestialidad de siempre, tú y los que piensan como tú, atizaron la discordia, y ha resultado que nos hemos expuesto inútilmente, perdiendo un tiempo y una oportunidad preciosos, en estos momentos, y ello, casi irremediablemente. ¿Y quieres que con esas cosas, los que hemos leído y pensado, vayamos a creer que de esta clase de reuniones vamos a sacar la paz, la justicia, la fraternidad de los hombres? Porque si la sociedad del futuro, que nosotros preconizamos, va a ser eso que sus apóstoles hemos presentado esta noche como un anticipo, aviados estamos, y muy lógico es que algunos huyamos de ensayos tan costosos y tan bárbaros.

—Pues, calcula: como somos unos bárbaros; unos burros. Ya tenías que saber que no somos doctores, ni diplomáticos. Pero, porque seamos burros, no va-

mos a permitir que los burgueses nos den palos, porque sí, y que los canallas nos engañen, y... y

Y nada más que esas gruesas y rabiosas evasivas se le ocurrían, bajo el dominio en que le tenía la palabra fácil, serena e ilustrada de Caín Romero; quien se acrecía por minutos, indignado y terminante:

—¡Ah! Pues los burros, no pueden dar más que coces, coces individuales como las que da el buey contra el aguijón. Y cuando quieren hacer acción colectiva, tienen que dejar de ser burros, ilustrarse, rozarse con gente que sepa razonar, y ser decente, y tener la tolerancia que da la cultura, para el prójimo; para emprenderla con las instituciones más bien que con determinada clase de gente, admitiendo que aquéllas no han surgido por caprichos personales, sino por necesidades de la historia. No se puede estar hablando de Racionalismo, de Educación Integral, de Ideas, de Determinismo, de otras grandes cosas, como los loros, para luego no saber discutir si no a gritos, querer saber más que nadie, arreglarlo todo con manotazos y amenazas.

—Tú sí que estás hecho un loro. *Sii.* ¡Me cachis en... Bueno ¿quiéres que te lo pruebe? ¿Quiéres que veamos quién es el que habla por hablar? ¿Quiéres, ahora mismo?

—¿Yo? Ja, ja. ¿A las dos de la mañana? Pero ¿tú crees que quien escribe esto *(Y coge la carta, y sacudiéndola nervioso, se la mete por los ojos al interlocutor)* puede discutir con nadie? Vamos a ver. Porque yo no estoy loco.

—No; pero estás otra cosa.

—Lo que tú quieras; pero ahora no me demuestras tú, ni pagándome para que te escuche ¡ni a palos!, con un empacho de Reclús, Krotpokine y Juan Grave, que hombres de tus alcances, sin más que el sentimiento de la justicia y unos deseos santísimos, pueden salvar la humanidad, colocándola en un estado de celestial felicidad.

—¡Recristo; pero déjame hablar!

—No. ¡Qué va! Mejor me doy por vencido. ¿Qué

es lo que vas a decirme? ¿Que tú puedes asumir la dirección de un país, hoy que la vida es tan complicada, que el intercambio de riquezas artísticas, científicas, industriales y de todos los órdenes es tan intenso e imprescindible entre todos los países, que la civilización es tan portentosa y compleja, con las ideas y los métodos simplicísimos de los tiempos en que se cambiaba trigo por carne, pieles por flechas, mujeres por elefantes o camellos? Pues, convencido. Hasta mañana, o hasta otro día, y mientras tanto, consulta contigo mismo, cuando estés en frío, si estás seguro de no hacer una canallada con Alfonso; para que al menos, no la hagas inconscientemente.

—Es que no te vas sin oirme.

Dijo *El León,* interponiéndose rugiente y amenazador entre Caín y la puerta de salida. Mas, ya estaba allí, esperándoles, y tratando de apaciguarles, el compañero dueño de la casucha; quien, bien convidado para no meterse en otra, intervino aduciendo su derecho a exigir prudencia y consideración, y se llevó, primero a Caín, para que se alejase antes de que saliera el otro, y luego al ácrata, el cual se fué rezongando sus apocalípticas y tremebundas amenazas:

—Ya lo creo que va la carta para el Sindicato, y que a éste como al otro, los arreglo yo. *Síi.* Por Cristo que me la paga. Va la huelga; va el sabotaje, y si se forma, ¡si se forma...! Huéleme que no van a ser sólo burgueses los que se van a pendulear de los postes del telégrafo. *Síi.*

A las seis de la mañana del lunes, el silbato del taller de maquinaria anunció que se reanudaban los trabajos en el ingenio.

Unos por la duda de si habría o no habría huelga, otros por exceso de precaución y algunos porque aún les duraba la fiesta, más de la mitad de los obreros dejaron de concurrir a sus labores. Y esta escasez de gente en las obras; el menor número de martillos y mandarrias en actividad; la quietud de las loco-

motoras que tarde y despaciosamente levantaban presión después de dos días de muerte; el constante y misterioso ir y venir de los automóviles de Don Ricardo, del *chalet* a Matanzas, de Matanzas al *chalet*, de la Administración a La Cidra o a los ingenios cercanos, y vuelta a la Administración; la ausencia de las caras más buscadas, como las de *El León*, Milanés, Caín Romero, el mejicano, el asiático centrifuguero; los rostros serios, pálidos, recelosos de la gente que circulaba por el batey; los soldados en parejas, arma al brazo; todo aquel estado de cosas, debido a la antipatía e intransigencia existentes entre los de arriba y los de abajo, en las cuales ninguna de las dos partes quería dar su brazo a torcer iniciando las necesarias explicaciones, siguieron manteniendo, aquel y muchos días más, la consabida, perjudicial y desagradable, situación de "huelga, sin huelga", originada dos días antes.

El desconocimiento de las intenciones de Don Ricardo y los suyos, mantenía alejados a los obreros sindicados, primordialmente a los *leaders*. El temor a criminales represalias de parte de los últimos, era causa de que se mantuviese una constante y enojosa vigilancia de la fuerza pública y los guarda-jurados por todas partes. A cada momento, y a pesar de la extremada guardia de la gente armada, surgían en el zinc de la casa de calderas, en los tanques de miel, en los alijos de las locomotoras, trazadas con yeso, unas eses enormes, que aumentaban la incertidumbre y la expectación de unos y otros. Como respondiendo a estas órdenes misteriosas, alguien, por allá por los linderos de *Triunvirato*, había echado limallas de acero en las chumaceras de un larguísimo tren de jaulas vacías, que armadas en aquel ingenio venían para *Dos Ríos*, sin que el personal del tren (¿Y quién afirmaba que no fuera él mismo?) lo advirtiera, hasta que el humo envolvió aquel medio kilómetro de material rodante. Por el retraso consiguiente, el tren no entró en el batey antes de la noche, y así fué aquella luminaria de que habíase hablado en la reunión

obrera de La Cidra; luminaria que corría a treinta kilómetros por hora, entre los valiosos cañales, amenazadora, fantástica, pavorosa. Suspendidos los trabajos en los cuartos de noche y madrugada—no obstante el perjudicial atraso que ello implicaba—las noches transcurrían tristes, silentes, plenas de peligros y amenazas, desveladoras; multiplicadamente angustiosas e insufribles.

Sufríanlas con mayor intensidad los atribulados moradores del *chalet;* aquellos muñecos de la suerte, que ricos, bondadosos e inteligentes, llevaban, con todo, un doloroso vía crucis, que una racional interpretación de la vida quizá si hubiera hecho imposible. Carlota y Doña Benigna, desde el cuarto de la insomne y angustiada enferma; Adolfina, desde el sillón de la sala en que asimismo velaba a la retentada y querida cardíaca, o desde el lecho en que lloraba el propio dolor, implacable y desesperante; Don Ricardo, desde el dormitorio que él y Don Luis hiciéronse improvisar en la Administración, para no separarse y estar siempre alerta y dispuestos en cualquiera emergencia, y en el cual oía todas las horas del reloj, en la tortura de su neurastenia, exacerbada hasta el soliloquio en alta voz, el llanto ruidoso, la fiebre y la desesperación; todos oían cruzar en la soledad y quietud de la noche, el ruido de las espuelas de una pareja de guardias, que acaso conducían al cuartel, cuidadosa y silenciosamente, a un grupo de maniatados sospechosos; saltaban sobresaltados por el trueno de una cercana descarga, o se estremecían de espanto al percibir, en la calma infinita de la media noche, un calofriante grito de apuñaleado, si no un lamento triste, sin tregua, acongojador, como de condenado a "componte", a quien en la impunidad de la noche y el desamparo del mundo, a lampreazos de látigo o golpes de culata, se llevaba al sitio del ignominioso y criminal suplicio.

XV

"CUCO"

En esta hora crítica, *Cuco* Pedroso vuelve a Cuba. Vuelve después de invertir los diez y seis años discurridos desde su salida del país en uno como largo y agitado sueño de folletinescas aventuras, en el mismo vagabundear cosmopolita de los primeros meses, cuando mandaba aquellas curiosas, regocijantes cartulinas postales a su hermana y a Ricardo: diez y seis años de luchar a calzón quitado con el Destino, a veces venciéndole, a veces rindiéndose a él; acostándose una noche potentado y amaneciendo muchos días sin un real para calentarse el estómago; haciendo un viaje en lujoso *Pullman* y otro en la hedionda pesebrera de un transatlántico; marinero y periodista, literato y tenedor de libros, político y mozo de cordel; íntimo de personajes una temporada, amigo y compañero de gente movediza, poliglota y estrafalaria, más adelante, y por único trato con mujeres, la venus fácil, de salón o de calleja, alternativa y fastidiosamente.

Los últimos cinco años han sido los más rudos, los más tormentosos del obstinado corremundo. Sorprendido en el corazón de Europa por la explosión de 1914, en momentos en que vestía el sambenito de socialista y no llevaba encima pasaporte de ningu-

na clase, por haber salido de Cuba cuando éste no era necesario, y negárselo, entonces los cónsules apasionados por este o el otro país, quienes recriminábanle su internacionalismo pacifista. Sufrió cárceles, persecuciones, inquietas noches de fugitivo en las cuales dormía en los bosques o en las cunetas de los caminos, y días enteros escondido, viajando en furgones ferroviarios o en las bodegas de los buques neutrales. Su situación se agravó con el trance más negro y difícil de su vida, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra para defender, entre otras cosas sonoras, la libertad de los pueblos pequeños, o sea del tamaño de Haití, Santo Domingo, Nicaragua y otros. Sucedió que un cónsul, ardiendo en patriótica indignación, al negarle un pasaporte, lo hizo discurseando apostrofante y haciendo retemblar los muebles consulares con enérgicos puñetazos, en una ardiente catilinaria contra los cubanos que se habían marchado al extranjero jugándole la cabeza al servicio obligatorio, entre los cuales suponía el enfurecido funcionario que hallábase nuestro hombre. Cuando más ardiente era el chaparrón patriótico de su interlocutor, *Cuco,* impulsivo, en todo su invariable carácter, olvidado del desamparo en que teníale su condición de persona no grata en casi todos los países en tales momentos, banderilleó al cónsul, preguntándole sarcástico:

—¿Y por qué Cuba va a entrar en la guerra, eh?

—¡Cómo que por qué! Por la Democracia, la Libertad, el Progreso *(las mayúsculas se suponían en el fuerte acento con que eran pronunciadas las palabras que las llevaban)* en contra del Imperialismo, la Tiranía, la Reacción...

—¿Por eso? ¿Y con gentecita del trópico? No es bastante; créame que no es bastante.

Por los cabellos tomó el cónsul la calva ocasión de hacer méritos, y de que los periódicos de la patria (inveterada preocupación consular) hablasen de su patriótica actitud. Hirvió, trepidó, vociferó. Así atrajo al canciller, al portero, a la policía, y *Cuco*

fué a dar a una prisión, de la cual ha salido ahora, semanas antes de emprender su lento regreso a Cuba.

De este vivir intenso, trae la cerviz levemente curvada, pálido el rostro, grises los cabellos, más hundidas las comisuras de los labios. Trae los grandes ojos pardos, más profundos, ojerosos y penetrantes; pero empañado el primitivo brillo por los males que ha hecho y que ha recibido al ir por la vida, al vivirla más que la generalidad de los muñecos humanos, movidos todos, como él, por los hilos ocultos e inevadibles de un destino ciego, ignoto y caprichoso. Trae de ese adentrarse por los caminos del mundo, más robustecida su cultura, más inconmovible su viejo escepticismo, más arraigadas sus convicciones individualistas, que por un raro imperativo de su sentimentalidad parecen siempre un quijotismo socialista, absurdo e inexplicable. Pero, fuerza es decir que la amarga lección últimamente recibida, le ha traído el propósito de cambiar de vida y vivir ésta con un poco más de inteligencia, de superhombría bien entendida. Y su plan inmediato es pasar de largo por La Habana, reinstalarse en Matanzas y, si puede, apoyarse en Benigna y Ricardo, llevar a cabo sus anhelos de enmienda, sus proyectos de cambio de táctica, de procedimientos, ya que no parecía probable un cambio de convicciones. ¡Nobles, hermosos y loabilísimos propósitos!

Es día de huelga general.

El muelle— antesala del terruño—por donde desembarca con una maleta en la mano, a causa del barullo condimentado con toda clase de desvergüenzas, y conatos de riña entre cargadores, chauffeurs y carreros, le arranca una frase: "¡Como si no hubieran transcurrido diez y siete años!"

No dura, sin embargo, el amargor de la observación; porque *Cuco,* que se siente tolerante, en seguida atribuye todo eso a la influencia del sol de los trópicos. Después advierte que está sucia la calle; más sucia la de Egido, que ojea al cruzarla para tomar la estación, y esto, siempre tolerante, lo atribuye a la

huelga. Sí; no puede ser otra cosa. ¡Con lo que le han dicho que ha progresado el país! Sobre todo, con lo que ha visto desde que el vapor se acercó a tierra: aquella extensa línea de palacetes del Malecón; la suntuosa, descollante residencia de Velasco; las grandes construcciones entrevistas en *La Habana vieja,* al deslizarse el *Miami* a lo largo del canal; la Lonja, con su eminente cúpula rematada por el dorado y alado Mercurio; la afluencia de vapores; los nuevos, espaciosos muelles de concreto; el bullir de lanchas, ferries y remolcadores y, ahora mismo, esta rara, grande, inesperada Estación Central.

El amplio salón de espera está lleno. Hombres y mujeres cargados de bultos y maletas forman grupos en torno de los bancos y se apelotonan obstinados frente a las cerradas ventanillas del despacho de billetes. Se ve que cuantos tienen necesidad de abandonar la ciudad hanse apresurado a no perder este tren de las once. *Cuco* entrevé allá por detrás de la reja que separa el salón del pasillo de andenes un café-cantina, y se va a tomar la primera taza del néctar criollo, después de tanto tiempo de pensar en éste, como en todo lo de Cuba, con creciente nostalgia y con las ilusiones de la distancia y los años. De paso esperará, sentado, los acontecimientos. El café con leche tibio, aguado, bruscamente vertido en la taza, hasta derramarse en el plato, por un dependiete sucio y peludo, por poco no le trae una desilusión. No se la trae porque él, en su consabida tolerancia, atribuye aquello al mucho despacho y al bárbaro trabajo que habrá tenido aquella gente con lo anormal de la situación.

Se queda en su sitio de observación. Consulta el reloj. Las once menos cinco. Siguen llegando viajeros, unos a pie, otros en máquinas particulares. El abejeo es ahora intensísimo en la estación: la gente va de un lado a otro, unos muy inquietos y ruidosos, comentando y esparciendo las noticias más contradictorias; otros mustios, cariacontecidos, no quitan los ojos de las ventanas del despacho, inmutables en

su significativa clausura; cruzan y entrecruzan el salón con inquietantes metálicos tintineos algunos grupos de soldados; los policías en parejas cuchichean seriotes; por allá por unos bancos lejanos, la gente de talaje obrero, recelosa, hace comentarios breves, que se adivinan en el ligero entreabrir de labios y en los guiños expresivos y sospechosos. En el ambiente se respira una cargazón de miedo, rencores, amenazas y trágicos presentimientos.

Algo sacude a *Cuco,* haciéndole ponerse de pie. ¿Será posible?

De una máquina esmaltada de blanco, grande y suntuosa, ha descendido y avanza por el pasillo un hombre regordete, ventrudo, colorado, vestido de blanco, que se parece; a medida que se acerca, se parece más; es indudablemente...

—¡Ricardo!

Y al lanzar la exclamación, *Cuco* se pone de pie y se descarga fuerte y decididamente con los brazos abiertos, sobre el que llega; quien, como es presumible, llévase un susto de marca mayor, por lo inesperado del lance y lo peligroso de la hora y la ocasión. Mas, pronto recuerda la voz de su cuñado y comprueba con la vista que no se equivoca, felizmente, y entonces deja escapar, muy descansado, como en un respiro.

—¡Ah, chico! Si eres tú. ¡Qué barbaridad!

Y luego, más repuesto, prosigue con creciente efusión:

—¡Qué sorpresa más agradable! Pero, ¿cuándo has llegado? ¿Qué haces aquí? ¿A dónde vas?

—Pues, estoy llegando, como dicen los mejicanos del Sur. Ahí adelante acaba de descargarme el vapor de Cayo Hueso, y aquí estaba esperando el tren de las once, o que se llama de las once, para irme directamente a Matanzas.

—Pues yo tengo reservado un salón de *Pullman.* Iremos en él si sale el tren; si no sale, pues ahí está la máquina. La pedí por telégrafo a Matanzas, y

nos iremos por la carretera. Ven; vamos a enterarnos.

Cuco va a seguir a Ricardo, olvidándose de la maleta; pero el último le llama la atención:

—No vayas a dejar la maleta ahí; que te la escamotean en un abrir y cerrar de ojos.

Ricardo hace ademán de tomar la maleta, mas *Cuco* se anticipa. Y zigzagueando por entre el bullicioso colmenar humano, se van los dos, camino del despacho de boletos de los coches-dormitorios. Avanzan dialogando:

—Pero, Ricardo, ¡qué grueso estás!

—Demasiado (dobla por aquí).

—¿Y Benigna?

—Allá. Bien.

—¿Y las muchachas?

—Bien. Bien.

—¿Sólo las dos, Adolfina y Carlota? ¿No ha crecido la familia?

—Bien. Bien, digo, sí; sólo las dos.

Llegados al despacho, se detienen. Un empleado que conoce a Calderería, se pone de pie, y congraciador se anticipa a informarle:

—No hay nada de aquello, don Ricardo. Ahora se le va a decir a la gente, que no salen trenes hasta nuevo aviso.

—Bueno; pues se acabó. Nos vamos en la máquina—dice el aludido, vuelto de cara a su acompañante.

Y dirigiéndose al empleado:

—¡Gracias!

De nuevo serpenteando por entre el agitado y bullicioso enjambre que puebla la estación, los dos cuñados se dirigen al automóvil. El chófer, al verlos aproximarse, presuroso desciende de sus cojines y atento se apodera de la maleta de *Cuco*. Este, al entrar en la máquina, advierte que hay entre los asientos delanteros un cubo con algunas botellas cubiertas por enormes trozos de hielo. Pregunta, y Ricardo le dice que es agua mineral, helada, como imprescin-

dible preparativo para el camino. ¡Vamos con los preparativos y el camino! Total, noventa kilómetros. Sí—le dicen—, pero el camino está como todo lo demás, y es imposible hacerlo en menos de seis horas. A seguida don Ricardo ordena:

—¡Vamos! ¡A Matanzas!

Y dirigiéndose a su acompañante, desahoga por primera vez ante éste el mal humor que le domina por el contratiempo de la huelga:

—¡Es insoportable, chico! Huelga todos los días. Está uno a merced de tres o cuatro alborotadores; gente que no es del país y que, con lo novelero que es el pueblo cubano, nos tiene jorobados. Perjudicándose el país; perjudicándonos todos: los buenos, los egoístas, ¡ellos mismos! sin un motivo verdadero para esas barbaridades. Porque, ¡qué demonios! Aquí no estamos en Rusia; aquí no hay clases. Este es un país rico, de ambiente americano y el que trabaja, y no es un perdido, y ahorra algo, llega a tener dinero.

Por las calles limpias de vehículos a causa del paro, la potente máquina de Calderería corre veloz, confiada, despidiendo hirientes reflejos de metales y barnices, dejando en su camino una larga nube de humo apestoso y en los grupos mal trajeados que pueblan las esquinas un sordo rumor de amargos y rencorosos comentarios.

A las cálidas protestas de Calderería, *Cuco* aventura algunos comentarios:

—Pero, por lo que voy viendo al pasar, todavía no han desaparecido los "solares"...

—¡Qué van a desaparecer! Son tan haraganes, que prefieren morirse de hambre antes que doblar el lomo. En el campo nos hacen falta brazos; pues nos cansamos de poner anuncios, de ofrecer jornales altos, y nada. ¡Viciosos! ¡Vagos y jugadores todos ellos!

—Y están mal vestidos casi todos. Peor que antes. A la verdad: cuanto cubano me he encontrado por ahí, me ha puesto por las nubes los adelantos de

Cuba. Todos están a una en el decir que nos hemos "americanizado" notablemente; pero veo que la afirmación no es muy cierta en cuanto al vestir. Esa gente que voy viendo en nada se parece a la que se encuentra uno en los tranvías, en las estaciones, en los almacenes, a lo largo de las calles en los Estados Unidos: saco de un color, pantalón de otro, cuando no va la camisa al aire; pajillas tostados, descoloridos; chiquillos descalzos; predominan los remiendos, las chancletas, las alpargatas...

Ricardo interrumpe machacón:

—Es que no hacen nada más que jugar, hombre. ¿No te lo estoy diciendo?—y contándose con el índice de la mano derecha los dedos de la izquierda bien abierta, va enumerando: Lotería, *Jai Alai*, terminales, rifas de esto, de lo otro. ¡Oh! No eres capaz de imaginarte.

Su interlocutor, que sonríe ante el acriollado accionar, que le hace gracia después de tan larga ausencia del país, reposadamente insinúa:

—Pero todos no jugarán.

—¿Que no?

—Hombre... yo no sé nada. Digo lo que me parece razonable. Creo que algunos de ellos...

—Sí; algunos. Por supuesto. Pero cada día son menos. ¿No ves que con el socialismo van a resolver el problema? Les ha entrado la chifladura. Es sencillísimo: el reparto social, y todos los holgazanes, de la noche a la mañana, se apoderan de lo que nosotros hemos ganado con nuestro trabajo; economizando, rompiéndonos la cabeza para abrirnos paso en la vida...

Responde *Cuco* que en las cuestiones obreras, hoy, es imprescindible la calma; fuertes dosis de calma, y discrepa el hacendado. En tanto que la máquina ya cerca de las afueras de la ciudad, deshace algunos grupos, de los cuales parten retadores silbidos y gritos de "¡Rompehuelga!" al pálido chófer, Calderería opina que es preciso ser enérgicos; violentos en algunos casos. Esa gente obrera tiene que darse

cuenta de que no es posible tener dinero si no se trabaja y se ahorra. Todo ese revolucionarismo tropical no es más que listeza de unos cuantos zánganos extranjeros y novelerías de algunos cubanos. Esto no es Rusia, ni España. Aquí no hay puertas cerradas para nadie, y el que mete el cuerpo, con ganas, tarde o temprano se hace un porvenir. A cuántos no podría él citar, que hoy son colonos, comerciantes, propietarios, y hace tres o cuatro años no tenían una peseta. En la misma política: Fulano que era tabaquero y Zutano que era tipógrafo ¿no están hoy en el Congreso?

A *Cuco* se le quieren escapar nuevas objeciones. No todos los capitales, ni siquiera una mayoría, se deben al trabajo y al ahorro. Y aunque así fuese, no todos pueden ser ricos, como no es posible que todos los políticos lleguen a la meta en su carrera. De modo que el problema que plantean, imperativamente, con la fuerza del número, los obreros, no es que todos seamos rentistas o diputados, sino que todos los hombres tengamos derecho a una vida civilizada, objetivo éste que no se puede alcanzar sólo con el trabajo asalariado y la práctica del ahorro en una sociedad de mentiras y privilegios como la actual. Pero esto, que es axiomático, sería muy fuerte para contradecir a quien está de tal manera sulfurado, y *Cuco* desea tranquilidad, hállase embargado por un imperioso anhelo de saber cuanto antes algo de la hermana, de las sobrinas, de las cosas de Matanzas, de todo lo más importante sucedido en sus diez y siete años de ausencia. ¿Existe *Contreras 268?* ¿Cómo ha vivido esa gente todo ese tiempo? ¿Es allí a donde han de llegar en la máquina dentro de tres o cuatro horas? ¿Qué tendrán que contarle? ¿Cómo le recibirán? ¿Por qué Ricardo no le demuestra deseos de saber de su vida, de contarle la de él y los suyos? ¿Por qué no le ha recibido con las exclamaciones clásicas: "¡Qué sorpresa!", "¡Qué contenta Benigna!" y otras?

Espera, a ver si la importuna obrerofobia de Ri-

cardo empieza a calmarse; máxime ahora, que ya se deslizan ligeros por entre los casales y arboledas de los aledaños, en el bochornoso calor del mediodía, azotados de cara por las ráfagas, tibias como bocanadas de horno, que levanta el auto y aplanándose con el fuerte zumbido de las cuatro ruedas, cortadoras del paisaje, al ganar veloces la blanca franja de la carretera, que el sol a plomo calcina libremente.

No obstante el estado de ánimo de *Cuco*, y aunque el paisaje es todavía sucio, deshecho, urbanizado por la proximidad de la capital y en todo él quema y ofusca el incendio de la hora meridiana, el renegado, el cosmopolita lo bebe a plena alma, en conmovida salutación a los bellos campos de la patria.

Se prolonga a la derecha, junto a la carretera, una fila de postes de hierro con cables conductores de electricidad. Corren en sentido contrario al que lleva la máquina algunos camiones, envueltos en lonas grises, que saltan pesadamente entre el estrepitoso detonar de los motores. En una carretera que cruza la de Matanzas, se ha detenido para un momentáneo respiro, a la sombra de un gajoso tamarindo, una "guagua" polvorienta a la que están uncidos dos viejos mulos todo orejas y pellejo. Brotan de las chimeneas, esparcidas aquí y allá, trombas de humo, negro y espeso, y de las naves de cemento con plomizo techado de zinc salen rectos chorros de vapor. Pasan los *chalets* rodeados de frutales unos, de nuevo y recortadito césped otros. Crece la irrupción del verde campesino: siembras, árboles, palmares; verde de todos los matices, salpicado por las notas blancas de las casitas encaladas y los prietos manchones de algunos bohíos. Rasga el silencio de la hora y el lugar el silbido de un tren, no huelguista aún, que por una vía cercana se adentra en la ciudad. Un *Ford*, que corre saltarín, temerario, aeroplanesco, en la misma dirección que la máquina, la alcanza, le pasa por la izquierda y se le adelanta, dejando un sucio, apestoso reguero de polvo y humo. Este *Ford*

bárbaro, hace que *Cuco* despierte, rompiendo el naciente mutismo de Ricardo, con esta observación:

—Pues no está muy mala la carretera. Mira como va ese animal.

Contesta Ricardo, encarrilándose prontamente en el mal genio de antes. Esto es por aquí. No tardarán mucho en tener que ir a paso de carreta. ¡Y con el dinero que se ha gastado y se gasta en carreteras en este país! Pero, ahora que se ha terminado la guerra, veremos si alguien que él sabe bien quién es, nos arregla o acaba con nosotros. ¡Y con razón, qué caracoles!

Ya *Cuco* se va enfadando y haciendo visible, en el gesto, su enfado. ¡Caray con el hombre! ¡Pues no parece que tiene empeño en pasarse todo el viaje con aquel refunfuñar desconsiderado, importunísimo! Tanto se enseria, que Ricardo corta su catilinaria de repente, como si hasta ahora no se hubiera hecho cargo, y esforzándose por sonreir afablemente, dice:

—Por supuesto. Te vengo dando una lata que no encaja, y tú ¡más serio!... ¿qué te parece? ¡Vamos! Di algo.

—Que algo me ocultas e intencionalmente evades hablarme de la familia, de ti, de mí; que nuestro encuentro por algo te enoja en esta forma, a la verdad que bastante intempestiva, o que por lo menos el Ricardo jovial, simpático, ecuánime, el camarada amenísimo que me había dejado aquí y que tan ansiosamente deseaba recuperar, se me ha contagiado con el mal del siglo, por lo que me encuentro con un neurasténico a quien únicamente reconozco por las líneas del rostro.

—¡Y creerás tú que no tengo motivos para estar neurasténico!

—Puede ser. Pero, como yo los ignoro... ¿Qué te sucede? ¿Lo de la huelga, porque te hace dar este viaje molesto, o porque te perjudica directamente? ¿Ha pasado algo grave en casa? ¿Me espera alguna desagradable sorpresa? ¿O qué?

Y como don Ricardo se queda diciendo: "No,

chico". "Nada grave". "Cosas de la vida, que no deben impresionarte tanto, con todo lo impresionable que eres", *Cuco* acaba de escamarse, y temeroso de algún peligro imprevisto, de váyase a ver qué mal insospechable, o de hallarse inocentemente en una situación falsa, ridícula o importuna, abandona por completo lo que le resta de calma, y fijos los ojos, duros y penetrantes, en los del cuñado, le dice:

—Déjate de evasivas. Comprende que es preciso que me hables claro. ¿Qué ha pasado? ¿Tienes motivos para lamentar mi vuelta a Cuba? ¿Te es mortificante, o por lo menos embarazosa mi presencia aquí, en este momento, por algo malo ocurrido en la familia, o por alguna cosa relacionada con mi persona? Sé franco.

—No, chico. A ti siempre te aprecio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que para ti siempre soy el mismo.

—Bien. Pero, ¿qué quieres decir con eso? ¿Por qué sólo conmigo eres el mismo? Ahórrame cualquier sorpresa desagradable que me aguarde en Matanzas. Tú me conoces de sobra. No he cambiado. Al contrario, ahora soy más el hombre templado para todo y con todo consecuente. Habla.

Advierten ambos que el chófer tuerce un tanto el pescuezo, como pescando en el diálogo, y don Ricardo, señalándole con el índice y llevándoselo en seguida al oído, indicando así a *Cuco* que es preciso tomar precauciones, contesta.

—Sí. Te diré. Pero... hay un calor horrible, ¿verdad? Y entra mucho polvo por ahí por el hueco del cristal delantero.

Y dirigiéndose al chófer:

—Mire, Valdés. Pare ahí, debajo de ese árbol, para tomarnos un poco de agua, y luego, antes de arrancar, cierre esos cristales.

Cuco se somete. Por lo del chófer, más que por el calor y el polvo. Y eso que de veras la atmósfera se ha tornado asfixiante, con una gran turbonada. El sol, que brilla en un girón azul entre dos nubes gri-

ses, enormes, ventrudas, lanza un abrasante resplandor de fragua sobre los campos amodorrados. Vuelan muy altas y en bandadas las tiñosas y se levantan remolinos hojosos y polvorientos a lo largo de la carretera. Arden los cueros y metales chispeantes del auto, y los tres hombres tienen resecos los labios y la ropa interior adherida al cuerpo, por un sudor ardiente y pegajoso.

Así, el agua mineral helada es un regalo incomparable que los viajeros tragan, ansiosa, abundantemente, a gollete limpio y en "democrático" corro, a la sombra combinada del auto y el árbol. También democrática, criollamente, Valdés reparte unos cigarrillos y hace circular su caja de fósforos. Mientras don Ricardo lentamente fuma su cigarrillo y sorbe porciones de agua helada, intercalando breves frases vulgares acerca del calor, la turbonada, la conveniencia de demorar un poco el viaje, para ver si desaparece la amenaza de lluvia que hay camino adelante, *Cuco* advierte en la mirada del cuñado esa vidriosa vaguedad que denuncia un fuerte y hondo diálogo mental.

Es el diálogo mental que desde la mañana trastorna a Ricardo, intensificado media hora antes por la en este día inesperada y enojosa complicación que constituye el arribo de su cuñado. Su viaje a La Habana ha obedecido a una cita del Secretario de Gobernación, deseoso de procurarle un arreglo a la huelga de *Dos Ríos*, que es de suma gravedad en estos momentos en que surge un gran paro ferroviario y se habla de una probable huelga general de ingenios. Sumado a esto el disgusto por la terrible situación que ha dejado en el ingenio: veinte días de paralización casi completa; Benigna siempre grave, con Ortiz a la cabecera, el constante y estenuador cuidado de las hijas y la tremenda inquietud por el temor de que se entere de la huelga; Adolfina obstinada en no romper con el novio imposible, y seguramente en plena comunicación escrita con él; la alarma, con quejas, lágrimas y nerviosismos de Clara.

Después la huelga de ferrocarriles, que le ha venido encima con mayor rapidez de lo que se esperaba, y que le hace regresar a Matanzas en automóvil, por la pésima carretera, a la hora desesperante del mediodía y ¡ahora, con *Cuco!* Ya, si llega temprano, no podrá pasar la noche en la ciudad, como pensaba, para irse al ingenio; sino que se verá precisado a llevar a *Cuco* allá. Y ahora, con *Cuco!* Es decir, el encargo desagradable de ir descubriéndole, con rodeos y con lentitud, el estado de Benigna. Lo sucedido con Adolfina y la situación del ingenio, seguramente que, dado el modo de ver las cosas del cuñado traerá divergencias de criterio, pesadas, enojosas, entre uno y otro. Y luego, lo más grave: ¿cómo recibirá *Cuco* la que inevitablemente ha de ser desagradable impresión, de saber que Benigna y él viven en un completo, definitivo, desastroso divorcio moral y material? ¿Que el automóvil puede ir a parar a cualquiera de las dos casas que tiene el dueño en Matanzas? A la verdad que el encuentro había sido una sacudida violenta. Rápida, instantánea tuvo la noción exacta de lo que tal encuentro suponía. *Cuco*. por su movediza bohemia, ignoraba la dolorosa novela, el derrumbe moral, ilevantable, vivido por su gente en aquellos diez y siete años que anduvo él de andariego cosmopolita. ¿Podría él, Ricardo, evadir durante el viaje toda explicación a quien era de suponer—y ya acababa de demostrarlo—que llegaba ávido de noticias, de saberlo todo desde el primer momento? Y de poderlo evadir, ¿no sería grave el resultado, por la deslealtad y la falta de valor moral que ello implicaba, cuando el otro obligadamente se enterase al llegar a Matanzas? Entre lo hablado en La Habana, luego mientras *Cuco* gozaba el paisaje añorado en la enorme ausencia y ahora allí, entre sorbos de agua, chupadas de cigarro e insinceros lugares comunes, ha comprendido la inutilidad e inconveniencia de callar, si es que esto pudiera ser posible. Después de todo, *Cuco* era, más que otra cosa, su fraternal amigo y compañero de la infancia.

Él habíale ayudado con su dinero para salir de Matanzas. Además, nadie mejor que *Cuco* sabe cómo era su hermana, y nadie como él conoce estos grandes problemas humanos, que generalmente son de una irremediable fatalidad. ¿Que es preciso tener en cuenta que es el hermano de Benigna, y que ahora, con el ansia de verla, su cariño hacia ella será multiplicamente más fuerte? Bien. Pero siempre es de no olvidarse, asimismo, su experiencia, sus estudios, su inteligencia y, sobre todo, su espíritu sano, honrado, quijotescamente refractario a todo lo injusto y torcido. Sí ¡Qué caramba! Ya ha tomado un camino recto, el único seguro y despejado. Se confesará con *Cuco,* decidida y abiertamente. Quizá si, a pesar de todo, su llegada es providencial; un suceso portador de esperanzas y probabilidades felices. Listo. Sin rubores ni cobardías de ninguna especie.

Tira el cigarrillo, y:

—¿Vamos?—pregunta.

—¡Vamos!—responde el impaciente.

Y arranca la máquina, de frente al viento, que huele a tierra mojada y que trae, del rumbo de Jaruco, un amenazador nubarrón plomizo. Es un tramo de la carretera donde el lodo tiene baches y carriles endurecidos, y el vehículo avanza trabajosa, lentamente, con saltos y tirones, como si fuese un viejo y destartalado carricoche.

Ricardo empieza por lo de la salud de Benigna:

—La familia está en el ingenio. Benigna anda medio mala y ha ido a pasarse unos días al campo.

—¿Medio mala nada más? ¿Y entonces, por qué al campo?

—Hombre, pues... por eso mismo. Si estuviera muy enferma, con seguridad que no habría podido ir.

—Ricardo—dice *Cuco* escudriñando lo que hay detrás de los ojos del cuñado—dime la verdad. Como debes suponer, conozco el sistema de ir dando las malas noticias por grados, y te digo que prefiero el

contrario. Si Benigna está enferma de gravedad, o si ha ocurrido algo peor, dímelo.

Como, sin embargo, Ricardo prefiere el sistema de los grados, tranquiliza a su interlocutor, diciéndole que se trata de algo del corazón, pero muy ligero, seguramente transitorio, y pasa inmediatamente a lo más vidrioso y resbaladizo de la confesión: el capítulo del divorcio de Benigna y él, seguido de lo de las dos casas; capítulo que *Cuco* oye, sin quitar los ojos de los del que habla, a quien sólo interrumpe para aclarar alguna reticencia o evitar el soslayo de cualquier dato interesante.

Porque son muy violentos los tumbos y sacudidas del auto en aquel mal pedazo de camino, y por los tanteos y eufemismos para calmar y predisponer favorablemente a su interlocutor, la conversación de Ricardo es al principio fría, lenta, insincera, plena de frases breves, deslucida por los más comunes estribillos cansadísimos: "¿Me comprendes?" "¿No te parece?"... Pero, a medida que va comprobando que no se equivoca al contar con el criterio consecuente de *Cuco;* a medida que comprende que éste, inmejorable conocedor del carácter de su hermana, lo ha presupuesto todo sin inmutarse grandemente, cobra serenidad, sale de los rodeos de la tembladera, para pisar en firme, decidido y apasionado. Es entonces un alegato formidable en defensa propia, y es como una necesidad de desahogarse con un alma hermana, benévola por lo inteligente y por lo inteligente capaz del bien inmenso, inapreciable, de comprender. Por ello tiene una hora de emoción, de sinceridad, después de muchos años de conllevar la hipocresía del panúrgico hato en su vieja ciudad moralísima. Por ello vuelve a ser el conversador ágil, nervioso y elocuente de pretéritos tiempos mejores: la frase es cruda, gráfica, criollísima; la mirada, ya no ovejuna, sino expresiva y brillante, subraya, aviva, enfatiza el concepto; en el rollizo cuello y debajo de la fina piel de las mejillas corre, dando sensación de fuerza, la sangre excitada y pletórica, y se impo-

nen los tribunicios ademanes, persuasivos, dominadores, en el gesto y en el accionar vehementísimo. Es otra vez Ricardo; el franco, el atrayente, el simpático Ricardo Calderería, reaccionado por un optimismo prestigioso, por una súbita, bienhechora esperanza nacida de algo que no pasa de ser una corazonada; algo impreciso, indefinible, que cree llegado a él, salvadoramente, con la llegada de *Cuco*.

—Tú, chico; aunque ello te toca bien de cerca, eres el único capacitado, por tu profunda, intorcible tendencia a lo que es justo y es verdadero, para comprender la fatalidad de lo ocurrido; el único que puede presumir y aquilatar antecedentes y derivados y explicártelo todo. Para ello basta con que hagas por olvidarte un momento de que eres hermano de Benigna, que te coloques en un plano alto, de extensa perspectiva, y abarques el conjunto con mirada serena e imparcial. Ten presente su situación actual, estudia las figuras, no olvides las fuerzas que se mueven entre bastidores: el personaje delantero, eje de la terrible trama soy yo. Moralmente divorciado de Benigna, a quien mantienen en incontrastable rebeldía elementos sectarios, egoístas y perturbadores; destruídas todas las ilusiones que me llevaron al matrimonio y que me lo hicieron adorable en sus primeros meses; viviendo en otra casa—¡en otra casa, y en una ciudad provinciana!—con una querida, a quien no puedo negarte que amo tanto como quise a tu hermana recién casada; esa querida es madre de un hijo fuerte, bonito, inteligente, como hijo engendrado entre besos de pasión y de juventud, y al que adoro, entrañablemente, tanto como a mis hijas, que también son sangre de mi sangre, amores hondísimos de mi alma, fruto asimismo de juventud y de pasión. Por un lado ese hijo tan hijo mío como los otros, es ilegítimo; su madre, para mí pura y santa como la que más, no tiene nombre ni condición lícita ante el mundo. Mis hijas no hallan en mí un padre, como debiéralo ser, en derechos y deberes, capaz de dar calor, orientaciones y enseñanzas, sino

como te he dicho, una especie de mayordomo, que da para vestir, comer y demás exigencias materiales, en tanto que ellas, por su edad, que les da personalidad social propia, sufren los rigores de una desgraciada situación de la cual no son ni remotamente responsables. Luego, *Cuco,* tú, que eres único, que únicamente siendo tú puedes oir esto en una hora como ésta para ti y que únicamente porque eres tú puedo hablarte de este modo, agrega, complica todo eso con algo mucho más grave, y que no debió presentarse nunca si la educación de las pobres muchachas *(la voz de Don Ricardo se nubla conmovedoramente)* hubiera sido otra. Algo que sólo podrá evitarse después de destrozar el corazón de mi hija Adolfina, de lo cual voy a hablarte en seguida. Perdóname. En cuanto me reponga un poco.

Adelanta el cuerpo, para coger una botella mediada de agua, del cubo consabido, y para evitar que *Cuco* le vea una humedad de lágrimas que le empaña los ojos.

Vino entonces lo de la huelga del ingenio, y dado su estado de ánimo, neurasténicamente recargó de sombras el cuadro. Después entró en lo del paro general; y se exaltó aun más. ¡El paro! mejor: ¡Los paros! ¡Los obreros! ¡El maldito socialismo! Era una cuestión cargante, perturbadora, que en su pasmosa virtud expansiva, no sólo estaba perjudicando sus intereses, desastrosamente, sino que había venido a crearle, junto con la estúpida educación del encierro, y la falta de trato con jóvenes, y el desconocimiento de la vida, más allá de las paredes de la casa, habíale creado un nuevo y pavoroso conflicto de orden moral. Un conflicto en que estaba enredada Adolfina, su gran amor de la vida; la suprema consideración de él; la que dábale alientos para luchar aún, entre tantos dolores y desesperaciones. Su hija estaba enamorada de un obrero, de un novio absurdo, imposible, y enamorada con la vehemencia que le venía en línea recta de padre y madre; más encaprichada aún después de las negativas y repren-

siones de él, después de todo carente de mucha autoridad moral, a causa del mismo desarreglo de su propia vida. Festinadamente hizo la historia, que terminó con un odioso párrafo contra el socialistero, que no sabríase si loco de un amor absurdo por la muchacha, o imantado por el oro del padre, o quizá si por puro pique sectario, no admitía para desistir de sus propósitos, ni diferencias de clase, ni diferencias económicas, ni razones conminatorias. Y en eso sí que el simpático, el bueno, el inteligente Ricardo, no transigía. Lo recalcaba ante ciertas preguntas intencionadas de *Cuco*. Cerrábase obstinado y recalcitrante a la sola enunciación de una probabilidad. ¿Su hija, rica, bonita, inteligente, con diez y siete años y un mundo para reinar, debido a los millones del padre, por delante? ¡Todavía no, señores obreros!

—De ahí, por todo esto, pero más por lo último, mi malacrianza del primer momento, mi antisocialismo rabioso cuando nos encontramos en La Habana. Comprendo que en el corazón no se manda. No soy un ignorante; pero, qué caray, no puedo hacer otra cosa.

Una pausa, para tomar aliento, y:

—Y hay que ver cómo está de enamorada: ciega, locamente, con un enamoramiento que la hace ser taimada, ingeniosa, agresiva. Sí. Agresiva: porque se me encara, y se defiende, y me acusa...

Un salto brusco del auto, interrumpe a Don Ricardo, quien entre otros saltos, apenas si puede explicar cómo lo del noviazgo de Adolfina es la causa de lo que ocurre en el ingenio. Después calla un momento; el momento en que el chófer, viéndose frente a un llano y recto pedazo de carretera, aumenta la marcha. La suavidad de ésta, el despejo del cielo después del viento haberse llevado la lluvia por otros rumbos, el límpido verdioro de los campos cuajado de palmas, la caricia del aire, que ha refrescado sensiblemente, hacen que Don Ricardo tenga un ligero y favorable cambio de humor y que agregue, tragan-

do su ya escasa y amarga saliva, en tono mucho menos adolorido:

—Ahí lo tienes, señor tío, hermano y cuñado. A ver qué haces. Deslinda responsabilidades; busca puntales para atajar el desplome; opina, conjetura, discute. Dime si eres el hombre con soluciones, si siquiera puedes prever el desenlace de una urdimbre tan enredada y desastrosa.

El tío, hermano y cuñado, que ha oído atento, silencioso, sopesando y midiendo cada palabra, cada gesto, cada intención; que no se ha inmutado con los golpes y cabeceos del auto, ni se ha distraído con el hermoso paisaje que, en sorprendentes cambios, corre a los dos lados del camino, mientras Ricardo ha hablado larga, infatigablemente, contándole, entre cálidos comentarios y negros augurios, la tremenda historia; el que todo lo ha oído, si con tristeza, también sin sorprenderse, porque todo es para él comprensible y explicable, dice:

—No puedo conjeturar, ni discutir, ni aventurar nada, como quieres. Todo eso es muy desagradable, muy duro, y me coge de improviso, cuando precisamente venía yo creyendo todo lo contrario. Bien es verdad que hace tanto tiempo que no sabía de ustedes... ¡Y figúrate: encontrarme ahora con tantas cosas!

—Bueno; pero creo que te he dicho bastante, para que me contestes algo; para que me digas tu impresión. ¿Qué te parece?

—Pues ¿qué me ha de parecer? Horrible. Ahora que... necesito reponerme y más que nada, ver qué dicen en Matanzas; qué me cuenta la propia Benigna. Ya comprenderás que tengo que oirla, para hacer juicios.

—No. No lo comprendo, y excúsame si te lo digo. Tú recordarás que yo era muy franco. Pues sigo siendo lo mismo.

—Bien. A ver. ¿Cómo y por qué no tengo que oirla?

—Dos razones. Primera, que tú sabes de sobra

que en Benigna había los elementos propicios para una *debacle* moral como ésta que nos ha aplastado a todos. Segundo, que yo no he podido mentir al decirte los motivos de lo sucedido: tengo el valor de sostener y hacerme responsable de toda mi parte en el asunto, y además, si así no fuese, nada sería más tonto que pretender engañarte, viéndote en camino de Matanzas.

Y, a renglón seguido, conteniendo la respuesta de *Cuco*, con el ademán de la mano abierta, vertical, que se traduce por "Espérate":

—Y oye a Benigna. Oyela. Lo que ella te diga, la forma que emplee para decírtelo, las razones que te dé en explicación de su conducta, todo eso te será más elocuente y más persuasivo que cuanto te he dicho hasta ahora y te pueda decir después. Tengo la seguridad. ¡No digo yo! Puede ser que en este o en el otro detalle secundario yo haya precipitado los acontecimientos; quizá; no soy un ángel; tengo mi amor propio, como cada hijo de vecino. Pero en lo fundamental, en lo insoportable, en lo insobrellevable aun por el más santo de los santos; en eso ya verás en cuanto ella misma te cuente. Tengo absoluta seguridad, te lo repito, en sus mismas palabras y en el talento tuyo.

—Pero, chico; la cuestión es que hablas de responsabilidades probables en los detalles, de tu parte, y de amor propio, y de hombres santos... ¿No tengo derecho a querer oir a Benigna también? Yo soy un hombre razonable, Ricardo. Me estoy presumiendo que tienes mucha razón en muchísimas cosas; que seguramente no es por maldad, que culpes tan rabiosamente a mi hermana; y me explico hasta que la odies...

—¡Eh, eh! Detente. Yo no la odio. No creo que es, en el fondo, culpable de todo, ni mucho menos. Ella hace el mal, tomándolo por bien, sofisticada como está, por la maldita educación que le dieron.

—Bien. Sé que eres una persona sensata; que has leído, que tienes experiencia y que por lo mismo no

puedes juzgar superficialmente. Pero sé, al mismo tiempo, que eres hombre de acción, enérgico, susceptible de entusiasmarte con lo bueno y endemoniarte con lo malo, hasta hacer las cosas no del todo bien, por lo festinadas y vehementes. Digo: si no has cambiado, (cosa que no es de creer, dada tu actitud nerviosa, muy violenta desde que nos encontramos). Y puede ser que tú—maltratado por la fatalidad—no puedas aquí juzgar con acierto, serenamente, y que sin medir bien lo excepcional, lo decisivo, lo aplastante de cuanto se te venía encima, en un principio fueras impaciente, sintieras las banderillas del amor propio y la rebeldía de tu no santidad, que has dicho, y...

—No. No. Vas mal; no continúes. Quise hacer mucho, muchísimo, todo lo humanamente hacedero, y no pude hacer nada, nada, nada.

—¿Tan rotundamente?

—¡Redondísimamente! Aquello de cambiarla, de ponerla a mi, a nuestro nivel, que tuve yo como un gran ideal, como el más noble empeño de toda mi vida; aquello que también te llegó a entusiasmar, fué llanamente infantil, del género tonto. ¡Fuimos, Don *Cuco,* un par de grandísimos bobos, al creer en la probabilidad, en la posibilidad siquiera, de semejante transformación!

Y Ricardo, ahora, para persuadir a *Cuco,* y para reafirmarse, pensando en alta voz, de que él tiene poco de que culparse en el horrible desastre, repasa con más amplitud, con prolijos detalles el primer capítulo, el más trascendental de la cruel historia.

¿Se acuerda, *Cuco,* bien, del amor que su hermana demostraba sentir por su marido, cuando aquél abandonó el país? Pues seis meses después, tan sólo medio año después, la decoración había cambiado por completo, de un modo radical y definitivo a manos de Zorrínez. ¡Ah! Bien merecía ser jesuíta por su celo incansable y su vaselinosa untuosidad para el proselitismo entre la gente linajuda y adinerada.

—Por eso va viento en popa. Ya lo tenemos de

primera figura en San Carlos, y de primer enredador de familias en la ciudad.

Cuando advirtieron que alarmantemente disminuían las visitas de ella a la iglesia, que ni de casualidad la llevaba él nunca, siquiera fuese hasta la puerta de aquélla; cuando se dieron cuenta de que podía perderse un alma tan útil, tan de selección, tan valiosa, se decidieron a entrar en escena, utilizando sus medios más hábiles para remover las fuerzas de reacción, latentes en el alma de Benigna. Hoy una misa, mañana un sermón sonado, otro día unas vísperas aparatosas. Visitas de las primas y a casa de las primas; fiestas a las cuales le llevaban por medio de un hábil engaño, para comprometerle luego a concurrir a un acto piadoso cualquiera. Se puso en guardia. Ya había empezado él con sus lecturas en alta voz. Las redobló con mayor ahinco. Llevó a su mujer a La Habana, para aprovechar una larga temporada de teatro, con repertorio de personas "decentes". Cuando ella insistía mucho en ello, se resignaba a acompañarla a una velada del género soso, o a una perorata con diablos, milagros, infiernos y paraísos, mientras por otra parte maquinaba para buscar medios eficaces de defensa. Pensó en un viaje. Esto alarmó a la beatería militante, dirigida por el Padre Zorrínez. En sus espíritus sectarios, no cabía otra idea, sino la de que él se inclinaba al protestantismo. No concebían la indiferencia, la libertad espiritual de un hombre de la posición y el talento de él. ¿El protestantismo estaba entonces de moda? (Novelería de nuestra gente criolla y nada más.) Pues, resuelto, él era protestante, aunque no se le viera nunca entre los competidores de los curas católicos, rumiando biblias y resistiendo cloroformantes sermones bilingües. ¿Un viaje? ¡Me dijiste! Era la pérdida irremediable del alma de tan buena católica, y la pérdida para la iglesia de tan rico señuelo aristocrático. No. Ella no quería viajar. Le tenía horror al agua, y sobre

todo a vivir entre gente renegada, enemigos de la verdadera religión...

—¿A ese extremo?—le cortó alarmado, incrédulo, el otro.

—A ese extremo, que te parecerá inverosímil en nuestro medio, ¿verdad?

—Ciertamente. Eso parece el argumento de una novela de tesis, escrita en Madrid, en París, en Roma; vaya, hasta en Lima, o Quito, o Bogotá. Pero ¿aquí? ¿La santidad de mi hermana, en tal grado de locura?

—¡Oh, sí! Ya verás; ya verás. Aún quedan ejemplares y más, muchísimo más, de lo que tú supones, para que la novela pueda ser real, verídicamente matancera, como puede ser camagüeyana, espirituana o habanera. Sí, señor, habanera. Aquí la clase media y la clase pobre no es religiosa, pero entre la gente de dinero, créeme que los curas no se duermen y que encuentran el terreno bien abonado por la orgullosa imbecilidad de la gente aquí mal y estúpidamente llamada aristocrática.

—Sigue. ¿Qué hiciste?—interrumpe *Cuco* ansioso.

—No se me ocurría otra cosa que ser prudente, que luchar con mis libros; pero de pronto empecé a notar, tan sobresaltado como en el caso del fallido viaje, que el problema era mucho más serio y amenazador de lo que yo presumía. Benigna le argumentaba a Spencer, a Renán a mis favoritos filósofos y novelistas con ideas sacadas de los sermones anti-radicales y de los artículos de *La Marina*. ¡Los libros! ¡Esos libros venidos de Alemania, de Francia, de tierras de judíos! ¿Por qué yo no iba a misa, que hubiera sido mucho más decente, más meritorio? Por los libros. Ella de buena gana los hubiera cogido para quemarlos, todos de una vez. No los quemaba; pero iba yo notando grandes huecos, hábilmente disimulados en los estantes. Como por arte de magia desaparecían los tomos de Zola, de Galdós, de los autores rusos, y las revistas, y los folletos. Acabó por no dejarme hablar de ellos, y muchísimo menos leer-

los. Quise entrar en razones; no pude; Zorrínez me dominaba ya de una manera ostensible...

—¡Compadre!—salta *Cuco,* impaciente ya con tanta debilidad, que había sido funesta para todos, máxime para su hermana, y salta sin pensar que se trata de ésta, dócil él a su sinceridad mental irrefrenable.—¡Compadre! ¿Y entonces dónde estuvo tu autoridad de marido? Porque, llegadas las cosas a ese extremo, el marido debe imponerse. A ver. Aquí mando yo, y usted cambia, o esto lo terminamos de un modo que yo sé. ¡Y chico! No hay que darle vueltas: la mujer en una situación así, sostenida con energía, al fin cede.

—¡Sí, eh?—contesta Ricardo, cada vez más seguro y decidido al ver que *Cuco,* a medida que se entusiasma con la conversación, más se coloca en el plano imparcial que era de esperarse de la integridad de su carácter.—Pues mira: perdóname que te diga que no necesitaba yo que vinieras a descubrirme el sistema. Lo puse en práctica en cuanto no pude hacer otra cosa. Empecé por los consejos; pasé a las reconvenciones; descendí a las amenazas, y únicamente obtuve unos cuantos altercados caseros que, en alas de la consabida chismografía de los criados, pronto trascendieron a todo Matanzas. Pronto adquirí fama de tirano, y a la verdad que en muy poco tiempo hice buena tal fama. No más sotanas en mi casa. Fuera de mi cuarto y de los lugares visibles los corazones de Jesús y las urnas y altarcitos de vírgenes y santos. Un mayordomo para la casa, con un riguroso presupuesto de gastos, a fin de que no quedara un solo centavo para atenciones piadosas. (¡Ahí te dolería, Padre Zorrínez!). El carruaje nunca estuvo desocupado a la hora de misa y de otros cultos. A las primas las hice salir de estampía con cuatro rugidos estruendosos; suprimí *La Marina;* viví meses enteros en La Habana y en el ingenio; en fin, lo dicho: un tirano desalmado. ¿De todo eso, qué? El resultado de toda intolerancia sistemática; resultado contraproducente: épocas de cotidianas discordias, épocas de total di-

vorcio y épocas de precarias reconciliaciones, sabiamente recomendadas y dirigidas desde el confesonario, por el Padre Zorrínez, arrepentido, alarmado, con el sesgo que tomaban las cosas.

—¿Y?

—Pues lo que ya sabes. Como no podía sostener indefinidamente una situación violenta que me repugnaba lo indecible, y a la que sólo había acudido en un desesperado esfuerzo por evitar la catástrofe; como además era aquél un estado de tensión nerviosa, de rabietas, de dolores de cabeza, que perjudicaba grandemente los intereses y, sobre todo, mi salud vidriosa de congestivo, calcula... me sometí con el plan de marras: me aislé en mis habitaciones, puse mesa aparte...

—Y te buscaste una mujer.

—¿Cómo?

—¡Claro, hombre! Las tres necesidades fundamentales... aparte: mesa, cama y mujer. ¿No?

—No. Si lo que quieres decir es, que fuí egoísta, soberbio y partí por la calle del medio con censurable premura, te equivocas. Mira. Espérate.

Adelanta el cuerpo; da con los nudillos en el cristal delantero para llamar la atención del chófer, y cuando éste se tuerce inquisitivo, le da señal de parada.

Mientras se detiene la máquina, y el chófer levanta el cristal para recibir órdenes, Ricardo dice:

—No, don *Cuco;* no crea usted que me lancé a buscar estúpidamente una mujer cualquiera con quien sustituir a Benigna. No señor: como es natural tuve hembras para satisfacer las exigencias de la carne (o del cerebro, quizá) de un modo pasajero y no muy prodigado. Luego encontré una mujer que me gustó, y hambriento de ternuras, de puro y noble compañerismo de mujer como me hallaba, y considerándome con derecho a la felicidad, echada a puntapiés de mi casa, me entregué por completo a esa nueva pasión...

Cuco discretamente interrumpe a Ricardo con una seña: el chófer espera órdenes y... oye.

Pero Ricardo, por la velocidad adquirida, no puede contener el término de la frase:

—Me entregué con todo el ingenuo apasionamiento de un adolescente que se inicia y... ¡Ahora te diré!

Volviéndose hacia el chófer:

—Valdés: vamos a tomar unas botellitas de agua, y obséquienos con otro cigarro de los suyos.

Y mientras Valdés destapa las botellas, agrega Calderería:

—Después, a ver como vencemos ese mal paso de la entrada de La Mocha, con un poco de velocidad; porque el agua se nos viene encima, y esta vez va de veras; no nos escapamos.

Así lo parece. En el cielo se apelotonan nubarrones de temporal, que ensombrecen la llanura extendida a entrambos lados de la carretera; el calor ha vuelto a ser sofocante, y viene a ráfagas, con intermitencias de una brisa que trae el fresco y el olor de la lluvia, que allá adelante, muy lejos, desciende en tupidas cortinas, enorme fondo gris, donde resaltan vigorosos los dos promontorios del Pan.

Los tres hombres despachan ansiosos sendas botellas de agua. Valdés reparte cigarrillos, proporciona fósforos, y vuelve a su rueda y a sus llaves. La máquina reanuda tumbona, molestísima, el accidentado camino. Y Ricardo, para persuación de *Cuco* y para pensar de nuevo en alta voz, en aquel examen de conciencia con testigo en que se afana por confirmarse como pecador venial, cuenta la parte más escabrosa—dada la posición de su intelocutor—de su grande, de su vivo y palpitante enredo moral.

—Pero si eso parece mentira. ¡Increíble!—salta *Cuco,* bravío, resistido.

—No me sorprende que te parezca imposible: al fin vienes de lejos, después de casi veinte años de ausencia. Le parece imposible a mucha gente que no ha salido de aquí, y que por no vivir entre ciertas familias, ignoran que eso pasa en un buen número de casas cubanas. Pero, déjame seguir, que se nos

viene encima la lluvia y tendremos que meternos por ahí en algún lugar...

—Hombre. Espérate un momento. Se me ocurre: ¿Por qué has seguido viviendo en Matanzas? ¿No habría sido mejor La Habana, desde un principio?

—Otra de las cosas a las cuales se ha resistido siempre Benigna. Para ella en La Habana Satanás anda suelto y sin bozal, haciendo de las suyas sin que se escapen de sus tentaciones los propios jesuítas de Belén. Ya verás. Déjame seguir. Aunque esperemos a pasar esto.

La carretera es calle principal de La Mocha. Vuela por ella el automóvil, echando sobre las dos hileras de casuchas una rojiza nube de polvo. Ilumina la negrura de la turbonada el fogonear de los relámpagos, seguidos de cerca por los estampidos, como descargas de artillería gruesa, de los truenos incesantes; en tanto que da contra los charoles de la máquina un graneado tiroteo de goterones.

Ricardo percute en el cristal. Lo alzo el chófer, y oye esta orden:

—Si arrecia el agua, hay que ver donde nos metemos, hasta que pase; porque parece que aun aquí dentro nos mojaremos.

Y, ahora, mientras él y *Cuco* empiezan a zafar las correas de las cortinas laterales a fin de que no lleva dentro, dice Ricardo, sintetizando, a grandes saltos, mucho de lo que queda, como si tuviera tanta prisa en terminar antes del aguacero, como el chófer de escapar de aquél, velozmente.

Al contar Ricardo, cómo la muchacha de La Habana habíase enamorado de él, *Cuco* sonríe.

—Sonríete—le ataja—. Ya harás mejor juicio en su oportunidad. La traje a Matanzas. A una quinta que adquirí en la Playa. Calcula ¡calcula tú la alharaca de los moralistas! ¡Traer a Matanzas una querida limpia, educada, elegante...

—¡La agencia matrimonial, eh! ¿Te acuerdas?—pregunta *Cuco* tan entusiasmado como si nada le fuese en todo aquello.

—¡Ajá, hombre! ¡La cosa más insólita, más inaudita! No, y eso sí: nunca se había visto ni oído nada igual en la ciudad. Allí sólo se toleraba a la negrita "lavandera", o la muchacha pobre enredada en tapujos y abortivos, por los barrios miserables, o la mulatona con cuenta abierta en la tienda del ingenio, o los asaltos a las criadas en la misma casa, en las propias narices de la mujer, las hijas y las hermanas.

—¡Oh, qué gente!—continúa, ensombreciéndose por momentos, hasta caer en una nueva crisis de aflicción, repentina, inesperada por su interlocutor y por él mismo, como cosa de neurópata declarado—. ¡Oh, qué humanidad! ¡Qué mundo, chico! ¡Cómo he sufrido, y cómo sufro, con todo mi dinero; con tanto como he luchado en la vida para hacérmela feliz!

Cuco (¡cosas de la vida!) tiene que ir tranquilizándole, consolándole, en tanto llega el momento de guarecerse todos, con el auto, en alguna parte, por la lluvia:

—¡Vamos, hombre! Es que a pesar de tu talento, no has comprendido la vida. Tienes preocupaciones de linaje. ¡En Cuba! ¡Hay que ser honrado, chico! Y amoldarse uno a las realidades, a la verdad; no pretendiendo de la vida más que lo que la vida da. A veces hay que ver las cosas desde un plano elevado, a fin de que las pequeñeces desaparezcan de la vista. ¡Quizá cuánto no habrá también de arregable en tu cuestión obrera! Puede ser que hasta mi llegada te convenga. ¡Qué caramba! Yo hoy constituyo un libro abierto, un libro en que creo—y me parece que te lo vengo demostrando—que se lee la vida como ella es. Lee en mí. Humanízate, y verás. Acuérdate, por ahora, y siempre, de esta gran verdad: Benigna, tu hija, el obrero que la enamora, los del ingenio, tú, yo, ricos y pobres, blancos y negros; todos somos unos infelices que tenemos que morirnos. Anda. Analiza eso nada más; un momento. Al principio parece una perogrullada y lo es, pero detente; piénsalo, y verás que es una genial perogrullada; verás asimismo que, bien puedes reirte de mucha gente y de muchas co-

sas, y ser todo lo feliz que se puede en la tierra, con el dinero que tienes y los años que aún te quedan de paso por ella.

Un rayo cegador, seguido instantáneamente por un estampido formidable como una explosión de dinamita, corta la atropellada filosofía de *Cuco*. Un chaparrón arreciado por la fuerte ventolera golpea la carroza del auto, que ya el chófer desvía dirigiéndolo hacia una casucha de guano, alzada en medio de un llano, como a cien metros de la carretera, frente al verde telón de un nuevo, lozano platanal. Grita la bocina en su aviso a los moradores del bohío, rompe en éste el ladrar de dos satos, que baladronan furiosos con los huesudos cuerpos a medio asomar por la chata puertecilla. Se entrevé el correcorre de unas faldas y unos cortos calzones llenos de tierra colorada. Y a tiempo que la gran máquina se detiene en la puerta, aparece en ella la figura de un Liborio joven, sin machete y sin patillas.

—¡Buenas tardes! ¿Podemos pasar el agua aquí, amigo?

—¡No digo yo! Adelanten y asiéntense—viene la respuesta de la consagrada hospitalidad guajira.

Saltan a tierra los dos señores; debajo del chubasco el chófer acaba de abrochar las cortinas del auto, y el guajiro retrocede para franquear la entrada, a tiempo que pronostica segurísimo:

—Esto pasa pronto. El viento se lleva el agua por el palmarito.

Y presenta a la visita los únicos dos asientos disponibles: un par de recios taburetes, renegridos y lustrosos por la vejez.

Ricardo prefiere quedarse de pie, para estirar las piernas. El chófer, al ver que el agua no arrecia, vuelve a su puesto. *Cuco*, descansando sobre un taburete, escudriña el interior del bohío con mirada de turista lelo, como si nunca hubiese visto una vivienda de aquel linaje.

Un tabique de yaguas, afianzado con ariques y cujes entretejidos, divide el bohío en dos piezas. El guano

del techo, tostado y que cae en desigual flequería, pende del mismo caballete, a dos varejones, que inventaron los siboneyes. El piso de tierra colorada, hecho a guataca y a pisadas de los habitantes, almagra cuanto está cerca de él: las patas de los taburetes, las yaguas más bajas, la mesa esquinera y los dos cajones-asientos que están debajo de ésta. Frente a la puerta delantera, está la que comunica con el conato de patizuelo. En éste, debajo de la llovizna *(El tiempo mejora)* escarban unas aves de corral, entre las cuales gallea un machorro de pletórica cresta, erguido cuello y marciales zancadas. Hace ronda con el gallo un guanajo, cuyas amplias huellas estrelladas son visibles en toda la "sala"; también hay un hoyo fangoso que es prueba de la presencia de algunos cerdos, tan familiarizados como el guanajo, con los moradores del bohío. Por esta puerta del fondo se ve un rancho que debe ser la cocina; porque se filtra al través del techo un humo azuloso y fino, que sube y se espesa lentamente en la pesadez de la atmósfera. Este humo, el cacarear de las gallinas, el gruñir de los cerdos adivinados, el rezongar y restregarse de los perros rebeldes aún, el ruidoso e inútil inflarse y desinflarse de aquel guanajo, compañero del machorro en el rondar a las gallinas; el chacharear del bípedo implume; es decir, lo que está en presencia de los señores, es lo único que da señales de vida. Porque de aquellos dos, cuatro, hasta seis cortos calzones y sucias faldas del correcorre, no se ve ni se oye lo más mínimo. Se supone, sí, que hay brillo de pupilas espiadoras y listones de rostros recatados en los intersticios de las yaguas; por los lados o por debajo de los cromáticos anuncios de chocolates y píldoras, que penden de las tales yaguas, exornándolas miserablemente.

Cuando *Cuco* termina su inventario y lo remata con la observación interna: "¡Parece que fué ayer!", el guajiro termina su hablar con Ricardo, diciendo:

—Ya aclaró por Matanzas. Lo que dije: el viento se llevó el agua.

Incuestionable. La turbonada se aleja por el Norte. Sólo queda un gotear fino y lento. Por sobre los campos empapados y por entre el algodón de las nubes blanquísimas se filtra y se esparce una tenue claridad de aurora. El gallo ratifica el cambio de tiempo con una jocunda clarinada. Ricardo se asoma a la puerta, seguido de *Cuco*.

—¿Vamos?—pregunta el primero.

—Sí; ya lo que queda es poco.

Ricardo presenta su diestra al guajiro:

—Adiós amigo, y gracias.

—Gracias—reitera *Cuco*, a tiempo que también ofrece la derecha.

—No hay de qué—dice el hombre, apretando campesinamente la mano que tiene prisionera de la suya.

Parte el auto, cortando la roja llanura mojada y reblandecida con dos hondos carriles paralelos. Enfila después la carretera, y se desliza luego raudo y temerario por una extensa y forzada curva, donde espejean los charcos del agua que aún cae. Al tomar la recta del camino, aparece allí, adelante; por entre el palmerío y los frutales orilleros; bajo el cielo que el pálido sol de la tarde, libre de nubes por aquel rumbo, aclara e ilumina alegremente; en medio del amplio, húmedo y lustroso mar verdísimo de los campos recién lavados, las blanqueadas paredes de algunas casas matanceras, lejanas, diminutas aún.

A pesar de todo, es para *Cuco* un instante de dominadora emoción. Pero a Ricardo le precisa concluir: quiere que su cuñado llegue a Matanzas bien enterado de la realidad que le aguarda, y en la cual puede ser personaje de intensa y trascendental acción, y por ello corta impaciente la muda salve que, a plena alma, entona el paradójico repatriado:

—Bien acaba de oirme; que estamos llegando.

Y aun con mayor sinceridad si cabe, con el corazón desnudo y abierto, conmovida y atropelladamente, termina la historia. ¡Ah! qué fatalidad, la que hizo que la Celestina diera con él, aquel día, después de las peripecias de no encontrarle en el hotel, ni en

Marianao, y de haber llegado a la Estación un minuto antes de que él tomara el tren. En su historia, como en la de muchos hombres y como en la vida toda, y según la clásica observación, ¡de qué causas, de qué detalles tan insignificantes nacen la mayor parte de las veces las situaciones y los resultados más graves y trascendentales! ¡Para perder la razón! Que esto es casi lo que ocúrrele a él ahora, lo que tráele desconcertado y adolorido y le hace ver un bien inexpresable en la llegada de su hermano político. Porque lo de la huelga y lo de Benigna y él, sólo es importante y exige alguna solución por lo ligado que se halla con la aterradora novela en cierne: la novela de Adolfina, de la cual todo lo que él lleva contado no constituye más que causas originales, adecuados antecedentes.

—Si su madre no se hubiera propuesto darle una educación en desacuerdo con la época y con nuestros recursos; si no hubiera obligado a las muchachas a vivir en el mundo ideal, santísimo, de *Contreras 268*, ignorando que la realidad es otra, y que con la realidad tendrían que enfrentarse más tarde; si no hubieran estado siempre encerradas, vigiladas, en una casa en que no entran más libros que devocionarios, novenas e historietas de la honesta señora Sinués, más periódico que los católicos, ni más pantalones que los del cura, el viejo médico, o el negro o chino cocinero, quizá si hoy no tendríamos que lamentar y temer la brutalidad que nos amenaza; pero no es menos verídico que si junto a esos pantalones hubieran estado los míos...

—¡Ah!

—Sí, sí; si contra viento y marea yo hubiera permanecido en la casa, y además hubiera pensado un poco menos en mí y un mucho más en mis hijas, hoy tendría la fuerza moral necesaria para dar consejos, trazar normas y hasta para imponer mi criterio, con probabilidades de torcer una situación tan horrible.

—Pero—salta *Cuco*—yo, desde luego, no estoy en antecedentes... Sin embargo, creo que le das ex-

cesiva importancia al noviazgo ese de Adolfina, que si es clandestino, váyase a ver si no son Benigna y tú los únicos culpables.

—¡Cómo!

—Como lo oyes. ¡Pues, nada menos que le das más importancia a eso que a tu situación de hombre con dos familias, con dos casas, con hijos en cada una de ellas, a los cuales dices que quieres por igual, profundamente; pero que entre sí se odian también profundamente! Si el muchacho no tiene otro defecto que el de ser pobre, trabajador...

¡Este sí que es salto: el salto de Ricardo al oir lo anterior! Le crispa de tal modo los nervios la maldita cuestión, que vuelve a la malacrianza del principio, y sin cuidarse de que, a despecho del cristal divisor, le pueda oir el chófer, grita indignado:

—¿Con un obrero? ¿Con un tal Alfonso Valdés; Valdés como mi chófer? Sólo a ti con tus ideas, se te ocurre semejante cosa.

—¡Sí, eh? Pues, mira Ricardo: yo he oído con calma única, increíble, cuanto me has contado de la historia de Benigna y tuya. Supongo que lo admitirás así: única e increíble. Bien: eso ha sido, porque comprendo que en todo ello muy fácilmente puedes haber tenido poca, la menor cantidad de culpa. No iba a negarte ahora, lo que antes hube de reconocer contigo acerca de la mala preparación de Benigna para hacer un buen matrimonio. Pero con la misma honradez, exactamente con la misma franqueza con que acepto eso, tolérame que te diga que me sigue chocando que un hombre de tu clara inteligencia, de tu carácter noble y abierto, que nació, vive y conoce la historia del país, tenga en esa cuestión de clase, de apellidos, prejuicios que...

—¿Cómo prejuicios?

—Sí; tú antes, en el curso de la conversación, usaste el término sofisticada, para calificar a mi hermana, y—siempre con la franqueza de marras—permíteme que te diga que, en un hombre de tu calibre en Cuba y a estas alturas, andar hablando de aris-

tocracias de linaje o de dinero, también es estar sofisticado; es padecer de ceguera imperdonable, chocante y ridícula.

—Eh, eh; que se te desboca el socialismo.

—Como a ti antes el... feudalismo.

—Puntos de vista que te ponen en un polo y a mí en el opuesto. ¿No?

—Con la ventaja de mi parte de que tú estás atrasado en lo menos setenta años. Tú piensas como pensaban tus abuelos, cuando los negros trabajaban por una alimentación de jutía, funche y boniato; por dos mudas de ropa al año y música de cuero y plan de machete en los casos de rebeldía. Esto es: feudalmente—y sonríe para dulcificar la rociada.

—¡Hombre, esta sí que es buena! ¿Por qué pienso así?. ¿De dónde sacas tú eso?

—¿De dónde tú has sacado el confundirme con un fanático socialista capaz de desbocarse, conociéndome como me conoces. Pero admito que soy socialista como crees; siempre me hallaré más en la realidad que tú con tu reaccionarismo. Porque eres un intransigente que resultas más utópico que el más loco de los socialistas; puesto que tienes la pretensión de que la sociedad no evolucione, se quede paralizada en el punto que te conviene y se amolde a tu modo de ver las cosas. La ciencia, las artes, la cultura universal, todo progresando incesantemente, y la organización político-social de los pueblos, eso, estancado por los siglos de los siglos.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Hombre. Por la forma en que te expresaste al salir de La Habana, refiriéndote a la cuestión obrera, y por lo espantoso que te parece que tu hija quiera a un trabajador que se llama Valdés...

—Sí, claro. Porque aunque ustedes los socialistas digan lo contrario, esa igualdad es imposible.

—No, si yo tampoco creo en la igualdad absoluta. Estoy muy imbuído de ideas materialistas—que, por lo demás y como tú sabes, concuerdan admirablemente con mi modo de ser de siempre—he viajado, y visto,

y estudiado mucho, para creer en la igualdad, muchísimo menos en una arcangélica fraternidad humana. Ese paraíso que según ciertos apóstoles obreros nos vendría tan pronto como pusiéramos en práctica unas cuantas fórmulas simplistas, indocumentadas, de orden puramente sentimental, nunca he podido ni podré concebirlo.

—No dices eso, por cierto, en tu libro.

—¡Ah! Por supuesto. Aquel libro es para soldados de fila; es el *desideratum,* el ideal espejeante y prestigioso en que necesita creer la multitud para moverse en cualquier sentido. El socialismo tiene mucho de religión para el gran rebaño. Como que, al igual que el espiritismo, el feminismo y otros *ismos* modernos, es hijo legítimo de la doctrina cristiana; es la creencia de que las morales pueden traer la paz, el amor, la igualdad y otros bellos absurdos entre los hombres.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué? Mi socialismo es escéptico, aunque te parezca un contrasentido. Soy socialista a base de egoísmos, de individualismo rectamente materialista.

—¡Anda! Eso sí que está bien: socialismo cuquista. ¡Como son tan pocas las ramas, que haya una más...!

—Como quieras; pero mira: es innegable que en las reclamaciones obreras hay mucho de justicia, y que, por lo mismo, no obedecen aquéllas a los agitadores y propagandistas, como piensan algunos, sino que hay un ambiente real de descontento y rebeldía. Los que creen lo contrario son unos superficiales o unos tontos de conveniencia. La agitación obrera es producto lógico de la época, de fatales condiciones históricas, y los agitadores son hijos de su tiempo. Si no se llamaran Fulano y Mengano se llamarían Zutano y Esperencejo. Creer lo demás es... ya lo he dicho: tontería verdadera o fingida. Aquí mismo, en esta arcadia criolla hay desequilibrio social tremendo. Decimos que estamos muy civilizados, que es enorme nuestro progreso y que en la actualidad no

hay país tan rico como éste. ¿No? Pues bien, la gente desnutrida y sucia que acabamos de ver en La Habana, y ese mismo bohío en que hemos entrado a pasar la lluvia, para no citar más que lo que he visto a la primera ojeada, son una negación como un mandarriazo a ese decantado bienestar, a riqueza y progreso tan cacareados.

—Vagos, viciosos y botarates, todos; machaco en ello. ¿Quién tiene la culpa de que ese guajiro quiera vivir como los animales?

—¿Cómo quién? Los civilizados, los estadistas, las llamadas clases directoras. Todo eso es problema de justicia, de moral social, de educación, de política bien entendida; problemas que ya debieron encararse desde hace mucho tiempo en una sociedad que tanto blasona de rica, civilizada y lo demás.

—Allá los que debieron ver eso—encogiéndose de hombros con displicencia.

Y su interlocutor, pegando recio y seguido como un martinete:

—No. Los que hacen mal y los que suicidamente lo dejan hacer, merecen el mismo calificativo de injustos y temerarios. No, chico: estamos mal. Bien sé que en la cucaña de la vida no todos pueden llegar a la meta; pero no es eso lo que se pretende entre socialistas como yo.

—Que serán pocos.

—Bueno. Como yo, aunque seamos pocos; aunque sea yo solo. El mismo punto de partida para todos; para todos el derecho a subir la cucaña, con el mismo sebo, la misma inclinación y la propia altura, pero también con idénticas enseñanzas e iguales armas, y que cada cual suba hasta donde se lo permita su talento, su maña, su fuerza o su suerte. Y mi egoísmo está en que mi sensibilidad choca y sufre con la injusticia que nos rodea, en que mientras las cosas permanezcan así, seguiremos viviendo una vida de odios, de amenaza, de peligros reales, de perros en fin, y en que, en último extremo, es inevitable, es indemorable un cambio, por lo que vale más hacerlo

de un modo suave y generoso, que por la forzosa, violenta y dolorosamente.

Y como Ricardo adelanta el labio inferior en gesto de "No tanto", *Cuco* prosigue con énfasis y ademán concluyentes:

—No te quepa duda. Es así, con toda la ineludible evidencia de los hechos. Y en último extremo es en ello en lo que hay que fijarse: en que, justo o injusto, se nos viene encima, y lo cuerdo es ceder algo, progresiva y voluntariamente, para de ese modo evitar que las batallas decisivas sean a sangre y fuego, y que, al final, se tenga que transigir sacrificándolo todo por la fuerza. Desde luego que pocos van a ceder de buen grado lo que crean suyo, exclusivamente suyo; pero estas cosas son obra, siempre, de unos cuantos espíritus con amplitud de visión e inquietudes de buscar la verdad y la felicidad.

—Muy bien; muy retórico; pero no me convence, y no sólo no me convence, sino que ya estoy por decirte que sí; que seguimos y seguiremos...polarizados.

—Te diría, desde ahora, que peor para ti, si no fuera porque ya tendremos tiempo de ampliar, aclarar y definir mejor nuestros puntos de vista. Ahora, a ver a dónde me llevas; que ya entramos.

Nuevas señas de Ricardo al chófer para que alce el cristal divisor, y en seguida:

—¡A casa, eh!

—¿De Doña Clara?

—No, hombre: a Contreras.

Al volverse el chófer, *Cuco* pregunta:

—¿Así: Clara se llama?

—Sí; Clara Herrera.

El auto entra por la vieja y larga calle de Milanés, que para *Cuco* es todavía de Gelabert. El cielo es azul de zafiro, es terso y remoto. El muriente sol de la tarde, a espalda de la máquina, hace que ésta proyecte una débil, larguísima sombra que huye delante de las ruedas, sobre los pedregosos altibajos de la calle arrabaleña, en el baño de oro mate que se ex-

tiende sobre los guijarros y yerbazales; sobre los sardineles y los aleros en paralelas líneas de montaña rusa. Un viejo carretón que salta, desarmándose, sobre las piedras de una calleja transversal. Gallinas, cuatro, cinco, seis, que picotean en una esquina, y que se apartan ceremoniosas, civilizadas, al paso del automóvil. Un sato corre detrás y casi pegado a una de las ruedas traseras, ladrando furioso por pura malacrianza. La panadería y tienda de víveres de una esquina, con su enorme letrero negro sobre fondo amarillo: *La Santa Isabel Reformada.* Y en seguida, entre polvo, baches, montones de basura, creciente tráfico ciudadano, zaguanes a medio abrir, pintarrajeados tenduchos y nuevos, llamativos letreros de feria, van apareciendo los lugares nostálgicamente recordados por el internacionalista en veinte años de extranjero: por una bocacalle el alegre quinterío de Simpson; al doblar por *24 de Febrero,* allá a un lado el puente de San Luis. Por delante, y luego por Contreras las verduras de la Plaza, el costado del Ayuntamiento, y ahora...

¡Ras! Rechina el freno, y la máquina se detiene en la puerta, "chata como la de una cochera", "del viejo, sólido y señorial" *268.*

Como hace diez y siete; como hace treinta y cinco, cincuenta años, la puerta está entornada. Detrás, recostado en un prehistórico taburete, dormita el antiguo cochero, venido a menos, porque no pudo, a sus años y con su significativo prognatismo, aprender a manejar el automóvil de la casa. Está encorvado, cegato, blanquísima la lana de la cabeza. Al oir el ruido del auto y la voz del "niño Ricardo" se ha puesto de pie. Aquél, desde su cojín de la máquina le dice:

—¡Francisco!

—¡Mande, el niño Ricardo!

—Mira: ahí tienes al niño *Cuco;* cógele la maleta, y avísale al criado.

—No. Salió.

Y mientras Ricardo se baja, el negro se deshace

en efervescencias de bienvenida y se apodera del equipaje.

Ricardo entra y llama:

—¿María?

Es una nueva María, recién llegada de las cercanías de Oviedo, y recién traída al servicio del *268*, el cual debe ir preparando para el día muy próximo, en que la enferma llegue del ingenio.

Contagiada ya con la excesiva franqueza criolla, se deshace en familiares exclamaciones de afecto y simpatía:

—¡Jesús! ¡Qué contenta se va a poner la señora! Tan buena que dicen que es, que creo que se cura de una vez con la noticia. Pero si es la misma cara de la mayor! ¡Y tan buena moza que es ella! Mírela allí.

Y le muestra una fotografía colgada en la pared, del otro lado de la mampara, en el gabinete de la señora.

Don Ricardo que ha ido a su despacho, al volver le dice a la criada que ya, listo, arregle el baño y vea si falta algo en el cuarto de él, que ocupará esta noche el huésped. Entre tanto *Cuco* se ha dirigido a la fotografía, que es un grupo de las dos hermanas en el simbólico atavío de la primera comunión.

Cuando ya *Cuco* ha comprobado el parecido que dijera la María, y ha tomado nota mental de la muy significativa ausencia de otras fotografías en las paredes, Don Ricardo le dice desde la saleta:

—Ve arreglándote. Si no traes bastante ropa limpia, en el escaparate hay alguna. Dentro de una hora y media o dos estaré de regreso para que vayamos a comer al viejo *Louvre*. Ahora tengo que ir a ver al Gobernador; bañarme; averiguar cómo anda la cosa por el ingenio y, en vista de lo que sea, decidir si nos vamos esta misma noche, para lo cual será preciso un telefonema previo. De modo que, si tardo algo, no te impacientes. ¡Hasta luego!

—¡Abur, Ricardo!

Dice *Cuco*, que ya está de nuevo en la saleta, y que

tiene una triste sonrisa, una mirada melancólica, vanamente forzada a parecer tranquila y simpática.

Sale Don Ricardo, y *Cuco* se queda un momento en la saleta, de pie, inmóvil, la vista fija en uno de los mosaicos del piso, en *crescendo* su aspecto de tristeza, que ahora parece más de disgusto y como de perplejidad. ¡Qué hombre más raro es él! ¡Cómo su falta de trato social, y de vida de familia, y de adaptación a las ideas y costumbres generales, le hacen cometer barbaridades! Yendo por el mundo le ha pasado muchas veces, sobre todo cuando la fortuna le ha favorecido, que ha entrado en un salón, o ha caído en un grupo de gente "bien", y en media hora ha dicho y hecho cien tonterías. Las ha dicho y hecho, no obstante que en ningún momento se ha sentido inferior a nadie, y a pesar de su autocrítica, que siempre le ha mostrado tales desaciertos. Todo por lo crudo, sincero, emotivo e independiente, a veces demasiado independiente, que es su carácter. Porque, vamos a ver: ¿Otro en su lugar, estaría en aquella casa, ahora, después de enterarse de los horrores de que acaba de enterarse él, a su llegada a Cuba? Desde luego que le importa un pito el papel que a los ojos de otros, del propio Ricardo, pueda estar haciendo con estar en esta casa ahora, y con ir luego en la máquina, con el propio Ricardo a cenar a un hotel, si es que alguien le reconoce; pero sí le preocupa por él mismo. Como siempre, se ha dejado dominar por la primera impresión. El amigo y compañero Ricardo, en una hora sentimental, se ha impuesto en él hasta hacerle no ver que ese amigo y compañero es también el cuñado en divorcio moral, público, con otra casa en la propia ciudad; con otra casa, a la cual ha ido ahora mismo a bañarse, a cambiarse de ropa, a tranquilizar a la mujer con quien vive. El no ha debido venir a esta casa, sin antes hablar con su hermana, con sus sobrinas, con viejos amigos y conocidos. ¿Qué insultos, qué agravios, qué recriminaciones, no se habrán cruzado su hermana y este hombre, entre estas paredes? ¿Estas, no le son

hostiles, antipáticas, repelentes, ahora mismo? ¿Y si se fuese, dejándole un recado a Ricardo?

En este punto de sus cavilaciones, la María le llama, avisándole que el baño está listo. Se opera una reacción. Va hacia el cuarto. Cierto que él se ha entregado a Ricardo demasiado pronto y con extrema facilidad; pero ha sido porque indudablemente, la razón parece estar de su parte. Por lo pronto, su hermana sigue siendo la señora de aquella casa. Ricardo le ha recibido muy bien, con un afecto visiblemente sentido, diríase que, después del primer momento, muy regocijado. Se ha mostrado tan generoso y servicial como siempre. Una vez establecida la corriente de viejo compañerismo entre ambos, no se ha visto en el hombre la menor prevención, y muy al contrario, se le ha advertido una significativa y muy elocuente ansia de ser comprendido y descargado de la parte de responsabilidad que injustamente pueda atribuírsele, sin que por ello deje de reconocer la que le corresponde. Además: ¿con el dinero de él, si realmente fuese un canalla, a esta hora no los hubiera mandado a todos a freir buñuelos? Porque, según razones, tiene mucha de su parte, y que después de hacer familia con él, que desde entonces era rico, todavía le hayan dado una vida infeliz, bien era para mandar a todos los Pedroso, bien lejos y con viento fresco.

—De modo que—dijo en fuerte monólogo y dando enérgicos cortes con la diestra en el aire, cuando ya estaba con una bata de baño de Ricardo encima—yo estoy ahora, mírelo como lo mire, en casa de mi hermana. Ricardo me ha tratado caballerosamente, no obstante lo difícil de su situación, cuando nos encontramos y tuvimos que viajar juntos cinco horas. Tengo motivos para suponer que tiene muchísimas atenuantes en lo ocurrido. Pues, nada; comeremos en un reservado; si no se puede ir esta noche al ingenio, aquí duermo, y después de que hable con Benigna, veré qué opinión me formo y qué hago. Descontado que en el extremo a que han llegado las

cosas, la total reconciliación es imposible, y la aceptación del divorcio—que sería la salvación—por parte de Benigna, un absurdo pensarlo. Conclusión ésta que me inclina a Ricardo, inevitablemente; como me parece que tendré que inclinarme—y que lo haré, en tal caso, con toda mi sinceridad y mi independencia de siempre—si según todas las señas compruebo que aquí, todos los males, se deben al vicio de origen, a las taras patológicas con que vino a la vida este hogar, tan crónicamente desbaratado, que las manifestaciones externas, con toda seguridad son públicas y notorias desde los primeros tiempos.

Y después de bañarse, y mientras espera a Ricardo, saca de la criada cuanto puede—que no es poco por la listeza de la muchacha—acerca del verdadero estado de la querida enferma.

En un reservado de *El Louvre,* Don Ricardo y *Cuco* echan una copa de vino sobre la cena, que por el desaire de que ha sido objeto buena parte de los comestibles, ha estado en significativo desacuerdo con las ocho horas de gran ajetreo y total ayuno que la han precedido.

Don Ricardo desde un principio ha dicho que, según el propio Gobernador y de acuerdo con todas las apariencias, sería peligroso realizar el viaje a *Dos Ríos* esta noche. Los obreros de Matanzas han secundado la huelga, tomándola en seguida con los automóviles de los ricos, únicos que transitan desde que ha circulado la orden del paro obrero. Es el odio y el hambre de venganza—demostrados en iguales circunstancias en todas partes—que en los de abajo levantan esas máquinas ostentosas y privilegiadas. En las calles hay un reguero de tablillas con clavos punta arriba y en algunos sitios oscuros han aparecido alambres atravesados a la altura de las carrozas y fuertemente atados por los extremos. Probablemente se hace eso mientras no se puede, como en Buenos Aires y en Barcelona, aprovechar una bien gorda para empaparlos en la propia gasolina y acercarles

un fósforo. Por la misma huelga, que tiene en el suelo los hilos del teléfono y el telégrafo, el millonario no ha podido comunicarse con su familia, anunciándole la llegada de *Cuco* y el viaje de ambos al ingenio. Inevitablemente pospuesto éste para el próximo día, Don Ricardo y *Cuco* han hablado largo y tendido. Entrando de lleno en ciertos detalles del pasado, Don Ricardo ha permitido que *Cuco* vaya entreviendo parte de la verdadera situación de Doña Benigna, en la preparación lenta que hace de aquél para el fuerte instante de su encuentro con la enferma. También ha caído sobre la cuestión obrera en el ingenio, recreándose en el caricaturesco dibujo psicológico de los *leaders* y en la más enconada crítica de sus teorías; *leaders* y teorías que seriamente amenázanle con malograr la gran oportunidad de hacer un fortunón aladinesco. Adolfina y "el parejero socialista" han salido a danzar, violentamente zarandeados por la furiosa dialéctica del disertante, en cada coyuntura propicia; Carlota, la hija buena, la muchacha honesta y sencillota, la ejemplar mujer de su casa, laboriosa y de cortas aspiraciones, asimismo ha tenido su capítulo en la charla ni un momento interrumpida, palabra a palabra, interesantísima de los dos hombres.

Entreabierta está la puertecilla del reservado. Don Ricardo y *Cuco,* sin ser vistos, ven a los que comen en las mesas próximas y a los que, por entre las mismas van camino de la calle, o de la calle vienen. En una de las tales mesas, frente a medio vaso de leche, que unas veces toma con la cucharilla y otras con pedazos de panetela, se halla cierto sujeto a quien *Cuco* recuerda perfectamente: un asturiano largo y huesudo, de rostro anavajado, nariz judaica, ojos redondos, oscuros, muy hundidos detrás de unos gruesos cristales de miope, que lleva lo menos veinte años encorvado sobre los libros de *Amézaga y Compañía.* Los rasgos fisonómicos son los mismos; pero ¡cómo ha envejecido!

Con pie en este tema *Cuco* se embarca en filosofías

nihilistas, si de brote espontáneo y sentido, tendenciosamente ampliadas y hechas resaltantes en beneficio de ulteriores propósitos, ya apuntados en la conversación de la carretera, saltando más tarde, como llevado de la mano, a una manifestación del mundo moderno, que cosa rara en él ahora, tiene la virtud de soliviantarle algunas veces: el espiritismo.

—¡Y pretender que es un consuelo la esperanza de prolongar la vida; una vida tan sin oriente, tan absurda, tan sobrecargada de negro en la línea del Dolor que, por todo el infinito, corre paralela a la tenue y delgadísima de la Felicidad!

—Hombre ¿y qué opinas tú del espiritismo?

¿El espiritismo? ¿Los espiritistas? Va hilvanando, con su rotunda concepción de las cosas, su idea de que se trata sólo de elementos que, alejados de las religiones positivas por la fuerza del progreso y la civilización, se quedan a medias, con su Dios y su alma inmortal, por no tener la pujanza intelectual precisa para caer, de una vez, fuera de las mentiras morales, de conceptos absurdos, entre ellos el del capital error antropocéntrico... cuando cruza por delante de la entreabierta puertecilla del reservado el grave y pomposo doctor don Francisco Castro *(alias) Castrico.*

—¿Y ese?—le pregunta a *Cuco*, Don Ricardo, interrumpiéndole.

—Me lo encontré algunas veces por Europa, pero siempre de pasada; un momento. Cargaba cuanto adorno y cuanto adminículo estaban de moda. Muy enterado de cuanto ocurría en *Longchamps,* en el círculo de *Madame* la Presidenta de Francia, en las interioridades de *Postdam,* en la sobremesa del Papa y en la rastacueril colonia argentina de Biarritz y los hoteles ribereños de los lagos suizos, y nada más. Tú debes saber de (iba a decir su insignificante persona, pero por no ofenderte lo suprimo); debes de saber de él mucho más que yo.

—Pues, sé que se nos ha metido a sabio.

—¿A sabio?

—Sí. Es uno de esos escritores que se han embutido media biblioteca, que siempre andan con un gran rollo de *revues* y *magazines* debajo del brazo, según ellos para estar *up to date* en todas las materias, y que a la hora de escribir la indigestión es tan bárbara, se mueven entre tantas ideas encontradas, intelectualmente viven tan de prestado, que no hay quien se lea sus monumentos literarios, plenos de incongruencias, afirmaciones de estira y encoge, cargazones eruditas, y faltos de sello personal, del brío que dan las opiniones y el convencimiento, propios, tan necesarios en todo trabajo de pluma. Este hombre no escribe cuatro cuartillas sin meter a Platón y a Homero, a Virgilio y a Quintiliano, a medio Renacimiento y a veinte modernos de los de nombres más enrevesados; si no te saca a relucir a todos los dioses y "vénuses" habidos y por haber; y porque "según Zutano", o "como decía Mengano", nunca sabe uno cómo piensa el sabio. Generalmente le pasa lo que a esos músicos que se están un cuarto de hora afinando el instrumento, o floreando preludios, para luego soltarle a uno un trocito de dos minutos.

—¡Uh! Los conozco. En Europa los tienen bien estudiados. Por lo regular son críticos. Van a enjuiciar una obra artística, y más que en ésta se ocupan en demostrar que son grandes eruditos en la materia, y en insinuar algo así como: ¡Oh! ¡Si ellos quisieran, qué maravillas harían en semejante materia! Por supuesto: pocas veces se atreven a meterle el diente a un trabajo de ciertos vuelos. Conocen bien sus fuerzas, y saben que son harto menguadas; pero eso no evita que formulen juicios estupendos, aplastantes: la novela X es una lata, el escritor Z es un genio, Fulano de tal tiene condiciones, indudable; pero aún le falta mucho; debe documentarse.

—Ese es el hombre.

—Pues, le conozco. Bajo ese aspecto le conozco, y sé que llegará a imponerse... entre la familia literaria de andar por casa. Lo demás le está vedado; porque por mucho *magazine* y mucho Platón que se meta en-

tre pecho y espalda, si no hay talento, y dentro de éste la condición suprema: don de pluma, no irá a ninguna parte como escritor. Puedes afirmarlo.

Y en seguida:

—Ahora, bajo otro aspecto...

—Pues, su otro aspecto, el que junto con la aludida pachequería le permite ser persona "bien" en Matanzas, es el de su carrera abrillantada por sus citas en francés y una *mise en scene* profesional, deslumbradora, con la cual *pu-e-de* hacer dinero, y con la cual cuenta para convertirse en tu sobrino político.

—¿Cómo?

—Sí. Si precisamente por eso te he hablado tanto de él. Está enamorado de Carlota. Según razones, de él lo están Carlota y Benigna. También, según razones, anda esperando coyuntura favorable para pedirme la muchacha, y yo, a la verdad, como él es de muy buena familia; de un modo o de otro, suena; es educado; tiene medios de vida, pues, a pesar de que ya está un poco durito para Carlota...

—Y—salta interrumpiéndole *Cuco*—a pesar de Platón, de Pacheco...

—Sí—a su vez salta Don Ricardo.—Ya sé por donde vas. Pero. ¡Uh! ¡Qué diferencia! ¿Al otro de qué le sirve el talento, si es que lo hay? Este tiene algún dinero, y...

—Y tú tienes para el otro! ¡Tú tienes para los dos! El dinero sólo sirve para comprar ciertas porciones de felicidad. Y en cuanto pueda, si es que me dejas, trataré de demostrarte que es comprable, muy comprable, una gran parte de la felicidad que te falta y que te corresponde por tu condición de millonario. Porque, si no ¿para qué lo eres? ¿Para qué sueñas con toda esa fortuna que, según esperas, se te viene encima ahora, con tu azúcar convertida en oro granulado?

—Bueno; pero, por lo menos, no te lo propongas ahora. Deja el punto para mejor ocasión.

—Lo dejo. En primer lugar, porque el café se te debe haber helado, y ya es hora de que salgamos de

este horno, yéndonos a tomar un poco de fresco por ahí. En segundo lugar, porque después de la dosis de pesimismo que te he administrado, a base del asturiano, creo haberte dicho algo; algo que, quieras o no quieras, te irá haciendo camino por allá dentro. Conque: ¡Vamos!

XVI

LO IMPREVISTO

Ocho de la mañana.

La pujante máquina de Don Ricardo sube, célere y sin ruidoso esfuerzo, la carretera de La Cidra.

Maneja el chófer Valdés, y van cómodamente acuñados en las esquinas del amplio asiento posterior, el dueño de la máquina y *Cuco* el extraordinario.

Hay luz, fresco, aromas y paisajes. Mas, para los dos cuñados es como si no hubiera sol, ni brisas, ni perfumes, ni bellos cuadros naturales; porque en el mundo interior de sus ideas y sentimientos enloquecedores están reconcentradas sus vidas, y sus ojos miran sin ver, el halago sensorial de las fragancias que saturan el aire entra inadvertido y éste acaricia la piel sin otro premio que el desdén de los acariciados.

El telégrafo y el teléfono aún estaban inutilizados cuando muy temprano, esta mañana, Don Ricardo acudió a ellos para dar y pedir noticias al ingenio, y en el ingenio les espera todo un cúmulo de graves hechos, consumados unos, posibles otros, dentro de un lógico capítulo de probabilidades, un buen número, y todos de un alcance aterrador, incalculable.

Cabalmente en este momento en que nos ponemos, de nuevo, en contacto con los dos cuñados, Don Ricardo acaba de preguntarle a *Cuco* si no teme que la sorpresa de Benigna, al verle de pronto en su presen-

cia, pueda ser una prueba asaz brusca para la enferma, y el interrogado, del aspecto serio y pensativo que hasta ahora ha tenido, pasa a una franca inquietud; siente poderosa el ansia de que su acompañante le anticipe la verdad, de la cual sospecha que es la más terrible, el más grave extremo:

—¡Mi hermana ha muerto!—exclama, perforando con inquisidora mirada la mirada de Don Ricardo—¡Ha muerto quizá desde cuándo!

—No ¡qué va! Si has de verla dentro de media hora—responde Calderería con aplomo convincente.

Mas, visto que el cuñado ha supuesto la posibilidad más grave, y visto que es ya inútil e improcedente alargar la consabida preparación, a fin de calmar a *Cuco* en cuanto al extremo susodicho, a la vez que le declara la realidad de la situación, comunicándole sus justificados temores y aconsejándose con él, continúa inmediatamente:

—Desde luego que ella está bastante mal; pero no de suma gravedad. Por más que ¡claro! con enfermedades del corazón nunca hay nada seguro. Mas, como está ahora ha estado muchas veces, y a no ser que, a pesar de las precauciones que para evitarlo se han tomado, haya sabido lo de la huelga, o por cualquiera otro motivo haya empeorado... Así que yo creo lo mejor, que vayamos primero a la Administración, y que lo que pretendíamos hacer desde Matanzas lo hagamos por el teléfono desde allí. Aunque también podríamos llegarnos con cuidado, calladamente, hasta la puerta del *chalet;* entrar; enterarnos de cómo sigue; consultar con el Dr. Ortiz; todo ello con muchas precauciones, por supuesto, y decidir entre todos el mejor modo de prepararla, o de que te presentes sin preparación, si no se cree necesaria. ¿No?

Sí. Pero él quiere detalles. Los quiere para convencerse de que su interlocutor es sincero al afirmarle que vive la hermana, que ya son sólo minutos los que le separan de sus brazos y de sus labios. Los quiere, asimismo, para tener cuanto antes una idea cierta de la situación y sus más naturales pronósticos. ¿Per-

manece en cama? ¿Es preciso velarla? ¿Lleva muchos días de gravedad? En la agitación de su ánimo, él mismo se contesta algunas de sus preguntas: ¡Claro, que estará grave, y que será preciso velarla! ¡Cuando el médico se ha trasladado al ingenio...! Y Don Ricardo entrando abiertamente en detalles aclaradores sigue, porque no puede ocultar sus progresivos temores de que este choque pueda ser muy violento, irresistible, para la enferma. Dice que lo mismo pueden hallársela en una crisis grave, que levantada, recorriento el *chalet* con todo el aspecto de una persona sana y feliz. Es la característica de su enfermedad, y para demostrarlo da pormenores, entre los cuales naturalmente—y dado el graficismo verbal del que habla—los hay de una pavorosa elocuencia para *Cuco.* Disnea, aflicciones, manchas violáceas, inflamaciones en el pecho; y sugestionado por sus propias palabras, vuelve a exteriorizar el miedo que le domina: el miedo de que herida por la emoción de verse frente al hermano, sin esperarlo hoy, en una hora tan terrible de su vida, la infortunada mujer se doble en su lecho de dolor, en la vez última: en la de la muerte.

—¿Qué te parece? ¿Está bien eso de irnos directamente al *chalet,* y entrar como te digo? ¿O de todos modos lo crees peligroso?

—Tú verás—repone *Cuco,* cón notable y bien significativa dejadez.

Porque ahora lo ve todo multiplicadamente negro y triste. Ya tiene un como misterioso e ineluctable presentimiento de que la Desgracia le espera al término de este inolvidable viaje, en este día mil veces ansiado, decisivo y conmovedor de la vuelta al terruño, del retorno a la sombra y el cariño de los grandes afectos familiares.

Y así es en balde que a los lados del automóvil corra la portentosa cinta cinematográfica del añorado paisaje criollo, con sus torrentes de luz, su perenne turbión de colores fuertes, sus oleadas de intensísimos aromas, acompañados de la música, viva y alegre, de

la mañana campesina; como es en balde que Don Ricardo, de toda intención aluda a la belleza de un palmar que espera en lontananza, o al valor de unos pujantes cañaverales que se extienden a la derecha del camino, o de nuevo a los temores, propios y de su acompañante, de lo que puede suceder y es probable que suceda a la llegada al ingenio. *Cuco* desde momentos atrás va con la vista fijamente refugiada en el interior del auto; con todo el ser reconcentrado en su propio interior; respondiendo al esfuerzo verbal de Don Ricardo con breves, pesadas, maquinales frases hechas.

Y así hasta que Don Ricardo enmudece, permitiendo a *Cuco* que enmudezca totalmente, y mudos, inmóviles, ensimismados, se quedan, en tanto que la máquina vence, ligera, con un leve y monótono zumbido, los diez últimos kilómetros de carretera.

No obsta la vida que el sol derrama sobre el fuerte cuadro del batey para que salga de él uno como hálito de augural tristeza; unas como voces de sombra y dolor que surgen de la tierra entera. Porque hay una silenciosa quietud de muerte en las casas, en las máquinas, en los andamiajes de construcción; sin una manchita de humo, ni un brote de vapor, ni un ser viviente. Es la huelga ya francamente dominadora con sus rojizas negruras de dolor y tragedia; la huelga que ahora hace presentir más cercana del *chalet* la Desgracia, que ya tiene lutos, lágrimas y desesperación, en el alma de los que llegan.

Despaciosa, hundiendo leve y calladamente sus ruedas en la arena del camino que orilla el batey, va la máquina; va recta y decidida en dirección del *chalet*. Sus tres ocupantes apenas han hablado unas palabras con motivo de la llegada: el chófer para pedir órdenes; Don Ricardo para un rápido "Está bien" a una pareja de soldados que, al paso del auto, han corroborado la noticia de la huelga total; *Cuco* para expresar lacónica, insinceramente, sus impresiones acerca del valor e importancia, a primera vista apreciables, del grandioso ingenio.

Y se detiene la máquina en la esquina del jardín, ocultándose detrás del verde telón de una hojosa trepadora, que se enreda en la verja circundante.

—Espérate aquí un momento—dice Don Ricardo a su cuñado, haciendo ademán de bajarse del auto.

—No. ¿Para qué?—Contesta *Cuco*, a tiempo que hace el mismo ademán.

Pero le detiene Don Ricardo:

—Sí. Es necesario y es cosa de un minuto. En cuanto hable con una de las muchachas te hago señas desde allá, y vienes.

Aunque demostrando, con una torcedura de gesto, que lo hace mal de su grado, *Cuco* se tira otra vez en el asiento.

Baja Don Ricardo, y se encamina decidido hacia la entrada del *chalet*.

Apenas enfila el enarenado senderito de entrada, cuando Carlota, que viene por la saleta con una taza en la mano, le ve y sale a su encuentro. Tiene húmedos y enrojecidos los ojos, como señal de haber llorado mucho. Al encontrarse frente al padre, prescindiendo del beso de rigor, con labios temblones y el cristal de nuevas lágrimas en los ojos, le dice:

—Mamá está muy grave.

—¿Sí?

Y dialogan en el portalito de entrada; dialogan de pie, muy juntos, en secreto, fraseando breve, anhelosa, premiosamente. La mañana anterior Doña Benigna, sintiéndose mejor y con la venia de Ortiz, habíase levantado y emprendido un lento y cuidadoso paseíto por la casa. En mala hora; porque una maldita sucesión de inesperados disgustos, ratos después habíanla tirado de nuevo en la cama, muy empeorada, gravísima como nunca, muriéndose casi. Primero, deseando sorprender agradablemente a Adolfina, antes de que ésta se levantara, habíala encontrado hecha un mar de lágrimas, sacudida por unos sollozos, que hiciéronse más incontenibles y que en vano quiso ella ahogar tirándose en la cama y hundiendo la cabeza debajo de las almohadas cuando la madre entró en el cuarto.

¡Cómo había sufrido la madre con aquello! ¡Qué gran daño le había hecho! Después, la criada, la María, como si semejante escena la hubiese impulsado a salir huyendo ingrata, inhumanamente, de tantas quejas, lágrimas, correcorres y malas noches, habíase desaparecido sin decir una palabra, y sólo después de descerrajarle la puerta del cuarto, con el susto y la angustia consiguientes, por un papel que dejara sobre una silla, se supo que así abandonaba la casa, definitivamente; con el pretexto, para hacerlo, de una inesperada enfermedad de la hermana que tiene en la capital, y con el pretexto, para la forma en que habíalo hecho, de que faltábale valor para decir que se marchaba de la casa, en momentos tan críticos y difíciles. ¡Sí! ¡Ingrata y mala! ¡Con lo bueno que han sido con ella todos! *(Carlota vibra sollozante, entre acongojada y violenta.)* En el ir y venir de las averiguaciones, Doña Benigna advirtió la paralización de los trabajos del ingenio, de la cual a medias habíase hecho cargo anteriormente por la falta de los ruidos habituales. Llamó a uno de los jardineros. Alarmada con lo que el jardinero la dijo, hizo que le trajesen a Don Luis. No había podido éste convencerla de que la huelga no tenía importancia, y

—Empezó a lamentarse: que ella tan enferma, con este gran peligro en el ingenio, y tú quién sabe adónde. Y ya vas a ver cómo está...

Se le desprenden más copiosas las lágrimas y los sollozos le entrecortan las frases:

—Ortiz ha tenido que ponerle inyecciones... Alcanfor... No hemos dormido un minuto anoche... a cada rato parecía que se iba a asfixiar. Por la tarde, se empeñó en que le mandasen a buscar al Padre Zorrínez... Mira, por Dios, qué tristeza. ¡Qué dolor!... ¿No entras? ¡Anda! ¡Ven!

Y acongojada va a colgarse, con los brazos, de los hombros del padre. Pero, éste la separa de sí, y ansioso la interrumpe:

—¿Pero, vino Zorrínez?

—No. Si esa ha sido otra buena. Lo que más daño

le ha hecho a la pobrecita. Porque ahora se ha empeñado en que se va a morir sin confesarse, y está desesperada. El Padre dijo que no se atrevía a venir por la huelga...

—¡Anjá, eh! ¿Y quién ha visto que el sacerdote llamado a la cabecera de un moribundo debe tenerle miedo a una huelga, ni a nada en el mundo? ¡Qué bien! ¡Qué en carácter ha estado!

—Sí; pero es que mamá dice que tú; que sé yo lo que le has hecho...

—Bueno. Lo cierto es que con este y otros sustos, el hombre se nos eclipsa indefinidamente. *(Ahora más bien consigo mismo.)* Ese es el hecho. Don Zorrínez desaparece de la escena.

Y saltando a terminar esto, que ya se prolonga demasiado:

—Bueno. *Cuco* ha llegado...

—¿Mi tío Adolfo?

—Sí. Está en el ingenio. Allí.

Y con el índice señala el automóvil, continuando sin pausa:

—Mientras voy a buscarle, ve tú a cerrar la puerta que comunica el cuarto de Benigna con la sala. Después vienes para allí con Adolfina y el doctor, que yo entraré con *Cuco*. Hay que ver cómo no le damos la noticia de sopetón. Así es que ¡mucha calma y mucho cuidado, eh!

...Minutos después, en la sala del *chalet*, semicerrada, penumbrosa, plena de fuertes olores de medicinas, hay rumor de pasos, sordo crujir de muebles, ansiosos cuchicheos, en una movida y misteriosa escena, de sobras perceptible fuera de ella.

De pronto se oyen pasos en el cuarto vecino. Todos quedan en suspenso, petrificados, los ojos y los oídos fijos en la puerta divisoria. Es tácito, repentino y simultáneo el acuerdo de que es la enferma quien se acerca. Seguramente ha percibido este angustioso secretear de intriga y a escondidas, y en un supremo, peligrosísimo esfuerzo, viene a enterarse de lo que le ocultan, y de quiénes y por qué intentan ocultárselo.

En el súbito y total silencio surgido por el miedo y la sorpresa, óyese la respiración ronca y jadeante de la cardíaca, y luego el golpear de sus dedos temblones en las maderas de las hojas. En seguida gira la blanca bola del picaporte, y aparece enmarcada en el cuadro de la puerta, muy derecha, galvanizada, con los ojos saltándosele de las órbitas, envuelta en un largo camisón blanco, la figura convulsa, pero dominante de Doña Benigna.

—¿Qué es esto?—grita.

—Qué ha llegado tío *Cuco,* Mamá! ¡Míralo!

—¡Benigna!—exclama el gran corazón que llega, adelantándose con los brazos abiertos hacia el otro corazón hermano.

Pero, éste no da tiempo al supremo abrazo. Los ojos saltones; los ojos locos, vidriosos e inmóviles, ven sólo una fracción de segundo el amado rostro que llega. Mientras los labios trémulos, apenas sin entreabrirse, exhalan como en un suspiro:

—¡Ah! ¿Eres tú?

Un último e inútil esfuerzo para agarrarse del marco de la puerta, y se desploma.

—¡La emoción la ha matado!—exclama en un rugido Ortiz.

Y junto con *Cuco,* las muchachas y Don Ricardo, se tira de rodillas en el suelo, doblándose sobre la que ya entra en la sombra—¡lo único que no muere!—y por entre los labios que besan y llaman a gritos, y los brazos que estrujan y sacuden frenéticos, y los cuerpos que se doblan abatidos por la desesperación, adelanta el médico sus dos manos; con una palpa el pecho del cadáver, mientras con los dedos de la otra oprime el pulso del brazo izquierdo, repitiendo maquinalmente:

—La emoción; la emoción y el esfuerzo la han matado.

—¡No!—dice *Cuco,* incorporándose, quedando así de rodillas; dice con los ojos fijos en lo alto de la pared, blanca y sin adornos, en tanto que los otros, ahogados los gritos por los sollozos que estremecen sus

cuerpos se aprestan a levantar a la caída por última vez.—¡No! ¡No ha sido la emoción! ¡No he sido yo, con mi llegada! Estaba condenada a muerte prematura. Es ley fatal e inexorable. Adaptarse al medio, o morir. Y ella, no. Ella no.

Y sigue hablando solo; hablándole a un punto vago en la altura de la pared, cerca de la esquina que ésta hace con el techo. Sigue sin ponerse de pie, sino muy erguido sobre las rodillas al propio tiempo que los otros, regándola con el agua bendita de los ojos, van con su inerte, su querida carga, hacia la tumba inicial del lecho, el sudario de las sábanas y el crucifijo de ébano y marfil, que pende de la cabecera, sobre los grandes almohadones blancos:

—Vino a la vida del matrimonio, a la vida del mundo, a la vida de la vida, con enormes, con mortales taras patológicas. Después, ni factores de salud, ni factores de fortaleza, ni factores de regeneración. Una morbosa tendencia. Anemia espiritual. Y el ambiente deletéreo de todos esos errores del pasado, hoy en precipitada y final descomposición. ¡La más grande y trascendental crisis de la raza! ¡No podía llegar con vida hasta mí! ¡Por eso la encuentro muerta, y mi último beso fué el de hace diez y ocho años! ¡Tenía que ser! ¡Lo verdadero puede más que lo falso! ¡Tenía que ser!

Y así, con esta extraña, atropellada, delirante oración, permanece mucho rato, al parecer ajeno a la gran tragedia que se agita en torno suyo. Así permanece como olvidado de sus otros hermanos en el gran dolor de la muerte: de Adolfina y la negra criada, que de rodillas, dobladas sobre la cama, con los brazos extendidos sobre la muerta, lloran sin consuelo sobre la carne sin vida; de Ortiz, que se ha hundido en un amplio sillón del cuarto, con la cabeza caída sobre el pecho, y las manos tiradas sobre las piernas; de Don Ricardo, que en medio del cuarto, de pie, inmóvil, con los brazos y todo el cuerpo en actitud napoleónica, fija y calladamente contempla lo que queda en el lecho; de Carlota que, en un temblor, bebiéndose

las lágrimas, entrecruza los dedos de la madre sobre el levantado pecho, y en ellos coloca un diminuto crucifijo de plata. Triste y temblonamente alumbrado el negro cuadro por un pedazo de cirio bendito, cuya luz oscila, triste y temblona, en la mesita de cabecera.

Si ahora entrase Zorrínez, pasmado quedaríase ante esta hierática actitud de *Cuco;* ante esta inverosímil resignación, que paradójicamente habría de creer cristiana.

XVII

ASI OBRABA ZARATUSTRA

No es preciso el enfado de mayores toques sentimentales, ni es necesario caer en grandes y profusos análisis con motivo de la muerte de Doña Benigna. Respetamos el derecho del lector llegado a estas alturas para sentir y cavilar según su sensibilidad y experiencia.

No es lícito, tampoco, entrar en la explicación de cómo fué un verdadero acontecimiento de ciudad pequeña el entierro de la esposa de Don Ricardo Caldererría, sobre el cual volcóse, brusca y sañudamente, la espuerta de la moralidad sensiblera, cursi y mediocre. Sólo hubo un detalle, que puede ser apuntado de un modo breve y sencillo. Tuvo razón Don Ricardo cuando, al negarse Zorrínez a olear a Doña Benigna, dijo aquél que el santo varón eclipsábase indefinidamente de la escena; porque nuestro hombre, a causa de un dolor de cabeza estupendo y de unos dolores reumáticos tan estupendos y comprobables como el dolor de cabeza, no pudo asistir a las exequias de su amadísima hija espiritual.

La huelga general duró únicamente dos días. Los obreros, aquella vez como siempre que plantean un movimiento de alguna importancia, pusieron la patria en peligro. Esto alarmó justamente a las otras clases cubanas, como los banqueros, los generales, los

doctores y otros que nunca han hecho cosa tan antipatriótica, y como esas clases son Gobierno, o se entienden bien con el Gobierno, éste puso en vigor toda su fuerza coercitiva sobre la línea de menor resistencia, y paz social en veinticuatro horas. Divinamente.

Entre los huelguistas de *Dos Ríos,* alguien hizo correr la nota sentimental de que "la pobre Doña Benigna" había muerto del corazón por el susto de la huelga, y esta nota, recargada con la del presumible dolor y natural espanto de las muchachas en aquellos momentos, hizo olvidar los "compontes", las desapariciones, los compañeros presos, predisponiendo los blandos corazones tropicales al cese de las hostilidades. Máxime porque pronto se vió que aquella huelga no implicaba la Revolución, y porque los que no se ablandaron con la desgracia del *chalet,* sentíanse el cuerpo de merengue y gelatina cada vez que sonaba un tiro, o pasaba al trote, con calofriantes ruidos metálicos, una pareja del Orden Público. Y de este modo, propiciado el arreglo por una reunión en el despacho de Don Luis (labor de *Cuco*) y a la cual fueron llamados los *leaders* del seso de Romero, Milanés y otros, volvieron a hormiguear los trabajadores por el batey, entre los trenes en movimiento, el repique de los martillos, el estrépito de las remachadoras: en toda la vida fuerte, alegre y armoniosa del trabajo. Un "pero", sin embargo: la reserva mental de odio y de negros aplazamientos de venganza, con que firmaban la paz una y otra parte. Los "burgueses", por el precioso tiempo perdido, los daños materiales, las banderillas de fuego del sabotaje, que aun quemaban, y la gruesa, repugnante cucharada de palmacristi, que suponía la conciliadora llamada a los "alborotosos". De parte de éstos, los jornales perdidos; los choques entre conciliadores e intransigentes; la bilis a tragar por la rabia de la impotencia; el cáustico en carne viva, de los culatazos, el plan de machete y las ataduras codo con codo. *El León* y otros recalcitrantes, estuvieron aún muchos días sin dar la cara, hosca y avergonzada, a la curiosidad o a la irri-

sión públicas, y en toda la primera semana no dejaron de aparecer sobre el rojo de los tanques de agua, el negro de los *tenders* y el gris de las paredes de zinc, los resaltantes, llamativos letreros en blanca tiza, incitando al sabotaje, tercamente, entre maffiescas amenazas a "esbirros", "burgueses" y "traidores".

La familia de los Castro—Pura, el médico y *Encarnita*—trasladóse al ingenio para ser bálsamo de dolor y ofrecer digna y afectuosa compañía a las muchachas. Con ellos, S. M. el Amor, rey de los analgésicos y cicatrizantes del alma, entró a manos llenas, fresco, aromático y todopoderoso, en el *chalet* de *Dos Ríos*. *Castrico* aprovechaba la crisis sentimental de Carlota y la oportunidad de recordar patéticamente el buen crédito en que teníale la muerta, a fin de, entre costuras de luto y recuerdos suspirosos, ir rematando su caminito hacia lo más hondo y firme del alma, niña e ingenua, de la rica huérfana. Con Pura al lado, Adolfina tuvo interesantes confidencias de los primeros días que Alfonso pasara en Matanzas, e impune y terca reanudó su correspondencia con él, que seguía en la ciudad vecina, y terco, ciego de pasión, hiperestesiado el amor propio, dispuesto a ir hasta el fin al precio de todas las temeridades, con las cartas que a diario enviábale a la novia, hacía latir el corazón de él, pleno de consolador cariño, al lado del sangrante corazón de ella.

Dos días después de haber sido llevada Doña Benigna para el sitio, quieto y silente, que correspondíale al otro lado de la vida, *Cuco* y Don Ricardo fuéronse a vivir a los altos de la Administración; dejando así mayor amplitud y menos motivos de pesadez en el ambiente del *chalet*, ya de sobras enrarecido por la desgracia suprema: el reciente y doloroso paso de *La Intrusa*. Un indefinido sentimiento de pena impidió a Don Ricardo ir a la casa de la Playa en aquellos días, y sí sólo comunicarse con Clara—también poseída de una vaga sensación de duda e inquietud—por medio de breves y repetidas llamadas telefónicas. *Cuco,* por sus altas cualidades psicoló-

gicas de hombre muy vivido, era incapaz de sentir la menor prevención en contra de su cuñado, e incapaz de andar con el amor propio mortificado por no sentirla. Por ello, y porque el gran dolor con que recibiérale la ansiada tierra natal, derivaba hacia un nuevo y pujante afecto por las hijas de la muerta querida, *Cuco,* el amoral, el inadaptado de la vida, sólo pensaba en ser útil a los suyos, ahorrándoles cuantas desdichas consideraba él ahorrables con sólo que se oyesen y practicasen *sus* verdades. Y para ser útil y bueno, magüer la paradoja en ello implícita por lo de su nietzscheana superhombría, poco después de ausentarse del *chalet* con Don Ricardo, cuando ya calmábasele el brusco y aplastante dolor de su primera mañana de campo cubano, comenzó a pasearse con Adolfina, en íntimas confidencias, a la caída de la tarde, por el gran jardín arbolado.

El primer paseo fué ideado por ella. ¿Pretexto? Como las muchachas no podían reprimir el deseo de, a la entrada de la tarde, en el gran automóvil de la casa y en compañía de los Castro, bajar por la carretera hasta el sitio donde descansaba la madre, llevando las manos desbordantes de rosas, nadie como el cariñoso tío para acompañarla en la recogida de las flores. ¿Fondo? La necesidad de saber con toda certeza y en su total extensión lo que había en algunas frases que, de pasada, entre veras y bromas, habíale él dicho varias veces: "Tenemos que hablar a solas y extensamente." "Lo sé todo, picarona, y creo que te conviene confesarte conmigo." Porque parecíale, con todo viso de probabilidad, que la esperada comprensión, la tolerancia propia del hombre bueno, inteligente, mundólogo, hallábase detrás de aquellas mimosas insinuaciones; que era tío Adolfo, en la recia tormenta del destino de ella, la soñada y necesaria luz salvadora del amor a que desesperadamente aferrábase su alma.

Y juntos y solos fueron al jardín. Como era un valor entendido, a vuelta de muy breves circunloquios suavizadores de la situación y sin caer en eno-

josas alusiones al asunto "Don Ricardo y Doña Benigna", entraron en el que tenían en los labios: "Alfonso, Adolfina y el Sr. *Calderoniano*"; que así, en broma oportuna y de buena ley, aludió *Cuco* a Don Ricardo al formular el tema. Tal como es de presumirse, habló ella mucho más que él. De sus labios, secos y febriles por la fuerte emoción, bajo el brillo de sus grandes ojos, más dominadores entonces por la tristeza y las huellas de las lágrimas de aquellos días, fluyeron las palabras con el calor y la lucidez, convincentes, de la pasión más conmovedora. Alfonso era bueno, muy bueno, y para demostrarlo adujo ella lo que intuitivamente parecióle más congraciador, tratándose de *Cuco:* el apostolado de amor, de verdad y de justicia, entre los obreros, cuando ya él verdaderamente no lo era; cuando su personal interés más habría estado en la indiferencia hacia miserias y dolores de los cuales por su propio esfuerzo habíase librado desde tiempo atrás. Bueno, además, por su empeño de hacerse cada vez más digno, cada vez más sano por el trabajo y el estudio. Y nada de anarquismo: sus ideales eran más abiertos, de mayor comprensión de la vida; ideales muy nobles y muy humanos. De su talento ya sabría tío Adolfo cuando hablase con él. ¡De cuántas cosas sabía! ¡Con qué facilidad explicábalo todo! Luego: ¡cómo queríala él, que a los veinticinco años venía a tener en ella su primer amor! Puso como piedra de toque de este amor, la abnegación con que tragábase Alfonso las ofensas a su dignidad latentes en el proceder de Don Ricardo hacia aquél, y con que ahogaba cruentos dolores morales por su fidelidad pasional. Y que no pensara su interlocutor un solo instante en la posibilidad de que así esclavizárale la diginidad y el carácter, la idea del interés, por el dinero de Don Ricardo; porque era un absurdo; porque era él muy sano de mente y de sentimientos para tal bajeza, y porque ya se lo había dicho a ella, y ella teníalo aceptado: que a despecho de todas las contrariedades y a costa de toda la espera que fuese preciso, habrían

de casarse, atenidos únicamente a lo que él pudiera conseguir en la vida con su propio, honrado esfuerzo. Si ella tenía que ser pobre para ir por el mundo en compañía de Alfonso, pues... ¡pobre! ¡Pobre, si en la pobreza estaba su amor, que era su felicidad!

—Contigo, pan y cebolla—sonriente interpuso *Cuco,* para advertir que en eso estaba al cabo de la calle, y para abrirse más a la sinceridad de su entusiasmada interlocutora.

—Sí. Porque te declaro que lo quiero y me importa más que nada en este mundo. Tanto que ojalá que vivas mucho tiempo para que lo veas: o él, o nadie. Es y será ¡el único! De lo contrario, que mi madre me espere a su lado pronto, muy pronto, y que la infeliz Carlota se prepare a nuevos lutos, y a más lágrimas, y a nuevos escándalos. Sí. Te lo juro tío: lo trágico va a seguir sobre esta casa. Sí... Si no...

Se quebró en sollozos su desborde oratorio, y como ya cada uno tenía un brazado de talludas y pletóricas rosas, tuvo él que reunirlas todas en el brazo izquierdo, para con el derecho sobre un hombro de ella, iniciar el regreso al *chalet,* muy juntos, a lo largo de un sendero umbrío que cortaba la verde maraña del exuberante jardín, como clásica pareja de enamorados en romántico idilio.

Y siguió ella con sus razones entrecortadas por las lágrimas, mientras andaba lentamente, al compás de los pasos lentos de su enternecido compañero, bajo la tibia y cariñosa presión de aquel brazo amigo; siguió, rebatiendo innominadas objeciones:

—¡Y que no es decente! ¡Más que él nadie! Lo sabía mi madre; que si la pobrecita no se hubiera muerto, ella, tan buena como era, bien le defendería ahora, y bien habría de darme la razón, ayudándome en todo...

—¡Quizá! Y, vamos. No sigas—interrumpió él, que no sentíase con fuerzas para seguir mucho tiempo en su papel de hombre fuerte. (¡Es preciso reirse de los hombres fuertes!) Te ayudaré. No descon-

fíes, ni desesperes. Amas mucho, y eso de por sí constituye una gran fuerza.

En seguida; para ir capeando la crisis de llanto y desesperación de la muchacha, y a fin de aprovechar los últimos minutos de aquel primer paseo con ella, en lo que, de un modo inmediato le interesaba, pidió las señas de Alfonso en Matanzas. Cuando, con ciertos titubeos de sorpresa y duda, le dijo ella dónde podía ver al joven, *Cuco,* llana y sencillamente, le anunció que la mañana próxima visitaríale, aprovechando un breve viaje a la vecina ciudad. Más todavía: como de acuerdo con su filiación filosófica, para él todo en el amor estaba más allá del bien y del mal, ofrecióse para llevarle al enamorado cualquier misiva, recado, o lo que fuese de ella; franca, segura y despreocupadamente. Y, en el último minuto, antes de separarse a la entrada del *chalet,* secreteáronse la combinación para la próxima escapatoria confidencial, al mismo paraje, otra tarde de aquellas.

Alfonso Valdés ya estaba bien instalado. Era jefe de una de las grandes fundiciones de Pueblo Nuevo, y con un amigo soltero vivía en una linda casita de la Calzada de Tirry.

Era un clara y alegre tarde de domingo, y mientras por la amplia vía neopoblana pasaban a pie, en coches y automóviles, los grupos de paseantes, locuaces y endomingados, el joven, en mangas de camisa, el pelo enmarañado, los ojos brillantes por el esfuerzo mental, frente a una máquina de escribir despachaba cuartillas y más cuartillas para Adolfina. Era el inmenso placer melancólico de la "charla por carta" entre novios o amantes, que sólo conocen los que saben del amor recio y hondo. Una primera prueba, muy apreciable para *Cuco,* de lo que era el alma de Alfonso.

Porque el desconocido que llegaba sustraíale de aquel placer, el desagrado de la sorpresa fué bien ostensible. Después cuando el joven supo que tenía delante al autor de *The End of Capitalism* y, a la vez, tío carnal de Adolfina, cambió por completo y su

agrado se hizo bien patente, por lo cálido y extremoso.

La entrevista tuvo una breve introducción penosa: la alusión a la muerte de Doña Benigna, con el desagradable comentario de la terrible forma en que ocurrió. Después vino un prólogo relacionado con la cuestión obrera, durante el cual Alfonso, con el acicate de la injusticia que negábale el derecho más grande de la vida: el derecho a amar, habló vehementemente, desenvolviendo a los ojos de su visitante el gran alegato que tenía en contra de la sociedad actual. En lo fundamental los dos interlocutores tuvieron una notable igualdad de convicciones. No podía llamarse civilización al desequilibrio social imperante. Las instituciones, por deficiencias de todo punto subsanables, constituían privilegios injustos y dolorosos, en contra de los ignorantes; es decir, de los pobres, que no eran responsables de su ignorancia y dentro de ella tenían su derecho a la parte de felicidad que hay para el hombre en la tierra. Y como no es posible prescindir de ellos, ni suprimirlos por la violencia, ni mantenerlos en la morfina de la Caridad y de las recompensas ultravitales, ni seguir embobándolos con el señuelo de la Democracia hasta ahora experimentada, la sacudida que, según Martí, el mundo necesita de vez en cuando para que lo podrido venga a tierra, era segura con intermitencias de reacciones contrarias más o menos duraderas, en un plazo imprefijable, pero de ningún modo muy lejano. Como traídos de la mano pasaron de las generalidades del problema obrero al aspecto de éste que mayor interés directo tenía para ambos en aquella hora: los amores del joven con Adolfina, con la oposición intransigente y despótica del padre de ella. Fué Alfonso quien excitado por su propio discurso, sangrando por la abierta herida, habló de anacrónicas tiranías paternas, de brutales intereses económicos y de ridículos aristocratismos criollos. Tiranías, intereses y aristocratismos, que con él de poco habrían de servir, siendo muy posible que en la lucha esta-

blecida saliesen con un escarmiento bien sonado; porque, él, en primer lugar, tenía su vida y su felicidad tan totalmente entregados a su amor hacia Adolfina, como ella tenía los suyos puestos en él por encima de todas las consideraciones humanas y divinas, y en esa tesitura allí vendría el matrimonio, o el rapto, o la tragedia, o qué sabía él qué: todo, menos el manso sometimiento a la injusticia ensoberbecida. Por algo estaban cambiando los tiempos con firme y creciente velocidad, y a él con esta cuestión efervescíale y derramabásele un tremendo resurgimiento de agresivo bolcheviquismo. Suavemente contúvole *Cuco,* haciendo de partido conservador, no obstante que en el fondo estaba de acuerdo con el joven rebelde. No convenía, ni era propio de personas inteligentes y de cierta cultura personalizar en cuestiones de aquella índole. Culpárase al sistema y no a los hombres. La posición de Don Ricardo, en aquel caso, era perfectamente comprensible. Hacía lo que todos los hombres ricos hacen en iguales circunstancias. Estos, habituados a las alturas de las centenas de millares de dólares para arriba; en su atmósfera de grandes cheques, de inmensos negocios, de gastos a discreción, de facilidades para cuanto les era grato o necesario, llegaban a perder muchas nociones naturales, de correlación humana, dejadas en olvido allá abajo, donde hallábase el nivel corriente de los demás hombres. Don Ricardo tenía esa segunda naturaleza, pero ni era hombre malo, ni era hombre ignorante. Acostumbrado a dominar, sintiéndose independiente, con el amor propio soliviantado, entonces, para cuanto tuviese el más leve olor a osadías socialistas, era imposible que, de primera intención, y menos con imposiciones, fuese a admitir las relaciones amorosas de un obrero con su primogénita. Suavizóse con esto la conversación; máxime porque *Cuco,* además de discutir vaselinosamente, dió consejos e hizo ofrecimientos, efusivos y sinceros. Por su parte Alfonso tuvo tiernos recuerdos de su amor, reafirmó su inquebrantable propósito de no cejar ante nadie

ni nada e hizo visible su dolor por no poder probar, con toda evidencia, que para él era una inconmensurable desdicha que Adolfina fuese una muchacha rica; que él en vez de desearlo, despreciaba, ¡odiaba su dinero! Ya completamente de noche, *Cuco* se despidió de Alfonso y se fué a *Contreras 268* a darse el baño precedente de la última comida del día. En Alfonso dejó *Cuco* una impresión gratísima. ¡Qué franco y qué sencillo! Y al mismo tiempo ¡qué cultura y qué inteligencia! Nada de mentiras, preocupaciones, ni ideas hechas. ¡Aquello sí era un hombre completo de verdad, un hombre libre! Si *Cuco* se quedaba, si podía quedarse en Matanzas—cosa difícil, asfixiante, para quien no sabía ser ni pastor, ni rebaño—en *Cuco* había para los dos enamorados, un faro en que brillaba consoladora cierta indefinible esperanza. Por su lado, *Cuco* se llevó de Alfonso una síntesis favorabilísima. Era tipo pintado del obrero, que en la juventud pasa por la gran escuela del anarquismo, con talento suficiente para rebasar la fiebre quedándose con el afán de saber y la facultad de ver de frente y con lentes propios las cosas de la vida. Cuando acabase de perder todos los radicalismos de aquella experiencia, entibiáransele los ardores juveniles y tomase una orientación definitiva, habría de llegar muy lejos en el camino, cualquiera que éste fuese, que adoptase para ir por el mundo. Ya advertíase en él un buen sentido de las cosas, que faltábales a muchos que sólo tenían el *bluff* del título y el sésamo del dinero para abrirse paso en la vida. Y sobre ese don del talento, el de una gran simpatía personal, el poder de un cuerpo sano y hermoso y la riqueza de un alma que transparentábase pura en la limpidez y rectitud de la mirada, en la firmeza del verbo y en la natural espontaneidad de las actitudes. Se comprendía perfectamente lo que a muchos pudiérales parecer raro y difícil: el amor de la muchacha rica y linajuda hacia quien, con tales positivos valores de atracción y en plena juventud, estuvo a su lado muchos días. Y sólo por lo de la segunda natu-

raleza atrás aludida, podíase comprender la oposición de un padre inteligente, a darle a su hija un hombre con tanto oro en el corazón y en el cerebro, para compañero de su vida, padre de sus hijos y timonel de su casa y su fortuna.

La mañana siguiente, antes de cumplir los encargos de Don Ricardo, que sirviéronle de pretexto para el viaje a Matanzas, y antes de que la cegadora luz del sol tropical echárale a perder el efecto, fuese a la plazuela de la iglesia de Versalles, para contemplar un paisaje que siempre había vivido en su mente, añorado y suspirado, mientras anduvo por otros paisajes y bajo otros cielos: el cuadro que desde allí, desde el viejo muro que circunda la vieja iglesita arrabaleña, ofrece la ciudad de porte colonial, tradicional y romántica, tendida a los pies, entre el amplio y terso espejo, de la bahía y el gran telón verde, con las notas blancas de las lejanas casitas de la Playa, el camino de La Cidra y las alturas de la Ermita.

Allí, acodado en el muro de aquel incomparable mirador, entre recuerdos de juveniles correrías por aquellos arrabales, tristezas del presente y ansias de feliz quietud para él y los afectos que restábanle en el mundo—afectos por siempre ligados al que inspirábale aquella Brujas antillana, profanada según él por los automóviles, los carros eléctricos y los puentes de acero—; entre todo el desborde sentimental de aquella hora, tuvo una atrevida idea, sólo concebible en un hombre de su libérrimo sentido moral. ¡Un absurdo que no hubiérasele ocurrido ya! Antes de reintegrarse al ingenio él debía hacerle una visita a la amante de su cuñado. Sin duda alguna, para concluir de explorar bien el terreno en donde iba a poner en práctica sus planes salvadores, y a fin de dar un alto, un estimable ejemplo a quien intentaba convencer, inmediatamente, del bien y la belleza que había en su concepto de la vida y en los caminos a seguir para alcanzar la parte de felicidad asequible en aquélla, cuando como en el caso de Don Ricardo contábase con el factor dinero. Si la mujer era como

pintárala su cuñado: una mujer inteligente, al principio sorprenderíase y tendría su bochorno y sus recelos; pero luego, cuando viese la comprensión y tolerancia de él, su rectitud de propósitos, muy encantada y agradecida habría de quedar del caso. Con toda probabilidad. Seguro casi.

De modo que: él había venido hasta allí a pie. Todo era tomar un auto de alquiler, e irse al *268* a fin de consultar el asunto con Ricardo, y si éste comprendía la idea, y la aprobaba, que previniese a Clara por teléfono, y luego él, listo, muy campante a la casa de la Playa. Si obtenía un éxito esperanzador, pues ¡Colosal! ¡Redondo el viaje a Matanzas!

En el teléfono:

—¿Eres tú, Ricardo?

—.....

—Chico: se me ocurre hacerle una visita a tu mujer. ¿Qué te parece? Tú me la preparas por teléfono, y dentro de un rato me voy allá.

—.....

—Sí Has entendido bien. A tu mujer.

—.....

—Esperaba tu sorpresa, y contaba con que habría de parecerte rarísimo. Para mí es lo más sencillo.

—.....

—Bien. Bien. No te alarmes. Es cosa que tienes tú que consentirla, y si no quieres, avisa; que no he dicho nada. Sólo que, eso sí, exageras.

—.....

—No lo creo. Ni por ella, ni por mí. Claro que cuando tú se lo digas se sorprenderá, y que entre ese momento y el de mi llegada, pasará un rato pesadísimo, de nerviosa expectación; pero luego cuando advierta que yo comprendo todo lo sucedido, que lejos de odiarla, la disculpo, y más bien deseo allanar el camino para el futuro, necesariamente habrá de agradecerme este paso y después ha de quedar más tranquila de lo que tiene que estarlo ahora. Piensa tú, un instante nada más, si no lo has pensado, cómo ha de estar el cerebro de esta mujer en estos días.

De pronto se abre ante su vida la esperanza de terminarla felizmente, en una situación recta y diáfana; sobre todo en lo que afecta a su hijo; pero al propio tiempo, la inquietud y cierto miedo por el cuadro de dolor en que surge esta esperanza. Por otro lado, el penoso recuerdo de la forma en que comenzó contigo, y el aumento que ahora hay en la sombra que aquello proyecta sobre su vida. Luego, cuanto naturalmente debe temer ella de las muchachas, de todo el mundo, de mí mismo. En fin, una situación de angustia, de miedo ante el mañana más inmediato, que en gran parte puedo desvanecer con mi visita.

—.....

—No. Si es una mujer inteligente, como tú me has asegurado, no lo creo. Además: con consultárselo estamos al otro lado de la calle.

—.....

—Por mí, mucho menos. He comenzado por decírtelo. ¿Qué tiene que ver, para mí, lo que ella haya hecho sufrir a mi hermana? ¿Acaso la hizo sufrir deliberadamente, por una prevención directa contra ella? Esa mujer cuando te conoció buscaba su camino en el mundo. Condiciones de las cuales no era ella responsable (como lo ha demostrado más tarde, al no vérsele inclinaciones viciosas de ninguna clase) la llevaron a emprender mal la marcha; pero en medio de ella tropezó contigo. Tú estabas en condiciones propicias para desviarla de la ruta mal emprendida, y para ir a lo que fuiste, con ella o con otra. De no haberse llamado Clara, habríase llamado Luisa, Josefa o Domitila. Pretender que debió detenerse a pensar en el mal que iba a causarle a Benigna y a tus hijas, es demasiado pretender, si se tiene en cuenta su juventud, el terreno en que ya estaba ella colocada en el mundo. Si estaba decidida... ¿Me estás oyendo?

—.....

—Bueno. Si estaba decidida, para salir de la pobreza, el horror a la miseria y la incertidumbre del porvenir, a echar ella misma por la calle del medio,

¿cómo concebir que se detuviera a considerar el daño que hacía a los demás? Eso es demasiada exigencia, que sólo es posible de imaginar cuando se vive de ideas y creencias de cartabón, en muy poco de acuerdo con la naturaleza y la verdad. La vida es egoísmo y egoísmo, y lo que en ella no lo parece es un barniz de cobardía moral, que en último extremo no es más que egoísmo y egoísmo. Eso, desde luego, tiene un valor relativo, en las costumbres, en las morales, en las leyes; pero ya sabes tú cómo me río, cómo me he reído siempre del altruísmo, la fraternidad y demás ingredientes de la moralina, a la hora en que los grandes derechos naturales del hombre se declaran en rebeldía contra cualquier valor social o lo que sea, que se convierta en obstáculo a su poder; conque, figúrate. Para mí esa mujer, con los medios que la vida puso a su alcance, ha llenado hasta ahora su papel en ella. Ha amado un hombre, ha creado con él un hogar, ha tenido un hijo, y se ha conformado con su aceptable felicidad, viviendo en cierto retraimiento, haciéndole así más llevadero el mal a los demás. Pero ¡cuántos sacrificios morales, y cuántas pretericiones de la propia dignidad, y cuántos retorcimientos de aspiraciones muy legítimas, no habrá en esa vida! Ahora el mundo se le cambia. En él puede llenar mejor su cometido a partir de este momento: con mayor firmeza en la marcha; con mayor serenidad de espíritu, y yo sólo quiero ir desde ahora haciendo el bien de favorecer esa serenidad, para ella y para todos nosotros.

Brevísima pausa y...

—Tú dirás.

—.....

—¡Ah, bueno! Si lo crees mejor, hablaremos antes. Como quieras.

—.....

—No. La gente me importa poco. Que digan lo que les dé la gana. Para eso soy un Aconcagua. Ya lo sabes. Ni me intranquiliza la conciencia, ni por lo

que pienso hacer en la vida, temo a las resistencias de la opinión ajena. De modo que, por mí, no.

—.....

—Perfectamente. Si insistes, dejémoslo para más tarde. Abur entonces.

No pudo ser de momento; pero algo se había adelantado. Con la ventaja que ofrece el teléfono para decir cosas fuertes o pesadas, ya Adolfo Pedroso había enterado muy bien a Ricardo Calderería de cómo sentía y pensaba en cuestión de tan suprema importancia.

XVIII

LOS CIEGOS

A las tres de la mañana, el desvelo neurasténico echó a Don Ricardo de la cama.

Ocupaban él y *Cuco* una espaciosa pieza en los altos de la Administración, con las camas muy distantes una de la otra, a fin de que cada cual tuviese opción al fresco de una de las ventanas que daban al lado norte. No obstante tal distancia, y a pesar de que Don Ricardo, en vez de luz eléctrica, usó una vela que previsoramente guardaba en la mesita de noche, tratando además de levantarse y vestirse con el menor ruido posible, *Cuco,* que en aquellos días andaba con el sueño muy ligero e inquieto, se despertó un tanto sobresaltado:

—¿Qué te pasa?

—¿Qué va a ser? El desvelo. Me pongo desesperado en la cama. Hasta ahora, cada vez que me ha venido, he hecho todo lo posible por volverme a dormir, sobre todo para no molestar ni alarmar a los otros. Pero esta noche, entre el calor y la excitación nerviosa que el mismo insomnio me da por lo mucho que me mortifica, se me hace insoportable. Llevo más de una hora dando vueltas en la cama, como un loco, o como un calenturiento de cuarenta grados. ¡No es posible! Me voy para la azotea, porque si no, esta mañana me tienen ustedes que lle-

var para Mazorra. Y perdóname. He hecho todo lo que he podido por no despertarte, pero tienes un sueño tan ligero...

—No.—Mintió *Cuco,* que ya no podría dormirse con la inquietud que quedaríale por la intempestiva levantada del cuñado, con su crisis nerviosa de tal modo exacerbada.—No me has despertado. También yo he tenido mi poco de insomnio. Te he sentido revolviéndote en la cama, y me alegro de que te hayas levantado, porque ya me aburría el estar tratando de dormirme inútilmente. Ahora me levanto, y hago café para los dos.

Cuco dijo lo anterior mientras incorporábase en la cama para empezar a vestirse. Don Ricardo quiso atajarle:

—No seas tonto, hombre. En cuanto me vaya, dejándote sin luz, te volverás a dormir.

Pero resultaron inútiles los consejos de Don Ricardo. *Cuco* siguió vistiéndose, después de encender la mecha de una cafeterita rusa que ambos tenían en el cuarto, siempre lista para momentáneas concesiones al tentador vicio criollo.

Mientras estaba el café y acababan de vestirse, hablaron los dos hombres. *Cuco,* llegado de Matanzas la noche anterior, tenía conversación embotellada para medio día lo menos. Don Ricardo estaba en aquel momento muy a punto para tener un alma simpática con la cual desahogarse:

—¡Vaya usted a ver para lo que sirve ser rico. Tantos apuros y sacrificios en la juventud; tanto batallar después, día tras día, por la conquista y consolidación de la fortuna; tantos afanes y sinsabores por defender la tranquilidad propia en la vejez y la de los hijos en todo el porvenir, y aquí me tienes, medio trastornado, sin siquiera el derecho de dormir que tiene por ahí cualquier pobre diablo, y con la amenaza encima del dolor de cabeza inevitable en los días en que duermo poco. Hoy es día de la tremenda disyuntiva: o soportar ese bárbaro estado de abulia, de incapacidad para el menor esfuerzo material o

intelectual, de la cabeza no sólo adolorida sino con una horrible sensación de vacío, o someterme a la aspirina con la falta de vida en que me pone, los temblores y las pesadillas para dos o tres noches después. Pero ¿qué hacer? Es lo único que me quita el dolor. De los médicos ya no quiero ni saber. Ortiz me salió con que era cansancio de la vista, me hizo comprar lentes, y al principio porque tenía que acostumbrarme, y luego porque no recuerdo qué otra cosa, total nada. La cabeza me siguió doliendo cada vez que le dió la gana. El famoso santón ese de La Habana, lleno de snobismo y pendanterías, Silvio Jiménez, se empeñó en que eran cosas de la digestión: toxinas, fermentaciones, paparruchas; me dió un plan de yerbas, masajes y ejercicios, todo muy engorroso, y tras de dos meses de latas y de cogerme dinero, pues tres cuartos de lo mismo. Otro viejo de Matanzas, Lletuona, para quien, por lo visto todo el mundo puede ser médico, ya que todo lo arregla con un tratamiento de purgantes de *Le-Roy,* lo mismo los callos que el dolor de ijada, pues, el mismo acierto. Después media docena, de La Habana y de aquí, han coincidido en la misma conclusión, que es sin duda la única acertada: que estoy neurasténico. Pero sólo he sacado eso, el diagnóstico; que no me sirve para nada. Porque todos han formulado los planes más absurdos, indicándomelos como la cosa más natural y sencilla: "Váyase usted a La Habana; viva allí; diviértase", "Haga un viaje al extranjero". ¡Qué talento! ¡Qué facilidad más asombrosa! ¡Como si uno pudiera irse así, tan sabrosamente, dejando por detrás los intereses, los negocios, asuntos de una importancia y un peligro como estos trabajos costosísimos que estoy haciendo aquí, en el ingenio! ¡Y las cosas de familia! ¡Oh, son los grandes sabios! Pero la cuestión es que yo, con todo mi dinero, con toda la gran felicidad de ser rico, soy un desgraciado, un ser digno de lástima.

—Bueno, pero eso tiene remedio.

—¡Bah! Eso lo dices tú por decir algo, o por consolarme.

—¿Un hombre con dinero, como tú? ¡Vamos, chico! Ahí me las dieran todas, mientras no fuese otra cosa que lo que tú tienes. Desde luego que, claro, el remedio no está en manos de los médicos; por lo menos de la mayoría de los médicos, que a fuerza de quererlo someter todo a números, y fórmulas, y teorías, acaban por olvidarse de la naturaleza; de tanto no estudiar más vida que la de los cultivos, las reacciones y los tejidos muertos, acaban por no ver vida alguna. Esos médicos en la neurastenia han descubierto el gran comodín. ¿Un enfermo con ciertas manifestaciones nerviosas, frecuentemente mal ligadas con anomalías cerebrales, sin síntomas de ninguna otra dolencia? ¡Ah! Este señor es un neurasténico. Bien y ¿qué? Sencillísimo: una sonrisa de superhombre, una *pose* olímpica y allá van insinceridades: baños, paseos, viajes, olvido de preocupaciones y etcétera. Pero, conociendo tu caso, siendo como eres un hombre de fortuna, no te diría eso un médico inteligente, ni yo que no soy médico, ni inteligente. Como cosa de buen sentido que es.

—Sí, ahorita, para ti, va a ser tan fácil como para esos médicos que dices. Dos o tres recetas morales de las tuyas; tres o cuatro de tus panaceas filosóficas, y listo.

—No. Si es que, si quieres, tú mismo vas a razonar esas recetas y panaceas. Ahora que si no quieres... Porque, a ver: ¿qué es lo que a ti te pasa ahora? ¡Vamos! No te lamentes, ni te desesperes más. Habla.

—Pero ¿es que me quejo y me desespero sin motivos? ¿Es que tengo que contártelos, cuando los conoces tan bien como yo mismo? La situación de las muchachas, adoloridas conmigo ahora, después de la muerte de Benigna, mucho más que antes. El lío de Adolfina, que es para quitarle la razón al padre de más pachorra; con mayor causa, que ahora no tiene la madre al lado, y donde quiera que la lleve, el

peligro ha de ser grande. ¡Y con lo sugestionada que está por el buena pieza ese, el aspirante a buen mozo, a chulo de altura! Pero es que aun así ¿a dónde las llevo? Están muy grandes para un colegio, como internas. Tus primas de Pueblo Nuevo son muy santas, y ya están muy viejas para manejar a la fierita de Adolfina. Bueno: una delicia. Después mi problema personal, con la mujer, ahora que no hay justificación posible para el no matrimonio. Luego, esto. El ingenio. La zafra casi encima; la maquinaria todavía en el suelo, y la gente ésta fuera de control, poseída de una furia de hacer daño por hacerlo, sin que pueda uno vislumbrar la menor seguridad para nada. ¿Quién nos dice que hoy no vienen con una nueva petición, o que no queman la caldera de una máquina, o que no hacen cualquiera otra barbaridad? ¿Cuántas huelgas, y de qué duración, y de qué calibre tenemos aún por delante, con lo que nos representa ahora cada hora de trabajo que se pierde? Porque, para que lo sepas: tengo un cuarto de millón, redondito, metido en esos arreglos e innovaciones, y si empiezo la molienda con dos meses de atraso, me dejo de ganar de quinientos a ochocientos mil pesos. ¡Conque mira! ¡Como quien no dice nada! ¿Y qué hago? ¿De qué, Don *Cuco,* me sirve el dinero? A ver, tú, que como algunos amigos por ahí, no haces más que decir: "¡Teniendo dinero!", "¡Con el dinero que tienes!", "¡Ah!, "¡Uh!".

—Sí. ¡Uh! Ya lo creo. Por supuesto que el dinero no es la condición primera. Es preciso que quieras emplear el talento que tienes en beneficio tuyo y de los demás que dependen de ti. Ponlo en actividad; echa a un lado la abulia esa que te traes; encara los prejuicios con el decidido propósito de hallar lo verdadero, lo humano, y entonces verás si el dinero vale, si te sirve para abrirte las puertas que obstinaríanse en permanecer cerradas para quien careciese de ese gran factor... Pero, espérate, que hierve el agua. Vamos a tomar café; que ya en la azotea ten-

dremos tiempo de meternos a fondo en esta conversación, interesantísima para los dos.

Mientras sorbían el café casi hirviente, Don Ricardo insistió en que había sido una barbaridad de *Cuco* el levantarse tan temprano, e insistió en lamentarse, a frases cortas, llenas de exclamaciones, entre sorbo y sorbo, de su mala suerte, de la quiebra de todos sus anhelos de felicidad por medio de la fortuna; y *Cuco* limitóse a posponer sus razones, contestando con maquinales frases hechas.

Subieron a la azotea.

Por ser menos confiable la vigilancia de serenos y guardas después de la media noche, desde la última huelga no se trabajaba en el ingenio en el "cuarto" de las doce a las seis de la mañana. Era una noche sin luna. Abajo estaba el batey, alumbrado a trechos por los grandes focos eléctricos, sin otra señal de vida humana que la lucecita de una linterna de mano, ambulando en torno de dos locomotoras; ni otro ruido que leves escapes de vapor de las propias locomotoras, reanimadas por el sereno de máquinas, portador de aquella lucecita de cocuyo. En torno del batey, sobre el circundante mar de caña, por efecto de la luz eléctrica de aquél, la oscuridad aparentaba ser bien cerrada. Arriba, el cielo era una enorme y altísima cúpula, bañada en tenue luz azulina por las refulgencias con que inundaba de claridad el espacio un nutrido y fantástico espolvoreo de estrellas.

Don Ricardo fué a acodarse en la baranda de cemento que circundaba la azotea, y *Cuco* al seguirle para hacer lo mismo, exclamó inspirado:

—¡Qué maravillosas son estas madrugadas del trópico, estrelladas y sin luna! Hazme el favor de contemplar ese cielo un momento nada más. ¿Hay algo más hermoso y que más hondamente hable al alma? Verdad es que no he estado entre las líneas tropicales fuera de lo que ellas abarcan en América, y que sólo en Cuba he gozado este espectáculo repetidas veces; pero te digo que nunca he olvidado estos amaneceres criollos en el campo, y que sólo la visión del

mar, cuando lo he contemplado de noche, en la silente y despoblada cubierta de un buque, me ha hecho recordar esto, y como esto, me ha hecho sentir todo el peso del infinito, todo el infinito misterio de la vida.

—¡Ah, sí! ¡Las veces que, en otros tiempos, yendo por una guardarraya o un camino a esta hora, me he dejado llevar por el caballo kilómetros y kilómetros, mientras con el alma agrandada, o aturdida, o delirante, perdíame en esa inmensidad, hasta sentir el vértigo y querer huir, espoleando el caballo y refugiando la vista en el camino!

—¡Sí! Esa es la palabra: huir. Lo mismo me pasaba a mí cuando andaba por el campo a esta hora, aquí en Cuba, y lo mismo he tenido que hacer en los barcos. No he podido aguantar más de veinte o treinta minutos de interrogaciones al cielo y el mar, sin salir corriendo para el fumadero o el camarote. A buscar gente y cosas de gente: luz eléctrica, paredes, *cognac*. ¡Oh, tremendo! Es cuando uno se explica que ante la Gran Equis; con el vértigo ese de que hablabas: el vértigo de buscar el cómo y el porqué, en medio del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo inteligente y lo ciego, lo ordenado y lo desordenado, la gente eche mano de un dios para explicárselo todo, o para conformarse con no explicarse nada. ¿Que a qué obedece todo esto? ¿Que quién lo hizo? ¿Que qué hacemos aquí nosotros, tan pequeñitos y efímeros, en medio de esa inmensidad sin límites y de ese tiempo eterno, con el portento de la inteligencia en vaso tan frágil y diminuto, con el dolor siempre encima y el buitre comiéndonos por dentro inacabablemente? Pues ¡sencillísimo! Eso lo hizo Dios, cómo y sabe Dios para qué. Unos viven con el fantasma encima; otros lo tienen de comodín para las pocas veces que la duda o el miedo asoman en su cerebro, y unos terceros, muy pocos, se encogen de hombros y dicen: "¡Allá él!" Los que andamos peor somos los poquísimos que sabemos lo que va dicho: que el hombre fué primero que Dios, ya que éste surgió y vive sólo como idea en el cerebro del hombre.

Y, en seguida, dejando caer la conversación en el terreno así preparado:

—Sin embargo. ¡Cómo con esta pequeñez y fugacidad de nuestra vida, unas veces nos dejamos oprimir por la estúpida creencia en responsabilidades absurdísimas, y otras nos inflamos y elevamos como pompas de jabón, haciendo más odioso el egoísmo de los que fatal y ciegamente vamos por la tierra, hermanados por el Dolor!

—¡El Dolor! Lo único que es cierto. Como lo definiste tú la otra noche en Matanzas. ¡Qué bien! Del nacimiento a la muerte vamos por entre dos líneas paralelas. Una delgada y tenue: la de la felicidad. Otra gruesa y bien negra: la del dolor! ¡Bien; bien está eso!

—Sí; pero tú—algo forzadamente acabó de caer *Cuco* donde quería—Tú por ejemplo, podrías pasar mucha tinta de la raya negra a la otra. Todo sería que te decidieras a pensar en alta voz, un buen rato, de cuando en cuando y con un auditorio como el que tienes ahora. Que yo pueda tener la satisfacción de servirte para esto, y para hacerte volver a tus libros y al comentario de rigor, conmigo; solos los dos, o con la compañía que te parezca conveniente. Tienes eso muy abandonado. Y hoy, no sólo la Revolución anda en la cuestión obrera, sino en muchas otras materias, de las cuales debes enterarte; te conviene; tienes necesidad. No puedes seguir viviendo al margen de lo que pasa fuera de tu casa y tu ingenio. Porque, no olvides que todas las épocas tienen sus ciegos, y tú eres un ciego, mucho más lamentable que otros: que uno de estos anarquistas que te amargan la vida, aquí en el ingenio; que mi misma hermana, que era otra ciega. Más lamentable, porque tú eres un hombre bueno; que tienes talento y tienes dinero: dos poderes mágicos que siempre deben servir para ir relativamente bien por la vida.

—Bien. Al principio creí que te ibas al socialismo; pero con la mezcla que has hecho... ¿Qué ce-

guera es esa, en que nos metes tú: a Benigna, a los anarquistas y a mí?

—Déjame ver si te lo explico. Vamos con método. Mira.

Puso la mirada en la distancia; alzó el índice en pausa tribunicia de concentración de ideas, y continuó:

—Es indiscutible que estamos en un momento de precipitada transición de valores morales y materiales. El régimen capitalista está en el comienzo del cierre total de su ciclo histórico...

—Oye. Espérate. Si vas a empezar basándote en tus puntos de vista, falsos...

—Bueno. Esa es tu ceguera precisamente...

—No—insistió Don Ricardo en sus interrupciones. —Mi ceguera, o la tuya. ¿Por qué ha de ser así, como tú dices, y no como digo yo?

—Porque ya te lo demostraré—contestó rápido *Cuco*, evitando que se le siguiera cortando el discurso. —Déjame hablar, y luego me contradices. Vamos a no proceder como latinos...

—¡Más latino que tú! ¡Porque cuidado que tienes una verbosidad, y un hiperbolismo, y una rapidez de concepciones definitivas!... Pero, en fin: que siga el vidente.

—Bueno. Sí. Pues, yo *que veo (las palabras éstas las subraya el acento)* sé que el capitalismo está en quiebra definitiva como sistema económico. Antes de la guerra su fracaso era cosa prevista por muchos pensadores y sociólogos; pero después de ésta, que en último extremo hay que cargársela en cuenta, el fracaso es sólo invisible para los que no ven, o no quieren ver. No será capaz de salvar los pueblos, ni de resurgir con poder suficiente para atajar el período de trancisión revolucionaria, con mucho rojo y mucho negro, que ha de conducir a nuevos sistemas, difíciles de concretar en profecías, pero de todas maneras más humanos y justicieros. ¡Ah! Ten la seguridad de que nos ha tocado vivir, y más a la generación de nuestros hijos, en una época terrible, de demoliciones

y ensayos dolorosísimos. Pero, ya esto te lo haré resaltar con más calma y mejores razones en el momento oportuno. Dejo sentado ahora que el actual régimen económico sufre una crisis mortal; y como casi todas las otras instituciones sociales están estrechamente ligadas con las normas económicas que prevalecen en una época cualquiera, y además esas instituciones vienen siendo objeto de una crítica demolera, violenta casi, que llega a las más bajas capas de la población, con unas teorías tan tentadoras y sugestivas, como las de la crítica del sistema capitalista, pues: la moral, el derecho, la política y todo lo demás, está a merced de la piqueta y en espera de nuevas fórmulas. En semejante estado crítico, y al igual que siempre que un movimiento así sacude al mundo, o a un solo pueblo, surge el montón de los ciegos, que se divide en varias clases. Una, la de los jacobinos que deliran con definitivas reivindicaciones y arcaicos estados sociales, absurdísimos unas y otros. Otra, la de los mediocres de la voluntad y la inteligencia, que mueren, con la tristeza de su incapacidad para soportar la amenaza de lo nuevo, asfixiada por las fatales leyes selectivas y de evolución. Por último, la de los que por rutina, o por razonar con borradores ajenos, o por equivocada y suicida defensa de intereses egoístas, se lanzan terca, rabiosa e intransigentemente, en contra de todas las verdades, más o menos relativas, que con fuerza incontrastable impulsan la conmoción innovadora...

—Te veo, te veo...

—Claro. A la primera clase, pertenecen los anarquistas, los bolcheviques, como ese catalán que tienes aquí, y con quien ya he hablado varias veces. Ese no saldrá de su anarquismo del año 90, con su fe *ciega (el tono de voz subraya)* en un paraíso de amores, igualdades y fraternidades, hasta que lo maten en una barricada o salte pulverizado por el aire con una bomba fabricada por él mismo para pulverizar a otros. Paranóyico bruto, lo arregla todo con sentencias retumbantes y teorías simplicísimas. Para irle con ra-

zonamientos es preciso estar tan loco como él. Del mismo modo que tú me dijiste el día que veníamos de la Habana, que mi hermana Benigna le redargüia a tus autores con filosofías de púlpito, ni Darwin, ni Spencer, ni Nietzsche, ni Le Dantec, valen un comino para *El León*. Para él *El Origen de las Especies* está destruído por *El Apoyo Mutuo* de Kropotkine. Spencer ha sido deshecho por el compañero Z en *Tierra y Libertad*, de Barcelona. Nietzsche no le llega a los talones a Juan Grave. Y Le Dantec. ¡La psicología de Le Dantec al lado de la de Hamon! Bueno: después de todo es una ceguera de temperamento y entendimiento muy explicable. ¡El pobre hombre! En la segunda clase ni que decir tiene que estaba catalogada la pobre Benigna. Con madera de santa, educada para santa y para vivir entre santos, no pudo adaptarse al ambiente, no pudo resistir la vida de mujer de su época, de mujer de hogar y de sociedad en este mundo de hoy, tan lleno de sorpresas, anormalidades y complicaciones de todo género. El matrimonio, y más el matrimonio con un hombre rico, la puso fuera de su elemento natural, y ni el talento que tú le reflejabas, ni el dinero en que la incluiste, fueron tales poderes mágicos para amoldarla a las condiciones de tiempo y atmósfera. El ser rica de nada le sirvió. Cuando debió comenzar a vivir plenamente le dieron dos o tres estrujones, y fué lo bastante para que se ocultase en aquel caserón, a rezar, llorar, rabiar, enfermarse, durante media vida, para terminarla prematuramente, recondenada y sin salvación. ¡En fin! ¡Era de preverse!

Un suspiro de Cuco, pesado para Don Ricardo; una pausa, embarazosa para los dos, y Don Ricardo impaciente dijo:

—Bueno: ahora viene el tercer grupo. El mío.

—Eso es.

—¿Y?

—Allá vamos. Tú eres un hombre inteligente, con gustos intelectuales, con dinero y relativamente joven. A pesar de eso llevas una vida amarga, detestable, que

por otra parte tampoco corresponde a los esfuerzos que hiciste en la juventud para afianzar y mejorar lo que te dejaron tus padres. Tanto has sufrido y tanto te han complicado y *te has* complicado la vida, que ya no es sólo amarga y detestable, sino que la neurastenia te acaba de desesperar, amenazándote muy seriamente. Estamos de acuerdo en que ni la neurastenia, ni las causas de la neurastenia, pueden serte curadas por cualquier médico, sino por un médico inteligente, con tal de que quieras abrir los ojos, razonando como hombre que tiene dos dedos de frente, y no como cualquier burro, cargado de dinero a lo burro, y con las vías cerebrales atascadas de rutina y preocupaciones que a estas alturas van siendo majaderas, si no son irrisorias. Ese médico inteligente, no necesita título. Puedo ser yo. Quiero serlo.

—*All right!* Sigue.

—Vamos a ver. Mientras vivió mi hermana, reconozco que tu problema de familia sólo podía tener soluciones de cierta relatividad y siempre difíciles. Pero, ahora ¿por qué crees que puede serte pesado o inconveniente el matrimonio con Clara? Hago la pregunta, porque te he oído tratar el asunto así como de lado, como si fuese algo enojoso, que precisa ser demorado con difíciles pretextos. ¿Por qué? Por mucho que el matrimonio la asuste, o se le haga pesado por las resistencias que su amor propio pueda hallar en él, ella desde todos los puntos de vista debe desearlo, esperarlo ahora después de lo ocurrido. ¿Y para qué sirve el dinero si no es para vencer o despreciar esas resistencias, por lo menos? No te cases en Matanzas, ni en La Habana. Cásate aquí. Te pasas seis meses en el *chalet*, y mientras tanto que te hagan otro, bien bueno y bien elegante en el Vedado. Es la oportunidad de que te vayas a vivir al Vedado, o a cualquiera de los otros barrios de lujo, de La Habana. ¿Para qué necesitas vivir en Matanzas, si tienes el ingenio a dos horas de tren de la capital? Y una vez instalado allí, ¿qué? Hoy, entre la gente de verdadera cultura: la que lee y piensa, existe más que una gran tolerancia,

una gran indiferencia para las realidades de la vida. Esa gente, que es la que en verdad debe importarle a uno, la encontrarán Clara y tú en La Habana. En la aristocrecia, *ejem, ejem,* hallarán un buen número de honradas adúlteras, de virtuosas semivírgenes, que mientras ven *Fifí* o flirtean en torno de las mesitas del *five o'clock* murmurarán algo; pero, figúrate, murmurarían de la mismísima Virgen del Cobre, y además la autoridad moral y la desenvoltura de las maldicientes, no permite la menor mella en nadie. A esas, y a las conventuales, a las chapadas a la antigua, en seguida las dejas aturdidas y asfixiadas con el bombo y la jabonería de olor de la crónica social. ¡Ah! ¡Cuando tú tengas tu palacete en el "quartier" del Vedado! ¡Ya verás que hombre más conocido, simpático, inteligente, caballeroso, y ahorro adjetivos! ¡De *Madame* no digo nada! ¡Ríete de distinción, belleza, elegancia, sentimientos caritativos y aristocracia de pura fuente! Pero ¡hombre! ¡Si no sé como tengo que decírtelo!

—Me lo dices porque quieres. Todo eso está bien, y lo tengo muy pensado; pero... tengo que pensarlo más, y ¿las muchachas? ¿Debo llevarlas? ¿Puedo llevarlas, sin imponerles a la fuerza un criterio moral chocante y en cierto modo la infamia de hacerlas convivir, en plena sociedad, ahora que son jóvenes, ahora que tienen aún viva la herida de la muerte de la madre, con la mujer que hasta ahora ha sido mi amante, en vida de aquélla, robándoles el padre y el derecho al hogar? Porque hay que ver que se trata de mujeres jóvenes, de hijas y no de hijos. Lo cual es bastante distinto.

—Aplaza el matrimonio un año; prométeselo para entonces a tu mujer, y en ese tiempo casa a Carlota con *Castrico,* y a Adolfina con Alfonso Valdés.—Dijo recto y a boca de jarro *Cuco.*

—Lo primero también lo he pensado, y vagamente he contado con ello para cualquier solución. De lo otro *(y extendió la diestra, vertical bien abierta, como si rechazase algo material)* ¡Alto ahí! No me toques

ese punto. Déjame con mi ceguera en ese sentido. Te lo suplico.

—No hay súplica que valga. Yo no soy un muchacho, ni un mentecato, y lo que tenga que decirte, en este o en otro asunto cualquiera, merece ser oído; ya que lo que diga, podrá ser más o menos equivocado, pero nunca una barbaridad que no merezca ser tenida en cuenta siquiera sea como idea mía.

—Pero, si es que en lugar de convencerme, vas a mortificarme y a perder tú el tiempo.

—Aunque así sea. En primer lugar creo que tengo bien ganado, con mi proceder, el derecho a ser escuchado. En segundo lugar *(y las palabras salen ahora, entre sonrientes labios de broma)*, que hemos quedado en que soy el médico. Tengo que darte un purgante, y tú te lo tragas aunque sea a disgusto y rezongando. Pero. No. Ahora en serio. ¿Qué inconveniente, de veras fundamental, encuentras tú en que Alfonso Valdés se case con Adolfina? Yo comprendo que la primera impresión fuera de inmediata repulsa, de terminante negativa. Claro. En verdad el caso es desacostumbrado, y luego: tu hija, la mimada; un obrero; la rabia del engaño, o mejor de la hábil ocultación; el hecho de haber llevado relaciones amorosas viviendo en la misma casa. Perfectamente. Me lo explico. ¿Pero, más tarde has tratado de discurrir en contra de esa primera impresión, buscando antecedentes, responsabilidades, balanceando lo que puede venir mañana, si continúas en tu idea, o si cambias de modo de pensar?

—Sí. Desde luego que he pensado bastante en todo, parte porque ella, que bien se defiende, me ha hecho pensar, y parte porque mi conciencia y mi responsabilidad de padre, a ello me obliga. ¡Si ésa es la más grave de mis neurastenias!

—Muy bien; pero has pensado como padre burgués, en contra de un pretendiente pobre y socialista, en momentos en que los socialistas se han echado a la plaza con el trapo rojo, y te tienen rabioso a gritos, carreras y trastazos. Porque, a ver. Yo no veo más

que una desigualdad hasta cierto punto importante: que Adolfina tiene dinero y él no lo tiene. Pero ¿y qué? Lo de que es un obrero, resulta exagerado: es un hombre pobre, pero ya realmente no está en la categoría del obrero a escaso jornal, ni siquiera a jornal de ninguna clase. Trabaja a sueldo, y a un sueldo bastante crecido...

—Gran puñado, sea lo que sea—interrumpe Don Ricardo.

—Como te dije en la carretera, para eso estás tú ahí, con tu dinero. Métete, por decirlo así, dentro del cerebro y el corazón de tu hija, y cuando adviertas que ella también tiene los derechos inherentes a su condición de unidad humana, y que en esto tiene tanto o más que tú que decir, puede ser que comprendas que debes tener dinero para ella y para él, para comprar esa parte de la tranquilidad que necesitas y de la felicidad que ella, tu hija, reclama. El muchacho ese es bueno e inteligente. Le he tratado, y tengo mis motivos para dármelas de observador y mundólogo difícil de desorientar con un *camouflage* más o menos hábil. Es bueno e inteligente, y como tu buena acción le obligará, y es trabajador, y ha probado que ama fuertemente a Adolfina, puede llegar a ser un gran colaborador tuyo. No hay un solo motivo, para esperar lo contrario.

—Bueno: admitiendo que en lo del dinero tengas razón. Todo eso de la bondad, y la inteligencia, y el amor por Adolfina, que ya tú das por sentado indiscutiblemente, pero que debes permitirme que yo no acepte así, porque te dé la gana y nada más que por eso...

—Se puede probar. Si quieres, se puede probar.

—¡Qué probar, ni probar! ¿Quién lo va a probar? ¿Yo? ¡Vamos, hombre! ¡Cómo se conoce que estás fuera del agua! Si ése es un atrevido. Le conozco mejor que tú; tengo mayores motivos. ¡Ja, ja! ¡Un Valdés! ¡Un churriburi! ¡Una especie de mulatico cualquiera!

—¡Ah, mira! Si me crees fuera del agua, y que

por eso nado bien, desde ahora me considero sin derecho a decir una palabra más.

—No, hombre no quise decir tanto. Claro que esto te interesa; sólo que es natural que veas las cosas de otra manera. Hay que ver que tú casi no has hecho vida de familia; que acabas de llegar; que tienes unas teorías tremendas.

—Es que creí que ibas a dejarme hablar. Pero eres el gran cubano. Oyeme, si es que quieres mis pruebas de que sufres y vas mal por fosilización de ideas, por apartarte de las verdades del momento histórico en que vives. Me ha parecido sobrentender que lo de compartir tu fortuna con el marido de tu hija, siquiera sea en lo de darle un empujón inicial, siempre que quien sea tenga las condiciones que antes te dije, es más o menos aceptable para ti. Ya es un algo. Y sería bastante, si no supiera yo, desde que hablamos en la carretera, todo lo que va envuelto en esa frase despectiva que has dicho antes: "Una especie de mulatico cualquiera." Eso es lo que más te solivianta e impide ver en ese muchacho otra cosa que cualidades negativas. Y te repito lo que te dije aquel día. En Cuba eso es ridículo; implica una tonta, absurda resistencia a la verdad, que sólo demuestra miopía mental, incapacidad para ponerse por encima de vulgares generalizaciones. Yo me consideraría, desde luego, más inculto de lo que soy si negase la superioridad de la raza blanca, pura, hasta donde la pureza es admisible en estas cuestiones étnicas, sobre las razas de color. Pero es que en Cuba lo que vamos teniendo es una raza especial, como otras que han surgido y van surgiendo en estos pueblos nuevos, y que tiene bondades y grandezas positivas, para figurar dignamente como uno de tantos conglomerados sociales, cultos y útiles. Esta raza, como te dije ese día, que en gran parte está hecha a base de aldeanos españoles y razas de color, da en las mujeres un tipo inteligente y bello, de una belleza especialísima, en extremo atrayente, y en los hombres un *standard* de talento, valentía y sentimentalismo, y dignidad individual y colectiva, y personal

simpatía, que resiste la comparación victoriosamente con cualquiera otro. Ahí están todos esos hombres de tipo netamente criollo, de ese tipo del cual debemos estar orgullosos, que, sin ambiente de arte, sin calor de tradiciones fecundas, en medio de una prolongada inquietud política, nos asombran en la poesía, en la tribuna, en la literatura, en el periodismo, apenas espigan superficialmente en el campo del saber. Recuerda tú lo que los cubanos hemos hecho en el extranjero, con nuestro talento, y lo que hicimos en cincuenta años de lucha por la independencia nacional, y dime, en verdad, en conciencia, si hay por qué renegar de este singular tipo gran-antillano, si es que el renegarlo pudiese conducir a algo, y menos hoy que las aristocracias verdaderas están en ilevantable bancarrota. Y, claro que he hablado de mayorías, de lo que pesa y hace bulto. Hay muchos que son de puro origen europeo, y que han pasado por muchas generaciones limpios, difícilmente limpios de toda mezcla; pero no es ese el tipo criollo a que me refiero, al que yo tengo orgullo pertenecer. Y me pongo, personalmente. ¿Tengo yo la seguridad de ser de puro origen europeo? Prescindiendo de que mi segundo apellido es canario, y que las Canarias están incluidas entre las tierras africanas, ¿quién me garantiza que, entre matrimonios y amancebamientos, no se me haya metido por ahí un chorrito de sangre no europea? ¿Y si se ha metido? Pues, además de que no me avergüenzo de mi abolengo, ni del de parte de mis conterráneos, ése es el papel que la vida me ha dado. ¡Vamos, hombre! El mulato, el mismo negro cubano, no es de ninguna manera el negro ilota y retardado de los Estados Unidos, de las colonias inglesas, ni mucho menos del Africa, y cuando recuerdo el papel que han jugado en nuestra historia, encuentro que es denigrante para nosotros mismos, los criollos blancos, andar siempre con la raza, y la raza. Eso es sencillamente una injusticia: como he dicho, denigrante. De modo que, ya en este terreno de las grandes sinceridades, después de lo que te he dicho, ¿qué? En cuanto a clase, Adolfina, si no

por ti, quizá si por nuestra parte, es del tipo criollo que tengo por característico, y en el cual está Alfonso Valdés. En cuanto a humildad de origen, pues ¿qué cantidad de cubanos, de generaciones más o menos lejanas, no proceden de emigrantes aldeanos, o de algo por el estilo? ¿Las maneras decentes? ¿Los hábitos de ciertas alturas? El muchacho tiene muy poco de los de la gente ineducada; muchos de los de la gente educada, y sobre todo susceptibilidad material para dominar ahí como el que mejor, y para dominar algo más: lo que está fuera de la educación; es decir, más allá: la cultura. Así es que no te resistas testarudamente, mi Ricardo. Va en ello casi todo lo que, en el fondo, obsta a tu quietud y felicidad. (Ya hablaremos del otro punto importante.) No pretendo, desde luego, haberte convencido ya, ni convencerte en lo sucesivo, sólo a fuerza de oratoria. Unicamente espero que, en tu propio beneficio, le concedas a lo que te he dicho algunas horas de cavilación, y de nuevas expansiones conmigo. Carlota y *Castrico* pueden ser felices. Una es muy poquita cosa; el otro apenas si llega a lo mediocre. Pero cada uno de ellos tiene bastante para el otro. Son tal para cual. Te quedan los otros, o si quieres, la otra. Vamos a ver si, antes de que amanezca, tenemos tiempo de estudiar tu otra ceguera.

—Y que, hasta ahora, te digo que continúo sin ver.

—Quizá no tanto como crees, o como quieres hacerme creer. Pero si te obstinas en ser ciego de los que no quieren ver, con seguridad que no eres, ni serás tú solo. Ya te he dicho que en estas épocas de transición los ciegos abundan. A la larga la ola se los lleva, trágica y espectacularmente, en el ras colectivo, o como en el caso de Benigna, en un prolongado y doloroso drama íntimo. Por ahora, únicamente debo recordarte que estamos los dos aquí, a las cuatro de la mañana, encaramados en una azotea, filosofando como dos bohemios trasnochadores, por causa de una neurastenia que ya llega a echarte de la cama a media noche. Ahora, cuando hablemos del problema obrero —tu más grave preocupación—te recordaré que vives

como una especie de potentado estrafalario, que tuviese la manía de tener la casa llena de fieras, entre hierros quizá no tan seguros como fuese de presumir, y que por ello viviera en una constante nerviosidad capaz de matarle a plazos, si es que un día de general escapatoria, no le despachaban de cuatro zarpazos. Pero, sea la neurastenia o la nerviosidad de las fieras, o la rebelión de éstas, lo que te pudiera tumbar, Adolfina y Alfonso Valdés, a la larga... Y, créeme: vale más que si ello ha de suceder de todos modos, sea haciéndote noble y grande a los ojos de tus hijos, y a tus propios ojos.

—Y sobre todo a los tuyos, digo yo, rematándote el discurso.

—No. A mis ojos sólo serías un hombre justo.

—Que ahora no lo soy. ¿No es eso?

—Por supuesto que no. Te lo ha dicho tu propia hija, y te lo digo yo ahora, con tanto derecho como ella. Yo estoy ahora aquí, hablando contigo, y metiéndome en todas estas cosas, porque he comprendido; óyelo bien: com-pren-di-do, que tú, cuando en la vida te faltó amor, comprensión, felicidad, pudiste creerte con derecho a buscarlos donde te fué posible dar con ellos, sin detenerte a ver quién era la mujer que te los daba, ni a qué clase pertenecía, ni por encima de qué consideraciones de familia, de qué responsabilidades de padre, saltabas para defender tal derecho. Y aquí estamos ahora los dos. Yo soy justo, porque lo reconozco así. Tú no lo eres en la parte que corresponde. No es seguramente porque soy más bueno, sino porque tengo una moral mía, libre, humana. ¡Humana, chico! Es decir, verdadera . Y porque te quiero y quiero a mi sobrina. Y por la justicia, por la verdad, por el imperativo categórico, Ricardo, que yo, a ver: ¿qué gano con ello? Ni a la larga, ¿qué gano yo con nada? Sí, figúrate que me tengo que morir. Lo que te decía en la carretera. Me tengo que morir, en un plazo que aunque sea de treinta o cuarenta años más—y es mucho—de todos modos será brevísimo. Mira tú. ¡Treinta o cuarenta

años! Cuba lleva cuatrocientos de descubierta; la civilización llamada cristiana tiene dos mil, las pirámides diez mil, y el eslabón de Dubois necesita una ensarta de ceros a la derecha. Toma eso como punto de partida de tus filosofías; eso que no puede ser más definitivo, y verás si vale la pena de andar encaramado en el Olimpo de la superioridad de razas, y de clases, y de pesetas. No juzgues como padre calderoniano, ni como moralista con canas y arrugas. Métete, como te he dicho dentro de los diez y siete años de Adolfina, y a ver qué te parece eso de distribuir el amor en moldes, o de querer aherrojarlo por consideraciones de orden muy secundario ante la realidad de la vida. Por honradez de conciencia, por dignidad de tu talento, chico, abre los ojos. Hazte cargo.

—Muy bien. Colosal estás en tu papel de médico de neurasténicos. Energía, sugestión, opiniones irreplicables. ¡Insuperable! Lo malo es que hay cada neurasténico tozudo por ahí... Pero, quiero dejarte que termines dándome la luz. Continúa. Venga el problema obrero.

—Va el problema obrero. Oye. Hablando de estas cuestiones con Don Luis, me dijo, no sé si producto del buen sentido que indudablemente tiene, o si es que lo ha leído por ahí, que no obstante lo complicado que es el tal problema, no hay casi una persona que no crea tener soluciones para todos, o por lo menos algunos de sus aspectos. Nada más cierto. Cualquiera perorador de púlpito, de tribuna jacobina, de redacción provinciana o de banco de parque, con cuatro fórmulas de "sentido común", sencillísimas, te lo arregla todo maravillosamente. Si es un señor filántropo, al estilo de aquel Juan de Robres, que antes de hacer un hospital hizo los pobres, la panacea no puede ser otra que la caridad cristiana. Si es un tirano por temperamento, aunque sea un desgraciado sin inteligencia, ni dinero para tiranizar a nadie: un pobre diablo que vive de un sueldo y de aguantar bilis ajenas, todo será cuestión de tiros... hasta que un día le metan uno en el cráneo. Si es un kropotkinista en

delirio apostólico agudo, te dirá que todo puede arreglarse a decretos, desde suprimir la propiedad privada, hasta hacer que desaparezcan el robo, el juego, los crímenes, la miseria, el alcoholismo, las inundaciones y hasta los microbios patógenos. Pero los que leemos, y más los que hemos especializado en estas cuestiones, a medida que nos vamos adentrando en ellas, más complejo nos va pareciendo el problema, más difícil buscarle salidas y más irrisorio el querer profetizar lo que ha de venir, poniendo en práctica este o el otro sistema. Ni creo en absurdas igualdades y fraternidades niveladoras; en las "balsas de aceite" con que sueñan los fanáticos de buena fe, y dicen soñar los listos explotadores del nuevo credo, ni de ningún modo puedo compartir la estolidez de los que, por pensar con cabeza ajena, o no pensar absolutamente, se enfrascan tercos en su opinión de que todo ha de seguir lo mismo por los siglos de los siglos. Tengo la pretensión de ver lo que ni unos ni otros ven.

Una breve pausa para volver a tomar el hilo, y:

—De modo que no pretendo tener soluciones definitivas, ni para tu problema particular, ni para el problema general. Creo sencillamente que tú, por ejemplo, podrías ahorrarte muchos de los disgustos e inquietudes del problema obrero—que te echan a perder grandemente la ventaja de tener dinero—resignándote a ganar unos cuantos miles de pesos menos a fin de año...

—Eso te parece muy fácil—le interrumpió Don Ricardo.

—Y puede serlo. Ahora que comprendo que tú no lo puedes ver por el ambiente en que vives, entre otros aurívoros, en reuniones de accionistas, de banqueros, soñando con nuevos y grandes negocios; en plena epidemia capitalista; olvidado de que más vale un capital modesto, seguro, que no cueste tantas energías y tantas zozobras; es decir, que ¡deje vivir! que andar en esa pugna de la vanidad, de ver quién tiene más millones, en que pasan la vida ustedes los ricos; siempre de carrera, nerviosos, pendientes de algo grave, es-

perando una fuerte sorpresa en cada carta o telegrama que reciben, cada vez que suena el teléfono, cada vez que el secretario particular se acerca para una consulta o una noticia en secreto.

Don Ricardo alzó los hombros y dijo:

—¡Quizá!

—Yo sinceramente creo que, con unos cuantos ricos que, en cada país tuvieran una amplia visión de la realidad, y con que muchos intelectuales de esos que asisten impasibles, embobados, sin darse cuenta, a este grande e incomparable espectáculo universal, quisieran ocuparse en él con el interés que merece, habríamos de ahorrarnos muchas de las calamidades inminentes y de un alcance y duración incalculables que se nos viene encima. Y te repito: ni en esto, ni en lo de Adolfina apostolizo. Soy demasiado determinista para hacerlo. Lo que me pasa es que soy de los pocos que vemos mucha dolorosa injusticia en torno nuestro, y oímos *todos* los infinitos clamores en contra de esa injusticia. El misterioso imperativo de piedad que todos, religiosos e irreligiosos, morales y amorales, llevamos dentro, nos hace sufrir con esa dolorosa injusticia, con tantas miserias morales y materiales, que nos envuelven por todas partes. El egoísmo de no sufrir eso, es el egoísmo paradójico de que hablamos en la carretera, cuando dijiste lo del "socialismo cuquista". Ese, y el de que advierto que se nos viene encima un vendabal de odios, de cóleras, de ruínas y sangre, sin siquiera la esperanza de que, a tan alto precio, alcancemos felicidad alguna, y que nos va a envolver a todos, espantosamente: a ricos y pobres, a ciegos y videntes. Por eso grito aquí, a tu lado, uniéndome a los pocos que por otras partes, y con más fuerte voz, gritan advirtiendo el peligro que a todos amenaza. Gritamos dando la voz de alarma, con el derecho de que se nos oiga, ya que ni esperamos del caos revolucionario bienandanzas que merezcan el dolor de pasar por aquél, ni la hecatombe ha de llevarnos de encuentro privilegios ni dulzuras de ninguna clase.

—Bueno—y nuevo alzamiento de hombros.—Si eso viene, nunca será tan pronto. No te apures tanto.

—Lo mismo creían los nobles cuando la gran injusticia social más que los enciclopedistas (los Bakounine y Kropotkine de entonces) preparaba la Revolución Francesa, y lo mismo creían los ricos que en Moscow llenaban los teatros, cabarets y restoranes de moda, seis horas antes de que la Revolución se incautase de bancos, palacios y automóviles, y sus dueños recibían el agradable encargo de barrer las calles, partir leña y limpiar cuarteles y fortalezas. Y en cuanto a esa condicional de "si viene", desengáñate que es porque desconoces completamente el estado de ánimo, de verdadero misticismo que vive en grandes lotes de hombres y mujeres, que ponen toda su fe y toda su esperanza en una revancha revolucionaria, y el odio y la desesperación no siempre visibles que existe entre todos los desheredados, socialistas o no socialistas. Estás muy lejos para tomarle el pulso al enfermo, y además de lejos, como los otros ricos, nunca te detienes a estudiar los síntomas ostensibles, los que podrían revelarte un estado de cosas en extremo sorprendente y alarmante. En cambio, yo hasta hace poco he estado a la cabecera del enfermo y por ello, y porque soy un espíritu observador, sé lo que se siente y lo que se dice en torno del mal. No es sólamente lo que se exterioriza con harta elocuencia en la tribuna roja y lo que vibra con mayor elocuencia aún en el rojo auditorio. No es tampoco lo que se rezonga en el taller a causa de un regaño, de una expulsión, de una rebaja de jornales, de la desgracia de un compañero en un accidente del trabajo, lo que demuestra la verdad de la situación. Ni es indicio de un valor excepcional la proclama huelguista, ni el periodismo jacobino de los voceros libertarios, ni la agresiva intransigencia de los *leaders* a la hora de los tratos para solucionar un conflicto. (Por más que todo eso debiera constituir un constante alerta para los de tu clase, te lo repito.) Es lo que se comenta en el hogar cuando se leen en un diario las mil manifestaciones de la desigualdad

social más chocante, de las insinceridades religiosas, políticas y morales, en la crónica de sociedad, en los partes de policía, en la nota roja más saliente del día, en las reseñas de las grandes fiestas caritativas. Es lo que secretea un obrero desocupado, un empleado cesante en el oído de un colega en categoría y desgracia, al pasar por las ventanas de un restorán de lujo con sus hirientes exhibiciones de vinos, manjares y "Coronas de la Corona". ¡Ay de los que están allí tan confiados, si no hubiese guardias en las esquinas! Es, mi cuñado, lo que se habla en un corrillo de café barriotero cuando pasas tú con el *Cadillac* ostentoso y provocativo, que arrolla al que va a pie y pone como un merengue, de dulce y suave, al policía matancero que lo ve venir entre los vehículos de menor importancia. Es—¿y para qué seguir?—lo que comenta el novio, el hermano o el marido pobre con la mujer que lleva al lado cuando, de una gran tienda a la moda, sale una muchacha rica, exhibiendo sedas y brillantes, camino de otra tienda, del hotel de moda, de la fiesta deportiva, o de cualquiera otro lugar de los incontables en que pasa casi todas las horas del día. "De sabrosa; sin dar un golpe".

—Pero, hombre. Ya eso no es socialismo, ni ansias de igualdad, ni nada más que envidia, odio.

—Desde luego. Pero *es*. Yo sólo apunto el hecho. Claro que no se debería personalizar en estas cuestiones; pero ve tú a pedir peras al olmo. El razonamiento será odioso, pero es un razonamiento revolucionario, demostrativo del estado de opinión que digo que existe, ya fatal e irremediablemente, en la mayoría; fíjate bien, en la mayoría que constituyen los que no tienen automóvil, ni visten sedas, ni se dan banquetes en cada comida.

—Pero es que te metes miedo con tus mismas palabras. El terror está aún muy lejos para nosotros. Hasta ahora no está más que en la imaginación de los que piensan como tú.

—Bueno, tú insistes en eso, y yo en que está más cerca de lo que muchos suponen, y en que viene fatal

e inevitablemente. Pero, con todo, vamos a verlo desde un punto de vista distinto. ¿Crees tú que es posible seguir viviendo en este estado de guerra, unas veces sorda, otras veces violenta, en que estamos viviendo últimamente? ¿Así se puede trabajar por el progreso, por la civilización, por el bienestar de la especie, cuando todo eso requiere paz y cooperación de todos? Y esa guerra existe. No puedes negarlo. El obrero, hoy, a lo que va es a ganarte el dinero, sea como sea, sin el menor nexo de interés y conveniencia contigo, sino al contrario, considerándote como un enemigo, y tú, lo único que te importa es que ese obrero te rinda un servicio como el que te rinde una yunta de bueyes, una locomotora o un carro de carbón, a un costo determinado, olvidándote de que un hombre, por muy bajo que esté en la vida, tiene sus derechos, sus aspiraciones y su personal dignidad. Cuando los valores obreros están en alza, como sucede ahora con la escasez de brazos, te tratan de acuerdo con ese concepto de enemigo. Cuando los capitalistas están arriba, o sea que hay hambre y sobran brazos, el tratamiento es de pan y agua, y si hay quien chiste, el sistema de garrotazo y tente tieso.

—Pero esa guapería de ahora, pronto se les acabará. Deja que varíen un poco las cosas, y les demos tres o cuatro metidas bien buenas.

—¡Eso es! Lo mismo que digo. Pero, te advierto que el jueguito es peligroso; porque para la metida hay que contar con la policía y el ejército, que no están integrados por millonarios.

—No importa. Y en último extremo: no comparto tus temores. Te lo repito. Lo que los obreros quieren es un absurdo, y el absurdo no puede triunfar nunca, ni siquiera sostenerse por mucho tiempo. Todo eso de la esclavitud y la injusticia con los obreros, es exageración: el *modus vivendi* de unos cuantos listos. En el mundo ya no hay esclavitud, y si hay alguna injusticia es la inevitable, la que debe haber dentro de lo humano. Porque todas las puertas están abiertas para quien vale y quiere trabajar.

—¿Quiénes son los que valen?

—Los que tienen talento.

—¿Y todos los que van bien por la vida tienen talento?

—No, pero los que van bien por la vida sin tener talento, tienen otra cosa que está fuera de control para nosotros: la suerte. Así es la vida, y no tengo yo la culpa de que no pueda ser de otra manera.

—Yo, por cierto, no te he culpado de nada, personalmente. Y no te molestes. Atiende. Sí hay esclavitud, y sí hay injusticia suprimible en el mundo. Cierto que, yo mismo lo he dicho en anterior ocasión, no se trata de que todos seamos iguales, e iguales sean nuestro bienestar y nuestro destino en la tierra. Efectivamente. Pero se trata de que todos tengamos el mismo punto de partida, las propias facilidades, para que cada cual dé todo lo que lleve en sí, de valer intelectual. El genio nunca deja de manifestarse, por adverso que sea el medio en que surja y se desarrolle; pero mucho talento se malogra hoy por ahí, para quien lo posee y para la sociedad en que vive por las dificultades para el estudio y la producción, propios de la escasez de recursos y de una lucha desesperada por lo más elemental para la subsistencia. Pero es que no se trata únicamente del gran número de seres con talento que pasan por la vida sin dar frutos beneficiosos para ellos y para los demás; sino también de la gran multitud que en la colmena común contribuye con su rudo y perenne esfuerzo a las riquezas, al bienestar y al progreso de la sociedad en que vive, sufriendo miserias morales y materiales, abandonos y privilegios, a todas luces injustos.

—Es lo humano, como te he dicho.

—No. Ese es un tópico muy socorrido, y nada más. Ve a decírselo a los que sufren, que son los más abundantes. Ve a decírselo a los que ya no creen en más vida que en ésta: "Así tienen ustedes que pasar por el mundo, hasta que se mueran; porque esto no tiene otro remedio. Lo decimos nosotros, los

que vamos muy bien en la feria: los ricos, los economistas y los que hemos hablado con Dios.'' ¡Vamos! Todos estos valores para nada sirven ya. No sirven, siquiera, los de más moderna y desesperada creación: la Democracia, por ejemplo. Y me refiero, desde luego, a lo que se ha entendido hasta ahora por Democracia. ¡Y lo otro! La esperanza en recompensas ultravitales, está muerta, y bien muerta. De eso va siendo tonto hablar a estas alturas. ¿No? *(Otro encogimiento de hombros, de resignado, por parte de Don Ricardo)*. El respeto a las virtudes de los de arriba, que siempre dominaba algo, va cediendo rápidamente ante lo que ponen en evidencia el cine el teatro, el periódico y el creciente contacto entre todas las clases sociales. El prestigio del uniforme, de las jararquías gubernamentales, de las oficinas más severas e imponentes, hoy valen cero para el ciudadano más pobre e ignorante. La igualdad ante la Ley, viene a ser otro mito sin creyentes. Y en estas condiciones ¿tú crees que se puede atajar alguna cosa? ¿Con qué? Porque es preciso ver que, con la creciente difusión de la cultura, cada día será peor. ¿No?

—Sí. Desde luego. A ese paso; como ves tú las cosas, ahorita nada queda en pie. ¡Te tira, chico; aunque no quieras, te tira el socialismo!

—Quien sabe. Pero yo creo que tú eres el equivocado. Figuras en el montón de los que creen que ya estas cosas aburren. ''Ya eso es lata'', dicen. Egoísmo, o cuando más suave, pereza mental. El problema existe, y es grave, y requiere que se le encare francamente, con vista a un estudio fuerte y rectificador. En Cuba, como en cualquiera otra parte. Es una crisis colectiva, y el microbio que la produce está en todas las latitudes, y en todas vive con más o menos pujanza.

—Ya te he dicho anteriormente, que no estoy conforme con esa generalización.

—Bueno. A ver. Vamos a lo que te he dicho de la Justicia, y que te ha hecho exclamar: ''Te tira, chico; te tira el socialismo''. ¿Hay algún país, Cuba

o cualquiera otro, en que la Justicia no sea un mito? ¡Vamos! ¡Persisto a ver si me contradices!

—¿Para qué? A ti, aunque no lo quieras, te queda mucho de la inquina y la parcialidad, y hablando de estas cosas, en seguida tomas un impulso estupendo. Y como el papel de oposicionista es mucho más fácil y desahogado que el de gobiernista, que es quien sabe de realidades y de responsabilidades, y no de doctrinas y sentimentalismos, pues mira: ¡Aplastante!

—Por fortuna—dice *Cuco,* al advertir cierto brote de enfado en Don Ricardo—tú y yo somos quienes somos; que si no discusiones como éstas serían imposibles entre nosotros. Admito que soy todavía un apasionado (quizá no deje de serlo nunca), pero tú no lo eres menos, y para defender tus puntos de vista y desahogarte, partes de la premisa que más a mano te viene, sin tener en cuenta las salvedades que yo he tenido cuidado de hacer desde un principio. Te he dicho y repetido que no creo en igualdades y fraternidades, contrarias a las leyes científicas hoy ya indiscutidas entre gente capacitada para discutirlas, de la lucha por la vida, la evolución y la selección, y contrarias, además, ¡qué caramba! al buen sentido, a lo que enseña la propia vida, directamente. No creo, pues, en eso; ni creo en estados sociales cortados a la medida, con años de anticipación, y a base de suprimir el supremo resorte de todo progreso personal y social, que es la ambición innata en el ser humano de ascender en el bienestar y en la conquista de la admiración, o al menos de la estimación ajena, por algo que distinga y engrandezca. Como no creo que—¡no digo yo a sociedades como la rusa, por ejemplo!—ni a pueblos como el suizo o el inglés puede reformárseles y hacérseles perfectos, hasta donde la perfección humana es asequible, por medio de decretos revolucionarios: uno para la desfanatización religiosa, otro para matar todos los placeres viciosos y otro para enterrar en un día y definitivamente, la incultura popular. En lo que creo; de lo que estoy seguro es de que la llamada cuestión obrera obedece a razones

de orden histórico, a injusticias de arraigo secular, pero que ya van siendo anacrónicas, improlongables en medio de la cultura universal, que aumenta en progresión geométrica; que esa cuestión obrera, justificada por lo dicho: con sus huelgas y sus ansias revolucionarias, justificadísimas, nos tiene en un estado de odios, de angustias, de imposibilidad de ir adelante en la consecución de la dicha a que aspiramos todos en la vida, y nos amenaza, inminentemente, con un período caótico, de sangre y de ruinas, de un alcance y una duración incalculables, y que eso ya no se ataja con tópicos desacreditados, como son la cooperación y la armonía, entre el Capital y el Trabajo, sin variar de organización social; como es la pretensión de que los que tienen la gran desgracia de ser pobres, continúen esperando su paridad con los otros hombres ante la Ley, en el derecho a la cultura y en la proporcional participación de las riquezas generales, de otra cosa que no sea el esfuerzo y el sacrificio, propios, en la única forma que tienen a su alcance, que es la violencia. De resurgimiento de la conformidad religiosa, no hay que hablar. Ese resurgimiento, esa vuelta al espiritualismo de que hablan muchos, es sólo entre determinados elementos de altura—que tampoco es general—y únicamente tiene y tendrá que ver por poco tiempo, desde luego—con las especulaciones científicas y filosóficas de los sabios; pero ¿para el pueblo? "Los dioses han muerto", y sus cónsules en la tierra van siendo cada día peor vistos; porque ni trabajan, ni se llevan bien con los que trabajan, por su incapacidad para adaptarse a las condiciones de hora y ambiente. Ahora se salen por ahí unos cuantos de ellos, muy avisados, con su paradójico socialismo cristiano, y la gran mayoría del cotarro, se resiste a aceptarlo y practicarlo. Después de todo hacen bien, porque eso es un contrasentido, un absurdo. Fíjate, si no, como siempre, en toda tremolina revolucionaria, los primeros tiros son para el enemigo negro. Acuérdate de Portugal y Bar-

celona, para no retroceder a ejemplos remotos. Ahora, ahí tienes a México y Rusia...

Don Ricardo no puede evitar una nueva interrupción:

—Pero, si no se les puede atajar con eso, ni con las concesiones políticas y en las condiciones y retribución del trabajo que constantemente se les están haciendo, se les meterá en cintura a la fuerza si continúan con sus exageraciones.

—Eso es lo grave: que la fuerza la tienen ellos.

—O no. ¿Que acaso el número es la sola fuerza? ¿Y el talento, y la organización, y el arraigo de las instituciones?

—Pues. Mira a Rusia.

—¿Qué? ¿Es una solución?

—No. Ni podía esperarse que lo fuera. Pero aquí no vamos a que sea, o no, una solución. Vamos a que ha venido un hecho que cuesta y costará mucha sangre, mucha ruina y mucha visión espantosa y enloquecedora allí y fuera de allí. Total para que todo no pase de un ensayo, con un fin de cuentas de un paso muy relativo hacia la justicia social, que quizá si hubiera sido posible a un precio menos fuerte y doloroso. Y ese hecho terrible es el que yo señalo, sin decir si es bueno o si es malo.

—Perfectamente. ¿Y qué vamos a hacer? Si no se puede evitar ese hecho con medios lógicos, pues que venga. El fracaso servirá de escarmiento.

—¿Escarmiento? No lo habrá en cabeza ajena. Lo que existe hoy es insufrible: el capitalismo como sistema social es un fracaso que hace inútil, para una inmensa mayoría, toda la civilización humana. En cambio, lo que se ofrece a las multitudes es tan sugestivo. ¡Tan tentador! Además, aunque no sea por otra cosa que el odio, por el desquite, en una desesperación suicida, ¡qué caray! Por lo pronto, el fracaso de Rusia, puede tener la seguridad de que no hará detenerse, en lo más mínimo, a los trabajadores de España, o de Inglaterra, o de la Argentina. En todo caso, lo probable es que saquen saludables en-

señanzas para hacer viables y duraderos los próximos ensayos. Y, si no, al tiempo. Ya veremos.

—Pues, chico: ¿Entonces qué? Que venga lo que sea.

—Claro. Dices eso y te encoges de hombros, porque no crees en un peligro inmediato; lo cual se explica por todo lo que has argumentado. Bien. Ya casi está aclarando *(e indica con un movimiento de cabeza el resplandor del nuevo día, que avanza triunfador por encima de la gran arboleda del "chalet", y luego señala con el índice la fonda donde ya brillan algunas luces, y las borrosas figuras de algunos trabajadores, que hacia la fonda van.)* Ya por allí tienen el café listo, y esta gente que va a desayunarse, en cuanto pase un momento nos puede ver aquí a esta hora, y calcula los comentarios. Así es que, sintetizo: vuelvo a lo de la ceguera. Mira. Unicamente los que, por miopía de entendimiento, o porque tienen ojos y no quieren ver, pueden decir que es pura fantasía el cuadro que te he pintado, y que está lo mismo aquí, en tu ingenio, que en todos los de la República; en La Habana, como en Londres; en las salitreras chilenas, como en las minas de Australia: una lucha de clases, plena de odios, de inquietudes y de perjuicios inmediatos para *all concerned*, que somos todos los hombres: ricos, pobres y "términos medios", de todos los países del mundo, salvajes y civilizados. Por la ceguera de unos y otros vamos indefectiblemente a medio siglo, o quizás más, de caos social, en todo el mundo; óyelo bien: en to-do el mun-do. En la Jauja esta del Trópico y en el Gran Paraíso norteamericano. Dentro de una semana, o dentro de veinte años; pero fatal, seguro, se puede admitir ya como un hecho consumado. El remedio, si no total, sedante, derivativo, es que unos y otros abramos los ojos, y nos dispongamos a trabajar con el objeto de ahorrarnos todas las pérdidas de vidas y de riquezas comunes; todos los espectáculos pavorosos que puedan ser ahorrados entre los muchísimos que nos esperan para un porvenir inmediato. Y al decir unos y otros,

se entiende que me refiero a las minorías de que he hablado anteriormente: ricos con cierta amplitud de visión; intelectuales que quieran abandonar la pereza, la indiferencia que demuestran frente a momentos tan decisivos en la historia de la humanidad, como los presentes, y directores de multitudes que deseen ser sinceros, que quieran poner junto a sus sentimientos filantrópicos un poco del aspecto frío y duro de la verdad de la vida. Sobre todo, estos últimos; que si anhelan ver y decir la verdad de lo que vean, habrán de poner en seguida, al lado de sus entusiasmos para la organización de esa lucha social y económica que hallo justificadísima, como he dicho antes, un empeño supremo en educar a las masas. Así: supremo. Porque a nada puede aspirarse llevando por única base el odio y la creencia ciega, fanática en unas cuantas profecías sentimentales de unos apóstoles casi tan ignorantes como sus seguidores, o de los falsos mesías que, persuadidos de que sus verdades son muy discutibles o no son verdades en lo absoluto, siguen adulando a las multitudes, para de ese modo, ilícita, puniblemente, defender su *modus vivendi*, ò lo que equivale en egoísmo: su pobre consagración de sabios y héroes de menor cuantía. Si los obreros tienen el derecho, que no les discuto, sino que comprendo y acepto, de luchar por la defensa y mejoramiento de su situación, por reivindicar sus derechos conculcados, para tener en la vida la parte de bienestar y de dignidad que les corresponde, también tienen el deber de hacerlo con plena conciencia del alcance y responsabilidad de sus procedimientos. Es decir, tienen el deber de hacerse buenos e inteligentes por medio del estudio constante; porque no se puede aspirar al derecho de la crítica, a organizar sociedades humanas, a competir en fuerzas defensivas y creadoras con los adversarios, sin abrirle horizontes a la propia inteligencia, puliendo a la vez los instintos de la bestia que todos llevamos dentro. Total: una minoría de ricos intelectuales, capaces de vivir dignamente su hora histórica, y de parte de los

obreros, entender que, en sus luchas emancipadoras, el papel delantero pertenece a lo que más se menciona y menos se atiende hoy entre ellos: la instrucción. Es la única piedra esquinera sobre la cual pueden construir con prontitud y solidez, adquiriendo, de un modo definitivo, el poder de decir y hacer en forma imponente. Por ello necesita más horas, más energías y más dinero, que todo lo demás. Porque, lo repito: es lo supremo.

—De acuerdo; pero todo eso es muy impreciso. Mucho de dialéctica y de... de buenas intenciones... Y en cuanto a los que poseen: nadie cede parte de lo que, de un modo o de otro, ya tiene adquirido, así, tan fácilmente.

—No. Déjame terminar. Desde luego que yo no tengo la panacea que en vano han buscado sociólogos, publicistas y pensadores, en medio siglo de luchas e investigaciones. Sobre todo, porque no he querido buscar panaceas. Mi fórmula tiende a calmar y mejorar algo la situación, sin que eso quite que la mejoría pudiera acentuarse hasta una relativa salvación general. Se trata de encarar el problema, de frente, reconociéndole su vital importancia, y procurando ceder en cuanto de justo, y humano, y en todo caso inevitable, pueda anticiparse a las explosiones parciales o generales. Tú, por ejemplo, ¿cómo vives? Por un lado, el prejuicio de castas, estúpido en todas partes y aquí más que en ninguna, como te he probado, amargándote la vida. Por otra parte: temblando ante el temor de que esas obras del ingenio se demoren más de lo conveniente; con el revólver siempre a la cintura; rabiando a cada momento con la traición del sabotaje; rodeado de gente armada como quien pisa terreno enemigo; a todas horas esperando algo tremendo, espantoso. ¿Qué ventajas tienes, así, con ser rico? ¿Tener dinero, por el gusto o la boba vanidad de tenerlo? ¿Tener dos máquinas de diez mil pesos, para ir en ellas triste, o rabioso, o asustado? ¿Tener una mesa a todo lujo, repleta de manjares, para que el disgusto y la zozobra no te

permita tomar más de un bocado, que siempre te parece duro y amargo? ¿No vale más buscarse el tranquilo, el inteligente, el humano disfrute de la fortuna, contribuyendo a lo que es necesario y salvador para el porvenir: una paz social a base de más justicia y mayor bienestar para todos? Pues, eso que te digo en lo personal, es aplicable a toda la sociedad civilizada. Y sólo es cosa de acrecer el grupo de *videntes* que acaban de dejar sentados esos principios en las grandes y trascendentales reuniones históricas de Versailles, Neully, San German y el Gran Trianón. Es Lloyd George en la política y Henry Ford en la cuestión económica. Es el prudente cambio del *Contraria contrariis curantur*, ya plenamente fracasado en la gran crisis social que nos amenaza con mortales convulsiones, por el sistema homeopático de los semejantes se curan con los semejantes. Contra el socialismo desesperado, socializar.

—Has dicho—termina Don Ricardo el discurso de *Cuco*, con esa especie de broma, de una sutilísima ironía harto significativa.

—Sí. He dicho. Y nos vamos ¿no es eso?

—Anjá.

—Desde luego. Te vas muy displicente. Pero no toda esa displicencia es sentida: gran parte de ella se debe al amor propio; a ese no dar el brazo a torcer, por lo menos en seguida, que tan humano es. Pero tengo la seguridad de que te he hecho pensar algo y de que te haré pensar mucho más aún; ayudándote a vencer ciertos escrúpulos que, por necios, deben ser vencidos, y facilitándote el estudio de muy serios problemas que de ti exigen una rápida y acertada solución. Vamos a ver qué sale de esto cuando, a solas, tranquilo, en un esfuerzo de sinceridad contigo mismo, sientas supremamente la exigencia de hallar la verdad, para mirarla de frente, como un hombre que necesita hacer una total revisión de ideas, a fin de pensar de nuevo si es preciso.

XIX

DONDE UNOS PROBLEMAS SE RESUELVEN Y OTROS SE APLAZAN. MUY HUMANAMENTE

Estamos en el mes de junio de 1922.

La gran crisis universal producida por el desequilibrio de la guerra se refleja en Cuba con creciente gravedad. Nadie ni nada hubiera podido evitarla, pero es preciso admitir que los defectos del capitalismo privado como sistema de economía social, que provocaron la más terrible hecatombe sufrida por la raza humana, han sido factores harto responsables de la intensificación aguda y casi mortal en la parte de esa inevitable crisis que a este país corresponde.

El excesivo egoísmo de los que, en Cuba como en todas partes, por deficiencias del sistema económico prevaleciente, en un momento dado tienen en sus manos la suerte de todos, hizo que, en un fugaz período de demasiada salud, y en contra de las voces de prudencia de quienes advertían un peligro inminente y de alcance general, se arriesgasen en las más temerarias aventuras de especulación y monopolio, de una ilicitud a veces pasmosa, y en las cuales, quieras que no, y más o menos visiblemente, fuimos embarcados todos.

Mientras soplaron vientos de bonanza y suerte, los aventureros que todo lo podían gozaron espléndidamente de cuantos lujos, placeres y vanidades proporcionan las riquezas excesivas; los otros sólo consiguieron vivir relativamente mejor que en otras épocas; entendiéndose tal relatividad en un sentido colectivo: en el de que, entonces, no había quien, deseando trabajar, no hallase dónde y sólo muy excepcionalmente podía existir un hogar cubano en que faltase la gran felicidad de comer dos veces al día. Por lo demás, como el dinero, según bien se ha dicho, no es otra cosa que una mercancía, y esta mercancía era la más barata en aquellos tiempos, la situación individual venía a ser con muy corta diferencia la de todas las épocas, buenas o malas: cuanto se obtenía a cambio del acostumbrado esfuerzo personal, apenas si bastaba para lo más indispensable del momento. En aquella época de diabetes nacional aguda, como alguien felizmente hubo de calificarla, refiriéndose al delirio de fomentar ingenios y colonias de caña, que todo lo invadieron y arrollaron—montes, arboledas de frutales, campos de ganado y de cultivos menores, los propios aledaños y calles de las poblaciones rurales—por el enloquecedor espejismo de los veintitrés centavos la libra de azúcar, cualquier jornalero llegaba a los cinco duros diarios, cualquier hombre de oficio obtenía un peso por hora de trabajo y cualquier oficinista disfrutaba de doscientos o trescientos pesos mensuales. Pero medio día de trabajo costaba al jornalero una libra de carne y otra de manteca; dos jornales enteros del operario era el precio de un par de zapatos, y el cuarto de "solar", la casita orillera o la celda de la casa de huéspedes barata, donde entonces como siempre, en épocas de pobreza y en épocas pletóricas, vive el pobre, costábale el mismo esfuerzo que antes de que danzaran en torno de él los cheques con cadenas de ceros y los sacos de azúcar pignorados por centenas de millares.

Cuando vino el previsto cambio de tiempo y empe-

zaron las fugas, los correcorres, los suicidios ruidosos, los desplomes trágicos y espectaculares, las angustias patrióticas de los susceptibles de sentirlas, los aventureros imprudentes y desaprensivos pasaron, sin duda alguna, por ratos muy amargos y angustiosos. Unos, por ejemplo, tuvieron que sufrir el dolor horrible de abandonar la tierra que tan pródiga fuera con ellos y que tan improvisamente tornárase ingrata y mal oliente, para irse a padecer nostalgias e inquietudes sin cuento en los grandes hoteles europeos. Otros infelices supieron de la infinita desgracia de tener que conformarse con un automóvil después de estar acostumbrados a dos, de verse en la necesidad de reducir a cuatro los criados del palacete propio o alquilado, de estar en el caso de ceder lo menos seis habitaciones de las doce disponibles a otros miembros de la familia súbitamente malquista con la suerte. Cierto que los demás comenzaron a recorrer el sangriento *via crucis* del jornal insuficiente, del horror a la cesantía, del delirio persecutorio de la posible miseria por venir, o del inútil correcorre en busca de trabajo, del vejamen de las antesalas y de las cartas de recomendación; de, en fin, una desesperada lucha por la vida, en que es preciso batirse con un enemigo distinto a cada hora del día. Pero, por fortuna, todas esas amarguras y desesperaciones no son tan insobrellevables como las desdichas de los otros; porque ya se sabe que el hombre es un animal de costumbres, y qué caramba: ¡como los pobres están acostumbrados!

Don Ricardo, naturalmente, ha sufrido serios quebrantos en su fortuna; pero dentro de una perturbación tan intensa y sin claridades salvadoras ha navegado con bastante suerte. Hizo una gran zafra aquel año, y supo salir de toda su azúcar, si no a precios aladinescos, a tipos de sobra altos para cubrir todos los egresos de las innovaciones y ampliaciones que convirtieron al ingenio en uno de los más modernos y de mayor capacidad productiva, con un costo mínimo, de toda la Isla. Días antes de iniciarse la

vertiginosa caída del precio del azúcar, tuvo la corazonada de vender una gran colonia de caña comprada tres meses antes, ganándose en la operación cuatrocientos mil pesos. El dinero de esta jugosa venta estaba aún guardado, en billetes de banco, en la caja de caudales propia, cuando vino el desplome de los castillos de naipes de siete pisos y cuarenta sucursales. Y todavía, aprovechando con toda la serenidad y desaprensión del buen negociante la resistencia de muchos a creer en la hecatombe, y por otro lado el pánico de los demás, pudo vender a precio de "vacas gordas" dos o tres de sus viejos caserones de Pueblo Nuevo, y comprar con el importe, a tipo de mal tiempo, un soberbio y elegante palacete, con gran ostentación de mármoles, cristales y maderas preciosas, rodeado de flores, arbustos y plantas trepadoras, en la apacible y aristocrática barriada habanera del Vedado.

En este palacete, con una libreta de cheques del *City Bank*, un *Cadillac* y un *Stutz* flamantes y señoriales, cuenta abierta a discreción en los lujosos almacenes de *El Encanto*, dos criadas, tres criados y una seca, desteñida y protocolaria dama inglesa, que maltrata el francés y el español y que corre detrás de Ricardito por los senderos del jardín, reina Clara Herrera, la bella e inteligente esposa de Don Ricardo Calderería, dicho esto sea sin ironías, en este caso imposibles: bella, porque aún luce, firmes y rotundas, sus espléndidas formas de criolla modeló, y en el conjuto armonioso del rostro, todavía tienen los ojazos casi negros, brillo de juventud y tentación. Inteligente, porque con el bagaje de lecturas caseras, traído de Matanzas; con la mundología que le ha reflejado en casi veinte años el talento del marido, y con lo que rápidamente asimila en su nuevo plano social, es tanta su adaptación a éste, que cualquiera creería que sus abuelos tuvieron la casona en la Plaza de la Catedral, que sus padres poseyeron esclavos y que ella ha sido educada en algún monjil colegio parisién y después adiestrada para la

alta vida social en los más encopetados círculos vedadeños.

Una ventaja para la felicidad poseen Clara y Don Ricardo sobre algunos de sus nuevos y más orgullosos amigos de la crema social: que ninguno de los dos tiene que ocultar antiguas fotografías familiares por los últimos cuartos del palacete, ni se ven precisados a recibir en los mismos gente *indeseable* en semejantes alturas. A ella no le quedan más que las dos hermanas, ninguna de las cuales ha tenido suerte parecida a la de la mayor. Una casada con un anglosajón, tras de un divorcio en Chicago y otro en Cincinati, es actualmente estrella de segunda magnitud en un estudio cinematográfico de California. La otra, después de pasar por un coronel del ejército, un capitán de policía y un ayudante presidencial, hace años que se fué para México del brazo de un general maderista.

En cuanto a las resistencias que creía ella encontrar en ciertas familias y determinados círculos exclusivistas, han ocurrido las cosas tal como las anticipara *Cuco*. A pesar de que no faltaron polillas de honras ajenas que con jesuítico celo hurgasen en el pasado de Clara, hasta llegar a la aventura inicial en casa de Teresita, siguiendo luego el hilo de la vida de Don Ricardo y ella en Matanzas, y atándole los cabos de las hermanas, para los clubs, casinos y salones más aristocráticos, la Sra. Clara Herrera de Calderería es tan distinguida como las damas que más se distinguen en *kermesses, soires, five o'clocks* y demás cosas que no pueden decirse en castellano, por el lujo y elegancia de sus trajes, el desenfado de sus modales y la soltura de su bolsa. Al comienzo de su vida social, dos meses después de su íntimo y solitario matrimonio en la Quinta de Bellamar, y uno después de su instalación en el Vedado, probó el ambiente en que entraba, a fin de ver si se le hacía respirable desde el primer momento, y el éxito fué de lo más sorprendente y satisfactorio. Regaló, haciéndolo publicar a bombo y platillo, un pedazo

de terreno en las afueras de la Víbora para un Asilo de Mendigos, que ella misma habría de edificar más tarde. Invitó a la fiesta de colocación de la primera piedra (la segunda no se ha colocado en el año y medio transcurrido desde entonces) a lo más espectacular de la aristocracia habanera, y casi puede afirmarse que no faltó una sola dama caritativa de automóvil de diez mil pesos a la fiesta, que Don Ricardo tenía por lo más cursi e irrisorio ("¡Hombre! ¡La colocación de una primera piedra! ¡Por Dios!"), pero que fué bastante para que la Caridad, la Generosidad y la Filantropía, asociadas al nombre de Clara, resaltasen constantemente en las extensas reseñas del "brillante acto" en la crónica social del próximo día.

La primera ocasión que tuvo esta última para volver a pegarle al bombo en loor de los esposos Calderería, después de "la primera piedra", fué con motivo de un viaje que hicieron a los Estados Unidos y Europa, a fin de que Clara pusiérase en condiciones de poder hablar del *Central Park* comparándolo con el *Bois,* del Capitolio y del *Reichstagsgebäude,* del *Strand* y la *Rue de la Paix,* y con el propósito de procurarle alivio de rico a la neurastenia de Don Ricardo, retentada en los días de la catástrofe económica, y la cual no había dejado de alimentar perennemente el irresuelto problema de Adolfina.

Esta ha vuelto a *Contreras 268.* La vieja casa familiar ha sido el regalo de bodas de Don Ricardo al matrimonio Castro-Calderería, realizado tres meses después de la muerte de Doña Benigna, con la intimidad y modestia propias del luto, en el *chalet* del ingenio, donde las dos hermanas vivieron ese tiempo, acompañadas por la familia de Don Luis. Carlota, como rasgo muy propio de su clara y sencilla psicología, es una de esas mujeres que son felices con la felicidad del marido, y a quienes los triunfos de éste proporcionan inmensa gloria, y *Castrico* triunfa en el gabinete de consultas, solemne, aparatoso, calofriante, por el exceso de pinzas, cuchillas, tubos de

goma, complicados instrumentos de níquel y cristales imponentes sillas y mesas de operaciones, que tiene instalado en el ex-despacho de Don Ricardo; como triunfa, recibiendo matancera consagración, en las satinadas páginas de la revista literaria *Milanés* y en el hebdomadario científico *Domingo Madan.* (¡Oh, profanación!) Estos triunfos, constantes y sabrosamente gustados en el *268,* atenúan cierta melancolía que nunca abandona a Carlota mientras vive, con su figura joven y hermosa, realzada por la amplia bata casera—que aún se usa en provincias—reflejándose en los espejos que antes, durante toda una vida de quince años, devolvían la imagen de la madre junto a la imagen de ella; en la constante reclusión a que casi la condena la estrecha moral de ciudad pequeña, que injustamente proyecta ahora sobre ella y su hermana, la sombra del pasado y el presente de Don Ricardo. Este al principio persiguió enconadamente al novio de Adolfina, valiéndose de sus influencias de hombre rico para hacerle perder los empleos y para que le hostigasen las autoridades sometiéndole a hirientes registros y detenciones cada vez que había el más leve movimiento obrero; pero luego pasó a la inacción, más tarde a una indiferencia ostensible cada vez que pasaba por Matanzas y visitaba a las hijas, y por último a la tolerancia que supone lo de poner a cargo del yerno el no permitir que los jóvenes se puedan reunir en la casa o en la calle, y el no acceder a que sostengan correspondencia a la vista de todos. Esta tolerancia es impuesta por la imposibilidad de tener a la muchacha al lado para vigilarla constante y eficazmente, sobre todo cuando se presentó el inevitable viaje, y porque a vueltas de mucho cavilar en torno de esta única gran preocupación que hoy empaña su relativa dicha, el derecho de la verdad y el sentimiento de ver a la hija predilecta mustia de dolor y tristeza en el pleno abril de su vida, inconfesadamente han ido despojándole de la seguridad con que al principio sentíase para imponerle normas senti-

mentales, trazadas por un patrón convencional. Inconfesadamente; porque es una tolerancia de valor entendido. El presume que el yerno debe estar haciéndose el de la vista gorda en las relaciones de Adolfina y "ese hombre": primero por el irresistible poder simpático de la muchacha para dominar voluntades dondequiera que se halla, y luego porque *Castrico* ha "osado" abogar por los novios en dos o tres ocasiones; pero, ¡qué va!; en cada una de estas ocasiones ha replicado con su invariable criterio de oponerse rotundamente a toda transigencia, imponiéndole a la joven lo que él cree que es su bien, a pesar de ella misma, a costa de su martirio y aunque no esté él muy seguro de que no son sus propias pasiones las que en este caso prevalecen. Y así Alfonso y Adolfina continúan sufriendo; mas tienen su esperanza puesta en que, como dijera Martí, lo que tiene razón de ser trae consigo tal pujanza, que no hay preocupación social, ley hostil o capricho pasajero que lo ahogue, y esta esperanza les hace sobrellevable el sufrimiento, junto con la fe en su amor y la simpática generosidad que éste inspira a cuantos con ella conviven en Matanzas: el cuñado, Pura, *Encarnita* y la propia Carlota... Alfonso tiene ahora un tallercito propio en Pueblo Nuevo, donde va capeando la mala época lo mejor que le es dable, sin abandonar la ciudad; en la cual puede comunicarse por carta diariamente con Adolfina, y casi diariamente verla a distancia y a veces cambiar algunas palabras con ella: en una tienda, en las retretas de la plaza, en las funciones del *Sauto* y en las nocturnas rondas que hace por casa de Pura, cuando la joven le anuncia de antemano una de sus ahora frecuentes visitas a casa de aquélla.

Cuco tiene a su cargo la correspondencia y las traducciones en las oficinas de *Dos Ríos*. Gana doscientos cincuenta pesos mensuales—sueldo de pariente—, vive en el chalet y... se aburre a toda alma. Ya de sobra saciado el deseo de "cosas de Cuba", que trajera de Europa dos años atrás, las

puestas de sol a todo horizonte, las noches de luna a cielo completo, los vespertinos paseos filosóficos por entre las flores y verduras del colonial jardín; todos los encantos que su espíritu soñador y sensitivo halla en el campo cubano, no compensan el fango del batey, las nubes de mosquitos, la soledad del *chalet* y el horrible aislamiento intelectual, que no alcanzan a mitigar en él—carácter expansivo—las remesas de libros y periódicos que constantemente le envían sus libreros de La Habana y Matanzas. Con los intelectuales del ingenio de nada ha podido hablar nunca. Hay un ventrudo y patilludo tenedor de libros, ya algo viejo, a quien el voto universal de *Dos Ríos* consagra como sabio. Al primer contacto con él *Cuco* se llevó el gran chasco; quedó abrumado. El hombre es teosofista, y todo se le volvían aquella vez planos y más planos, sin que diera una razón lógica para demostrar que todo aquello de la purificación gradual y de la espiritualización rumbo a Dios se basaba en algo firme, en algo que no fuesen abstrusas divagaciones metafísicas y afirmaciones de a porque sí. Cuando *Cuco* quiso estrecharle en el terreno de los conocimientos científicos y filosóficos, se encontró con que su hombre era de los que creen que las teorías de Darwin consisten en decir que el primer hombre nació de una mona y que la ley de la Gravitación es algo afirmado, cuando más, con razones del mismo valor que su andamiaje de planos. Con una vez tuvo *Cuco,* que en seguida y definitivamente recibió el título de atrasado espiritual. Más tarde tropezó con otro sabio de batey, que tenía a Adán y Eva como seres históricos, recitaba de memoria monólogos de Juan de Dios Peza y ponía de cuerpo presente al socialismo, diciendo que una repartición de todo el dinero del mundo, sólo daría tres pesetas a cada habitante del mismo y... ¡Listo! En fin, que si, como hace veinte años, no toma el tren para La Habana, y allí se embarca rumbo al puerto para donde salga el primer vapor, es porque no quiere hacerlo sin dejar casada a Adolfina—cosa

que da por segura—y para ello tiene que ir aleccionando a la muchacha, amansando al impaciente, desesperado Alfonso, que ya dos o tres veces ha estado a punto de dar el escándalo del rapto, o de la personal y terminante explicación con Don Ricardo, salga el sol por donde salga, y aun en cualquiera de estos dos casos de violencia y peligro, quiere él andar cerca de su gente. Sus relaciones con Don Ricardo son un tanto frías y diríase que a plazos. Este ya muy pocas veces viene por el ingenio, y en esas pocas veces, a causa de discusiones como aquella memorable de la azotea, se han separado siempre un tanto seriotes. Don Ricardo no cree en la videncia de *Cuco,* y mucho menos después de esta crisis que tiene a los obreros aplastados, y *Cuco* se obstina en que su cuñado es ahora precisamente cuando mayor ceguera demuestra. Sobre todo, les ha distanciado la cuestión Adolfina-Alfonso, por el papel que *Cuco* abiertamente casi continúa desempeñando en ella, y por el tono un tanto exigente y amonestador con que, en algunas ocasiones, se ha permitido hablarle al otro. En Matanzas *Cuco* no puede pasarse un día. La gente le echa en cara con indirectas directas su inmoralidad y falta de sentimientos—según aquélla—de haberse quedado en Matanzas, en santa armonía con el victimario de su hermana y "viviendo de él". Por dos o tres veces que, con la desaprensión propia de quien ha vivido en Europa, sacó de paseo, en automóvil abierto, en plena tarde de sol, a la sobrina soltera, en compañía de Pura Castro, le tildaron de inmoral y atrevido y a ellas de demasiado libres y "modernistas"... y luego ¿por qué no van a *El Liceo;* dónde se meten; cómo hace uno para encontrarse con los Llés, Fiol, Vitier y demás excéntricos de nombre corto, que pueden ser un refugio intelectual? Porque ¿los Castrico? ¡No! ¡Para el ingenio! Que siquiera tiene su cielo libre y su jardín solitario...

De *El León,* se acaba de tener noticia. Estaba últimamente en Barcelona, para donde expulsáranle

como extranjero pernicioso hace dos años, a raíz de una de aquellas truculentas huelgas generales que, en los días de abundancia, hacían los obreros de Cuba para conseguir que determinado gremio obtuviese unos centavos más de jornal diario. La expulsión fué un modelo de su género. Don Ricardo estuvo a solicitarla en Gobiernación, en un momento en que ardía en tremenda ira antisocialista por los perjuicios que le acababa de ocasionar el último paro. Estuvo a solicitarla, junto con la prisión escarmentadora de Milanés, Romero y otros "revoltosos", a la vez que hizo una de sus denuncias de entonces, en contra de Alfonso Valdés, como instigador y director del movimiento desde Matanzas. A la hora en que Don Ricardo entró en el amplísimo despacho del Sr. Secretario, en uno de los rincones un grupo de *leaders* obreros de La Habana, citados por el Jefe de la Secreta, le esperaban de pie, para una entrevista de él y ellos con el Sr. Secretario. Este, incorporándose, adelantóse a recibir al que llegaba; le echó un brazo por la cerviz, fraternalmente, y le condujo al estrado de señoriales sillones rojos, que se hallaba en la esquina opuesta de la ocupada por el grupo de obreros. Uno de éstos conocía a Don Ricardo; olió el asunto que allí traíale; puso mucho cuidado en los gestos y palabras del hacendado, y de las últimas pescó algunas que fueron más que bastante para confirmar sus sospechas. Salir de allí, y dirigirse inmediatamente al telégrafo para enviar un mensaje cifrado a *Dos Ríos*, fueron movimientos simultáneos del ocasional espía obrerista. *El León*, Milanés y Romero se escondieron a tiempo. Los esbirros de *Dos Ríos* se mojaron los uniformes con el sudor del mediodía y el rocío de la media noche, en una afanosa e infructuosa búsqueda por rancheríos y cañaverales. Tuvo que venir a La Cidra y el ingenio un sabueso de la Secreta, quien pronto consiguió una copia de la clave y de la combinación de direcciones que tenían en uso los laborantes, y respondiendo a las actividades secretas de los mismos, en un apasionado

juego de Raffles y Nick Carter, se fué a La Habana y escribió una carta a *El León*, diciéndole con firmas de conjurados, que viniese para esta ciudad. A las tres de la tarde llegó a la capital el tren en que venía *El León;* a las seis salió para Barcelona el vapor en que le embarcaron, con la ropa que tenía encima: pantalón y camisa de dril, remendados y llenos de tierra colorada, sombrero de paja y gruesos borceguíes amarillos. Llevaba, además, cinco pesos que generosamente le obsequió el Gobierno, para cigarros con toda seguridad, y el sambenito de anarquista peligroso, que implicaba su pasaporte de expulsado. Con este sambenito, de un modo muy lógico, a la llegada a Barcelona le metieron en la cárcel. En la cárcel—por temor de que tratárase de claves y combinaciones—no le permitieron depositar en correos gran número de cartas, que garrapateó para salvar de extravío y robo las únicas propiedades con que contaba y que, contra todas sus protestas y resistencias, tuvo que dejar abandonadas en el ingenio: una hamaca yucateca y un baúl donde tenía su ropa, algunas herramientas, doce libros arregladores del mundo y doscientos y pico de pesos que ahorrados tenía a causa de su mística austeridad anarquista. Al fin todo esto se quedó en el cuartel más próximo en calidad de depósito... Las noticias que ahora se tienen han venido en una carta a un compañero del ingenio, a quien se la ha robado uno de los trabajadores-esbirros que Don Luis aún conserva al servicio... secreto del ingenio. En ella dice *El León* que al trasladarlo una noche de la cárcel a *Montjuich,* pudo zafarse del atado de anarquistas en que le llevaban, y al pasar por las puertas del café *Circo Español,* en la calle de Marqués del Duero, lanzarse por una de ellas, escapándose en un espectacular correcorre de cine: sillas y mesas derribadas, tabiques desprendidos, carrera de obstáculos por patios y sembrados, gritos, portazos y disparos en ocho manzanas a la redonda... Y ahora, aquí está, en Cuba, con la resuelta, inquebrantable decisión eros-

tratiana de pasar a la gloria del martirologio ácrata con una que sea bien sonada." Así lo dice y repite, con terquedad y laconismo catalanes, en la borrosa y laberíntica epístola interceptada por el espionaje "burgués" de *Dos Ríos*; lo cual tiene en estos momentos a ese espionaje y a la gente de uniforme, con ojos de águila, oídos de tuberculoso y untuosos culebreos de jesuíta.

Don Ricardo y *Cuco* hablan, de pie, debajo de un gran estanque de agua pintado de rojo, donde abrevan las locomotoras, y frente a un llano y recto tramo de vía férrea. Esta guardarraya dos cañaverales que están en comienzo de corte por el lado opuesto: uno es propiedad de Don Ricardo; el otro pertenece a un fuerte colono del vecino ingenio, que trata de vendérselo al dueño de *Dos Ríos*. Por eso hállanse aquí este último, *Cuco* y otras personas que han quedado en la casa de vivienda del mencionado colono, situada a unas cien varas del estanque a cuya sombra se hallan ahora los dos cuñados. Entre la casa y el estanque, en el llano que es batey de la colonia y ocultando la casa, hay un bohío de los llamados de vara en tierra, grande, con seis, ocho y hasta diez hamacas mugrientas, desteñidas, colgantes de los horcones. Afuera del bohío, cerca de una de sus esquinas, sobre grandes fogones de tres piedras, hierven dos grandes y renegridos calderos de hierro, cuyo vapor blanquea entre la nube de humo que brota de los fogones y en caprichosos espirales remóntanse hasta el cielo en la serenidad del ambiente.

Ambiente sereno; porque es la hora en que la tarde cae lenta y sosegada, plena de suaves rumores campesinos, con el sol tibio y pálido, que envuelve en un hálito de oro diluído todo el cuadro precrepuscular. El sol también pone brillantes reflejos de cobre pulido en las paralelas del camino de hierro, y enciende luces de pedrería en las hojas del cañal, pletórico y recién lavado por un chaparrón veraniego.

Ahora ha llegado al bohío un muchacho de doce a

quince años, cobrizo, huesudo, semidesnudo, conduciendo una cansada yunta de bueyes blanquinegros. Ata el muchacho los bueyes a un horcón esquinero del bohío de vara en tierra, y mientras los mansos y aburridos animales babean largos hilos caramelosos y brillantes, va aquél en busca de un mazo de cogollo, que luego echa delante de los bueyes. Después se acerca a los hirvientes calderos; atiza el fuego metiendo por entre las piedras algunas astillas de leña, y doblándose en cuclillas empieza a pelar unos plátanos que antes ha sacado del bohío. Entonces una de las hamacas, la única que vese llena, se mueve; el muchacho habla con el bulto que está dentro de la hamaca; suelta las viandas y el cuchillo con que las pela; toma una lata que tiene al lado, y sale rumbo a la cercana hondonada, que hace adivinar el riachuelo de donde se surten de agua las viviendas de la colonia y el gran estaque pintado de rojo, que es abrevadero de las locomotoras.

Esto hace cortar a *Cuco* la conversación que sostiene con Don Ricardo acerca de los asuntos de familia (por ello se han separado disimuladamente de sus acompañantes), de los cuales no hablan desde muchos meses atrás, para referirse al movible bulto de la hamaca:

—¿Y ése que está ahí, por qué no habrá ido al "corte" esta tarde? ¿Estará enfermo?

—Puede ser. Esto de por aquí es muy palúdico. ¿Te fijaste en que pidió agua al muchacho?

—¡Pobre gente!—dijo *Cuco,* suspiroso y moviendo la cabeza con gesto de lástima, de un lado a otro.—¡Cómo viven! ¡Mira tú que soltarse seis meses de esta vida de colonias de caña, en un bohío de esos, en este aislamiento, comiendo lo que comen! Y ahora, ése, enfermo.

—Bueno. Qué se le va a hacer. En estas colonias no puede haber luz eléctrica, cocinas de gas, baños de mármol, salones de lectura... A este hombre nos lo llevaremos con nosotros, en el tren, para que lo manden a Matanzas, al hospital.

—¡Qué barbaridad!—exclama *Cuco,* como si no hubiese oído al cuñado y hablase consigo mismo.

—Barbaridades inevitables.

Y sonriente:

—A propósito: ¿qué te parece la situación?

—Que es divina la situación en estas progresistas y decantadas democracias de la libre América (¡Democracias y libres!) donde es tonto y cursi hablar de problemas sociales, según opinan los que van colosalmente en el machito, jugando con los destinos de un pueblo y robándose el dinero de prójimos al amparo de sus sabrosos fueros plutocráticos.

—¡Bah! Ya sacaste los espejuelos socialistas. Ya no ves que éstos son pueblos nuevos, y el más nuevo de todos, Cuba.

—Sí lo veo. Además: ¿cuándo te he hablado yo del pueblo; de lo que generalmente se llama pueblo? Si yo, contra la opinión más generalizada, afirmo que aquí el pueblo es todavía bueno; que tiene aún mucho elemento sentimental y noble, abandonado o inexplotado, susceptible de salvadores arranques (como en ciertas horas graves lo deja entrever) y que lo único que necesita es que sus llamadas clases dirigentes se hagan dignas del título: unos, por la ejemplaridad de sus actos (y las palabras que se las guarden), y otros descendiendo del Chimborazo de su sabiduría, no para ocasionales reprimendas catonianas, sino para procurar ahorrárselos por medio de una dedicación constante—del talento, las energías y la buena voluntad—a los intereses del pueblo, que son los del conglomerado social en que todos convivimos. ¡Conque, mira tú!

—Bien. No vamos a discutir—dice Don Ricardo, del mejor buen humor, sonriente casi.

Cuco alza los hombros en expresión de "¡Como quieras!", y después de una brevísima pausa, contesta:

—Tú empezaste, preguntándome qué me parecía la situación, y como siempre la situación entre nosotros ha sido el punto en que no nos entendemos;

que te tiene medio alejado de mí (seguramente, porque a pesar de todo lo que te he dicho no acabas de comprender mi intención), y luego, me lo preguntaste con cierta sonrisita, cuando hablábamos de ese pobre diablo que está ahí, muriéndose en esa hamaca...

—Sí, sí—del todo sonriente admite Don Ricardo.—Pero es que no sabía cómo estabas hoy.

—Como siempre que me hables de la situación; que tú seguramente crees que ha variado mucho, en lo fundamental, y venías a decirme: "Qué hubo, amigo? ¿Ya lo ve usted?", y que yo creo que, en el fondo, no ha variado, ni puede variar nada. Para mí estamos sobre terreno minado, y, o se quitan las minas poco a poco, cuidadosa, previsoramente, o un día de éstos, con un fósforo tirado sin, o con intención, viene el estallido, que como te tengo dicho, lo que más me importa es que nos va a coger a todos.

—Nada de eso.

—Bueno. Mira. Si en verdad no quieres que discutamos, no me digas que nada de eso. La situación es que la gente pasa hambre, y mientras hay policías y tribunales listos para no permitir que delinca en materia de pesetas, siquiera sea disputándoselas al casero desalmado que le niega el derecho de albergue —¡que tienen todos los animales!—no hay leyes, o no hay jueces, o no hay autoridades gubernativas que se atrevan con un banquero, en quiebra, pública y notoriamente fraudulenta (¡Bandido! ¡Que hasta a mí; al tambor mayor, me ha cogido dinero!) y...

—¡Acabáramos, hombre! ¡Eso es lo que tienes!—le interrumpe más risueño aún Don Ricardo.

—Sí. Y ahí lo tienes. Con su gran palacio rodeado de jardines; los rubios bucles del principito mariposeando por entre esos jardines, con la aristocrática fámula corriendo detrás, y a la entrada unos soberbios criados de librea que todavía reciben a los acreedores que nos a-tre-ve-mos a ir por allí, con una especie de "Perdone, hermano; que nada hay que darle". Luego, fíjate: lo mismo que yo te digo. Ahora algunos capitalistas como esos del puerto de

La Habana, tomándose una revancha indigna, y sobre todo, torpe, exacerbando ese yoísmo salvaje que prevalece hoy en todas partes y que, según ha dicho el Dr. Varona, y muy bien dicho, pone sobre el mundo actual una formidable disyuntiva: la de renovarse o ser desgarrado por convulsiones que, según el viejo, pueden ser mortales. ¡Y es Varona; Varona quien lo dice, Ricardo! ¡Ese no está ciego!

—¡Ayayay!—salta a toda risa Calderería, a tiempo que cordialmente pone la diestra abierta sobre un hombro del cuñado.—Con la fiebre. Hoy estás con la fiebre. ¡Como que te han cogido la plata en el banco quebrado, de turno! ¡Vaya! ¡Vamos a cambiar de disco!

—No; te equivocas. En ese sentido nunca tengo fiebre—dice *Cuco,* en un nuevo encogimiento de hombros—Sobre todo, que no voy a sudarla por otros. ¡Mira tú! Si a ti no te importa, a mí después de todo, para lo que ha de afectarme, que venga lo que tiene que venir.

—Nada.

—Bueno. Pues, allá ellos y ustedes. Los que no ven más solución que Rusia, y por ello desdeñan caminos más seguros y decisivos, más de acuerdo con la naturaleza del hombre y las leyes de la vida, y los que confían en que las multitudes pobres han de quedarse otra vez tranquilas; con un resurgimiento de cristiana conformidad, de fe en una política desacreditada, o de temor a los que ya esas propias multitudes han visto temblar miedosos con la terrible fórmula de "Soldados y obreros".

—Nada. Eso... ¡murió!; como dice la gente por ahí.

—Eso está aplazado, por circunstancias del momento; pero nada más que aplazado. El Primero de Mayo, último, en Madrid, París, México, *etcétera.* La huelga de Chicago; la última; la revolucionaria. Ahora, la del carbón. Acuérdate de todo lo que dijo Tchicherin en Génova, y piensa un momento, la transigencia que lo de la propia Génova supone. Fíjate

en las actividades rojas en la India, en Egipto y aun en la propia Inglaterra, donde hay dos millones de hombres sin trabajo. Y aquí mismo, chico; detrás de la puerta, como quien dice: en Yucatán gobierna el Partido Socialista, con el Gobernador y el Congreso del Estado, socialistas; repartiendo tierras, creando escuelas racionalistas, y—aquí si ajusta la expresión popular criolla—¡el mundo *colorao!*

—Nada. Nada. ¡Eso está muerto!

—Bien. ¡Ojalá que tu cabeza no te dé consejos más pronto de lo que se pueda suponer! Y... ¡Espérate! Si vamos a llevarnos a ese enfermo con nosotros, cuando el tren venga a buscarte, voy a avisárselo para que lo sepa y se prepare.

Sale en dirección del bohío, y Don Ricardo se queda contemplando, justipreciando con ojos de perito, las cañas que tiene enfrente. Del corte de caña cercano vienen las afalseteadas notas de un canto guajiro, cadencioso y melancólico; de los cañales, el rumoroso concierto crepuscular de insectos y pajarillos, y de allá lejos, por encima del mar de verdura, en la diafanidad del sereno y despacioso atardecer el sordo tronar con que las poderosas máquinas de *Dos Ríos* terminan (en este año de 1922) una remunerativa zafra.

Cuando ya *Cuco* llega al bohío, oye detrás un espantoso grito de apuñaleado.

Vuelve el rostro, y lleno de horror ve que un hombre, en sucia ropa de trabajador, surgido como una visión roja de la roja tierra de los cañaverales, con una "mocha" centelleante en la diestra, ha derribado a Don Ricardo y se abalanza sobre él para rematarle con la terrible arma, pesada y filuda como una guillotina.

Sin detenerse una fracción de segundo a ver si hay por ahí un arma—hierro, piedra o garrote—; ciego e inerme; en un noble arranque muy humano; con los puños amenazadoramente cerrados, corre a defender a Caldererría, gritando:

—¡Asesino! ¡No lo mates, asesino!

Este descarga dos, tres, cuatro veces más, furiosamente, el arma sobre su víctima, que agitándose, boca arriba en el suelo, con las piernas encogidas y un brazo enarcado, trata de ampararse de los machetazos, en tanto que con el otro, inútilmente se esfuerza por sacar el revólver preso entre la cintura y el suelo.

Cuando *Cuco* está a unos cuarenta pasos del trágico grupo, el homicida se yergue ferozmente jadeante, con el arma, tinta en sangre, levantada en la diestra, y se queda un momento, como indeciso entre salir al encuentro del que se le viene encima, o huir antes de que acudan los que se hallan en la casa y el bohío.

—¡Espérate, canalla, loco! ¡Espérate!—le grita *Cuco,* que en el rostro siniestramente transfigurado por la tragedia y el crimen, reconoce a *El León.*

Pero, dicho está: la indecisión es instantánea. *El León* suelta el arma junto al herido, que ha quedado súbitamente inmóvil, y se vuelve hacia el cañaveral con la visible intención de lanzarse a la fuga por el lado opuesto al del "corte".

Entonces ve *Cuco* que Don Ricardo alza la diestra, al fin dueña del revólver. Sale el fogonazo; suena el disparo: *El León* se lleva una mano en garra a la espalda, justamente detrás de donde se halla el corazón, y se desploma de bruces con el otro brazo extendido.

Corriendo hacia el que acaba de caer, *Cuco* va a dar, rectamente, a donde tirado sobre los rieles, yace Don Ricardo, que está empapado en sangre, con un tremendo tajo diagonal en el rostro, otro en una muñeca y otro que, por la densa hemorragia, adivínase debajo del corto y membrudo cuello.

Se detiene. Le palpa. Le habla:

—Chico. Ricardo. ¿Cómo fué?

—¡Déjame!—barbota el preagónico, con voz ronca y desfalleciente—¡Déjame; que ya es inútil! ¡A él! ¡El revólver! ¡Remátalo! ¡Pronto! ¡Corre! ¡Remá-ta-lo!

Cuco agarra el arma, y con ella empuñada, se levanta. Vuelve la cara. Ve que revólver en mano acuden Don Luis, el guajiro dueño de la colonia, dos guarda-jurados, y detrás unas mujeres y unos chiquillos. Les grita:

—¡El tren! ¡Han matado a Ricardo! ¡Telefonee uno para que venga el tren, y poder llevármelo a Matanzas!

Y, con el arma fuertemente empuñada, salta a donde *El León* agoniza, convulso, los ojos ya empañados por la muerte, farfullando entre dos horribles estertores:

—¡Pero lo he matadu, *Síii*...

El filósofo reacciona sobre el hombre: *Cuco* alza la mano; tira el revólver a los pies del ácrata, a la vez que dice:

—¡Bah! ¿Para qué?

Y se vuelve rápido, para venir a caer junto con los que espantados llegan, sobre el otro que también rinde la vida, desangrándose horrendamente.

. . . . . .

Tres días después.

En el despacho del Administrador, solos, en sendos sillones, al comienzo de una tarde tan bella y tan plena de vida como la última que vió Don Ricardo, *Cuco* y Don Luis terminan una entrevista de dos horas.

—¡En fin!—exclama Don Luis—¡Todo da lo mismo! ¡Después de haber este hombre terminado como ha terminado, al cabo de tantos afanes...!

—¡Doloroso! ¡Muy doloroso! Pero, desengáñese Don Luis, lo que aquí ha pasado tiene que pasar en muchas partes, muchísimas veces: a personas y a cosas reñidas con el medio. La ley es inexorable, y hace tiempo que ha sido formulada terminantemente: renovarse o morir. Mi pobre hermana, Ricardo y ese infeliz fanático, no han querido, o no han podido ver las realidades que están por encima de nuestros caprichos de escuela y nuestras resistencias egoístas, y aquéllos han muerto a manos de esas realidades insuperables y el gran bárbaro de la "acción directa" puede aplicarse otro tanto. Ahora Adolfina

y Alfonso se casarán. El, que es un hombre sobrio, endurecido en la lucha por la vida, capacitado para sentirse feliz con mucho menos de lo que ahora va a tener, puede dirigir perfectamente un buen ensayo criollo de mi homeopatía social. Y veremos.

—Pero. ¡Por Dios, hombre! Esa es una menguada solución, que cuesta demasiado. Una conformidad muy cruel, muy dura. ¡Vamos! ¡La pobre Clara, que empezaba a vivir! ¡El muchacho! ¡Carlota, en el estado en que está! ¡Y, en fin, para Adolfina, un dolor que hace demasiado costosa, casi imposible la felicidad tanto tiempo deseada, y que ya casi estaba a su alcance, completa y merecida!

—Adolfina está enamorada, y le durará poco la perturbadora intensidad del dolor: que así es la condición de nuestra naturaleza. En cuanto a lo demás, para todo lo humano, el dolor precede a lo nuevo, y desde entonces no se queda a gran distancia en ese camino hacia la muerte, que es la vida. ¡Ah! Créame, Don Luis. Con todo mi escepticismo no soy, no puedo ser tan de piedra como usted supone. Estoy aplastado, deshecho. No sé cómo volver a Matanzas, a casa de esas pobrecitas muchachas, e ignoro de donde voy a sacar valor para el viaje a La Habana: el tremendo e inevitable viaje a La Habana.

Suspira hondamente, y agrega:

—¡Ya lo creo! ¡Calcule usted! Viendo venir algo de esto; diciéndolo; repitiéndolo mil veces. No quisieron oirme. ¿Y ahora, qué?

—Bueno—dice Don Luis con una sonrisa suavizadora de su réplica.—Usted me va a perdonar; pero, ¡qué caramba!, él como quiera que le mire no dejaba de tener razón: a usted le queda mucho de sus inclinaciones de tantos años. En el fondo usted todavía es medio bolchevique.

—¡Esa! ¡Esa *ha sido* la desgracia nuestra, y esto *es* lo triste y desesperante hoy en el mundo! Unicamente los medio bolcheviques—que habiendo vivido entre unos y otros tenemos ahora la serenidad precisa para formular nuestras verdades prudentemente

eclécticas y para estudiar la gran cuestión buscándole justas y asequibles salidas dentro de esas verdades—estamos actualmente en condiciones de ver claro, y de dar un consejo práctico, oportuno y para *todos* salvador: a los bolcheviques completos, a los ciegos del ala derecha y a los intelectuales suicidamente perezosos que viven al margen de su época.

—Martí pedía—continúa *Cuco,* alzando hacia el techo la turbia mirada, en un esfuerzo de la memoria: "¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignorancia donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira; al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia... y desconocen el poema conmovedor y el sacrificio cruento del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que los hijos de otros por el mundo!"

Y termina:

—Como usted ve, en materia de apreciaciones, andamos en buena compañía; pero, en otro escenario, desprovistos de apasionados sentimentalismos y, cabalmente, empeñados en ahorrarnos el desagradable espectáculo de las lenguas clavadas, por unos o por otros, pedimos mucho menos. Y, éstos, porque tienen el prejuicio de nuestra parcialidad; aquéllos, porque nos resistimos al papel de profetas, lo cierto es que nadie quiere oirnos. ¡Nadie! Y quizá si mañana los pocos videntes que ahora predicamos en desierto, no andaremos por ahí formulando a los ciegos de hoy mi triste interrogación de hace momento: ¿Y ahora, qué?

FIN

La Habana, en el XVII aniversario de la muerte de Máximo Gómez.

OPINIONES

DE ESCRITORES NACIONALES Y EXTRANJEROS

ACERCA DE "GENERALES Y DOCTORES"

LA SEGUNDA NOVELA DE CARLOS LOVEIRA

"En resumen. He leído la obra sin soltarla de la mano. Me ha parecido interesantísima. Como novela, la primera parte es deliciosa. Como descripción de la vida del emigrado y del aprendiz de insurrecto, la segunda me ha parecido un fiel y valiente escorzo, hecho con mano y vista segurísimas. La tercera, aunque será la más leída y celebrada, se resiente de precipitación: el escenario es muy vasto para el marco que se le ha puesto."

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

(Heraldo de Cuba—La Habana.)

"Las descripciones revelan singular maestría. Un criollismo cubano observado de modo sobresaliente da vigor y atractiva amenidad a estas interesantes páginas. Hay cuadros de aquel ambiente criollo, que se leen con viva complacencia, por lo bien sorprendido de los detalles y por la exacta impresión de conjunto que de ellos se desprende. Desfilan tipos de sorprendente verismo, y cuanto se contrae al colorido local resulta irreprochable."

FEDERICO GARCÍA GODOY.

(Las Noticias—Santo Domingo, R. D.)

"Febriles, con vivos deseos de acabar de una sentada, hemos leído página a página la novela de Carlos Loveira. Y la hemos leído desde los primeros pasos del protagonista en el colegio colonial hasta sus tiempos definitivos de la Cámara de Representantes ejercitándose por una noble regeneración del cubanismo. Hemos vuelto a ver, en estos días de nuestra juventud, aquellos otros días de nuestra infancia, donde encentrados en la manigua libertadora, esperábamos con la inconsciencia de la edad, la hora suprema de sabernos libres... Carlos Loveira, sin mejorar la ejecutoria que conquistó con *Los Inmorales*, ha reafirmado sus aptitudes de novelista. De un novelista cubano por su novela cubana, que levanta en nuestro horizonte la promesa definitiva de fortalecer y estimular una literatura propia, sin afeites extranjerizados y con todo el esplendor de un talento vigoroso."

ENRIQUE PALOMARES.

(*El Mundo*—La Habana—artículo editorial.)

"No es de la índole de esta crónica un análisis de este excelente libro, el segundo con que Loveira se recomienda al aplauso. Loveira no desentraña en él el tipo ínfimo; su protagonista pertenece a la clase media, procede de la población urbana mediterránea, hijo de español y de criolla, producto del agro rico, tan pródigo en sangre por la libertad, y demarca en las 385 páginas una sola línea, arada, recta y profunda, desde la escuelita lugareña, en donde brota temprana la aspiración patria, hasta que pugna en la Cámara Nacional con impurezas humanas."

TULIO M. CESTERO.

(*Heraldo de Cuba*—La Habana—artículo editorial.)

"Loveira nos da, acabados, los retratos del cacique y el leguleyo, obsedidos por la conquista de la nómina, para los cuales el patriotismo suele ser un antifaz, tan reducido y transparente, que deja ver su verdadera fisonomía. Tal es el realismo que campea en la otra. El, como Villaverde, Castellanos y Carrión, no ha necesitado trasplantar la acción de su novela a un ambiente extranjero, ni buscar materiales de composición fuera de los límites locales; al contrario su mérito, aparte del valor intrínseco de su obra, radica en su sabor y color propios y genuinos. *Generales y Doctores* será siempre el testimonio fidelísimo de una de las épocas más tormentosas de nuestra vida republicana y de nuestra capacidad literaria."

RAMÓN VASCONCELOS.

(*Heraldo de Cuba*—La Habana.)

Generales y Doctores es al mismo tiempo que una novela de tesis interesante, una novela muy cubana. Los personajes, el ambiente, la tendencia, hasta la luz y la palabra todo es cubanísimo. Creo que como novela no se ha escrito nada superior en Cuba, desde *Cecilia Valdés* hasta nuestros días.

PEDRO ALEJANDRO LÓPEZ.

(El Imparcial—La Habana.)

Interesante libro. Por él se conoce algo de *La Emigración por dentro* y de *La Manigua por dentro.* El 90 por ciento de este pueblo conoce la revolución de Baire y la Emigración cubana en Estados Unidos, por lo que la leyenda patriótica ha consignado para la posteridad. En ambas hubo *ñáñaras* también, como las que produjeron maniguas y guijarros en los pies de entusiastas mancebos de las ciudades en aquellos tres años de espantoso sufrir... Loveira conoce el léxico de cada clase social nuestra, conoce íntimamente la psicología popular criolla; hay un verismo admirable en este libro suyo como en *Los Inmorales.* No es un novelista para distraer a los lectores aburridos; es un pintor que traduce cuadros de la vida nacional con exactitud de fotógrafo.

JOAQUÍN N. ARAMBURU.

(Diario de la Marina—La Habana.)

El autor ha demostrado ya con estas dos obras—*Los Inmorales* y *Generales y Doctores*—que tiene madera de novelista verdadero. Con Miguel de Carrión, que le supera en la técnica, pero no en cualidades, comparte el cetro de la novela cubana. Nadie entre los actuales cultivadores de ese género entre nosotros, ha llegado a donde ellos dos. En cambio posee lo que hasta hoy no he visto en ningún novelista cubano. Un espíritu sano, pletórico de amor, que sabe verter en sus obras. Sí. Loveira ama, o ha amado verdaderamente, sanamente, con el alma y con el cuerpo, y sabe transmitir al lector, en sus obras, la impresión de ese amor. Por eso espero más de él que de ningún otro novelista cubano, incluso Carrión, en quien predomina el frío análisis.

FRANCO DEL TODO.

(La Discusión—La Habana.)

En *Generales y Doctores*, de Carlos Loveira, se tropieza con un novelista notable. Brusco a veces, desaliñado, pero de dotes observadoras extraordinarias, lleva él a sus obras todo nuestro ambiente, con todas sus lacras y sus defectos más criticables... No es ciertamente un novelista completo. Ha de sufrir algunas modificaciones antes de llegar a la obra definitiva, pero a juzgar por lo que hasta ahora se conoce, se puede asegurar que es Loveira uno de los temperamentos mejor preparados con que ha contado la novela cubana.

ALBERTO LAMAR SCHWEYER.

(Del libro "Las Rutas Paralelas.)

Los libros de Loveira han despertado favorables comentarios en las naciones de habla española. Críticos como José de Armas y F. García Godoy, por ejemplo, no tienen el hábito de elogiar la mediocridad. Loveira actualmente parece llamado al honor de ser el novelista contemporáneo representativo de su país. Por fortuna para él, está dotado de una poderosa facultad de auto-crítica, y sabe aplicarla. En esta facultad, no menos que en su vida, rica en experiencias, y en su honrada actitud, se asienta la legítima esperanza de una notable carrera literaria.

ISAAC GOLDBERG.

(Boston Evening Transcript.)

En *Generales y Doctores*, el señor Loveira es un escritor que interesa desde el comienzo: describe con una admirable precisión, con gracia, sus personajes, humanos, se mueven en una atmósfera sabrosamente tropical. Se siente en sus páginas mucha vida y su estilo no está falto de elegancia espiritual. Es tal vez, actualmente el mejor novelista cubano. Cuando la curva de su espíritu dé a sus producciones esa síntesis estética indispensable en toda obra, que se le nota ya en las páginas donde el autor dialoga consigo mismo, sus novelas serán en América lo que son las del venezolano Díaz Rodríguez y las del uruguayo Carlos Reyles.

NAPOLEÓN PACHECO.

(L'Amerique Latine—París.)

INDICE

		Pág.
I	Dos hombres, una mujer y un cura	7
II	Escorzo de quince años de vida	47
III	Gente nueva	60
IV	El dedo del destino	76
V	El eterno motivo	88
VI	Un polvillo rojo enrarece la atmósfera	134
VII	La sombra de Loyola	164
VIII	El primero en los ojos	186
IX	Se torna asfixiante el polvillo rojo que enrarece la atmósfera	200
X	La Vida *versus* la Moral, la Iglesia, la Educación y demás "etcéteras"	222
XI	La felicidad de un hombre rico	242
XII	Pero, "hoy es el día"	261
XIII	El Rubicón	288
XIV	¿Y ahora?	295
XV	"Cuco"	322
XVI	Lo imprevisto	370
XVII	Así obraba Zaratustra	380
XVIII	Los Ciegos	395
XIX	Donde unos problemas se resuelven y otros se aplazan, muy humanamente	429

OPINIONES de escritores nacionales y extranjeros acerca de "Generales y Doctores", la segunda novela de Carlos Loveira 451